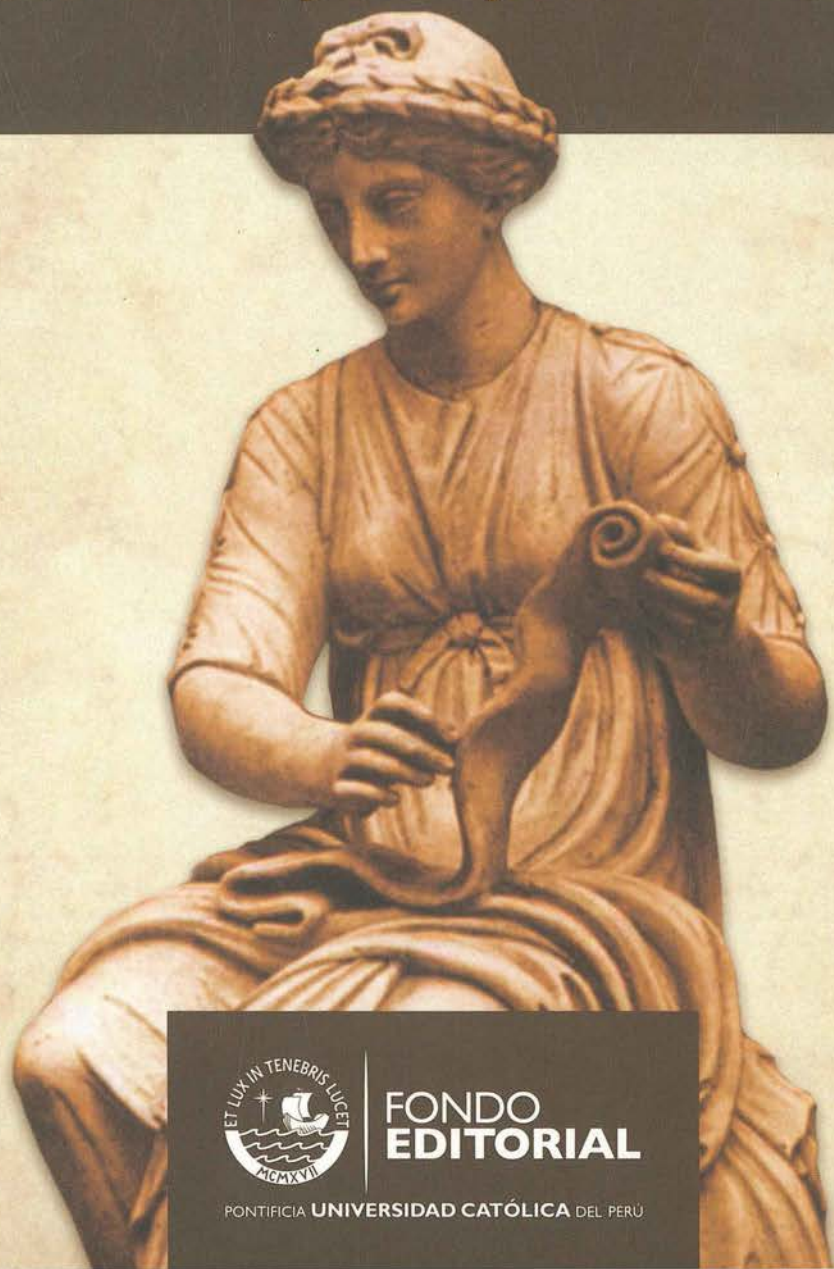


LILIANA REGALADO DE HURTADO

HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL

Un tránsito por los predios de Clío



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

LILIANA REGALADO DE HURTADO es doctora en Historia y profesora principal del Departamento de Humanidades de la Pontificia Universidad Católica del Perú. En dicha casa de estudios ha sido directora académica de investigación y decana de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas.

Ha realizado numerosas publicaciones —libros y artículos— sobre historia andina prehispánica y colonial. Entre otras materias, dicta regularmente cursos de historiografía general y latinoamericana en la especialidad de Historia y en la Escuela de Graduados. Es autora de *El rostro actual de Clío. Historiografía contemporánea: Desarrollo, cuestiones y perspectivas* (2002) y *Clío y Mnemósine. Estudios sobre historia, memoria e historia del tiempo reciente* (2007), obra con la que obtuvo el Premio Anual de Investigación PUCP 2007. Con el presente trabajo, *Historiografía occidental. Un tránsito por los predios de Clío*, completa una trilogía en materia historiográfica en la que combina el análisis de los textos históricos con la perspectiva interdisciplinaria para tocar temas propios de la metodología, filosofía y teoría de la Historia.

HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL
UN TRÁNSITO POR LOS PREDIOS DE CLÍO

LILIANA REGALADO DE HURTADO

HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL

Un tránsito por los predios de Clío



**FONDO
EDITORIAL**

PONTIFICIA **UNIVERSIDAD CATÓLICA** DEL PERÚ

Historiografía occidental
Un tránsito por los predios de Clío
Liliana Regalado de Hurtado

© Liliana Regalado de Hurtado, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: setiembre de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-12440

ISBN: 978-9972-42-938-5

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000479

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

*A Lucía Blanco Hurtado,
el retorno de la primavera*

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN (EN PRIMERA PERSONA)	13
CAPÍTULO I	
LOS ESTUDIOS HISTORIOGRÁFICOS	19
1.1. ¿Qué es la historiografía?	21
1.1.1. Aproximándonos a una respuesta	22
1.1.2. El campo de estudio de la historiografía	24
1.2. El material sujeto a análisis: el autor, el discurso histórico y el contexto de su producción	25
1.3. El análisis historiográfico y su importancia	29
CAPÍTULO II	
LOS ORÍGENES: LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ANTIGÜEDAD	33
2.1. La historiografía griega	34
2.1.1. Los grandes maestros: Heródoto, Tucídides y Jenofonte	37
2.1.2. La historiografía del periodo helenista y la transición hacia la historiografía romana	46
2.2. La historiografía romana	50
2.2.1. Formas analíticas: Fabio Píctor y Marco Porcio Catón	52
2.2.2. Monografías: Julio César y Cayo Salustio Crispo	54
2.2.3. La gran historiografía romana	56
2.3. Conclusiones	65
CAPÍTULO III	
LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL	67
3.1. La historiografía de transición: entre el fin del mundo antiguo y el comienzo del periodo medieval	68
3.1.1. La visión cristiana de la historia: Eusebio, San Agustín, Paulo Orosio y Ambrosio	69
3.2. La historiografía bizantina	79
3.2.1. La base cronística: Juan Malalas de Antioquía, Teófanos y Zonaras	81
3.2.2. Los trabajos históricos de Agatías, Procopio, Constantino VII, Miguel Pselo y Ana Comneno	82

3.3. Historiografía occidental de la Alta Edad Media: San Isidoro de Sevilla	93
3.4. Historiografía occidental de la Baja Edad Media	98
3.5. Conclusiones	100
CAPÍTULO IV	
HISTORIOGRAFÍA MODERNA	103
4.1. La historiografía renacentista: Lorenzo Valla, Nicolás Maquiavelo y Francisco Guicciardini	106
4.2. Historiografía clásica moderna y la perspectiva humanista: Polidoro Virgilio	112
4.3. Historiografía religiosa y erudita	115
4.3.1. La Escuela de Magdeburgo y su proyección en el desarrollo de una historiografía religiosa moderna	116
4.4. La historiografía indiana: las crónicas del Nuevo Mundo	118
4.4.1. Los diarios de viajes y las cartas de relación: Cristóbal Colón y Hernán Cortés	128
4.4.2. Las crónicas mayores de Indias de Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y Antonio de Herrera y Tordesillas	132
4.4.3. La cronística elaborada por Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, José de Acosta S. J., Jerónimo de Vivar, Pedro Mariño de Lovera, Antonio de Solís, Bernardino de Sahagún y Pedro Cieza de León	136
4.4.4. Las crónicas de indígenas y mestizos: Titu Cusi Yupanqui, Felipe Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de La Vega	146
4.5. Conclusiones	151
CAPÍTULO V	
LAS LUCES DEL SIGLO XVIII	153
5.1. La erudición al servicio de la razón	154
5.1.1. La erudición al servicio de la razón: Mabillon y Muratori	155
5.2. Las bases del cambio: pensamiento histórico y revisión del pasado	157
5.3. Los historiadores iluministas: Robertson y Gibbon. El prerromanticismo historiográfico de Schiller	167
5.4. Al encuentro del Romanticismo: Johann von Herder y Edmund Burke	173
5.5. Conclusiones	178
CAPÍTULO VI	
EL SIGLO XIX Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA CIENTÍFICA	179
6.1. Los antecedentes: reacciones contra el Iluminismo e influencia de la Revolución Francesa	179
6.1.1. El Romanticismo	183
6.2. El Positivismo aplicado a la Historia	185
6.2.1. El historicismo	186

6.3. La etapa de transición	189
6.3.1. El papel de la historiografía alemana	192
6.3.2. La erudición renovada. El caso de <i>Monumenta Germaniae</i>	193
6.3.3. Savigny y la Escuela Histórica	194
6.3.4. Niebuhr y el método crítico	196
6.4. Conclusiones	197
CAPÍTULO VII	
LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA DECIMONÓNICA	199
7.1. Leopold von Ranke y la Escuela Científica	200
7.2. La Escuela Prusiana: Droysen, Mommsen y Sybel	204
7.3. Dos casos especiales: Burckhardt y Nietzsche	208
7.4. Entre el positivismo científico y el empirismo	213
7.4.1. Siguiendo la tradición	214
7.4.2. Historiografía francesa: Michelet, Taine, Tocqueville y Fustel de Coulanges	215
7.4.2.1 La Escuela Metódica: Langlois y Seignobos	222
7.4.3. Historiografía inglesa: Lord Acton, Macaulay, Buckle y Carlyle	225
7.5. Conclusiones	228
CAPÍTULO VIII	
LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XX	231
8.1 Teoría y praxis: el marxismo y su historiografía	248
8.1.1. La Escuela de Frankfurt	252
8.2. La historiografía progresista norteamericana	253
8.3. La Escuela de los <i>Annales</i>	254
8.3.1. Los antecedentes y el debate Simiand - Seignobos	258
8.3.1.1. La obra de Pirenne y Berr	261
8.3.2. Las diferentes etapas de los <i>Annales</i> y su historiografía	267
8.4. La historiografía española	284
8.5. La historia económica	288
8.6. La influencia antropológica	290
8.6.1. La etnohistoria	292
8.6.2. El estructuralismo	296
8.7. Conclusiones	303
CAPÍTULO IX	
HACIA EL NUEVO MILENIO	305
9.1. La historiografía finisecular	305
9.1.1. Desde la transdisciplinariedad	306
9.1.1.1. La génesis del hecho científico y la diversidad de métodos	307

9.1.1.2. Contactos sugerentes	309
9.1.1.2.1. La datación de las crisis de Petrie y la holística de Bateson	310
9.1.1.2.2. La probabilidad en la Historia	311
9.1.1.2.3. La demografía histórica	314
9.1.2. Desde la interdisciplinariedad	316
9.1.2.1. Aportes de la Filosofía	316
9.1.2.2. El giro lingüístico y la perspectiva de la crítica textual y discursiva	318
CAPÍTULO X	
SE DIBUJA UNA NUEVA HISTORIA	335
10.1. Una variedad de temas, criterios y tendencias	337
10.1.1. La historia social en todo su despliegue	339
10.1.2. La historia cuantitativa y la cliometría. La nueva historia económica	387
10.1.3. La historia contrafáctica o imaginada	391
10.1.4. La «nueva historia total»	394
10.1.5. La microhistoria italiana	401
10.1.6. La historia de las mujeres y la historiografía de género	407
10.1.7. La historia conceptual	416
10.2. Casi lo último	420
10.2.1. Los estudios subalternos	421
10.2.2. La historia inmediata	428
10.2.3. Historiografía de la memoria y del tiempo presente	431
10.3. Conclusiones	436
APÉNDICE	
NOTAS BIOGRÁFICAS	439
OBRAS CITADAS DE LOS AUTORES TRATADOS	469
BIBLIOGRAFÍA	475

INTRODUCCIÓN (EN PRIMERA PERSONA)

«Yo estoy muy insatisfecho con el estado actual de la actividad de los historiadores y diré francamente lo que pienso de nuestra situación y de las causas de esta desilusión.

Lo hago porque una de las cosas necesarias para dar nueva fuerza a la historiografía, y a la historia en general, es examinar concienzudamente lo que hemos hecho mal, lo que no hemos hecho y lo que es necesario hacer para nuevamente darle a la historia una posición central».

Giovanni Levi¹

La necesidad de reflexionar sobre nuestro quehacer quizá es en esta época más urgente que antaño, cuando era corriente pensar que todo saber, incluido el histórico, se asentaba en las bases firmes de una metodología científica que apuntaba a dotarnos a todos de conocimientos ciertos y objetivos ajustados a los parámetros establecidos por cada disciplina. Ahora, cuando hablamos de realidades complejas, «verdades» analógicas, de eventos en lugar de acontecimientos y de mensajes interpretables en vez de testimonios indubitables, se nos antoja más apremiante que nunca hacer la revisión del desarrollo de la disciplina histórica y que dicho esfuerzo pueda posibilitar o contribuir a una suerte de autorreflexión acerca del ejercicio de nuestra actividad y de los nuevos caminos que tenemos abiertos para continuar nuestro trabajo.

¹ «Lección inaugural» del año académico de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú pronunciada en Lima en abril de 2004.

A principios del pasado siglo, en medio de un debate acerca de los propósitos y métodos de la disciplina histórica, alguien acuñó la frase «la tribu de los historiadores» para referirse al conjunto de quienes se dedicaban a la investigación del pasado y por eso, como modesta integrante de dicha comunidad, me siento urgida a pensar en el trabajo de quienes me precedieron y me acompañan en el esfuerzo por intentar mirar al pasado a través de los mensajes que nos llegan de él y que somos capaces de recoger e interpretar a partir de las consiguientes elecciones de tema, perspectiva y método. Porque, a mi juicio, un punto de partida o más bien un camino indispensable para pensar la tarea del historiador es el recuento y análisis historiográficos.

Pero transitar por los predios de Clío requiere, querámoslo o no, un acercamiento erudito y es a lo que me refiero cuando digo recuento. Sin embargo, dicha operación supone una necesaria selección que reposa en el arbitrio de quien la realiza y por eso he tenido que hacer un sinnúmero de selecciones —o elecciones— para ir ajustando los parámetros de mi trabajo en medio de un universo muy amplio de datos e informaciones. De otro lado, no siempre es fácil ni puede ser parejo un análisis historiográfico que pretenda ser general, sobre todo si se busca abarcar un periodo tan dilatado de tiempo como es el que ha corrido desde la época de Heródoto hasta nuestros días. Naturalmente, la voz, intereses actuales, preferencias y afectos de quien escribe este trabajo, además de la información disponible, se han ido manifestando voluntaria o involuntariamente en la recopilación y en el análisis efectuados, lo que quiere decir que tengo claro que mi propio punto de vista ha estado siempre presente, incluso a la hora de tomar como propias las opiniones y conclusiones de otros autores.

Y hablando de opciones y elecciones personales debo ser todavía más precisa y aclarar algunas cuestiones: en primer lugar, he tratado de tomar en cuenta a quienes representan, de manera más o menos destacada, tendencias o escuelas historiográficas y propuestas metodológicas para, a través de sus trabajos, acercarme a las continuidades y transformaciones en el proceso historiográfico de Occidente. Tratándose de una selección, obviamente «no son todos los que están ni están todos los que son».

Debo indicar, en cuanto a la manera cómo he organizado el trabajo, que este responde a los criterios que he venido siguiendo al impartir el curso de Historiografía General a distintas promociones de la especialidad de Historia en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Este libro tiene por lo tanto un propósito y una estructura de carácter didáctico que se revela, por ejemplo, en las conclusiones consignadas al final de cada capítulo y en la periodización y tematización empleadas.

Vale la pena hacer una pequeña digresión para resaltar que estamos hablando de la historiografía occidental como equivalente, en primer lugar, a los escritos históricos producidos por la cultura occidental y, en segundo término, como evidencia del curso de la disciplina histórica, a sabiendas de que en este caso arbitrariamente le estamos dando un carácter universal.

La reflexión sobre la historia, centrada en el conocimiento de Europa occidental, significa generalizar sobre un número limitado de casos, de hechos y procesos, cuya universalidad ya sabemos que es mayor de la supuesta en función de esa particular historia. Y es justamente de una evaluación amplia y diversamente informada, de casos iguales o similares, de donde podría extraerse certidumbre acerca de la reducción conceptual de esos hechos y procesos (Carrera 1999: 470).

En esa línea es conveniente señalar que la historiografía latinoamericana forma parte de la historiografía occidental desde el siglo XVI, a partir de las bases específicas señaladas por la existencia de las llamadas crónicas e historias de Indias. Sin embargo, hay que tomar en consideración que la historiografía latinoamericana de la decimanovena centuria estuvo marcada, de manera más general, por la influencia europea debido en parte a que los historiadores pudieron leer en sus lenguas originales las obras de Ranke, Guizot, Michelet o Carlyle, y que desde el final del mencionado siglo las ideas emanadas de la península ibérica recibieron menor atención en Latinoamérica y más bien aumentó el interés por los nuevos planteamientos provenientes de los filósofos ingleses, franceses y alemanes. Se trató de un proceso en el que al pensamiento de la Ilustración, del que hemos de destacar la noción de progreso, se sumaron las ideas de evolución y el positivismo, lo que puede ser considerado clave para la comprensión de la historiografía latinoamericana en la etapa en la cual su desarrollo será similar, aunque con cierto retraso, al resto de la historiografía occidental. Más adelante, la situación de nuestra historiografía seguirá por ese mismo derrotero y los cambios operados en el resto la alcanzarán. También es de resaltar que el desenvolvimiento de la historiografía latinoamericana muestra una rica heterogeneidad, a la vez que elementos que son comunes y característicos a todos sus componentes y que merecen un estudio aparte y especializado que dejaremos para otra ocasión, por lo que en esta obra solo nos ocuparemos de la ya mencionada crónica indiana con el propósito de indicar el nexo de nuestra historiografía con la de Occidente.

No he trabajado en esta ocasión a la historiografía latinoamericana, que creo merece un tratamiento aparte y detenido, salvo ciertas menciones que me parecieron indispensables. Por esa misma razón tampoco me he ocupado extensamente de la que podría llamarse una historiografía de tema americanista, desarrollada ampliamente dentro de la historiografía occidental. Excepción hecha, en este caso, de aquellas alusiones más bien puntuales que me han

parecido insoslayables a la hora de referirme a asuntos específicos abordados a lo largo del texto. Pese a todo lo que acabo de señalar he considerado el asunto de la denominada historiografía indiana, aunque optando por dejar de lado lo producido en ese campo en Portugal y Lusoamérica. El objetivo concreto en este caso ha sido destacar el gran aporte de la llamada cronística indiana a la historiografía en Occidente, aunque tratando el asunto de forma sinóptica, pues hay una notable y abundante producción historiográfica especializada sobre el tema.

No puedo dejar de indicar que he podido constatar que a pesar de que atravesamos una época más equitativa en lo que a paridad de oportunidades para hombres y mujeres se refiere, son pocas las historiadoras que han alcanzado el reconocimiento debido a lo largo del desarrollo historiográfico occidental. Esa situación no ha cambiado demasiado en nuestros días, pues si bien ahora somos muchas las mujeres que estudiamos el pasado, solo en contadas ocasiones —generalmente relacionadas a la historia de las mujeres y los estudios de género— las historiadoras aparecemos como representantes principales de cambios historiográficos, de métodos y tendencias. Esta situación, sin duda, resulta de una larga invisibilidad femenina relacionada al conservadurismo social y académico que ha pesado y en parte sigue pesando en lo que atañe al liderazgo femenino en los círculos académicos, equipos de investigación, etcétera. Ello tiene también que ver con el hecho de que todavía hacen falta trabajos monográficos que permitan rescatar las voces femeninas en el campo de la historiografía anterior al siglo XX, para estudiar uno a uno sus aportes más significativos pues, *a priori*, deberíamos suponer la existencia de contribuciones destacables en todo tiempo —y no solo en nuestros días— hechas por las mujeres respecto al conocimiento y estudio del pasado. Todo lo contrario a lo que se ha visto, por ejemplo, en el campo de la literatura, en donde la presencia femenina ha sido contemplada y viene siendo estudiada con interés y mayor detenimiento.

Otra cuestión que me parece oportuno mencionar —aunque le parezca al lector bastante evidente— es que cualquier esfuerzo para hacer los trazos generales de la historiografía occidental se tiene que sustentar, por necesidad y obligación, en trabajos similares y numerosas monografías. He tratado de abreviar el aparato crítico pasando por alto algunas referencias puntuales, cuando a mi entender los asuntos han sido ampliamente debatidos «en nuestra tribu» y se ha alcanzado una suerte de saber común al respecto. Ello para atender las observaciones de algunos colegas respecto a otros trabajos anteriores de mi autoría en los que advertían un exceso de referencias bibliográficas. He procurado corregir tal defecto pero advierto que, finalmente, me ha ganado la idea «del rigor en el aparato crítico» que sembraron en mí los viejos maestros y maestras durante mi formación académica

y así, pese a mi intención de no abundar en referencias, en este extremo me he inclinado a pecar siempre por exceso.

Tomando en consideración que todo estudio historiográfico debe referirse a los contextos de producción y difusión, y no solo a los autores y sus obras, el lector encontrará referencias generales de contexto para cada época o corte temático que hayamos establecido, así como un índice al final en donde se consignan algunos datos biográficos de los autores que aparecen enfatizados a lo largo del texto. Cuando la información conseguida acerca de la vida de algunos autores resultó escasa, ha sido registrada más bien a pie de página.

Si bien escribo en una época en la que la inmediatez suele campear, decidí iniciar mi estudio desde los orígenes de la disciplina con el propósito de que tanto el lego como el especialista puedan seguir de manera completa y ordenada el curso de la llamada ciencia histórica en Occidente, y también para que se advierta, entre otras cosas, cómo la mayoría de las veces los cambios se han ido asentado en el quehacer anterior, lo que quiere decir que muchas de las grandes transformaciones ocurridas en épocas posteriores no solo fueron avizoradas antes de que se produjeran o afirmaran, sino que al plasmarse como novedades o innovaciones casi siempre conservaron parte de la tradición historiográfica conocida.

El lector podrá también advertir a simple vista que cuando incursionamos en el campo de la historiografía del siglo XX aumenta la extensión de los capítulos dedicados a ella si se los compara con los precedentes y la razón parece sencilla: en la medida de que nos topamos con lo más cercano e inmediato somos capaces de mirar con más detalle y la criba que supone la lejanía temporal no ha surtido naturalmente todavía su efecto. Ello es positivo desde nuestro punto de vista, pues los silencios y olvidos son relativamente menores, aunque también habrá quien piense lo contrario y considere que hubiera sido mejor cifrar en unos cuantos autores el desarrollo de la historiografía contemporánea.

CAPÍTULO I

LOS ESTUDIOS HISTORIOGRÁFICOS

«Historia es el quehacer de los historiadores, y por tanto delimitar sus nombres, sus obras, avanzar [sic] su tiempo y pesquisar en sus ideas teóricas es adelantar en el conocimiento de esta disciplina»

Carlos Rama

A comienzos del siglo XX la historiografía estaba todavía marcada por una concepción de la historia según la cual la tarea del historiador era establecer los «hechos históricos», relacionarlos y exponerlos de manera ordenada. Por cierto, tales acontecimientos se establecían a partir de los datos ofrecidos por las fuentes documentales y, en consecuencia, la historiografía era la expresión de una «historia historizante» o «historia episódica». Es decir, el producto de una realidad exterior que se imponía sustancialmente al investigador¹.

Sin embargo, en el pensamiento occidental ya se había producido un rechazo al positivismo con la propuesta de que lo singular debía ser comprendido como una manifestación de la interioridad individual. También había aparecido, por ejemplo, en la historiografía alemana, la noción de comprensión. Asimismo, se distinguía entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, contándose a la historia entre las segundas y, en suma, fue quedando claro que si bien los esfuerzos de los historiadores se dirigían como siempre a dar cuenta del pasado, este no

¹ Desde aproximadamente 1780 el concepto de historia (*Geschichte*), que hasta entonces solo aludía al acontecer, absorbe al correspondiente concepto de historia (*Historie*). Desde entonces, en el lenguaje ordinario hay un único concepto común tanto para la realidad experimentada como para su conocimiento científico: la *Geschicht* (Cardoso y Pérez B. 1997: 25; Koselleck 2001: 45-46).

era aprehensible intelectualmente sino desde el presente (Zermeño 1996). En tales condiciones, las corrientes de análisis centradas en lo factual fueron cuestionadas y abandonadas por un número importante de académicos de diversas disciplinas, incluyendo a la historia, y se terminó produciendo la que puede ser llamada la revolución historiográfica del siglo XX, para continuar en nuestros días con la discusión acerca de la teoría, los métodos y la práctica histórica en su conjunto². En todo caso, la historiografía se perfila como un subgénero dentro de la disciplina histórica para estudiar lo que se ha producido en el campo de la historia y también cómo se ha pensado a la historia misma a lo largo del tiempo.

En este nuevo contexto, al historiador contemporáneo consciente de estas transformaciones se le hace indispensable el conocimiento y evaluación de la historiografía desde el periodo auroral de la disciplina histórica y tomar en cuenta la historicidad de las obras históricas, así como disponer de los conocimientos necesarios acerca de cómo y por qué se escribió la historia a lo largo del tiempo; descubrir los «paradigmas históricos» y los «metatextos» que están detrás de los discursos históricos vigentes en cada una de las épocas por las que ha atravesado la historiografía occidental y contextualizar —situar históricamente— a la producción histórica³.

Es preciso mencionar que todo ese esfuerzo le sirve también al historiador para realizar a la par un ejercicio de autorreflexión, a fin de mostrarse a sí mismo de qué manera vive la experiencia de estudiar el pasado y con qué bagaje intelectual, cultural y emocional emprende esa tarea.

De otro lado, es realmente importante tomar en consideración que resulta muy difícil diferenciar a la investigación histórica, cuyos resultados se expresan en proposiciones o declaraciones individuales acerca del pasado, de la escritura de la historia, que debe ser entendida más bien como un esfuerzo destinado a integrar los resultados de la investigación al conjunto del texto —discurso— histórico. Esto quiere decir que el texto producido por los historiadores siempre resultará

² Puede consultarse Regalado (2002 y 2007).

³ «Se entiende por paradigma histórico el modelo de pensamiento o diseño en cuyo marco se desarrollan las representaciones del acontecer histórico. No son tan sólo simples construcciones ideológicas, sino que se apoyan también en hechos esenciales y en experiencias colectivas. Pueden configurarse como estructuras del desarrollo de la historia, pero allí donde la ciencia puede evolucionar libremente se forman varios diseños ideológicos en concurrencia» (Nolte 1995: 131). Entiéndase en este caso por «metatexto» a aquel que forma parte, junto con los textos, a la llamada tipología textual institucional. Mediante el metatexto los propios practicantes definen su actividad y los rasgos o propiedades que los textos deben tener para pertenecer a una determinada clase (Mignolo 1981: 361). Dicho de otra manera, son las características metatextuales las que hacen que un texto sea histórico y, naturalmente, ellas varían con el tiempo, así por ejemplo en los siglos XVI y XVII el género cronístico se identifica con el histórico.

paradójicamente connotativo y denotativo a la vez y, en esa medida, descripción, narración e interpretación siempre estarán unidas.

1.1. ¿QUÉ ES LA HISTORIOGRAFÍA?

Tradicionalmente se ha descrito a la historiografía como «el arte de escribir la historia», «todo lo concerniente a los escritos históricos», «el conjunto de las obras de los historiadores» o «la historia de la historia». Sin embargo, como adelantáramos de alguna forma en los párrafos precedentes, nos damos cuenta que la historiografía es algo más complejo que lo que se pretende abarcar en las fórmulas citadas. Para esclarecer el concepto, seleccionaremos dos elementos contenidos en esas «definiciones»:

- **Material escrito:** en este caso no estamos haciendo referencia a la documentación o material escrito consultado por el historiador, sino a lo escrito o producido por él mismo y que, asimismo, es el resultado de su trabajo de investigación, selección, crítica —síntesis incluida—, la exposición de su material —bibliografía y fuentes— y opiniones —reflejadas a veces en conclusiones—. De cualquier manera, no hay que olvidar que todo escrito histórico es naturalmente una operación de comunicación, es decir, que tiene destinatarios y por esa razón la escritura de la historia es una elaboración que supone también lo que el lector sabe antes de tomar contacto con el texto histórico. Por consiguiente, la difusión de un trabajo historiográfico y la manera cómo ha sido recibido por distintas comunidades de lectores en un momento determinado o a lo largo del tiempo es un asunto importante de contemplar, a pesar de que no siempre pueda hacerse efectiva esta operación.

En la época actual, cuando hablamos de «material producido por el historiador» nos encontramos obligados a considerar no solo la obra impresa sino también aquella que se da a conocer a través de otros medios, como el soporte electrónico o informático, audio visuales, etcétera, si bien es cierto que el análisis de los mismos debería merecer un tratamiento diferente según cada caso. Considerando además, que en la mayoría de las veces, por no decir en la totalidad de ellas, esta producción se orienta a la divulgación y suele resultar un derivado —bajo la modalidad de fragmentos o resúmenes— de los trabajos impresos.

- **Exposición histórica:** la historiografía está íntimamente ligada a la exposición histórica. Es la obra del historiador en su aspecto más tangible, implica el camino elegido por él para ordenar, dar forma y poner a consideración

de otros los frutos de su trabajo. De alguna manera, la forma de exposición responde a los objetivos y hasta a la forma cómo el historiador concibe su método y la esencia de su trabajo. En lo relativo a las maneras de exponer, es decir, el estilo, la historiografía se vincula con la literatura. Sin embargo, el asunto va más allá, sobre todo en nuestros días, ya que, por ejemplo, Hayden White ha vinculado las formas de exposición historiográficas con el pensamiento histórico. Agregaremos algo más sobre esos aspectos en el párrafo siguiente.

1.1.1. Aproximándonos a una respuesta

Reiteremos que la historia es un conocimiento situado y por esa razón la historiografía es más que el inventario de autores, obras y tendencias, ya que para algunos especialistas en la materia y con quienes estamos de acuerdo, ir más allá del inventario —necesario al fin de cuentas— supone referirse al conocimiento histórico en tanto reúne a la cosa, al hacedor y a las circunstancias de su producción. Ciertamente, la historiografía desde sus orígenes ha sido inseparable de la escritura, lo que se afianzó todavía más durante el transcurso del periodo que llamamos moderno.

Ya en 1599, Henri de La Popelinière estudió las relaciones entre los políticos y los historiadores en su *Historia de las Historias*, indicando al mismo tiempo la necesidad de tomar en cuenta la procedencia social de los segundos. Postulaba que la historiografía había pasado por cuatro etapas: poesía, mito, anales y, finalmente, una historia filosófica y exacta. La historiografía, como campo de estudio dentro de la disciplina histórica, nació en realidad mucho tiempo después, en el siglo XIX, sobre la crítica acerca de la historia llevada a cabo por filósofos, sociólogos y los propios historiadores, y alrededor de la reflexión y discusión de temas como la objetividad, los hechos, las leyes del desarrollo y el progreso.

En este punto es interesante recordar que a fines de la decimonovena centuria los historiadores franceses Langlois y Seignobos plantearon que la escritura de la historia había evolucionado desde la Antigüedad hasta la época en la que ellos se encontraban situados de la siguiente manera: en la Antigüedad la historia se entendía como la narración de los hechos memorables y su marco corriente era la biografía de un personaje o el desarrollo de un pueblo, de tal manera que los hechos se ordenaban cronológicamente y el historiador se proponía agrandar o inscribir por lo que la historia constituía un género literario. Durante el Renacimiento se imitará a los antiguos, pero los historiadores escribirán bajo la influencia del pensamiento cristiano. Recuerdan, asimismo, que es en este periodo cuando se introdujo la costumbre de añadir notas al texto en los libros impresos.

Pero creemos que lo cierto es que desde comienzos de siglo XX y más específicamente, al iniciarse su quinta década, se ha incorporado como tema de la ciencia histórica el estudio del desarrollo de su propio desenvolvimiento: la historiografía o historia de la historia que abarca la revisión de cómo se han desarrollado sus aspectos teóricos y metodológicos, las variaciones en cuanto a temas y perspectivas, sus formas de exposición o escritura de la historia, los contextos académicos y sociales de su producción y, naturalmente, a los propios historiadores vistos de manera individual, formando parte de escuelas o siguiendo tendencias.

Sin embargo, en el último tercio de la vigésima centuria, sobre todo a partir de reflexiones como las de K. Pomian, quien en 1975 publicó en la revista *Annales* el artículo titulado *L'histoire de la science et l'histoire de l'histoire*, se planteó la necesidad de hacer una historia de la historia que coloque en el centro de sus investigaciones a la interacción entre asuntos como el conocimiento, las ideologías y las exigencias de la escritura. En suma, la vinculación de los aspectos diversos y a veces discordantes del trabajo del historiador para de esa manera establecer un puente entre una historia del conocimiento y de los diferentes usos que se hacen de él.

Asimismo, desde 1928 se ha usado —aunque esporádicamente— el término «historiología» para referirse a la teoría de la historia, es decir, a la discusión de las cuestiones epistemológicas relacionadas con el quehacer historiográfico; pero también a todo lo referente a la interpretación o hermenéutica histórica⁴. Debemos entonces decir que no abrigamos ninguna duda acerca de que todo análisis historiográfico se las tiene que ver con una aproximación hermenéutica para intentar calar en el sentido del discurso histórico y el régimen de verdad que maneja el historiador productor del texto.

Ningún estudio de carácter historiográfico resultará ajeno a la filosofía de la historia y hay que decir que a esta noción se le ha dado diversos sentidos a lo largo del tiempo. Apareció con Voltaire en 1765 en su trabajo *Filosofía de la Historia*, publicada entonces bajo seudónimo, y que cuatro años más tarde se convirtió en el prólogo a su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Hoy la noción suele emplearse como sinónimo de teoría de la historia, aunque la expresión ha adquirido tres usos distintos a saber:

- Una crítica histórico-política sobre la propia época y, en general, sobre el proceso de gestación y expansión mundial del Occidente moderno. Este es un empleo que se adjudica a Kant, Hegel, Marx y Nietzsche; en el siglo XX a Weber, la Escuela de Frankfurt, Hannah Arendt y Foucault, entre otros.

⁴ Ortega y Gasset empleó este término en su trabajo «La Filosofía de la Historia de Hegel y la Historiología», publicado en 1928. En Ortega y Gasset (1983, tomo IV).

- Una reflexión epistemológica sobre el estatuto científico de la historiografía y, en general, de las ciencias humanas, dejando que estas se ocupen de explicar o comprender la vida de los seres humanos. Es el uso que se atribuye a Comte, Stuart Mill, Ranke, Dilthey, Windelband y Rickert y también a los integrantes del llamado Círculo de Viena, la filosofía analítica y los *Annales*.
- Un análisis ontológico sobre la historicidad como horizonte trascendental de la vida humana y, por lo tanto, como condición de posibilidad de nuestra experiencia de mundo. Así la habrían entendido en el siglo XX la fenomenología, la hermenéutica, el existencialismo y la deconstrucción, desde Husserl hasta Derrida, pasando por Heidegger, Jaspers, Gadamer y Patocka; lo mismo que Sartre, Merleau-Ponty, Lévinas y Ricoeur. En todo caso, se opina que la filosofía de la historia debe articular entre sí las perspectivas ontológica, epistemológica y crítica (Campillo 2000: 17-18).

1.1.2. El campo de estudio de la historiografía

Visto todo lo anterior insistamos una vez más en la idea de que la historiografía no se agota en la posibilidad de una mejor comprensión de las obras de los historiadores, sino que se proyecta al conocimiento de las sociedades en las que los autores se desarrollaron y al entendimiento y análisis del propio desarrollo de nuestra disciplina, sus métodos y bases teóricas. Consideremos también que el análisis historiográfico debe comprender, de manera fundamental, el sentido del devenir histórico y el significado de la forma cómo se expresa esa imagen del pasado que el historiador nos ofrece en su obra. Dicho en palabras de Umberto Eco:

Toda práctica semiótica se ejerce sobre alguna forma de ausencia o, si se quiere, de lejanía. Entonces la historia podría entenderse como la práctica semiótica por excelencia, toda vez que nombra, y para hacerlo reconstruye contando lo que ya no está, pero partiendo de algo que no se ha quedado. De este modo, si el hombre es por definición un animal semiótico es también por definición un animal histórico (Eco 1994: 11).

Se puede contemplar entonces que el estudioso de la historiografía, es decir, el historiógrafo, debe aplicarse a la tarea de estudiar a la disciplina histórica desde su producción escrita. Para hacerlo deberá considerar el análisis de (los) discurso(s) histórico(s) que subyacen en una obra, una época de producción, una escuela o tendencia según sea el caso. Tal operación no tendría que dejar de lado revisiones de carácter hermenéutico como tampoco la apreciación del marco general que ofrezcan las ideas vigentes en una época o la manera cómo un discurso histórico las refleja o se aparta de ellas.

1.2. EL MATERIAL SUJETO A ANÁLISIS: EL AUTOR, EL DISCURSO HISTÓRICO Y EL CONTEXTO DE SU PRODUCCIÓN

En este apartado trataremos de manera bastante simple los asuntos indicados en su título, puesto que en el capítulo séptimo, cuando abordemos el panorama de la historiografía actual, trataremos más extensamente lo concerniente a los llamados giros lingüísticos, historia conceptual, análisis hermenéutico, relatividad de las verdades historiográficas, etcétera. El motivo para hacerlo de esta forma es que consideramos que tales cuestiones podrán ser mejor explicadas si son presentadas en esa parte de este libro.

Como hemos dicho, el material básico sobre el que se aplica el análisis historiográfico es lo producido —principalmente lo escrito— por el historiador, si bien es plenamente conocido que en la actualidad los medios a través de los cuales el historiador da a conocer el resultado de su indagación acerca del pasado, junto con la explicación e interpretación del mismo, son variados. Estos pueden ser orales —disertaciones o conferencias—, audiovisuales y electrónicos, pero la forma de comunicación y expresión del historiador es hasta ahora y sin lugar a dudas el lenguaje escrito. Pero ese material no puede ser estudiado de manera simple sino todo lo contrario, debido a que tiene que ser visto en relación a su autor, a su forma y contenido —la forma de exposición y al discurso histórico, respectivamente— y según el contexto —condiciones y circunstancias— de su producción.

En tanto autor de su obra el historiador juega obviamente un papel sustantivo que, sin embargo, no puede ser revisado de manera aislada, sino más bien en estricta vinculación con la forma y contenido de su trabajo, considerando también que el historiador actúa en términos de un contexto que lo afecta y sobre el que ejercerá influencia. Importa así su biografía, su medio académico y social, sus experiencias, motivaciones, intereses, etcétera. No olvidemos que es su subjetividad la que subyace en su discurso, él eligirá el asunto del pasado materia de su estudio, sus fuentes, lo mismo que los presupuestos teóricos y metodología de los que hará uso para emprender su trabajo. Además, claro está, de la forma de exposición y estilo que utilizará para darnos a conocer de qué manera ha mirado y analizado el tema elegido. La figura del historiador en tanto autor se nos presenta variada a lo largo del desarrollo de la disciplina histórica, pues ha optado o pretendido ser: testigo-narrador, erudito-descriptor de los hechos pasados, obediente seguidor de doctrinas, defensor de distintas causas, objetivo estudioso del ayer, etcétera, y esa diversidad de opciones han supuesto también diferentes perspectivas sujetas no solo a la elección individual de cada historiador, sino que también han obedecido a las orientaciones señaladas por una tendencia o escuela historiográfica.

Es evidente que al estudiar a la historiografía es posible apreciar cómo ha ido variando la forma de exposición a través de diferentes estilos: narrativo-descriptivo, estético-retórico o científico-formalista. Por lo tanto, son reconocibles en nuestra disciplina las diversas formas de exposición que no deben entenderse separadas de los propósitos o, en todo caso, a la orientación seguida por los historiadores a la hora de dar a conocer su trabajo. Es así que, por ejemplo, la forma de exposición narrativa, que como su nombre lo indica, supone el empleo de una trama narrativa, en los albores de la disciplina y, por largo tiempo, tuvo que ver con el relato coherente de los acontecimientos que merecían ser recordados. Orientada primero al esfuerzo para comunicar «lo real» del suceder histórico, estuvo venida a menos a partir de la renovación historiográfica de la primera mitad del siglo XX, cuando se la identificaba como una historia descriptiva y «de acontecimientos». A partir de la segunda mitad de la mencionada centuria ha vuelto a ser empleada y revalorizada, debido a que la historiografía empezó a admitir que en su discurso se encontraba la presencia de una subjetividad emanada del historiador, pero también de los propios autores de los testimonios, así como que la escritura de la historia es un acto comunicativo. Por otro lado, la llamada historiografía orgánica sería aquella que se pretende más racional, «científica» u objetiva, en tanto busca recuperar lo real. A diferencia de la narrativa procura eliminar lo retórico, lo estético o sentimental y su estilo parecerá severo y conciso, muchas veces cargado de cuadros, gráficos y estadísticas.

De cualquier manera, las formas de exposición no siempre se dan de manera «pura», sino muchas veces se emplean algunas combinaciones de ellas y lo cierto es que toda forma de exposición debe ligarse a los objetivos perseguidos por el historiador y cómo desea relacionarse con sus lectores e incluso se vincula a su método y, en última instancia, a la concepción que tenga acerca del conocimiento histórico.

Este asunto nos lleva al tema del llamado discurso histórico, cuyas características reposan en un conjunto cuyos elementos suelen ser: teoría, ideología, valores, usos e intereses de la época. Este asunto ha sido explorado por varios autores, entre ellos Hayden White, quien ha estudiado la relación entre pensamiento y discurso históricos, enfatizando las formas o modos de exposición —específicamente las formas narrativas— empleadas en los casos seleccionados por ese autor, para referirse al pensamiento histórico y la historiografía del siglo XIX⁵.

En todo caso, es evidente que en la práctica muchos han sido y seguirán siendo los acicates para escribir historia, desde las formas más elementales de registro hasta los trabajos más elaborados y, por mencionar a algunos, tomemos

⁵ Nos referiremos al trabajo y planteamientos de White en la sección respectiva de este libro.

en cuenta por ejemplo a los intereses religiosos y morales. En el primer caso se trata de los relacionados con el culto, como las cronologías y los calendarios, tal es el caso de los *Annales Maximi*, elaborados y utilizados en la llamada Antigüedad clásica; y en el segundo, tenemos el ejemplo de la historiografía medieval. Naturalmente también han de contarse los intereses políticos que suelen producir una historiografía dirigida a explicar determinados actos o situaciones públicas, orientar la acción, etcétera. De otro lado, los intereses humanísticos que persiguen la comprensión de lo humano con matices y formas diversas suelen manifestarse desde la biografía hasta el estudio histórico de toda una sociedad. No menos frecuente ha sido que, a través del discurso histórico, se hayan perseguido propósitos orientados a legitimar el ejercicio de un poder determinado o convalidar situaciones sociales específicas. Así, tenemos los casos de la historiografía política de la Antigüedad cuando debía fundamentarse una nueva entidad cívica: la polis expansionista. Más adelante, en la Edad Media, ese poder tendrá que ver con la Iglesia y los clérigos escribirán la historia, dándole un sentido moralizante impregnando de un sentido teológico a la visión acerca del devenir humano. Cabe señalar que alrededor de los siglos XIII y XIV cambia el poder, desplazándose de lo religioso a lo político. Es este un momento en el que la historia se seculariza y los poderes dominantes entonces la usan para legitimarse, por lo que en el discurso histórico temas como los de las casas reales, la prosapia de los señores o el origen de las ciudades serán relevantes. Es la época de los cronistas que hacen apología de los nobles. Un ejemplo de ello es el caso protagonizado en 1437, cuando Jean Chartier, un monje de la abadía de Saint Denis, hizo de historiador oficial con cargo rentado por el Estado durante el reinado de Carlos VII; por lo que puede decirse que a comienzos del siglo XV la historia estará respondiendo a un tejido social donde lo patriótico y su defensa importaban de manera muy particular.

Para el caso del siglo XX hay quienes consideran que los discursos históricos de dicha centuria pueden ser diferenciados en dos momentos: el posterior a la Primera Guerra Mundial, cuando el discurso dominante fue el económico, debido a la expansión del capitalismo y el desarrollo del imperialismo. Y la etapa que se abre después de la Segunda Guerra Mundial (aunque para algunos ese momento se inicia en el campo de la historia en el periodo de entre guerras), a partir del surgimiento del movimiento de los *Annales*, cuando la historia logra captar los *mass media* y comienza a adaptarse a sus códigos y normas, y se convierte en una historia de la cultura material, etnográfica y descriptiva, donde lo central —los eventos políticos— ha perdido peso y el interés de los historiadores se traslada hacia lo marginal o periférico. La época en la que el mundo comunicado y globalizado, sobre todo en el último tercio de la vigésima centuria, es la expresión

Es evidente que al estudiar a la historiografía es posible apreciar cómo ha ido variando la forma de exposición a través de diferentes estilos: narrativo-descriptivo, estético-retórico o científico-formalista. Por lo tanto, son reconocibles en nuestra disciplina las diversas formas de exposición que no deben entenderse separadas de los propósitos o, en todo caso, a la orientación seguida por los historiadores a la hora de dar a conocer su trabajo. Es así que, por ejemplo, la forma de exposición narrativa, que como su nombre lo indica, supone el empleo de una trama narrativa, en los albores de la disciplina y, por largo tiempo, tuvo que ver con el relato coherente de los acontecimientos que merecían ser recordados. Orientada primero al esfuerzo para comunicar «lo real» del suceder histórico, estuvo venida a menos a partir de la renovación historiográfica de la primera mitad del siglo XX, cuando se la identificaba como una historia descriptiva y «de acontecimientos». A partir de la segunda mitad de la mencionada centuria ha vuelto a ser empleada y revalorizada, debido a que la historiografía empezó a admitir que en su discurso se encontraba la presencia de una subjetividad emanada del historiador, pero también de los propios autores de los testimonios, así como que la escritura de la historia es un acto comunicativo. Por otro lado, la llamada historiografía orgánica sería aquella que se pretende más racional, «científica» u objetiva, en tanto busca recuperar lo real. A diferencia de la narrativa procura eliminar lo retórico, lo estético o sentimental y su estilo parecerá severo y conciso, muchas veces cargado de cuadros, gráficos y estadísticas.

De cualquier manera, las formas de exposición no siempre se dan de manera «pura», sino muchas veces se emplean algunas combinaciones de ellas y lo cierto es que toda forma de exposición debe ligarse a los objetivos perseguidos por el historiador y cómo desea relacionarse con sus lectores e incluso se vincula a su método y, en última instancia, a la concepción que tenga acerca del conocimiento histórico.

Este asunto nos lleva al tema del llamado discurso histórico, cuyas características reposan en un conjunto cuyos elementos suelen ser: teoría, ideología, valores, usos e intereses de la época. Este asunto ha sido explorado por varios autores, entre ellos Hayden White, quien ha estudiado la relación entre pensamiento y discurso históricos, enfatizando las formas o modos de exposición —específicamente las formas narrativas— empleadas en los casos seleccionados por ese autor, para referirse al pensamiento histórico y la historiografía del siglo XIX⁵.

En todo caso, es evidente que en la práctica muchos han sido y seguirán siendo los acicates para escribir historia, desde las formas más elementales de registro hasta los trabajos más elaborados y, por mencionar a algunos, tomemos

⁵ Nos referiremos al trabajo y planteamientos de White en la sección respectiva de este libro.

del poder de los medios de comunicación y a ese poder se ha vinculado también el discurso histórico (Rodríguez 1998: 71-73).

Finalmente, debemos puntualizar que a la hora de hacer el estudio del contexto o circunstancias de producción de un trabajo histórico se debería partir de la consideración de que sobre el historiador y su obra pesan tres tiempos:

- Personal, vinculado a la propia vida del historiador. Es decir, asociado a su biografía y las transformaciones de su propio modo de ver las cosas;
- Social, el de la vida que se desarrolla en torno al historiador en su contexto; y,
- Pretérito, puesto que su propia actividad lanza al historiador al pasado, tiempo donde se encuentra su objeto de estudio.

Por eso es que dos tiempos, el pasado y el presente, dialogan a través del historiador, quien ofrece a la sociedad una percepción del tiempo pretérito que es el resultado de los temas que abordan y de sus propios valores e interpretaciones, a lo que debe agregarse su experiencia cultural, el contexto social y el ambiente académico del que forman parte. «El tiempo, la vida y el pensamiento del autor están presentes en el relato, de la misma manera como el poeta o el narrador de ficción aparecen en sus textos» (Burns 1978: 409; Matute 1986: 12).

Y al hablar de tiempo e historiografía parece oportuno indicar que el ámbito de lo social es un elemento más que sustenta el valor de los estudios historiográficos. Bastará en este caso mencionar lo dicho por Koselleck:

Es fácilmente verificable la hipótesis de que cambios comprobables en el ámbito social o político coinciden con innovaciones metodológicas. Experiencias concretas plantean preguntas nuevas y las preguntas nuevas provocan nuevos caminos de investigación [...] Pero igualmente ocurre que a partir de nuevos métodos se deducen nuevas experiencias, porque en última instancia se trata de una circularidad sociocientífica indiscutible [...] historia e historiografía, realidad y su procesamiento consciente están siempre complicados, se justifican recíprocamente, sin ser absolutamente derivable uno de otro (Koselleck 2001: 48).

No hay que olvidar que el campo de la historiografía es enormemente amplio y variado, pues con frecuencia ingresan al quehacer histórico especialistas y teóricos de otras disciplinas en tanto se ocupan o toman en cuenta asuntos históricos. Pero también están aquellos quienes reconociéndose a sí mismos actores de hechos o procesos históricos importantes, a la manera de muchos de los escritores de la Antigüedad, construyen memorias y recuentos interpretativos acerca del pasado. Al final de cuentas todos ellos enriquecen nuestra disciplina con sus aportes y puntos de vista.

Asimismo, considerando la periodización universal más usual del curso del devenir histórico, tendríamos una historiografía dividida por etapas, es decir: clásica o antigua, medieval, moderna y contemporánea. No deja de ser cierto que de manera particular se puede hacer el estudio de la historiografía por culturas y países, v.g historiografía occidental, hispanoamericana, oriental, o historiografía francesa, alemana, inglesa, peruana, o por tendencias y métodos: historiografía erudita, ilustrada, positivista, de los *Annales*, etcétera.

De cualquier manera, hay que dejar sentado que ciencia de la historia e historiografía no son sin más lo mismo, debido a que la ciencia histórica tiene también posibilidades diferentes de perseguir sus finalidades científicas, ya que un historiador podrá llevar a cabo la edición y crítica de fuentes, efectuar estudios metodológicos, etcétera. En suma:

La historia de la historia, incluso en sus primeros capítulos, aparece hoy como el revelador privilegiado de los mitos, de los valores, de los gustos, de los sistemas de pensamiento de una civilización, de una nación o de un grupo[...] La historia de la historiografía prueba con creces que el historiador ha sido y sigue siendo, de manera más o menos consciente, de manera más o menos lograda, un escritor, o un filósofo, o un servidor del Príncipe —del Emperador o del partido [...]— o un educador preocupado por la edificación, o [...] o [...]. El historiador es siempre y en todas partes un hombre condicionado, cuya obra se sitúa en un contexto cultural que le limita (Carbonell [1988] 1993: 15).

1.3. EL ANÁLISIS HISTORIOGRÁFICO Y SU IMPORTANCIA

Silvio Zavala comparó la tarea del historiador con la del artesano. Se refería, en mi opinión, a aquel especialista que perfiló la orientación de nuestra disciplina en el siglo XIX, es decir, el «historiador de oficio», cuya formación es especializada, pero requiere entre otras cosas experiencia e imaginación. Por lo tanto, se debe distinguir entre el historiador «que hace su oficio» —escribe sus obras— de aquel que se especializa en examinar las posiciones de los historiadores en el tiempo o la de los tratadistas de la historiografía. En la actualidad, afirmaba el historiador mejicano mencionado, el puro campo de estudio de la historiografía es amplísimo y no puede ser dejado de lado por los historiadores. Sin embargo, esta manera de entender la relación entre historia e historiografía o entre historiadores e «historiógrafos» actualmente parece sino falsa, por lo menos limitante. En primer lugar, porque a nuestro juicio, todo historiador debe aspirar a ser de alguna forma un «historiógrafo» en beneficio del propio enriquecimiento y de la obligación de autorreflexión que debería asumir para vérselas constantemente con la evaluación de sus teorías y métodos. En tal sentido, resulta indispensable

resaltar una vez más la importancia de los estudios historiográficos. En segundo término, porque cualquier análisis historiográfico, desde la modesta reseña de una publicación histórica, pasando por el estudio de la trayectoria de un historiador de una escuela o tendencia en particular, etcétera, hasta las obras que analizan el curso más general de la disciplina histórica, requiere de un especialista sea historiador o filósofo de la historia.

El análisis historiográfico, en el sentido de la evaluación de la obra de los historiadores, es una tarea tan compleja como la que realiza cada historiador al componer su obra. Asimismo, supone el encuentro de dos perspectivas de análisis: la del autor, expresada en su obra, y la de aquel que la analiza y que debe dar como resultado una perspectiva dialógica, pues si bien la mirada del autor y del historiógrafo representan dos puntos de vista diferentes, el análisis historiográfico debe ser el fruto de un diálogo entre ambos discursos históricos. El resultado va más allá del conocimiento profundo de un trabajo, puesto que significa un esfuerzo hecho por alguien en particular en un momento dado, cuyo alcance será, en última instancia, entender el desarrollo mismo de la disciplina a través del minucioso estudio de un fragmento de ella. Todo tipo de estudio historiográfico que analiza la obra de los historiadores, desde las concisas reseñas hasta los tratados generales o los textos que analizan los trabajos por autor, escuela o tendencia, épocas y países, requiere «[...] apreciar en cada producción histórica el acervo de datos que suministra, sino que la analizan y valoran como producto humano integral, en el que está presente el historiador con sus ideas, con sus pasiones, con sus "parcialidades", dadas por el lugar y la época en que la escribió» (Iglesia 1986: 30). Visto el asunto de esta manera, parece evidente que el análisis historiográfico debería ser considerado como una práctica muy importante dentro de la disciplina histórica.

Tampoco hay que olvidar que en la medida en que el «oficio de historiador» ha adquirido un perfil definido y que la disciplina histórica se ha afirmado teórica y metodológicamente hablando, en un largo curso de desarrollo, se ha hecho más indispensable tomar en cuenta la relación de cada historiador con sus pares o la comunidad de criterios que emana de los diferentes conjuntos académicos que se encuentran detrás de aquel «nosotros colectivo», que con frecuencia emplea el historiador al escribir sus obras.

De todas maneras, habiéndose dejado atrás el modelo historiográfico que se impulsó en el siglo XIX, más allá del dominio de competencias específicas como las de orden metodológico, por ejemplo, el historiador de nuestros días ha recobrado su perfil académico, que hace de él no un mero profesional —en el sentido de aquel que domina un saber y procedimientos especializados—, sino un intelectual en el sentido pleno de la palabra.

Finalmente, si tomamos en cuenta que el conocimiento histórico se ha nutrido y relacionado, de una forma u otra, con las diversas concepciones sobre el universo, la naturaleza o el saber, llegaremos probablemente a la certeza de que el estudio historiográfico puede ser muy importante en la tarea de comprender y analizar el desarrollo no solo de la disciplina histórica, sino para acercarnos mejor a los fundamentos teóricos esgrimidos por los historiadores y también a la propia filosofía de la historia.

CAPÍTULO II

LOS ORÍGENES: LA HISTORIOGRAFÍA DE LA ANTIGÜEDAD

«[...] no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros [...]».

Heródoto

El nacimiento de la historiografía tiene que ver en Occidente con los registros griegos alrededor de los héroes epónimos. Luego continúa su desarrollo durante la llamada helenización. En el caso de Roma están los *Annales Maxim*, de ahí que la forma llamada «analítica» se constituya desde la Antigüedad en la forma clásica de la historiografía narrativa, aunque la enumeración simple y sencilla de hechos se transformará luego en relatos que tendrán características opuestas, interviniendo para la explicación del devenir y los sucesos anotados, la narración legendaria y mítica. Hay que mencionar que la antigüedad grecorromana no tuvo un verdadero sentido de la historia, ya que como esquema explicativo solo se había considerado a la inmutable naturaleza humana, el destino y la fortuna —la irracionalidad—, el desarrollo orgánico. Colocó al género histórico en el campo del arte literario atribuyéndole como funciones el conocimiento y la utilidad moral. Pero prefiguró una concepción y una práctica «científica» de la historia basadas en el testimonio, como lo hizo Heródoto, la inteligibilidad planteada por Tucídides, la búsqueda de las causas, como en el caso de Polibio, y la búsqueda y el respeto de la verdad, en todos los autores hasta Cicerón. Esa verdad será el producto de un análisis crítico que confrontará diversos testimonios

con la propia opinión de los autores y obedecerá a un método en el que destaca el apego a la cronología¹.

Requerido en parte por el desarrollo de la polis griega, Heródoto buscará que no se pierdan de la memoria de los hombres los hechos más destacados y ofrecerá una versión nueva del pasado alejada de la poética, mientras que los historiadores romanos tras un desarrollo similar al griego terminarán poniendo su historiografía al servicio del sustento de la grandeza de Roma y su mantenimiento.

La importancia de la historiografía de la Antigüedad, que es la primera historiografía desarrollada en Occidente, planteó un modelo que tuvo la virtud de traspasar algunos de sus elementos a épocas posteriores, como se podrá advertir a lo largo de este libro.

2.1. LA HISTORIOGRAFÍA GRIEGA

Antes de la aparición de la historia como disciplina existió permanentemente un interés por el pasado, el cual se reflejaba en la existencia de la poesía épica, particularmente en los poemas homéricos. Suele considerarse como el antecedente más temprano, cien años antes de que Heródoto escribiera su obra, a Hesíodo, autor de *Los trabajos y los días* y *Teogonía*, pero tomando en cuenta que en su obra, de francas características literarias, puede notarse la mezcla de mito, leyenda e «historia», en tanto que en el trabajo de Heródoto se puede advertir la aparición de un «racionalismo» que tendría su sustento en la escuela jónica. Es cierto que Hesíodo no se ocupa de los sucesos de la edad heroica, sino de lo que acontece en la vida diaria, intentando establecer un vínculo real entre dioses y hombres. Esto le ha valido que se le considere padre de la escuela genealógica. Es por ello, para Ricoeur *Los trabajos y los días* es una poesía didáctica que supone que los días deben ser calificados según lo que conviene o no conviene hacer en función de las circunstancias. De manera tal que el tiempo tiene un esquema marcado por los días fastos y nefastos y, en ese sentido, existe un tiempo —que es el de los trabajos y los días donde se ligan indisolublemente los órdenes moral y temporal—. Otro antecedente del nacimiento de la historia en Grecia estaría en la obra que se atribuye a Aristeas de Proconeso, titulada *Arimaspea*, donde los asuntos etnográficos y geográficos tenían la mayor importancia (Ricoeur 1979: 16-17).

¹ Sobre estos puntos véase Shotwell (1982: 93, n. 6 y el cap. VII); Rodríguez (1998: 103-104); Le Goff (1991: 83) y Martínez (2004, segunda parte). En Persia encontramos los «libros memoriales» en relación a la vida y gestión de los monarcas y en Egipto «anales grabados en piedra», confeccionados aproximadamente entre los años 2 750 y 2 625 a. C hacia el final de la quinta dinastía. En Caldea, las «tabletas de arcilla cocida» contenían información escrita diversa y en Asiria se escribían los «Cánones Epónimos».

En la antigua Grecia gravitó el pensamiento cíclico, cuyo proceso era entendido como un movimiento que transitaba interrumpida y recurrentemente por un origen, desarrollo, declinación y fin para dar paso a una nueva etapa, es decir, en un movimiento constante e indefinido de eterno retorno, como la doctrina de la reencarnación, que daba por sentado que el alma es universal, se desprende del cuerpo, transmigra y se reencarna al tiempo en otro cuerpo. Estas nociones permitían explicar el devenir y por eso: «La causa de que la historiografía griega tardara tanto en producirse no fue que a los griegos les faltara curiosidad por su pasado. Lo malo es que su curiosidad se satisfacía con algo que no era historia. Lo que ellos necesitaban para desarrollar la historia y el trabajo de los historiadores era espíritu crítico, escéptico, en lugar de una ciega aceptación de la antigua autoridad» (Showtell 1982: 184).

En tales condiciones, el surgimiento y desenvolvimiento de la historiografía griega se manifiestan estrechamente vinculados a la estética y a la ciencia, en tanto búsqueda y expresión del deleite artístico la primera, cuanto de la verdad la segunda. El espíritu crítico hizo su aparición en las ciudades de Jonia en el siglo VI a. C. y fue la base para el nacimiento de una nueva vida intelectual, de la historia y también de la filosofía entendida como ciencia. Pero, a su vez, la ciencia será vista como arte y por eso es que en el caso de la historia los discursos bien hilvanados sirven para la caracterización de los personajes en acción y muchas fuentes —cartas o documentos— se intercalan bajo la forma discursiva.

De cualquier manera, hay que tomar en cuenta que los griegos distinguen entre el conocimiento de los objetos permanentes y el conocimiento de lo mutable, en este caso, la historia.

De naturaleza empírica, la historia no eliminó el esquema cíclico y los relatos, que expresaban con cierta fidelidad lo sucedido, y generalmente se referían a acontecimientos contemporáneos, puesto que cuando se trataba de los tiempos antiguos se cedía el paso a los relatos míticos y a la tradición. También es sabido que durante el siglo VI a. C. los logógrafos fueron quienes desarrollaron una prosa, que pese a no ser propiamente histórica, cumplió el cometido de dar cuenta del pasado inmediato. En los siglos VII y VI con Cadmo y Hecateo de Mileto, como los más destacados de una treintena de logógrafos, se intenta separar lo humano de lo divino en busca de la verdad. Todos ellos habían compilado crónicas limitadas a una polis, a una región, llegando a abarcar como máximo el mundo helénico².

² Como es conocido, los «logógrafos» eran relatores o prosistas jonios, quienes utilizando técnicas retóricas daban cuenta principalmente de sus viajes, describiendo tradiciones, costumbres e información variada.

Marcada por diversas influencias, la cultura griega —desde el Mar Negro hasta la Península Ibérica— buscará captar lo permanente aplicando la razón y durante el siglo VI el contacto violento con Asia Menor será un acicate para el desarrollo del sentido crítico. En suma, la idea de la historia que se cultivó a partir de Heródoto guardó relación con el conocimiento racional y por lo tanto debe vincularse a la filosofía, teniendo que ver, a su vez, con el paulatino abandono del pensamiento mítico.

Volviendo a los logógrafos debemos decir que mientras Cadmo narró la historia de Mileto, su lugar de origen, Hecateo fue el último de los logógrafos y compiló en forma de relato una guía del mundo mediterráneo, conocida como *Viajes por el mundo* que, según se conoce, fue resultado de sus recorridos por el territorio del Imperio persa. En general, su trabajo resulta una mezcla de historia y ficción, pero en el caso de *Genealogías*, otra de sus obras, puede decirse que parece la expresión de «casi un empeño histórico» por definir y explicar «el pasado verdadero» en relación a los héroes de su ciudad, tanto así que es el único logógrafo que fue citado por Heródoto (Lozano 1994: 191)³.

Debe señalarse que los griegos muestran particular interés por sus antepasados, rasgo que para algún autor tiene que ver con la tradición épica. Heródoto, en cambio, da un vuelco a esta manera de captar la realidad, puesto que cuando se refiere al presente lo hace siempre considerando las causas o antecedentes, se refiere al pasado lejano o cercano y no se contenta con narrar, sino que cuenta la historia como drama, con personajes, acción y desenlace. Compara, investiga, cree en los dioses, busca causas humanas, siendo su objetivo investigar y narrar para detener el tiempo en el sentido de conservar memoria de los hechos. Es una historia inmediata, su material esencial es lo que estaba presente y vivo en el círculo de sus autores. Esos relatos historiográficos acreditan mediante un «yo he visto» o «hemos visto» que lo que se relata efectivamente ha sucedido. El «yo he visto» se sitúa como garante de verdad y por el contrario el «yo he oído» resulta menos creíble y produce desconfianza, como fue el caso de Tucídides. Por su parte, Heródoto utiliza testimonios indirectos, es decir, versiones de testigos frente a acontecimientos que él no había presenciado, pero que sometía a confirmación o contraste, puesto que también privilegia la percepción directa. En tal sentido, debe destacarse que al dar prioridad para la construcción del conocimiento histórico a la vista u observación se estaba haciendo la identificación entre conocimiento y percepción. Sin embargo, el producto no fue una sencilla descripción, ya que ella misma suponía algo más complejo. Vale decir, la operación historiográfica

³ Griegos como Helánico y Caronte de Lámpsaco habían escrito historias pérsicas. Hecateo de Mileto se había ocupado del Asia y Xanto trató sobre Lidia. Véase González Coll (2000: 152).

de seleccionar, interpretar y transmitir. «Fue Heródoto quien superó la crónica, llegando tanto a la narración histórica razonada como a una “historia universal” y extendiéndose fuera de la Hélade hasta el mundo conocido. Se dio libertad, en todos los aspectos y con plena justificación, para acumular, seleccionar o transmitir información a su albedrío» (Waters 1996: 158).

En resumen, lo que favoreció a la aparición de la historia fueron los factores siguientes:

- El espíritu crítico racionalista inspirado en el surgimiento y desarrollo de la ciencia y la filosofía en Jonia;
- La investigación del mundo humano aparejada al anhelo de alcanzar una verdad individual positiva y de encontrar una norma en el proceso del devenir histórico;
- La incredulidad acerca de la intervención personal de las divinidades, dado que parecía evidente que ya no sucedían las mismas cosas que se atribuían a la edad heroica; y,
- El crecimiento notorio del poderío persa estimuló entre los griegos el interés por conocerlo, en parte también por la conciencia de que ese mundo tan distinto constituía una amenaza sobre el orbe griego.
- También se ha dicho que el pensamiento histórico nació en Atenas, en los ambientes del orfismo, en el marco de una reacción democrática contra la antigua aristocracia⁴.

Además de los factores señalados se puede intentar reconocer algunas motivaciones específicas, como las de orden étnico, para distinguir a los griegos de los bárbaros, ya que a la concepción de historia se une la idea de civilización. De orden político, vinculadas con las estructuras sociales, dado que en el siglo V, por ejemplo, la memoria nace del interés de las familias nobles y reales, así como de los sacerdotes de los templos tales como Delfos, Eleusis y Delos, para dejar establecidas sus raíces.

2.1.1. Los grandes maestros: Heródoto, Tucídides y Jenofonte

Como es de común conocimiento, Heródoto es considerado «el padre de la disciplina histórica», aunque los ajustes metodológicos aportados por Tucídides merecerían similar crédito.

⁴ Véanse O’Gorman (1981: XV- XVI) y Le Goff (1991: 62-63).

Lo cierto es que la obra de Heródoto, cuya vida había transcurrido durante la hegemonía ateniense, entre las Guerras Médicas y la del Peloponeso, resulta un verdadero hito que marca la línea divisoria entre la simple tradición oral para explicar el pasado y la realidad presente del esfuerzo por lograr lo mismo a partir de testimonios.

Aparentemente, el libro de Heródoto habríase llamado *Indagaciones* o, en todo caso, *Historia*, pese a que a partir de sus editores alejandrinos y hasta ahora se conoce como *Los nueve libros de la Historia*⁵. La versión dejada por los eruditos de Alejandría aparece dividida en nueve libros, titulado cada uno de ellos con el nombre de una musa, pero puede decirse que si nos atenemos a su contenido la obra está estructurada en tres partes:

- Origen y crecimiento del Imperio persa y reinados de Ciro, Cambises y Darío. En esta parte Heródoto plantea la tesis de que el desarrollo político de los persas era una amenaza para los griegos;
- Desarrollo de los acontecimientos intermedios y la hostilidad entre griegos y persas; e,
- Invasión y ataque de Jerjes y triunfos griegos en Salamina, Platea y Micala. Como se desprende de la temática enunciada esta parte es, en realidad, la historia de las Guerras Médicas.

Sin embargo, otra forma de dividir el contenido de la obra de Heródoto y que reflejaría una estructura simétrica —que al parecer no fue pensada de antemano sino que se configuró en el proceso mismo de confección de la obra— considera también las ya mencionadas tres partes, pero añadiendo a cada una de ellas otras tres subdivisiones a saber: en la primera parte, los reinados de Ciro y Cambises y la subida al trono de Darío, siendo el tema central Ciro; se ocupa principalmente de Asia y Egipto, aunque el asunto medular es Egipto; y, muestra los triunfos y el incremento del poder de Persia, siendo el tópico de interés principal la revuelta dinástica que puso a Darío en el trono. En la segunda parte considera el reinado de Jerjes siendo Scitia el asunto al que se presta mayor atención; se ocupa, en general, de Europa pero concede importancia a la rebelión jónica; y, describe el fracaso persa en Scitia y en Maratón, así como el fiasco griego en Jonia. En este caso, Maratón es el centro del relato. Y, finalmente, la tercera parte comprende el reinado de Darío, pero el tema principal es la invasión de Jerjes hasta su victoria en las Termópilas; se dedica a la Hélade, relata hasta el cambio de fortuna persa en Salamina; y, relata la derrota de Persia a manos de Grecia y los triunfos finales

⁵ Waters prefirió llamar a la obra de Heródoto «Historias de las guerras persas».

en Platea y Micala se tornan en el meollo de esta última sección (Shotwell 1982: 199 y 201 citando a Macan y Bury).

Heródoto fue resumiendo toda clase de cuentos, datos y versiones a través de sus propios viajes. Todo lo cual le permite establecer comparaciones y buscar las causas profundas de los hechos, aunque se deja ver en su relato la influencia de las leyendas antiguas. Si no es capaz de confirmar o negar la verdad de lo que dice, muestra abiertamente sus fuentes, introduciéndolas dentro de la narración. En su visión se puede descubrir el peso que tiene todavía el pensamiento cíclico, es decir, una concepción de caos y cosmos. El primero supone el orden y justicia griegos, mientras que el segundo resulta equivalente a la injusticia y el desorden representado por los persas y su hegemonía. En tales circunstancias, la guerra puede entenderse como un hecho inevitable, destinado a restaurar el orden, lo que no quita que al estudiar la situación el autor busque permanentemente hallar las causas y razones humanas de los acontecimientos. Por eso puede decirse que aunque apela a criterios racionales de explicación, también acude a las nociones tradicionales —mitos, leyendas y acciones divinas— cuando tiene que referirse al *illo tempore*, época para la cual, evidentemente, no cuenta con testigos ni informaciones directas.

Los méritos de Heródoto para ser llamado el padre de la disciplina histórica son múltiples. Podemos considerar su manejo del tiempo, que le permite la ordenación de los hechos pero, en particular, su actitud investigadora para establecer los acontecimientos que serán no solo objeto de su narración sino de su evaluación, lo que determina que frente a algunos datos o versiones Heródoto se muestre irónico o escéptico. Podría decirse que esa actitud investigadora parte de una curiosidad que no se satisface con el relato de los hechos ordenado cronológicamente y que más bien lo lleva a una constante búsqueda de una verdad sustentada en las causas y a una explicación acerca de los acontecimientos que son materia de su relato. De tal forma que se pregunta por las raíces de los hechos para dilucidar los fenómenos y los procesos, mostrando capacidad para evaluar su información y considerar o desechar ciertos datos.

Ahora exige la historia que digamos quien fue aquel Ciro que arruinó el imperio de Creso; y también de qué manera los persas vinieron a hacerse dueños del Asia. Sobre este punto voy a referir las cosas, no siguiendo a los persas, que quieren hacer alarde de las hazañas de su héroe, sino a aquellos que las cuentan como real y verdaderamente pasaron; porque sé muy bien que la historia de Ciro suele referirse de tres maneras más (Heródoto 1981, Libro I, cap. XCVIII: 28).

Se desprende entonces que estamos frente a un método en el que destacan la selección de temas, el uso de testimonios obtenidos gracias a la inquisición

hecha a los testigos de los acontecimientos, pero también fruto de las observaciones directas realizadas por el propio historiador nacido en Halicarnaso. Con acuciosidad sopesa su información aplicando la razón, es decir, desarrollando una actitud crítica y por eso los mitos y leyendas le sirven más para la narración que para la interpretación. Muestra desconfianza frente a la tradición oral —la memoria— para conservar el recuerdo de los hechos importantes e interesantes y por eso acude a la escritura.

La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes, y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos y los otros (Heródoto 1981, Libro I, cap. VII: 1).

Hay que considerar además la importancia de su aporte en lo que se refiere a sincronizar en lo posible los distintos imperios y espacios culturales con sus correspondientes secuencias temporales y situarlos en un horizonte histórico-temporal común, para tratar de descubrir los contextos que condujeron al gran conflicto entre los griegos y los persas (Koselleck 2001: 55-56 y 123).

Heródoto justifica el movimiento o mudanzas de la historia como una lucha entre contrarios, desatada en el caso específico del tema central de su obra, por mutuos y recíprocos agravios. A partir de su tema central refiere toda suerte de informaciones que resultan una visión amplia y detallada sobre los pueblos de la antigüedad conocida por el padre de la Historia.

Su estilo ha sido caracterizado como una suerte de «prosa épica» que influye en su narrativa, puesto que en la época no era todavía posible desprenderse de la influencia de los poemas homéricos. Asimismo se ha destacado «la composición circular» de su relato, dado que al final de una sección regresa al tema anunciado al principio de la misma. También tiene en ocasiones un cierto tono dramático y son frecuentes las digresiones que lo alejan del tema tratado, en parte debido a su interés de entrar en detalles, así como a su afán de entretener, en la medida de que se dirige a grandes audiencias, aunque no se preocupa por excitar las emociones de la gente (Waters 1996: 12, 20 y 71).

Este «carácter épico» quedaría expresado —según O’Gorman— en primer lugar en el afán de divertir, introduciendo por eso noticias que ahora son tenidas como digresiones, pero que entonces tenían el propósito de evitar el aburrimiento de los destinatarios de su obra. El mismo especialista indica que otro rasgo épico de la obra de Heródoto se halla en el recurso literario de poner palabras:

conversaciones, a veces largas, y discursos en boca de sus personajes, según la tradición homérica (O'Gorman 1981: XIII).

Basándonos en los trabajos varios autores podemos intentar la siguiente caracterización del estilo herodotiano:

- Simple y natural que linda a veces con la ingenuidad;
- Ausencia conspicua de lenguaje en exceso colorido y emotivo;
- Empleo ocasional de discursos;
- Variedad en el modo de presentación;
- Dramatización de las historias;
- Utilización de declaraciones irónicas o sugerencias de incredulidad, así como el desarrollo de ciertos fragmentos que relatan hechos cómicos; y,
- Empleo de digresiones que en general otorgan vivacidad a su narración pero que también la cortan con demasiada frecuencia.

En cuanto al contenido de la obra que nos dejó Heródoto habría mucho más que decir, pero bastará añadir que el punto de partida de la narración esencial se sitúa en el reino de Creso de Lidia, tal vez en 560 a. C., aproximadamente, y que el relato concluye con la toma de Sesto en los Dardanelos hacia fines del 479. La diversidad de temas y el alcance casi enciclopédico caracterizan esta obra, que comprende más de setenta años cubriendo la historia del mundo del este del Mediterráneo como antecedente del tema principal. Su importancia también estriba en el hecho de que se trató de la primera y más completa información acerca de uno de los más grandes imperios del mundo antiguo.

Las primeras apreciaciones acerca de la obra de Heródoto no resultaron siempre favorables, pues, por ejemplo, Tucídides fue uno de sus más severos críticos al considerar que su intento había sido demasiado ambicioso, de otro lado, aparentemente sin demasiado fundamento, se atribuye a Plutarco un opúsculo denominado *Malignitate Herodoti*, documento en el que se acusa a Heródoto de antipatriota y filobárbaro, puesto que su versión de las guerras no era exclusivamente helénica sino también persa (Shotwell 1982: 207 y Waters 1996: 13).

La crítica historiográfica actual le atribuye, por el contrario, numerosos méritos, en particular porque presta atención a los paisajes, a la gente, sus costumbres y creencias, lo mismo que a la relación entre el hombre y la naturaleza, organización política, militar, etcétera. «Entrecruzando el epos, los mitos, leyendas y sabiduría popular de los distintos pueblos que observa, así como las distintas complejidades culturales y las interpretaciones de sus informantes claves, que registra, conforma

un banco de datos tan estimable, que tras casi veinticinco siglos de distancia, el leerlo despierta actualidad» (González Coll 2000: 147 y ss.).

Heródoto maneja dos registros: la memoria —a través de su propia experiencia y los testimonios orales— y los textos, vale decir, la escritura. Tucídides, si bien privilegia a esta última, también acude a su propia experiencia, pero ya no directamente a los testimonios orales. Ambos autores se referirán al pasado inmediato.

Tucídides representa a la historiografía ática (siglos V y IV a. C.). Empezó a escribir *La guerra del Peloponeso* en el 431 a. C., cuando esta recién se iniciaba y, como se puede ver, la obra giró en torno a un hecho contemporáneo en el que su autor participó directamente. La segunda parte la escribió en el destierro, por lo que da la impresión de ser menos subjetiva, en tanto da a conocer las versiones del bando rival, es decir, de los espartanos.

Para el propio Tucídides lo contemporáneo de su relato lo hacía más veraz, pero puso de manifiesto que la determinación de los hechos no es lo mismo que aquello que se dice y transmite acerca de ellos. La aplicación de criterios racionales en la confección de la obra se deja ver en el hecho de que su autor se preocupó por establecer una cronología precisa de los acontecimientos, en particular, del inicio de la guerra. Para ello empleó distintos referentes adecuados, todos ellos al entendimiento griego de entonces: el arconte anual de Atenas, el año de la sacerdotisa de Hera en Argos y el éforo en Esparta (Waters 1996: 142). Consideró que el tema de su obra era un hecho de extrema importancia, el más significativo en la historia, y así lo quiso demostrar desde el inicio hasta el fin de su relato: «El ateniense Tucídides escribió la guerra que tuvieron entre sí los peloponenses y atenienses, comenzando desde el principio de ella, *por creer que fuese la mayor y más digna de ser escrita*»⁶.

Su trabajo comprende ocho libros que en función de su temática constituyen tres partes. En efecto, a lo largo del Libro Primero se trata sobre los orígenes de la guerra y es destacable el hecho de que le concede gran importancia a la historia del crecimiento del poderío ateniense. Culmina esta sección apelando a un recurso retórico importante: el discurso de Pericles anunciando la contienda, con el que generará un ambiente de tensión y expectación que le servirá para abrir el camino a la segunda parte, que abarca desde el Libro Segundo hasta parte del Libro Quinto, ocupándose de la contienda durante sus primeros diez años, es decir, hasta la negociación de la paz de Nicea. La Tercera Parte comprenderá del Libro Quinto hasta el final del Libro Octavo, tratándose asuntos como la concreción de la Paz de Nicea y los acontecimientos posteriores. Destaca en esta sección el tratamiento de la infausta expedición a Sicilia, siendo otro asunto importante la revolución

⁶ El subrayado es nuestro.

ateniense del año 411. Tucídides supera las versiones mítico-sobrenaturales. En cuanto su narración persigue:

- Ceñirse a la verdad y dice que no da crédito a los poetas, cuyo primer objetivo es la expresión estética;
- Aplicar el sentido crítico al interpretar sus fuentes, dado que su narración acude constantemente a los discursos que en boca de los personajes le sirven para relacionar hechos y mostrar intenciones; y,
- Superar los relatos de héroes, de poetas y cronistas que escriben «para agradar al oído» para dar paso a un estudio de la política de la Guerra del Peloponeso, a la que parece dedicar más cuidado que a los detalles de la lucha, por ejemplo (Shotwell 1982: 222 y ss.).

Más aquellos que quisieren saber la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar y saber otras tales y semejantes que podrán suceder en adelante, hallarán útil y provechosa mi historia; porque mi intención no es componer farsa o comedia que dé placer por un rato, sino una historia provechosa que dure para siempre (Tucídides 1975, Libro I: cap. 1).

Sin embargo, en términos de la que podría llamarse su filosofía de la historia encontramos varias ideas interesantes, como su consideración de que el gran motor de la historia es la naturaleza humana; que la historia constituye el comienzo eterno de un mismo modelo de cambio —que es la guerra— y que los acontecimientos son producto de una racionalidad que el historiador debe volver inteligible. A estas nociones agregaremos la que se refiere a la función que asigna tanto a la moral individual como política.

Tucídides, como todos los historiadores de la Antigüedad, considera que la historia en su escritura está estrechamente ligada a la retórica, por lo que concede especial importancia a los discursos. Es interesante la anotación de Shotwell al respecto:

[...] así como la ciencia ha determinado la visión del historiador moderno, la poesía determinó la visión de Tucídides. El habría rechazado esto con toda energía, pero la cosa está clara. El ideal épico —dramático, tal vez— de un gran relato de grandes hechos se abrió también camino en su ideal de historia, a pesar de todas sus pretensiones “científicas” (Shotwell 1982: 222 y Le Goff 1991: 77-78)

A diferencia de Heródoto, de quien se afirma leyó alguna parte de su trabajo en público, se dirige a una audiencia más selecta, a una clase intelectual que lo lleva a excluir todo cuento o relato semejante pero, junto con él, estableció el arte y la ciencia de la historia.

Tucídides radicará el impulso de dominio en la naturaleza del hombre, de suerte que el conflicto de contrarios resultará inevitable. De este modo establecerá la necesidad de la historia, aunque no su predeterminación, porque la victoria no depende de ninguna fuerza trascendente, sino de la habilidad y recursos de los contendientes (O'Gorman 1981: XXII).

Con bastante claridad se advierte que el escenario de su historia es el territorio griego y que los actores junto con sus motivaciones y propósitos son humanos. El destino estará marcado por las acciones de los hombres. Su historia es una obra meditada y cargada de pragmatismo, considerando que su utilidad estará en haber mostrado las causas de los hechos, por lo que contempla que su obra no debería ser perecedera.

Este historiador concebía el tiempo pretérito como una unidad diacrónica en la que se encontraban entrelazados distintos factores. Sobre la base de su propia experiencia procuró una reconstrucción hipotético-argumentativa y así, por ejemplo, el periodo transcurrido entre la guerra contra los persas y la del Peloponeso es interpretado por la oposición entre las constituciones de las polis, así como por las diferentes percepciones de los ciudadanos por el equilibrio entre la política interior y la política exterior de las ciudades-Estado para sacar a la luz el verdadero motivo de la guerra, gracias a una teleología inmanente: la acumulación de poder imperial por parte de los atenienses a la que correspondió un miedo creciente de los espartanos.

Si bien concibe a los acontecimientos como eventos singulares, ello no es un obstáculo para que haga concatenaciones con ellos buscando causas y describiendo consecuencias. Contempla lo particular y también lo extraño o sorprendente en la medida de que también es capaz de plantearse situaciones permanentes. En este caso lo sorprendente revelaría de alguna manera un desorden humano. Su tratamiento de la historia política expresa una tendencia: considerar como causas los motivos personales, lo que no lo aleja del pensamiento antiguo de contemplar factores desconocidos comprendidos en la llamada fortuna (Sánchez 1993: 37-38 y Koselleck 2001: 60 y ss.).

Su historia es política y militar, una reflexión ética sobre el afán de poder y la fragilidad de la paz. Postula hipótesis cuando deja lo contemporáneo, así lo hace, por ejemplo, en el Libro I cuando resume la historia griega antes de la guerra. Escribe sobre un pasado mucho más cercano que Heródoto, su historia presenta inteligibilidad a través de un relato bien estructurado, relativamente unitario con una clara secuencia causal. Ante la necesidad de llevar un cómputo del tiempo y a falta de una cronología precisa Tucídides toma como referente el curso de las estaciones.

En cuanto al estilo, hace gala de gran habilidad para manejar la composición, destacando el empleo de discursos que pone en boca de los grandes personajes, pero también de grupos; como una suerte de coros que nos permiten recordar a las tragedias griegas. A través de esas oraciones Tucídides expone motivaciones, sentimientos y valores.

Su historia puede, tal vez, compararse a una estatua griega, majestuosa y seria, restringida y sobria, correcta en el detalle e impresionante por la composición, pero falta de colorido vívido y del fondo variado de una pintura moderna o de la historia de Heródoto [...] El relato se mueve sobria y vigorosamente, cada episodio encaja con exactitud en su sitio, comparable, tal vez, a una tropa de hoplitas que avanza en formación a las órdenes de un capitán seguro (Koselleck 2001: 216).

Después de Tucídides la historia cayó dentro del campo de la retórica, siendo su propósito inmediato buscar el efecto antes que descubrir los hechos.

Es dentro de esta tendencia de la historiografía que debemos considerar a Jenofonte, hombre relacionado con los personajes y los sucesos importantes de la Grecia de su época, es decir, el siglo IV a. C. Formado en filosofía, fue también un soldado victorioso. Su trabajo nos muestra su conservadurismo, en especial en materia religiosa, lo que lo lleva a registrar fielmente las consultas a los oráculos y los augurios antes de cada etapa de las maniobras militares. Sin embargo, a la par fue capaz de buscar la casualidad de manera más racional. El primer aspecto remite a esa intermitencia de la historiografía clásica en su apelación a las tradiciones helénicas relacionadas con el mito y la tradición.

De cualquier manera, Jenofonte sigue el curso ya marcado en aquella historiografía antigua de la que forma parte al utilizar el método consistente en tomar referencias a partir de su experiencia personal, es decir, en actuar no solo como autor sino como una suerte de memorialista. Así, *Memorabilia* es una obra que le sirve para recoger sus recuerdos y observaciones personales acerca de Sócrates y su pensamiento, con atisbos a la vida social de la época. Lo mismo en el caso de *Anábasis*, que es en realidad una memoria escrita en siete libros sobre la expedición de Ciro el joven contra su hermano Artajerjes y la retirada de los diez mil griegos que estaban al servicio del primero de los mencionados. Jenofonte explica y enaltece la participación griega en el evento:

Asimismo, sabed que nunca tendremos mejor momento que ahora para declarar quiénes somos los que aquí nos reunimos; porque todos los soldados tienen puestos los ojos en nosotros, y si nos ven desmayar, todos serán ruines y cobardes; y si nos ven preparados para ir contra los enemigos, y saben animar los amigos, creedme que nos seguirán y procurarán imitarnos (Jenofonte 1993: 105).

Esta obra contiene la descripción más antigua de las instituciones espartanas, pero corresponde añadir que su descripción de lugares y las referencias geográficas fueron correctas. En su *Apología de Sócrates*, escrita entre el 394 y el 387, empleó la voz de Hermógenes, un allegado a Sócrates que estuvo presente en su juicio y muerte, para emitir sus propias opiniones. Su tesis es que Sócrates se mantuvo sereno, lúcido y digno pero que aceptó de buena gana su muerte, ya que siendo un hecho inevitable en la vida de los hombres, en su caso se produciría en un momento oportuno. Unas líneas de este trabajo son las siguientes:

Sin embargo, tampoco por el hecho de morir injustamente tengo que tener menos alta la cabeza, porque la vergüenza no es para mí sino para quienes me condenaron. Me consuela todavía el recuerdo de Palamedes, que murió de manera muy semejante a la mía. Aun ahora sigue inspirando cantos muchos más hermosos que Odiseo, que injustamente ocasionó su muerte. Sé que también testimoniarán en mi favor el futuro y el pasado, haciendo ver que jamás hice daño a nadie ni volví peor a ninguna persona, sino que hacía el bien a los que conversaban conmigo, enseñándoles gratis todo lo bueno que podía (Jenofonte 2004: 27)⁷.

De hecho, hubo una especie de hilo conductor entre la obra de Tucídides y la de Jenofonte, en el aspecto temático, cuando el segundo de los mencionados escribió *Helénica*, considerada un serio esfuerzo historiográfico de su autor, ya que se propuso completar *La Guerra del Peloponeso*. Por eso, *Helénica* arranca en el otoño del 411 y concluye en Mantinea, en el 362 a. C. Fue escrita cuando Jenofonte estaba desterrado de Atenas y presenta una visión espartana de ese fragmento de la historia de Grecia.

Jenofonte fue un gran maestro del relato y uno de los paradigmas de la historiografía moralizante que, como vemos, en tal aspecto no fue patrimonio exclusivo de los romanos. Su pluma es hábil y ligera, lo que significa que cultivó un estilo «gráfico, entretenido y armonioso» (Shotwell 1982: 234-235). Se ha dicho de él que tenía un talento literario feliz y, como hemos apuntado, que en materia de historia su vocación era la de un memorialista.

2.1.2. La historiografía del periodo helenista y la transición hacia la historiografía romana

Como bien sabemos, la gran era helenista es aquella que se vincula a la época y a la obra de Alejandro Magno. Un periodo durante el cual el mundo antiguo cambia y la influencia griega se extiende más allá del Peloponeso y las islas. Algunos de

⁷ Aunque en la Antigüedad *Apología* de Sócrates fue citada como obra de Jenofonte, en la época moderna se puso en duda dicha autoría.

estos cambios tienen gran significado para la transformación de la historiografía occidental, ya que, por ejemplo, aparece la noción de «ecumene», equivalente a la tierra habitada. Por consiguiente, la distinción entre griego y bárbaro se esfuma y los ámbitos espacial y temporal que debían cubrir los historiadores se hacen universales. Ambas características determinan que el historiador se convierta por necesidad en un compilador —método de autoridades— y que su interés ya no se centre únicamente en los sucesos contemporáneos. Las fuentes escritas se convierten en las principales y dentro de ellas, las obras de otros historiadores anteriores. Podemos decir que la confianza en las referencias proporcionadas por otros historiadores es una de las características del historiador helenístico, construyéndose de ese modo lo que solemos llamar «criterio de autoridades».

Hay que considerar también el peso de las ideas platónicas y, por ejemplo, el valor que en este momento se da a los conceptos de «idea pura», «arquetipo» y «corrupción». Este es el caso de Polibio, quien encuentra explicación a los cambios de regímenes políticos en la corrupción de formas más perfectas.

La búsqueda de las señales de corrupción en los hechos humanos da a la historiografía helenista un dejo moralizante. Decadencia, vicios y virtudes son los temas preferidos. Se ha dicho, asimismo, que la historiografía, en el afán por reproducir fielmente los hechos, se ve marcada por la influencia de la retórica, pues a través de ella se exalta lo trágico o lo dramático. Hay en esta historiografía un afán de entretener y «deleitar» al lector, lo que determina el uso de un estilo pulido. A esta historiografía pertenecen *Historias* de Eforo de Cime y *Helénicas* e *Historias Filípicas* de Teopompo de Chíos⁸. Durante esta etapa helenística se pueden distinguir varios géneros historiográficos: historias universales, memorias, crónicas y monografías.

Entre los siglos II a. C. y VI d. C. aparece la historiografía griega durante el dominio romano. Por aquel entonces las obras solían estar escritas en griego, pero, obviamente, gran parte de su temática era romana. Se puede mencionar tanto a Timágenes de Alejandría, autor de *Historia de los Reyes* —que abarca hasta la época de Julio César—, como a Dionisio de Halicarnaso, quien escribió *Arqueología Romana*, obra dividida en veinte libros, en la que su autor busca señalar los lazos entre Roma y Grecia. Para documentar su trabajo emplea como fuente a los anales.

Se puede decir que el contacto griego con Roma supuso una suerte de transición de una historiografía a la otra, la misma que parece haber estado bien representada en la figura y en la obra de Polibio, considerado el último de los

⁸ Historiador griego nacido aproximadamente en el 378 a. C. y fallecido en Egipto en el año 323 a. C. Fue un constante crítico de la democracia ateniense y debido también a su manifiesta inclinación a favor de Esparta sufrió varios exilios, situación que favoreció sus viajes y contacto con diversos pueblos.

grandes historiadores griegos. Su trabajo forma parte de la que podría ser llamada una historiografía romana helenista, debido a que su asunto central es Roma. No obstante, escribe desde la perspectiva de un hombre cuya cultura es la griega. También se considera que su obra significa la maduración de la historiografía griega y, como ya dijimos, el enlace con la romana.

Polibio investiga y reflexiona sobre la Roma vencedora de su pueblo y hegemónica en el Mediterráneo. Defiende la científicidad de la historia, puesto que, en su opinión, en el estudio de las cosas humanas puede discernirse una ley general de evolución de las formas políticas sociales. Su obra fue valorizada y «redescubierta» durante el Renacimiento por sus comentarios y abundante información sobre asuntos político-militares del mundo romano. Dispone los espacios de acción más dispares en un contexto general, que se escapa completamente de toda experiencia individual, por lo que la historia se monta en un plano superior o más amplio y, desde entonces, la geografía no será solo un presupuesto de toda historia, sino que se convertirá en un elemento integral de ella (Sánchez 1993: 39 y Koselleck 2001: 64).

Testigo del inicio de la expansión romana, la obra de Polibio se conoce con el nombre de *Historia* y también *Historia Universal bajo la República Romana*. En ella trata —en cuarenta libros, de los cuales solo se conocen completos los cinco primeros y algunos fragmentos de los restantes— los años cruciales del comienzo de la hegemonía romana. Lo que quiere decir que se refiere a todo lo acontecido desde la vez primera en que los romanos cruzaron el mar en el año 264, desde las Guerras Púnicas, hasta el fin de la historia de Cartago y Grecia en el año 146 a. C. Su pregunta central es: ¿de qué modo y bajo qué circunstancias políticas los romanos pudieron dominar casi todo el mundo conocido en poco más de cincuenta años?

Pero el modo de manifestar que el tema de mi discurso es singular y magnífico, será principalmente si comparamos y cotejamos los más célebres imperios que nos han precedido, y de que los historiadores han dejado copiosos monumentos, con aquel soberbio poder de los romanos, estados a la verdad dignos de semejante parangón y cotejo. Los persas obtuvieron por algún tiempo un vasto imperio y dominio pero cuantas veces osaron exceder los límites del Asia aventuraron, no solo su imperio, sino también sus personas. Los lacedemonios disputaron por mucho tiempo el mando sobre Grecia; pero después de conseguido, apenas fueron de él pacíficos poseedores doce años. Los macedonios dominaron en la Europa desde los lugares vecinos al mar Adriático hasta el Danubio parte a la verdad bien corta de la susodicha región; añadieron después el imperio del Asia, arruinando el poder de los persas; pero en medio de estar reputados por señores de la región más vasta y rica, dejaron no obstante gran parte de la tierra en ajenas manos.

Dígalo la Sicilia, la Cerdeña, el África, que ni por el pensamiento se les pasó jamás su conquista. Díganlo aquellas belicosísimas naciones situadas al occidente de la Europa, de quienes apenas tuvieron noticia. Mas los romanos, al contrario, sujetaron, no algunas partes del mundo, sino casi toda la redondez de la tierra, y elevaron su poder a tal altura que los presentes envidiamos ahora y los venideros jamás podrán superarle (Polibio exordio de *Historias*).

Como se puede apreciar, en el mundo antiguo la preocupación acerca de las razones del surgimiento de las grandes unidades políticas y la hegemonía de un pueblo sobre otro resultó recurrente, iniciando la búsqueda de una explicación al respecto desde Heródoto. Polibio ensaya una respuesta y lo hace de manera ordenada, puesto que en el libro tercero de su trabajo expone resumido todo el plan de la obra.

En cuanto a su visión de la historia hay que señalar que piensa en términos de una historia universal y no fragmentaria o de hechos sueltos, pero que todo indicaría que esta perspectiva era fruto de la propia realidad histórica de entonces, es decir, la hegemonía de Roma y la forja de un universo político amplio, que en la práctica entrelazó la historia de los diferentes pueblos que fueron cayendo bajo su dominio e influencia.

En los tiempos anteriores a éste, los acontecimientos del mundo casi no tenían entre sí conexión alguna. Se nota en cada uno de ellos una gran diferencia, precedida ya de sus causas y fines, ya de los lugares donde se ejecutaron. Pero desde éste [la Segunda Guerra Púnica] en adelante, parece que la historia como que se ha reunido en un solo cuerpo. Los intereses de Italia y África han venido a mezclarse con los de Asia y Grecia, y el conjunto de ellos no mira a un solo fin y objeto, causa porque he dado principio a su descripción en esta época (Polibio 1910: 135).

Parece lógico que esta manera de entender la historia debería vincularse al sentido pragmático que empieza a tener vigencia y que otorga al conocimiento del pasado una utilidad inmediata. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que para Polibio la utilidad de la historia depende de su veracidad. No todo es pragmatismo, pues detrás del mismo hay un concepto general acerca de qué es el curso de lo histórico y cómo abordar su estudio. Por eso su objetivo es la búsqueda de las causas y considera que una historia general debe hacerse a partir del estudio cuidadoso de la conexión y confrontación recíproca de los hechos, de sus analogías y diferencias para extraer de la historia tanto lo útil como lo agradable. Afirma, además, que las partes indispensables de la historia son las que consideran las causas, las circunstancias concomitantes y las consecuencias de los acontecimientos.

La historia para él no es un simple conocimiento de cosas antiguas. El es un político práctico, y la historia es, simplemente, la política del pasado. Está justificada por su utilidad; es la filosofía que enseña con la experiencia. Un conocimiento de la historia, dice en otro lugar, no es una simple prenda de adorno, sino absolutamente esencial como guía para la acción. Solo la historia puede proporcionar precedentes al hombre de estado. El presente no ofrece las mismas posibilidades que el pasado para juzgar las fuerzas relativas de las circunstancias o los motivos de los actos humanos (Polibio 1910: 135).

Su método se basa en la percepción directa que, a la vez, combina la observación lograda por su participación los acontecimientos con su verificación *in situ* de la información ofrecida por escritores anteriores a él, así como viajando por distintos lugares para corroborar o enmendar los datos. Pero sus comentarios sobre lo afirmado por otros autores en algunas ocasiones también fueron resultado de intereses personales. Así, por ejemplo, si bien cita la obra del romano Fabio Píctor como fuente principal para su narración de la Segunda Guerra Púnica, hace comentarios poco halagüeños sobre el trabajo de dicho autor, probablemente debido a las rivalidades entre la familia de los Escipiones y los Fabios.

Involucrado en el relato, su enfoque será siempre personal y dotado de curiosidad. Su crítica de las fuentes, aunque defectuosa, le da la posibilidad de mostrarse objetivo acerca de los asuntos de su patria.

[...] continúa la concepción político-militar, la orientación pragmática, psicológica y hasta biológica del conocimiento de Tucídides y llega a ser el primer historiador importante de la *Roma aeterna*. La geografía y la topografía, la influencia del clima y de las costumbres, así como también el significado de causas impersonales, enriquecen su imagen de la historia, que por primera vez aparece sostenida por la conciencia del entrelazamiento de los destinos nacionales particulares (Wagner 1958: 25).

Otra característica de su método es que apela a las comparaciones y se ocupa de Siria, Cartago y Egipto, entre otros pueblos, para entender mejor el carácter de la organización romana y explicar su proceso expansivo.

2. 2. LA HISTORIOGRAFÍA ROMANA

Los romanos comenzaron a interesarse en la cultura griega a mediados del siglo III a. C. En la época en la que transcurrió la juventud de Cicerón era frecuente estudiar en Roma con profesores griegos y viajar a Atenas o Rodas para completar la formación. Los primeros historiadores romanos (finales del siglo III a. C.) recibieron el nombre de analistas porque recogieron en sus obras acontecimientos

históricos que seguían una cronología anual. Los analistas primitivos escribieron sus obras en griego, y no en latín, contándose entre ellos a Fabio Píctor, Cincio Alimento y Postumio Albino⁹.

Pero, en rigor, la base de la historiografía romana está en los *Annales Maximi*, puesto que, en efecto, cada año el supremo sacerdote ordenaba exponer las *regia* o tablas del calendario en las que aparecían los nombres de los magistrados de turno, además de anotarse los acontecimientos que se consideraban importantes, tales como sequías, guerras, eclipses, pestes o triunfos militares. Dadas las características de la sociedad y del pensamiento romano de entonces debemos contemplar que tales registros debieron estar vinculados con las actividades rituales. A decir de Cicerón, la historia en Roma se desarrolló originalmente siguiendo las pautas de este tipo de registros y, en su primera fase, las obras históricas fueron simples crónicas de épocas, personas, lugares y sucesos, escritas sin adorno. Por ese entonces se hace una distinción entre *historia*, que es la narración de acontecimientos contemporáneos, y *anales*, de las épocas anteriores¹⁰.

Bajo inspiración de la mitología griega, la historiografía romana introduce elementos legendarios para explicar sus orígenes, estando además orientada por intereses políticos. Frente a los bárbaros, los historiadores romanos exaltarán la civilización encarnada en Roma, dado que todo indica que la mentalidad histórica romana estuvo entonces dominada por la nostalgia por los orígenes, el mito de la virtud de los antiguos y la añoranza de las costumbres ancestrales. En general, la primera impresión acerca de esta historiografía es que es bastante similar a la griega, pero quizá la nota diferencial fue el marcado objetivo pragmático, es decir, la utilidad inmediata que los romanos dieron a su investigación y estudio acerca de su pasado antiguo o inmediato. En todo caso, más de un investigador ha afirmado que el carácter de esta historiografía parece resumirse muy bien en la conocida frase del filósofo Cicerón, quien decía que la historia era «testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida en la memoria, maestra de la vida, mensajera de la antigüedad». Debemos entender que dicho enunciado está apuntando a resaltar el carácter paradigmático de la historia como devenir y de la historiografía como su registro y la percepción de la grandeza romana y la vocación que se tenía entonces de la perennidad de la misma. De paso, aprovecharemos para recordar que Cicerón fue uno de los grandes retóricos atraídos por la historia. En su *De oratore*, planteó algunas «reglas» que consideró útiles para realizar el

⁹ Marco Porcio Catón (234-139 a. C.), conocido como Catón el Viejo, fue el primer historiador que empleó el latín en su obra *Origines*, de la que solo se conservan unos fragmentos.

¹⁰ Hubo otros registros como los *Libri Pontificum*, los *Comentarii Pontificum* y los *Fasti calendares*, pero parece ser que los *Annales Maximi* llegaron a ser un total de ochenta (Shotwell 1982: 291).

trabajo histórico: apearse estrictamente a la verdad de manera imparcial y sin hacer especulaciones.

En efecto, hemos dicho que los romanos buscaron reconstruir el pasado con estilo elegante y sobrio, y mostrando su preocupación por la rigurosidad histórica, buscan demostrar la grandeza de Roma. Por lo tanto, el pueblo de Roma ocupa el centro de un relato histórico altamente comprometido. De cualquier manera, sabemos que su método era imperfecto para abarcar épocas muy lejanas. Se ha calificado a la historiografía romana de aguda en el análisis en general, pero no siempre en la discusión de las fuentes. El análisis se refiere a la interpretación de los hechos, y como también se ha dicho, está caracterizada por su pragmatismo, conciencia nacional, interés estético y político. Sin embargo, se ha afirmado que en materia de historiografía los romanos solo manejaron fragmentos de lo que el legado griego les ofrecía (Bolgar 1983: 439).

El estilo elegante es su forma de expresión, y hay que reconocer que en parte gracias a los textos de los historiadores romanos es que el latín adquiere el carácter de lengua culta, «capaz de expresar la prosa expositiva y literaria que tan decisiva ha sido en la formación cultural europea» (Rama 1989: 16). Un serio defecto de la historiografía romana que cabe destacar consiste en su tendencia a acomodar los hechos y subordinar el relato y el estilo al cumplimiento del objetivo: demostrar la grandeza romana.

El periodo de auge de la historiografía romana corresponde a finales de la República y el siglo I d. C. Durante ese lapso de tiempo Roma produjo gran cantidad de historiadores y textos históricos, muchos de los cuales se han perdido. De cualquier manera, de toda la producción historiográfica romana la obra de cuatro historiadores: César, Salustio, Tito Livio y Tácito, resalta con nitidez. Después de la época pseudo-histórica de los *Anales Maximi*, Cassani distingue varias etapas en la historiografía romana, siendo la principal la correspondiente a la época republicana, la que comprende varias formas que señalamos a continuación.

2.2.1. Formas analíticas: Fabio Píctor y Marco Porcio Catón

En la historiografía que adopta la forma analítica los abundantes datos aparecen agrupados por personas, épocas, lugares y cosas. Pueden estudiarse considerando sus diferencias tanto en el orden de lo cronológico como temático y así tenemos:

- Anales primitivos, desde la *Historia de Roma* de Fabio Píctor hasta *Los Orígenes* de Catón. Se escribe en griego y se usa el método cronológico.
- Anales latinos, desde Catón hasta la *Historia de Roma* de Cuadrigario, obras escritas en latín que incluyen muchos datos políticos.

- Anales de transición, desde Cuadrigario hasta *Ab urbe condita libre* de Tito Livio. Corresponde a la época del gobierno de Sila y las guerras civiles, teniendo como característica el acomodar el relato a discreción.

Como se mencionó anteriormente, Fabio Píctor¹¹ fue autor de *Historia*, obra en la que abarcó desde la época de Eneas hasta su propio tiempo, lo que lo convierte en el historiador romano más antiguo, tal como lo reconoció más tarde el mismo Tito Livio. Consultó documentos oficiales y otros papeles que formaban parte de los archivos de su familia, cuyos miembros habían desempeñado cargos de gobierno. Escribió para la elite, cosa característica en aquel momento. Su trabajo fue considerado como una fuente importantísima acerca de la Segunda Guerra Púnica, contienda en la que participó y, por esa razón, *Historias* fue una de las fuentes empleadas por Polibio, el historiador de la época helenista.

Marco Porcio Catón escribió tratados sobre oratoria, guerra y agricultura. Tomando en cuenta las características de su producción histórica ha sido llamado el verdadero padre de la historia romana, incluso cuando Fabio Píctor tendría también suficientes méritos para ostentar ese título. El primero de los mencionados escribió *Orígenes*, una obra conformada por siete libros, de los cuales los tres primeros se refieren a los orígenes de Roma y otras ciudades italianas a partir de las leyendas antiguas; en los otros restantes los temas centrales son las Guerras Púnicas y acontecimientos de la época del autor, reflejando en su tratamiento una visión pragmática de la historia. Por la temática de su obra resulta evidente que la política es asunto principal en su historia.

Catón cambió la concepción anterior de la historia romana, centrada en los grandes y nobles personajes al pueblo romano y a Italia entera. En cuanto a su método solo se puede decir que fue un autor concienzudo y cuidadoso. Utilizó las inscripciones sepulcrales como fuente de información. En lo relativo a su estilo se debe apuntar que empleó la forma analítica intercalando discursos de manera abundante, la mayor parte de ellos pronunciados por él.

Los analistas posteriores a Catón, es decir, entre los siglos II y I a. C., adoptarán la gran innovación que supuso la introducción de la lengua latina, hecho que se vio favorecido por la expansión romana, la difusión de su lengua y el comercio. Entre estos analistas antiguos se cuenta Claudio Cuadrigario. En general, se puede afirmar que los analistas tenían una visión de la historia más bien circunscrita a Roma y permanentemente se preocuparán porque sus relatos tengan una adecuada coherencia, propósito que con frecuencia colocarán sobre su pretensión de veracidad.

¹¹ Se calcula que nació hacia el año 254 a. C. y que, siendo integrante de una prominente familia, tuvo participación en la vida pública a través de su actividad militar, ya que destacó en la guerra contra Liguria y Galia y más tarde tomó parte en la contienda con Aníbal.

2.2.2. Monografías: Julio César y Cayo Salustio Crispo

Hacia el siglo I a. C., con forma y métodos variados, fueron relatos y apreciaciones sobre temas específicos y que a juicio de sus autores resultaban importantes, sobre todo para la vida pública romana. Se deja el tema de los orígenes de Roma y se tratan acontecimientos recientes o cercanos en el tiempo. Puede decirse que literariamente estuvieron bien logradas y trasuntan bastante el punto de vista, la subjetividad y los intereses de sus autores, reflejando, asimismo, el ambiente social y el contexto político de la época.

Todo lo cual es observable, por ejemplo, en Julio César, un político cultivado y conocedor del pensamiento griego. Su obra, *Comentarios*, comprende tanto *Las Guerra de las Galias* como *Las Guerras Civiles*. La primera de las nombradas es la que podría llamarse una memoria militar y un informe etnográfico escrito en buen estilo, considerando que emplea frases sencillas y claras, cuyo principal propósito fue justificar a su autor ante los romanos. La obra, dividida en ocho libros, contiene un conjunto de comentarios que parecen elaborados en plena acción, pero que presentan el relato como venido de un observador imparcial y distante, debido a que se detiene no solo en los hechos de carácter bélico, sino también en la vida y costumbres de los pueblos, además de no consignar explícitamente elogios para sí mismo. Obviamente el tema central es la guerra, la política y el desarrollo del poderío romano y del propio César, a través de un relato ordenado cronológicamente, en donde se detallan las campañas de César en la región. Llama la atención el hecho de que su visión sobre los pueblos a los que Roma se enfrenta los muestra fuertes, es decir, a la altura de su contrincante. Se piensa que solo siete de los ocho libros fueron escritos por César y uno por alguno de sus generales.

En *Comentarios sobre la guerra civil*, que comprende tres libros, da cuenta de su enfrentamiento con Pompeyo y sus partidarios, finalizando el relato con la muerte del citado personaje. En suma, la incursión de Julio César en el campo de la historia, si bien tiene cariz político, no le resta méritos. Se trata de la que ahora llamaríamos historia del tiempo reciente. En cuanto a su estilo, se ha dicho que confirió elegancia con toques arcaicos a su relato, puliendo sus frases y discursos. Pero una mirada general a la obra de este historiador nos permite señalar otros rasgos más:

- Trata de hacer contrastes entre el fondo negativo que constituye el panorama político y ciertas virtudes de los personajes, como el patriotismo o el genio militar;
- Va a lo esencial con una precisión;

- La acción, el encadenamiento de los hechos, la participación de la voluntad humana y el azar son asuntos por los que manifiesta interés;
- Realiza un cuidadoso y realista dibujo de los caracteres de sus personajes;
- Comete errores y es a la vez vago y descuidado en el manejo de la cronología y geografía; y,
- Su visión de la realidad proviene de alguien que trabaja con comodidad desde una posición privilegiada, lo que facilita su proclividad a censurar (Bolgar 1983: 306 y ss.).

La semejanza entre Julio César y Cayo Salustio Crispo estriba en que ambos fueron hombres públicos. Retirado de sus actividades políticas, Salustio Crispo escribió dos obras importantes: *La Conjuración de Catilina*, relato de la conspiración del líder político romano Lucio Sergio Catilina, acaecida en el 63 a. C., y *Guerra de Yugurta*, librada a finales del siglo II a. C. De esta forma resultó convirtiéndose en uno de los tres más importantes historiadores latinos, junto con Tito Livio y Tácito. Se puede decir que con Salustio la historia toma prácticamente un lugar como género literario entre los romanos.

El propósito principal del primer trabajo que se ha mencionado habría sido descubrir la degradación de los ideales romanos y el fracaso de su sistema socio-político, es decir, cuenta el desarrollo de la situación política a la que se había llegado en Roma en la primera mitad del siglo I a. C., mientras que su propósito para escribir *Guerra de Yugurta* habría sido denunciar los manejos turbios y la venalidad de los políticos en la medida de que también relataba las dificultades romanas para su expansión en el norte de África. Su historia se centra en el tema de la vida política, corrompida y viciosa de los últimos años de la República romana. Aplicó las pautas trazadas por Tucídides y Polibio y sin la mayor apelación a recursos retóricos trató de decir lo que consideraba era la verdad, combinando, para tal efecto, descripciones con la enunciación de juicios de valor. El propio Salustio explicó su propósito cuando en su *Guerra de Yugurta* dijo lo siguiente:

Me dispongo a escribir la guerra que el pueblo romano sostuvo con Yugurta, rey de los númidas; en primer lugar porque fue grande, sangrienta y de victoria altamente indecisa; en segundo lugar, porque entonces por primera vez la plebe se opuso abiertamente al poder de los nobles; contienda esta que confundió todas las leyes divinas y humanas y alcanzó tal grado de locura que solo la guerra y la desolación de Italia pusieron término a las discordias entre los ciudadanos. Más, antes de comenzar la narración de estos sucesos me remontaré a épocas anteriores, a fin de que se entienda con mayor claridad todo lo que voy a referir (Salustio 1998: 142).

En efecto, Salustio se manifiesta más apasionado por su vinculación con Julio César en *La conjuración de Catilina* y resulta «más objetivo» en *Guerra de Yugurta*. De un tercer trabajo suyo, que debió llamarse *Historias*, solo se conocen fragmentos y se tiene por cierto que abarcaba desde el año 78 al 66 a. C., es decir, de toda la época anterior a la suya, una historia contemporánea que habría tenido cinco libros en los que contaba acontecimientos posteriores a Sila. Se desempeña como historiador con la clara conciencia de que está emprendiendo una tarea difícil, puesto que la narración o representación de los hechos deben ser correspondientes con la importancia de los mismos y porque cree que no es fácil emitir juicios que sean bien entendidos o satisfagan a los lectores. Asimismo, considera en alto grado la utilidad de la historia y hasta cree que es una tarea ociosa explicar las razones de tal convicción, amparándose en los juicios emitidos al respecto por otros historiadores. Su idea acerca de la importancia de la historia podría estar contemplada en su conocida frase: «Poco satisfactoria encuentro aquella ciencia que no sabe hacer virtuosos a quienes la profesan».

Describe las causas de los sucesos, nos pinta a la historia como un gran drama con personajes sobresalientes y situaciones difíciles, pero se ocupa, asimismo, en caracterizar lo mejor posible a sus protagonistas, generalmente a través de discursos que pone en boca de los mismos, por lo que en este aspecto nos recuerda a la práctica llevada a cabo por Tucídides. En sus trabajos, que resultan de gran importancia para el periodo que se conoce como de «las guerras sociales», hace gala de un estilo conciso, pero utilizando un tono enérgico acorde con su personalidad y propósitos.

Debe mencionarse que hacia finales de la República se introdujo en la historiografía romana el género biográfico —que más adelante sería cultivado por Suetonio—. Así, tenemos que Cornelio Nepote (100-25 a. C.) escribió un *De viris illustribus*, biografías de diversos personajes, romanos y extranjeros, y *De excellentibus ducibus*, biografías de generales extranjeros; así como también, *Vida de Catón el Viejo* y *Vida de Ático*, amigo suyo y de Cicerón. Es interesante mencionar que se trata de un género que puede ser calificado de anecdótico, puesto que estas biografías contenían curiosidades e incidentes relacionados tanto a personas como también a instituciones.

2.2.3. La gran historiografía romana

La gran historiografía romana, heredera de la historiografía que acabamos de reseñar, se desarrolló a través de la labor de autores como Tito Livio, quien durante la época de Augusto produjo una obra de gran importancia, tanto por su extensión y visión de conjunto como por otras calidades que, en opinión de

muchos, la convierten en la mejor y más grande expresión de la historiografía romana. Resulta interesante entonces señalar que Tito Livio alcanzó mucho prestigio y popularidad en su propia época.

Historia de Roma o Ab urbe condita (Desde la fundación de la ciudad) es una historia dividida en 142 libros, de los cuales han llegado a nosotros solo 35 —algunos enteros, otros en fragmentos y en resúmenes—¹², en los que se narra la historia de Roma, desde la fundación de la ciudad hasta el año 9 d. C. Ello querría decir que Tito Livio se propuso abarcar más de setecientos años, según lo indica en el prefacio, por lo que arranca relatando las hazañas de Eneas y trata después sobre Rómulo, ateniéndose a la tradición oral conocida entonces sobre los orígenes romanos. La mayor parte de su trabajo se refiere al relato de las guerras arcaicas a partir de la lucha de Roma en Alba Longa.

Gran narrador y analista, Tito Livio representa el llamado «genio nacional romano» y, a pesar de que deja lugar a los presagios y al destino por cuanto señala que el origen de Roma se debe a los hados, es un historiador que denota oficio, lo que se advierte en su esfuerzo para hacer un uso amplio de fuentes, es decir, tradiciones orales, anales, crónicas y las obras de historiadores grecolatinos, puesto que en el incendio de Roma se perdieron documentos que lo obligaron a cumplir tal cometido.

Escribió en forma clara y tono severo, pero su narración es suelta y su estilo está marcado por la presencia de la oratoria, evidente en los más de cuatrocientos discursos, largos y muy elaborados, que interrumpen con frecuencia su relato. Es de presumir que tal vez el propósito del autor fue dar brillo y vivacidad a la narración, y evitar el tedio del lector frente a la interminable relación de sucesos. Se ha calificado a su obra como una historia total estructurada de forma lineal, que sobre la base analista —que utiliza como fuente— y configurando un discurso literario nuevo, conjugan dos elementos: la pretensión de veracidad —rehúsa la conjetura si no dispone de testimonios— y la elaboración artística en la medida que apela a la elocuencia y a la retórica —quiere que su historia sea comparable en estilo y espíritu a la poesía—. Dramatiza los hechos y combina narración, descripción, retratos y discursos.

Como sería de esperarse de un historiador romano de esta época, su trabajo está dotado de patriotismo y expresa su convicción de que la grandeza de Roma tiene que ver con el cultivo de las antiguas virtudes y postula la idea de la existencia de un glorioso destino romano. Tito Livio añade un empeño moralizador fuente de enseñanza de virtudes patrióticas, aunque destila cierto escepticismo, así escribe en su prefacio:

¹² Se conservan los libros I-IX, que contienen relatos legendarios sobre los orígenes de la ciudad, y XXI-XLV, en los que se da cuenta de la Segunda Guerra Púnica y las Guerras Macedónicas.

Los asuntos a los que cada cual deberá dedicar su atención más aguda son la vida y las costumbres, el saber gracias a qué hombres y a qué procedimientos, en la paz y en la guerra, se ha fundado y se ha engrandecido nuestro imperio. Seguir luego con el espíritu la lenta decadencia de la disciplina, el relajamiento de las costumbres que cada vez se precipitan más hasta llegar a estos tiempos nuestros en que ni se soportan los males ni se toleran sus remedios.

Lo que es principalmente benéfico y fructífero en el conocimiento de las cosas pasadas es que se exponen en un cuadro luminoso enseñanzas de todas clases de las que pueden tomarse las que sean dignas de imitación para ti y para la república y rechazarse las que sean malas en sus principios y en sus remedios (Tito Livio 1989: 63).

Su obra es una hábil combinación de una historia analítica que pretende ser pragmática, pero pese a que resulta indudable en su envergadura no deja de tener limitaciones o deficiencias. Esto se debe, en parte, a que el autor se planteó objetivos superiores que obviamente trascendían a la obra misma, por lo tanto, vistas así y en su contexto, las faltas parecen mínimas. Según Shotwell, tales deficiencias serían las siguientes:

- Se refiere a muchas guerras, pero siendo un hombre de letras, su conocimiento sobre asuntos militares es deficiente;
- Aplica la crítica a sus fuentes, pero da la impresión de que lo hace de forma superficial;
- Su geografía es incorrecta y su sentido de los números es escaso; y,
- En los razonamientos su estilo es enrevesado, además de excederse en la utilización de los recursos de la oratoria como discursos y arengas que, como sabemos, le sirvieron lo mismo que en el caso de Tucídides para insertar sus argumentaciones (Shotwell 1982: 316 -317).

Otro historiador romano importante fue Tácito, de quien se conocen tres obras menores, pero que vistas en conjunto resultan importantes dentro de esta historiografía: *Diálogo de los oradores*, en la cual cuatro personajes discuten sobre la decadencia de la oratoria en la época imperial; *Vida de Julio Agrícola*, que era la biografía de su suegro y *Germania*, considerada ahora como una monografía etnográfica o especie de tratado histórico-geográfico, debido a que en ella el autor explica las costumbres y se refiere al medio ambiente de los pueblos germánicos con aparente criterio objetivo, pese a la actitud etnocéntrica romana de aquel entonces.

Lo cierto es que contaba con unos cuarenta años de edad cuando empieza su tarea historiográfica y se ve inclinado a tratar sobre asuntos más bien particulares,

en un contexto de aparente calma política para Roma y cuando la historia sobre la etapa fundacional y heroica correspondiente a la construcción del poderío romano ya había sido tratada. Aunque han llegado incompletos hasta nosotros, sus trabajos históricos mayores fueron los siguientes: *Historias*, obra constituida por catorce libros, a lo largo de los cuales narra la historia de Roma, desde la muerte de Nerón hasta el deceso de Domiciano y *Anales*, que abarca desde la muerte de Augusto hasta el fallecimiento de Nerón.

Consciente del interés de la sociedad de su época por los asuntos políticos y las intrigas cortesanas, declara que su historia debe referirse más a cuestiones de índole cotidiana, a diferencia de un Tito Livio, por ejemplo, y en este sentido tiene un punto de vista más realista. Al referirse a lo cotidiano, plantea una cuestión de la mayor trascendencia para la disciplina histórica: los temas que debe abordar el historiador no tienen que ser solo los más importantes en apariencia y sobre los cuales debiera conservarse el recuerdo, sino que los temas a tratar deberán ser también los supuestamente insignificantes, pues en ellos puede estar la clave o el germen de los grandes cambios y acontecimientos.

Tácito reserva el término «historia» a los relatos sobre su propia época, mientras que a su obra sobre el periodo anterior, es decir, desde la toma del poder por Tiberio hasta la muerte de Nerón, las llamó *Anales*. De esta manera tenemos clara la forma cómo se diferenciaba el relato histórico del analítico por aquel entonces. Distinción que sin duda identificaba a la historia con el tiempo presente del autor y, por ende, con su acceso a información directa, presencial y de primerísima mano.

Me doy cuenta de que muchas de estas cosas que he relatado, o que he de relatar, tal vez parezcan menudas e indignas de ser recordadas; pero nadie debe comparar mis *anales* con los escritos de quienes se ocuparon de la historia antigua del pueblo romano. Estos trataban de guerras importantes, de asedios de ciudades, de derrotas y capturas de reyes, o si trataban de asuntos interiores, se ofrecían a la libertad de sus digresiones, las discordias entre los cónsules y los tribunos, las leyes agrarias y del trigo, y las luchas entre patricios y plebeyos. Mi trabajo es ingrato y limitado. Una paz constante y poco alterada, calamidades en la capital, un emperador poco preocupado por extender sus dominios. Y sin embargo, no será infructuoso examinar estos acontecimientos, sin importancia a primera vista, de los cuales con frecuencia se originan grandes cambios (Tácito 1979: libro IV, cap. 32).

Tiene el autor estudiado muy claro el sentido pragmático de la historia e introduce la noción del «juicio de la posteridad», que gracias a la historia se podrá hacer sobre las acciones humanas del pasado y que servirá para orientar, prácticamente de manera coercitiva, el comportamiento de las siguientes generaciones hacia el bien «[...] el principal objeto de la historia es el de no silenciar las

virtudes y despertar el miedo a la reprobación de la posteridad para las acciones y los dichos malvados» (Tácito 1979: libro IV, cap. 32).

Durante los años 97 y 98 —época en la que escribió *Agrícola y Germania*— elaboró también *Historias*, obra que fue publicada fragmentariamente a partir del año 105 d. C. Aproximadamente en el año 115 publicó *Anales*, que comprendió dieciséis volúmenes. Utilizó fuentes escritas pero también testimonios orales, relatos sobre ciertos acontecimientos que se contaban con frecuencia, lo cual muestra su sensibilidad para captar la importancia de la memoria colectiva. Sin embargo, al confrontar sus fuentes, suele mostrar perplejidad frente a versiones contradictorias. Los testimonios que emplea son múltiples y variados: otros historiadores, los archivos del pueblo romano, las memorias de diversos personajes. Sobre este historiador se ha dicho que su importancia se debe no solo a su genio como artífice de la palabra y a su perspicacia en el análisis de los caracteres, sino al concepto elevadísimo que tiene sobre la historia.

Se tiene por cierto que durante el segundo siglo del Imperio el mismo se hallaba en boga, ya que entonces se estaba concediendo importancia a las individualidades, a la vez que había una gran inclinación por la retórica. Por esa causa Luciano, un estilista y poeta satírico de origen sirio, escribe alrededor del 120 al 180 en contra de esa desnaturalización de la historia. Hace también el deslinde, como antaño lo hiciera Tucídides, entre poesía e historia en un pequeño pero interesante escrito que titula *Cómo debe escribirse la historia* (Wagner 1958: 46). Cayo Suetonio es otro historiador romano de importancia, considerando que su principal aporte fue haber recuperado para la historiografía romana el género biográfico a través de su obra *Los doce Césares*, trabajo que vio la luz en el año 120 d. C. y en el que recogió, en ocho libros, la vida de los distintos emperadores romanos, desde Julio César hasta Nerva.

Para entender mejor la importancia del trabajo de Suetonio vamos a procurar mostrar su estructura y características (Wagner 1958: 336)¹³. Dedicó uno por uno los seis primeros libros a la vida de un emperador, es decir, a partir de César hasta Nerón; en el séptimo trata sobre los conflictos del año 69 y sus tres emperadores, y en el octavo se ocupa de los Flavios. Sabemos también que no dispuso los hechos de manera cronológica y que los puntos de vista políticos y las reflexiones generales ocupan poco espacio. Toda su obra muestra, sin embargo, una característica inesperada expresada en el hecho de que no manifiesta pretensión alguna por enseñar. De cualquier manera, no puede negársele profundidad en el tratamiento de los perfiles de sus personajes en la medida de que se ocupa de

¹³Para desarrollar este punto hemos tomado en cuenta la cita que Shotwell hace de Boissier (1993).

muchos aspectos que le servirán para revelar mejor sus vidas y obras. Esa pudo haber sido la razón por la que puso especial interés en hacer el retrato físico y espiritual de los emperadores sin omitir nada, pero se recrea más en las depravaciones y anormalidades de sus personajes que en sus cualidades.

En cuanto al estilo, hay que llamar la atención acerca de que Suetonio dejó completamente de lado la retórica y con sencillez recogió muchas anécdotas y datos que hoy pudieran pasar por pintorescos, siempre en relación con sus biografiados, por ejemplo —como lo anota Boissier— hace mención de los chistes que el personaje contaba o que se referían a él (Sánchez 1993: 43).

Su cargo en la corte imperial le permitió acceder a documentación original que, como en el caso de las cartas, empleó para ofrecer una visión más ajustada sobre las figuras políticas objeto de su obra.

Al revisar la obra de Plutarco¹⁴, denominada *Vidas Paralelas*, hay que advertir que cultiva también el género biográfico y que su relato histórico tiene como meollo a los grandes hombres y sus caracteres, siendo el propósito de su obra hacer un paralelo entre griegos y romanos; en el entendido de que tales personajes suelen producir los grandes cambios en la historia, y además porque sus vidas y acciones obviamente repercutían en la vida pública y debían ser tomados como modelo, particularmente en el campo de la moral. Coincidió con Polibio en la idea de la orientación pragmática que debería tener la historia y de su indiscutible necesidad para los gobernantes. Si en Tucídides y Polibio la reflexión ético-política era el corolario, en Plutarco se constituye en el asunto central, por eso al dibujar el carácter de sus personajes a través de sus dichos y obras pretende ofrecer, a través de la historia, un espejo de virtudes para la reforma de las costumbres a la vez que aporta el método comparativo que contribuye a la profundización en el estudio de las realidades humanas (Sánchez 1993: 40).

El mismo autor explica y enfatiza su propósito cuando en relación a las biografías de Alejandro y César dice lo siguiente:

Porque no escribimos historias, sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirve más para pintar un carácter que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. Por lo tanto, así como los pintores toman para retratar las semejanzas del rostro y de aquellas facciones en que más se manifiesta la índole y el carácter, cuidándose poco de todo lo demás, de la misma manera debe a nosotros

¹⁴ Originario de Queronea en la región griega de Beocia cuando era parte del Imperio romano. Se calcula que vivió entre los años 46 y 125 de nuestra era. Gobernó cierto tiempo a su ciudad natal y perteneció al círculo de los generales romanos de la familia Escipión.

concedérsenos el que atendamos más a los indicios del ánimo, y que por ellos dibujemos la vida de cada uno, dejando a otros los hechos de grande aparato y los combates (en Wagner 1958: 36).

Ha sido considerado un erudito pues utilizó mucho material de otros autores, aunque agregando también nuevos elementos. Otra afirmación corriente sobre este historiador es que muestra una «simpatía» que lo lleva a intentar «comprender a sus personajes». Este historiador hace gala de un estilo elegante y fluido y puede decirse que esas características dan forma a un relato ameno, aunque, si bien es cierto, tiende a dramatizar, quizá por la orientación moralizante que imprimió a su trabajo.

En este recuento acerca de la llamada gran historiografía romana mencionaremos a Flavio Arriano, quien debido a su origen y formación en griego escribió, entre otros trabajos: *Historia de Bitinia*, *Diálogos con Epícteto*, *El periplo del Ponto Euxino*, lo mismo que *Cinegético*. Pero entre su producción histórica destaca *Anábasis de Alejandro*, que ha sido tenida como la obra más crítica de aquella época sobre la vida y obra del mencionado personaje (Vidal-Naquet 1990: III y ss.). El hecho de que más cuatrocientos años separaban al autor de su tema de estudio permite reconocer que la madurez de la historiografía romana como ejercicio metódico de investigación la liberaban de una metodología basada en la inmediatez de la experiencia y del testimonio.

Tomando a Jenofonte como modelo, Flavio Arriano compuso sus trabajos haciendo gala de muy buen estilo. Al exponer las fuentes en las cuales basó su obra, manifestó que tanto Ptolomeo como Aristóbulo le merecen la mayor confianza, en el caso del primero por haber hecho la campaña con Alejandro y del segundo no solo por haberlo acompañado, sino porque siendo un monarca estaría impedido más que nadie de mentir. Consideraba también que al haber escrito ambos tras la muerte de Alejandro debería entenderse que no tenían razones para deformar la realidad.

Otro historiador de esta época es Pausanias, quien en su obra *Periégesis de Grecia* describió sus lugares importantes, siendo su principal característica la combinación de lo histórico con lo geográfico y etnológico.

Particular interés debe merecer el caso singular de Flavio Josefo, historiador judío finalmente afincado entre los romanos, de quien se ha dicho que fue el último y el más grande de los historiadores judíos, y que fue más un producto del mundo grecorromano que de los antecedentes directos de su propia cultura hebrea.

El último y el más grande de los historiadores judíos, Flavio Josefo, recuerda extraordinariamente a los últimos y más grandes de los historiadores de Egipto y de Babilonia - Asiria, Manethon y Beroso. Josefo también, como historiador, fue

más un producto del mundo greco - romano que de los antecedentes directos de su propia cultura nacional (Vidal-Naquet 1990: 174).

Establecido en Roma y en contacto estrecho con su corte, escribió en griego, es decir, para el mundo grecorromano. Fue autor de varias obras, de las cuales se conocen cuatro: *La Guerra de los Judíos* (escrita entre el 75 y el 79 d. C.), *Antigüedades Judías*, *Autobiografía* y *Contra Apión*, trabajo que fue una defensa de las fuentes históricas y métodos judíos, así como una respuesta a cierto antisemitismo desarrollado en el ambiente griego y latino de entonces.

Como hemos dicho, su primer trabajo fue *La Guerra de los Judíos* —también conocido como *Los siete libros de la Guerra de los Judíos*—, centrado en la narración de la sublevación judía contra los romanos. Abarcaba desde la época de Nerón hasta el gobierno de Tito. Se tiene por cierto que escribió esta obra por encargo de este último, quien la habría leído antes de su publicación. La obra estaba dividida en siete libros: en los dos primeros relata la historia del pueblo judío, desde la captura de Jerusalén por Antioco Epifanes hasta la guerra del año 67 d. C. En esta parte se habría basado en historiadores anteriores como Nicolás de Damasco y, para componer el resto de la obra, utilizó fuentes contemporáneas y acudió a su propia experiencia. Todo esto ha hecho que los historiadores la hayan considerado como una obra bien trabajada (Shotwell 1982: 166).

Los naturales tienen, las bocas abiertas y aparejadas para pleitos para esto tienen sueltas las lenguas, pero para la historia, en la cual han de contar la verdad y han de recoger todo lo que pasó con grande ayuda y tramo, en esto enmudecen, y conceden licencia y poder a los que menos saben y menos pueden, para escribir los hechos y hazañas hechas por los príncipes. Entre nosotros se honra verdad de la historia; ésta entre los griegos es menospreciada; contar el principio de los judíos, quiénes hayan sido y de qué manera se libraron de los egipcios, qué tierras y cuántas diversas hayan pasado, cuales hayan habitado y cómo hayan de ellas partido, no es cosa que este tiempo la requiera, y además de esto, por superfluo e impertinente lo tengo; porque hubo muchos judíos antes de mí que dieron de todo muy verdadera relación en escrituras públicas, y algunos griegos, vertiendo en su lengua lo que habían los otros escrito, no se aportaron muy lejos de la verdad; pero tomaré yo el principio de mi historia donde ellos y nuestros profetas acabaron. Contaré la guerra hecha en mis tiempos con la mayor diligencia y lo más largamente que me fuera posible; lo que pasó antes de mi edad, y es más antiguo, pasarélo muy breve y sumariamente (Flavio Josefo 1952: 18).

Según testimonio del propio Josefo se sabe que la escribió originalmente en arameo para traducirla luego al idioma griego, aunque esta versión no es conocida actualmente y se considera perdida. En la obra mencionada realiza una crítica de

la historiografía griega en cuanto se ocupa de acontecimientos remotos y así al justificar el tema central de su obra Josefo plantea su predilección por la historia contemporánea.

Más tarde escribió *Antigüedades Judías*. En este trabajo, dividido en veinte libros, reconstruye la historia de los reinos helénicos y la vincula a la tradición religiosa judía y al pensamiento griego, aunque en el fondo es un encomio del pueblo judío motivado por el afán de su autor de manifestar la adhesión a su pueblo y obviamente persiguiendo con ello una autojustificación personal por su discutible comportamiento político. En los libros XVIII y XIX trata sobre la historia de Roma y por ello se considera a esta obra de Josefo como una importante fuente sobre los emperadores Calígula y Claudio.

Mención aparte merece el hecho de que en algunos pasajes de esta obra consigna enjundiosas y discutidas referencias a la vida de Cristo, que se conocen como *testimonium Flavianum*, el único testimonio pagano de la vida de Cristo, ya que antes solo se habían hecho ligeras menciones, incluso equivocadas. Efectivamente, en el capítulo XVIII da cuenta de la figura de Cristo y también vuelve a mencionarlo en el capítulo XX al dar noticia acerca del martirio del apóstol Santiago y otros por orden del Sanedrín.

Según Josefo, las posibles razones por las que alguien escribe historia son: la fama individual, la adulación a los monarcas, el afán narrativo pero en actitud de indiferencia o la exigencia de establecer la verdad contra la mentira impuesta y difundida. En cuanto a sus fuentes, debe mencionarse que se ampara en los relatos bíblicos y, en general, apela a la tradición judaica escrita y oral (Vidal-Naquet 1990: IV). Ello resulta natural puesto que procedía de una familia de rabinos pero, como ya se ha mencionado, una fuente suya fue también la historiografía griega. En la primera parte de la obra su fuente principal fue la versión griega del Antiguo Testamento, pero además obtuvo datos de un conjunto amplio de tradiciones orales religiosas. También emplea materiales profanos, usando a Heródoto, por ejemplo, para la historia de Ciro, y muchas fuentes romanas para la última parte. Además, utiliza muchos documentos valiosos relativos a la posición legal de los judíos en el Imperio, lo que ha llevado a la consideración de que constituye lo más próximo a la investigación sistemática en archivo que ofrece la Antigüedad.

Autobiografía fue escrita como un apéndice de unas ochenta páginas de la segunda edición de *Antigüedades Judías*. Posee una introducción y el tema central son los seis meses de gestión de Josefo en Galilea en el año 66. Sin embargo, se refiere también al resto de la guerra y a la vida de Josefo. Dedicó varias páginas a refutar una obra sobre la historia de los judíos que había escrito un tal Justo de Tiberiades en la que cuestionaba la veracidad de Josefo en *Antigüedades* y su conducta durante la guerra. Es destacable que Josefo haya buscado establecer de

manera deliberada la distinción entre el grueso de su obra histórica y la sección autobiográfica de ella.

El estilo de Josefo ha sido calificado como florido, capaz de utilizar bien todos los recursos del arte literario de su época. Trata de impresionar con la exageración, inventa discursos para sus personajes «y emplea las cifras como adjetivos» (Shotwell 1982: 167 y ss.).

2.3. CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas, la historiografía de la Antigüedad tiene entre sus características más importantes a un vigoroso y constante desarrollo, manifestado por el número significativo de historiadores —si consideramos que era una época en la que todavía tenía valor el recurso al mito y a la tradición oral para referirse y explicar el pasado—, lo mismo que los logros alcanzados en lo referente a la utilización de fuentes. Inicialmente al establecimiento de dos métodos importantes de investigación, como fueron el inquisitivo y de autoridades, se sumó otro que consistió en la consulta documental, todavía precaria y esporádica. No debe dejar de atenderse entonces al hecho de que es el deseo de conocer y explicar el pasado humano, de los pueblos y de sus individuos, lo que orienta a la historiografía de la Antigüedad y, para ello, el racionalismo antiguo irá compitiendo con la tradición oral y las explicaciones míticas hasta lograr reemplazarlas. Se pasará así del *illo tempore* a la historia. Además, las explicaciones estarán ligadas a las causas y provendrán de perspectivas específicamente etnocéntricas.

Debe tomarse en cuenta también el carácter político de esta historiografía que, tanto en el caso de la griega como en el de la romana, se sustenta en la narración de los hechos memorables que resultan entonces ser los acontecimientos de carácter profano, dejando de ser el relato mítico la forma principal de explicación y el recuerdo del pasado para, finalmente, ser reemplazado por los escritos históricos. En todo caso, esta característica explica por qué, siglos más tarde, los humanistas y hombres del Renacimiento gustarán de las obras y el acervo cultural de la Antigüedad. Evidentemente, una obra como la de Plutarco, para citar un solo ejemplo, muestra una acendrada preocupación por el destino y el papel jugado por los seres humanos —ya no por la pléyade de dioses— en medio del devenir histórico. Ellos serían ahora los nuevos modelos y había que mostrar y discutir sus acciones.

CAPÍTULO III

LA HISTORIOGRAFÍA MEDIEVAL

«Ruego que pueda tener a Dios como guía, y el poder del Señor como ayuda, ya que yo no soy capaz de encontrar ni las huellas más leves de quienes recorrieron antes que yo el camino, salvo en breves fragmentos, en los que unos de un modo y otros de otro nos han transmitido relatos particulares de los tiempos en que vivieron [...]».

Eusebio

La denominada Antigüedad tardía aparece marcada por la crisis del Imperio romano y el triunfo del cristianismo. Los historiadores de aquella época nos dejarán advertir que asumen y toman conciencia de tales cambios. Los patrones clásicos que marcaban la escritura de la historia no desaparecen abruptamente y en cuanto a la concepción de la historia se puede notar cómo se «traducen» algunas viejas consideraciones al lenguaje y nociones del cristianismo, lo que no quita que a raíz de la transición del mundo clásico a la Antigüedad tardía las nuevas categorías de pensamiento significaron una modificación de la concepción del hombre y de la historia. La fuerza superior representada por el azar o el destino será reemplazada por la acción de la Divina Providencia (Marín 1995: 144 y ss.).

Durante el periodo medieval la noción de universalidad cristiana rompe el molde antiguo del ecúmene romano, que desde la perspectiva de los hombres de la Edad Media, pudo haber parecido más bien un espacio limitado, ya que desde entonces se diseña la idea de un ecúmene cristiano de vocación universal. Si bien el surgimiento de la ciudad es uno de los fenómenos más importantes de la época, la urbe medieval no será capaz de devolver a Occidente la noción antigua

de un mundo centrado en la polis. En cambio, el horizonte espacio-temporal se abre de la mano de una concepción histórica que se proyecta desde la creación hacia la expectativa de una escatología final y la salvación eterna considerando a la humanidad entera. Se trata ahora de una historia total.

3.1. LA HISTORIOGRAFÍA DE TRANSICIÓN: ENTRE EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y EL COMIENZO DEL PERIODO MEDIEVAL

Desde el siglo II el Imperio romano entró en decadencia debido a varios factores. Dos de los principales fueron la aparición y el desarrollo del cristianismo y las invasiones bárbaras; en rigor debiera entenderse que ambos fenómenos aceleraron la crisis del mundo antiguo grecorromano. Sin embargo, la tradición grecolatina no desapareció completamente, tanto en los círculos intelectuales como en el pueblo, donde la mayoría de las creencias antiguas siguieron teniendo cabida, siendo reinterpretadas y, además, constituyéndose en la base del renovado y del nuevo bagaje cultural de Occidente.

La revolución en la historia de la historia, paralela con la subida al poder de la Iglesia cristiana a comienzos del siglo cuarto, alcanzó su culminación un siglo más tarde en las obras de San Agustín y San Jerónimo. Fue una revolución en el sentido más completo de la palabra, porque no solo el contenido pasó de ser griego o romano a ser judío, sino que el tono y la actitud dejaron de ser científicos al reafirmarse la fe contra los ideales críticos de Hecateo o de Tucídides. La duda sobre los relatos aceptados, que lleva a una crítica de los testimonios, está en el polo opuesto de una erudición que busca pruebas para creencias que han sido ya plenamente aceptadas (Marín 1995: 385).

Pero también se advierte otra vez, como sucedió durante los periodos republicano e imperial de Roma, la vinculación de la historiografía con el poder, pues hacia los siglos XIII y XIV, al irse desplazando el segundo de los nombrados desde lo religioso a lo político, la historia se va secularizando y los poderes dominantes usan de ella para legitimarse y cronistas como Jean Chartier, por ejemplo, se convertirán en apologistas de los nobles¹. Esta práctica se mantuvo durante las siguientes centurias hasta el siglo XVIII. Así tenemos que la monarquía española creó el cargo de Cronista Mayor en 1526, aunque no se conoce la obra de Antonio de Guevara, el primero que recibió dicho nombramiento.

El interés medieval por la historia debería vincularse al hecho de que las estructuras del feudalismo y la ciudad estarán ligados a dos fenómenos de

¹ En efecto, en 1437 este monje de la abadía de Saint Denis hace de historiador oficial durante el reinado de Carlos VII con cargo rentado por el Estado.

mentalidad histórica: las genealogías y la historiografía urbana. A ello debe añadirse, en la perspectiva de una historia nacional monárquica, las crónicas reales, entre las cuales las más importantes después del final del siglo XII fueron las grandes *Chroniques de France*. En el siglo XI, y sobre todo en el XII, los señores, grandes y pequeños, patrocinaron en Occidente, especialmente en Francia, una abundante bibliografía genealógica. También hicieron lo propio las dinastías reinantes, pues estableciendo genealogías imaginarias o manipuladas afirmaban su autoridad y prestigio. Por su parte, las ciudades en tanto se constituían en organismos políticos conscientes de su fuerza y prestigio, también quisieron aumentarlo y por ello buscaron exaltar su antigüedad, la gloria de sus de sus fundadores, las antiguas gestas y los momentos excepcionales cuando fueron favorecidas por la protección de Dios, la Virgen o sus santos patronos.

Resalta, asimismo, la influencia del pensamiento cristiano que desarrolla lo aportado al final de la época Antigua, particularmente al sentido providencial del curso histórico, lo que redundó en el vínculo entre historiografía e Iglesia y el valor otorgado a las Sagradas Escrituras como fuentes para la historia y como referentes para la interpretación del devenir histórico. En tal sentido resultaba relevante entonces la interpretación de la historia y los trabajos de carácter historiográfico elaborados por los llamados padres de la Iglesia y, asimismo, la filosofía de la Antigüedad se reinterpreta y modifica. Todos estos fenómenos deben entenderse como el contexto en el que se crea un paradigma historiográfico nuevo que permite manejar las nociones de ecumene cristiano, que tiende a identificarse con el ámbito de la cultura occidental como una noción más general que abarcaba a los diferentes ámbitos nacionales y cuya vocación era alcanzar una dimensión universal propia del cristianismo.

3.1.1. La visión cristiana de la historia: Eusebio, San Agustín, Paulo Orosio y Ambrosio

Creemos posible sostener que, historiográficamente hablando, el cristianismo ejerció la influencia para que se produjeran los cambios mencionados en el párrafo anterior, puesto que el pensamiento cristiano significó una verdadera transformación de la visión del mundo. Es a partir de esa nueva cosmovisión que el hombre cristiano del medioevo obtendrá respuesta para las preocupaciones del hombre antiguo. Por ejemplo, aparece la noción de la creación *ex-nihilo* —creación de la nada— y, aunque como en el mundo antiguo interviene lo sobrenatural —más precisamente lo divino—, está claro también que el hombre adquiere responsabilidad individual sobre la base de la idea del libre albedrío, ya que: «[...] la civilización romano-cristiana sintetiza el aporte cultural judío a la cultura clásica

romana, y establece las bases sobre las cuales se desenvolverá la vida intelectual europea hasta el Renacimiento» (Rama 1989: 20).

Otro aporte del cristianismo al pensamiento es la noción de «revelación», y así el plan de Dios se muestra o «se revela» a los hombres a través de lo simbólico y alegórico. La historia pesa como un peregrinaje obligado hacia la salvación, Cristo se coloca al centro de la historia humana y la misma adquiere un carácter lineal, que va desde la creación hasta la escatología final, pasando por el Apocalipsis o fin de la historia. Puede decirse también que, en general, la ciencia estaba llamada a descubrir la verdad revelada. La interpretación cristiana de la historia no solo precede a la interpretación del tiempo, sino que, además, la historia es concebida como portadora de significado, existiendo una reciprocidad entre el tiempo y la historia a partir de Cristo, quien orienta el pasado y el futuro. Es decir, que resulta determinante para ordenar todos los tiempos. Por lo tanto, al ser el cristianismo una religión histórica se produce la unión entre historia sagrada y profana.

Podemos considerar como parte de los cambios que dan forma a la historiografía medieval durante los primeros ocho siglos de nuestra era a la patrística, término que actualmente alude a la ciencia que tiene por objeto el conocimiento de la doctrina, obras y vidas de los llamados padres de la Iglesia católica².

En todo caso, debemos indicar que el estudio de los escritos de los padres de la Iglesia ha sido generalmente conocido en Inglaterra como «patrística» o como «estudios patrísticos». Algunos escritores, principalmente en Alemania, han distinguido entre patrología y patrística. Es el caso de Fessler, por ejemplo, quien en su obra *Institutiones Patrologiae*, publicada en Innsbruck en 1851, definió a la patrología como la ciencia que provee todo lo necesario para el uso de los trabajos de los padres, considerando, por lo tanto, su autoridad, los criterios para juzgar su autenticidad, las dificultades que se encontraron en ellos y las reglas para su uso. Asimismo, describe a la patrística como la ciencia teológica que ve todo lo que concierne a la fe, moral o disciplina que se recoge y clasifica en los escritos de los padres. Otro significado de la palabra patrología alude a la recopilación de los trabajos completos de los padres, tal como se desprende de los títulos de las grandes colecciones publicadas por el abate Migne, es decir, *Patrología Latina* en 221 volúmenes y *Patrología Griega* en 161 volúmenes³.

² El título de «padre de la Iglesia» se aplica, en sentido estricto, a quienes se considera tuvieron una vida santa y que enseñaron a través de escritos caracterizados por su antigüedad, ortodoxia doctrinal y aprobación de la Iglesia sea de manera explícita o tácita. En cambio, son «doctores de la Iglesia» quienes, independientemente de su antigüedad, han sido expresa y oficialmente declarados como tales por la suprema autoridad eclesiástica debido a su vida ejemplar, su docencia de la doctrina y poseer además el dominio eminente de una ciencia.

³ Al respecto consúltese Chapman (1997), entre otros.

La historiografía cristiana de la Antigüedad tardía configuró, como hemos insinuado, una historia sagrada asociada directamente o entrelazada con la historia humana. La historia sigue siendo considerada maestra de vida, pero a diferencia de lo que sucedía en el periodo clásico, la historia debería servir de guía no solo a los sectores cultos, sino a toda la población en su camino hacia la salvación. Llama la atención que a pesar de que se apele a la Biblia con criterio de autoridad, no se deje de lado a los clásicos, fenómeno que inclusive será más notorio siglos después, con la aparición del Humanismo y el Renacimiento. Por eso afirmamos que la cultura occidental fue marcada por el cristianismo, pero mantuvo un meollo de tradición de la cultura de la Antigüedad.

Se mira al curso de la historia como una suerte de un gran drama que se inicia con Adán y Eva y su caída. La humanidad participa del mismo y en el curso de la historia universal se decide el destino de la humanidad y de la salvación de cada individuo. Si bien el cristianismo admite la evolución y el cambio, también admite el providencialismo, es decir, la mano de Dios orientando a través de señales el accionar libre del hombre.

De esta manera, en la historiografía cristiana se contemplarán las nociones de:

- Universalidad, es decir, que el mundo es todo el orbe porque en él habitan los hombres y en ese sentido su relevancia está por encima de cualquier división política cuando se contempla desde la perspectiva de la salvación. Este concepto está asociado también a la idea de ecúmene;
- Providencialismo, en tanto se considera que el mundo está preordenado por Dios que, sin embargo, da cabida al accionar libre del hombre. Pero de todas maneras se considera el accionar de Dios, quien a través de ciertos signos o manifestaciones señala a los hombres un camino hacia su salvación eterna. Una Providencia rectora que orienta;
- Progreso, que es entendido como el camino ascendente hacia la salvación, tránsito desde las tinieblas a la luz; y,
- Escatología, es decir, un conjunto de ideas y creencias relacionadas a la vida después de la muerte: la vida eterna, el fin del mundo —del tiempo y de la historia—.

Según la visión cristiana del mundo y su concepto de tiempo se establece la diferencia entre tiempo terrestre y eternidad. En hombre desenvuelve su vida de manera contingente en el primero, pero se orienta hacia el segundo. Se entiende que todo lo ocurrido antes de Cristo fue una preparación para su advenimiento, que abría el camino hacia la salvación eterna. Lo posterior a su llegada al mundo y al acto redentor explica y es consecuencia de esa venida de Cristo, por lo que

surge un parámetro cronológico universal: antes y después del nacimiento de Cristo, conforme lo propuso San Isidoro en el siglo VII.

De la época del tránsito entre la cultura antigua y medieval veamos, en primer lugar, el caso de Eusebio de Cesarea, quien escribió durante la época de Constantino partiendo de la noción de que la historia era el triunfo de Cristo entre los hombres. Una de sus obras fue *Crónicas*, que es más bien la historia universal de griegos y bárbaros. Abarca desde Abraham a Constantino y tomó como modelo la obra de Diógenes Laercio *Vidas de los filósofos* escrita en el siglo III d. C.

Para poder establecer una cronología tomó como referencia hechos como el nacimiento de Abraham, las Olimpiadas y la fundación de Roma. Utiliza criterios sincrónicos que son los que justamente le permiten relacionar la historia sagrada con la profana y emplea además cuadros sinópticos o tablas para mostrar esa sincronía, estableciendo paralelos entre los acontecimientos de ambas historias. No hay que olvidar que gracias a estas propuestas la obra de Eusebio se tuvo como modelo historiográfico durante la Edad Media.

La *Crónica* comprendía dos partes: «Cronografía», donde pretendía resumir la historia universal a través de extractos de las fuentes consultadas y «Cánones cronológicos», compuesta por un conjunto de tablas cronológicas a las que sumaba sus comentarios. Para presentar en orden el curso histórico utilizó el método de tomar como referente principal a la cronología bíblica, arrancando desde la creación y haciendo un paralelo con los diferentes sistemas cronológicos de los pueblos antiguos: caldeos, griegos, romanos, etcétera.

Pero es su *Historia Eclesiástica* o *Historia de la Iglesia Cristiana*, escrita en griego, la que convierte a Eusebio en el padre de la historia de la Iglesia, pues en esta obra, que abraza la historia que discurre entre Cristo y Constantino, se ha observado la presencia de todas las características de la historiografía cristiana. Además, llama la atención por el hecho de que describe la vida religiosa y se refiere a numerosos sucesos y personas muchas veces de poca importancia, de esta manera rompe el molde de la historiografía de la Antigüedad centrada en los grandes personajes y la vida política. También escribió *Onomasticón*, que es más bien una lista ordenada alfabéticamente de los lugares mencionados en las Sagradas Escrituras, debiéndose llamar la atención sobre el hecho de que para Eusebio y, en general para los historiadores cristianos de fines del periodo antiguo y comienzos de la Edad Media, la Biblia es una fuente histórica. Eusebio explicaba así los propósitos y características de su *Historia Eclesiástica*:

Es mi propósito consignar las sucesiones de los santos apóstoles y los tiempos transcurridos desde nuestro Salvador hasta nosotros; el número y la magnitud de los hechos registrados por la historia eclesiástica y el número de los que en ella sobresalieron en el gobierno y en la presidencia de las iglesias más ilustres, así

como el número de los que en cada generación, de viva voz o por escrito, fueron los embajadores de la palabra de Dios; y también quiénes y cuántos y cuándo, sorbidos por el error y llevando hasta el extremo sus novelorías, se proclamaron públicamente a sí mismos introductores de una mal llamada ciencia y esquilmaron sin piedad, como lobos crueles, al rebaño de Cristo; y además, incluso las desventuras que se abatieron sobre toda la nación judía en seguida que dieron remate a su conspiración contra nuestro Salvador, así como también el número, el carácter y el tiempo de los ataques de los paganos contra la divina doctrina y la grandeza de cuantos, por ella, según las ocasiones, afrontaron el combate en sangrientas torturas; y además los martirios de nuestros propios tiempos y la protección benévola y propicia de nuestro Salvador. Al ponerme a la obra, no tomaré otro punto de partida que los comienzos de la economía de nuestro Salvador y Señor Jesús, el Cristo de Dios.

Mas, por esto mismo, la obra está reclamando comprensión benevolente para mí, que declaro ser superior a nuestras fuerzas el presentar acabado y entero lo prometido, puesto que somos por ahora los primeros en abordar el tema, como quien emprende un camino desierto y sin hollar. Rogamos tener a Dios por guía y el poder del Señor como colaborador, porque de hombres que nos hayan precedido por nuestro mismo camino, en verdad, hemos sido absolutamente incapaces de encontrar una simple huella; a lo más, únicamente pequeños indicios en los que, cada cual a su manera, nos han dejado en herencia relatos parciales de los tiempos transcurridos y de lejos nos tienden como antorchas sus propias palabras; desde allá arriba, como desde una atalaya remota, nos vocean y nos señalan por dónde hay que caminar y por dónde hay que enderezar los pasos de la obra sin error y sin peligro.

Por lo tanto, nosotros, después de reunir cuanto hemos estimado aprovechable para nuestro tema de lo que esos autores mencionan aquí y allá, y libando, como de un prado espiritual, las oportunas sentencias de los viejos autores, intentaremos darle cuerpo en una trama histórica y quedaremos satisfechos con tal de poder preservar del olvido las sucesiones, si no de todos los apóstoles de nuestro Salvador, siquiera de los más insignes, que aún hoy en día se recuerdan en las Iglesias más ilustres.

Tengo para mí que es de todo punto necesario el que me ponga a trabajar este tema, pues de ningún escritor eclesiástico sé, hasta el presente, que se haya preocupado de este género literario. Espero, además, que se mostrará utilísimo para cuantos se afanan por adquirir sólida instrucción histórica.

Ya anteriormente, en los Cánones cronológicos por mí redactados, compuse un resumen de todo esto, pero, no obstante, voy en la obra presente a lanzarme a una exposición más completa.

Y comenzaré, según dije, por la economía y la teología de Cristo, que en elevación y en grandeza exceden al intelecto humano. Y es que, efectivamente, quien se ponga a escribir los orígenes de la historia eclesiástica deberá necesariamente

comenzar por remontarse a la primera economía de Cristo mismo -pues de Él precisamente hemos tenido el honor de recibir el nombre- más divina de lo que a muchos puede parecer (Eusebio 1973: 349).

Destaca en la obra de Eusebio su sentido de universalidad nuevo, en tanto es propio del pensamiento cristiano, ya que no está referido a un centro geográfico-político; «el pueblo de Dios» estaba en todo el orbe de manera real o, por lo menos, potencialmente. Asimismo, su permanente apelación a la cronología, a nuestro juicio, marca el peso de la tradición antigua. Las fuentes de este autor son variadas: la Biblia, autoridades —historiadores anteriores— que conforman un aparato crítico minucioso, aunque efectúa interpolaciones. Entre sus obras también debe mencionarse *Vida de Constantino*. Eusebio era un hombre de acción, hábil para observar a la sociedad y un fervoroso y comprometido creyente. Percibe la existencia diferenciada de una historia sagrada y otra profana marchando entrelazadas. Pero insistimos, la figura de Cristo es la base de la comprensión histórica que significa además toda una renovación frente al mundo pagano antiguo.

Pero es San Agustín, considerado como la figura más importante de la patrística, quien representa el cambio entre el hombre antiguo y el cristiano. En efecto, vivió en medio de la crisis ocasionada por la caída de Roma a manos de los visigodos, pero, además, su propia conversión al cristianismo y su trabajo intelectual muestran al hombre que vivió en un periodo de grandes transformaciones. Debe recordarse que en los primeros siglos de la era cristiana se advierte una oposición o desconfianza profunda hacia el conocimiento especulativo y científico asociado al saber pagano. Las Sagradas Escrituras se constituyeron en la fuente principal de sabiduría, necesaria para los fines de la salvación. En consecuencia, la ciencia era un saber profano y fuente de distracción.

San Agustín es tenido como un excelente representante de la unión entre el platonismo —o más bien neoplatonismo— y el cristianismo, así como el gran teórico de la historia cristiana, pues en efecto rechazó la idea de que el ideal de la humanidad consistía en oponerse al cambio. Entiende que la historia humana fue una cadena sin significado hasta que la Encarnación vino a darle un sentido, y que la historia de la que llama la ciudad terrestre es similar a la evolución de un organismo único, de un cuerpo individual. No fue un historiador pero proporcionó mediante la arquitectura de su pensamiento los planes según los cuales había de escribirse la historia y además aporta reflexiones importantes que se ligan a la misma. Por ejemplo, su concepción del tiempo que emana de una parte de sus *Confesiones*. De hecho, a partir de su idea de tiempo se desprende algo fundamental en su visión acerca de la historia: el pasado no puede ser conocido y solo la confianza, la fe en aquel que ha sido testigo permite alcanzar lo pretérito. Sobre el particular dice Alarco:

Ha quedado, pues, en claro que no puede decirse propiamente que los tiempos sean tres, pretérito, presente y futuro. Acaso se diría con propiedad que son tres, presente de las cosas pretéritas, presente de las presentes, presente de las futuras. Todos ellos existen de alguna manera en el alma: el presente de las pretéritas en la memoria, el presente de las presentes en la visión —nosotros diríamos “en la percepción”—, el presente de las futuras en la expectación (Alarco 1966: 29)⁴.

Para San Agustín todo conocimiento, incluyendo el histórico, emana de las Sagradas Escrituras o debe estar refrendado en ellas, ya que considera que todo lo que en ellas se dijo se cumple infaliblemente.

Como se sabe, en su *Ciudad de Dios*, escrita entre el 410 y el 428⁵, buscó rebatir las acusaciones que los grupos filosóficos contemporáneos hacían al cristianismo, en particular porque se le achacaba responsabilidad por la caída del Imperio romano. Con el propósito de levantar dichos cargos, San Agustín trató los temas históricos como argumentación de descargo. Así, de los veintidós libros en los que dividió esta obra, los últimos doce estuvieron dedicados a la parte histórica, cuyos límites son peculiares, pues abarcan el pasado y el futuro —desde la creación hasta el fin de los tiempos—. Cuatro capítulos son empleados para explicar el origen de dos ciudades que coexisten: la ciudad de Dios y la ciudad terrena, puesto que para San Agustín el hombre se mueve entre dos naturalezas opuestas: la bestial y la angelical, y producto de esa tensión y su resolución en el ejercicio de su libertad, el ser humano configura su propio destino. La *Ciudad de Dios* es en buena cuenta una verdadera teología de la historia. Utiliza textos y aportes clásicos y del cristianismo anterior a él. De esta forma, el pensamiento de San Agustín resultó de enorme influencia no solo en su época sino cientos años después. Entre otras cosas plantea que:

- La razón dejada a su libre albedrío era ciega y recibía la luz de la fe;
- El mal consistía en el apartamiento de Dios, que a la vez significaba un distanciamiento del ser y de la realidad y era posible por el mal empleo del libre albedrío;
- En cuanto a la experiencia sensible y la sabiduría había que ascender desde lo sensible hasta el saber, para luego justificar el primero por el segundo; y,
- La verdadera felicidad se alcanza en el conocimiento de Dios (Lévinas 1996: 80-81).

⁴ Véase también Lévinas (1996: 80); Shotwell (1982: 388) y Lozano (1994: 31).

⁵ Escribió también *Confesiones* y *De pulchro et apto* (*Sobre lo bello y lo adecuado*), obra perdida durante la vida de su autor.

En la obra de San Agustín, lo mismo que en la de Eusebio, subsisten importantes elementos del pensamiento político antiguo y, en materia de historiografía, los métodos tradicionales de los clásicos se adaptan para tratar los hechos de una nueva época. Aquella que se remonta a San Agustín se caracteriza por su psicologismo.

Aprovecharemos para anotar de paso que el concepto cristiano del tiempo en el Antiguo Testamento supone que el curso temporal es vivido como un proceso escatológico, ya que la espera del advenimiento del Mesías es el acontecimiento central en el que se resuelve el drama de la historia. Compartiendo dicha idea, el Nuevo Testamento renovó completamente el concepto del tiempo y entonces queda clara su diferencia respecto a la noción de eternidad, la cual no será ya mensurable en segmentos temporales, sino que se entenderá como un atributo de Dios. Por su parte, el tiempo terrestre fue creado, tiene un principio y un final que limitan la duración de la historia humana. La temporalidad adquiere una estructura determinada subdividiéndose cualitativa y cuantitativamente en dos grandes épocas: antes y después de Cristo. Pero también hay que anotar que San Agustín retomó el modelo antiguo de las siete edades del mundo y las ilustró a la luz del cristianismo. La primera edad correspondía a la época representada por Adán, la sexta a Jesús y la última significaba el inicio del tiempo eterno en la presencia de Dios.

La Iglesia dominaba entonces el tiempo social, ya que, por ejemplo, el año astronómico será entendido en la forma del año litúrgico, es decir, aquel marcado por las fiestas religiosas. Frente a este control del tiempo las sectas escatológicas ponían en duda el valor del tiempo eclesiástico profetizando el fin próximo del mundo. Presentaban una interpretación milenaria de la historia contraria a la doctrina oficial de la Iglesia afirmando que el juicio final estaría precedido por el reino milenario de Cristo sobre la tierra, negando todas las instituciones feudales y eclesiásticas, la propiedad y el orden social. Más adelante, el desarrollo urbano medieval, cuya población tenía un pensamiento más racionalista, comenzaba a modificar la relación del hombre con la naturaleza. Su influencia más activa y más dirigida sobre ella la desacralizan, ya que el hombre se percibirá creador de su mundo artificial, distinto del mundo natural. En tales condiciones comienza a percibirse la necesidad de una medida más exacta y normalizada de los cuerpos, superficie, espacio y tiempo. La hora se convierte en la medida del trabajo. Los relojes mecánicos, inventados a fines del siglo XIII, constituyen símbolos del tiempo que transcurre. Se ha pasado del tiempo bíblico al de los mercaderes. Un tiempo concebido como compuesto por porciones iguales y mensurables y su cómputo mecánico que se hacía sin la intervención directa del hombre lo obligaba a reconocer que el tiempo era independiente de él.

No debemos dejar de mencionar que junto con Eusebio, Jerónimo, Atanasio y Sulpicio Severo establecieron las bases del género hagiográfico, especialmente usado durante el Bajo Imperio y la Edad Media (Rama 1989: 21).

Discípulo de San Agustín fue Paulo Orosio⁶, quien escribió *Historie Adversus Paganus* en el siglo V d. C. Sobre su pupilo el autor de la *Ciudad de Dios* dijo lo siguiente:

[...] un hombre de inteligencia rápida, de palabra fácil y de celo ardiente, deseoso de ser en la casa del Señor un medio que pueda rendir servicio para refutar esas doctrinas falsas y perniciosas con que las almas de las gentes han sufrido en España heridas más atroces que las hechas en sus cuerpos por las espadas de los bárbaros. Porque desde la remota costa occidental de España ha venido con ávido apresuramiento hasta nosotros, habiéndole impulsado a hacer esto la noticia de que de mí podría aprender todo lo que quisiera en los asuntos de que quería ser informado (San Agustín «Epístola a San Jerónimo», carta 166).

Por encargo de su maestro, Orosio debía escribir una obra que ilustrara, históricamente hablando, los argumentos de la *Ciudad de Dios* en defensa del cristianismo. Así dio a luz, probablemente en el 418, su ya mencionada *Historie adversus paganus* (conocida también como *Siete libros de historias contra los paganos*), que en buena cuenta supuso una suerte de reinterpretación de la historia de Roma desde una perspectiva cristiana. En esta obra, que desde la época medieval fue considerada indispensable para el conocimiento de la Antigüedad, Orosio postuló la idea que la grandeza de Roma implicó la miseria del resto de la civilización. El propio autor se encargará de explicarnos el objetivo y las características del encargo recibido en la dedicatoria que le hace a San Agustín:

Aunque estas gentes [paganos o gentiles] no exploran el futuro y además olvidan o no saben nada del pasado, no obstante hacen al presente el cargo de estar desusadamente lleno de calamidades por la sola razón de que los hombres creen en Cristo y adoran a Dios mientras que los ídolos se ven cada vez más abandonados. Me pediste, por lo tanto, que descubriera, partiendo de todos los datos posibles de historias y anales, cualquier ejemplo que las épocas pasadas hayan proporcionado de las cargas de la guerra, los daños de la escasez, los horrores del hambre, de terremotos terribles, de inundaciones extraordinarias, de erupciones tremendas, de tormenta y nubes de granizo, y también ejemplos de las crueles desgracias ocasionadas por parricidios y crímenes repulsivos. Tenía yo que disponerlos sistemáticamente y con brevedad en el curso de un libro (Orosio 1982).

⁶ Especialistas en este autor han indicado que el nombre Paulo fue probablemente un añadido o error de quienes transcribieron sus trabajos y que tanto Jerónimo como Agustín de Hipona lo llaman simplemente Orosio.

En esa misma dedicatoria explica su noción de pagano o gentil, que va más allá de señalar a los no creyentes. Paganos son los ajenos a la «Ciudad de Dios», son llamados de esa manera porque vienen del campo, de los distritos rurales o gentiles y porque su sabiduría está centrada en cuestiones terrenales. Plantea una historia universal que inicia con un resumen geográfico bastante preciso, al que sigue un paralelo cronológico de cuatro monarquías: Babilonia y Roma, Cartago y Macedonia.

Orosio ofreció, en suma, la explicación de la historia como fruto de una Providencia imprevisible, pero siempre bien orientada; la idea de la inexorable decadencia gradual de la humanidad pero llevada hacia un fin querido por Dios; el deber de convertir, a toda costa, a los paganos para hacerlos entrar en la historia de la salvación reservada solo a los cristianos (Le Goff 1991: 80).

Un autor también interesante fue San Jerónimo, quien completó con su obra *De los nombres hebreos* (*De nominibus Hebraicis*) el *Onomástico* de Eusebio y tradujo la *Crónica* de dicho autor en el año 380. Escribió *Biografías de Varones Ilustres* (*De viris illustribus*) en el año 391. En efecto, tomando a Suetonio como modelo abarcó 135 biografías, desde los primeros escritores cristianos hasta su tiempo, es decir, una historia de la Iglesia a través de biografías que terminaba, modestia aparte, con la del autor, siendo su principal propósito mostrar que entre los cristianos se contó a lo largo del tiempo con eruditos y literatos importantes.

Otro miembro del clero que por esta época realizó interesantes trabajos históricos fue Ambrosio, quien además de hacer la traducción de la obra de Flavio Josefo, efectuó estudios comparados sobre la historia y las leyes romanas y judías. Ello se debió a que descendía de una antigua familia romana, había estudiado la lengua y literatura griegas y fue un profesional del Derecho.

Mencionaremos también a Egéria, una mujer perteneciente a la nobleza romana y originaria de la llamada región de *Gallaecia*, quien si bien no puede ser calificada como historiadora, en el sentido estricto del término, tiene que reconocerse que fue una viajera del siglo IV. Luego de un largo peregrinaje, principalmente por Tierra Santa, compuso un relato minucioso conocido por el título de *Itinerarium* (o *Peregrinaje*) y que fue descubierto en 1884. Se conoce que escribió desde Constantinopla para una lectoría femenina y que los propósitos de su viaje y su relato fueron ver y conocer directamente los testimonios vivos acerca de la historia del cristianismo y la manera cómo se configuraban esos recuerdos y difundirlos⁷.

⁷ Sobre el particular puede consultarse Rivera (1995).

3.2. LA HISTORIOGRAFÍA BIZANTINA

La división del Imperio romano en el siglo VI determinó que a partir de ese momento se tuviera un Occidente cristiano latino y un Oriente cristiano griego. Así es como la historiografía bizantina denota la influencia clásica griega en el sector oriental del que fuera el Imperio romano de la Antigüedad. Repasemos esta historiografía justamente por lo indicado en las líneas precedentes y específicamente por la influencia cultural grecolatina que pesó sobre ella, además de que fue conocida y utilizada en Occidente durante la época de su producción y en los siglos siguientes.

Por historiografía bizantina estamos comprendiendo en un solo conjunto a los géneros cronístico e historiográfico propiamente dicho que la componen, pero al detenernos en cada uno de ellos nos daremos cuenta de las diferencias entre ambos. De otro lado, conviene precisar que crónica e historia deberán entenderse en el marco de la literatura bizantina, que es la expresión de la vida intelectual de raigambre griega en el Imperio romano de Oriente durante la Edad Media cristiana, una combinación de civilización griega y cristiana sobre la base común del sistema político romano, colocada en la atmósfera intelectual y etnográfica del Cercano Oriente, ya que es bastante conocido que Bizancio fue el más grande depositario de la literatura de la antigüedad griega.

Los trabajos de los historiadores pertenecen a la literatura erudita, los de los analistas (o cronistas) a la literatura popular. Los primeros son cuidadosamente elaborados, los segundos ofrecen solo material en bruto; los unos se restringen ellos mismos a la descripción del presente y el pasado más reciente y así tener más bien el carácter de registros contemporáneos; los otros cubren la historia entera del mundo, tal como es conocida en la Edad Media. Los primeros son por lo tanto más valiosos para la historia política, los segundos para la historia de la civilización (Ibídem: 50; la traducción es nuestra).

En consideración a lo que acabamos de citar, vamos a referirnos primero a las crónicas que constituyen un género que antecede a la literatura bizantina propiamente histórica pero haciendo la salvedad de que como género la cronística bizantina se sigue desarrollando y lo hace de manera paralela a la historiografía⁸. En general, además de estar dirigida al gran público para conmoverlo, toda esta historiografía denota interés profano y gran sentido crítico.

⁸ Es interesante tomar en cuenta lo estudiado por Mignolo, quien llama la atención sobre el hecho de que debe considerarse a la crónica como un tipo discursivo o género que en su origen fue ajeno a la formación discursiva historiográfica «[...] y pasa luego, mediante la actualización de las reglas de la formación [historiográfica] a ser parte de ella» (Mignolo 1981: 373).

Hay que tomar en cuenta que durante la Edad Media las crónicas constituyeron, en general, un género historiográfico que, partiendo de los calendarios y las tablas de Pascua, consignaban los acontecimientos del momento presentando grandes sucesos, ya fueran estos venturosos o calamidades. Todo indica que su desarrollo contempla primero anotaciones marginales escritas al lado de los principales eventos registrados cronológicamente en el mismo momento en que se producían o poco tiempo después. En España las crónicas recogen también leyendas y canciones; para el caso de Francia, además, se atribuye a las Cruzadas haber incentivado en el pueblo el espíritu épico y acrecentado su curiosidad por saber, mediante narraciones «verídicas», lo ocurrido en esas campañas de los cristianos para el rescate de los lugares sagrados. Como es sabido, los autores de las crónicas fueron protagonistas de los hechos o habían recibido la versión oral de los testigos directos.

Las crónicas bizantinas difieren de las obras históricas por el público a las que van dirigidas, por su carácter, el método con el que se manejan los materiales y su estilo de composición. En cuanto a su origen, hay que indicar que es incierto, aunque se tiene la impresión de que no es muy remoto —desde su aparición comparativamente tarde, frente a la literatura histórica del siglo VI— y se estima que ello se debió a su falta de contacto con la tradición pagana helenística. Hay indicios para pensar que su primer producto importante debe haber sido compuesto en Siria y su prototipo presumiblemente fue la *Cronografía* de un tal Hextus Julius Africanus, que remite a una fuente cristiana oriental.

Las crónicas bizantinas pueden ser revisadas considerando tres momentos: siglo VI, que corresponde al desarrollo inicial; siglo IX, que es el punto más alto de la cronística bizantina —que además parece llenar una brecha en la producción historiográfica en ese momento—; y, el siglo XI, que representa la etapa de decaimiento del género. En cada una de estas fases destacará un autor representativo como Juan Malalas, Teófanos y Zonaras, respectivamente. Fuente importante para la historia de la civilización bizantina, las crónicas contribuyeron a diseminarla, puesto que gracias a numerosas traducciones fueron dadas a conocer entre los pueblos eslavos y orientales. Su aceptación reposa en su carácter popular, gracias al uso de un lenguaje común a la mayoría, por su estilo realista que hace posible pintar y narrar sucesos dramáticos y extraordinarios, así como por su cercanía al pensamiento general, en la medida de que los acontecimientos se interpretan desde la perspectiva del cristianismo, lo que provee a la narración un valor ejemplar.

3.2.1. La base cronística: Juan Malalas de Antioquía, Teófanos y Zonaras

Como hemos mencionado, bajo cierta influencia helenista, los antecedentes de la historiografía bizantina se ubican entre los siglos IX y XII d. C., según la sencilla y popular modalidad de la crónica, lo que contribuye a su difusión. Estos textos, cuyo interés y origen tienen sabor local, no se sustrajeron, sin embargo, a una vocación por abrazar la historia del mundo, con un sentido religioso cristiano, pese al interés por asuntos profanos y de corte político. Estos rasgos más enfatizados caracterizarán posteriormente a la historiografía de Bizancio.

Para algunos, los antecedentes de la historiografía bizantina estarían en la obra de quien fuera conocido como Juan Malalas de Antioquía⁹, autor de *Cronografía*, relato escrito de manera sencilla que abarcaba desde el nacimiento de la humanidad hasta el siglo VI d. C.¹⁰. En realidad, se trata de la primera crónica monástica cristiana y de historia popular más temprana de Bizancio, inicialmente compuesta por su autor para referirse a su localidad, pero que al ampliarla quedó convertida en una crónica universal. Llena de errores históricos y cronológicos refleja el primer momento de una cultura helenística más bien de carácter popular, característica que no fue impedimento para que se convirtiera en fuente principal de la mayoría de los cronistas posteriores y de algunos historiadores de la Iglesia.

Otro cronista bizantino fue Teófanos, un monje de Asia Menor, apodado «el confesor», quien en el siglo IX escribió *Crónica* (o *Chronographia*). Este trabajo contenía mucha información valiosa tomada de fuentes consideradas perdidas. En lo relativo a su forma y contenido se considera que alcanzó una muy buena factura, que no solo la acercó más al género propiamente histórico, sino que la convirtió en una suerte de modelo para las crónicas posteriores. De hecho, esta obra alcanzó gran importancia en el mundo occidental, por lo que al finalizar la novena centuria fue traducida al latín. He aquí un pequeño fragmento:

Ese mismo año (799), unos romanos emparentados al bienaventurado Papa Adriano, se amotinaron contra el Papa León y habiéndose apoderado de él, le vaciaron los ojos. No pudieron, sin embargo, cegarlo completamente ya que, llenos de piedad por él, le perdonaron. León huyó entonces donde Carlos, rey de los francos, que castigó duramente a los enemigos del Papa y restableció a este último en su sede: en ese momento Roma cayó bajo el poder de los francos, y así seguirá estándolo. En recompensa, León coronó a Carlos emperador de los Romanos en la Iglesia del Santo Apóstol, lo ungió con óleo desde la cabeza a los pies, lo vistió además con los vestidos imperiales y le impuso la diadema, el 25 de Diciembre, indiction IX (800)(citado por Folz 1964: 282).

⁹ Teólogo sirio helenizado y monofisista. Fue confesor de Teófanos.

¹⁰ La obra se tradujo al búlgaro antiguo al promediar el final del siglo IX y comienzos del X d. C.

También debemos contar, dos siglos más adelante, a Zonaras. Poca información hemos podido recoger respecto a este cronista del siglo XII y de la obra que tituló *Crónica Universal*, a pesar de su importancia reflejada en la circunstancia de haber sido traducida en su época al eslavo y al latín, y, posteriormente, en el siglo XVI, al italiano y al francés. Como hemos señalado, constituye el tercer hito en la historia de la cronística bizantina y refleja bien el ambiente renacentista de la época de los Comnenos.

En cuanto a su estilo se sabe que su narrativa es mejor que la de Teófanos y que, además, su texto recoge muchos pasajes de los autores antiguos. Siguen a Zonaras cronistas menores y también la decadencia del género, pues escritos de esta naturaleza se van produciendo cada vez en menor cantidad.

3.2.2. Los trabajos históricos de Agatias, Procopio, Constantino VII, Miguel Pselo y Ana Comneno

Revisemos ahora los trabajos históricos considerando, en primer lugar, que la tradición literaria clásica colocó la norma a los historiadores bizantinos en su forma de encarar la historia, la manera de manejar sus temas y en el estilo de composición. Sin embargo, la historiografía bizantina va adquiriendo ciertos rasgos que la hacen peculiar, por ejemplo, su esfuerzo por desarrollar un carácter concreto tratando de no denotar mucho entusiasmo y pasión, pretendiendo disimular afectos, convicciones personales e inclusive su patriotismo, objetivos que, evidentemente, no siempre fueron alcanzados. Fue elaborada por personajes de la corte y hombres públicos: juristas, militares y diplomáticos, que en número considerable hicieron su aporte a la cronística y la historiografía de Bizancio.

La mayoría de los historiadores se ubican en dos momentos: el primero abarca los siglos VI y VII y el segundo los siglos XI al XV. Esto quiere decir, como anotáramos anteriormente al referirnos a las crónicas, que en el desarrollo de la historiografía bizantina se produjo un hiato que fue ocupado por las crónicas que atravesaban su momento de auge. Si para Comneno la historia era un bastión contra el olvido, para Procopio la garantía de la recordación de hechos tan importantes como las guerras dependían de su registro. Las características más precisas de la historiografía bizantina serían las siguientes:

- Dependiente de modelos extranjeros, ya que se toma como pauta a los métodos y estilos, a los historiadores clásicos, sea uno de ellos o varios a la vez, lo que dio lugar al llamado «estilo mosaico» bizantino;
- Expresa una comunidad de sentimientos con el mundo antiguo pero a través de un estilo propio;

- Puede decirse que tiene un carácter secuencial, dado que cada historiador arranca casi siempre en el punto donde se quedó su predecesor;
- Tiene vocación por la erudición; y,
- Es profana, puesto que abandona los temas eclesiales para referirse más bien a la historia política, diplomática y cortesana.

El primer periodo de la historiografía de Bizancio, que siguió muy de cerca el modelo de la Antigüedad, por su forma y contenido, es dominado por Procopio (de Cesarea o Cesariense)¹¹, a quien se debe considerar como uno de sus mejores representantes. Tomó como modelo a Tucídides, sobre todo en su precisión y capacidad narrativa. Considerado un autor confiable, escribió *Historia de las guerras*, obra dividida en ocho libros, en la que trata los acontecimientos de los que fue espectador. *Historia Arcana o Secreta*, también conocida como *Anécdota*, es en buena cuenta la historia de la época de Justiniano y sus intentos de reconstrucción del Imperio. Conozcamos un fragmento extraído de su proemio:

Al narrar cuanto ha llegado a sucederle hasta ahora al pueblo romano en las guerras, expuse en orden todas sus acciones, en la medida en que me resultaba posible, de acuerdo con los tiempos y los escenarios correspondientes. Sin embargo ya no voy a organizar de este modo los sucesos posteriores, puesto que a partir de este momento me propongo escribir todo cuanto haya podido suceder en cualquier parte del imperio romano. La razón de ello es que no era sin duda posible consignar esos sucesos del modo en que debe hacerse cuando todavía estaban vivos sus actores. No era en efecto posible, ni pasar inadvertido al gran número de espías, ni ser descubierto sin padecer una muerte miserable, pues ni siquiera podía confiarme a los familiares más próximos, antes bien me vi obligado a ocultar las causas de muchos de los acontecimientos mencionados en los libros precedentes. Será por lo tanto preciso que en este punto de mi obra revele lo que hasta el momento se había silenciado así como las causas de lo que he expuesto previamente. Pero ahora que me encamino a otra empresa, en cierto modo ardua y terriblemente difícil de superar, la de las vidas de Justiniano y Teodora, resulta que me encuentro temblando y me echo atrás en buena medida cuando considero que esto que habré de escribir en este momento pueda parecer increíble o inverosímil a las futuras generaciones; especialmente, cuando el tiempo, en su largo flujo, haya avejentado mi relato, temo cosechar la reputación de un mitógrafo y ser incluido entre los poetas trágicos. No voy a acobardarme ante las dimensiones de mi tarea, pues confío sin duda en que mi libro no va a carecer del apoyo de testigos. Pues

¹¹ Historiador bizantino que fue un importante miembro de la corte, soldado y estadista. Fue el principal historiador de la época de Justiniano. Se cree que nació en Cesarea a fines del siglo V y murió en Constantinopla aproximadamente el año 562.

los hombres de hoy, al ser los más capacitados testigos de los sucesos, transmitirán fidedignamente a los tiempos venideros la credibilidad que éstos les merecen.

A pesar de ello, en numerosas ocasiones me retuvo otra reflexión durante largo tiempo a pesar de que estaba ansiando escribir este libro. Consideraba en efecto que esta obra resultaría inconveniente a las generaciones futuras, porque antes conviene que las más viles acciones sean desconocidas para la posteridad, que el que lleguen a oídos de tos tiranos y susciten en ellos el deseo de emularlas. Pues a la mayor parte de los que sustentan el poder siempre es fácil que la ignorancia les mueva fácilmente a imitar las malas acciones de sus antepasados, y así se sienten invariablemente atraídos, de una forma natural y espontánea, por los crímenes cometidos por los más antiguos. Sin embargo al final una consideración me llevó a redactar la historia de estos hechos: el pensar que los tiranos que vengan luego tendrán clara conciencia, en primer lugar de que no es improbable que les sobrevenga un castigo por sus crímenes —justamente lo que llegaron a padecer estos hombres— y además, de que sus acciones y caracteres quedarán para siempre consignados por escrito: tal vez así sean por este mismo motivo más reluctantes a la hora de transgredir las leyes (en Herrera y Marín 1998).

Finalmente, debemos mencionar su *Libro de los Edificios*, en donde se ocupa de la obra arquitectónica del emperador Justiniano. Es importante indicar que las fuentes de Procopio son directas, pues como ya se sabe tuvo acceso a ellas al estar vinculado directamente a la corte. En general, parece ecuánime en el tratamiento de los diversos temas que comprende su obra, pese a que exagera las cualidades de Justiniano. Los principales tópicos tratados en esta obra fueron la guerra de Justiniano contra los persas, la expedición contra los vándalos, las campañas de Italia y otros hechos de la vida política. Aquí también un fragmento de su descripción de la iglesia de Santa Soffa en esta obra:

Muchos fueron los medios utilizados por el emperador Justiniano y los ingenieros Anthemios e Isidoro para dar a la iglesia, que parece suspendida en el aire, estabilidad. Muchos de estos medios escapan a mi comprensión y me resulta difícil expresarlo en palabras; solo describiré un medio, para demostrar la fuerza del conjunto de la obra. Es como sigue. Los pilares que acabo de mencionar no están contruidos con mampostería ordinaria, sino de la siguiente manera. Se colocaron hiladas de piedra en forma de cuatro cuadrados; son, por naturaleza, duras, pero han sido pulidas, y las que se pensaban para formar proyecciones laterales de los pilares se han cortado en ángulo, mientras que las pensadas para ocupar una posición intermedia son rectangulares. Estas se ajustaron no con cal ni con asfalto, el orgullo de Semiramis en Babilonia, ni con otra sustancia similar, sino con plomo vertido en los intersticios, el cual ha penetrado en todos los espacios intermedios y, endurecido en las juntas, ha asegurado la unión de las piedras.

Por tanto se hizo de esta manera, pero continuemos con otras partes de la iglesia.

Se ha cubierto completo el techo con oro puro, el cual combina la belleza con la ostentación, aunque prevalece el fulgor del mármol, que rivaliza con el del oro. Hay dos columnatas (stoai), una a cada lado, que no están separadas de la iglesia por ningún elemento estructural, sino que añaden dimensiones a su anchura y se extienden en toda su longitud, en tanto que su altura es menor que la del edificio. Tienen también una cubierta abovedada (orophé tholos) adornada de oro (en Herrera y Marín 1998).

Su visión de la historia refleja una mirada teológica de la historia, pues reconoce la acción de Dios en ella. Procopio opone la acción arbitraria e injusta del azar o la fortuna de los clásicos a la incomprensible —aunque justa— acción de la Divina Providencia¹².

Con Procopio la historiografía bizantina cultiva el estilo descriptivo. Sin embargo, este autor es más bien el primer representante del llamado estilo bizantino, caracterizado por su exceso de «ornamentos». En esta etapa debe mencionarse a Teofilacto Simocates y también a Agatias, pues ambos moldearon sus obras siguiendo los patrones establecidos por Tucídides o Polibio. Tratando sobre todo asuntos políticos y militares de su tiempo, confeccionaron historias en las cuales se advierte gran precisión, análisis causal de los acontecimientos y señalamiento de las motivaciones humanas; todo resumido e hilvanado en discursos imaginarios (Vidal-Naquet 1990: 448).

Como se ha mencionado, uno de los más importantes historiadores bizantinos fue Agatias, quien resultó ser toda una autoridad en lo que se refiere al tema del reinado de Justiniano (que abarcó desde el 527 al 565) pero, además, su obra siempre resultó muy cotizada por los historiadores eclesiásticos. Teniendo una clara inclinación por la literatura, produjo nueve libros de poesía erótica, obra que se conoce con el nombre de *Dafniaca*. También escribió epigramas y sonetos, muchos de los cuales se conservan en la llamada *Antología Palatina*. Escribió notas marginales sobre el *Periegetes* de Pausanias.

Agatias compuso en cinco libros su obra histórica titulada *Sobre el Reinado de Justiniano*. Empieza con los sucesos de 552-558 y retrata las guerras con los godos, vándalos y francos, así como también la de estos contra los persas y los hunos. Es el continuador de Procopio, a quien imita en la forma y también en la abundancia de episodios atractivos. Sin embargo, apela a la modalidad de establecer paralelo. Siendo poeta y retórico sus aficiones literarias le dieron vuelo y

¹² Véase Marín (1995) para un análisis detallado al respecto.

libertad a su imaginación, aunque se suele reconocer que en sus páginas abundan las reflexiones filosóficas.

Un rasgo que lo caracteriza de manera particular es su entusiasmo al retratar las maneras, hábitos y religión de los pueblos extranjeros sobre los cuales escribió; pero también las grandes perturbaciones de su tiempo, siendo así que los sismos, plagas y hambrunas atrajeron su atención. Su minuciosidad narrativa lo lleva a insertar en su relato numerosos incidentes, descripciones o menciones referidas a ciudades, fuertes y ríos. También deja constancia de personajes como filósofos y autoridades subordinadas. Muchos de sus datos no pueden ser encontrados en otra parte y siempre se ha considerado a este autor como una autoridad valiosa para el periodo que describe¹³.

Entre el primer y segundo periodo de la historiografía bizantina debe considerarse de manera especial a Constantino VII, quien más bien representa una corriente o conjunto de trabajos conocidos bajo su nombre. Esta corriente podría considerarse de transición entre la primera época, con su anclaje en lo clásico, y el cultivo de un clasicismo artificial más bien propio de la segunda época. Los temas se reparten entre la administración del Imperio, su división política y el ceremonial cortesano.

Hay que recordar que Constantino VII fue una figura importante en el siglo X de la historiografía en general y de la bizantina de manera particular, gracias a su intento de conseguir la redacción de una *Enciclopedia Histórica*, que significó un trabajo en equipo que completó la redacción de 53 libros. Erudito y mecenas se atribuyen a Constantino VII *Los temas (De Thematibus)*, que más bien contaba la historia sobre los territorios del Imperio bizantino; *La administración del Imperio*, cuyo asunto principal fue los pueblos del este de Europa en el siglo X; y, *El Libro de las Ceremonias (De Ceremoniis Aulae Byzantinae)*. En el proemio al *Libro de las Ceremonias* se dice lo siguiente:

Muchas cosas son capaces de desaparecer en el proceso del tiempo... entre ellas una magna y preciosa, la exposición y descripción de la ceremonia imperial. Descuidar esta ceremonia, y condenarla como estaba a la muerte, es quedarse con una visión del imperio vacía de ornamento y privada de belleza. Si el cuerpo de un hombre no estuviese elegantemente formado, y si sus miembros fuesen casualmente y sin armonía dispuestos, uno diría que el resultado es caos y desorden. Lo mismo es verdad acerca de la institución del imperio (basilikon politeuma); si no está guiado y gobernado por el orden, no diferirá en ningún modo del comportamiento vulgar de una persona natural.

¹³ Tanto así que su historia fue editada por Niebuhr en Bonn el año 1828 y también por Dindorf en 1871.

Para que esto no suceda, y puesto que no podemos parecer deshonrar la majestad del imperio por una conducta desordenada, hemos considerado necesario, con laborioso esfuerzo, reunir de muchas partes todas las ceremonias inventadas por los antiguos, o narradas por testigos, o vistas por nosotros y establecidas en nuestro tiempo; y hemos resuelto que, cuando fuesen así recogidas, deben ser incluidas en el presente trabajo de modo que pudiesen ser entendidas fácilmente. Así podemos iluminar a nuestros sucesores en la tradición de las costumbres heredadas las cuales han llegado a ser descuidadas y abandonadas. Recoger, como antes fue, un ramo de flores de la pradera, y obsequiarlo al esplendor imperial como un incomparable ornamento; podemos colocar en el medio de nuestro palacio algo semejante al claro y pulido cristal, el cual mostrará al ojo todo lo que es propio al oficio de emperador, así como también, todo aquello que conviene a la institución del senado, y podamos así posibilitar que el manejo de la autoridad sea ejecutado con orden y con decencia.

Ahora bien, para que el trabajo que hemos escrito sea claro y comprensible, hemos usado un estilo popular y simple, y empleado los mismos conceptos y palabras que han sido aplicados por un prolongado uso y que son generalmente corrientes en cada provincia. Por este medio puede el poder imperial ser ejercido con el debido ritmo y orden; puede así el imperio representar la armonía y movimiento del universo del modo como proviene de su Creador; y puede así aparecer a nuestros súbditos con una más solemne majestad, y ser para ellos el más aceptable y el más admirable a sus ojos [...] (en Barrera 1957: 103 y ss.).

Mientras que en *La administración del Imperio* dice lo que sigue:

Un hijo sabio (sophós) hace feliz a su padre, y un padre afectuoso se deleita con un hijo prudente (phrónimo). Porque el Señor le da sabiduría para hablar en el momento oportuno y le agrega un oído para escuchar. Con El está el tesoro de la sabiduría, y de él vienen los regalos perfectos; El coloca reyes en el trono (basiléis epí thrónou) y les da el señorío por sobre todos. Ahora escúchame, hijo mío, y siguiendo mis enseñanzas serás sabio entre los prudentes y considerado prudente entre los sabios. Los pueblos (laof) te bendecirán y las naciones (ethnón) te llamarán bendito. Instrúyete en lo que te interesa antes que nadie lo sepa y apóyate firmemente en el yelmo de la realeza (basiléias). Estudia las cosas que hay ahora e instrúyete en las que serán, para que puedas amasar experiencia con sano juicio y puedas ser competente en tus asuntos. Así, yo establezco una doctrina delante de ti para que puedas agudizar en experiencia y sabiduría. Así no tropezarás en lo que cada nación tiene poder para aventajar a los romanos, luego en lo que los pueda herir, y cómo y por quién otra nación puede encontrarse en armas y ser subyugada, entonces de acuerdo a sus revanchas y a su temperamento insatisfecho y a las demandas extraordinarias prosiguiendo, concerniente también a las diferencias entre otras naciones, y sus órdenes y costumbres y modos de vida, y la posición

y ubicación y clima de la tierra que los cobija, su descripción y sus medidas, y más todavía lo concerniente a los eventos que han ocurrido durante las edades entre los Romanos y las diferentes naciones; y después, cuáles reformas han sido introducidas de tiempo en tiempo en nuestro estado y también fuera del Imperio Romano. Estas las he descubierto con mi propia sabiduría y he creído que deben ser sabidas por ti, mi hijo querido, para que puedas saber las diferencias entre cada una de estas naciones y como tratar y conciliar con alguno u oponerse y hacer la guerra. Así, por eso, ellos temblarán ante ti como ante uno grande en sabiduría y como del fuego ellos tendrán que apartarse de ti, sus labios serán cerrados y como dardos tus palabras los herirán de muerte. Así parecerás poderoso en sabiduría ante ellos y ante tu cara temblarán y los dominarán y el Todopoderoso te cubrirá con su escudo y el Creador te llenará de entendimiento; El guiará tus pasos y te establecerá sobre cimientos seguros. Tu trono será como el sol ante El y sus ojos mirarán por ti y ninguna amenaza te tocará porque El te ha elegido y apartado del seno de tu madre y te ha dado su regla como alguien excelente entre todos los hombres como refugio en un monte y como una estatua de oro en el lugar más alto, como una ciudad en una montaña. El te ha hecho crecer para que las naciones puedan traerte sus regalos y tú puedas ser adorado por ellos que se cobijan en la tierra. Pero tú, Oh, Señor, mi Dios, cuya regla permanece inalterada por siempre, ayúdalo en su camino que a través de ti me fue dado a mí y permítase que la visitación de su cara sea hacia él y tu oído inclinado a sus súplicas. Permítase que tu mano lo cubra y pueda él reinar sobre la verdad y pueda tu mano derecha guiarlo; que puedan sus caminos ser dirigidos ante ti para guardar los estatutos. Que puedan alegrías caer ante su cara y sus enemigos en el polvo. Que pueda el furor de su raza ser cubierto con las sombras de las hojas de muchos otoños y la sombra de su fruto cubra las montañas reales porque por ti reinan los reyes, glorificándote por los siglos de los siglos (Porphyrogenitus 1993).

Veamos ahora al grupo de historiadores del segundo periodo que presenta características muy diferentes a las de la etapa anterior, pues sus trabajos denotan una perspectiva religiosa y nacional marcada junto con la exaltación de su cultura, aunque utilizando las formas clásicas. Es la época de los Comneno, en la que se advierten ciertas turbulencias políticas. Los historiadores son cortesanos, pues o formaron parte de la familia imperial o estuvieron muy cerca a ella. Por lo general, sus trabajos denotan apasionamiento.

Así, en el siglo XI destaca Miguel Pselo, el erudito autor de *Chronographia*. En ella hace una descripción de la vida en Bizancio y la historia del Imperio romano de Oriente entre los siglos X y XI. A pesar de que tiene entre sus principales propósitos destacar las virtudes militares y hacer el elogio del basileus Romano III. Sus datos bien fundamentados hicieron de su trabajo una fuente obligada para los historiadores posteriores. El pasado clásico vuelve a recobrar interés no con fines

utilitaristas sino con un auténtico y creciente entusiasmo, y es así como Pselo hace imitación consciente de los autores antiguos (Vidal-Naquet 1990: 442 y ss.)¹⁴.

Un lugar importante en esta historiografía debe otorgarse a la princesa Ana Comneno o Comnena, quien retirada de la vida cortesana en un convento tras haber incursionado fallidamente en la intriga política, escribió los quince libros —capítulos— que conformaron su *Alexiada*, completando de esa manera los *Materiales Históricos*, obra empezada por su marido después de 1079¹⁵.

En *Alexiada*, que terminó de escribir en 1148, describió la carrera de su padre, desde 1069 hasta su muerte en 1118. También dio cuenta del curso de la Primera Cruzada y como una verdadera bizantina da una mirada sobre las Cruzadas desde el parcial punto de vista de Constantinopla. Aunque la cronología que presenta es defectuosa, siempre se ha valorado la plenitud y calidad de la elección de su información histórica, sobre todo cuando utilizó la crónica contemporánea latina de Robert Guiscard, quien probablemente la escribió por encargo del archidiácono de Bari. El trabajo de Ana Comneno tiene carácter filial y panegírico y comienza con una dedicatoria a la fama y el honor de su padre. Siendo integrante de la dinastía que gobernó en Bizancio entre 1081 y 1185, sus observaciones resultan muy valiosas para conocer tanto los asuntos públicos como el desenvolvimiento interno de la corte bizantina.

Hay que decir que, en cuanto a sus fuentes, utilizó documentos oficiales, correspondencia diplomática, informes al Emperador de generales y soldados, y en general hizo uso de los archivos imperiales. Escribió en griego erudito siguiendo formas clásicas, introduce en su vocabulario una elegancia ática, aunque la construcción y el estilo traicionan demasiado la distancia entre ella y sus modelos —Tucídides y Polibio—, a quienes trata de imitar. Evita nombres extranjeros toscos y términos vulgares. Su estudiada precisión en materia de la helenización ocasiona que sus páginas tomen un cierto aspecto anquilosado, si se las compara con la energía y el vigor de lo griego fruto del intercambio que era popular entonces. Gusta describir escenas de esplendor, los grandes actos del Estado, audiencias y festejos —de manera precisa y pintoresca—. Sin embargo, las materias más profundas, como las financieras, militares y constitucionales escapan a su observación. En general, no puede decirse que fuera adversa a la sátira, la adulación, la habladuría y la detracción.

¹⁴ Pselo (1018-1078) fue político y funcionario público, y se le atribuye el mérito del renacimiento cultural de Bizancio tras una fase de decaimiento.

¹⁵ *Alexiada* fue editada por primera vez en París por Possinus el año 1651.

Vamos a insertar a continuación parte de lo que refirió acerca de la Primera Cruzada en el Libro X. Asimismo, veremos cómo dio cuenta de su inicio y, específicamente, de la proclama de Pedro el Ermitaño:

1. Después de haberse repuesto un poco de sus grandes fatigas y a raíz de unos informes sobre las correrías y los despiadados pillajes que los turcos estaban haciendo por el interior de Bitinia, aprovechando los problemas surgidos en occidente que habían absorbido la atención del soberano en esta parte del imperio y que lo habían entretenido más en éstos territorios que en aquéllos (dedicaba sus esfuerzos a lo más urgente), elaboró un proyecto grandioso y digno de su persona, pensado para reforzar Bitinia y protegerse de las incursiones de los turcos gracias a las medidas que expondremos a continuación, ya que merece la pena contar en qué consistían aquellas medidas.

2. El río Sangaris y la costa que se extiende en línea recta hasta la aldea de Quele y la que se repliega hacia el norte encierran un extenso país dentro de los límites que forman. Pues bien, los hijos de Ismael, que desde siempre hemos tenido como pérfidos vecinos, a causa de la enorme carencia de defensores que sufría devastaban fácilmente este país, pasando por la región de los mariandenos y por la de los que viven al otro lado del río Sangaris, que solían cruzar para acosar Nicomedia. Mientras el emperador intentaba reprimir el empuje de los bárbaros y fortificaba sobre todo Nicomedia contra las incursiones al interior de su región, observó un extenso foso que se encontraba más abajo del lago Baanes y cuyo curso él siguió hasta el final; por su configuración y su posición concluyó que este accidente no era un producto espontáneo de la tierra y que no había sido excavado de modo natural, sino que era obra del hombre. Gracias a sus indagaciones junto a algunas personas acabó sabiendo que esa zanja había sido cavada por orden de Anastasio Dícuro, aunque esas personas no podían explicar su finalidad; el soberano Alejo, por su parte, opinaba que aquel soberano había proyectado trasvasar agua del lago a ese canal artificial. Pues bien, con el mismo propósito el soberano Alejo ordenó cavar el foso a gran profundidad.

Temiendo que las aguas no fueran vadeables en el punto de enlace de las corrientes, erigió una poderosa fortaleza, segura e inexpugnable en toda su extensión tanto por el agua como por la altura y grosor de sus murallas; ésta fue la causa de que se la llamara Sidera. Aún hoy ese férreo baluarte es una plaza fuerte delante de una plaza fuerte y una muralla delante de una muralla. El soberano en persona inspeccionaba la construcción de la fortaleza desde la mañana a la noche y, aunque hacía mucho calor por estar en plena estación estival, soportaba polvo y ardores. Invirtió gran cantidad de fondos para que de allí surgiera una muralla poderosa e inexpugnable, recompensando generosamente a cada uno de los que acarrearán piedras, ya fueran cincuenta o cien. A partir de ese momento, no solo los que a la sazón se encontraban en el sitio de las obras, sino todo soldado o sirviente,

lugareño u oriundo de otro país, se movilizaba para acarrear dichas piedras al ver los generosos salarios y al emperador mismo presidiendo la marcha de los trabajos como si fueran unos juegos. Gracias a este recurso afluía mucha gente y el acarreo de aquellas enormes piedras podía hacer con mayor rapidez. Así era él, un ser capaz de las más profundas reflexiones y de las más grandiosas acciones.

En suma, los hechos que el soberano protagonizó hasta la [...] indicción del año [...] se habían desarrollado como hemos descrito; pero aún no había tenido tiempo de descansar un poco, cuando oyó rumores acerca de la llegada de innumerables ejércitos francos. Como es natural, temía su aparición porque conocía su incontenible ímpetu, su inestable y voluble temperamento y todos los demás aspectos que posee de forma permanente el carácter de los celtas tanto en sus simples rasgos como las consecuencias del mismo; igualmente sabía cómo, paralizados por el brillo del dinero, siempre rompían los tratados sin reservas de ningún tipo y abiertamente, argumentando el primer motivo que les viniera en gana. Y efectivamente, siempre había tenido ocasión de comprobar los rumores sobre esta conducta. Pero no se dejó abatir y se preparaba con todo empeño para estar listo en el momento en que fuera preciso pelear. Ahora bien la realidad resultó más aterradora incluso que los rumores que se difundían. Todo el occidente, la raza de los bárbaros al completo, que habita las tierras comprendidas desde la otra orilla del Adriático hasta las columnas de Hércules, toda en una masa compacta, se movilizaba hacia Asia a través de toda Europa y marchaba haciendo la ruta con todos sus enseres. Aproximadamente, las causas de tan enorme movimiento de masas fueron las siguientes.

Un celta de nombre Pedro y de apodo Pedro de la Cogulla tras haber sufrido en su peregrinación hacia el Santo Sepulcro muchas calamidades por culpa de los turcos y sarracenos que devastaban toda el Asia, a duras penas logró regresar a su casa. Pero no encajaba el hecho de haber fracasado en sus planes y quería volver a emprender el mismo camino. Como era consciente de que en esta ocasión no debía ponerse a caminar en solitario hacia el Santo Sepulcro, concibió un astuto plan para evitar posibles desgracias. Éste consistía en lanzar la siguiente proclama por todos los países latinos: "Una voz divina me ordena anunciar a todos los condes de Francia que deben abandonar sin excepción sus hogares y partir para venerar el Santo Sepulcro, así como dedicar todas sus fuerzas y pensamientos a rescatar Jerusalén del poder de los agarenos".

6. A pesar de todo tuvo éxito. Como si hubiera grabado un oráculo divino en el corazón de todos los hombres, consiguió que los celtas, desde lugares distintos sin importar cuáles fueran, se congregaran con armas, caballos y demás impedimenta de guerra. Tanto ánimo e ímpetu tenían, que todos los caminos vieron su presencia; acompañaba a aquellos guerreros celtas una muchedumbre de gente desarmada que superaba en número a los granos de arena y a las estrellas, llevando palmas y cruces en sus hombros, mujeres y niños que habían

partido de sus respectivos países. Pudo verse entonces cómo, igual que ríos que confluyen de todas partes, avanzaban masivamente hacia nuestros territorios a través del país de los dacios.

7. Precedió a la llegada de tan numerosos ejércitos una plaga de langosta que respetaba el trigo, pero devoraba sin compasión los viñedos. Esto era signo, como los adivinos de entonces profetizaban, de que los ataques de tan gran ejército celta se apartarían de objetivos cristianos y se dedicarían con celo a combatir contra los bárbaros ismaeltas, que están esclavizados por la ebriedad, el vino y Dioniso. Esta raza, en efecto, es seguidora de los cultos de Dioniso y del dios Amor, está sumida en la práctica de toda clase de promiscuidad, de modo que, si bien su carne está circuncidada, no lo están sus pasiones y no es más que esclava y mil veces esclava de las perversiones de Afrodita. Es por esto por lo que ellos adoran y veneran a Astarté y Astarot y estiman muchísimo la imagen de ese astro junto con la imagen dorada de Cobar. Precisamente, el trigo era símbolo del cristianismo en esa profecía por su sobriedad y su gran valor alimenticio. Ésta fue, pues, la interpretación dada por los adivinos a los viñedos y al trigo.

8. Dejemos en este punto las cuestiones relacionadas con la adivinación; el hecho de que la llegada de los bárbaros viniera acompañada de estos signos provocaba, al menos en las personas inteligentes, ciertas extrañas sospechas. La venida de tan gran cantidad de gente no se producía de manera uniforme ni en el mismo instante (¿cómo hubiera sido posible que tan numerosa muchedumbre procedente de diferentes lugares, atravesara en masa el estrecho de Longibardía?); hubo una primera travesía, luego una segunda a la que siguió otra más hasta que, una vez la hubieron hecho todos, emprendieron camino por tierra firme. Como hemos dicho, a cada uno de sus ejércitos lo precedía una inmensa plaga de langosta. Todos, pues, cuando pudieron observarla varias veces, llegaron a la conclusión de que anunciaba la llegada de los batallones francos.

9. Ya en el momento en que algunos empezaban a atravesar aisladamente el estrecho de Longibardía, el soberano hizo llamar a determinados jefes de las fuerzas romanas y los envió a la zona de Dirraquio y de Aulón con orden de recibir amablemente a los que hiciesen la travesía y darles abundantes provisiones sacadas de todas las regiones que hay en el camino hacia aquellos lugares; luego, tenían órdenes de no perderlos de vista y de emboscarse para alejarlos con breves escaramuzas, cuando vieran que realizaban incursiones y correrías para forrajear por las regiones vecinas. Los acompañaban también algunos intérpretes del idioma latino a fin de evitar los enfrentamientos que pudieran surgir entre tanto.

10. Pero, para dar más detalles y profundizar en este episodio añadiré que, cuando se expandió por todo el mundo el rumor de aquella convocatoria, el primero que vendió sus propiedades y se puso en camino fue Godofredo. Este hombre era adinerado y presumía grandemente de su valor, valentía e ilustre linaje; y, en

efecto, cada uno de los celtas se afanaba en adelantarse al resto. Fue aquél un movimiento de masas como nunca nadie recuerda: había tanto hombres y mujeres con la sincera idea de correr a postrarse ante el Santo Sepulcro del Señor y contemplar los sagrados lugares, como seres muy pérfidos, por ejemplo Bohemundo y sus seguidores, que albergaban en su seno otras intenciones, es decir, poder apoderarse también de la ciudad imperial como si hubieran descubierto en ella una cierta posibilidad de provecho. Bohemundo, en concreto, turbaba las almas de muchos y muy valientes caballeros a causa del antiguo rencor que le guardaba al soberano. Así pues, tras su proclama Pedro se adelantó a todos, atravesó el estrecho de Longibardía con ochenta mil jinetes y llegó a la capital a través de las tierras de Hungría. Como puede adivinarse, la raza de los celtas tiene además un temperamento muy ardiente e inquieto y es incontenible cuando se lanza a alguna empresa (Comneno 1989: 404-409).

La importancia de su trabajo, historiográficamente hablando, tiene que ver con el hecho de que revela, ya desde aquella época, la actividad femenina en el campo de la investigación y la escritura de la historia.

Es de subrayar en la historiografía bizantina su carácter cortesano, pues las principales obras que la conforman se refieren a la vida y obra de los gobernantes y a la política. Sin embargo, debe acotarse que también se escriben biografías y memorias sobre mártires y santos, incluso desconocidos.

3.3. HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL DE LA ALTA EDAD MEDIA: SAN ISIDORO DE SEVILLA

Desde finales del siglo XI hasta mediados de la centuria siguiente se produce una gran expansión historiográfica debido a: el impacto de las controversias teológico políticas —las querellas de las investiduras por ejemplo—, el desarrollo de los estudios escriturísticos y las escuelas eclesiásticas junto con el interés por los relatos heroicos y el conocimiento de otras realidades debido a las Cruzadas. Una gran conquista para la metodología de la historia fue entonces el dominio del cómputo y los avances cronográficos (Sánchez 1993: 71-72).

En la Edad Media se heredó de la Antigüedad la noción de que la historia era la descripción de las cosas vistas. En ese sentido, el pasado no es estudiado en cuanto tal, sino que es revivido o, dicho de otra manera, reconducido al presente. Así, por ejemplo, si bien advierte San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* que la palabra historia deriva de un término griego que significa haber o haber sido, establece una diferencia entre historia que da cuenta de los hechos que han sucedido y sucesos que no han tenido lugar, pero que bien pudieran darse de fábulas, es decir, aquellos relatos que refieren acontecimientos que no han acontecido ni

sucedrán jamás porque resultarían ser contrarios a lo natural. En buena cuenta, considera que la historia se ocupa de los sucesos reales y de los verosímiles.

De todas maneras, durante todo el periodo medieval el pasado —objeto de fe— se opone al presente —objeto de conocimiento—. Los historiadores medievales tuvieron que basarse en relatos proporcionados por la tradición, lo que era considerado garantía de su ocurrencia. Solo así, mediante la fe o la confianza en lo que esos relatos presentaban, podían hablar del pasado. Al no tener que cuestionar la veracidad de la información y la validez de las fuentes no tuvieron, en principio, la necesidad de hacer un tratamiento crítico de los documentos.

El escritor medieval tiende a considerar al pasado como una totalidad en una única dimensión, preocupado por los valores eternos y absolutos, atemporales. En tales condiciones, la historia no es otra cosa que el desarrollo de los designios divinos y el relato histórico se mueve entre la teología y la recopilación de anécdotas. Dada la creencia en la acción de la Providencia, la investigación de las causas naturales resultaba accesoria, y si en la Antigüedad la historia se alzaba como modelo en tanto remitía a arquetipos, durante la Edad Media prácticamente se constituía en una suerte de sermón que remitía a valores que marcaban al hombre su camino hacia la salvación eterna. Es por ello que se considera que la historia de entonces no es una ciencia.

En efecto, durante la Edad Media hubo el convencimiento de que la historia obedecía a un orden diseñado por la Divina Providencia con miras a la redención, que arrancaba de la creación y se dirigía hacia el juicio final. Esta visión se entroncaba con la tradición judaica que aceptaba un principio trascendente que guía al pueblo elegido instándolo a la obediencia de la ley y el cumplimiento de su alianza con Dios. Tres notas caracterizan a la concepción teológica de la historia en el medioevo: existencia de un plan divino para el curso histórico, el hombre instrumento de Dios en la concreción de ese plan e intervención de la divinidad en esos hechos. Se consolida la idea de que el tiempo histórico es claramente lineal. Surgen los conceptos de historias locales o nacionales, pero que no rompe la idea de una historia universal con sentido escatológico surgida a partir del cristianismo. Se desarrolla el género biográfico, en la medida en que se considera que las vidas ejemplares son buenos modelos, lo que inclina a seguir manteniendo la vieja idea del héroe, aunque en un contexto obviamente diferente. Los historiadores medievales pueden ser divididos en varios tipos: el monje, guardián de los libros y los manuscritos, los juglares que cantan los hechos de los príncipes y de los santos. También están los historiadores eruditos, quienes poseen información suficiente para yuxtaponer extractos de varios textos, confrontarlos y elegir la versión más segura. Dicho proceso parece anunciar la historia metódica que se desarrollará en los próximos siglos. De otro lado, las

genealogías y la historiografía urbana deben considerarse relacionadas a las estructuras políticas y sociales como la feudalidad y el desarrollo de las ciudades, propias del medioevo (Gooch 1965: 1; Lozano 1994: 29 y ss.; y Berchanski 1980: 148).

Considerando la etapa de la llamada Alta Edad Media, desde el siglo V hasta el siglo XI, encontramos una historiografía ingenua, no realista, religiosa apriorística y con escaso sentido crítico aunque bastante erudita. Sus marcos temporales quieren ser más amplios, lo mismo que su ámbito espacial, que se orienta hacia lo universal. Se escribe en latín para la gente culta.

Puede afirmarse también que buena parte de la tradición historiográfica clásica se prolongó en la Alta Edad Media a través de los eclesiásticos que escriben crónicas en latín. Se logra una abundante producción de trabajos bajo la forma de crónicas y anales; las primeras aparecen siguiendo viejas tradiciones como los cánones y los fastos, mientras que los segundos surgen vinculados a la vida monacal y el interés de los religiosos por mantener un registro de los sucesos más importantes de su respectiva orden monástica. De esta manera se promueve la confección de anales, cuya base cronológica será, por lo general, el calendario litúrgico ordenado en relación a la Pascua. Se ha dicho acerca de esta historiografía que muestra limitaciones y que parece más una ciencia auxiliar de la Teología o el Derecho (Sánchez 1993: 70 y Rama 1989: 25).

Pero bastante pronto los anales medievales perderán su carácter religioso, quedando convertidos en una forma historiográfica laica. Así, podemos señalar que la historiografía de la Alta Edad Media es variada, pues comprende distintas orientaciones en cuanto al estilo, género y método, pese a que les reconocamos rasgos comunes como el apego a la tradición antigua, por ejemplo, cuando se cuida el estilo. Tales fueron los casos de Isidoro de Sevilla, Gregorio de Tours, así como también Alcuino, el autor de *Epístolas* y la tendencia a la erudición, cuando cronistas y analistas buscaban conservar el pasado por acumulación de datos, aunque su selección e importancia dependía de las preferencias del autor. También es sabido que en la Alta Edad Media se advierte una gran preocupación por el pasado cercano y no por el origen del mundo, y se manifiesta también un localismo que tal vez algunos prefieran entender como «patriotismo».

De paso hay que anotar que la confección de los cantares de gesta y la juglaría acompañaron de manera paralela a la historiografía medieval, ya que en buena cuenta los dos géneros literarios mencionados ofrecían una «historia» para el gran público y también con finalidad cortesana. En este caso se acomodan los hechos y se busca entretener, por lo que evidentemente son literatura y no historia. En esa misma línea y atendiendo su objetivo ejemplar, la hagiografía, cuyo tema era la vida de los santos, tampoco sería historia en sentido estricto.

Del siglo X rescataremos el nombre de una escritora de origen sajón Hrotsvitha de Gandersheim, cuya amplia obra literaria alcanzó también al campo de la historia con dos trabajos: *Carmen de Gestis Oddonis Imperatoris*, una biografía de Otón el Grande, escrita en prosa y con evidente sentido épico y *Primordia Coenobii Gandershemensis*, obra en verso escrita hacia el año 973 en donde se refiere a los orígenes de la Abadía de Ganderheim, una fundación real regentada por mujeres aristócratas que contaba con una nutrida biblioteca.

En este periodo en España prevalece la redacción de crónicas, como fue el caso de la *Crónica latina* de Alfonso VII y, sobre todo, la *Crónica General de España* que dirigió Alfonso X, apodado El Sabio y que nos hace recordar a una obra similar que anteriormente y en otro contexto se había emprendido por voluntad y orientación de Constantino VI, conforme lo indicamos en las páginas anteriores. Hay que anotar también que en el siglo XI se escriben en la península Ibérica crónicas e historias realizadas por autores hispanoárabes.

Un historiador cristiano destacado fue, sin lugar a dudas, Isidoro de Sevilla, quien había introducido a Aristóteles entre sus paisanos, entre otras acciones de carácter cultural y educativo, siendo además el primer escritor cristiano en ensayar la tarea de recopilar una *summa* o compendio del conocimiento universal. Esta enciclopedia, cuyo propósito fue presentar de manera resumida a todo el conocimiento antiguo y moderno, finalmente produjo la conservación de muchos fragmentos de los clásicos, que de lo contrario se hubiesen perdido irremediablemente. La fama que alcanzó su trabajo dio ímpetu a la escritura enciclopédica que produjo frutos abundantes en los periodos siguientes y hasta nuestros días.

Pero el más importante y para muchos el mejor de todos sus escritos conocidos es *Etimología* u *Orígenes*, como se le llama a veces. Este trabajo toma su nombre del tema materia de uno de sus libros constituyentes y se considera probable que *Prata*, el trabajo perdido de Suetonio, haya inspirado el plan general de *Etimología*, así como también muchos de sus detalles.

Este trabajo, escrito poco antes de la muerte de su autor, refleja la plena madurez de su producción intelectual, ya que en esta obra reunió, sistematizando y condensando lo mejor que pudo, el conocimiento poseído en su tiempo. A lo largo de la mayor parte de la Edad Media fue el libro de mayor uso en las instituciones educativas —como menciona O'connor— y ni siquiera el Renacimiento pareció disminuir la alta estima en que se tuvo a esta obra, a tal punto que se imprimió diez veces entre 1470 y 1529. Consideró para su trabajo a 154 autores, cristianos y paganos, muchos de los cuales había leído en sus versiones originales y entre sus fuentes puede citarse a Varrón, Cicerón, Plinio el viejo, Lactancio y Virgilio, San Agustín y San Jerónimo, entre otros. Por necesidad del trabajo enciclopédico que se propuso, el estilo que empleó en esta obra fue ordenado, claro y conciso.

La obra histórica de San Isidoro debe verse en este contexto de contigüidad con el mundo antiguo y naturalmente como parte la propuesta educativa que este alto jerarca de la Iglesia católica concibió, en una época de transformaciones que revela que el pensamiento y la cultura medieval no estaban totalmente divorciados de la tradición clásica, por lo menos en lo que atañe a esta primera etapa de cambios y transición. Como escritor, Isidoro fue prolífico y versátil en grado extraordinario: «[...] el último de los filósofos cristianos antiguos, como también el último de los grandes Padres Latinos. Fue indudablemente el hombre más docto de su edad y ejerció una influencia de largo alcance e incommensurable sobre la vida educativa de la Edad Media» (Rivera 1995: 81).

Los temas de historia y biografía dieron lugar a que escribiera trabajos importantes. El primero es *Cronicón*, crónica universal en cuyo prefacio Isidoro reconoce su deuda con las obras de Julius Africanus, San Jerónimo y Víctor de Tunnuna. También está su *Historia de regibus Gothorum, Wandalorum et Suevorum*, en la que trata principalmente de los reyes godos, cuyas conquistas y gobierno influyeron hondamente en la civilización de España; mientras que las historias de los vándalos y suevios, anunciadas en el título, se tratan en dos apéndices cortos. Este trabajo se tiene como el principal sobre la historia gótica en Occidente y en el mismo, su autor postula la curiosa afirmación de que los godos descendían de Gog y Magog¹⁶. En cambio, *De viris illustribus* es un libro de biografía cristiana y constituye un capítulo muy interesante en la literatura de patrología. Mientras tanto, otras obras históricas de Isidoro son en su mayor parte un compendio de trabajos anteriores de otros autores y han llegado a nosotros a través de reseñas.

Merecen cierta atención *De ortu et obitu patrum qui in Scriptura laudibus efferuntur*, donde trata de los caracteres bíblicos más notables y se ha dicho que contiene más de un pasaje que, a la luz de los estudios modernos, es ingenuo o fantástico; lo mismo sucede con *Allegoriae quaedam Sacrae Scripturae*, en donde, considerando unas 250 personalidades del Viejo y Nuevo Testamento, trata de vincularlas en una suerte de gran alegoría. Como se ve, a pesar de que en rigor estas dos últimas no son obras históricas, estaban muy cerca de serlo, considerando el desarrollo de nuestra disciplina en aquella época¹⁷.

¹⁶ Gog y Magog representan en la Biblia a grandes poderes satánicos es decir, enemigos del pueblo de Dios que aparecerían poco antes del fin del mundo (Ap. 20,8). En Ezequiel (38,2) Magog aparece identificado como un territorio, el hogar de Gog. En el imaginario cristiano medieval los feroces pueblos de Gog y Magog son considerados los futuros aliados del Anticristo al final de los tiempos.

¹⁷ Entre los trabajos bíblicos y teológicos de San Isidoro se cuentan *Liber numerorum qui in Sanctis Scripturis occurrunt*, *Sententiarum libri tres* y varios más.

3.4. HISTORIOGRAFÍA OCCIDENTAL DE LA BAJA EDAD MEDIA

En la Baja Edad Media —a partir del siglo XII—, teniendo como contexto histórico el cese de las invasiones a Europa, el desarrollo del comercio y las ciudades, el surgimiento de las universidades, la mayor estabilidad de las instituciones y sobre todo el movimiento cristiano de las Cruzadas, podemos observar que se produce en Europa Occidental una apertura cultural que se robustece por un mayor contacto con el mundo árabe y con Bizancio. A través de este último se accede a la tradición griega, pero es de notar que, por lo general, las crónicas se escriben tanto en latín como en lenguas romances. Es interesante indicar, además, que surgen también las autobiografías y las llamadas crónicas urbanas¹⁸. El establecimiento de fronteras con los germanos y árabes origina un ambiente diferente en la Baja Edad Media, caracterizado por un conjunto de cambios significativos en Europa Occidental, dentro de los cuales destaca el desarrollo cultural, ya que aparentemente el movimiento de las Cruzadas había significado la expansión y contactos culturales muy ricos, de tal modo que la historiografía se revitalizará configurándose con las siguientes características: humanismo, severidad en el juicio y sentido crítico.

La historiografía alcanza un mayor desarrollo, que suele atribuirse al incremento del interés por lo temporal, y, al mismo tiempo, se torna más crítica, en la medida que acepta menos lo divino y prodigioso, incluso cuando la creencia en ellos no desaparezca.

Los hombres de la baja Edad Media desplazan su preocupación de lo divino hacia lo humano; si sienten ansia de inmortalidad, es de una inmortalidad terrenal, en la que sus cuerpos y sus almas, sus proporciones y virtudes se libren de caer en el olvido. Esta angustia, esta avidez por obtener la fama, que cristalizó en florecimiento histórico, y más especialmente biográfico, dio lugar a las crónicas llamadas particulares o domésticas, por oposición a las reales (Iglesia 1986: 96).

En efecto, aunque todavía se da cabida a la acción providencial de Dios, es frecuente que se cuestione todo aquello que parece excesivo o simplemente fantástico. A la temática que ya conocemos se agrega la preocupación por hacer la historia, tanto de los hombres notables cuanto de la vida cotidiana, así como de la política, en particular, tomando como centro el ámbito urbano.

Alrededor de los siglos XIII y XIV se advierte un desplazamiento del poder de lo religioso a lo político y junto con la secularización de la historia es posible observar que los poderes dominantes apelan a ella en su afán de ganar legitimidad.

¹⁸ Son conocidas la autobiografía de Abelardo y la crónica urbana *Hegesta Hamburgensis Ecclesiae* de Bremen.

Todo esto quiere decir que la historiografía deja de ser tan monacal y se torna cada vez más urbana y cortesana y, por lo tanto, el componente político le gana terreno al religioso y esa cierta secularización de la historiografía trae aparejado el empleo de lenguas vernáculas. Sin embargo, al no haberse abandonado la historiografía religiosa se sigue cultivando la hagiografía.

En general, se apela todavía de manera insistente a la cronología y el estudio del pasado se tiende a circunscribir al ámbito local, lo que no quiere decir que se abandone del todo el interés por hacer crónicas o historias universales —desde el origen de la humanidad hasta el tiempo en que se vivía—. Muchos trabajos hacen apología de los nobles y surgen los cargos rentados¹⁹. Entre los siglos XI y XII se intensifica el progreso de la cultura y el conocimiento, pero en principio, este desarrollo no afecta demasiado a la historiografía y solo se produce entre los historiadores una modesta revitalización del interés por algunos textos antiguos que servirán para imitar modelos antiguos. De esta manera, el argumento que figura en la *Eneida* de Virgilio, por el cual un grupo de nobles es guiada por los dioses para alcanzar un espléndido destino, lo que se constituye en el primer paso para el establecimiento de la descendencia de la nación desde los troyanos, aparejado con una historia plagada de conquistas heroicas, se convierte en el paradigma que se puede descubrir en algunos escritos de los siglos XI y XII. Tal es el caso de *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, quien procuró dar a los celtas el más grande destino. Sin embargo, otros escritores de la época como William de Newburgh, uno de los más grandes historiadores ingleses del siglo XII, denunciaron este tipo de trabajos como una trama de absurdos.

Otto, obispo de Freising en Bavaria²⁰, elaboró su primer trabajo histórico bajo el nada original título de *Crónica*, con la pretensión de hacer la historia del mundo hasta 1146. Este trabajo ha sido considerado como un intento medieval para una filosofía cristiana de la historia. Cuando en 1152 su sobrino y amigo Federico Barbarroja fue elegido emperador, Otto escribió *Gesta Friederici I imperatoris*. Esta obra resultó ser un penetrante análisis acerca de los problemas encontrados por los príncipes germanos en el intento de proyectar la urbanización de la sociedad y, contrariamente a lo que se hubiera esperado, el trabajo resultó mesurado, cualidad poco frecuente en las obras de entonces, además de reflejar optimismo al registrar el progreso humano.

¹⁹ Ese es el caso que se registra en 1437 cuando Jean Chartier, monje de la abadía de Saint Denis, hace de historiador oficial recibiendo por ello rentas del Estado durante el reinado de Carlos VII. Véase Sánchez (1993: 72).

²⁰ Nieto de Enrique IV, monarca del Sacro Imperio Romano, Otto recibió la mejor educación que podía obtenerse en su época y luego estuvo un corto tiempo entre los monjes cistercenses.

Como en la Antigüedad, las mejores obras medievales sobre acontecimientos contemporáneos fueron escritas por quienes habían tenido una participación en los eventos que narraban, aunque no siempre dichos trabajos fueran altamente apreciados en su época. Una de aquellas obras fue *Historia pontificalis* de John de Salisbury, que cubrió el periodo entre 1148 y 1152, época en la que estuvo en el servicio papal.

3.5. CONCLUSIONES

En el periodo medieval se concibe el devenir histórico sobre la base de la verdad revelada y el proceso de la redención. De la misma manera, Cristo se coloca en el centro de la historia humana y su vida constituye el referente fundamental para la manera cómo se ordenan los acontecimientos.

A diferencia de los antiguos, los historiadores del medioevo, al escribir la historia contemporánea, no se amedrentaron por la cantidad de documentos oficiales a disposición y más bien procuraron conservarlos. Entre los ingleses destacan en la ordenación y preservación de los documentos durante el siglo XII Roger de Hoveden; Matthew Paris en el siglo siguiente o Robert de Avesbury, por mencionar algunos casos.

En general, es posible advertir que el desarrollo de la historiografía medieval estuvo fundamentalmente marcado por intereses religiosos y morales. Entre sus características se cuentan haber dado inicialmente mayor cabida a lo fabuloso y legendario, escasa rigurosidad crítica, descuido del estilo literario, para ir ganando progresivamente tanto en crítica como en erudición.

Al referirnos a la Baja Edad Media hemos mencionado que la crítica se afirma, pero también debería señalarse la tendencia, que se observa durante los siglos XIII y XIV, de realizar compilaciones enciclopédicas, ofreciendo los hechos más importantes a partir de informaciones obtenidas de los archivos de emperadores, papas u otros gobernantes. La orden dominica, creada al comienzo del siglo XIII, se ocupó mucho en ayudar a divulgar el conocimiento, la inmensa obra de Vincent de Beauvais *Speculum historiale*, quien escribió bajo el patrocinio del rey Luis IX de Francia, es un buen ejemplo, puesto que fue una compilación basada en el resumen de los trabajos de muchos autores. Otra muestra correspondiente al siglo XIII es la magna obra *Crónica General de España*, fruto de la iniciativa de Alfonso X. Este monarca español ofreció un notable aporte a la historiografía, pues promovió el trabajo heurístico y en equipo para producir la obra mencionada en lengua castellana.

Si bien durante los siglos XIII y XIV no se hicieron aportes fundamentales a las técnicas y naturaleza de la historiografía, se alcanzó mayor desarrollo en cuanto

a la diversidad de tipos de escritura histórica, ya que memorialistas e historiadores escribirán en lenguas vernaculares. Asimismo, la historiografía se prodigó en detalles, se multiplicaron las narraciones para las cuales no se escatimaron palabras, dando cabida con mucha frecuencia a informaciones inexactas y mal organizadas, pero transmitiendo los sentimientos, las creencias de los autores, así como la atmósfera de aquel tiempo, destacando la manera cómo se buscó retratar de la manera más viva posible a las personalidades, en particular la vida de los santos²¹.

²¹ Véase «The study of History. Europe from the 12th to the 14th century». Disponible en <<http://www.medialab.nl/crew/anne/templars/europe.Html>>.

CAPÍTULO IV HISTORIOGRAFÍA MODERNA

«Si el mundo moderno es solamente el fragmento de una historia más extensa que se hunde en el tiempo, nos obligamos a preguntarnos por aquellos rasgos que lo distinguen de otros periodos. Hemos encontrado que uno de esos elementos —acaso el más importante— concierne a los usos del tiempo o a la manera como este nuevo mundo estableció sus relaciones con el pasado y el futuro».

Guillermo Zermeño

Conservando ciertos modelos de la historiografía clásica, tomados particularmente de Polibio y Tito Livio, se abren nuevas posibilidades a la disciplina histórica y se observan cambios en las obras de los historiadores. Destacan la erudición, nuevos aportes entregados por la filosofía e incluso el surgimiento de la filosofía de la historia. La historiografía moderna, que se desarrolla entre los siglos XIV y XVIII, tuvo que ver con importantes fenómenos culturales y procesos sociales y políticos que ejercieron notable influencia en su desenvolvimiento. Nos referimos al Humanismo, el Renacimiento y el Barroco, lo mismo que al desarrollo de la burguesía, el Iluminismo, etcétera¹.

Los fenómenos políticos y sociales más sobresalientes que forman el contexto de esta época —que llamaremos primera modernidad— serán, desde finales del siglo XV y durante la centuria siguiente, el fortalecimiento de las monarquías, el surgimiento del Estado moderno, la expansión ultramarina y, junto a ello, la transformación del ecumene cristiano en el soporte de entidades políticas

¹ Si es que se considera válido que la Edad Media, en término de las ideas, comienza con San Agustín y termina con Maquiavelo, Rabelais y Copérnico. Véase Gooch (1965).

de carácter imperial y viceversa. Asimismo, deberemos contar a la conmoción religiosa que produce la reforma protestante y su difusión, así como la consiguiente respuesta de la Iglesia católica, que significó su propia reforma, una de cuyas manifestaciones será el Concilio de Trento.

En este punto caben dos digresiones y la primera de ellas será anotar que el adjetivo «moderno» se puso de moda a fines del XVI para referirse al tiempo presente o reciente, por oposición al pasado remoto. Pronto significó también nuevo, no anticuado ni obsoleto y, en particular en el siglo XVIII, equivalió a mejor. De esta forma, vinculado a la idea de progreso, el periodo moderno se empleará como parámetro para evaluar el pasado (Appleby, Hunt y Jacob 1998: 48-50). La segunda es que parece pertinente considerar que si bien ha primado en el mundo occidental una idea de modernidad que se ha relacionado a dos movimientos culturales considerados fundamentales: el Renacimiento y la Ilustración, ello tiene que ver con una concepción de la historia interesada en lo masculino, ya que desde la perspectiva de una historia femenina deberían tomarse en cuenta a los movimientos de Reforma y Contrarreforma, pues desde entonces se multiplicarán los conventos que permitirán el acceso de las mujeres a la educación (Pérotin-Dumon 2007, primera parte: 14). En ambos casos estaríamos entonces adoptando una perspectiva unilateral y por ello deberemos contemplar a todos los procesos mencionados como fundamentales para hablar de una historia en general y de una historia de la época moderna en particular, que abrace así tanto a hombres como a mujeres.

Volviendo a lo que estábamos tratando, debemos indicar que las ideas de los principales historiadores del siglo XVI no se reducen a una historia paradigmática, sino que la teoría de la historia ejemplar e ideal va más allá. Cierta cantidad de historiadores franceses en la segunda mitad del XVI expresaron una visión de la historia concebida como integral acabada y perfecta. Tales los casos de Bodino, Nicolás Vigner, autor en 1579 de una *Síntesis de la historia de los franceses*, entre otros.

Parece correcto considerar que los autores de los siglos XVI y XVII tuvieron en común las siguientes ideas: la historia no es pura narración, es decir, una obra literaria dado que tiene que indagar por las causas; el objeto de la historia son la civilización y las civilizaciones, hay que buscar la historia en todas partes, en las canciones, las danzas, los símbolos; y, la historia tiene que ser universal en el sentido cabal del término. Es interesante mencionar una singular propuesta historiográfica para la época, nos referimos a lo sostenido por Françoise Baudouin, jurista humanista del siglo XVI, cuando sugirió que los historiadores deberían estudiar el desarrollo de las leyes e instituciones, en lugar de investigar acerca de ejércitos, descripción de campos de batalla, relatos de guerras y recuento de muertos (Le Goff 1991: 85-86 y Burke 2000: 27).

En el siglo XVII, destacan en el ámbito del pensamiento la nueva lógica de Bacon y la filosofía de Descartes, las cuales marcan un nuevo racionalismo en Occidente. De esta forma la crítica acompañará a la erudición, pero considerando el fenómeno de globalización que se vivía en aquel entonces, los historiadores intentarán nuevas visiones generales acerca del curso de la historia humana. Adoptarán posturas distanciadas del providencialismo, aunque no plenamente divorciados de la idea de la intervención divina en la historia. Desde diferentes disciplinas se propuso y aceptó una ciencia sistemática que observara e investigara y buscara soluciones a los problemas que comúnmente enfrentaba el hombre y se destaca su relación con la naturaleza. Descartes cuestiona el canon filosófico medieval hasta arribar a su propuesta de una filosofía práctica y, en consecuencia, el carácter utilitario de las ciencias queda señalado.

En palabras de H. White en la historiografía del XVII se puede advertir que tanto la historia eclesiástica como la que el citado autor llama etnográfica están inspiradas por un sentimiento de temor frente a un cisma fatal en la comunidad humana ocasionado por la división religiosa, en el caso de la historia confesional, y separación racial y espacial, en el caso de la historia etnográfica —Las Casas, Oviedo, Herrera, etcétera—. Añade que la historiografía en manos de los eruditos de aquel siglo representa el esfuerzo historiográfico de captar un tipo de continuidad que fuera capaz de hacer de esa realidad dividida un todo. El orden cronológico —de secuencia temporal la llama White— parece entenderse entonces como principio de orden. Pero a la vez tratan estos historiadores de levantarse por encima de las disputas religiosas y conflictos raciales (White 1992: 66). Esto último me parece muy discutible y válido solo en el sentido de que la erudición parece haber sido más bien utilizada para dar término a las discusiones, inclinando la balanza a favor de uno de los bandos a través de «una verdad» sustentada en la erudición; aunque es cierto que desarrollaron un alto sentido crítico de las fuentes.

De todas formas, el centro de gravedad del historiador se irá desplazando hacia la investigación, tarea que se institucionaliza a partir del siglo XVII. Este cambio provocará que progresivamente todo estudio se vaya colocando bajo los auspicios de la razón y que en una constante búsqueda de la verdad se cuestione hasta la propia tradición. Otra característica de la transformación del discurso histórico basado en la investigación es que su único objetivo no será llegar a un relato de acontecimientos, sino que se procurará también una evaluación crítica de los documentos y monumentos, es decir, en las fuentes de la investigación histórica (Lozano 1994: 42).

Hay que considerar, en cuanto a la manera de escribir la historia, que en este largo periodo se advierte el apego inicial al estilo de los historiadores antiguos y luego una suerte de bifurcación entre quienes se ceñirán a los requerimientos de

las preceptivas retóricas en tanto se considera a la escritura de la historia como un arte o los que buscan distanciarse de tales regulaciones a favor de relatos cada vez más apegados a la «verdad» y, en todo caso, a lo verosímil. En este segundo conjunto debemos ubicar a los eruditos que compusieron obras monumentales de recopilación.

La preceptiva retórica aplicada a la historia tuvo su auge en la década de 1550 y se esgrimirán puntos de vista cercanos a la filosofía, discusiones sobre la verdad histórica y cuestiones relacionadas con el estilo. En la década siguiente, junto a la corriente filosófico-retórica, aparece otra que significa más bien una reflexión acerca de la historia y sus métodos considerando sus criterios de verdad, la manera de interpretar los acontecimientos, las relaciones de la historia con la política, etcétera, como en los casos de Melchor Cano, Giacomo Aconcio o Jean Bodin².

4.1. LA HISTORIOGRAFÍA RENACENTISTA: LORENZO VALLA, NICOLÁS MAQUIAVELO Y FRANCISCO GUICCIARDINI

Si el contacto de Europa Occidental con Bizantino y su corte resultaron fundamentales para hacer más profana la historiografía en el siglo XV, los historiadores humanistas trataron de romper con la tradición de la historiografía medieval e insistieron, hasta conseguirlo, en lograr una más coherente ordenación de los asuntos tratados. El sentido crítico se hace superior, por lo que se adquiere una perspectiva más valedera acerca de los procesos de cambio en la historia, por todo lo cual las innovaciones resultarán en este momento bastante significativas.

Un buen número de historiadores cumplen el papel de historiógrafos de las cortes, así como consejeros, cancilleres o secretarios. Los asuntos políticos más importante de la época, como la edificación de los estados proto-nacionales o nacionales, que entonces tiende a identificarse con las respectivas cortes europeas, se convierten en los temas principales de la historiografía. Maquiavelo y Guicciardini tematizaron el cambio de los comportamientos sociales, las mentalidades y las formas de constitución, visibles en la creciente implicación de la política interior y la política exterior. Lo que empezó siendo escepticismo, forzado por unas circunstancias, se hizo método, y así se convirtieron en profesores de la política moderna y de la historiografía política correspondiente (Sánchez 1993: 103 y Koselleck 2001: 87-88). Sin embargo, se continúa cultivando la historiografía eclesiástico-religiosa.

En cuanto al aporte del pensamiento renacentista podemos decir que se desarrolla el gusto por la naturaleza, se produce la secularización de la cultura y se

² Puede consultarse Pineda (2007).

vuelve la mirada hacia la Antigüedad, en tal sentido, la historia vuelve a considerarse útil y no la prueba de la acción de la divina providencia, puesto que no hay que olvidar que el historiador renacentista quiso emular a los antiguos. El interés renacentista por la historia —a decir de Le Goff— estará signado por la idea de una historia nueva, global, la historia perfecta, además de los importantes progresos metodológicos de la crítica histórica. El Humanismo y el Renacimiento asumen una doble y contradictoria actitud ante la historia: por una parte, el sentido de las diferencias y del pasado, de la relatividad de las civilizaciones, pero también la búsqueda del hombre, de un humanismo y una ética donde paradójicamente la historia se vuelve maestra de vida proporcionando ejemplos de validez atemporal. Durante esta época la historia se hará aliada del Derecho procurando la unión de lo real con lo ideal, de las costumbres con la moralidad. A pesar de los esfuerzos hacia una historia nueva, independiente y erudita, la historia renacentista depende de los intereses sociales y políticos, en este caso del Estado. De cualquier forma no desaparece la Biblia como fuente considerada válida y de esa manera los clásicos y los relatos bíblicos se compatibilizan, puesto que ambos serán susceptibles de una lectura alegórica. Además, la Iglesia misma cristianizó elementos que venían del mundo clásico, a la vez que se absorbió lo mítico dentro de la historia de manera tal que figuras legendarias y personajes míticos adquirieron consistencia real (Le Goff 1991: 68 y ss. y Borja 1988: 133).

Asimismo, se buscan métodos para hallar la verdad y se pierde en parte el universalismo aportado por el cristianismo. «En el siglo XV, y en Italia, el Renacimiento es el redescubrimiento secularizado que se hace de los valores, de las letras, las artes, la filosofía, la estética clásica. De la cultura griega y romana que se había extraviado en sus obras durante quince o dieciséis siglos de la conciencia de los hombres europeos. Se regresa a lo antiguo» (Casullo 1999b: 220-221).

Precursores de esta época y de esta historiografía debieran considerarse a connotados representantes de las letras renacentistas, aunque también es cierto que hasta este momento no es posible encontrar «historiadores de oficio», sino políticos, intelectuales, eruditos y humanistas que dedican parte de sus esfuerzos a la historia. De esta forma hay que mencionar algunos trabajos como los de Francisco Petrarca, autor de *Hombres ilustres* y *De las cosas memorables*, en el cual es fácil advertir que ya no usa la Biblia como fuente para conocer el pasado y emplea a la historia como ejemplo retórico. También las obras de Bocaccio, a saber: *Vida de Dante*, *Vida de Petrarca* y *Mujeres ilustres*. Este trabajo último no se refiere a la vida de santas como hubiese sido lo acostumbrado en las décadas precedentes, sino que trata acerca de heroínas griegas y romanas de la Antigüedad. Por cierto, en toda su obra no aparecen prodigios ni milagros, estableciéndose así una clara ruptura con la historiografía cristiana medieval. Es importante llamar

la atención acerca del hecho de que tanto Petrarca como Bocaccio usaron los textos originales latinos.

Como se ve, en el campo de la historiografía estos autores reflejan los primeros cambios producidos por la secularización del pensamiento. Sin embargo, se ha considerado al florentino Bruni como el primer historiador en aplicar el criticismo necesario para condenar la estéril imitación de los clásicos, mientras que con Guicciardini y Maquiavelo la historiografía toma al Estado y la política como sus temas más importantes. Esta es la época de la historia de Florencia, Venecia y Roma, junto con la crónica de los grandes pintores y pensadores del Renacimiento, cuando se plantea, en conjunto, una concepción humanista que atravesará la historia moderna hasta el día de hoy (Gooch 1965: 2). Entre los historiadores renacentistas del siglo XV mencionaremos a Leonardo Bruni, canciller de Florencia, quien, con estilo cuidado y haciendo uso del latín, escribió *Historia de la población florentina* (obra dividida en doce libros o capítulos que se imprimió en 1492), así como *Vida de Dante y Petrarca*. Lector de Tácito, proyectó la visión de la historia romana sobre la de Florencia y es de mencionar dos aspectos de su obra destacables en su tiempo: haber realizado una compulsión de documentos y distanciarse respecto a una concepción providencialista de la historia. Otro de estos historiadores del Renacimiento fue el italiano Flavio Biondo, reconocido ahora por haber utilizado sobre todo la fuente material —monumentos—, que considera clave para entender a la sociedad. Fue el primero en explorar sistemáticamente los monumentos de la Roma antigua *Roma Restaurada* (1457), lo que le permitió recuperar los nombres de lugares antiguos y redescubrir los orígenes de las ciudades y la ubicación de aquellas que a la sazón estaban destruidas, como él decía: «para iluminar los que es oscuro en la historia».

De esta manera, escribió *Roma instaurada* en 1446, *Italia Ilustrada* en 1453, *Roma Triunfante* en 1459 y también *Edad Media*, donde abarcaba el periodo comprendido entre los años 412 y 1440. En la segunda obra mencionada Biondo realizó una descripción topográfica de varias ciudades de la antigua Italia incluyendo a Roma. Para tal efecto consultó fuentes clásicas e inscripciones en monumentos y también apeló a sus propias observaciones.

También debemos considerar a Lorenzo Valla, a quien se ha calificado como el representante de una tendencia erudita empeñada en determinar la veracidad de los datos que se manejaban. Valla escribió *Sobre la falsedad acerca de la donación de Constantino* obra conocida también como *Declamatio*³ y también *Historia de Fernando I Rey de Aragón*. En ambos trabajos explotó el escándalo como tema y

³ Como se sabe, la llamada «Donación de Constantino» fue un documento que empleó el papado para legitimar su soberanía temporal sobre los estados.

como forma de narración. Compuso obras históricas por encargo y así, a pedido del Papa Sixto IV, Platina escribió: *Vida de los Pontífices*, que abarcaba desde Jesucristo hasta Pablo II y vuelve a la modalidad de relacionar la historia de la Iglesia con la historia profana.

Si bien no hizo ninguna contribución positiva a la filosofía, ayudó más bien a desacreditar al Escolasticismo. En *Declamazione contro la donazione di Costantino*, obra probablemente inspirada por Alfonso, quien fue a la guerra contra Eugenio IV por la posesión del Reino de Nápoles, Valla exhortó a los romanos a rebelarse y a sus líderes a privar al Papa de su poder temporal, que consideraba la causa de todos los males que entonces estaban afligiendo a Italia. Esta postura crítica frente a la realidad la vemos también trasladada a la historiografía, pues se ha dicho que Valla es el verdadero iniciador de la crítica histórica a raíz de su examen del documento mencionado y su demostración de que denotaba el empleo de anacronismos.

El siglo XVI ha sido calificado como un periodo donde destaca el gusto por la historia, lo que estaría refrendado en el hecho de que se calcula que entre 1550 y 1610 se publicaron más de setecientos libros de historia en diversos géneros: memorias, anales, compendios, diarios, etcétera. Una novedad fue cuestionar el método con los propósitos de lograr de separar a la historia de la fábula, evocar toda la realidad y exponer las leyes de su funcionamiento (Araya 2005: 3 y ss.).

En esta centuria plenamente renacentista se ubica también Nicolás Maquiavelo, político, historiógrafo, estadista y poeta vinculado a la corte de Florencia, que escribió *Cosas de Francia y Retrato de las cosas de Alemania* a partir de su experiencia diplomática. Se suman a estos trabajos de carácter histórico *Vida de Castrucio* —un *condotiero* apellidado Castracani— y *Los tres libros de discurso sobre la primera década de Tito Livio*, escrito en 1531. Pero lo más destacable en el campo de la historia es su *Historia de Florencia*, también conocida como *Historias Florentinas*, obra en ocho volúmenes que entregó en 1525 a Clemente VII y se imprimió en 1532 (Wagner 1958: 565). Su humanismo se manifiesta no solo en el contenido sino también en la forma expositiva, ya que emplea, como los historiadores de la Antigüedad, discursos que aunque puestos en boca de sus personajes, expresan las opiniones de su autor (Wagner 1958: 565).

En general, se advierte que considera a la historia como una suerte de escuela de poder y además útil porque permite experimentar en cabeza ajena. Ello en concordancia con su pensamiento de que historia y política son esenciales al hombre, porque si la historia es flujo perpetuo sometido a los caprichos de la fortuna, la política tiene —en opinión de Maquiavelo— sus propias leyes y, por consiguiente, tenía que ser una ciencia cuyo objetivo era mantener a la sociedad en el perpetuo fluir de la historia (Le Goff 1991: 84).

En *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* hará una tipología de formas de gobierno, pero planteará también una suerte de visión cíclica, ya que sostiene que la monarquía tiende a la tiranía, la aristocracia se transforma en oligarquía y la democracia en anarquía, lo que devuelve a los pueblos a la monarquía. En diálogo con Tito Livio estudiará a la historia de Roma para encontrar claves para interpretar la historia de Italia. Puede decirse entonces que a Maquiavelo la historia le sirve para demostrar sus teorías políticas: «De modo que yo creo que la fortuna que tuvieron los romanos en este asunto la tendrán todos los príncipes que procedan como los romanos y sean tan virtuosos como ellos» (Maquiavelo 1987, libro II, cap. I).

En cuanto a Francisco Guicciardini, debe decirse que entendía al historiador como un especialista en el estudio del cambio y pensaba, además, que el significado de la historia había que buscarlo en la historia misma. Inicialmente escribió, como era de esperarse entonces, *Historia de Florencia* o *Historia Florentina*, que publicó en 1509 y en la que se ocupó sobre su lugar de origen o de residencia vinculando los sucesos políticos de su ciudad con su entorno inmediato, su visión sin duda provino de su propia experiencia diplomática y, entre otros temas, describe de manera lacónica y desapasionada la manera cómo se constituyeron alianzas y se capitalizó la amenaza turca para fines políticos de interés local

Siguió el año de 1474, durante el cual se formaron nuevas agrupaciones y alianzas en Italia porque, como el Papa Sixto era muy amigo del rey Fernando, y por otra parte el conde de Urbino se había entregado en cuerpo y alma a dicho rey, éste, confiando en tales apoyos, quería ser el árbitro de Italia; por esto el duque de Milán se disgustó, y con él los otros potentados, así que se formó una alianza defensiva entre el duque, los venecianos y los florentinos; luego en ésta entró Hércules I, duque de Ferrara, y no como simpatizante sino como animador principal. El duque empezó a intimar mucho con los venecianos, con grandes manifestaciones de afecto y simpatía, prodigando grandes honores a sus embajadores, concediéndoles la precedencia -cosa que había ocasionado muchos problemas a sus embajadores en Roma y en otras partes de Italia- y ofreciéndoles subsidios para la guerra que tenían contra los turcos; en efecto en 1475 la ciudad les entregó como regalo quince mil ducados para equipar galeras.

Esta alianza no agradó para nada al rey y al papa, a tal punto que el rey en persona y el duque de Urbino se trasladaron sin demora a Roma para estudiar cómo podrían deshacer esta unión; y convinieron que el mejor modo sería que el papa propusiera una alianza general de toda Italia como la que se había concertado en tiempos de Nicolás V y Paulo II, declarando que lo hacían porque querían prepararse a defender la religión contra los turcos (Guicciardini [1509] 1990: 81).

Pero al confeccionar su *Historia de Italia* rompió con el localismo preponderante en su época y por todo esto se considera que es la última gran obra histórica realizada conforme al esquema clásico, pero es también el primer trabajo importante de la historiografía moderna principalmente porque los temas que aborda son la guerra y la política, en una obra que debe calificarse como monumental, pues sumó veinte volúmenes, que salieron a la luz entre 1516 y 1564. El procedimiento que empleó, haciendo gala de una excelente capacidad de síntesis y un estilo ágil, fue vincular la historia interna de los pequeños estados italianos con la política exterior a través de un texto explicativo y razonado que apuntaba a valorar el patriotismo italiano (Rama 1989: 31 y Le Goff 1991: 84)⁴.

Es importante considerar que para el pensamiento renacentista y para su historiografía el presente pasa a ser digno de consideración para empezar a proyectarse al futuro. Se tiene al pasado justamente como lo que es, es decir, lo que va quedando atrás, lo irrepetible. Esto no quiere decir que pierde por ello su carácter paradigmático y de ahí su tendencia a remarcar el sentido ejemplar de la historia, sin lugar a dudas, siguiendo el modelo señalado por los historiadores de la Antigüedad, pero en este momento bajo la influencia también del cristianismo. Este carácter paradigmático que atañe a la moral los historiadores del Renacimiento acompañará a la descripción externa con una valiosa inclinación por las notas internas: el interés por las bases de las instituciones y las leyes, intentando calar en los caracteres psicológicos (Miró Quesada 1956: XXXV). Estas posturas resultarán realmente importantes para la historiografía de la época moderna, pues el Renacimiento y el Humanismo marcaron cambios en los paradigmas que habían orientado hasta entonces al quehacer de los historiadores.

El interés por los textos de la Antigüedad que caracterizó al pensamiento humanista y al movimiento cultural renacentista no estuvo libre de algún tipo de fraude historiográfico. Tal es el caso de la falsificación hecha por el fraile dominico Giovanni Nanni quien, utilizando el seudónimo de Annio de Viterbo, editó a principios del siglo XVI un conjunto de textos de autores clásicos. Fue así como en 1498 publicó en Roma *Antiquitateum variarum volumini XVII cum commentariis*, donde recogió textos de Catón, Fabio Píctor y Menethón, entre otros. Fue célebre su falsificación de la obra de un autor de origen caldeo llamado Beroso de quien se sabía, a partir de algunos fragmentos de su trabajo, que escribió a finales del siglo III e inicios del II a. C. una historia de Babilonia. Nanni —o Viterbo— añadió textos que correspondían más bien a su propia cosecha e imaginación haciéndolos pasar como auténticos. Su propósito, aparentemente, fue

⁴ Giucciardini publicó también un conjunto de máximas morales bajo el título de *Ricordi politici e civile* conocido también como *Avertimenti e consigli*.

conferir antigüedad bíblica a España y se sospecha que su motivación se debió a sus vínculos con la representación diplomática castellana en Roma⁵.

4.2. HISTORIOGRAFÍA CLÁSICA MODERNA Y LA PERSPECTIVA HUMANISTA: POLIDORO VIRGILIO

De hecho, la historiografía italiana fue bastante conocida en el resto de países europeos, lo que constituyó un incentivo para que se escribiese en la mayoría de ellos historias nacionales en lenguas vulgares. Sin embargo, las principales cortes europeas, al procurar contar con humanistas italianos para que se escribiera la historia de las casas reales y sus principales personajes, produjeron una transitoria vuelta al idioma culto, es decir, al latín, aunque el fenómeno fue pasajero y pronto los historiadores locales tornaron al empleo de las lenguas vernáculas.

Así, en Francia el rey Luis XII encomendó a Paul Emile —a quien se ha llamado el «Tito Livio galo»— escribir una *Historia de la monarquía francesa*, labor que realizó de manera incompleta. En dicho trabajo se nota la aplicación de la crítica y la eliminación de comentarios religiosos. Destaca también en el mismo país Jean Bodin (Juan Bodino), quien en 1566 publicó un tratado de metodología histórica llamado *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (*Método para el conocimiento fácil de las historias*). La versión considerada definitiva de este texto apareció en 1572 esbozando reglas para detectar errores con el propósito de orientar la correcta interpretación de los hechos históricos.

Bodin es también conocido por su idea de la influencia del clima en la historia, puesto que especificó la importancia que la geografía tiene para la historia. Además, indicó el peso de la cronología y elaboró una jerarquía de fuentes. Insistió también en la utilización de bibliografía.

Sus planteamientos muestran sus reflexiones acerca del desarrollo de la humanidad y su admiración por los logros y descubrimientos alcanzados en su época. Parece tener bastante claro que los avances logrados, dentro de los que se cuenta el descubrimiento de América, son un cuestionamiento del saber antiguo. Estos planteamientos configuran la que puede llamarse su filosofía de la historia⁶.

A su manera, vuelve a plantear lo que ahora denominaríamos la función social de la historia, en la medida de que considera fundamental la exigencia de la utilidad que debe reportar el saber histórico, a la vez que subraya su actitud crítica frente a los escritos de los historiadores, a quienes considera hijos de su tiempo. Lo que quiere decir que contempla que dichos trabajos están históricamente situados.

⁵ Pueden verse Fueter (1953); Shotwell (1982); Caro Baroja (1992) y Pease (1994).

⁶ También escribió *Seis Libros de la República* o *Re Publica* en 1576 y *Teatro Universal Natural* que data de 1596. Sánchez (1993: 117).

El trabajo de Bodin se sitúa en una época —durante las guerras de religiones— en la que se venía produciendo una controversia jurídica sobre el lugar de las leyes y de la historia respecto al asunto de la soberanía. El autor sostenía que la reflexión sobre el pasado serviría para el futuro y que la soberanía sería útil para sustentar la idea de que ella no debería estar fundada en la conquista y en la guerra, sino en la justicia. Solo la historia, como maestra de vida, proporciona ejemplos de virtud capaces de sustentar cualquier ética jurídica⁷.

Su obra no es solo un tratado de metodología como lo indicaba su nombre, sino una propuesta para realizar el análisis historiográfico, indispensable para la crítica histórica que persigue y, a la vez, constituyó una severa crítica a la historiografía cristiana.

Para darle cierta ordenación científica a todo lo que escribamos sobre metódica histórica, primero clasificaremos y delimitaremos la historia (cap.1), luego presentaremos el orden interno de las obras de historia (cap. 2); después añadiremos los conceptos generales de las actuaciones humanas [...] (cap. 3), más tarde procederemos a una selección específica de los historiadores (cap. 4) y discutiremos el correcto enjuiciamiento de los acontecimientos históricos (cap. 5) ; en lo que sigue hablamos de la estructura de los estados (cap. 6), en la que insiste principalmente la ciencia de la historia ; después refutamos a aquellos que nos han traído la enseñanza de las cuatro monarquías y de una Edad de Oro (cap. 7) ; luego trataremos de aclarar la oscura y y oculta cronología, para que se sepa dónde hay que buscar el principio de la historia y hasta dónde debe ser llevado atrás (cap. 8) ; finalmente refutaremos el error de los que han tomado por verdaderas las leyendas sobre el origen de los pueblos (cap. 9) ; finalmente pasamos a un catálogo ordenado de los historiadores para que se pueda ver claramente lo que ha escrito cada quien, y cuándo vivió (Bodino 1650: 75, citado en Wagner 1958: 96).

En esta etapa de la historiografía francesa también debe mencionarse a Phillippe Commines, autor de una importante *Historia de Francia de 1464 a 1498*, que vio la luz en 1524, pero las ediciones que aparecieron a partir de 1552 llevan el título de *Memorias*. El trabajo mencionado fue muy apreciado durante y después del momento en que salió por primera vez de la imprenta, pues hasta finales del siglo XIX se han contado 123 ediciones. Este autor, que debe ser ubicado en la frontera de la historiografía medieval y renacentista, creó el nuevo género de las memorias en las que las experiencias personales resultan traducidas en conocimiento duradero mediante reflexiones, que en el caso de Commines, se refieren a la conquista del poder, su expansión y sus límites. Escribió a partir de su destierro de la corte francesa, lo mismo que había hecho antes Maquiavelo,

⁷ Un interesante análisis sobre el trabajo de Bodin es el de Araya (2005).

expulsado de Florencia por los Medici en 1512 y posteriormente Guicciardini, exiliado y proscrito de Florencia en 1530.

En el siglo XVII destaca dentro de esta historiografía Gerhard Voss o Vossius, autor de *Ars Histórica*, que fue más bien una colección de manuscritos clásicos. Lo cierto es que el pensamiento humanista y renacentista dieron aliento a la historiografía de la modernidad, que bien podemos llamar «clásica». Es la primera etapa de un largo periodo que aparece caracterizado por giros importantes en la cultura occidental, señales inequívocas de un gran proceso de cambio, pero que mantiene una enorme herencia que le viene del pasado más lejano, es decir, de la Antigüedad clásica, pero también del periodo precedente, vale decir, de la etapa medieval.

En la historiografía inglesa de los siglos XV y XVI merece mencionarse a Tomás Moro, autor de una *Biografía de Ricardo III* en dos ediciones, una en inglés y otra en latín; y a Polidoro Vergil, humanista italiano quien desde sus trabajos más tempranos: *Proverbiorum libellus* y *De inventoribus rerum*, cobró importancia. La segunda de las obras mencionadas le acarrió popularidad y llama la atención que haya considerado que el Parlamento inglés fue un invento de Enrique III.

En 1505 su íntimo amigo el monarca Enrique VII le encargó que escribiera una *Historia de Inglaterra*, obra que le permitió obtener muchas prebendas y en la que mostró su habilidad para la aplicación de la crítica, pero con la prudencia necesaria como para no afectar a las tradiciones. Este trabajo se publicó en 1533 y es especialmente valioso por el recuento del reinado de Enrique VII. En la tercera edición (Basilea, 1555) lo amplió para tratar el periodo entre 1509 y 1538.

Resultó ser el primero de los historiadores modernos que consultó autoridades, sopesó evidencia y escribió una historia enlazada, no una simple crónica. Sus otros trabajos son demasiado numerosos como para especificarlos.

En España, Juan de Mariana escribió *Historia de España*, redactada originalmente en latín pero traducida al español. Este autor —a quien se ha apodado el «Tito Livio español»— emplea un estilo retórico. Retocándolas, hace uso de leyendas y además considera el tema de la Iglesia. Esto expresa el carácter peculiar de una historiografía, que aunque renacentista, adquiere un carácter propio. También tiene que considerarse al aragonés Jerónimo de Zurita, autor de *Anales de la Corona de Aragón*, cuya publicación se inició en 1562. Como historiador de la corte buscó más bien hacer una historia cercana a su propia época, ya que si bien utilizó documentación archivística, estuvo siempre preocupado por la verificación de la información en tanto ello le fuera posible.

Si en Alemania la situación de la historiografía es diferente, esto se debe a que el peso de las nuevas corrientes de pensamiento se mitigó por factores tales como: la existencia del Sacro Imperio Romano Germánico y la división política,

más adelante el movimiento de la Reforma afectará a la historiografía moderna alemana.

4.3. HISTORIOGRAFÍA RELIGIOSA Y ERUDITA

La producción historiográfica con las características de religiosa y erudita estará fuertemente relacionada con el movimiento de la llamada Reforma que, como es conocido, parte de la inquietud intelectual del humanismo que originó la tendencia a la crítica libre. De esta manera se contrasta la teoría con la práctica y se termina enjuiciando al clero. Asimismo, hay que recordar que el Humanismo dejó de lado la historia de la Iglesia y la historiografía religiosa de la Edad Media, que resultaba insuficiente para los intereses y tendencias de la modernidad.

Tanto la historiografía religiosa protestante como la católica están cargadas con argumentos de un debate de tipo confesional y doctrinal. En términos historiográficos, una de las cosas que llaman más la atención es que la pugna entre católicos y protestantes renovó el interés por el conocimiento de la Iglesia primitiva y el pasado religioso.

Los reformadores veían sus orígenes más allá de la Edad Media, en la recuperación de la Antigüedad cristiana o la «Iglesia primitiva», como la denominaban. Su historiografía tiene la tendencia a ser relatos de acontecimientos o de instituciones. Entre las más famosas están *Commentaries* de Johan Sleidan, escrita en 1555 y *Acts and Monuments*, escrita en 1563 por John Foxe.

Otros trabajos de autores protestantes, en cambio, siguiendo el modelo de la *Historia de la Iglesia* del católico Eusebio de Cesarea también se ocupan de las doctrinas, cosa que se advierte con claridad durante el siglo XVII. Tal el caso de Heinrich Alting, quien escribió *Theologia historica* en 1664 argumentando que la historia de la Iglesia no debía referirse solo a los acontecimientos sino también a los dogmas, su corrupción y su reforma. Al ocuparse de las herejías los historiadores católicos consideraron el cambio y así lo hicieron Florimond de Raemond en su *Histoire de la naissance, progrès et décadence de l'herésie de ce siècle*, escrita en 1623; Louis Maimbourg en su *Histoire du Calvinisme*, escrita en 1682; o Jacques-Bénigne Bossuet en su *Histoire des variations des églises protestantes* que data de 1688. Este último sostuvo que las doctrinas tienen una historia.

Melachton escribió un *Chronicon* o *Historia Universal* con el objetivo preciso de descubrir en los hechos históricos la mano divina. Robert Barnes elaboró, por indicación de Lutero, una *Vida de los Pontífices Romanos* para demostrar que los papas eran en realidad enemigos declarados de Cristo. Cuando las fuentes no le permitían afirmar sus tesis, señalaba que los documentos habían sido falseados con intención. Dicha obra fue publicada en 1536 y la dedicó a Enrique VIII.

Las obras de Maimbourg y Bossuet tenían como propósito apoyar la política antiprottestante de Luis XIV en el momento de la revocación del edicto de Nantes. Entre los siglos XVI y XVII fueron notables los esfuerzos de los frailes benedictinos de la Abadía de San Germán, cuya historiografía religiosa acusa a las claras el sentido de lo moderno, pero conservando el apego por la erudición. En este grupo sobresale Jean Mabillon, quien escribió *Anales de la orden de San Benito* y *Re diplomática libri*, texto de metodología, paleografía y diplomática.

4.3.1. La Escuela de Magdeburgo y su proyección en el desarrollo de una historiografía religiosa moderna

Flacius Iliricus fue quien encabezó un grupo protestante luterano de estudio e investigación en Magdeburgo (Alemania), dedicándose a redactar las *Centurias de Historia Eclesiástica*, obra compuesta por un total de trece escritos. Es de notar que la necesaria investigación preliminar le llevó al grupo aproximadamente unos tres años.

Aunque sesgado por la impronta protestante, el trabajo que dio lugar a las *Centurias* significó un esfuerzo sistemático de investigación histórica, en especial en la pesquisa de las fuentes para realizar una historia eclesiástica (Burke 2000: 24-25). Pero eso no es todo, la obra acusa un plan destinado a tratar con claridad las cuestiones de orden doctrinal, culto, etcétera, siendo de mencionar que, además, en sus páginas se ofrece información acerca de las religiones no cristianas. Dados los objetivos que alentaron la obra del grupo de Magdeburgo, su crítica histórica peca de parcial, pues solo la aplicaban cuando la información recogida parecía contrariar sus tesis.

César Baronio, a quien muy bien se le podría considerar representante de un humanismo católico, pero que como historiador adopta una postura militante fruto del enfrentamiento entre las Iglesias católica y protestante, publicó en 1588 *Análisis Eclesiásticos*. Luego recibió el encargo de responder a las *Centurias*, tarea que lo llevó a investigar en la Biblioteca Vaticana. Su trabajo marca toda una época en la historiografía, lo que le ha valido el título, después de Eusebio, de padre de la historia eclesiástica. Baronio aplica la crítica a los documentos medievales y emplea fuentes primarias no utilizadas hasta ese momento, pero maneja con criterio de autoridad a la patrística. Se propone demostrar que la doctrina católica había estado completa desde el principio y era inmutable, y advierte el condicionamiento impuesto por la defensa de la posición católica en la polémica con los protestantes. Por su parte, Jacques-Bénigne Bossuet escribió entre 1680 y 1685 *Historie des variations des églises protestantes*. Este trabajo tiene un carácter tendencioso y

en última instancia, además de refutación, es un intento para conseguir que los protestantes regresen al seno de la Iglesia católica. El origen y propósito de esta obra no impide a Bossuet hacer alarde de objetividad y análisis crítico mostrando, por ejemplo, su admiración por la reina Isabel y desacuerdo con la actitud del Papa Paulo IV:

I. La reina Isabel cree que no puede asegurar su corona sino por medio de la religión protestante.

Cuatro puntos que la tenían con cuidado.

(1558-1559) La Inglaterra después de la muerte de María volvió pronto a la reforma de Eduardo VI, procuraba fijar su fe, y acabar de formularla por la autoridad de su nueva Reina Isabel, hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, había subido al trono, y gobernaba su reino como una política tan profunda como los reyes más hábiles. El paso que dio con la corte de Roma, luego que se ciñó la corona, dio motivos para pensar lo que por otra parte se ha publicado de esta Princesa, que no hubiera abandonado la religión católica, si hubiera hallado en el Papa disposiciones más favorables. Pero Paulo VI que ocupaba la Silla apostólica, recibió mal los cumplidos que mandó hacerle, como á otro príncipe, sin declararse más, por medio del ministro de su hermana la Reina difunta, residente en Roma. Cuenta Mr. Burnet que la trató de bastarda (Bossuet [1685] 1852: 6).

Para desempeñarse como preceptor del futuro Luis XV elabora un *Resumen de la Historia de Francia* y en 1681 escribe *Discurso acerca de la Historia Universal* —que abarca hasta Carlomagno—, obra que compuso para ilustrar al Delfín. Este trabajo resultó ser más bien un «sermón» bajo la forma de texto histórico, en el que también desarrolló ideas acerca de temas como teología de la historia y el absolutismo monárquico. Además, para instruir al futuro monarca, también escribió en 1709 *Politique tirée de l'Écriture sainte*, haciendo un alegato a favor del origen divino de la monarquía francesa.

Bossuet puso especial cuidado en la selección y análisis de sus fuentes, haciendo gala de gran erudición y empleando también fuentes protestantes. En realidad, no aporta información novedosa pues se basa en Polibio y los padres de la Iglesia. Modera bastante el tono polémico y sus críticas las orienta solo a cuestiones doctrinales y no a asuntos de carácter personal. Con él encontramos una historiografía, que a partir de la narración y estudio de hechos concretos, llega a proyectarse hacia consecuencias o repercusiones de carácter general o universal, haciendo coexistir el providencialismo agustiniano con las características y condiciones sociales de los pueblos. Se respetan los paradigmas de los escritores clásicos que se hacen encajar en los modelos grecolatinos y son consultados con

gran interés las obras de Tito Livio, Tácito, César, Polibio, Cicerón, etcétera, en sus versiones originales o en lenguas romances.

En este ambiente ideológico y cultural impregnado de crítica y debate cuando se contempla con admiración al mundo antiguo y se va consolidando una fe en el destino del hombre y su capacidad de pensamiento y acción, confianza no exenta de religiosidad sino todo lo contrario, el encuentro con América determina la aparición de una dicotomía fundamental entre los llamados Viejo y Nuevo Mundo. Surge entonces de manera paralela, la que denominaremos historiografía indiana, cuyo curso se inicia con la cronística americana. En efecto, en la cronística indiana los métodos habituales de los historiadores humanistas, basados en las antiguas formas retóricas —como el plan de los anales clásicos—, no podían satisfacer toda la curiosidad despertada por el llamado Nuevo Mundo, lo que contribuyó a echar los primeros cimientos de una identidad propia de la historiografía de este subcontinente (Guerra 2000: 95).

4.4. LA HISTORIOGRAFÍA INDIANA: LAS CRÓNICAS DEL NUEVO MUNDO

Habiendo prosperado como género en Europa entre los siglos V al XVI, el género cronístico sufrió cambios en sus características discursivas, pues al comienzo se llamaba crónica al informe seco y escueto de acontecimientos que debían conservarse en la memoria sin que mediaran consideraciones subjetivas de quien las consignaba. Sabemos además que, ligada a las prácticas de la Iglesia, la crónica estaba destinada a consignar sucesos históricos notables. Con el transcurrir del tiempo, otras notas se suman al mero listado de datos y de esta manera, descripciones comentarios y reflexiones del cronista ingresan en el discurso, acercando cada vez más la crónica a la historia. Finalmente, hacia el siglo XV, las crónicas pasan a ser narraciones históricas de grandes acontecimientos o memorias biográficas escritas por un protagonista o testigo de los hechos narrados. A estas alturas también la intención comunicativa esencial, meramente descriptiva y narrativa, se combina con otras funciones, ya que se ficcionaliza el objeto real, convirtiéndose en un ambiguo referente del mensaje; es así que tuvo lugar el nacimiento de un espacio imaginario (Mosert s/f: 4).

La crónica indiana, si bien surge en España derivada del género épico caballeresco, en América adquiere un carácter propio, vale decir, vernáculo, en la medida de que contiene tradición oral y referentes locales. La crónica española y la indiana tienen también como antecedentes una literatura histórica de larga data, que debe rastrearse en la historiografía occidental precedente, aunque no se ha considerado la significativa existencia de la crónica bizantina. De cualquier manera, el antecedente más inmediato de la cronística indiana se encuentra en

la península ibérica, destacando *La crónica General* de Alfonso X, verdadera historia universal y de España. Pero fue Pedro López de Ayala (1332-1407) quien introdujo cambios al escribir sus cuatro *Crónicas*, señalando en la práctica las peculiaridades más saltantes que caracterizarían de ahí en adelante al género: relato de acontecimientos contemporáneos al autor, enorme subjetivismo y experiencia directa, lo que permite indicar que en particular en las páginas de la crónica se trasunta su autor⁸.

De todas maneras debe puntualizarse que la crónica indiana no debe ser tenida como un mero apéndice o subproducto de la crónica medieval española, por el contrario, constituye la expresión de un cambio en la historiografía humanista y un aporte importante a la historiografía occidental. Por eso, Mignolo —a quien ya hemos mencionado en relación a este asunto— ha destacado que responden perfectamente a los principios de la forma discursiva historiográfica y nosotros entonces hablamos de la historiografía indiana para referirnos al conjunto formado por las llamadas crónicas.

Es evidente que la visión humanista y renacentista, lo mismo que sus patrones historiográficos, alimentaron a la llamada historiografía indiana. Pero, también es cierto que muchos de los cronistas, tanto conquistadores como aquellos de formación humanística, se mostraron convencidos no solo de que el curso histórico estaba marcado por la acción decidida de las grandes individualidades, sino que aquello era entonces lo memorable, a pesar de que también veían a España, en su conjunto, como a un personaje de la gesta americana bajo la mano rectora de la Divina Providencia. Los factores que obraron a favor de la llamada historiografía indiana fueron también el afán de gloria perseguido por los conquistadores y que los lleva a exaltar su actuación, lo que a su vez estará vinculado a un sentido premial que llevaba a que cada carta de relación o documento similar enviada desde América significaba una posibilidad de encumbramiento para los jefes de las expediciones y, finalmente, la influencia del pensamiento humanista que tiende a destacar la significación histórica de los personajes excepcionales (Berchanski *et al.* 1980: 153).

Así pues, la crónica expresa un gran compromiso, pues transmite siempre una versión viva, apasionada y partidaria de los acontecimientos. Sus autores persiguen objetivos precisos aunque variados, que van desde la obtención de reconocimiento y privilegios, como se ha mencionado, hasta conservar memoria de los hechos y dar una versión particular sobre los acontecimientos. Por lo general los cronistas suman al relato de los hechos la ficción y observaciones sobre el medio ambiente

⁸ En España la obra de Pedro López de Ayala sería la coronación de un proceso iniciado en el siglo XIII (Iglesia 1986: 94).

geográfico y social, a lo que se agrega también la autobiografía o la biografía, como lo hicieron, por ejemplo, el Inca Garcilaso de la Vega o Felipe Guamán Poma de Ayala.

En su contexto temporal la crónica de Indias es un quehacer novedoso que, pese a rasgos aparentes, no cabe reducir a la fusión mecánica del estilo de los *Anales* de la escuela florentina de Bruni con una etnografía incipiente. Si se nos exige una definición de resumen, a nuestro juicio lo que tiene de singular y más propio es set un híbrido histórico - literario. La vemos como una *consciente y voluntaria mezcla de realidad y fantasía*, fruto de la curiosidad vehemente de una Europa que se expande. Y fruto, al mismo tiempo, de un *visible afán de legitimar la conquista* (Aranibar 1995: XX - XXVI).

Ciertamente, distinguir los hechos memorables de los que no lo eran fue una cuestión a la que los cronistas tuvieron que enfrentarse y que sortearon con no pocas dificultades, debido a que jugaban por un lado el valor otorgado a los testimonios directos emitidos por los actores, siendo que muchas veces el cronista se encontraba entre ellos, los intereses y propósitos personales y lo que se entendía como político, ideológico o doctrinalmente correcto, además de los requerimientos de los modelos retóricos de la época. En el caso de Pedro Mártir de Anglería tenemos que inicialmente pensó que un hecho debía ingresar a la historia si es que había despertado o se podía suponer que tendría interés para el presente. Pero se convenció de que existía una dimensión estética en la historia y que determinados acontecimientos y la conexión en que se dieron encerraba un valor estético-literario, puesto que, sin duda, valoraba a la narrativa y se planteaba, como era propio entonces, al relato histórico como una suerte de épica que, a la vez exponía modelos ejemplares. Para López de Gómara lo memorable partía de los propios acontecimientos en la medida de que poseyeran una calidad superior por haber sido acciones bien planeadas, decidida y exitosamente ejecutadas, lo cual también tenía que ver con su repercusión, lo que mostraba la grandeza del hecho. También en muchos casos debieron tomar en cuenta los intereses enfrentados en los sucesos, por lo que se ha considerado que hubieron de entender a la historia como un proceso consistente en una pugna de intencionalidades.

Dentro de esos intereses está comprendida la satisfacción de las necesidades propias de los procesos de conquista y colonización, así como las relaciones entre los españoles y los naturales. Esas vinculaciones pasaban por la elaboración de imágenes estereotipadas de la realidad y la aplicación de categorías que no se ajustaban al mundo de los indígenas y a su visión del mundo. Los cronistas escriben en medio de un ambiente en donde el juego de intereses particulares o de grupo, el debate doctrinal —tanto religioso como jurídico— y las políticas de

los diferentes actores —españoles, indígenas, Estado español y elites nativas— crean un contexto incierto y cambiante.

Pero cuando hablamos de categorías y estereotipos aplicados a la realidad americana no debemos dejar de mencionar que también obró la curiosidad, a la que se unió la percepción de que se estaba ante lo exótico, no solo por ser diferente sino que ese exotismo facilitaba poder irse a los extremos, como para, por ejemplo, considerar al mundo recién conocido sede del Paraíso y lugar transitado por apóstoles y santos o, de lo contrario, asiento del mismo demonio.

En suma, al acercarse a objetos nuevos o al menos ignotos tuvieron que hacer del conocimiento directo un parámetro fundamental. Las primeras generaciones de exploradores y de descubridores se sitúan, por su formación intelectual, en la época que forma la transición de la Edad Media al Renacimiento. Los principios de autoridad y de imitación de los modelos formaban entonces la base del arte de escribir, pero la imitación podía tener un papel reducido en la descripción de objetos que nadie había conocido o representado anteriormente. Sus problemas eran análogos a los que, en la práctica, se le plantearon al viajero Heródoto.

Si bien el estilo es por necesidad sencillo y hasta rústico en los primeros momentos, en especial cuando sus autores eran soldados de la conquista, ello no quita que cada cronista se adorne según usos de la época y conforme a sus propias posibilidades culturales. En efecto, las primeras crónicas son de estilo más duro y poco elaborado. Más adelante serán eruditas y llenas de retórica. Las diferencias más sustanciales entre las crónicas antiguas y las crónicas indianas están dadas por la minuciosidad y precisión de los relatos de los cronistas americanos que recogen costumbres y aspecto físico de los indígenas, guerras, tareas cotidianas, actividades productivas, mitos y leyendas, etcétera (Rodríguez 1998: 108).

Para la buena disposición de las ideas y argumento los cronistas mejor preparados acudían a la retórica, arte que permitía el orden y la producción del discurso mediante sus tres conocidos grados: enseñar, deleitar y persuadir —para mover a la acción—. Sobre todo porque se entendía entonces que la historia debía mostrar a los lectores que el devenir humano era el campo donde combatían vicios contra virtudes resaltando las acciones dignas de imitación (Borja Gómez 1998: 130). Esta característica resulta bastante evidente, como ya mencionamos, entre los autores más cultos y en particular en los cronistas miembros del clero. Consagrados a extirpar idolatrías y facilitar una eficaz colonización siempre terminó imponiéndose en sus escritos el escenario americano, la experiencia del encuentro con sus pobladores originarios, e incluso la formación de la nueva sociedad, y por eso hacer la historia de las órdenes de alguna manera llegó más bien a constituirse en un telón de fondo para conocer a los pobladores del Nuevo Mundo y sus creencias, auscultar su pensamiento y costumbres —pese

al etnocentrismo y el empleo de las categorías aplicados al hacerlo—, discutir las políticas y prácticas evangelizadoras y dar cuenta de sus avances y retrocesos. Mientras que los conquistadores y los primeros cronistas de Indias solo se valían para la elaboración de su obra de impresiones personales o de relatos de segunda mano, algunos misioneros, entre los cuales sobresalieron Motolinia, Torquemada, de Landa, Diego Durán, Calancha y Bernabé Cobo —junto con los historiadores jesuitas de las misiones del Paraguay, como Antonio Ruiz de Montoya o José Guevara— emprendieron, en cambio, una amplia investigación que tuvo en el indio o el esclavo negro, como fue el caso singular del jesuita Alonso de Sandoval en Cartagena, su principal objeto de estudio (Guerra 2000: 96).

En los siglos XVI y XVII los términos historia y crónicas se usan prácticamente como sinónimos, sobre todo en América, y los autores titulan a sus trabajos como historias de la conquista, del pasado aborigen o de las ordenes religiosas. En sentido estricto, a diferencia de la crónica, el relato histórico permite dissociar el punto de vista del autor del empleado por el narrador y proceder como si el primero hubiera sido testigo de acontecimientos a los cuales no podía en absoluto asistir. La crónica, en sentido estricto, comienza en el momento en que el cronista toma su pluma y se para cuando la deja para, eventualmente, ser continuada por otro; por tanto, no describe sino un segmento de tiempo cuyos puntos de partida y llegada son arbitrarios de cara a los acontecimientos. El relato histórico, por el contrario, permite comenzar al principio e ir hacia el fin de una historia continua, constituir un todo cerrado, coherente textualmente, esto es, significativo. Los cronistas conquistadores afirmaron la significación de la experiencia directa, de la participación en los hechos como fuente de validez para su narración. En franca oposición a estos cronistas, el resto hizo valer su derecho a la crítica y hubo quienes, a pesar de haber sido partícipes de los hechos, procuraron respaldar sus afirmaciones con otros testimonios (Lozano 1994: 46).

Puede decirse que, en conjunto, la historiografía indiana de los siglos XVII y XVIII guarda diferencias respecto a la de la centuria anterior, puesto que a diferencia de esta última, la primera no solo resulta más miscelánea, sino que la mayoría de las veces es repetitiva y sobre todo muy llena de retórica. De alguna manera, agotado el asombro inicial y estando ya en pleno desarrollo las sociedades coloniales, la nueva realidad lleva a la necesidad de dar cuenta de ellas y de discutir su problemática desplazando el centro de atención de la novedad americana a los intereses de los colonizadores y al gobierno y desenvolvimiento de las ciudades y virreynatos a los que su accionar había dado lugar.

Dirigida al lector europeo, la crónica americana es siempre un relato cronológico de los hechos, pero existen algunas que, por su sentido de totalidad y su afán de explicar el carácter de la realidad y de los acontecimientos, se constituyeron en

verdaderas historias, tocando asuntos tan variados como la organización social, costumbres, creencias, animales y plantas, es decir, «las cosas relativas al cielo y la tierra». Este es el caso del jesuita Joseph de Acosta con su *Historia natural y moral de las Indias*. Ya sabemos que durante la Edad Media la cultura europea se encerró en sí misma. Las alegorías y relatos fantásticos fueron siempre una ruptura que más tarde se materializó en los viajes y exploraciones de los siglos XIV y XV. Con el humanismo, sobre todo durante el siglo XV, se publican mapas y estudios geográficos como los de Ptolomeo y Macrobio; a partir de ello se desarrollaran entre los cartógrafos dos tendencias: una fiel a Ptolomeo, que consideraba a los mares cerrados y la otra incorporaba la experiencia de los exploradores. «Puntos de vista cristalizados, esquemas e ideas preconcebidas y exportadas desde Europa, no son difíciles de descubrir en una época en que las tradiciones cristianas envueltas en retazos de filosofía medieval se mezclan con temas del Renacimiento» (Esteve Barba 1992: 58).

Aquí se trata no solo del estilo sino del contenido mismo de las crónicas indianas, herederas de la historiografía y la literatura. A pesar del Humanismo, el descubrimiento, la exploración y conquista de América produjo que los cronistas, sobre todo evangelizadores y conquistadores, se viesen envueltos en una efervescente ola de mesianismo. Hay que considerar, asimismo, que en la Baja Edad Media se dio un rebrote del milenarismo, pues el descubrimiento de América se integró de inmediato al curso providencial de la historia como un hecho alentador, pues hacía prever la feliz instauración del reino de Dios, anticipo del cual podía ser la recién fundada sociedad en las Indias.

Los cronistas se preocuparon por aclarar que lo esencial de sus escritos lo constituía la existencia de un núcleo de verdad irrefutable. Entendían a la historia como una entidad objetivamente enfrentada a ellos y deberían ajustarse a la misma para librarse de la superchería, la leyenda y el error. Los cronistas conquistadores afirmaron la significación de la experiencia directa, de la participación en los hechos como fuente de validez para su narración. En franca oposición a estos cronistas el resto hizo valer su derecho a la crítica y hubo quienes, a pesar de haber sido partícipes de los hechos, procuraron respaldar sus afirmaciones con otros testimonios. De todas maneras hay que tomar en cuenta que en aquella época desde la Península llegaban a América libros de ficción y los cronistas remitían a España sus historias, crónicas y relaciones acerca de la conquista y colonización, siendo los trabajos de López de Gómara y Fernández de Oviedo los que, aparentemente, tuvieron mayor acogida y difusión.

El problema de adoptar un criterio explícito que permitiera distinguir los hechos memorables de los que no lo eran fue enfrentado por muchos cronistas. Así, Pedro Mártir de Anglería pensó inicialmente que un hecho debía ingresar a la historia toda vez que hubiera despertado el interés de la época en la que se

hallaba ubicado el autor, vale decir, el presente. Pronto se convenció de que existía una dimensión estética en la historia en sí, una cualidad especial en determinados acontecimientos y en la conexión en que se dieron, que encerraba un valor estético-literario. Para López de Gómara lo memorable partía de los propios acontecimientos en la medida de que tengan una calidad superior por haber sido acciones bien planeadas, decididamente ejecutadas, habiendo además alcanzado pleno éxito, que indudablemente también tenía que ver con su repercusión, es decir, la grandeza del hecho, como en el caso de la conquista de Nueva España (Berchanski *et al.* 1980: 140-146).

Cuando se trataba de sostener un argumento se solía acudir a pruebas que, aplicadas al discurso, eran de dos tipos: no artísticas —*inartificiale*— y artísticas —*artificiale*—. Las primeras eran pruebas que no requerían el uso de la retórica, siendo testimonios orales y escritos de testigos de los hechos, es decir, lo que se veía y oía. Por esa razón se acudía al uso de fórmulas como «según lo relatan y cuentan algunos españoles (o indios) que hay de aquel tiempo [...]», tratándose de testimonios indirectos pero válidos. Las segundas constituían el armazón narrativo, entendiéndose que este tipo de pruebas se encontraban con la ayuda de la retórica y se extraían de la materia aplicando la reflexión y podían pertenecer a uno de los siguientes grupos: señal, que acompañaba al hecho y era perceptible por los sentidos; prueba, que se deducía de los datos que proporcionaba la causa; y ejemplos, que ocupaban en el discurso un lugar privilegiado y eran traídos de afuera. Los ejemplos podían ser históricos, es decir, ligados a personajes importantes; poéticos, puesto que procedían de la literatura o la mitología; y verosímiles, que eran los tomados de la vida cotidiana o de los sucesos de la naturaleza. En este caso también se apelaba al recurso de las autoridades, pues era también un argumento que se traía de afuera aunque relacionándolo con la materia.

También es conocido y ha sido ampliamente tratado el fenómeno de que producido el descubrimiento de América se lleva a cabo una verdadera crisis en el pensamiento de los hombres de Occidente. Se discuten con mayor fervor los problemas en torno a la visión del mundo y del hombre, y con relación a diversos temas americanos se escriben numerosas narraciones, memoriales, relaciones, etcétera. Prácticamente todos los directamente involucrados con la gesta en América tienen pretensiones historiográficas.

Desde las cartas de Colón y Vespuccio y relaciones primitivas como las del médico de los reyes Católicos, el sevillano Alvarez Cianca, el siciliano Niccoló Scillacio, Michele de Cúneo o Diego Porras, la América indígena obsequia un capítulo nuevo y fecundo a la historiografía de Occidente. Suerte de balbuceo etnográfico a lo Heródoto, tiento de impresiones sobre tierras y hombres jamás vistos, de insólitos usos y creencias, con sabor de exotismo y lejanía (Borja 1998: 130).

En efecto, si bien puede decirse que las crónicas aportan a la historiografía introduciendo nuevos temas y escenarios, a su vez se constituyen en fuentes para la historia. Por ejemplo, adquieren mayor cuerpo las descripciones de pueblos, costumbres, patrones sociales y formas de vida, mientras que los hechos asociados al descubrimiento y conquista constituyen una temática muy rica que da lugar a narraciones de todo género, pero sin duda, de todo esto resulta, de manera espontánea, la crónica de Indias. Género vernáculo —según calificación de Raúl Porras— en la cronística indiana, que puede ser vista como expresión literaria e historiográfica a la vez, se manifiestan rasgos que dan cuenta de una naciente modernidad, lo mismo que de la herencia medieval con sus manifestaciones sobrenaturales y providenciales y, por qué no, con el exotismo y la fantasía plagada de paisajes extraños y criaturas deformes, tan frecuentes en el gótico del medioevo.

Cabe hablar de una historiografía indiana, como fase inicial de la historiografía americana y, por lo tanto, no nos resultará difícil considerar la validez de la propuesta de hablar de los cronistas como una suerte de primeros historiadores de América, sea por el origen o por la temática de sus escritos, además de la clara intención de narrar, dar cuenta de los acontecimientos, de los orígenes y las causas, así como también las consecuencias de los sucesos de los que la mayoría de las veces son actores o testigos, cuando no curiosos recopiladores de información, componiendo trabajos «históricos» de diversa envergadura para alcanzar propósitos también variados, aunque en última instancia todos ellos persigan, más allá de intereses inmediatos y en ocasiones subalternos, aprehender la realidad y dejar constancia de los hechos⁹.

Los temas que ofrece la realidad americana son nuevos, lo que permite a estos autores dejar bastante de lado, aunque no totalmente como apuntamos en párrafo anterior, el criterio de «autoridades». Además, parecen tomar conciencia de la enorme importancia de su trabajo, dado que Europa descubre intelectualmente a América a través de esta historiografía indiana. Se escribe sobre América de distintas maneras y en diferentes tipos de textos, desde Cristóbal Colón, el descubridor, pasando por quienes como Pedro Mártir de Anglería nunca estuvieron en este continente, y lo cierto es que se escribe por razones de carácter práctico y también por curiosidad. En las páginas de las crónicas indianas, en general, como en las andinas o mesoamericanas, en particular, sus autores mejor preparados suelen recurrir a los temas clásicos para explicar la realidad que se manifiesta ante

⁹ Una opinión en extremo discordante a partir de una lectura particular del libro de Edmundo O'Gormann *La invención de América* es la de Guy Rozat, quien dice que «[...] en el relato de un aparentemente "Nuevo Mundo", se trata para sus autores no de intentar describir y encontrar la novedad, lo recién descubierto, el diferente, el otro, sino a cada instante de esta fiebre discursiva de reencontrar bajo esta máscara de la novedad, el mundo antiguo, el ya conocido, la permanencia, la figura de la eternidad y de la totalidad divina de Occidente» (Rozat 1996: s/p).

sus ojos, ello contribuye a que la representación natural de nuestro continente, lo mismo que de sus pueblos, se vea marcada por un criterio eurocentrista¹⁰.

Hubo por cierto un interés oficial que sirvió para el desarrollo de la historiografía indiana y que se manifiesta en la importancia dada por el Estado a la elaboración de informes, memoriales, etcétera. Incluso se crea el cargo de Cronista Mayor de Indias, con lo que se da origen al cronista oficial, que en buena cuenta fue un recopilador de información y su trabajo tiene un objetivo utilitario vinculado con las necesidades del gobierno de América. En la segunda mitad del siglo XVIII el encargo pasó a la Real Academia de la Historia por disposición del rey Fernando VI, señalándose como propósitos principales la promoción del ideal imperial, así como evitar que se perdieran de la memoria las obras de los españoles en sus vastos territorios a lo largo del tiempo.

Pueden haber diferencias entre el Cronista Mayor, los cronistas que llamaremos «oficiosos», puesto que escriben por encargo expreso de alguna autoridad y los cronistas e historiadores de Indias, que lo hacen por interés y motivaciones propias.

Así pues, colocados en la necesidad de caracterizar a la cronística o historiografía indiana habría que señalar lo siguiente:

- Tiene sentido de oportunidad;
- Es principalmente coyuntural y, por lo general, suele guardar vinculación a personajes o hechos en particular;
- Sus autores manejan y buscan demostrar ideas preestablecidas pese a su interés y esfuerzo por basarse en testimonios directos;
- Son textos elaborados con sentido religioso, lo que no se circunscribe al caso de las obras elaboradas por sacerdotes;
- El medio ambiente —marco geográfico— se constituye en una motivación clara y suele constituirse en un tema específico;
- Se escribe pretendiendo hacer gala de un esfuerzo crítico —lo que vi en contraposición de lo que me contaron; lo fabuloso diferente a lo verosímil y lo comprobable—;
- La síntesis peca de imprecisa, acudiéndose a lugares comunes, generalizaciones o a ideas preconcebidas;
- No es extraño que el estilo cuente con abundantes descripciones y detalles a veces intrascendentes. Las motivaciones precisas llevan a la prolijidad en la descripción y explicación de ciertas cosas y al descuido en el tratamiento de otras;
- No se suele acudir a las autoridades pero sí a la analogía; y,

¹⁰ Entre otros véase Pease (1999).

- Se aplica la refutación a otros autores y escritos de manera más bien general mucho más que la crítica puntual.

Se escribe, como mencionamos, por interés práctico, por curiosidad, «por hacerse de un pasado» y haciendo uso cada autor de sus propias improntas culturales. Recordemos lo señalado por Pease al referirse a los cronistas que se ocuparon de los Andes, apreciaciones que, sin embargo, pueden adjudicarse al resto de los cronistas de Indias: «Los cronistas no fueron ajenos, por cierto, al universo cultural de la Europa de sus tiempos. Este ingresaba en sus obras tanto a través de las discusiones eruditas, científicas o teológicas, como por medio de la influencia de las tradiciones populares arraigadas en la vida europea» (Pease 1995: 85). Los cronistas de Indias utilizan los cánones literarios y de la retórica en uso en Europa para construir sus obras y suelen seguir una estructura básica que los obliga a plantear como autores su identidad, lo mismo que sus criterios de verdad y autoridad.

Sin hacer diferencias en cuanto a la dimensión y el carácter de sus obras, Esteve Barba realiza un esfuerzo preliminar de clasificación de los «tipos de historiador» indiano:

- El simple conquistador, a la vez escritor y soldado, que relata espontáneamente cuanto ve sin echar mano de textos ni autoridades;
- El historiador humanista, embebido en los autores antiguos, que casi no necesita esforzarse por relacionar lo visto con lo leído e interpone intrépidamente la lente de sus lecturas entre la realidad y sus escritos;
- El eclesiástico, educado en el cultivo de la oratoria, se deja llevar con frecuencia por el terreno del sermón, y por eso tal vez es, en su estilo, presa mucho más fácil del barroco;
- El indio, que sabe escribir porque le han enseñado los españoles y gracias a ellos se encuentra en capacidad de recobrar en lo posible su propia historia;
- El mestizo culto, que lleva en su cultura las dos lenguas y en su naturaleza las dos sangres. Comprende uno y otro espíritu y los enlaza en su escrito, como los lleva enlazados en su propia personalidad; y,
- Los investigadores, que prescinden de prejuicios y, elevándose serenamente sobre los hechos, renuncian cuando conviene a cuanto saben o creen saber y leen directamente en la naturaleza o el hombre americanos (Esteve Barba 1992: 8-10).

Si bien sobre esta categoría y la manera cómo se caracteriza a sus integrantes tendríamos hoy en día serias discrepancias, la consignamos, pues al parecer el

autor citado trata de aludir a los más doctos autores de historias generales cuando ensayaron un ejercicio de crítica racional.

Lo cierto es que el desenvolvimiento de la historiografía indiana tuvo un curso en el que se pueden advertir etapas con características específicas, aunque como conjunto otras notas particularicen a esta primera fase de la historiografía americana, que va del siglo XVI al XVIII¹¹.

Durante los siglos XVI y XVII tenemos que dar cuenta, en primer término, del conjunto de diarios, cartas y crónicas compuestas por los actores principales de los descubrimientos y conquistas o de sus contemporáneos. Es la época de los grandes historiadores generales de Indias. Luego hemos de considerar a las crónicas e historias de la conquista espiritual o evangelización, es decir, la historia eclesiástica americana. En tercer lugar están los escritos de autores indígenas y mestizos que contribuyen de manera decisiva al conocimiento de sus pueblos, su cultura y su pasado y, finalmente, ya en el siglo XVIII, las obras que salen de las plumas de teólogos e historiadores de oficio.

En este momento la historiografía indiana se hace erudita, a la vez que se refunden o copian versiones anteriores o se apela a recuerdos lejanos e informaciones indirectas. A esta erudición se sumará la influencia racionalista de la Ilustración. Se acentúa una suerte de «indigenismo», pero se exalta también la figura de los antepasados «conquistadores» y surge una historiografía que es una forma de «patriotismo regional». Como era de esperarse en la época, los asuntos de índole económica adquieren relieve y también cobran importancia los relatos, sobre todo, las descripciones hechas por viajeros e integrantes de expediciones científicas.

4.4.1. Los diarios de viajes y las cartas de relación:

Cristóbal Colón y Hernán Cortés

Parte de la historiografía indiana la constituye otro tipo de textos, que junto con las crónicas, son producto acabado para su época y fuentes para la historia que se elaborará en los siglos siguientes hasta la fecha. Así tenemos:

- Diarios y cartas: surgidos de la necesidad inmediata de comunicarse, dan cuenta de lo que se ve y de lo que ocurre, mostrando de forma espontánea y sin mayor artificio literario lo cotidiano, el discurrir de los sucesos confundidos en ocasiones con el asombro, la perplejidad o la admiración.

¹¹ La periodización que sigue a continuación ha sido hecha tomando en consideración los comentarios y especificaciones de Esteve Barba (1992: 18 -20) a los que hemos añadido reflexiones propias.

- Relaciones: informes con textura notarial confeccionados algunas veces basándose en las respuestas a un cuestionario. En otras ocasiones adquieren forma a partir de un corpus epistolar que contiene información abundante y ordenada. El resultado es un texto escueto de estilo sobrio y directo que se produjo durante todo el proceso de la colonización. Hay que anotar también que las relaciones eran textos de testigos directos por haber participado en los hechos o porque recogían relatos de primera mano. Algunas relaciones obedecieron a encargos de terceros o a la necesidad de sostener las probanzas de méritos y servicios de sus autores. Es así como desde el primer momento en que los europeos se toparon con América, diarios, cartas y relaciones constituyen una narrativa en la que nuestro continente tiene una presencia vital¹².

Aunque Cristóbal Colón creyó que su hallazgo y el objeto de su relato era Asia, ofreció una visión particular sobre América, utilizando diarios y cartas que hoy se conocen como cartas y relaciones. Aparentemente todo lo que escribe se orienta a dar cuenta de su hallazgo, transmitir sus impresiones y describir lo que observa. Sin embargo, al analizar con detenimiento su producción —que de hecho no tuvo intención de ser historia— nos daremos cuenta de que va más allá en sus intenciones y que tales documentos trasuntan diferentes temas ligados a objetivos mayores que el simple hecho de dar cuenta y que respondían a la personalidad del Almirante, quien, aparentemente, se sintió partícipe de un proyecto signado por la mano de la Divina Providencia.

Pero su curiosidad por la naturaleza, el deseo de conocer, y el afán por describir corresponden en este caso a la naciente modernidad: «El primer etnógrafo del descubrimiento fue el propio Colón. Él es quien por primera vez, y por cierto antes de fijarse en el paisaje, describe a los indios que salen a su encuentro, de un modo preciso, sobrio e imparcial» (Esteve Barba 1992: 13).

De los diarios que se sabe escribiera Colón en cada travesía solo se conservan dos extractos correspondientes al primer viaje confeccionados por Bartolomé de las Casas, en los cuales el fraile dominico introdujo interpolaciones: unas eran propias y otras fueron datos extraídos de la biografía de Colón, escrita por su hijo Hernando. Algo parecido sucede con los diarios de a bordo del segundo y tercer viaje, ya que las referencias nos llegan nuevamente mediante Hernando

¹² Sobre este tema puede consultarse el interesante trabajo de Mignolo (1981), que con acierto analiza a los diferentes tipos de documentos de corte historiográfico sus características y relaciones entre sí.

Colón y fray Bartolomé de las Casas¹³. De cualquier manera, sobre el tercer viaje se conoce una relación escrita por el propio don Cristóbal y dirigida a los Reyes Católicos. En lo que respecta al cuarto y último viaje se cuenta con una carta escrita por Colón en Jamaica, fechada el 7 de julio de 1503 y dirigida también a los Reyes. Otros documentos colombinos son dos cartas que el Almirante enviara en febrero y marzo de 1493 a Gabriel Sánchez, tesorero del reino de Aragón y a Luis de Santángel, escribano de ración de la corte.

Los escritos colombinos demuestran que el descubridor de América hizo uso de sus conocimientos sobre Asia, pero también de las viejas leyendas medievales a la hora de interpretar la realidad. Su propósito fue probar que había llegado al destino que se había fijado, es decir, el continente asiático. En cuanto a su estilo, puede decirse que es sencillo y muy ágil, y que en lo referente a sus descripciones, ellas revelan una gran sensibilidad para captar lo singular de su experiencia en contacto con una realidad que se mostraba exótica y sugerente ante sus ojos. De lo que se conoce de sus diarios se desprenden diversos temas que muestran la preocupación de Cristóbal Colón por dar cuenta y manifestar sus impresiones. Asimismo, se suelen hacer referencias acerca de cierto perfume religioso que en algún momento empieza a impregnar sus escritos, considerando además el *Libro de las profecías*, que escribiera ya liberado de su prisión y de vuelta a España. Sin embargo, Iglesia llamó la atención sobre la necesidad de dar a este tipo de escritos colombinos una interpretación diferente, que no sería otra que una utilidad práctica inmediata, «proveniente de un alma atormentada y vencida por el sufrimiento», objetivo que no sería otro que, a través de ese libro ultraterreno y visionario, hacer un alegato para lograr la rehabilitación de sus derechos, fruto de su manía pleiteante de los últimos años, suponiendo Iglesia que si Colón demostraba que estaba llamado a ser él y no otro el descubridor de las Indias, los Reyes no dejarían de reponerle en su dignidad arrebatada por Bobadilla (Iglesia 1986: 87, 88 y 90).

El primer diario deja ver la vivencia de su aventura y el asombro y la novedad que provocan el hallazgo, detallando lo que observa en lo que podríamos llamar un primer golpe de vista. Este tono y temática seguramente se mantuvieron en el segundo diario, pues otros documentos escritos por miembros de la tripulación

¹³ Hernando era hijo natural de Cristóbal Colón y fue paje de la reina Isabel y de su hijo D. Juan, posteriormente formó parte del séquito de Carlos V. Acompañó a su padre en su cuarto viaje y luego por su cuenta o formando parte de la corte, viajó por Europa. Pudo gozar de considerables recursos económicos que empleó sobre todo en viajar y hacerse de una importante biblioteca. En 1571 se dio a luz en Venecia una edición en italiano del manuscrito escrito en español donde Hernando contaba la *Historia del Almirante Don Cristóbal Colón*. Naturalmente, se trata de una obra sesgada por el afecto a su padre, lo mismo que apasionada y dura al juzgar al rey D. Fernando (*Ibidem*: 37-38). Véase también sobre la biografía de este hijo de Colón y la obra que escribió sobre su progenitor (Iglesia 1986: 98 -108).

o gente vinculada a dichas travesías así lo denotan. Pero, obviamente, abundan las descripciones y detalles sobre el recorrido y los hallazgos realizados.

Las cartas de Cristóbal Colón a Sánchez y Santángel recogen una variedad de temas, desde dar cuenta de los descubrimientos y toma de posesión hasta la conversión de los naturales, pasando por la descripción del territorio y su gente, el anuncio de los pasos que daría en adelante y asuntos de comercio. En su relación del tercer viaje, el Almirante hace un resumen de lo hecho hasta ese momento, pero es fácil advertir que:

Mayor experiencia respecto al comportamiento de los hombres, mayor copia de lecturas y de meditaciones, han hecho que esta Relación no tenga ya el carácter ingenuo y absorto en la belleza de las cosas que distinguía a las impresiones del descubridor durante el primer viaje; que no refleje ya, simplemente, una actitud maravillada ante la especie de milagro del hallazgo. Colón, que en la primera de sus expediciones contaba sencillamente lo que veía, ahora hace hipótesis, aplica cierto grado de erudición, adopta una actitud mística y salpica su escrito de confidencias (Esteve Barba 1992: 29-30).

Esta contemplación de la belleza tiene que ser entendida como una actitud que no reemplazó a su permanente interés por obtener beneficios y reconocimiento personales y familiares. Esta posición se dio también en otros autores de crónicas y relatos sobre las empresas descubridoras, conquistadoras y colonizadoras.

En el caso de Antonio Pigafetta¹⁴, quien fuera miembro de la tripulación de la expedición que dio la vuelta al mundo, sabemos que durante el viaje fue elaborando una relación, en la que con meticulosidad, casi a manera de bitácora, iba anotando día por día las incidencias del viaje alrededor del mundo, así como lo que observaba acerca de las diferentes poblaciones, la flora y fauna, e inclusive se esforzó por recoger vocabularios de voces nativas, como la de los indios que los europeos llamaron patagones. El relato se inicia con la partida de Sevilla de la expedición y termina cuando la nave Victoria, la única que completó el viaje, atracó en Sanlúcar de Barrameda. Se sabe que esta obra tuvo varias copias, pero una de ellas cuenta con cartas geográficas ilustradas con diversos dibujos.

Hernán Cortés fue otro de los protagonistas de la empresa conquistadora que dio cuenta de su actuación en el establecimiento hispano de Nueva España. En efecto, escribió sus *Cartas de Relación*, alcanzando a hacer un trabajo literario

¹⁴Natural de Vicenza (Italia) nació en 1491 y murió en 1534. Luego de formar parte de la tripulación que realizó la primera vuelta marítima a la tierra, pasó a España en el séquito del protonotario apostólico Chiericati. Como correspondía a un hombre de mar tuvo conocimientos de astronomía y cartografía.

bien logrado e informativamente completo acerca de los sucesos de la conquista de México.

Sus propósitos son evidentes y guardan relación con las circunstancias, su rol en los acontecimientos y las obligaciones que se derivaban de su carácter de líder de la hueste. Así pues, Cortés busca, en primer lugar, informar al Rey destacando su propia actuación, evidenciando que tiene conciencia de estar protagonizando algo importante.

Como es natural, se refiere tanto a las peripecias como a los grandes acontecimientos de la conquista y colonización de Nueva España entre 1519 y 1526 y, por eso mismo, las cartas fueron escritas en diferentes puntos de la ruta seguida por Cortés y sus expedicionarios: Vera Cruz, Segura de la Frontera, Cuyoacán y Tenochtitlán. Al redactar sus cartas de relación el conquistador de México no descuida el marco geográfico, social y cultural, puesto que ellos constituyen el escenario de su hazaña.

Las cartas, que son cinco, fueron dirigidas al Emperador Carlos V. La primera se tiene hasta hoy por perdida, pero existe certeza de su existencia a través de varios indicios; tres de las epístolas fueron publicadas en el mismo siglo XVI, poco tiempo después de ser escritas, mientras que otra debió aguardar más tiempo, hasta el siglo XIX, para ser editada.

Gracias a sus *Cartas de Relación*, Cortés ha sido comparado con Julio César y sus *Comentarios a las Guerras de las Galias*, puesto ambos autores fueron guerreros y gobernantes que narraron con estilo conciso y sencillo los acontecimientos vividos, intentando de esta manera esclarecer su propia actuación. Es necesario hacer las siguientes precisiones respecto al estilo de Cortés: es sobrio y sin rebuscamientos, desarrolla una narración continua sin cortes bruscos, escribe espontáneamente en primera persona y expresa cierto apego y simpatía por el pueblo vencido, en especial cuando describe sus costumbres, construcciones, etcétera.

4.4.2. Las crónicas mayores de Indias de Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés y Antonio de Herrera y Tordesillas

Escritas por eruditos obedeciendo al encargo de la Corona española, el propósito principal de estas obras era compilar las informaciones conocidas a través de documentos oficiales y otras crónicas que circulaban en España. Su finalidad era específicamente utilitaria, pues de lo que se trataba era de facilitar el conocimiento básico del Nuevo Mundo a los miembros de la corte y a los funcionarios que debían atender los asuntos concernientes a la administración de los dominios

españoles en América, lo que puede resumirse muy bien en la siguiente sentencia: «conocer para gobernar»¹⁵.

El cargo de Cronista Mayor de Indias fue desempeñado por reputados intelectuales y hombres de corte por lo general, y es de resaltar que no todos estuvieron en América. El primero de ellos fue Juan López de Velasco, autor de *Geografía y descripción universal de las Indias*. En 1775 el cargo fue transferido a la Real Academia de la Historia por disposición del monarca Fernando VI para promover la instrucción pública y perennizar el accionar los hechos de los españoles.

Como es conocido, su actividad dio origen a una «historiografía oficial», caracterizada también por su cuidadosa redacción y su buen soporte erudito. Entre otros, debemos mencionar a Pedro Mártir de Anglería, humanista estrechamente vinculado a España y temáticamente a América. El conjunto de su obra es impresionante, ya que, en primer lugar, están sus 813 cartas latinas escritas entre 1488 y 1525 y que se conocen como *Opus Epistolarum*, obra publicada en España en 1530, cuatro años después de su muerte y editada también en Ámsterdam en 1670. En las primeras cartas, fechadas en 1493 y 1494, da cuenta de la llegada de Colón y el autor busca lo ameno, exótico y sobresaliente de los hallazgos del Almirante genovés junto con otros temas relacionados al Nuevo Mundo.

Al evaluar este *Opus Epistolarum* se ha dicho que refleja la visión más bien de quien hoy sería llamado «periodista» o en todo caso «publicista», debido a que trata asuntos plenamente contemporáneos o coyunturales y por su evidente propósito de exaltar el rol de la corona hispana.

Similares características al *Opus Epistolarum* tuvo su obra denominada *Décadas del Nuevo Mundo*, su trabajo más importante.

Acerca de los sucesos en los años que abarcó su vida, reunió datos abrumando a preguntas a descubridores y conquistadores, como un reportero de nuestro tiempo lo haría, para transmitirlo todo en seguida, antes de que pierda la novedad, y hacerlo llegar a diversos destinos, tal vez sin el reposo necesario, pero con la agilidad de un periodista ansioso de ofrecer a los doctos 'que emprenden escribir cosas grandes, inmenso y nuevo mar de materia'. El conoció y trató personalmente a personajes como Colón, Caboto y Vespucio, y sus conversaciones con estos hombres constituyeron un magnífico campo de de información para sus *Décadas*, que acrecentó con la información abundante que pudo obtener de cartas y escritos oficiales [...] (Esteve Barba 1992: 59).

¹⁵ Sobre el particular puede consultarse Cuesta (2007), entre otros.

Empezó a escribir la mencionada obra a partir de 1494 y terminó de hacerlo en 1526. Para entonces, las *Décadas* constaban de ocho partes, que a su vez comprendían diez libros cada una, de ahí el nombre de décadas. Si bien está inscrita en el rubro de las crónicas mayores, ello no quita que el resultado final fuera más bien un conjunto un tanto desordenado de relatos, noticias y descripciones sobre América, que tiene como virtud referirse a los pueblos y sus costumbres, pese a que casi no se considera su organización política. Aquí también este autor contempla la narración de los cuatro viajes de Cristóbal Colón y de otros navegantes. Si bien se ha puntualizado además que no es posible advertir una diferencia significativa entre esta obra y el *Opus Epistolarum*, salvo por su extensión, lo cierto es que *Décadas* estuvo destinada a un público culto, lo que no impidió que alcanzara hasta veintidós ediciones en latín y otras lenguas.

Pedro Mártir de Anglería utiliza datos que le resultan familiares, por ejemplo descalifica lo fabuloso pero lo toma en cuenta si se parece a las fábulas de la Antigüedad. Los héroes, fueran estos hombres o mujeres, son retratados bajo patrones clásicos. No da relieve a los aspectos religiosos de la empresa y más bien se interesa por lo novedoso y pintoresco del Nuevo Mundo.

Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, a quien debe considerarse historiador, naturalista y etnólogo, si cabe el anacronismo, desarrolló una obra amplia que incluye *El libro de Cámara del Príncipe D. Juan*, pues siendo casi un niño sirvió en la corte al lado del hijo de los Reyes Católicos. También está *Catálogo Real de Castilla, y de todos los Reyes de las Españas, e de Nápoles y Sicilia*, que le encargara en 1505 el rey Fernando a fin de precisar el vínculo de ascendencia del Emperador con las casas reales europeas. Dicho encargo finalmente salió a la luz veintiocho años más tarde. Entre su variada producción se cuentan los siguientes títulos: *Respuesta a la Epístola moral del Almirante de Castilla*; *Relación de lo sucedido en la prisión del Rey Francisco de Francia* y *Batallas y Quincuagenas*, que incluyen una novela de caballería. Puede decirse que, en general, el carácter de estos trabajos es memorialístico y los personajes centrales son parte de la nobleza o gente destacada desde los reinados de los Reyes Católicos hasta Carlos V.

La obra que nos interesa está formada por *Sumario Natural de la Historia de las Indias*, la primera historia de América impresa en España (1526) y que debe ser tenida como la primera parte de la *Historia General y Natural de las Indias*. Oviedo tomó como modelo a los clásicos, sin embargo, orienta su explicación a una idea muy característica de su propia época: que el conocimiento del Nuevo Mundo y de su gente diferente servirá para conocer mejor a Dios y sus obras. En este sentido hay que considerar que en la medida que fue avanzando en la redacción de su obra, y conforme al curso de los acontecimientos, este cronista, que inicialmente no consideró necesario justificar el dominio de España en las

Indias, se ve instado a explicar los sucesos más tristes atribuyéndoselos a los colonizadores, a las malas acciones de la gente ruin, por lo que en consecuencia eleva la imagen de los indígenas.

Su trabajo lo muestra como un cronista bien documentado y no podía esperarse otra cosa, dada su condición oficial de Cronista Mayor. En síntesis, sus fuentes fueron las siguientes: relaciones e informes de funcionarios; informes particulares de los propios actores de los acontecimientos, a quienes conoció en su mayoría; y, observaciones y detalles obtenidos de su propia experiencia. Una reconstrucción de su biblioteca personal, a partir de las referencias consignadas en sus obras, revela que Fernández de Oviedo tuvo en sus manos casi todos los textos aparecidos hasta entonces sobre el Nuevo Mundo, tales como las *Cartas* de Hernán Cortés, las *Décadas* de Pedro Mártir de Anglería, la obra de Pigafetta, lo mismo que la de Américo Vespuccio y también la *Conquista del Perú* de Francisco de Jerez.

Finalmente, hay que decir que su estilo es claro y el mismo autor declara que no quiere adornarse haciendo uso de la retórica, porque lo que busca es la verdad. No escribe en latín sino en castellano, puesto que los asuntos que trata afectaban e interesaban principalmente a los españoles y había de usarse su lengua (Esteve Barba 1992: 72 y ss. y Dadson 1994: 3).

Antonio de Herrera y Tordesillas fue otro Cronista Mayor, autor de *Historia General de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, que se conoce por lo común bajo el título de *Décadas*. También escribió *Historia de Portugal y Conquista de las Islas Azores*, entre otros escritos. Su obra principal fue bien estimada en su época, pero inicialmente solo se publicó la introducción y las primeras cuatro «décadas», y el resto catorce años después. El trabajo abarca desde el descubrimiento hasta 1554, lo que quiere decir que escribe sobre acontecimientos que no corresponden a su propia época, apoyándose en documentos y trabajos publicados por otros cronistas cuando los actores de los acontecimientos narrados ya no forman parte del escenario en el que se mueve Herrera.

Trabaja según moldes clasicistas y emplea inmejorables fuentes documentales, consultando también manuscritos de crónicas y documentos que todavía no se habían publicado, aunque sus referencias pecan de imprecisas. Su crítica no es muy puntual y parece un tanto ingenuo. Otro rasgo de su trabajo es que su criterio es claramente eurocentrista. No se ocupa de las costumbres indígenas y las características de sus sociedades sino muy brevemente, lo suficiente para hacer prevalecer sus criterios etnocentristas. En cuanto a su estilo, puede decirse que escribe adornándose y abusa de los discursos, alargándolos en demasía.

4.4.3. La cronística elaborada por Bartolomé de las Casas, Francisco López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, José de Acosta S. J., Jerónimo de Vivar, Pedro Mariño de Lovera, Antonio de Solís, Bernardino de Sahagún y Pedro Cieza de León

Como es ampliamente conocido, fray Bartolomé de las Casas escribió *Historia de las Indias*; *Apologética histórica de las Indias*; *Del único modo de atraer a los pueblos a la verdadera religión*; *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, además de otros escritos, pero la primera y la última fueron sus obras más difundidas.

Historia de las Indias trata desde la época de Colón hasta 1520 y su autor la escribió entre 1552 y 1561. En cuanto a la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* se puede afirmar que es importante porque constituye una verdadera valoración de la conquista y fue, desde el primer momento, un trabajo muy controversial. En general, el llamado discurso lascasiano tuvo una acogida de lectura, al margen de las actitudes de simpatía que pudiera haber congregado, lo que queda demostrado en la discusión en torno a sus propuestas, que se refleja en numerosas obras de diferentes autores y en las repercusiones, especialmente sociales y políticas, de sus planteamientos.

Las Casas puede ser calificado como doctrinario y erudito, siendo su objetivo principal probar los excesos de la conquista y asumir la defensa de los indígenas. Si bien es cierto que sus propósitos y su obra parten de su propia experiencia en América como conquistador y encomendero, no es menos real que no participó en la mayoría de los hechos que refiere. Su vocación histórica solo se da en función de sus objetivos. Son conocidas sus exageraciones motivadas por su intento de sustentar sus tesis a través de descripciones, que adquieren así un carácter argumentativo. Toma muchos datos de Oviedo, pero en realidad escribe para refutar su visión acerca de los indios y, como mencionáramos anteriormente, una de sus fuentes más importante es el *Diario de Colón*.

Pero detengámonos un tanto en señalar los diversos propósitos que dieron impulso a su esfuerzo narrativo. En primer lugar, hay que mencionar que declara escribir sobre las cosas principales de Indias para hacer una narración verídica de los hechos, dado que considera que en esa verdad se encontrará el origen de toda justicia y derecho. También contempla la utilidad común, espiritual y temporal de los pobladores de América y evitar que sigan desapareciendo, lo mismo que el bien y la utilidad de España, a la par que toma en cuenta la defensa de la honra de los Reyes de Castilla. De cualquier manera, junto a sus consideraciones de orden moral y doctrinal que lo llevan a sostener que es de necesidad moderar la jactancia y vanidad de muchos y descubrir la injusticia existente en las obras viciosas y en las maldades de las que se vanagloriaban los conquistadores, manifiesta interés

por informar acerca de los principios del descubrimiento y a todo lo referente a la gesta conquistadora. Estableció claramente su posición respecto al tema de la discutida humanidad de los habitantes oriundos de América sustentando su criterio en la necesidad de salvar a España de tan gravísimo y pernicioso error. Su *Historia* muestra una reflexión profunda sobre los hechos acontecidos en la conquista y colonización, búsqueda de veracidad junto con una preocupación por la verdad teológica, en tanto que en *Apologética* pone énfasis en la esperanza acerca del destino de los indios americanos. Para Las Casas la verdad viene de la experiencia interpretada por quienes posean sabiduría, prudencia y espiritualidad para alcanzar además juicios objetivos (O'Hara 1990: 343-344)¹⁶.

El sentido de sus escritos resulta más claro cuando se toma en cuenta la evolución de su pensamiento, y así debemos señalar que hasta 1542 no rechaza la validez de la concesión alejandrina y, por consiguiente, admite el poder de los reyes castellanos sobre las Indias y no duda sobre el hecho de conseguir el sometimiento de los naturales, aunque siempre por la vía pacífica. En sus *Tratados* de 1552 sigue considerando válidos los derechos de los Reyes sobre el Nuevo Mundo, pero sin que se prive a los indios del poder político y la autoridad. Finalmente, en sus últimos años llegará a sostener que la donación pontificia solo daba jurisdicción de derecho a los Reyes y que debería completarse con el sometimiento voluntario de los indios, a fin de lograr una soberanía plena y efectiva sobre ellos (Castañeda 1996: 509-518)¹⁷.

En cuanto al estilo que emplea es notorio su carácter apologético, pero además adorna sus escritos con referencias tomadas de los humanistas, aunque en gran medida ello debió obedecer también a la necesidad de argumentar en favor de sus críticas y planteamientos.

En suma, puede hablarse de un lascasianismo como corriente de opinión identificable en la sociedad y la política coloniales y, asimismo, en crónicas y otros documentos, revelándose no solo coincidencias sino, claro está, abiertas oposiciones. A la necesidad de conocer la realidad política y cultural de las sociedades precolombinas con el propósito de instalar y ordenar a la primera sociedad colonial, permaneció, pero fue tomando un giro diferente cuando entraron a tallar los intereses en conflicto de los diferentes sectores que conformaban el mundo iberoamericano y se hacían evidentes los estragos de la colonización en la población nativa. A partir de esta última perspectiva se puede advertir en las crónicas la influencia del pensamiento lascasiano, puesto que en algunas se hace

¹⁶ Sobre las dimensiones teológicas de la obra y el cristianismo de Bartolomé de las Casas véase por ejemplo Castillo (1993).

¹⁷ Sobre la obra del dominico y su pensamiento se ha escrito bastante. Se pueden mencionar, entre otros, los trabajos de Friede (1974) y Gutiérrez (1990).

la defensa de los derechos de los naturales y en otras se expresan argumentos en contra de los planteamientos del dominico y sus seguidores.

Lo que pretendo subrayar es que las proposiciones de Bartolomé de las Casas ingresan de una u otra forma al pensamiento de la época y aunque no se pretenda ingresar en el debate originado por sus opiniones y propuestas, podemos decir que terminan siempre impregnado de alguna forma a los textos.

Francisco López de Gómara escribió *Historia general de las Indias* en dos partes. La primera se refiere a los descubrimientos y las conquistas hasta 1552, mientras que en la segunda trata específicamente sobre la conquista de México. Todo parece indicar que escribió primero sobre la conquista de México y que luego consideró necesario hacerle una introducción. Ambos trabajos dieron lugar a la *Historia de las Indias*. Se sabe que también escribió *De los hechos de los Barbarrojas* a partir de su participación en la guerra de Argel.

Puede decirse de Gómara que es un cronista bastante docto y de claro corte renacentista que nos ofrece una visión heroica, individualista y aristocrática de la historia. Subraya el papel de los grandes, pero trata de compatibilizar el interés que hoy llamaríamos etnográfico con una composición literaria buena o artística. No hay que olvidar que muchos de los cronistas conquistadores y aquellos de formación humanística expresan en sus obras la creencia de que el curso histórico es impulsado por la acción decidida de las grandes individualidades. Lo hacen bajo la influencia de tres factores: el afán de gloria perseguido por los conquistadores, que los lleva a exaltar su actuación; el sistema de organización de comunicaciones de la Corona, vinculado a un sentido premial, que llevaba a que cada carta de relación o documento similar enviado desde América significaba una posibilidad de encumbramiento para los jefes de las expediciones; y, la influencia del pensamiento humanista, que tiende a destacar la significación histórica de los personajes excepcionales.

Asimismo, Gómara sabe usar las fuentes y escribir la historia de cada pueblo por separado. Abandona lo fabuloso y se muestra crítico, utilizando con frecuencia la ironía, aunque, en general, su estilo es llano. Cuando se refiere a la historia general de las Indias se preocupa por ser sintético, porque esa parte, como ya se anotó, fue concebida como una introducción para dar marco y realce al tema central que da lugar a la otra, es decir, la conquista de México y las hazañas de Hernán Cortés, narración en la que por el contrario se vuelve prolijo y así el relato alcanza mayor extensión.

El trabajo de Gómara acerca de la historia de las Indias posee la virtud de ofrecernos un panorama general en el que se destaca lo esencial, visión verdaderamente sintética que no alcanzaron a ofrecer de manera cabal Oviedo o Bartolomé de las Casas (Berchanski *et al.* 1980: 153 y ss.). De cualquier manera, su defecto

es que se parcializa con Cortés y lo retrata como el genio que llevó a cabo una gran empresa. La exaltación del conquistador de México guarda relación no solo con su vínculo con la familia de dicho líder, sino con la admiración que Gómara expresa en general por la obra de los españoles en el Nuevo Mundo. Es por ello que acude a métodos clásicos: discursos del héroe y elementos de la literatura caballeresca, por lo que se ha afirmado que «más que una historia parece una biografía que, dotada de cierto sentido plutarquiano, comienza con el nacimiento del héroe para terminar con su muerte. Ni siquiera un historiador de la Antigüedad hubiera desdeñado poner en boca de su protagonista los discursos que Gómara atribuye a Cortés» (Berchanski *et al.* 1980: 109).

Llama la atención en los *Annales del Emperador Carlos V* de Gómara la calidad de los numerosos retratos literarios de personajes de la época que salpican el texto. La calidad contrasta, por otro lado, con el carácter esquemático de la obra en su conjunto. Concebida como una historia universal del periodo comprendido entre 1500, año del nacimiento de Carlos V, y 1556, año de su abdicación. Gómara la organizó en forma de anales, y la hace girar en torno a los principales hechos del reinado del Emperador. Después de anunciar el nacimiento de Carlos V en Gante, el 25 de febrero de 1500, el mismo Gómara expone cuál será el plan general que se dispone a seguir.

Son muchos los acontecimientos importantes que Gómara solo menciona de pasada, y el lector tiene la impresión de que el historiador se limitó a hacer breves anotaciones sobre estos hechos en los años correspondientes, con la intención de volver más tarde sobre el tema para darle un desarrollo adecuado. Y este laconismo sorprende, sobre todo si se contrasta con la brillantez literaria de los retratos de los principales protagonistas de la historia. También en su *Historia de la conquista de México* resalta el retrato de Moctezuma.

Considera la narración de vidas como un tipo de los discursos históricos posibles, como era usual entre los tratadistas del Renacimiento. Y es que en el «siglo de oro» la distinción que se hacía en la Antigüedad entre historia y biografía había quedado superada. Gómara establece entre las historias que pretenden transmitir solo los hechos memorables de individuos y la escritura de vidas, en las que hay que reflejar el carácter de la persona con sus virtudes y sus vicios. Si las historias que narran las grandes hazañas pueden escribirse mientras la persona esté viva, para narrar la vida de un personaje relevante es preciso esperar a que se produzca su muerte. Solo entonces el historiador se encuentra con libertad suficiente para emitir sus juicios negativos sobre el individuo en cuestión sin temor a represalias. Sin embargo, en su *Historia de la Conquista de México* pone gran énfasis en la narración cronológica y pormenorizada de los hechos históricos en los que participó el personaje central de su obra, como medio para entender su

carácter, por lo que la frontera entre el género «vida» y el género «historia» viene a quedar un tanto desdibujada. Pese que se imprimió de inmediato, la crónica de Gómara fue después prohibida en reiteradas oportunidades en América y en la península ibérica, habiéndose considerado por la historiografía que tal censura se debió a la influencia de Bartolomé de las Casas. Sin embargo, más lógico parece el argumento de que fue el interés de la Corona de que no se destacase en demasía el rol de los conquistadores, lo que habría llevado a la prohibición¹⁸.

También escribió *Anales de Carlos V*, que abarca la historia de España desde 1500 a 1556, pero esta obra tiene una textura menor debido a su carácter de recopilación de información poco jerarquizada.

Bernal Díaz del Castillo ha sido considerado un memorialista, ya que escribió *Historia verdadera de la conquista de Nueva España* cuando se encontraba afinado en su encomienda de Guatemala, tras su participación en la conquista española de América. Concluyó en 1568 el mencionado trabajo, pero se publicó más de sesenta años después. Todo parece indicar que había empezado su obra en 1557, que en 1563 la habría dado por concluida, pero que cinco años más tarde la puso en limpio, lo que indica que no quedó muy satisfecho con su trabajo y que, en consecuencia, tal vez nunca la consideró terminada.

Esta crónica ha sido reeditada con frecuencia y traducida total o parcialmente al inglés, al alemán, al francés, al danés y hasta al húngaro, siendo calificada como «[...] uno de los libros más notables de la literatura universal. Testimonio de valor único, por su amplitud y precisión, sobre los hechos de la conquista, añade a su valor histórico la extraordinaria fuerza del relato, el vigor que irradian sus páginas, que nos acercan, como pocos autores han sabido hacerlo a los hechos que narran» (Saen 2007: 151).

Los estudios realizados sobre este cronista y su trabajo revelan que escribió su *Historia* obedeciendo a varios propósitos, tales como responder a Gómara y dar su versión de la conquista de México, otorgando crédito a los soldados de la conquista, sin los cuales los líderes no hubieran podido llevar a cabo su hazaña. Cuando escribe ataca al autor mencionado, aunque refutarlo no es la única razón por la que escribe, ya que sus datos le refrescan la memoria, puesto que ya había empezado a componer su obra cuando llegó a su poder la *Hispania Victrix* de Gómara.

Lo cierto es que todo apunta a que ante todo, Bernal Díaz del Castillo quiso mostrar ante sus descendientes y ante los funcionarios de la Corona su hasta entonces anónima participación, a la par de dar relieve a la labor de los soldados, anónimos miembros de las huestes. En este sentido, debe agresarse un rechazo

¹⁸ Véase Saen (2007).

a la información de las cartas de Cortés, en las cuales su nombre y los de sus compañeros no se consignaban. Ello no fue impedimento para que manifestara su admiración por Cortés, debido a sus virtudes militares, su tenacidad, valor y ejemplo. También se sabe que escribió para enmendar la visión de los conquistadores ofrecida por Las Casas.

A estos objetivos habría que añadir los intereses y pleitos de Bernal Díaz como encomendero: la necesidad de detallar las relaciones de méritos y servicios, la lucha por las encomiendas. No hay que olvidar que varios de los cronistas exigidos por la realización consciente de su labor se vieron obligados a tomar en cuenta los intereses enfrentados en cada uno de aquellos acontecimientos sobre los que aspiraban dar cuenta. Necesariamente tuvieron que considerar a la historia como un proceso consistente en una pugna de intencionalidades si deseaban mantenerse fieles a la dignidad de su oficio. De esta manera, la obra de Bernal Díaz del Castillo se convierte en el polo opuesto a la de Las Casas. Si este último defiende a los indígenas, el otro alega en favor de los conquistadores y reclama sus derechos, pone de manifiesto la idea corriente entre los conquistadores de que las guerras en América son la continuación de la reconquista de la Península Ibérica y, por lo tanto, la recompensa a los combatientes debía en ambos casos ser la misma (Berchanski *et al.* 1980: 145 y ss.).

¿Cómo explicar esta actitud de quien no habiendo sido un personaje fundamental en la conquista recibió el beneficio de una encomienda?, ¿por qué habría de reclamar entonces? Iglesia plantea, en base a textos de la pluma del mismo Díaz del Castillo, rasgos de su personalidad que estarían revelándonos su necesidad de dar «su versión» de la conquista. El cronista habría sido siempre un hombre desazonado y resentido; tenía mal genio, era murmurador, terriblemente pagado de sí mismo. Inmensamente ambicioso e insatisfecho resultaba ser entonces «el representante genuino de aquella generación turbulenta de conquistadores que cuando dejan de guerrear con los indios dedican el resto de sus vidas a forcejear con la Corona para conseguir mercedes que les permitan vivir sin trabajar» (Berchanski *et al.* 1980: 146).

A pesar de ello, se le tiene por sincero al intentar decir «su verdad», y cuando deforma los hechos acusa tal ingenuidad que es fácil detectar la tergiversación. Los naturales no son para él objeto de curiosidad sino el grupo que debe ser redimido. La historia es el testimonio de lo que se vio y en lo que se participó y, en el peor de los casos, de aquello sobre lo que se tuvo noticia directamente.

Su estilo se ha tildado de desaliñado y duro, propio del soldado, sin embargo, no carecía de lecturas y emplea algunas. No era evidentemente un letrado. Usa el «nosotros» o el «yo» y emplea muy escasas figuras retóricas, pero es irónico y pone notas heroicas a su relato. Duda cuando tiene que mencionar números, nombres

de ciudades o pueblos indígenas, así como establecer las correlaciones exactas de los acontecimientos. Es incapaz de seleccionar, de distinguir entre lo esencial y lo accesorio, y como lo cuenta absolutamente todo, en ello radica la riqueza de vida de su obra, que en todo caso es también una abundancia informativa.

Como se mencionó anteriormente, a partir de su conocimiento del Nuevo Mundo y del cumplimiento de sus obligaciones religiosas, el jesuita Joseph de Acosta publicó en un solo volumen, al finalizar el año 1588, dos obras importantes en latín: *De natura Novi Orbis*, dos libros que abordaban la naturaleza del Nuevo Mundo, y *De promulgando Evangelio apud barbaros sive de procuranda Indorum salute*, seis libros sobre la forma de predicar el evangelio entre los bárbaros. Ambos reflejan el carácter humanista del pensamiento del autor. Sin duda, el esfuerzo de este religioso se orientaba a realizar una interpretación total —y rectificatoria de lo que se había dicho— del Nuevo Mundo en sus aspectos natural y moral, es decir, científico natural y humano. Luego, Acosta separará y ampliará los dos libros que formaban *De natura Novi Orbis* para publicar, en 1590, esta vez en español, su *Historia Natural y Moral de las Indias*.

Esta resultó ser una obra de primera importancia, tan es así que fue mencionada por otros cronistas, como por ejemplo, el Inca Garcilaso de la Vega. Estaba compuesta de siete libros, advirtiéndose la intención del jesuita de dar un giro al tratamiento de los asuntos indianos, probablemente por ello fue consultada por el cronista Garcilaso. En efecto, frente a otros cronistas de su época que trataban de presentar a los incas como bárbaros y sanguinarios, Acosta plantea una visión diferente:

Del Nuevo Mundo e Indias Occidentales han escrito muchos autores diversos libros y relaciones, en que dan noticia de las cosas nuevas y extrañas que en aquellas partes se han descubierto, y de los hechos y sucesos de los españoles que las han conquistado y poblado. Más hasta ahora no he visto autor que trate de declarar las causas y razón de tales novedades y extrañezas de naturaleza, ni que haga discurso e inquisición en esta parte; ni tampoco he topado libro cuyo argumento sea los hechos e historia de los mismos indios antiguos y naturales habitantes de nuestro orbe (Acosta [1590] 1940: 9).

Escribió en Europa a partir de sus recuerdos, causa por la cual no abusa de datos y detalles. La parte que corresponde al mundo natural pretende sistematización y busca explicación o causalidad. A partir del quinto libro se refiere a los pobladores americanos, a sus características, creencias, costumbres e historia. Esta es la parte moral, puesto que no discute su humanidad, a fin de cuentas, ese debate ya había cesado y parte del reconocimiento de su libertad en el discernimiento.

En general, la obra de este jesuita muestra una actitud intelectual que no responde completamente a la tradicional en su época, ya que mantiene aspectos

conservadores en sus concepciones científicas unidos a un reformismo que fue seguido por algunos jesuitas en aquel entonces, invocando, por ejemplo, la noción de «libre albedrío» (Rivara 1970: 79-81).

Jerónimo de Vivar¹⁹ escribió *Crónica y relación copiosa y verdadera del reino de Chile*. Llega la crónica hasta 1558 en época de García Hurtado de Mendoza y fue publicada en 1766. Muestra semejanzas con las cartas de Valdivia y se la considera valiosa por denotar escasos errores, completando en diversos aspectos información conocida. Pese a que este cronista era de origen modesto y por ello debemos suponer que poseía una educación elemental, su trabajo lo revela como lector de otras crónicas y documentos, ya que, por ejemplo, describe el vestuario de los aborígenes de Atacama, comparándolo con el que se usaba en otra parte de los Andes: «vestidos como los del Pirú». También hace interesantes apuntes acerca de los aborígenes que observó en tierras atacameñas y se refiere a las mujeres diciendo, entre otras cosas, que «son de buen parecer» y que cubrían sus cuerpos «vistiendo un sayo ancho que cubre los brazos hasta los codos, y el faldamento largo hasta la rodilla». Su estilo es semejante al de otras crónicas del siglo XVI, pero escribe en pretérito.

Antonio de Solís y Rivadeneyra fue un hombre de letras y funcionario público que en el ejercicio de su cargo como Cronista Mayor de Indias compuso una obra que se conoce como *Historia de la conquista de México*. Esta se publicó poco antes de su muerte gracias al apoyo económico de su amigo Antonio Carnero Veedor, general de Flandes.²⁰ El relato que ofrece de los acontecimientos parece resultado de su concepción de la historia como un «gran drama». Hace de Cortés un héroe de novela apelando a un estilo sumamente retórico y a veces casi poético. Solís defiende la posición oficial al tratar sobre indígenas y conquistadores. Esa manera de escribir responde al hecho de que también fue autor de poemas y obras de teatro, por lo que combina adorno, elegancia, severidad y amenidad.

Pretende que su versión sobre la conquista de México sea tomada como una verdad plena que corrija errores e ideas aceptadas sobre los hechos, pero marcadas por errores de diversa índole. En el proemio al rey de España dice «[...] pongo a los Reales pies de V. M esta primera Conquista de la Nueva España que andaba obscurecida ó maltratada en diferentes Autores. Siendo una empresa de inauditas circunstancias, que admiró entonces el mundo, y dura sin perder la novedad en

¹⁹ Natural de Burgos (España) fue un soldado de a pie, modesto y de origen villano. No tuvo acción destacada por lo tanto no alcanzó grandes posiciones. Estuvo en Chile desde 1519 aparentemente al mando de Pedro de Valdivia.

²⁰ El título original fue *Historia de la Conquista, población y Progresos de la América Septentrional conocida con el nombre de Nueva España* y debió constar de dos partes, aunque la segunda quedó inconclusa e inédita.

la memoria de los hombres». Es interesante indicar que explícitamente señala que son tres los más grandes acontecimientos de la hazaña de España en América: la navegación de Cristóbal Colón, la conquista de Nueva España hecha por Hernán Cortés y la realizada por Francisco Pizarro en el Perú. Asimismo, ofrece una contextualización de la conquista de México, al situar a sus lectores en el escenario de lo que ocurría entonces en España. Es decir, ratificando así su perspectiva etnocéntrica.

Pese a que esta crónica se publicó superando dificultades económicas y a lo deprimido que se encontraba el mercado libresco por esa misma razón, la historia de Solís alcanzó una notable difusión en su época, y entre algunos elogios que se pronunciaron a favor de este trabajo estaba aquel en el que se afirmaba que «presentaba a los bárbaros menos bárbaros». Más adelante fue traducida al francés, inglés e italiano.

Bernardino de Sahagún fue, en cambio, un fraile franciscano que desde 1530 vivió a lo largo de sesenta años en Nueva España y escribió *Historia General de las cosas de Nueva España*²¹. Su obra tiene la singularidad de haber sido escrita originalmente en idioma nativo y haber sido traducida al español por el mismo autor. Trata extensamente sobre los aztecas, luego sobre la conquista española, ocupándose preferentemente de cuestiones religiosas, en uno y otro caso.

La obra de Sahagún trasunta una sombría visión de la realidad, debido a que fue testigo directo de la manera cómo la conquista y colonización afectaban a la rica cultura de los nativos. Ese aprecio por la cultura de los indígenas no se mostró teñido por su celo evangelizador, que sin duda fue el motor de su afán por conocer a las sociedades y culturas de los pobladores autóctonos de Nueva España. Escribió en náhuatl, latín y español. Quince o dieciséis años después de su llegada inicia su trabajo sistemático acerca de la cultura, creencias, artes y costumbres de los antiguos mexicanos, a partir de la elaboración de cuestionarios en náhuatl, con la colaboración de los nativos que estudiaban en el Colegio de la Santa Cruz y que aplicó a los ancianos líderes indígenas. Surgen así los denominados *Códigos matritenses*, elaborados a partir de la información recogida en Tepepulco (1558-1560) y Tlatelolco (1564-1565), hasta llegar a una nueva versión (1566-1571), cuyo texto en realidad corresponde a la *Historia general de las cosas de Nueva España*²².

²¹ Otro cronista franciscano, pero que se ocupó de la conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada y Gobernación de Venezuela fue Pedro Aguado, quien escribió en la década de 1570 *Recopilación Historial*.

²² El llamado *Códice florentino* es la versión que Sahagún entregó en 1580 a su superior el padre Sequera en circunstancias en las que todas las copias de su trabajo habían sido retiradas por man-

Su obra está marcada por la mano no solo del propio Sahagún, en cuanto se percibe la tradición cultural occidental —con su impronta medieval y renacentista—, sino también de la cultura náhuatl gracias a sus colaboradores.

Pedro Cieza de León fue verdaderamente un notable cronista. Hay indicios de que cuando se publicó la primera parte de su *Crónica del Perú* ya había terminado toda la obra, aunque también hay motivo para pensar que la habría reescrito y hecho añadidos. Iniciado su trabajo, Gasca le habría dado el encargo de completarlo, por lo que recibió cartas del presidente para que se le ofreciera información durante su viaje a Charcas.

Su principal objetivo declarado fue dar cuenta de los hechos de los españoles en los Andes, lo que incluía a las guerras civiles y la rebelión de los encomendados. Pero solo trató sobre las batallas —o guerras— de Salinas, Chupas y Quito.

Muy alto y muy poderoso señor, como no solamente admirables hazañas de muchos y muy valerosos varones: sino infinitas cosas dignas de perpetua memoria de grandes y diferentes prouincias, ayan quedado en las tinieblas del oluido, por falta de scriptores que las refriessen y de hystoriadores que las tractassen (Cieza de León [1533] 1984: 6).

En efecto, las motivaciones declaradas por el propio cronista indican que buscaba conservar la memoria de lo visto y sucedido en la colonización americana, ya que, como dice, observó que nadie se ocupaba de escribir nada de lo que pasaba y sabía que el tiempo consume la memoria de las cosas, de tal manera que si no es por rastros y vías exquisitas, en lo venidero no se sabría con verdadera noticia lo que pasó. Asimismo, considerando el origen común de indios y españoles —de Adán y Eva—, y por estar destinados todos al beneficio de la Redención cristiana, es necesario que el mundo sepa cómo tanta multitud de gente, es decir, los indios, fue reducida al «gremio de la madre Iglesia». También señala el consabido propósito enunciado por todos los cronistas, a saber: para que en los tiempos que han de venir se conozca cómo y cuánto se amplió el dominio de la Corona real de Castilla.

Construye con claridad su criterio de verdad «[...] a mi me basta auer scripto lo cierto: porque esto es lo que más he procurado, porque mucho de lo que scriuo *vi por mis ojos estando presente y anduve muchas tierras y prouincias para verlo mejor. Y lo que no vi trabajé de me informar de personas de gran crédito, Christianos y Indios* (Cieza de León [1533] 1984: 7; el énfasis es nuestro).

dato de la Corona, temerosa de que su difusión sirviera para soliviantar a los indígenas de Nueva España.

También manifiesta de forma explícita su conciencia de que tratará sobre un tema complejo: las cosas grandes sucedidas en la conquista y colonización, así como las diferencias entre esas Indias y el mundo conocido por los europeos. «Porque ¿quién podrá decir las cosas grandes y diferentes que en él [nuevo mundo] son? [...] de lo más importante dello, muy poderoso señor, he hecho y copilado esta hystoria de lo *que yo vi y traté y por informaciones ciertas de personas de fe pude alcanzar*». Dicho criterio de verdad estará acompañado por su convicción acerca de la importancia y la utilidad de su relato: «Lo que yo aquí scriuo son verdades y cosas de importancia, prouechosas, muy gustosas; y en nuestros tiempos acaes-cidas; y dirigidas al mayor y más poderoso príncipe del mundo que es Vuestra Alteza» (Cieza de León [1533] 1984: 7; el énfasis es nuestro).

Su observación curiosa e inteligente y su narración minuciosa acerca de lo que vió, experimento y escuchó no quedaron exentas de las consabidas apelaciones al imaginario tradicional del Occidente europeo aplicado en este caso a América. Así habla de las desaparecidas supuestas generaciones de gigantes de la Punta de Santa Elena (Ecuador) y de enanos en Chíncha (en la costa sur del Perú):

[...] vinieron por la mar en unas balsas de juncos a manera de grandes barcas vnos hombres tan grandes, que tenía vno dellos de la rodilla abaxo como vn hombre de los comunes en todo el cuerpo, aunque fuese de buena estatura y que sus miembros conformauan con la grandeza de sus cuerpos tan difformes: que era cosa mounstruosa ver las cabezas según eran grandes[...] adonde hallaron mucha gente y todos tan pequeños cuerpos que el mayor tenía poco más de dos codos y [...] eran couardes y tímidos [...] (Cieza de León [1533] 1984: 166).

4.4.4. Las crónicas de indígenas y mestizos: Titu Cusi Yupanqui, Felipe Guamán Poma de Ayala y el Inca Garcilaso de La Vega

El Inca Titu Cusi Yupanqui fue un miembro de la antigua elite incaica y personaje importante en los años que siguieron entre el inicio de la conquista y colonización del Perú y el arribo del virrey Francisco de Toledo a los Andes. Marcado física y psicológicamente por los eventos de la conquista, Titu Cusi Yupanqui no parece disminuido en su ánimo, mostrándose inteligente y sagaz al manejar los criterios y elementos de la cultura occidental que los españoles habían ya impuesto en los Andes, pero sin renunciar definitivamente a lo propio. Esta adopción incluye el empleo de fórmulas empleadas en la crónica indiana y en otros documentos para justificar la tarea narrativa del autor:

[...] y porque la memoria de los hombres es dévil y flaca y si no nos acurrimos a las letras para nos aprovechar dellas en nuestras ne çesidades hera cosa imposible

podernos acordar por estenso de todos los negocios largos y de ynportancia que se nos ofreçiesen (Titu Cusi Yupanqui [1570] 1992: 3).

Sin embargo, no es ingenuo ni ha perdido contacto con la realidad, por el contrario, actúa con el suficiente realismo como para pretender adaptar su accionar y la del hombre andino al mundo colonial sin abandonar una concepción del mundo que le permite anunciar la posibilidad de una futura restauración del antiguo orden, a la vez que veladamente amenaza a los españoles. Ambas cosas las expresa en su *Relación*, que formó parte de la *Instrucción a don Lope García de Castro* escrita en 1570:

- Cuando indica que hubo una oferta hecha por Manco Inca a los naturales al momento de retirarse a Vilcabamba y que consistía en acudir de inmediato en cuanto se lo demandaran; y,
- Al señalar que ha heredado el mandato y la promesa de su padre advierte que estaría en capacidad de crear una conmoción en la sociedad colonial en cualquier momento.

Con Titu Cusi Yupanqui se vive en Vilcabamba y en el resto de los Andes el penúltimo acto de la conquista y la finalización de la crisis del Tahuantinsuyo, y por ello su texto, compuesto con el concurso del sacerdote Marcos García y el escribano mestizo Martín de Pando, reviste un singular interés e importancia.

En la *Instrucción*, Titu Cusi se permite enjuiciar la conducta de su padre señalando sus errores, el mayor de los cuales habría sido no desconfiar de los extranjeros, creyendo en sus falsas promesas. También propone como respuesta al engaño la simulación —que sabemos él mismo practicó— y que considera la conducta más útil y deseable a ser practicada por los indígenas en la situación entonces vigente, que los obligaba a relacionarse con los españoles.

Bien creo que alguna vez, por fueça o por engaño os an de hazer adorar lo que ellos adoran; quando más no pudieredes, hazedlo delante dellos y por otra parte, no olvidéis vuestras ceremonias, y si os dixeren que quebranteis vuestras guaças y esto por fueça, mostradles lo que no pudieredes hazer menos y lo demas guardaldo, que en ello me dareis a mi mucho contento (Titu Cusi Yupanqui [1570] 1992: 52).

Si se intenta rescatar del contenido de la *Instrucción*, lo que pudiera considerarse lo más específicamente andino, puestos a elegir, tendríamos que escoger la descripción de un caos que va creciendo en intensidad, una gran hecatombe, el dolor de los súbditos del Inca y la soledad propia del desastre cósmico padecida por los hombres andinos.

La *Instrucción* se constituyó así en una interpretación y explicación de la conquista a partir de los criterios y sentimientos de la elite incaica, aparentemente representados en los argumentos vertidos por Titu Cusi Yupanqui. La oposición entre indígenas y españoles queda establecida en base a esos mismos criterios, pues se juzga el proceso de conquista a la manera andina, apareciendo la clásica dicotomía caos/cosmos. En este caso Tahuantinsuyo/mundo colonial, aunque no se llega a utilizar la escala de comparación que, por ejemplo, empleará en el siglo siguiente Guamán Poma. De esta manera, en el texto de Titu Cusi se hará referencia a lo siguiente:

- Las razones por las cuales Manco Inca permitió a los españoles introducirse en su territorio: proseguir lo efectuado por su antecesor Atahualpa y la buena voluntad, que llevaron al padre de Titu Cusi a establecer amistad con los forasteros.
- La actitud negativa de los conquistadores marcada por su falsedad y avaricia.
- La imposibilidad de una auténtica comunicación entre los indígenas y los recién llegados, derivada de las dos cuestiones anteriores y ejemplificada en las dificultades para entenderse —escritura versus oralidad—.
- Justificación del cambio de actitud de Manco Inca por la conducta negativa de los conquistadores, expresada en las ofensas y maltratos que se infringieron al Inca y la elite.
- El retraimiento de Manco Inca y sus sucesores en Vilcabamba aparece en este contexto como un recurso extremo de oposición-preservación, necesario y obligado por el peso de los acontecimientos de los cuales son responsables los propios españoles.
- Pero sobre todo, la enemistad con los extranjeros sería consecuencia de un hecho inicial: la invasión del territorio del Tahuantinsuyo²³.

Como ha sido ampliamente estudiado, Felipe Guamán Poma de Ayala, autor de una voluminosa «carta» dirigida al monarca español Felipe III, que denominó *Nueva Corónica y buen gobierno*, es un cronista indígena. Su trabajo, dividido en dos partes por los estudiosos fue compuesto probablemente entre 1585 y 1615. En la primera parte narra la historia del Perú —periodo preincaico, incaico y conquista española—, mientras que en la segunda manifiesta sus denuncias por el caos —desorden social y político—, que caracteriza según su opinión al mundo colonial; también señala los abusos del régimen y hace propuestas para enmendar la situación a través de diversas reformas que permitan un buen gobierno. Este

²³ Véanse Regalado (1992 y 1997).

texto dual consta de 1189 páginas que contienen 398 ilustraciones. Texto escrito e imágenes constituyen discursos separados y complementarios, lo que ha hecho de ese material objeto de acuciosos estudios de distintos especialistas.

Su estilo resulta peculiar por el empleo frecuente de categorías andinas, pero es cierto —como lo ha señalado López Baralt— que organiza su material dentro de los cánones retóricos occidentales, algunos renacentistas, como dedicatoria, cartas de presentación del texto y del autor, y otros medievales, como sermones y biografías ejemplares. Los diálogos, la crítica punzante y el dejo moralizante caracterizan su relato (López Baralt 1988: 75), junto con una nostalgia por un orden que advierte perdido.

El Inca Garcilaso de la Vega resulta ser el:

[...] primer escritor americano que asimiló creadoramente la cultura del Viejo Mundo, en sincronía con las ideas y preocupaciones más avanzadas de su tiempo[...] se distingue por la decidida aplicación de lo aprendido al estudio y difusión (con mucho de elogio, más aun de defensa ante los estereotipos y prejuicios reinantes en España y toda Europa) del Nuevo Mundo, en particular su patria: el Perú, que él nunca identifica con el presente colonial del Virreinato del Perú, sino con el Tahuantinsuyo [...] (Miró Quesada 1956: XXXIII; González Vigil 1989: 28).

En 1590 aparece su primera publicación en Madrid. Se trataba de la traducción del italiano de los *Diálogos de Amor* de León Hebreo, trabajo que emprendió por diversas razones, entre las que se cuenta que algunos de los humanistas que lo frecuentaban lo animan a publicar una traducción que había venido haciendo por cuenta propia y para su satisfacción personal. Al terminar este trabajo, que fecha en Montilla en enero de 1586, firma como Garcilaso Inca de la Vega²⁴. Entre 1587 y 1592 preparó su trabajo sobre la conquista de La Florida, conocida como *La Florida del Inca*, que se publicó recién en 1605 en Lisboa. Este trabajo fue hecho fundamentalmente a partir del testimonio oral de Gonzalo Silvestre, uno de los integrantes de la expedición que encabezara Hernando de Soto y también de los manuscritos de otros dos expedicionarios: Alonso de Carmona, quien había escrito *Peregrinaciones* y Juan de Coles, autor de un memorial o relación.

Para Miró Quesada y otros autores la publicación de esta obra habría tenido entre sus propósitos los siguientes: impulsar la colonización y evangelización de América del Norte a cargo de los españoles y exaltar la actuación de los españoles e indígenas que se enfrentaron durante la conquista de la región; amén, claro está, de los objetivos personales del propio autor por resaltar su propia figura y al Cuzco, el lugar de su nacimiento.

²⁴ Entre otros trabajos sobre el Inca Garcilaso y su traducción de los *Diálogos* puede consultarse Reyes Cano (1996).

Otras publicaciones del Inca Garcilaso fueron tanto el opúsculo de 1596 *Relación de la descendencia del famoso Garci Pérez de Vargas con algunos pasos de historia dignos de memoria*, como la edición en 1612 del *Sermón que predicó el Rvdo. P. F. Alonso Bernardino, predicador de la Orden del Seráfico P. San Francisco, en la ciudad de Málaga...*, pero lo cierto es que estos trabajos corrieron parejos con el proyecto y preparación de su obra más importante: *Comentarios Reales de los Incas*, que debió haber sido emprendida tal vez hacia 1586, presumiéndose que obraba en mente de su autor desde 1563 (González Vigil 1989: 41-42)²⁵. La primera parte quedó terminada probablemente a fines de 1603 y se publicó en 1609 en Lisboa, como ya había sucedido con *La Florida del Inca*. La segunda parte de los *Comentarios*, publicada en Córdoba en 1617, es también conocida bajo el título de *Historia General del Perú*. Sus fuentes son orales y escritas, en el primer caso corresponden a los relatos escuchados durante su infancia y adolescencia en medio de su ambiente familiar y lo que recordaba o alcanzó a ver de aquellos dos mundos: el prehispánico y el colonial; en cuanto al material escrito, resulta interesante destacar su consulta de los manuscritos del jesuita Blas Valera o a las obras de los cronistas españoles que, como en el caso de «El Palentino», critica severamente. Su trabajo es tributario de los intereses y estilos del Renacimiento y por eso en *Comentarios* hay alusiones a la Antigüedad clásica, a Julio César, a la cultura e instituciones romanas, por ejemplo. Aunque es más propio añadir que buscó hacer calzar la realidad andina prehispánica y, básicamente la incaica, en los moldes de la cultura clásica grecorromana.

En suma, sus fuentes son sus recuerdos y experiencias personales, la información recogida en el seno de la elite incaica, los recuerdos y testimonios de sus amigos y compañeros de la infancia, a quienes oportunamente acudió para recabar información, lo escrito por otros autores cuyas afirmaciones y datos acerca del mundo prehispánico y la conquista española de los Andes sigue o discute según fuera el caso, así como también los informes recibidos de parte de sacerdotes como fray Jerónimo de Oré y algunos jesuitas.

En cuanto a los propósitos perseguidos por el autor en *Comentarios Reales* se puede contar su expresada necesidad de completar y corregir las versiones de quienes hasta entonces se habían ocupado de los asuntos tocantes a su tierra y a sus antiguos gobernantes. Asimismo, su interés por destacar la importancia y

²⁵ El largo título de esta obra (en realidad todo un discurso de presentación de su autor) fue: *La Florida del Inca. Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del Reino de la Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios, escrita por el Inca Garcilaso de la Vega, capitán de Su Majestad, natural de la gran ciudad del Cuzco, cabeza de los Reinos y provincias del Perú.*

posibilidades del sector mestizo, rasgo este último en el que difiere radicalmente de la visión ofrecida por el cronista indio Guamán Poma.

He aquí los méritos del Inca Garcilaso y de su obra, conforme lo ha sintetizado Ricardo González Vigil tomando en cuenta la amplia bibliografía conocida sobre el particular:

- Personalmente y a través de sus trabajos encarna por vez primera la fusión de lo andino y lo occidental;
- Poseyó una intuición genial de la «nacionalidad peruana» que le permitió esbozar un primer proyecto integrador de todos los componentes sociales del Perú: indios, mestizos, criollos y «castas» como negros y mulatos;
- También intuyó la unidad de América al Nuevo Mundo como «patria grande»;
- Fue el primer escritor nacido en América que publicó libros importantes, destacando sus dotes como narrador. Pinta con grandeza la historia del Perú y de América en sus dimensiones épica y trágica;
- Se le debe considerar el primer gran humanista americano, considerándose algunos rasgos de su obra como aquella visión utópica que ofrece acerca del Tahuantinsuyo; y,
- Resulta ser un historiador genial interesado por todos los aspectos de la vida humana y perspicaz observador y analista de los grandes temas y procesos históricos. Puso a la Filosofía, la Lingüística o la Literatura al servicio de su labor histórica.

Se puede decir —siguiendo a Miró Quesada— que su estilo en *Comentarios* revela la formación humanista de Garcilaso: sentido de la composición, el gusto por afirmar el orden, la importancia asignada a precisar los grandes marcos de la cronología y de la geografía y la deliberada estructuración que lo lleva a alternar la narración de las conquistas con el relato de usos y costumbres (Miró Quesada 1975: LXIII).

4.5. CONCLUSIONES

Los descubrimientos geográficos y los avances científicos, el Renacimiento y la Reforma, marcan una clara ruptura de las improntas medievales, configurándose la modernidad; los hombres se hallan predispuestos a la polémica y a reconocer sus propias posibilidades, conforme se advierte con más claridad en el siglo XVII. Los intelectuales tienden a ser escépticos, aunque es cierto que las mayorías populares

conservan una postura creyente y fervorosa. Toda esta amalgama de situaciones se trasunta en la historiografía de aquella época.

El siglo XVII es el periodo de la duda, en especial cuando con Copérnico se rompe la visión aristotélica-cristiana; se duda sobre los métodos y el alcance de la verdad que a través de ellos se puede conseguir, se buscan otras premisas y es justamente lo que hace Descartes, quien estableció las bases de la ciencia moderna volviendo a surgir la pregunta sobre si la Historia era o no una ciencia. Este filósofo racionalista respondió que no, en cuanto la Historia basaba su argumentación en testimonios que no debían considerarse absolutamente fidedignos.

Las reacciones al llamado cartesianismo fueron diversas, pero sin lugar a dudas quedó favorecido el método y la erudición en el campo de la historiografía.²⁶ Lo cierto es que se advierte un abandono del recurso a «las autoridades» y se agudiza la crítica, aunque la historia se orienta cada vez más hacia el servicio de intereses políticos y religiosos. En opinión de los filósofos europeos contemporáneos estamos ante un «modelo de civilización occidental» con pretensiones universales, que inicia su desarrollo hacia fines del siglo XV y que incluso se entiende proyectado hasta nuestros días (Miguel 1999: 273).

Si bien la historiografía europea de los siglos XVI y XVII puede aún dar cierta cabida a lo fabuloso y legendario, «expresará el reclamo obsesivo y untuoso por la verdad en cualquier autor [...] Suena a paradoja porque eran tiempos convulsos, de fanatismos y enconos a muerte, nada propicios para un historiador veraz» (Aranibar 1995: XXXVII). Es cierto que a pesar de diferencias evidentes entre el siglo XVI, marcado por las controversias religiosas, y el XVII, época en la que se advierte una paulatina disminución de la virulencia de las pugnas confesionales, los estudios históricos conservarán una textura religiosa. Sin embargo, se debe considerar que la historiografía sigue una tendencia secularizante, expresada en sus estudios institucionales e historias, que muestran ya un interés por lo nacional. Asimismo, se va configurando una metodología expresada en el trabajo documental y la organización de archivos.

²⁶Una de esas respuestas provino del empirismo inglés —Locke y Hume— planteándose una suerte de homologación del empirismo con la historia, ya que se reclama para ambos el carácter de científicos. Esto se debe a que tanto el conocimiento empírico como la Historia eran elaboraciones mentales a partir de una realidad exterior aprehendida a través de los sentidos, poseían un fundamento teórico y obedecían a un proceso o método (Núñez Pérez 1995: 162).

CAPÍTULO V LAS LUCES DEL SIGLO XVIII

«El hombre es un ser que obra, que siente y piensa:
he aquí todo lo que sabemos;
pero ignoramos qué es lo que nos hace pensar, sentir y obrar.
La facultad de obrar es tan incomprensible para nosotros
como la facultad de pensar. Es menos difícil
concebir que el cuerpo de barro tenga sentimientos e ideas
que concebir que un ser tenga ideas y sentimientos».

Voltaire

Siguiendo el curso de la historiografía europea de la Edad Moderna, antes de encarar el desarrollo de lo producido en el campo de la historia en el siglo XVIII, debe subrayarse que hasta ese momento se venía produciendo el despliegue de la erudición, que tuvo gran importancia desde el último tercio del siglo XVII, transitó felizmente a lo largo del XVIII y brilló en la centuria siguiente.

Debemos situarnos en un momento de transición anclado entre el XVII y el XVIII —que podría llamarse, si cabe, la segunda etapa de la modernidad—. Allí destacan dos figuras: Jean Mabillon y Juan Bautista Vico. El primero era un religioso erudito francés que marcó época dando nacimiento a la diplomática, aportando con ella un instrumento que resultará capital en el trabajo histórico del siglo ilustrado y, en particular, en el siglo XIX, cuando Ranke insista en que la investigación histórica debe basarse en el pleno establecimiento de la autenticidad y veracidad de los datos contenidos en los documentos. El segundo fue un pensador de origen napolitano.

5.1. LA ERUDICIÓN AL SERVICIO DE LA RAZÓN

A fines del siglo XVII y en las primeras décadas de la siguiente centuria se sigue desplegando una tendencia erudita que, como sabemos, venía desde la Edad Media, pero que más precisamente se cultivó en los siglos XVI y XVII. Puede mencionarse la actividad erudita de los sacerdotes jesuitas apodados «bolandistas», nombre tomado de su propulsor, Juan Bolland o Bolando (1596-1665), quienes instalados en Amberes desde 1630 coleccionaron documentos conciliares, hicieron el inventario de los historiadores bizantinos y establecieron críticamente las biografías de los santos. La actividad de los bolandistas, si bien se proyectó hasta después, abarca hasta el siglo XVIII, dedicándose, como hemos mencionado, a la publicación de las vidas, rigurosamente documentadas y comentadas, de los santos y mártires católicos. Su obra se tituló también *Acta Sanctorum*, cuyos dos primeros tomos vieron la luz en 1643. Si bien se confeccionaron diecinueve tomos, el proyecto sufrió serios altibajos, situación explicable pues el grupo y la propia Compañía de Jesús debieron enfrentar varias dificultades, entre ellas la expulsión de los jesuitas en el siglo XVIII. Lo cierto es que para realizar su trabajo el grupo contó con la colaboración de miembros de otras órdenes y de académicos universitarios.

Como hemos adelantado, su propósito fue recoger y someter a un exhaustivo examen a la hagiografía disponible, estudiar también críticamente a las fuentes, llenar sus omisiones y, sobre todo, distinguir los datos históricos de los legendarios. Parte de su metodología fue someter a varias revisiones los datos y también los trabajos biográficos. Consultaron documentos escritos en griego y en latín y no circunscribieron su trabajo a Bélgica, en donde estaba asentado el grupo, sino que visitaron archivos y bibliotecas de Italia, Francia y Alemana, incluyendo a la Biblioteca Vaticana. Apelaron al santoral de manera tal que los primeros volúmenes acogieron a los santos y mártires celebrados en el mes de enero. Junto a Bolland trabajó G. Henskens sobre un plan modificado, cuyo original había elaborado en 1607 otro religioso, el padre Rosweyde. Luego contaron con la colaboración del padre Papebroch¹.

Otro historiador erudito fue el francés Pierre Bayle (1647-1706), quien destacó por el ejercicio de la crítica histórica. Escribió en 1697 *Diccionario histórico y crítico*. Vista en conjunto a la actividad erudita de esta época, la obra de la orden benedictina resulta de gran importancia, pues aporta la diplomática, la paleografía y la cronología, publicando los primeros manuales para el uso de los investigadores (Rama 1989: 35-36). Vamos a ocuparnos de ella.

¹ Este autor había publicado su *Propylaeum antiquarium* en un interesante esfuerzo para formular reglas destinadas a facilitar la distinción entre documentos genuinos y falsos y había considerado como espurios a algunos famosos textos de la Abadía de St. Denis. Tras la respuesta del monje benedictino, Papebroch admitió su error, sin embargo, algún tiempo después un tal Germon intentó refutar la teoría de Mabillon, provocando una nueva respuesta en su *Supplementum* que data de 1704.

5.1.1. La erudición al servicio de la razón: Mabillon y Muratori

En tales circunstancias, Jean Mabillon encarna a la figura de un historiador erudito y de oficio, en el sentido que podría darse a tales calificaciones a finales del siglo XVII. En 1664 lo encontramos instalado en la Abadía de St-Germain-des-Prés atendiendo la solicitud del guardián de su biblioteca. Fue de esta manera que resultó unido al grupo de estudio e investigación que funcionaba en dicho lugar y que, aparentemente, era el más importante y documentado de Europa por aquel entonces. En efecto, conocedor de sus cualidades intelectuales, D'achery le pidió que lo ayudara en su proyectada *Vidas de los Santos Benedictinos*, pero finalmente se convino que primero se abocara a la edición de los trabajos de San Bernardo. Tres años de labor emprendida por Mabillon fueron coronados por la publicación de dicha obra, en 1667, y además, porque recibió amplio reconocimiento debido a la calidad y maestría denotadas en la edición.

Mabillon también editó los materiales ya reunidos por D'Achery y al año siguiente se publicó el primer volumen del *Acta Sanctorum, O.S.B.* Un segundo volumen apareció en 1669 y un tercero en 1672. Pese a estos logros, la rectitud erudita y los métodos críticos de Mabillon eran una fuente de escándalo para algunos y el monje fue atacado junto con su obra. Una muestra es que se presentó una demanda ante el Capítulo General de la Congregación para que se pusiese fin al trabajo y el *Acta Santorum* fue calificada por sus detractores como contraria a los intereses del «benedictinismo». Mabillon se defendió mostrando la consistencia de su conocimiento, así que, finalmente, se levantaron los cargos que pesaban sobre ese trabajo.

Hay que recordar que en 1672 recorrió Flandes en busca de documentos y materiales para su trabajo y en 1675 publicó el primero de cuatro de volúmenes de *Vetera Analecta*, en el que aparecen recogidos los frutos de sus viajes y algunos trabajos más cortos de importancia histórica.

Es de destacar la enorme importancia de la aparición del segundo volumen del *Acta Santorum*, ya que dicha entrega se constituyó en parte de la erudita defensa de la autenticidad de textos y documentos benedictinos cuestionados por Daniel Papebroch. Mabillon fue nombrado para hacer la defensa de dichos documentos, por lo que además planteó los principios de la crítica documental que aparecieron en su *De re diplomatica* (1681), tratado considerado hasta ahora como el texto fundante de la llamada ciencia diplomática².

² En este caso «diplomática» se refiere al estudio científico de los diplomas y otros documentos, tanto en sus caracteres internos como externos, principalmente para establecer su autenticidad o falsedad. La admiración que provocó el ilustrado gran libro escrito por Mabillon fue generalizada.

En 1682 el monje era enviado por el ministro Colbert a Burgundy a examinar documentos antiguos de la casa real y al año siguiente se le mandó con Michel Germain, por cuenta del rey, en un viaje por toda Suiza y Alemania, en una expedición que tomó cinco meses, en busca de materiales para la historia de la Iglesia y de Francia. Muerto Colbert, fue el arzobispo de Reims quien lo requirió en 1685 para que hiciera un recorrido por las bibliotecas de Italia con el propósito de adquirir libros y manuscritos. Fue así como más de tres mil volúmenes, raros y valiosos, se procuraron entonces para la Biblioteca Real.

Poco tiempo después comenzó su controversia famosa con De Rancé, el abad de La Trappe, quien había sostenido que no era lícito que los monjes se dedicaran más al estudio que a las labores manuales. El *Tratado sobre los estudios monásticos* de 1691 fue su frontal e inteligente defensa del estudio en los monasterios y de las líneas que se deberían seguir. De Rancé contestó y Mabillon se vio forzado a publicar en 1692 *Réflexions sur la Réponse de M. l'Abbé de la Trappe*. Finalmente, la opinión general se inclinó a favor de las tesis de Mabillon por la exposición de sus planteamientos y porque se contempló que la propia actitud y conducta de dicho religioso mostraban que el cumplimiento de los deberes religiosos no estaban reñidos con el quehacer intelectual, sino todo lo contrario. A pesar de este logro, Mabillon tuvo que enfrentar nuevos conflictos, ya que en 1698 se levantó un debate y preocupación, esta vez en Roma, debido a la publicación de su obra titulada *Eusebius Romanus*, que en realidad era una protesta contra la veneración supersticiosa de las reliquias de «santos desconocidos» de las catacumbas. La situación tuvo como desenlace una denuncia ante el Santo Oficio y Mabillon debió explicar y modificar algunos pasajes de su trabajo. Dos años después se produjo otro escándalo, pues los mauristas, a pesar de las dificultades que partían de las controversias sobre el jansenismo, habían determinado publicar una edición crítica de San Agustín. Se requirió entonces a Mabillon para que hiciera un prefacio al último volumen de esta edición, defendiendo los métodos y las conclusiones críticas de sus editores. Se conoce que su primera versión se sometió a diversos examinadores, y después de recibida sus acotaciones, fue enviada a Bossuet para su opinión, quien la enmendó en su mayor parte. Así fue devuelta a Mabillon para que finalmente la revisara. El resultado es el «prefacio» que escribió para el undécimo volumen. Como se ve, Mabillon no careció de detractores y estuvo en varias ocasiones en el ojo de la tormenta, a pesar de lo cual en 1701 fue incorporado a la Real Academia de Francia. Dos años después

En tales condiciones, Colbert le ofreció a su autor una pensión que declinó. En cambio, pidió al ministro protección permanente para su monasterio.

apareció el primer volumen de *Annales O.S.B* y antes de su fallecimiento pudo ver la publicación de cuatro volúmenes.

En el campo de la erudición también hay que mencionar el trabajo del pensador ilustrado cristiano Ludovico Antonio Muratori, sacerdote italiano y bibliotecario de la Casa Ducal de Este en Modena, quien publicó, entre 1723 y 1751, una monumental recopilación que llamó *Rerum Italicarum Scriptores* y que se refería a escritores y fuentes literarias sobre temas italianos. Más adelante, entre 1738 y 1742, publica en seis volúmenes *Antiquitates Italicae medii aevi* en la que, basándose en fuentes documentales y materiales diversas, se refirió a numerosos asuntos de la historia medieval italiana. Con este soporte en *Annali d'Italia* hizo, entre 1744 y 1749, una historia cronológica erudita que alcanzó los doce volúmenes (Sánchez 1993: 187-188)³.

5.2. LAS BASES DEL CAMBIO: PENSAMIENTO HISTÓRICO Y REVISIÓN DEL PASADO

El siglo XVIII es una época importante, no solo en lo que respecta a la culminación de una primera fase de la llamada Época Moderna que produce, finalmente, cambios significativos en el pensamiento, sino también en lo que concierne a la política europea. Esta centuria basa su desenvolvimiento en una concepción filosófica, de manera similar a lo que sucede en el siglo XIX, cuando prima una concepción histórica. Puede decirse que la historiografía ilustrada no rompió con la sólida base erudita con la que ya se contaba, pero la puso al servicio de la interpretación filosófica y de la propia disciplina histórica. Los avances filológicos y mayores conocimientos de otras lenguas facilitaron el mejor entendimiento de las fuentes y así, la publicación y empleo de gramáticas, diccionarios y *thesauri*, lo mismo que la publicación de recopilaciones jurídico-políticas, historiográficas y eclesiásticas, allanan el trabajo de los historiadores.

Hay un esfuerzo desplegado por alemanes, franceses, británicos e italianos a fin de descubrir las antigüedades artísticas, literarias y arqueológicas. En general, la historiografía ilustrada pone una amplia y sólida erudición al servicio de la interpretación filosófica, la historia filosófica, sobre todo con Voltaire, aporta un ensanchamiento considerable de la curiosidad y progreso del espíritu crítico. Se configura de esta manera una historia racional que será entendida como opuesta a aquella otra anterior de carácter providencialista.

³ En 1740 Muratori publicó el llamado *Fragmento Muratoriano*, o Canon Muratoriano, que es una relación de libros considerados canónicos del Nuevo Testamento. En esta lista —considerada la más antigua conocida— figuraban, con algunos comentarios, los nombres de los libros que el autor consideraba admisibles.

Es así como los historiadores del XVIII proyectarán una visión universal, secular y optimista que mirará al pasado de cara a un futuro racionalmente prometedor. Esta perspectiva estará basada en ideas de prosperidad y progreso, que además de acentuar la noción lineal del tiempo, enfatizará la conciencia de historicidad occidental. Lo que la Ilustración legó a Occidente fue imitar a la mecánica, seguir su metodología y buscar leyes para todo, desde la biología hasta el arte de gobernar. A partir de entonces y bajo la influencia de las propuestas teóricas de Newton, lo mismo que del método experimental, se consideró que lo propio de la ciencia era alcanzar la verdad absoluta. Se trataba de una postura realista según la cual se consideraba que las cosas podían ser conocidas en su existencia real y objetiva. Además, se tuvo como criterio importante que la racionalidad del conocimiento científico obligaba a que sus cultores tuvieran una actitud altruista y que no dejaran espacio a sus opiniones e intereses personales en su trabajo en demanda de la verdad. El estudio de la historia, por ejemplo, se limitó a buscar las leyes que explicaran el ascenso humano⁴.

En este momento llama la atención cómo Juan Bautista Vico, situándose en buena medida al costado de las ideas dominantes, considerará que la historia, aún la más racionalista, contiene elementos que pertenecen al dominio de la imaginación, aunque ello no elimina su derecho a ser contada entre las ciencias. Este pensador, que representa la transición crítica entre los siglos XVII y XVIII, se sitúa históricamente en el momento de la crisis de los fundamentos científicos reconocidos como válidos cuando se discuten los procesos de conocimiento y su validez. En *Autobiografía* se referirá a la vida cultural napolitana hacia finales del siglo XVII, pero realmente se concentró en el estudio de las humanidades en contacto con la Academia de Medinaceli.

Ciencia nueva es el nombre breve por el que es más conocida la obra de este filósofo de la historia, cuya primera edición, con el título *Principi di una scienza nuova d'intorno alla natura delle nazioni, per la queale si ritruovano i principi di altro sistema del diritto naturale delle genti*, apareció en Nápoles en 1725. Más tarde se publicaron otras dos versiones corregidas y aumentadas por el autor siendo la última póstuma. Ambas también se han conocido como *Ciencia nueva segunda* y *Ciencia nueva tercera*, respectivamente. Vico la escribió en su lengua materna, pese a que para otros trabajos anteriores había utilizado el latín⁵.

Dentro de dicha obra expuso una teoría acerca del comportamiento histórico de las sociedades sustentada en una visión que estructuraba el devenir humano

⁴ Véanse, por ejemplo, Gooch (1965: 39); Sánchez (1993: 185-186); Le Goff (1991: 72-73) y Appleby, Hunt y Jacob (1998: 27 y 39).

⁵ Es conocido que Weber tradujo la *Ciencia Nueva* al idioma alemán y Michelet lo hizo al francés.

como una sucesión espiral de edades: desde el estadio divino, «edades de los dioses», hasta el humano, conducido por los conocimientos científicos y filosóficos, pasando por la «edad de los héroes», en la cual la aristocracia configura el dominio de la fuerza. Cuando el derecho, sostenido por la razón, es el que rige la política —«edad de los hombres» o estadio humano— y a partir de allí se reinicia el proceso. Así, cada ciclo completo renueva y enriquece el curso histórico gracias al progreso, por lo que cada etapa nunca será idéntica a la anterior sino que supondrá siempre una variación. Por ejemplo, en el segundo capítulo de esta obra, titulado «Meditación de la ciencia nueva», no solo anuncia esta visión sino que concede al conocimiento científico un papel fundamental en la comprensión de dicho proceso.

[...] y todas estas ciencias, todas las disciplinas y artes enderezadas vinieron a perfeccionar y regular las dificultades del hombre; pero no la hay que medite sobre ciertos principios de la humanidad de las naciones, de la que sin duda manaron todas las ciencias, todas las disciplinas y las artes y que por tales principios establezca cierta acmé, o sea un estado de perfección del que se alcance a medir grados y extremos, por y dentro de los cuales, como cualquier otra cosa precedera, deba esa humanidad de las naciones discurrir y llegar a su término y dónde científicamente se descubra con qué prácticas la humanidad de una nación, destacándose pueda llegar a tal estado perfecto y cómo de allí decayendo, pueda de nuevo acrecerse (Vico [1725] 2004: 39).

Plantea que la filosofía contempla la razón de donde viene la esencia de la verdad, la filología considera la autoridad del arbitrio humano, de donde viene el conocimiento de lo cierto y que dado que la historia es una creación del hombre, resulta naturalmente apta para ser objeto del conocimiento humano. En su época, las clasificaciones de las ciencias eran variantes de la propuesta aristotélica al respecto, pero la adoptada por Vico divide a las ciencias en teóricas y prácticas y a estas últimas en activas y fácticas —de hacer y crear—; la ciencia nueva es práctica pues su propósito es conocer para mejorar lo que se está haciendo. Una nueva historia ingresa en esta perspectiva a partir de la idea de que los hechos son comprensibles no exclusivamente gracias a principios eternos y universales sino determinando sus causas y, en ese sentido, si el objetivo último de la investigación histórica no son las acciones de los individuos particulares sino el desarrollo histórico del mundo cultural, de las instituciones humanas y del hombre mismo, en la medida que esa nueva historia cumpla su cometido su lugar entre las ciencias no será menor sino el más científico (Fish 2004: 26).

Vico describe a la disciplina histórica como un saber peculiar, pues las ideas y los hechos no son susceptibles de distinción. Reivindicará el hecho de que los

hombres operan en el mundo de la historia o mundo civil y, por lo tanto, la ciencia no tiene que referirse solo al mundo natural. Además, tomó en cuenta una suerte de dualismo entre la historia sagrada y profana, de manera tal que la moralidad y racionalidad estarían situadas al lado de la historia sagrada, mientras que en relación a la historia profana se desarrollarían los instintos irracionales. Sobre esta base sostuvo que las pasiones humanas conducen a las naciones y a los pueblos a la decadencia, a la vez que procuró hallar leyes del desarrollo histórico planteando la noción de avance y retorno que aplicó particularmente a la historia de la Antigüedad. Sin embargo, como ya explicamos, tenía la certidumbre de que la historia no se repite, puesto que cada retorno toma una forma distinta a los anteriores. Pensaba que ello obedecía a que el hombre es capaz de aprovechar la experiencia adquirida y por esa causa cada ciclo supera en alguna forma al anterior. Su propuesta contiene una idea de evolución que supone cambio y superación⁶. En resumen, su filosofía de la historia supone, dentro de un esquema providencialista, la naturaleza común de las naciones siguiendo un curso de carácter cíclico desde una etapa divina hasta la era de la civilización, pasando por un momento heroico y humano.

Vico no fue ajeno a la preocupación acerca de la manera de escribir la historia. En la tercera redacción de su *Ciencia Nueva*⁷ abogaba por la pertinencia del lenguaje poético para describir la relación entre pensamiento y acción humanos. Además, supone que cada manera de decir las cosas —estilo— corresponde a una etapa del desarrollo cultural en Occidente y puede afirmarse, en consecuencia, que plantea una relación interesante entre tiempo y narración que trasunta además cierto relativismo. Se puede decir que había proclamado la consustancialidad entre la historia y la ficción, ya que considera que el lenguaje se convierte en un instrumento para nombrar a los elementos del universo humano y los instituyen de realidad histórica. La filosofía del lenguaje de Vico, cuya implicación más relevante para la problemática del conocimiento histórico es que, siendo imaginarias las propias formas del existir humano, igualmente imaginarias son las reconstrucciones históricas de esas formas (Corcuera 2000: 370 y Lacerda 1993: 28-30).

Volviendo al curso de los que han sido considerados los principales acontecimientos de esta centuria hay que mencionar que surgen estados que empiezan a jugar un rol importante en lo que respecta a las fuerzas políticas económicas. En tanto que Rusia y Prusia alcanzan una posición importante, Francia e Inglaterra la renuevan, pero no es menos cierto que al finalizar el siglo Estados Unidos

⁶ Véanse Corcuera (2000: 33-35) y Pugliesi (1984: 187-188), entre otros.

⁷ La *Ciencia Nueva* tuvo varias ediciones desde 1725 a 1740. Se sabe que en 1836 Michelet tradujo la obra al francés.

logra ocupar una posición de alguna manera significativa como resultado de su proceso independentista.

En este ambiente aparece el movimiento de la llamada Ilustración o iluminismo⁸, que puede entenderse como una corriente de pensamiento y manera de entender la realidad afirmada en la razón y los nuevos métodos científicos, haciendo gala de un escepticismo religioso y propiciando y encomiando las conquistas de la política. Como es bien conocido, Voltaire Montesquieu, Rousseau y Hume son sus representantes más señalados y de sus planteamientos se tomarán las bases de la que puede ser llamada una historiografía filosófica, dado que puso su acento en las interpretaciones. En general, se considera que toda la historia debería ser «filosofía» y no colección de antigüedades, ni tampoco acumulación de materiales filológicos, lo que provoca una cierta indiferencia respecto a la evaluación de las evidencias. La conexión universal de sentido se refleja en la búsqueda del «espíritu» de los pueblos, las leyes, instituciones, entre otros, y sin duda todo ello requería una composición artística para su presentación. Por esta razón las nociones estéticas y las consideraciones éticas desempeñaron un papel muy importante en esta historiografía. Se combina la erudición del especialista y la interpretación de conjunto realizada con un enfoque filosófico expresado con talento narrativo.

Por eso es posible sostener que vinculado al movimiento de la Ilustración estaría también la pretensión de hacer una historia de la humanidad, ya que se quiere mostrar el progreso de la civilización en todos sus aspectos: leyes, costumbres, economía, etcétera.

Podríamos decir que la Ilustración entonces es este amanecer, esta aurora de la Modernidad en términos de lo que a nosotros nos interesa, que es la historia de sus ideas, que se va a extender a todos los campos del conocimiento y de lo social. La Ilustración trata de reconstruir la forma de interpretación, comprensión y de generar historia, no solo en el campo de lo científico y filosófico, sino también en el campo de la economía, la política, en los distintos campos que constituyen el hacer del hombre (Casullo 1999a: 16).

Debe destacarse por una parte las innovaciones específicas y la modernidad de esta historia propuesta por los ilustrados pero, al mismo tiempo, indicar la continuidad en la manera de escribir y pensar el pasado, si nos atenemos a las obras de la mayoría de los historiadores. No es igual el panorama de los primeros decenios de la centuria —en los inicios de la Ilustración—, que el del crepúsculo del siglo;

⁸ Famoso por su *Diccionario histórico y crítico*, suele considerarse a Pierre Bayle (1647-1706) como el padre de la Ilustración por su erudición, racionalismo y sentido crítico.

cuando el clima cultural respira ya romanticismo y los nacionalismos «plantan cara abiertamente al cosmopolitismo galocéntrico» (Sánchez 1993: 177-178).

La visión ilustrada del pasado expresa toda la autoconfianza y el espíritu de conquista, a la vez de una elite europea, de procedencia aristocrática o burguesa, que se propone reformar o transformar la sociedad. Aunque en el caso de la historiografía ilustrada inglesa, las condiciones sociales y políticas de su nación hace que estos historiadores ofrezcan una suerte de visión reposada y confiada acerca de la sociedad y de su futuro. Existe en los hombres comprometidos con este movimiento un aumento de la fe en un mundo que ha entrado en una etapa de perfeccionamiento. No hay milagros ni hechos ni situaciones exóticas sino orden lógico y matemático. Ejemplo de lo cual sería el pensamiento del filósofo Leibnitz quien, siguiendo a Nicolás de Cues, veía la totalidad de la actividad espiritual humana y apoyaba la idea de una nueva autoconciencia universal de una ilustración cada vez más profunda y más amplia de la razón. Así, la historiografía del XVIII fue consistente con las nociones de continuidad, de transición por grados infinitesimales, de la armonía del todo frente a la dispersión en el tiempo y en el espacio de los elementos o las partes propuestas por Leibnitz en *Monadología* (1714), cuando concebía a cada evento particular como un microcosmos del macrocosmos. En efecto, la relación microcósmico-macrocósmico como paradigma de toda explicación y representación de la realidad en el pensamiento histórico de Leibnitz significará que la representación de un acontecimiento en su contexto es una manera adecuada de figurar el significado de ese acto y su relación con el todo.

Sin embargo, para los ilustrados la unidad de la humanidad era un ideal que podían proyectar al futuro, pero no podían usar ese ideal como paradigma para la explicación ni para la representación histórica. Era más bien en interés de ese ideal y como parte de un esfuerzo para alcanzar dicha unidad que estaban estudiando y escribiendo historia. Es decir, se trataba de una instrumentalización de la historia. Para los ilustrados el pasado era una sinrazón, el presente un conflicto entre razón y sinrazón, mientras que el futuro era el único tiempo que podían imaginar como aquel del triunfo de la razón sobre la sinrazón. Se trataría entonces de la unidad perfecta, una suerte de «redención». Otra cosa que hace peculiar a los ilustrados es que combinaron bastante bien una sólida y documentada erudición con una exposición narrativa elegante que, como acabamos de decir, estaba presidida por un enfoque interpretativo racional y unitario (Wagner 1958: 102; Sánchez 1993: 178-179 y White 1992: 67-68).

Los ilustrados tenían un enorme respeto por la Antigüedad, por eso, en un ambiente intelectual que ha sido denominado de «nostalgia helenista» (Bolgar 1983: 470), los historiadores se sienten ubicados en una época superior, desde la cual contemplan muy seguros el pasado y lo juzgan. Ven a la Historia como el

lento camino de la humanidad hacia la perfección y el progreso. Se descuida el estudio minucioso de las fuentes, propio del siglo anterior, para buscar la síntesis a través de visiones panorámicas. De esta manera, los datos resultan secundarios y la Historia, o más bien la Historiografía, es entendida como un recurso para la polémica. Los historiadores participan de la rebeldía contra la tradición y a su entender esta última contendría específicamente: superstición —y su aliada principal la Iglesia—, el absolutismo, los privilegios y la escasa libertad. Se plantea la oposición entre tradición y razón, lo mismo que entre providencia y progreso. De esta manera, para los historiadores la tradición parece estar representada en la Edad Media y si el siglo XVIII es el de las luces por oposición, el periodo medieval es entendido como una etapa de tinieblas, puesto que entonces para alcanzar la interpretación la razón había cedido su lugar a la fe religiosa. Por esta causa la historia de la Edad Media no debería entenderse sino más bien refutarse. Según el pensamiento ilustrado, las leyes naturales deberían ocupar el lugar que anteriormente se dio a la Providencia.

No solo se persigue alcanzar la verdad de lo realmente acaecido a través de la crítica, sino que se pretende ir más allá para captar el verdadero sentido de la Historia, justamente a través de la Filosofía de la Historia. Hay entonces un empeño teórico y un interés por la historia de las realizaciones culturales en tanto se contempla que su conocimiento permitiría seguir el camino hacia el progreso. William Roscoe, quien en realidad era un banquero de Liverpool, publicó en 1795 *Life of Lorenzo de Medicis*, buscando la relación existente entre los cambios ocurridos en la sociedad y las transformaciones de las artes. Otro caso es el de Robert Henry, quien escribiera entre 1771 y 1793 *History of Great Britain*, una ambiciosa obra de seis volúmenes que intentaba ser una historia completa de Inglaterra, abarcando desde la llegada de los romanos hasta la muerte de Enrique VIII. Utiliza como soporte las obras de Warton, Brucker y Sainte-Pelaye, entre otros, y presta atención a la religión, las artes y la cultura, a la vez que se ocupa de la política. También está, pero en el siguiente siglo, J. C. de Sismondi, historiador suizo, quien al escribir entre 1807 y 1818 *Histoire des Républiques italiennes*, colocaba como asunto central el auge y la supresión de la libertad. Pese a la aparente diferencia de los temas que abordan, Peter Burke considera que los tres son historiadores de la cultura (Burke 2000:36). Temas que interesan son los relacionados con los avances científicos y con una historia de la humanidad y, por consiguiente, la historiografía iluminista europea se ocupará también de América, China y Rusia.

Estamos ante una historiografía que recibió influencia del pensamiento ilustrado francés y especialmente de Voltaire, cuyo pensamiento marcó también fuertemente a la historiografía inglesa de un Robertson o un Gibbon, por citar dos

ejemplos. Hay que señalar entre los trabajos de corte historiográfico de Voltaire a su *Historia de Carlos XII* de Suecia, escrita en 1731. Luego vendrán *Literatura Inglesa* (1734) y *El siglo de Luis XIV* (1735-1751), que contiene su interpretación de conjunto de la historia humana⁹. Pero es en *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la Historia desde Carlomagno a Luis XIII*—1765 y 1769 en su versión definitiva— donde pone de manifiesto sus ideas acerca del progreso humano según una concepción racional distanciada del anterior pensamiento histórico de carácter más bien teológico. También escribió *Pedro II de Rusia* o *Historia del Imperio de Rusia bajo Pedro el Grande* (1759-1763) y *La Filosofía de la Historia* (1756-1769), que es un estudio sobre el mundo antiguo. Es en el opúsculo de 1744 *Nuevas consideraciones sobre la historia* donde también se advierte su propuesta historiográfica.

No solamente fue un autor de obras de ficción (poesía, teatro, novela), un polemista notable, un “liberalista” fecundo hasta sus 84 años, un corresponsal epistolar de talento, sino asimismo un historiador y, además, un teórico de la Historia, que merece un lugar junto a Tucídides, Machiavelo o Michelet, para citar algunas cumbres internacionales.

Solamente por su labor de demolición de mitos, errores, supercherías, fanatismos y lugares comunes sobre el pasado histórico, merecería ya Voltaire un lugar en las Ciencias Históricas, en la estela de Pierre Bayle y acorde con los progresos de la erudición histórica (Rama 1989: 41).

En *Ensayo sobre las costumbres*, dedicado a Madame de Chatelet, procuró hacer una historia amena, llena de verdades útiles, sin erudición, pues le parecía innecesaria para dar un concepto general de los pueblos de la tierra hasta alcanzar el espíritu de las principales naciones. Por otro lado, en *El siglo de Luis XIV* quiso hacer el relato de ese reinado, o más bien de aquella época, convirtiendo a este trabajo en una verdadera historia de la cultura, ya que además de analizar la vida política, como era propio entonces, agregó un apéndice dedicado al estudio de las artes, las letras y las costumbres. Asimismo, introdujo como personaje central de su historia a la sociedad. Incluso se ha dicho sobre este trabajo que expresa su filosofía de la historia en tanto puede verse, como ya se ha dicho, como su interpretación de conjunto de la historia humana (Rama 1989: 42- 43 y Sánchez 1993: 182). Desarrolla, además, un sentido pragmático buscando las raíces profundas de los acontecimientos. Rompe con la forma analítica —recuento de hechos—,

⁹ Fue publicada en 1752, pero se considera que su redacción definitiva correspondería a una edición posterior aparecida en 1766.

buscando también quebrantar la perspectiva eurocentrista y dirige su mirada al mundo. Considera cuatro momentos de grandeza para el espíritu humano:

- Grecia, en particular durante el siglo de Pericles;
- Roma, en la época de César y Augusto;
- El periodo que sigue a la caída de Constantinopla; y,
- La época de Luis XVI.

Con Voltaire la materia mayor de la historia y las formas de exposición fueron modificadas profundamente, pues al romper una vez más con la tradición analítica procura ordenar los acontecimientos históricos de acuerdo a sus vínculos internos a costa del abandono, o en todo caso, del establecimiento de limitaciones para su adecuación a un cuadro cronológico. Por eso se critica que esta historiografía se ciñera solo a asuntos generales como política, relaciones exteriores, arte, etcétera, pese a que se ha dicho que al ir buscando una historia global, considerando un espacio geográfico más amplio, se trata de un cambio que va de la historia político-diplomática y de acontecimientos a una historia de la civilización. También se ha reconocido que su afán de saber llevó a Voltaire a exigir, pasando más allá de la exposición de la historia política, a una historia de la cultura, cuya elaboración detallada quedaría reservada al siglo XIX. Asimismo, su capacidad de ver las grandes relaciones, unida un buen olfato psicológico lo llevó a descubrir la fuerza de la opinión pública en la historia. En síntesis, su enfoque revela un cambio significativo en lo que se refiere al objeto de la historia.

Son destacables sus observaciones al Antiguo Régimen, las cuales manifiestan lo que podría llamarse ausencia de respeto a la tradición, a las autoridades, etcétera. Además, dado que hizo una crítica de las fuentes advirtiendo su sesgo, aplicó la razón en busca de lo factible o lo posible. De estilo irónico, se le ha reprochado su falta de precisión en cuanto a sus referencias históricas.

También debemos considerar a Charles de Secondat, barón de Montesquieu, autor de *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos* en 1734, obra que fue posterior a su *Cartas persas*, publicada en 1721, y anterior a su obra más importante *Del espíritu de las Leyes*, que se editó en 1748 y en la que también toca asuntos históricos. En la primera de las obras mencionadas manifiesta su idea acerca de la dicotomía constante que enfrenta la libertad al despotismo, y lo mismo que anteriormente había manifestado Bossuet, quien consideraba que las principales causas de la decadencia romana son la excesiva grandeza del imperio y de la urbe.

Menos crítico y erudito que Voltaire, Montesquieu no fue un historiador profesional, pero sí un cultor de la filosofía de la historia, ya que sus análisis

políticos y sociales se sustentaron en referencias históricas¹⁰. Racionalista y antiprovidencialista, como resultaba frecuente entre los pensadores de su época, pretendió trazar la realidad social de manera científica, buscando ir más allá de la descripción empírica, para más bien establecer relaciones causales a través de la formación de tipos. Sin embargo, fue capaz de buscar en la información a su alcance, tanto los factores individuales, como lo que consideraba constituían las características de los pueblos, las instituciones y las costumbres, lo mismo que sus representaciones que pensaba estaban condicionadas por el tiempo y por el ambiente. «Muchas cosas gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las costumbres, las máximas aprendidas, los ejemplos del pasado; con todo ello se forma un espíritu general que es su resultado cierto» (Montesquieu [1748] 1951: 309). En su perspectiva histórica se nota entonces un profundo interés por la vida política pero también una cierta postura relativista.

Juan Jacobo Rousseau estuvo menos cerca aún que Montesquieu a la figura de un historiador, pero en 1782 escribió una autobiografía que tituló *Confesiones*. Además, claro está, de sus importantes trabajos *El contrato social* y *Emilio*. A pesar de que es contado entre los pensadores iluministas, lo importante de su aporte para la Historia y para las ciencias en general es su crítica a la excesiva importancia concedida entonces a la razón.

Aun sin alterar un rasgo histórico, con solo ensanchar o estrechar las circunstancias que a él se refieren, ¡cuántas fases diferentes pueden dársele! Poniendo un objeto mismo en diferentes puntos de vista, apenas habrá variado otra cosa que la mirada del espectador ¿Quita eso que os diga el historiador la causa de la derrota o la victoria tan resueltamente como si se hubiera encontrado en todas partes? [...] la crítica misma con que tanto ruido meten, no es más el arte de conjeturar, de escoger entre muchas mentiras la que se da más aire a la verdad [...] (Rousseau [1762] 1915, vol. 1: 371-372).

Lo cierto es que muchas de sus ideas prefiguran al posterior romanticismo y además se suele reconocer que ejercieron influencia en las ideas políticas de la Revolución Francesa, el desarrollo de las teorías liberales y el crecimiento del nacionalismo, es decir, pensamientos influyentes en la historiografía de la modernidad a partir del siglo XVIII.

Eventualmente, David Hume también ofició de historiador al escribir *Historia de Inglaterra. Desde la invasión de Julio César hasta la revolución de 1688*, que en realidad fue un libro que reunió varios trabajos suyos realizados entre 1754 y 1761 acerca de la evolución social y política de Inglaterra, centrada en los cambios

¹⁰ Véanse Wagner (1958: 103) y Sánchez (1993: 181 y ss.).

constitucionales en la época medieval, de los Estuardo y de los Tudor. Esta obra fue difundida pero también muy debatida en su época.

Estando en Francia escribió su *Tratado sobre la naturaleza humana*, publicado en 1739, pero dada la poca acogida deparada a su trabajo en 1751 reformuló la primera parte del *Tratado* en su *Investigación sobre el entendimiento humano*. Al año siguiente, sobre la base a la tercera parte del *Tratado*, publicó *Investigación sobre los principios morales*. A diferencia con lo ocurrido con su primera publicación, *Discursos políticos* (1752) alcanzó reconocimiento.

Este filósofo empirista escocés pensaba que la experiencia sensible era la única fuente de conocimiento y que al hacer una filosofía de la historia había que fijarse más en proceso histórico, es decir, en el crecimiento, la evolución y la decadencia que en el progreso, entendido como categoría específica y clave para la comprensión del curso de la historia.

Admitió, sin embargo, la posibilidad de perfección, pero solo en el campo político. El naturalismo tuvo gran peso en su pensamiento puesto que sostuvo que la humanidad es siempre la misma y, por eso, el buen historiador debe ser un acucioso conocedor del presente para observar y penetrar en el pasado, lo cual estará relacionado a su convicción de colocar a la antropología al centro de las demás ciencias. «Es universalmente admitido que hay una gran uniformidad en las acciones de los hombres de todas las naciones y edades, y que la naturaleza humana permanece la misma en lo que respecta a sus principios y operaciones. Los mismos motivos han producido siempre las mismas acciones; los mismos acontecimientos se siguen de las mismas causas» (Hume [1751] 1995: 107).

Juzgó que la historia, cuyo curso está marcado esencialmente por el cambio, podía ser considerada útil no solo porque satisface la fantasía, sino que también mejora el entendimiento y fortalece la virtud de los individuos. Además de haber reconocido que la investigación histórica tenía la capacidad de poner de manifiesto ciertas regularidades, en las que podrían sostenerse ciencias como la Política y la Economía, mostró interés por las motivaciones psicológicas de las actividades económicas.

Su estilo es narrativo y bastante prolijo y, metodológicamente hablando, muestra rigor en lo que a la referencia de fuentes y bibliografía se refiere.

5.3. LOS HISTORIADORES ILUMINISTAS: ROBERTSON Y GIBBON. EL PRERROMANTICISMO HISTORIOGRÁFICO DE SCHILLER

Después de lo que acabamos de referir puede decirse que la visión iluminista de la historia es pragmatista y que además originó una presencia indiscutible de la Historia en el campo de las ciencias. En el plano metodológico es destacable cómo

los historiadores que suscriben la nueva perspectiva fueron capaces de afirmar la crítica de las fuentes, en especial la relacionada al análisis filológico y morfológico, sabiendo aprovechar el racionalismo, la renovada valoración otorgada al hombre en su relación con la naturaleza, pero también el sentido crítico que, como hemos visto, acompañaba a la ya por entonces tradicional erudición.

Los historiadores escoceses Kames, Hume, Robertson, Ferguson, Smith, Millar y Stewart buscaron presupuestos sociales, es decir, jurídicos, económicos, religiosos, morales, culturales para analizarlos, encontrar constantes naturales y observar el cambio. Dada la dificultad para encontrar fuentes inmediatas elaboraron hipótesis y conjeturas en su argumentación (Koselleck 2001: 89).

William Robertson escribió una *Historia de Escocia*, que alcanzaba hasta 1603 y fue publicada en 1759 y también *Historia del Emperador Carlos V*, editada en 1769, trabajo que era más bien una historia de Europa que llegaba hasta inicios del siglo XV. Pero destaca claramente su *Historia de América* (1792)¹¹, en la que se ocupó de las colonias españolas, portuguesas e inglesas en nuestro continente. En las dos últimas obras se advierte la influencia de las concepciones historiográficas de Montesquieu y Gibbon. En *Historia de Escocia* trata sobre el establecimiento de la Reforma en su país y el trágico caso de María Estuardo y si bien cita a Knox y Buchanan, perseguidores de la infortunada reina, Robertson muestra su espíritu tolerante manifestando piedad por ella pero, a la vez, no tiene reparo en pintar a Isabel I como «el azote de Escocia».

Hay que anotar que fue invitado a escribir una historia de Inglaterra pero no aceptó el encargo y más bien optó por escribir sobre el monarca de la casa Habsburgo. Si bien en su *Historia del Emperador Carlos V (The history of the reign of Charles V)* se advierte que sigue el modelo señalado por Voltaire, ya que su introducción que ocupa una cuarta parte de esa obra, resulta ser una visión panorámica, aguda y sintética de las instituciones y la marcha general de la civilización occidental, desde el Imperio romano hasta el siglo XVI, señalando los acontecimientos que tuvieron repercusión en toda Europa como el cristianismo y las Cruzadas, además de referirse a las costumbres.

Como correspondía a un hombre de su época, era un intelectual cosmopolita y universalista, ya que los temas que forman el conjunto de su trabajo muestran que se propuso abordar procesos históricos que marcaban la trayectoria de cambio de la civilización occidental en la época moderna. Cabe destacar también que tomó distancia respecto a la postura negativa que, de manera generalizada, se suscribía entonces acerca de la Edad Media para emitir más bien un juicio equilibrado al respecto

¹¹ Obra que no obtuvo la aprobación oficial del ministro Gálvez para su publicación en español.

En *Historia de América* se nota su gran esfuerzo para presentar y emplear de manera sintética a la historiografía europea sobre el Nuevo Mundo, incluyendo crónicas e historias escritas sobre el particular durante los siglos XVI y XVII. Asimismo, consultó una cantidad considerable de fuentes documentales de primera mano pese a las restricciones oficiales que se le presentaron, como por ejemplo, acceder a archivos como el de Simancas o el hecho de que aún no se encontraba organizada la documentación que requería revisar. Estas dificultades fueron denunciadas por el propio Robertson en el prefacio: «[...] no puedo menos de decir con sentimiento que el feliz resultado de mis indagaciones en España debe atribuirse únicamente á la bondad de algunos individuos, y no á la condescendencia de la autoridad pública». Pese a esta situación, a la postre resulta destacable la influencia de su obra en la renovación del interés español en materia de historiografía indiana, una de cuyas expresiones fue la organización del Archivo General de Indias localizado en el antiguo local de la Casa de Contratación en Sevilla.

Robertson manifiesta con meridiana claridad su concepto sobre la verdad histórica y la manera de conseguirla bajo los parámetros propios de la historiografía de la época, es decir, la importancia de los datos contenidos en las fuentes escritas. Lo interesante es que Robertson admite que se puede hacer también una historia del tiempo presente.

He leído todos estos libros y estos manuscritos con la atención que exige el respeto que un escritor debe tener al público, y he procurado justificar, por medio de citas, la autenticidad de las proposiciones que siento. Cuanto más reflexiono sobre la naturaleza de las obras históricas, tanto más convencido quedo de la necesidad de esta exactitud.

El historiador que refiere los acontecimientos de su tiempo, consigue una confianza proporcionada a la opinión que el público tiene de su veracidad, y de los medios que ha usado para instruirse. El que describe los sucesos de una época remota, no tiene derecho alguno a la confianza pública, si no manifiesta testimonios que apoyen sus aserciones: sin estas autoridades, podrá publicar relaciones entretenidas, pero no se dirá que ha escrito una historia auténtica (Robertson [1792] 1840 Tomo I XXXIV).

En el caso de Edward Gibbon hay que indicar que siempre ha sido visto como el modelo de los historiadores iluministas, en la medida de que su principal trabajo muestra tener como soporte a los postulados de esa corriente. También denota estar guiado por uno de sus sesgos más aceptados y difundidos entonces, como era considerar a la Edad Media una etapa en la que había triunfado la barbarie sobre la razón. En efecto, escribió *Decadencia y caída del Imperio Romano*, un texto

clásico hasta hoy sobre la materia, considerado la obra maestra de la historiografía ilustrada y una de las mejores de la literatura inglesa. En ella integra su erudito conocimiento del mundo romano, con una interpretación más bien global que puso el acento en el proceso en donde se inscriben los hechos concretos. Además, está escrita de manera tal que se manifiestan las grandes cualidades literarias de su autor, junto con un buen manejo de las fuentes. Pese a lo dicho también debe mencionarse que su propuesta historiográfica fue, en alguna medida, a contracorriente de la noción iluminista del progreso, ya que se centró en el tema de la crisis y el retroceso.

Con Edward Gibbon se dibuja el historiador de oficio, ya no el intelectual que se convierte en historiador o el filósofo de la historia que requiere manejar información empírica para realizar su trabajo. Con Gibbon aparece el historiador en tanto no solo se dedica prácticamente con exclusividad a su tarea, sino que además de registrar hechos y así dar cuenta del pasado analiza los procesos y busca las causas y las consecuencias de los acontecimientos. También su trabajo trasunta una visión y comprensión legalista del accionar humano, en la medida que presta atención a las instituciones y organizaciones —el Imperio romano y cristianismo, en este caso— junto con el análisis crítico del pasado. Es un historiador francamente iluminista porque se interesa por el cambio y podría decirse que se sitúa en una posición de vanguardia en tanto se interesa por la crisis, ya que a diferencia de trabajos anteriores en los cuales Roma era el tópico en tanto la formación y desarrollo del Imperio, en la obra de Gibbon lo que se destaca es su caída o decadencia. A propósito, Arnaldo Momigliano observa que su logro fue integrar la historia filosófica con el humanismo y el interés recopilativo del anticuario, representando de esta forma el origen de la historia en su forma moderna. El empuje modernista y el viraje clásico que dio Gibbon a la historiografía consistió en investigar el crecimiento de contextos constituidos por una diversidad de actores que a su vez persiguen una multitud de objetivos.

La primera mitad de *Decadencia y caída del Imperio romano* comprende un periodo de trescientos años: desde el siglo (180 d. C.) hasta el final del imperio occidental en 641 d. C., periodo final en que los godos, vándalos y hunos conquistan y arrasan con el Imperio. La segunda mitad de esta obra cubre los siguientes mil años del Imperio Oriental o Bizantino (641-1453); el estado de la Iglesia en Oriente, el dominio temporal de los papas, la irrupción del Islam, las tres primeras cruzadas, el cisma entre griegos y latinos, el derrumbamiento del Imperio griego y la conquista final de Constantinopla por los turcos. En fin, todo un panorama analítico de las causas del decaimiento y final del Imperio romano.

Cabe indicar que la publicación del primer volumen de esa obra —en Londres en 1776— alcanzó un éxito inmediato, porque para la época constituyó una

publicación atrevida, inusual y escandalosa. Las ideas de mayor impacto eran las que constituían su crítica al apogeo del cristianismo, que se consideraba como una de las causas de la decadencia romana. Se ha llegado a afirmar que fue reconocido como un ídolo por los agnósticos y que además tuvo la admiración del filósofo David Hume y el literato William Robertson, pero que fue repudiado por la gran mayoría. Para defenderse de los ataques de sus coetáneos escribió en 1779 *Vindicación de algunos pasajes del 15º y 16º capítulo* de su *Historia...*, ratificando su enemistad con el cristianismo.

En 1781 publicó el segundo y tercer volumen de *Decadencia y caída del Imperio romano*, con lo que habría completado la historia de la ruina del Imperio de Occidente. Sin embargo, más adelante, agregó tres volúmenes más, refiriéndose también a la caída del Imperio Oriental. El total de la obra se publicó en Londres en mayo de 1788.

Gibbon parece haber sabido elegir muy bien su tema de estudio, pero lo que llama particularmente la atención es su enfoque. En efecto, la historia de la antigua Roma había sido un asunto favorito del humanismo, pero lo aportado por Gibbon fue tratar la declinación y la caída del Imperio; ya no hablaba de su origen y grandeza sino de su crisis, ruina y desintegración. Además, trata acerca del cristianismo no para exaltarlo sino para imputar la decadencia romana. Debe destacarse que entendió a la Historia como un proceso de surgimiento, apogeo y decadencia; un proceso de constante progreso acumulativo, aunque admita la posibilidad de retrocesos accidentales. De todas maneras en sus páginas se trasunta las ideas propias de un personaje de su época, quien pese a su condición social no deja de proyectar una visión crítica acerca de las desigualdades sociales, en este caso en el pasado. En el capítulo XVII dice por ejemplo, lo siguiente:

La separación más altanera y terminante que asoma por todos los siglos y países, entre nobleza y pueblo, es quizás la de patricios y plebeyos, cual se planteó allá al principio de la república romana. Caudal y blasones, cargos del estado, y el ceremonial de la religión, estaban casi vinculados en los primeros, quienes conservando siempre su castiza sangre con la escrupulosidad más insultante, avasallaban ostentosamente a sus clientes. Mas desaparecieron, tras una lucha muy recia y larga, distinciones tan ajenas de los impulsos de un pueblo libre, con los conatos de los tribunales (Gibbon [1788] 1987: capítulo XVII).

Se suele mencionar que definir la tendencia de Gibbon no ha sido tarea fácil, puesto que era un innovador más que un seguidor, y que al quebrar el paradigma tradicional se convirtió en un pionero. Lo cierto es que fue un acucioso consultor de las fuentes y que su trabajo puede ser calificado de estudio especializado, por lo que incluso Fueter no dudó en considerar a la obra de Gibbon como

trabajo de erudición benedictina. También supo examinar de forma exhaustiva a las fuentes de todo tipo, como las que habitualmente no eran consideradas por la historiografía, como la literatura, estudio de monedas e inscripciones, la arqueología, etcétera, pero en ocasiones su sentido crítico parece ser el resultado de la aplicación de su experiencia y la adopción de lo que ahora llamaríamos el sentido común. Otra cuestión a considerar es que Gibbon no fue un discípulo riguroso del iluminismo francés porque abordó el tema religioso dejando de lado a la historia económica y financiera. Su visión no es universalista sino específica o especializada. En cuanto a su estilo habría que decir que aunque parco, no fue carente de ironía y su claridad habría facilitado la lectura y difusión de su principal obra. Su discurso trasunta su esfuerzo para mostrar imparcialidad y sentido de la justicia, pero muestra algún adorno:

En el segundo siglo de la era cristiana, abarcaba el Imperio de Roma la parte más florida de la tierra y la porción más civilizada del linaje humano. Resguardados los confines de tan dilatada monarquía con la fama antigua y el valor disciplinado, el influjo apacible y eficaz de leyes y costumbres había ido gradualmente hermanando las provincias. Disfrutaban y abusaban sus pacíficos moradores de las ventajas del caudal y el lujo, y conservabase todavía con decoroso acatamiento la imagen de una constitución libre (Gibbon [1788] 1987: capítulo I).

En el caso de la historiografía germánica de este periodo puede decirse que se desarrolla en varios espacios académicos, pese al peso que tiene en el campo de la historiografía la Universidad de Göttingen, creada en 1734, amplia y plural aunque menos difundida que la francesa, sin duda por razones idiomáticas. Así tenemos a A. L. Schlözer (1735-1809), quien se ocupó de la historia política de Europa central y oriental; A. Heeren (1760-1842), historiador que retoma y desarrolla la tesis de la relación entre comercio y civilización. Joachim Winckelmann (1717-1768), señalado como el menos ilustrado de todos, aporta el germen de la historia del arte argumentando que su curso seguía una lógica interna que respondía a la cultura de cada época, tal como se deja ver en su *Historia del Arte de la antigüedad*. También está Justus Möser (1720-1794), considerado también el fundador de la historia socio-institucional (Sánchez 1993: 195-196).

Johann Frederick von Schiller puede ser considerado uno de los principales exponentes del proceso de la historiografía alemana, que lejos de estar marcado por la influencia del pensamiento iluminista, representa más bien una reacción contraria al mismo. Por eso resulta adecuado acotar que este autor discutió al iluminismo en su aplicación a la historia y que Schiller vivió en una época que en lo que atañe al pensamiento puede ser calificado como prerromántico, en la

medida de que se afirma el predominio del sentimiento frente a la razón y se tiende a rechazar o discutir las reglas.

Parte de la obra de este importante intelectual se desarrolló en el campo histórico, ya que escribió *Historia de la caída de los Países Bajos Unidos del gobierno español* (1788) y, asimismo, *Historia de la Guerra de los Treinta años* (1791), amén de varios ensayos, como por ejemplo «¿A qué se llama y para qué se estudia la historia universal?», desarrollado en las lecciones inaugurales correspondientes a los años 1789 y 1790 de su cátedra de Historia. Se ha dicho de él que enlazaba puntos de vista racionalistas éticos y políticos con el entusiasmo iluminista o la crítica rousseauiana de la cultura. La historia es para Schiller el mundo de los grandes destinos y su meta el triunfo de la libertad moral del individuo (Wagner 1958: 121). Sus temas son los sentimientos, las preocupaciones de los hombres y del pueblo en general.

Para Schiller la antigua Grecia representa una época armónica entre naturaleza, hombres y dioses, considera que a partir de allí a lo largo de la historia se pasó de la vida comunitaria al desarrollo o emergencia del sujeto, pero a costa del abandono de aquella armonía inicial. Cree que había llegado el momento de alcanzar el pleno desarrollo y libertad del sujeto, es decir, el despliegue de todas las facultades humanas junto con la satisfacción de los intereses de la comunidad. El hombre, que está sujeto a los impulsos de la naturaleza y de la voluntad, debe instalarse en una segunda naturaleza —propiamente humana—, identificada con la moralidad y de esta forma delinear a la que llamó, alma bella, caracterizada por un gran sentimiento moral y estético.

5.4. AL ENCUENTRO DEL ROMANTICISMO: JOHANN VON HERDER Y EDMUND BURKE

Manejando un sentido providencialista Johann von Herder escribió en 1774 *Filosofía de la historia de la humanidad* y diez años más tarde, *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*, obra que hasta ahora se considera muy importante y que en su momento fue apreciada porque ofrecía a los europeos una respuesta a su inquietud acerca de cuáles podían ser sus relaciones con civilizaciones que entonces se consideraban lejanas. Antivolteriano, idealista y precursor del romanticismo, tuvo una concepción genética de la Historia, en el sentido de que el pasado genera —engendra— el presente. Además, Herder planteaba que cada pueblo tiene una originalidad y características propias que se reflejan en lo que denominaba «espíritu del pueblo», que tiene que ver con los orígenes de cada sociedad y cultura, con su pasado, etcétera, ligados al medio natural y las circunstancias históricas. Por lo tanto, si bien no existe una humanidad unitaria, es

la educación la que permitirá un acercamiento entre los pueblos y, a pesar de sus diversidades, llegar a una cultura universal. En consecuencia, cada época histórica merece ser examinada por sí misma.

Admite que es necesario encontrar un punto de conexión para las múltiples diferencias que se dan entre los hombres y es entonces que acude a una noción que se enraizará fuertemente en el romanticismo alemán, al concepto de humanidad. Contempla, sin embargo, que la humanidad no es única sino diversa, se halla dividida en razas, cada una de las cuales posee su propio orden de valores en la vida.

Su gran preocupación fue encontrar una verdadera filosofía de la historia, una estructuración del devenir histórico en torno a unos cuantos principios que le diesen sentido y armonía (Rama 1989: 37-38 y Corcuera 2000: 21-22). El criterio racial y el sentido evolucionista parecen fruto de su interés por la vida de la naturaleza, los cuales son, evidentemente, una refutación a los planteamientos ilustrados. Si bien cree que el desarrollo gradual de la humanidad es inevitable, no lo considera necesariamente identificable con la idea de progreso conforme a los moldes de la Ilustración.

Para Herder el universo es la primera matriz, viene luego el sistema solar y enseguida la Tierra, siendo el hombre la coronación de este proceso. Es interesante, sin embargo, advertir cómo este autor pretendió sistematizar el curso general de la historia universal contemplando diferentes edades de la Historia, y que con criterio etnocentrista occidental se refirió a los centros o referentes respectivos que vinculó a cada etapa en un proceso asimilable al desarrollo del ser humano. De esta manera, las etapas de mayor vigor están asociadas, a su entender, al mundo occidental: la infancia de la humanidad habría tenido lugar en Oriente, la adolescencia en Egipto y Fenicia, la fase de la juventud en Grecia, la virilidad en Roma, mientras que la etapa comprendida entre las invasiones bárbaras hasta Ilustración representaba la senilidad. También consideró que algunas sociedades en determinados momentos atravesaban por ciclos completos de desarrollo, desde un origen hasta la decadencia, pasando por un momento cumbre o de ascenso. Como hemos dicho, su visión es eurocentrista, así que para él la raza europea es la verdaderamente histórica, la que domina a la naturaleza, la crea y la transforma. Idea planteada antes por Buffon y Raynal, aunque ello no quita que Herder se interese por pueblos y culturas no europeas¹². Para White el pensamiento de este

¹² Georges Louis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788), fue un naturalista francés que estudió medicina, botánica y matemáticas. Siendo administrador de los Reales Jardines Botánicos recibió el encargo de catalogar la documentación sobre historia natural perteneciente a las colecciones reales, lo que lo motivó a emprender la escritura de una obra general para compilar los conocimientos de su época acerca de historia natural, geología y antropología, que tituló *Histoire naturelle, générale et particulière*. El abate francés Guillaume Raynal (1713-1796) escribió en el año 1790 *Historia*

autor no es ingenuo, sino que está conscientemente dirigido hacia la recuperación de la individualidad del suceso en su unicidad, particularidad y concreción en conjuntos discretos de identificaciones metafóricas. Empezó con una visión del campo histórico como un conjunto efectivamente infinito de hechos particulares cuyos orígenes o causas se suponían totalmente incognoscibles por la razón y luego insistió en que ese campo de acontecimientos tenía una base o propósito ontológicamente anterior y superior en lo espiritual, un propósito que le aseguraba la unidad, la integración y la armonización de últimas de las partes del conjunto. Se trataba de una filosofía organicista opuesta al mecanicismo de la Ilustración. Herder afirmaba, al mismo tiempo, la primacía e irreductibilidad del ser humano individual y la tipificación de los modos de relación de los individuos entre sí. El sentimiento de Herder por la diversidad de las formas de vida, su sentido de unidad en la diversidad y su sustitución de la estructura por un proceso como modo de comprender la historia en su totalidad constituyen sus contribuciones al sentido histórico del siglo XIX. Para Herder nada era fortuito ni arbitrario. Creía que el agente gobernante que daba a todo la forma que debía tener no era extrínseco al proceso histórico sino que en el proceso mismo, a través de una interacción entre los elementos que participan de dicho proceso, las cosas son hechas lo que deben ser. El relato de Herder se organiza alrededor de los motivos del cambio y la duración y los temas de la generación, el crecimiento y la plenitud. Motivos y temas que dependían para su credibilidad de la aceptación de la analogía entre la vida humana y la de las plantas (White 1992: 75 y ss.). Además, a partir de su idea de que la nación se sustentaba en su propia historia y que ese pasado y la conciencia del mismo configuraban la identidad étnica y nacional, Herder acuñó el término nacionalismo.

A pesar de que debemos ubicar al movimiento romántico inmediatamente después de la Revolución Francesa y en las primeras décadas del siglo XIX, el primer gran teórico de la ideología romántica fue un escritor político inglés del siglo XVIII: Edmund Burke. Fue él y, en el caso de la historia, Hippolyte Taine, quien procuró conciliar la teoría romántica con el método histórico. Para E. Burke en las relaciones políticas debe aplicarse una visión de conjunto de las vinculaciones entre el Estado y la sociedad, pero tomando en cuenta a la naturaleza humana. Además, se coloca como un acérrimo defensor de las libertades y los derechos ciudadanos, lo mismo que de la tradición. En su obra *Reflexiones sobre la Revolución en Francia*, escrita poco tiempo después de su estallido, anticipando

filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias. Esta obra tuvo gran impacto y alcanzó hasta 1820 setenta ediciones en francés, además de traducciones a otras lenguas europeas. Su lectura fue prohibida en América hispana por la Inquisición.

de alguna manera lo que sobrevendría, sostiene que se trata del triunfo de la barbarie. Al pensamiento de este historiador se vincula la noción de «lo sublime», categoría estética que despertó bastante interés en este siglo, que transitó durante el siguiente y que ha sido replanteado por Ankersmit y White ya en nuestra época. Al discutir la obra de Herder, Immanuel Kant, quien entre otros trabajos publicó en 1784 *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*, adelantó una crítica al Romanticismo, pues a partir de sus planteamientos iniciales acerca de la percepción de los fenómenos, añadió que la historia se presenta como una sucesión de «hechos fenoménicos», por lo que debería estar sujeta a las leyes naturales que se encuentran bajo las apariencias. Los hombres no tienen al actuar conciencia de lo que realizan, en el sentido de que no se puede entender el significado de los hechos —de cada etapa histórica— hasta que se produzca su conclusión. Asimismo, destaca el dominio de la razón e interpreta a la historia como «el juego de la libertad», que permite descubrir el paso regular del discurrir de la historia. Sin embargo, no existe una ley única que otorgue sentido a la historia ni tampoco leyes de la historia, sino un conjunto de normas que rigen el acontecer histórico, es decir, leyes en la historia. Además, en tanto la naturaleza actúa a través del hombre en la historia, existe entonces un plan de la historia que equivale a un conjunto de leyes semejantes a las que rigen a la naturaleza física. Este plan constituye un proceso que conduce hacia la libertad de la mente humana. Se trata en suma del progreso porque aparta al hombre de la ignorancia y lo libera de las limitaciones que lo cercan por todas partes. El hombre es esencialmente racional y su fin es el desarrollo de la razón. Ese desarrollo compete a la humanidad y ese quehacer constituye la historia. En *Crítica de la razón práctica*, que data de 1788, desarrolla la idea de que la libertad no supone anarquía sino que, por el contrario, está sometida a las leyes que suponen, en primer lugar, el gobierno de sí mismo, a fin de obedecer en conciencia las leyes del universo tal como se revelan por la razón.

Los acontecimientos históricos, es decir, las transformaciones, se producen en la relación del hombre con la sociedad bajo la forma de antagonismo. Es una suerte de instrumento de la naturaleza para la culminación del desarrollo de la humanidad. Así, el antagonismo se produce por la tensión entre dos tendencias: el individualismo y la convivencia o socialización. El motor de la historia es la pasión de los individuos, que es la fuerza que los mueve a dejar el estado de naturaleza. Existe, por consiguiente, un plan de la naturaleza dirigido por la Providencia para generar una organización que regule y ordene la tensión o antagonismo entre individuo y sociedad y establecer la libertad. Kant concibe al hombre como una persona ética cuya esencia es la libertad (Corcuera 2000: 23-28).

Es necesario mencionar también a Johann Gottlieb Fichte, filósofo alumno de Kant y autor de *Características de la época actual*, obra publicada en Berlín en 1806. Fichte fue representante del idealismo alemán puesto que discute las nociones de su maestro en lo referido a la división del mundo en partes objetivas y subjetivas. Su principal aporte para la historiografía fue señalar que la tarea del historiador no es conservar el pasado sino entender su época, además de que cada periodo histórico tiene un carácter peculiar que lo hace distinto a los otros y ese carácter obedece a la existencia de una idea única que lo impregna. En consecuencia, los periodos sucesivos y sus respectivas ideas rectoras llevan de una época a otra siguiendo una secuencia lógica y dialéctica. En general, de los planteamientos de Fichte se desprenden dos cuestiones importantes: la idea de que la historia culmine en el presente lleva a cada generación a entender que su tiempo es el único válido; y cada periodo histórico posee cierta unidad (Corcuera 2000: 28-30). Hay que notar que las ideas de Fichte acerca del desarrollo histórico están profundamente marcadas por ideas concretas acerca de un orden social y jurídico, entendidos dentro de un proceso dinámico como es la dialéctica. Se trata de un nuevo esfuerzo por entender las difíciles relaciones de los hombres con el cuerpo social del que forman parte. El primero aparece subjetivado —individuo— y el segundo objetivado —orden jurídico, normas—.

A estas alturas debemos dejar sentado que es difícil encontrar un verdadero consenso en lo que se refiere a la caracterización de los historiadores del siglo XIX como románticos, pertenecientes a la escuela metódica, historicistas o positivistas, puesto que en todo caso los rasgos de estas tendencias fueron asumidos de manera indistinta y en mayor o menor grado por los mismos autores. De esta manera, se considerará a Jules Michelet, Augustin Thierry o Alfonse de Lamartine historiadores románticos, pues sus obras mostraban su interés y esfuerzo encaminados a hacer tangibles a sus lectores las emociones del pasado. Si por ese solo rasgo se les cuenta entre los románticos, ello resulta discutible y hace incompletos el estudio y la repercusión de sus obras. Lo cierto es que en el XIX todos los historiadores perseguían similares propósitos en lo concerniente a dar cuenta viva o real del pasado y son otras orientaciones y matices teórico-metodológicos las que nos acercan a las diferencias entre ellos. No hay duda, sin embargo, que la tónica general es el propósito de alcanzar para la Historia un estatuto de ciencia a la luz del modelo de racionalidad establecido en el siglo XVIII en Occidente.

5.5. CONCLUSIONES

En la historia del pensamiento de Occidente, el siglo XVIII se constituye en la época del establecimiento definitivo de lo que se ha venido en llamar el paradigma de la modernidad, caracterizado por la confianza en la razón, la validez de la noción de que existe una realidad que debe ser aprehendida de manera racional y el establecimiento de la idea de un progreso de la humanidad y de su historia despojado de su anterior carácter providencialista. Por consiguiente, la valoración de la idea de libertad alcanza sus cotas más elevadas hasta entonces.

Interesa la historia en tanto permite observar el curso progresivo de la humanidad hacia el triunfo de la razón y la erudición se renueva en tanto facilita el establecimiento de verdades racionalmente comprobadas. Se puede hablar entonces del cultivo de una historia filosófica de base erudita. La filosofía de la historia de Kant mira hacia el futuro del devenir humano entendido a la vez como un proceso único.

En el último tercio del siglo XVIII se observan las primeras reacciones contra el iluminismo histórico, lo que genera matices, que sin romper con el paradigma vigente darán lugar entonces, y durante la centuria siguiente, a la historiografía que estuvo marcada por la corriente de pensamiento denominada Romanticismo; aunque no debe olvidarse que hubo algún esfuerzo por conciliar a la teoría romántica con el pensamiento histórico entonces vigente.

CAPÍTULO VI EL SIGLO XIX Y LA CONSTRUCCIÓN DE LA HISTORIA CIENTÍFICA

«Desde el principio, el historiador forjó amarras con el grupo y su memoria pero en el siglo XIX ya era un modelador, un afinador, un restaurador de la memoria. Pronto descubrió que podía practicar una anamnesis más profunda de lo que jamás podría hacerlo una colectividad. Todo el pasado se convirtió en un objeto accesible a sus métodos de investigación».

Rossana Cassigoli

Establecido el paradigma de la modernidad y la preeminencia de su lógica, el fortalecimiento de una científicidad concebida sobre tales principios alcanzó a la historiografía occidental. Los historiadores definieron con precisión su objeto y métodos de estudio y apuntaron al desarrollo de una función de la historia nuevamente orientada a la política, básicamente al sustento de los emergentes estados-nación.

6.1. LOS ANTECEDENTES: REACCIONES CONTRA EL ILUMINISMO E INFLUENCIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Se afirma que tras la Revolución Francesa no habrá estímulo para la reflexión histórica puesto que los revolucionarios no se interesan por la historia, sino que entienden que ellos la hacen, es decir, que la historia empieza para ellos a partir de la Revolución. Además querían destruir todo lo que significaba el Antiguo Régimen, visto como un pasado abominable y por ello prefieren ocupar su tiempo no en el estudio del mismo sino más bien en tareas que consideran creativas. Si

bien estas ideas parecen razonables para caracterizar parcialmente al pensamiento que se desarrolló después de la crisis del Antiguo Régimen, no debe dejar de considerarse que la Revolución obró en favor de la historia en el campo de las instituciones, del aparato documental y la enseñanza. Más allá de Francia misma, el desarrollo de la vida política, social e institucional postula la noción de que en la historia se albergaba una «sabiduría superior» y que los individuos no deberían intervenir en su curso. Se vuelve a buscar, una vez más, las lecciones de la historia y así, por ejemplo, los románticos postulan que los estadistas debían aprender de la historia para así captar los límites de su poder, que estaba dado, justamente, por el orden mismo de las cosas históricas. En este siglo el modo de operar de las ciencias naturales se considera paradigmático y alcanza a la disciplina histórica. Después del Romanticismo y del Idealismo reaparece en este siglo la vieja influencia del pensamiento ilustrado con una tendencia a la observación empírica, sin olvidar que estos fenómenos tienen como contexto otros procesos como la rápida industrialización y la tecnificación que se vivía en Europa. El relato del desarrollo histórico, que llegó a ser bastante popular en Alemania, se usó para explicar los procesos naturales y a la inversa, las ciencias naturales penetraron con sus métodos en el campo de la historia, siendo su animador más fértil el filósofo, psicólogo y sociólogo francés August Comte (Wagner 1958: 277- 278)¹. Él anticipó que se podía convertir a la historia en un conocimiento positivo y a partir de ahí se puso en marcha la investigación histórica exhaustiva, con la crítica precisa de los documentos tal como propusieron Niebühr y Ranke en la llamada escuela de Berlín, que resaltaba la necesidad de la objetividad y también de la autonomía del conocimiento histórico.

La historiografía alemana había seguido hasta este momento un proceso interesante gracias al rol desarrollado por la Universidad de Göttingen, fundada en 1737. Se busca en los medios germánicos dar cientificidad a la historia por medio de la interpretación de los textos, fundándose el esfuerzo en los análisis filológicos y los estudios diplomáticos. A ello se añade la idea de establecer los hechos históricos dando valor a los contextos de su producción. Esta historiografía está interesada en los acontecimientos individuales, aunque reconociéndoles una dimensión social. Sin embargo, es capaz de conceder también especial atención a la vida institucional, sus permanencias y cambios. Es una historiografía que comienza a abrirse a intereses nuevos, particularmente económicos y la obra de Karl Lamprecht, por ejemplo, muestra la posibilidad de tratar al medioevo no solo en sus dimensiones política, jurídica e institucional, sino en un contexto en el que se le conceda alguna importancia a los aspectos económicos. Fue mérito de los hermanos Humboldt,

¹ Comte presentaba a la historia humana recorriendo diferentes fases: teológica, metafísica y finalmente positiva, vale decir de la cientificidad racional plenamente lograda.

así como también de Ritter, Kapp y Ratzel, haber tematizado la constitución espacio-temporal de las historias empíricas. Encontraron sus herederos en Lamprecht y en colegas, quienes desarrollaron ese concepto en la historia regional, en tanto proyecto de una historia social empíricamente fundamentada, que trataba de integrar todas las condiciones y factores de una totalidad acotada (Romano 1997: 33; Le Goff 1991: 72-73 y Koselleck 2001: 96).

Mientras tanto en Francia, Agustín Thierry y Jules Michelet demostraron que la historia no era una acumulación de anécdotas, sino que de una visión ordenada de los hechos históricos podían sacarse principios que formaban, asimismo, parte de la tradición, de allí que hayan sido calificados por algunos como historiadores románticos y por otros como positivistas. La mirada estaba puesta en la exhaustiva crítica de las fuentes políticas y diplomáticas, principalmente (Rodríguez 1998: 64).

Correspondió a la decimonovena centuria el momento en que aparecen las ciencias sociales, con la sociología o física social, como la llamó Comte, la moderna sociología con Durheim, la antropología social con Taylor y la lingüística con Wilhem von Humboldt². Detrás del nacimiento del hombre y la sociedad como objetos de estudio está la crisis y un modelo social que había sido roto por la Revolución Francesa. Este acontecimiento puso sobre el tapete una situación hasta entonces ignorada: no existía una sustentación de teorías que estudiaran este fenómeno. En tales circunstancias contribuyeron a promover la pasión por la historia durante el siglo XIX, la inspiración burguesa vinculada a las nociones de clase y democracia y el sentimiento nacional. Al respecto se ha dicho que el gran historiador de la burguesía fue François Guizot (Rodríguez 1998: 37 y Le Goff 1991: 73).

Las nuevas condiciones sociales en Occidente, como los movimientos sociales, el sindicalismo, el desarrollo de partidos, la independencia de las colonias americanas de sus metrópolis europeas, el desarrollo de instituciones como los archivos, bibliotecas, asociaciones académicas, la mayor comunicación entre los intelectuales que facilita la difusión de las ideas, acompañada de la presencia de revistas especializadas, constituyen el contexto que permite explicar los cambios en la ciencia histórica en aquel momento (Rama 1989: 45-46), amén de los antecedentes importantes de su desarrollo precedente, tal como lo hemos podido apreciar en el curso de este trabajo. Se produce entonces lo que podría llamarse «la profesionalización» del historiador, no solo en el sentido de que los historiadores

² Este último escribió también obras históricas e insistió en la importancia del individuo y de la política en la historia. Asimismo, pensaba que la lengua refleja los modos de pensar de la comunidad de hablantes, a la vez que predetermina y condiciona la cosmovisión de ese pueblo.

buscarán de manera progresiva dedicarse exclusivamente al «oficio de historiador», lo que cuajará de manera clara en la centuria siguiente, sino que los métodos y herramientas para investigar y escribir acerca del pasado estarán definidos. Este proceso —según Gilderhus— habría pasado desde entonces y durante el siglo XX por las siguientes fases:

- Adopción de una concepción científica de la historia tratando de conseguir la objetividad a través del examen de las evidencias documentales, que a su vez permitieran el hallazgo de una verdad irrefutable acerca del pasado.
- Duda acerca de la accesibilidad e irrefutabilidad de la información, por lo que se enfatiza el empleo de un punto de vista relativo a la experiencia del historiador. Es decir, una visión subjetiva.
- Se desarrollan métodos que permitan adquirir niveles de comprensión más allá de los eventos políticos, militares o actividades diplomáticas de personajes de elite, en vinculación con las ciencias sociales (Gilderhus 2000: 107-109).

También hay que destacar que durante la decimonovena centuria se llevó a cabo el surgimiento y la crisis del llamado historicismo, esto último debido a lo que White llama la pérdida de confianza acerca de cualquier pretensión de «objetividad», «cientifismo» y «realismo» por parte de la historia. También debe subrayarse que en una primera fase tomaron forma tres escuelas distintas de pensamiento histórico: novelesca, idealista y positivista, y pese a que estaban en desacuerdo sobre el método, coincidían en su repudio a la actitud irónica con que los racionalistas de la Ilustración tardía habían estudiado al pasado. White entiende que la ironía es un tropo que proporciona un paradigma lingüístico de un modo de pensamiento que es radicalmente autocrítico con respecto no solo a determinada caracterización del mundo de la experiencia, sino también al esfuerzo mismo de captar adecuadamente la verdad de las cosas en el lenguaje. Suelen expresarse de ese modo, irónicamente, el escepticismo en el pensamiento y el relativismo en la ética. Un segundo momento, que duró de 1830 hasta 1870, aproximadamente, se caracterizó por un prolongado debate sobre la teoría de la historia y por la persistente producción de enormes descripciones narrativas de culturas y sociedades pasadas. Fue durante esta fase que los grandes maestros historiadores del XIX escribieron: Michelet, Ranke, Tocqueville y Burckhardt. En esta fase la filosofía de la historia tendió a adoptar la forma de un ataque al sistema de Hegel, pero en general no logró llevar al pensamiento acerca de la conciencia histórica más allá del punto en que él la había dejado. Excepción hecha por Marx, quien representa el mejor esfuerzo del siglo XIX por transformar el

estudio histórico en una ciencia, a la par de analizar la relación entre la conciencia histórica y las formas efectivas de conciencia histórica (White 1992: 46-49).

En Estados Unidos, así como en Europa, hubo interés por la historia institucional que expresaba un sentido de identidad nacional, además de otro de carácter neo-providencialista, ya que George Bancroft y otros veían en la democracia la muestra del favor divino. Una nueva generación de historiadores con entrenamiento universitario surgió entre 1880 y 1890 con posturas más rigurosas e ideas concretas acerca del análisis histórico. No hay que dejar de lado que en 1884 se creó la *American Historical Association*, que fue testimonio de la profesionalización de sus integrantes. Inspirados en la perspectiva de una «historia científica», los historiadores del país norteamericano incorporaron inicialmente a su trabajo los asuntos europeos concernientes a su formación institucional, trazando los antecedentes de la libertad y la democracia en su país. Influencia importante al respecto fue la de Herbert Baxter Adams, a través de su seminario en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore. Nuevas aproximaciones siguieron en los estudios académicos, particularmente en las áreas de Derecho, Filosofía, Ciencias Sociales e Historia durante la llamada Etapa Progresista, desarrollo que vendría a conocerse como la «Nueva Historia». Caracterizada por su tono escéptico e iconoclasta, facilitó la discusión de las visiones historiográficas precedentes percibiendo en ellas subterfugios para el juego de intereses propios. Se considera precursor de esta nueva historiografía a Frederick Jackson Turner, quien en una ponencia, leída en 1893 en la *American Historical Association*, planteó el significado de la frontera en la historia americana. Turner contradujo la opinión de H. Baxter Adams, quien había sido su profesor, y discutió la idea de que las instituciones norteamericanas habrían germinado a partir de raíces teutónicas (Gilderhus 2000: 111-113).

6.1.1. El Romanticismo

Ya hemos mencionado que constituyó no solo una reacción frente al Iluminismo, sino que fue una suerte de corriente de transición hacia nuevas configuraciones dentro de la llamada modernidad. Aplicado el Romanticismo al campo de la historiografía podemos decir que produjo una valoración de la historia nacional frente a la universal, en concordancia con la fuerza de otra corriente de pensamiento, como fue el caso del llamado Nacionalismo. Además, el Romanticismo, a diferencia de lo sucedido con el Iluminismo en el siglo anterior, le concedió importancia al periodo medieval, bajo la consideración de que fue una época en donde se habrían producido desarrollos nacionales independientes debido a la existencia de las organizaciones señoriales cuya fuerza había dejado atrás la

preponderancia de las organizaciones políticas mayores. Se habla de la tradición nacional y los estados prestan su apoyo oficial a la historia. La preocupación se dirige al pasado más reciente estrechándose los parámetros de la investigación. De todas maneras, hay que indicar que el punto débil del Romanticismo fue hacer de la tradición una suerte de dogma. La clave está en el hecho de que la Ilustración mira hacia delante, pone en primer lugar la idea de progreso, mientras que el Romanticismo mira con nostalgia y simpatía —subjetivamente, con sentimiento— al pasado.

La historia aparece como el producto no de concepciones o creaciones individuales, sino más bien de carácter colectivo, y la fuerza histórica de la tradición se deja notar, dado que se aclama y se considera respetable. Pese a que en las artes y la literatura se exalta lo subjetivo de los individuos, lo mismo que su libertad, en el plano general de la política las fuerzas estructurales e inconscientes eliminan a los hombres. Es por todo esto que los historiadores debían hallar y afirmar las diferencias y particularidades de las naciones. Pero no debemos olvidar la racionalidad, tal como se había reconfigurado en el siglo XVIII como producto del pensamiento de la Ilustración, mantenía una suerte de reacción en contra del Romanticismo. La creación del comité de *Trabajos Históricas* hecha por Guizot en 1834 trató de sustentar a esta tendencia.

El pensamiento romántico, que tiene como centro, casi paralelo a la Ilustración del siglo XVIII, a Inglaterra y Alemania, es aquel pensamiento que si bien celebra la libertad, esa nueva autonomía del hombre, de pensar por sí mismo, ejercerá por un lado una crítica profunda a los sueños totalitarios de la razón científica, y trabajará en ideas de sentimiento, de patria, de amor, de nacionalidad, que combinado con la Ilustración conformarán las dos grandes almas de lo moderno hasta el presente (Casullo 1999a: 15).

Hay que tomar en cuenta que durante todo el siglo XIX —en Francia y en el resto de Europa— la relación entre historia y política fue muy fuerte en términos de propaganda, de retórica y también de obras. Argumentos como que la historia debe servir a la causa del país y que debía responder seriamente a las exigencias del nacionalismo se consideran válidos y aparecían por aquella época en la *Reveu Historique*. Gabriel Monod llega a afirmar que los franceses perdieron la guerra de 1870 frente a los alemanes básicamente porque el discurso histórico alemán era más sólido que aquel construido por los historiadores franceses. Pero, al mismo tiempo se sostiene que la materia de la historia no es ni el hombre, ni la sociedad, ni la nación, considerados *a priori* y por separado, sino más bien el hombre y la sociedad de manera conjunta. Además, se establece la relación entre el presente y el pasado (Romano 1997: 30-32).

François Guizot escribió *Historia de la civilización en Francia* y también *Historia de la civilización en Europa*, sin embargo, su obra es, en conjunto, amplia y variada. La segunda obra mencionada fue el resultado de sus clases sobre Historia Moderna impartidas en la Sorbona. Es allí en dónde se puede encontrar su idea de que la introducción de los sentimientos de individualidad, independencia y gusto por la libertad se las debía Occidente a las poblaciones bárbaras, particularmente a los germanos (Díaz de la Serna 2000: 237).

6.2. EL POSITIVISMO APLICADO A LA HISTORIA

Se ha dicho en más de una ocasión y de diferente manera que la mayor reacción contra la llamada por algunos «exaltación romántica del pasado» fue, en el campo de la historia, el Positivismo. Este modelo construido en las universidades alemanas será imitado en el resto de Europa y marcará de manera definitiva a la historiografía, siendo quizá los más destacados exponentes de este movimiento el inglés H. T. Buckle y el francés Hippolyte Taine³.

Basándose en los supuestos de que la historia es una realidad objetiva e inalterable, independiente de las inclinaciones del historiador; el quehacer del historiador se reduce a reconstruir el pasado «tal como sucedió en realidad». Por lo tanto, debía hacer una descripción absolutamente verídica del desarrollo de esos acontecimientos y quedaba fuera de su tarea interpretar o calificar dichos sucesos y menos aún sacar conclusiones de los mismos a la luz del presente o del futuro. Dicho de otra manera, para llegar a la objetividad del conocimiento histórico se requería el distanciamiento entre sujeto y objeto, que el historiador observara desde afuera a los acontecimientos, para garantizar de esta manera la imparcialidad. En tales condiciones, la visión de la historia será entonces una suma ordenada de hechos simples y particulares que el historiador solo debía descubrir en las fuentes, sometiendo a la correspondiente crítica a los documentos que daban cuenta del pasado. Ello en el entendido de que se hacía también necesaria una interpretación, la cual sería posible cuando se hubiesen recopilado todos los hechos posibles que las fuentes permitieran, de manera tal que la interpretación pasaba necesariamente por una narración clara y ordenada, así como por un ajuste riguroso a las verdades contenidas en los testimonios. El positivismo, que en buena cuenta también se sustentaba en las ideas de que la historia debía aspirar a ser reconocida como ciencia y que el objeto de todo conocimiento científico era el dominio de la naturaleza, estará caracterizado por los siguientes rasgos:

³ La mención peca de escasa pues tendrían que añadirse otros nombres como, por ejemplo, Ch. Langlois y Ch. V. Serignobos., quienes en 1898 publicaron juntos *Introducción a los Estudios Históricos*.

- Monismo metodológico: aunque sean varios los objetos de estudio el método debe ser el mismo.
- El modelo a tener en cuenta es el de las ciencias exactas.
- La explicación científica debe seguir el modelo causal; pretende la búsqueda de lo general y las interrogantes que trata de responder su ubican en los ¿por qué?

En suma, se consideraba fundamental el manejo de archivos y la puesta en práctica de métodos que llevaran a establecer mejor la autenticidad y veracidad de los documentos, siendo así que la verificación será el paso preliminar para alcanzar un grado de exactitud más alto de los acontecimientos. Adoptando una postura empírica, todo hecho —aún cuando fuera del pasado— debía ser observable para ser real. Un ejemplo lo tendremos en Seignobos, quien afirmaba que los hechos del pasado solo se conocen por sus vestigios —los documentos— y que sin ellos no era posible el conocimiento histórico. Para el historicismo o positivismo historicista el acento está en la acumulación de datos e información en una hermenéutica —referida solo a una crítica textual— y en el entendimiento de los fenómenos históricos dentro de un discurso narrativo ordenado cronológicamente (Núñez Pérez 1995: 163).

6.2.1. El historicismo

Sin duda porque ha dado tono particular a varias perspectivas y prácticas metodológicas, lo que lo caracteriza justamente es la dificultad que ofrece el término a la hora de aplicarlo a una sola corriente historiográfica o filosófica, pues con matices y también grados distintos marcó el pensamiento del siglo XIX, aunque lo veremos emerger, casi de manera constante hasta ahora, adoptando formas menos rígidas e incluso mostrando una nueva faceta desde el último tercio del siglo XX, alimentando las propuestas que ponen su acento en las particularidades. Esta relativización, propia del historicismo, fue especificada en 1964 por Raymond Aron cuando indicaba que este expresaba una filosofía del relativismo histórico. En torno a diferentes asuntos y bajo rótulos diferentes en muchos planteamientos, desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy en día, puede notarse lo que bien puede ser llamado neo-historicismo o una inclinación hacia él.

Ankersmit utiliza la palabra «historismo» para referirse a la clase de teoría histórica que desarrollaron Ranke y Humboldt, como ya hemos mencionado, y reconoce que con Mandelbaum el término remite a la creencia de que una adecuada comprensión de la naturaleza de cualquier fenómeno y una evaluación ajustada a su valor deben tomar en cuenta el lugar que ocuparon y el papel desempeñado en un

proceso de desarrollo. Entonces «historismo» no sería lo mismo que historicismo, en el sentido que le atribuye Popper al segundo de los mencionados, en tanto es una noción que aplica a las concepciones de la historia que pretenden predecir el futuro (Ankersmit 1994: 21 nota 11).

Un rasgo característico del pensamiento historicista es que, en oposición al naturalismo, remite a una concepción del mundo centrada en el hombre, su desarrollo espiritual y sus creaciones de cultura, y persigue advertir las perspectivas propias de cada época. Asimismo, en el historicismo tradicional destaca su idea de la actuación de un sujeto racional.

El historicismo buscaba explicar las ideas contenidas en las diferentes formaciones históricas entendiendo que cada una poseía una individualidad que podría también ser conocida por los historiadores en términos de sus diferencias y características. Con marcado interés por centrarse en las explicaciones fundadas en la restauración de los contextos históricos de cada acontecimiento o fenómeno, el pensamiento historicista clásico ejerció una enorme influencia en la historiografía. El énfasis sobre las diferencias que planteaba el historicismo partía de la convicción de que cada cosa, hecho o situación era el resultado de una evolución histórica pero, además, aparejado a la noción de que los hechos son únicos e irrepetibles. También que las formas históricas o ideas definen en cada fase a los pueblos, naciones o instituciones, de manera tal que ellos dependen del pasado.

El axioma del historicismo de que todo lo único se da en la historia —toda época se relaciona inmediatamente con Dios—, de que la historia no se repite, sino que se encuentra en un continuo desarrollo, este axioma es el epifenómeno de aquella experiencia primaria cuando parecía que la historia se había modificado radicalmente desde la Revolución industrial con una velocidad acelerada: en esta medida todo era único e incomparable (Kosselleck 201:129-130).

Siendo más precisos, debemos concordar en la idea de considerar que el historicismo no es una doctrina, sino una «familia de doctrinas», que no constituyó en realidad un ataque al modelo historiográfico ilustrado, sino su continuación. También contribuyó a la evolución del materialismo histórico, pues si bien se ha señalado en el marxismo un historicismo, no es menos cierto que ambos han estado en oposición y que han incidido no solo en las ciencias sociales y en la historia, sino que tuvieron resonancia en varios campos de la cultura y de la vida del siglo XX. Finalmente, que el historicismo contemporáneo se ha presentado como método, concepción del mundo e ideología, sobre todo desde 1933 con Croce, quien además sustituyó el término historicismo por el de historicidad, en el sentido de un sentimiento de solidaridad con la vida y la obra de la humanidad entera. Este autor se identificaba con la fecundidad de la obra humana, una fe

en el progreso y religión de la libertad. Para Garni, hacia 1930 el historicismo significó, políticamente hablando, una oposición contra el fascismo triunfante y el naciente nazismo (Garni 1984: 212-214).

Un buen resumen del desarrollo, así como el papel del llamado historicismo en el pensamiento occidental, ha sido ofrecido por Le Goff, quien indicó que el primero triunfó en el siglo XIX a través de la teoría evolucionista de Darwin⁴, para sellar, a lo largo de dicha centuria, a todas las escuelas de pensamiento. Añadía que el historicismo tuvo dos fuentes diferentes y en cierto modo antagónicas: la rebelión romántica contra el Iluminismo, surgida en Alemania a fines del XVIII, que consideró el desarrollo histórico sobre el modelo de crecimiento de los seres vivos, y la continuación, en alguna medida, de la tradición iluminista, que fue un esfuerzo por establecer una ciencia de la sociedad fundada sobre leyes de desarrollo social y tuvo como maestros a Saint Simon y a Comte. Por último, sentenció que la cima del optimismo historicista se encuentra en la escuela prusiana y su crisis en la filosofía crítica de la historia de Dilthey y Max Weber, cuando el primero calificó como místicas e inútiles para la historia a las nociones historicistas, sobre todo las de Humboldt y Ranke, y sostuvo que era posible a las humanidades llegar a conocer puesto que la vida se objetiva en las instituciones, mientras que el segundo se concentró en demostrar que el conocimiento histórico será siempre parcial.

Las críticas al historicismo han sido numerosas. A finales del siglo XIX se produjo el reflujo del historicismo en Alemania, mientras triunfaba en lugares como Francia y Estados Unidos, pero con deformaciones positivistas o idealistas, como fue el caso de Benedetto Croce en Italia, quien planteó la circularidad del espíritu, vale decir, de su continuo desenvolvimiento pasando de una forma a otra. Este autor ofreció también una caracterización ético-política de la historiografía asumiendo la doctrina histórica como pensamiento y acción. De esta manera hablará de «la historia de la libertad», que es un planteamiento opuesto a una visión determinista de la historia, significando, por el contrario, una valoración del historicismo. Reconoció en la historia la creatividad y la libertad propia del todo —ese todo son los individuos en relaciones recíprocas—, admitiendo, asimismo, que el proceso histórico es una permanente tensión entre lo irracional,

⁴ Charles Robert Darwin, naturalista británico (1809-1882). Cursó estudios de Medicina y Teología en Edimburgo y Cambridge. Estimulado por la lectura de las obras del alemán Humboldt y las ideas del botánico y entomólogo reverendo John Henslow, participó en calidad de naturalista de la expedición alrededor del mundo (1831-1836) a bordo del Beagle, capitaneada por Robert Fitzroy. Las anotaciones realizadas en ese viaje por América del Sur, las islas del Pacífico, Australia, Nueva Zelanda y el sur de África y su lectura de trabajos como los de Charles Lyell y Malthus le permitieron enunciar la llamada teoría de la evolución que tras ensayos y artículos previos apareció desarrollada en *On the Origin of Species by means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life* que se publicó en 1859.

lo vital y la racionalidad suprema contenidos en el concepto de libertad (Le Goff 1991: 88 y 90; Pugliese 1984: 188-189).

Durante el siglo XX entre las críticas que se formularon al historicismo pueden mencionarse la que pesaron sobre el relativismo histórico de Troeltsch y Meinecke y aquella otra que se refería a su «vicio interpretativo» consistente en ofrecer una visión de la historia —compartida con el positivismo— de que «todo influye sobre todo» y que no hay partes de la estructura social global más determinantes que otras, de ahí que la síntesis no sería más que un catálogo⁵. En todo caso, retomaremos este asunto de las críticas al historicismo en el siguiente capítulo, al iniciar nuestro abordaje de la historiografía del siglo XX. Pero veamos ahora cómo se fue abriendo paso la llamada historia científica.

6.3. LA ETAPA DE TRANSICIÓN

La crítica histórica y el método erudito que se habían desarrollado en Francia e Italia en los siglos XVI y XVII, no solamente se retoman en Alemania sino que se incorporan definitivamente a las obras históricas. En vez de historiadores narradores o filósofos de la Historia como los de otros países los autores alemanes parten del conocimiento de las fuentes, utilizan las ciencias auxiliares, cuentan con sólidos apoyos de los gobiernos, las universidades y las academias y, ante todo, con un público tan vasto como entusiasta (Núñez Pérez 1995: 47).

Estamos ante una historiografía de tradición moderna, en el sentido de que se asienta en la idea de la objetividad, universalidad y unidireccionalidad del pasado humano, confiada en la posibilidad de encontrar leyes y regularidades y que se orienta a ofrecer visiones globales acerca de la experiencia humana (Vidal Jiménez 1999-2000: 4). Debe tomarse en cuenta el aporte de Georg Wilhelm Friedrich Hegel, cuya figura está ligada al llamado «idealismo histórico»⁶. Durante su permanencia en la universidad de Jena publicó *La fenomenología de espíritu* (1806) y en 1812 hizo pública la primera parte de su ensayo *Ciencia de la Lógica*. Su principal aporte a la historiografía está contenido en *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia* que data de 1837.

Se declaró seguidor de Schelling, Spinoza, Rosseau y Kant, entre otros autores. Su pensamiento filosófico toma en cuenta las teorías de estos pensadores, pero adquirió verdadera originalidad. Para unificar todas las nociones en que se apoya parte de una noción única que representa lo absoluto —la idea—, concepto que,

⁵ Sobre el historicismo es posible consultar una amplia bibliografía. Entre otros, nos remitimos a Kirn (1961); Cardoso y Pérez Brignoli (1976) y White (1992).

⁶ Otros lo llaman «espiritualismo histórico» y también se menciona que se trata de un «idealismo objetivo».

sin embargo, está unido a la realidad. Hay que mencionar que por esa época la filosofía alemana estaba marcada por el pensamiento de Kant, particularmente por su idea de que había un límite para el conocimiento. Pero Hegel reclama, en primer lugar, un carácter científico para la filosofía y en segundo término considerará a la realidad como un todo integrado por partes, cuyo sentido podrá ser aprehendido por remisión a dicha totalidad, que fue además dinámica. En ese continuo devenir cada cosa alcanza su esencia dentro de un proceso que es resultado de la diferencia. Puede decirse que empleando el esquema dialéctico no solo intentó resumir la realidad en una fórmula sino mostrar una regla de su funcionamiento.

Se basó en la teoría teológica de la historia dándole un carácter no solo moderno sino racional. Pesa sobre sus planteamientos el sentido universalista de la historiografía alemana y considera a la historia universal como una unidad orgánica y encuentra que también la historia seguía un proceso, vale decir, que tenía una dinámica que la orientaba al progreso. Todo ello explica su preocupación por la historia del espíritu humano. Por esta razón Hegel es considerado un idealista y espiritualista, pero debemos mencionar que el pensamiento de Hegel además de idealista ha sido calificado como la expresión de una mezcla de romanticismo e historicismo, argumentándose al respecto que la historia de las naciones se consagró en la doctrina historicista de Hegel, ya que para él la historia revelaba la verdad acarreada por las naciones.

El historicismo hegeliano modificó la relación habitual entre filosofía e historia por su insistencia en que la verdad filosófica residía en la historia, particularmente en el esfuerzo de las naciones por definirse a sí mismas. En consecuencia, las verdades de la razón solo se pueden hallar en la historia. A medida que la historia avanza se va revelando su significación implícita y por lo tanto progresan los juicios morales (Appleby, Hunt y Jacob 1998: 70-71). Ello significa que adopta en parte la propuesta romántica del desarrollo orgánico de la historia y toma de los críticos del romanticismo la idea de que debían darse cambios o transformaciones históricas según las posibilidades del «espíritu del mundo», considerando además que el individuo se funde en el espíritu del universo. Bajo su influencia surge la llamada por algunos «ideología histórica» —historicismo para otros—, que fue la teoría que formuló Gerónimo de Humbolt, quien proponía describir y analizar las raíces teóricas de las grandes transformaciones históricas, establecer las ideas como fuerzas históricas dándoles legitimidad a todas⁷.

⁷ Consideraba este autor que las ideas no son creaciones místicas o supraterranales «genio nacional» por ejemplo, y pueden en cambio reconocerse solo en los acontecimientos o a través de ellos dado que las ideas expresan las tendencias dominantes de una época.

Hegel dio al «espíritu del mundo» —que equivaldría a tradición espiritual— reglas de funcionamiento, ya que consideró que el pasado podía ser entendido como el repositorio de la tradición. Sin embargo, debe indicarse que estimó que el presente era crucial para la historia, pues utilizando la idea de progreso admitió que intereses contrapuestos caracterizan la acción de sus actores, aunque, finalmente, el curso de la historia proyectará siempre adelante a la humanidad.

Distinguió tres manifestaciones del espíritu: las vidas, las ideas y las culturas de los seres humanos. El pensamiento humano brota de la tradición, de las individualidades y de las condiciones materiales de vida válidas para cada época. Considera que la verdad absoluta se encuentra a través de la filosofía y entiende a la historia como variación. Por esa razón, pensar la historia significa tomar conciencia de sus variaciones o cambios y, por consiguiente, el relato de los mismos resulta importante sobre todo porque cada gran pueblo histórico cumple una misión en tanto encarna el espíritu del pueblo. En medio de la historia, es decir, en un ambiente de cambio constante que —a diferencia de la naturaleza— nunca se repite, el hombre requiere de un anclaje que le estará dado por la tradición. Interpretó a la religión cristiana en términos de razón especulativa y afirma que la Providencia se manifiesta en la historia como la «astucia o el ardid de la razón» que marcará el desarrollo de la libertad humana hasta alcanzar, a través de la historia, la conquista de la libertad y el triunfo del espíritu.

Al mirar la manera cómo se ha mirado al pasado, Hegel considerará que si la historiografía de la Edad Media estaba fundada sobre la percepción, a partir del siglo XVI su historia se bifurca, ya que una rama lleva a la narración de los acontecimientos y la otra a la investigación. La primera formaría parte de una historia-arte, la otra sería una ciencia. La labor del historiador deberá ser —según Hegel— una actividad penetrada por la razón que permita calar más allá de la superficie de los acontecimientos, particularmente porque en términos historiográficos distingue entre la historia inmediata o descripción de los hechos, reflexiva, que es general y se desplaza fuera de los límites de la experiencia empírica, y filosofía de la historia, que apunta a la razón de ser de los acontecimientos (Lozano 1994: 41-42 y 81 y Corcuera 2000: 35 y ss.).

Dicho en forma de la conciencia histórica —que representa sucesivas fases de autoconciencia histórica— tendremos: original, que es la mera conciencia histórica (en sí misma); reflexiva, que se reconoce a sí misma como tal (para sí misma); y filosófica, que también se reconoce a sí misma como tal y además reflexiona tanto sobre las condiciones de su saber, es decir, sus relaciones con su objeto de estudio —el pasado—, como sobre las conclusiones generales acerca de la naturaleza de todo el proceso histórico que pueden derivarse de la reflexión racional sobre varios productos (obras históricas específicas).

Pero como podemos ir advirtiendo, el pensamiento en general, el pensamiento histórico y la historiografía de la época que estamos estudiando muestran que el ambiente es de controversia permanente. Ejemplo de ello será el hecho de que el idealismo hegeliano será objeto de debates entre los propios discípulos del maestro —Federico Strauss, Bruno Bauer, Ludwig Feuerbach, entre otros—, pues, en efecto, unos aceptaron el contenido del pensamiento hegeliano —la razón en la historia— e interpretaban que «razón» era un principio equivalente a Dios y de esta manera su filosofía dio una base racional al cristianismo. Otros, tomando en cuenta a la dialéctica —como agente del cambio— hicieron de la razón hegeliana un instrumento para rechazar a los que llamaron la complacencia teológica y el conformismo político. En el caso de Feuerbach tenemos que llegó hasta un abandono definitivo del idealismo hegeliano (Corcuera 2000: 52-55).

6.3.1. El papel de la historiografía alemana

Siendo la línea positivista de raíz germana —denominada también «modelo rankeano»— la dominante a su lado, pero con menor rango de importancia entonces, surgen varias tendencias: una será la Escuela Histórica del Derecho, cuya propuesta alcanzará incluso a plantear la formación de sociedades académicas destinadas a la búsqueda y edición de fuentes documentales. Esta idea, si bien no llegó a cuajar, dio lugar a que en 1819 se fundara en Frankfurt la sociedad para el estudio de la primitiva historia de Alemania y que lograra sacar a la luz una revista conteniendo discusiones y estudios preliminares sobre diferentes textos y tópicos. Luego, Freiherr Vom Stein editará *Monumenta Germanie Historica*, orientada a la publicación y estudio documental.

Otra corriente estará inspirada en los planteamientos de Marx y Engels, que oponiéndose al positivismo dominante, ensaya la búsqueda de las causas económicas, la interpretación y las visiones generalizadoras. Esta perspectiva la compartirían Heinrich Cunow y Otto Bauer, por mencionar a algunos. También hay que considerar a la historiografía que ha sido llamada crítico-académica, conformada por un conjunto amplio de autores, entre los que se cuenta a Max Weber, orientada a realizar las críticas al positivismo, que propuso también explicaciones bastante elaboradas (Aguirre 1999: 65-66).

Cuando se consideraba que la sociología era una ciencia incapaz de un esfuerzo conceptual reducida al estudio de la sociedad en su sentido más amplio, se producen cambios importantes. En primer lugar, en 1893, Emile Durkheim parte del concepto de la división del trabajo como clave para el estudio de las diferencias sociales y, en segundo término, la aparición, en 1897, de *Los Anales Sociológicos* (*L'Année Sociologique*). En ambos casos se plantea la vinculación necesaria de la

historia con las ciencias sociales y la multidisciplinariedad, en este caso, entendida como la posibilidad de estudiar un mismo problema desde distintas disciplinas pero de manera individual (Romano 1977: 34-35).

Suele considerarse que el rechazo al positivismo inicialmente se produjo desde la Escuela Filosófica Alemana de la Hermenéutica, cuyos mejores representantes fueron los llamados neokantianos de la Escuela de Marburgo, como Droysen, Dilthey, Simmel, Weber y los de la llamada Escuela de Baden, como Windelband y Rickert⁸. Todos muestran preocupación por la predicción y sentido reduccionista de la razón instrumental y proponen que lo singular debe ser comprendido como una manifestación de la interioridad individual expresada en la forma de manifestaciones sensibles. Aparecerá también la noción de comprensión usada por Droysen, así como la distinción realizada por Dilthey entre ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, una de las cuales es la historia y cuya finalidad era la comprensión de los llamados hechos particulares.

6.3.2. La erudición renovada. El caso de *Monumenta Germaniae*

Creemos no equivocarnos al sostener que la mejor expresión de la historia erudita en esta época se deja ver en la obra de la Escuela Prusiana con la publicación de *Monumenta Germaniae Historica* y los trabajos de Niebuhr, Waitz, Droysen y Sybel. Tales esfuerzos no deben llamar la atención pues se correspondían muy bien al pensamiento histórico y la metodología cultivada entonces por los historiadores. Asimismo, resultaban ajustados al valor otorgado a las fuentes documentales, de manera tal que la erudición renovada en este momento se ligará a la organización de archivos y a la enseñanza para la profesionalización de los historiadores.

Monumenta Germaniae Historica fue una colección de textos medievales de origen germánico de cuya recopilación y edición se ocuparon varios importantes historiadores alemanes⁹. El plan editorial pretendía publicar las fuentes escritas de la historia germánica, desde el fin de la dominación imperial romana hasta el año 1500. Sus áreas temáticas fueron establecidas de la siguiente manera: *Antiquitates*, *Diplomata*, *Epistolae*, *Leges*, *Scriptores*, así como la *Necrologia*. A la par se fueron trabajando y publicando otras series subsidiarias como los volúmenes para uso docente —*Scriptores in usum scholarum*— y también estudios especiales. Fueron apareciendo desde 1826 en Hannover explicándose la iniciativa, que correspondió, como dijimos anteriormente, al barón Karl von Stein, al nacionalismo y a la admiración romántica por el periodo medieval que entonces se cultivaba, al

⁸ Siguiendo esta orientación en Italia destaca la figura de Benedetto Croce y en Inglaterra R. G. Collinwood.

⁹ Para ofrecer el resumen acerca de la historia de esta publicación vamos a seguir a Linage (2001).

considerarse que fue en dicha etapa de la historia cuando se sentaron los cimientos de los que serían los estados-nación. Por encargo de Stein, la labor editorial quedó finalmente en manos de Georg-Heinrich Pertz, quien había sido discípulo de Ranke en Berlín, y su colaborador Johann F. Bröhmer.

Fueron varios los historiadores que trabajaron en la preparación de los diferentes volúmenes, destacando de entre ellos los conocidos nombres de Mommsen, Waitz y Sybel. La obra en la que se empeñaron respondía a la necesidad de dejar sentado histórica —y por ende documentalmente— el fundamento del Estado germano del siglo XIX. Es fácil percibir entonces que la erudición como soporte de la historiografía y también esta última son una vez más entendidas como instrumentos o medios para conseguir diversos fines que en el caso presentado son de carácter político e identitario.

6.3.3. Savigny y la Escuela Histórica

A Kart Savigny se le considera el representante de una de las corrientes surgidas contra los clásicos de la Ilustración. Su tendencia estuvo emparentada con Herder y los románticos, puesto que consideraba que la historia no es solo una colección de ejemplos políticos y morales, sino el único camino para el conocimiento de nuestro propio Estado. Así, se propuso hallar la particularidad individual del producto histórico y buscó colocar esas individualidades dentro de un todo. Su distanciamiento del modelo señalado en el siglo anterior parece expresarse de manera resumida en la siguiente frase:

Hubo un tiempo en el cual la separación entre la parte y el todo se acometió decididamente y con la mayor confianza en el éxito, no solo la separación entre el presente y un pasado que se tenía en poco, sino también la del ciudadano y el Estado. Esta última se ha reconocido, merced á penosas experiencias, como errónea y perniciosa [...] (Savigny 1908:15).

De la misma manera, discute ciertas nociones del romanticismo historiográfico que, sin duda, no pudo romper de manera clara con el modelo establecido en el siglo XVIII, específicamente en relación a la idea del progreso, pese a que los románticos valoraban a la tradición. Savigny parece reconocer esta situación y la crítica de la forma siguiente:

[...] muchos, sin darse cuenta de ello ciertamente, confunden su propia concepción personal del orden del mundo con este mismo orden, y así han llegado á aquel sentimiento ilusorio según el cual el mundo ha comenzado con ellos y con sus opiniones. Se comprenderá que esto no llega por lo general en ninguno de ellos á la conciencia, permaneciendo en la oscura esfera del sentimiento y apareciendo

tan solo en aplicaciones completamente particulares; pero aunque esto sea así, puede considerarse como algo más que un puro fenómeno literario (Savigny 1908).

Concedió importancia al estudio histórico del Derecho siendo su propósito trazar la influencia del derecho romano durante el periodo medieval. Entre 1804 y 1808 visita varias bibliotecas de Europa Occidental, lo que le permitió años más tarde escribir su principal obra titulada *Historia del derecho romano en la Edad Media*, que empieza a aparecer en 1815. En ella busca trazar la supervivencia de las leyes romanas en las instituciones de los pueblos, las costumbres locales, en los cánones legales y los estudios académicos (Gooch 1965: 43 y ss.). También escribió *Sistema del derecho romano moderno*.

Junto con Eichhorn fundó la *Revista Histórica de Jurisprudencia (Revista para la ciencia del derecho desde la perspectiva histórica o Revista de la Escuela Histórica del Derecho)* y en 1814 desarrolla un plan para formar una sociedad encargada del estudio y la edición de fuentes documentales para la historia de Alemania. La propuesta consideraba la fundación de sociedades históricas en diversos lugares, así como la edición de fuentes no solo históricas sino también literarias y artísticas. Ese mismo año publicó en Heildeberg *Sobre la vocación de nuestro tiempo para la legislación y la ciencia del derecho*, obra en la que da a conocer los principales planteamientos de la llamada Escuela Histórica.

Savigny fue explícito al indicar que para la Escuela Histórica la materia del Derecho estaba dada por todo el pasado de la nación, aunque no de forma arbitraria, sino como procediendo de la íntima esencia de la nación misma y de su historia, y que cada época examinará, renovará y mantendrá fresca esa materia nacida por obra de una necesidad interna (Savigny 1908: 16). Tenía, además, una noción específica respecto a una relación esencial entre la investigación histórica —capaz de recoger la tradición— y su empleo. Es decir, su valor práctico: «El triunfo de la investigación histórica se logra cuando lo investigado se muestra á la simple é inmediata contemplación, como algo que subsiste y vive con nosotros, y precisamente entonces es cuando ambos puntos de vista, histórico y práctico, se compenentran por completo» (Savigny 1908: 25). Como se puede apreciar, hay un sustrato del romanticismo por la importancia atribuida a la tradición y en su idea de *Völkgeist* (espíritu del pueblo).

Volvamos ahora la mirada al ya mencionado Karl Friedrich Eichhorn, quien formó parte de aquella tendencia que vinculada a Göttingen, cifraba en el estudio de las leyes, el mejor conocimiento de los pueblos y de su pasado. La ley fue presentada como el producto de todos los factores que ejercen influencia en la vida de una nación y así, a través de su obra, trazó la conexión entre las nociones de carácter legal y las instituciones en diferentes épocas, procurando revelar la

continuidad de su evolución. «[...] ni uno solo entre todos los Derechos particulares alemanes tiene una existencia aislada y como subsistiendo por sí misma, ni podría tampoco tenerla, siendo así que ninguna región alemana se ha separado nunca del resto de Alemania ni por su carácter personal ni en cuanto á su historia» (Eichorn 1908: 84-85).

Se estima que su trabajo constituyó un excelente ejemplo acerca del tratamiento histórico de la ley (Gooch 1965: 39 y ss.). Publicó *Historia de las leyes y las instituciones alemanas*, obra también conocida bajo el título de *Historia del derecho y del estado alemanes*, que vio la luz entre 1808 y 1813. Se considera que su tratado sobre derecho privado fue un complemento de la obra mencionada.

Consideraba que el Estado alemán se encontraba en un momento de transición, por lo que era preciso volver la mirada hacia el pasado y encontrar su relación con el presente. Sus estudios sobre el derecho eclesiástico lo llevaron a realizar un análisis completo sobre la Iglesia alemana, sus vínculos con el Estado, lo mismo que las relaciones entre católicos y protestantes.

6.3.4. Niebuhr y el método crítico

A Niebuhr, considerado un renovador de la historiografía sobre la Antigüedad, se le adjudica el mérito de haber logrado que la historia adquiriese el carácter de disciplina independiente (Gooch 1965: 14). Entre 1811 y 1831 publicó dos ediciones diferentes de una *Historia Romana*, que no solo fue muy bien aceptada en su idioma original sino que fue traducida al inglés. A partir de entonces en la enseñanza universitaria no se acudiría directamente a Tito Livio para estudiar a Roma, sino que la obra de Niebuhr se convertirá en un clásico moderno (Rama 1989: 49).

Desarrolló el método crítico histórico para el examen de las fuentes y su credibilidad, pues sostuvo que en historia no se trabaja solo con conjeturas. Dos opiniones del propio Niebuhr pueden mostrarnos las características generales de su obra. La primera es muy breve pero expresa claramente la manera cómo concibió las posibilidades de la historia para ser llamada disciplina científica:

Yo soy un historiador y por eso puedo construir una imagen completa [del pasado] a partir de fragmentos separados. Sé dónde faltan partes y cómo completarlas.

La segunda apunta más bien al contacto real y posible del historiador con el pasado:

[El historiador se compara a] un hombre que en una celda oscura va percibiendo los objetos en la medida de que sus ojos se acostumbran a las tinieblas. De entrada, no solo no ve alguno de esos objetos sino que lo declara invisible» (en Gooch 1965: 19).

Sus estudios sobre Roma están hechos desde la perspectiva de quien tenía experiencia de gobierno y procura ver al Estado como una totalidad, pero también el desarrollo de sus leyes e instituciones¹⁰.

Otro cultor del método crítico fue Karl Ritter, quien además propuso que las características geográficas de un territorio ejercían una influencia en la historia y debían tomarse en cuenta. En ese sentido, afirmó también que la constitución y desarrollo de los estados dependen de las condiciones geográficas, las que, a su vez, otorgan estabilidad a las características de las naciones. Por estas proposiciones se asemeja Ritter a los teóricos de la Antigüedad y a la postura de Montesquieu en el siglo XVIII. De cualquier manera, vale aclarar que pese a que Ritter consideraba que la fuerza de lo geográfico influye sobre la actuación de los hombres sin que sean conscientes de ello, no planteó un determinismo y más bien se considera que esbozó, al estudiar las vinculaciones del ámbito geográfico con el desarrollo social, la idea de una suerte de espacio vital.

En su actividad como historiador, que si bien no era la principal, resalta su aplicación de la crítica de fuentes al Nuevo Testamento, pero la que es considerada su obra maestra, publicada en diecinueve volúmenes y escrita entre 1817-1859, *Die Erdkunde im Verhältniss zur Natur und zur Geschichte des Menschen (Las ciencias de la Tierra en relación a la Naturaleza y a la Historia de la Humanidad)*, es una obra de geografía humana que posee textura histórica. En ella desarrolló el tema de la influencia del medio físico en la actividad humana a pesar de que solo llegó a referirse a Asia y África, pues le sobrevino la muerte antes de que pudiera completar todo el plan de su obra.

6.4. CONCLUSIONES

La historiografía de la decimonovena centuria se desarrolló buscando que la historia adquiriese el carácter de disciplina independiente y en el proceso para conseguir dicho objetivo se puso en cuestión el método, así como sus bases teóricas, lo mismo que la función social de la historia. Se manifestará una tensión entre las discusiones teóricas y el rigor erudito y metodológico. Se pretende dejar atrás a la filosofía de la historia para darle a la disciplina un cariz profesional, pero sucede que aunque el segundo propósito se logra no será a costa de la consecución del primero. Esto se debe a que diversas filosofías buscarán englobar en un solo panorama a todo el conjunto de historias locales previas y van a concebir a la historia humana como unidad y, por lo tanto, como orgánica y verdadera historia universal. Esa historia de la humanidad será vista como un proceso (Aguirre 2000: 15-16).

¹⁰ Gooch (1965) resume muy bien la vida y la obra de Niebuhr.

En ese momento se definió el carácter científico de la historia en base a su independización de la literatura, ya que a pesar de que se considera que la forma más adecuada de «recrear» el pasado es la narrativa se busca eliminar todo aquello que suponga el riesgo de caer en lo ficcional, aun cuando el propósito del historiador fuera llenar los vacíos de información emanada de los documentos. Justamente, el apego a ellos alejaba a la historia de la literatura. Además, vuelve a plantearse, bajo un nuevo paraguas teórico, la idea de la función de la historia que quedará definida para los historiadores del siglo XIX como «utilidad de la historia».

Una vez más la erudición se constituirá en una herramienta básica para el trabajo del historiador, ya que entonces se tendrá como cierto que la verificación será el paso preliminar para alcanzar un grado de exactitud más alto de los acontecimientos.

El historicismo, con su marcado interés por centrarse en las explicaciones fundadas en la restauración de los contextos históricos de cada acontecimiento, ejerció una enorme influencia en la historiografía, aunque hay que reconocer que con matices y también grados distintos. Las propuestas del llamado positivismo alcanzaron al campo de la historia y lo que veremos será una historiografía de tradición moderna que afirmaba las ideas de la objetividad, universalidad y unidireccionalidad del pasado humano y que confiaba en la posibilidad de encontrar leyes y regularidades buscando ofrecer visiones globales acerca de la experiencia humana.

Destacable fue el rol de la historiografía alemana, sobre todo a través de Einhort y Niebhur, pero no menos importante será el aporte de Savigny. El desarrollo de la llamada historiografía científica será una realidad que veremos desplegarse a lo largo del siglo.

CAPÍTULO VII LA HISTORIOGRAFÍA CIENTÍFICA DECIMONÓNICA

«Admiramos a grandes historiadores como Ranke, Tocqueville, Burckhardt, Huizinga, Meinecke o Braudel no por la exactitud de sus descripciones y explicaciones de situaciones históricas, sino por las interpretaciones panorámicas que ofrecen de grandes porciones del pasado».

F. R. Ankersmit

Sin lugar a dudas en el centro de la historiografía occidental decimonónica se ubica la historiografía desarrollada en Alemania. El paradigma de la Ilustración, tal como se asimila y desarrolla por los historiadores en Alemania, así como el despliegue del romanticismo alcanzando al quehacer de los historiadores son dos hitos importantes a los que hay que agregar las reacciones contrarias que tendrán que ver, justamente, con el desenvolvimiento de una historiografía científica de corte positivista-historicista. Las definiciones metodológicas y el distanciamiento de la filosofía serán entonces sus notas más sobresalientes. El historiador adquiere entonces «oficio», es decir, formación, método y experiencia en el empleo de fuentes e instrumentos como el ejercicio de la crítica para poder alcanzar la interpretación.

Ya adelantamos en otro apartado que el pensamiento del filósofo del lenguaje Wilhelm von Humboldt, quien recogiera planteamientos de Kant, resulta fundamental para las formulaciones de la llamada Escuela Histórica. Pueden mencionarse como ideas de Humboldt la noción de recurrencia no consiente de los hechos de la naturaleza, a diferencia de los hechos históricos caracterizados por ser intencionales, únicos e irrepetibles, aunque cada suceso es parte de un todo. La importancia la confiere al Estado, al poder y a la vida política. En consecuencia,

los estudios históricos deben centrarse en los conflictos entre los grandes poderes. También denotó el trabajo de Humboldt interés y preocupación por el futuro de la cultura europea y por el asunto de las relaciones entre el individuo y la sociedad, ya que el hombre se desarrolla dentro de una comunidad o sociedad y su desenvolvimiento depende entonces de ella.

Consideraba que el proceso histórico supone una transformación basada en la contraposición entre espíritu y materia, pero que, sin embargo, hay una desproporción entre ambas fuerzas, pues el espíritu creativo es más fuerte que las causas materiales y por eso es difícil una concepción científica de la explicación histórica. De ahí que la tarea del historiador consista solo en presentar la lucha de una idea por cristalizar. La historia es presentada entonces como un drama donde se producen luchas y conflictos aunque, pese a todo, las fuerzas espirituales o el espíritu creativo terminarán por imponerse y con él la verdad, la belleza, la justicia. La creación de la cultura, su germinación y crecimiento se debe a una fuerza espiritual, mientras que su declinación y disolución obedece a causas físicas y psicológicas.

Su propuesta metodológica debe relacionarse a su ensayo de 1821 titulado *Sobre la tarea del historiógrafo*, donde propone mantener un equilibrio entre erudición e intuición. De esta manera, el historiador debe procurar describir lo sucedido de la manera más exacta, completa e imparcial. Seleccionar y reunir el material y luego integrarlo en un todo. A estas alturas puede permitirse apelar a la comprensión intuitiva para llenar vacíos y aclarar confusiones pero siempre basado en testimonios concretos contenidos en las fuentes.

En cuanto a la forma de exposición de los resultados de su trabajo, la que parece más cabal es la forma narrativa bajo la condición de emplear el lenguaje de manera cabal a fin de no distorsionar la realidad procurando, a la vez, no contaminar el relato con ideas accesorias —las del historiador— (Corcuera 2000: 117, 121).

7.1. LEOPOLD VON RANKE Y LA ESCUELA CIENTÍFICA

En primer lugar, hay que señalar que cuando se habla de la escuela de Ranke debemos pensar más bien en los asistentes a su seminario. Fueron discípulos suyos Heinrich von Sybel, autor de *Historia de Europa durante la Revolución Francesa*, Waitz, quien como ya sabemos dirigió *Monumenta*, y Giesebrecht, autor de *Historia de la era imperial alemana* (Rama 1989: 51-52).

Ranke es considerado un historiador notable hasta ahora y en una apretada síntesis de lo que se puede decir acerca de él y su obra puede anotarse, por ejemplo, que se propuso prestar la mayor atención a la ideología histórica sin criterios dogmáticos. Así, en sus trabajos postula la influencia profunda de la Revolución

Francesa en la historia de Europa, en especial a través de las ideas directrices impresas en la misma. Ranke se especializó en la historia política europea de los siglos XVI y XVII, pero su mayor aporte estuvo en el campo de la metodología (Rama 1989: 49).

Buscando las ideas reinantes en los periodos y sociedades estudiadas, defendió la noción de que las ideas que operan en la historia no son fuerzas trascendentes sino creaciones, exigencias concretas de ciertos hombres —pueblos y sociedades—. En cierta forma asume un idealismo, considerando que la historia universal debe ser entendida de manera global, pero distinguiendo en dicha totalidad a las historias concretas correspondientes a los estados y naciones, puesto que cada una de ellas es una entidad que tiene su particular esencia, de manera tal que hay que conocer las historias individuales de los pueblos para llegar a conocer y entender a la historia total o universal. Entiende a todo proceso histórico de manera ordenadamente jerárquica, desde Dios hasta los individuos creadores finalmente de civilización e instituciones.

La minuciosa crítica textual y el empleo de nuevas fuentes forman parte de su propuesta metodológica para llegar a establecer los hechos de la historia, privilegiando aquellos de carácter político en relación al estudio de personajes e instituciones. Ranke postula que la historiografía para ser científica debía apoyarse en el conocimiento, lo más preciso posible, de los hechos del pasado y por lo tanto, a los historiadores no les correspondía realizar ningún tipo de especulación filosófica. Sus temas predilectos fueron la Reforma y Contrarreforma, así como la historia de los pueblos romano-germánicos, entendidos como una unidad político-cultural. Concedía especial valor a las relaciones internacionales y advirtió el peso de los asuntos internacionales en la política de los estados europeos, lo cual significó su oposición a la rígida noción de historia nacional que había pregonado el romanticismo.

Fue un adversario convencido del racionalismo francés, es decir, del racionalismo de las luces. Consideró falsas las teorías abstractas del conocimiento expresadas por las construcciones de conjuntos conceptuales, de realidades abstractas y típicas. La verdadera teoría científica no es la que trata de explicar lo real por medio de un conjunto de conceptos y de reglas, sino lo que trata de aprehender el sentido profundo e individual de los acontecimientos históricos dados. Su visión es conservadora y su idealismo objetivo, diferente al idealismo filosófico de Hegel. La historia universal debe entenderse entonces como una totalidad global compuesta de numerosas historias concretas —estados, pueblos—, cada una de las cuales constituyen una individualidad en sí, posee una esencia sustancial y expresa una idea particular. Sostenía que hay que partir de las historias concretas para conocer la historia universal. Asimismo, mostró admiración por el advenimiento de los estados-nación y preocupación por la posibilidad de que nuevas ideas rectoras

de los pueblos promuevan en el futuro distintas formas de organización social, puesto que contendrían impulsos o fuerzas negativas.

En resumen, la historiografía científica que quería justificar debería apoyarse sobre el conocimiento exacto de los hechos y debería separarse de la especulación filosófica. El camino del conocimiento histórico va de lo singular a lo general y se basaba en el estudio, mediante la minuciosa crítica textual de nuevas fuentes que le permitirían establecer los hechos de la historia política. Se debe considerar que Ranke inicia prácticamente el análisis historiográfico debido a su determinación para aclarar la personalidad de cada autor que consulta e inquirir de dónde sacó su información. Los postulados de Ranke respecto al quehacer histórico se pueden sintetizar de la manera siguiente:

- Al historiador no le compete juzgar el pasado ni instruir a sus contemporáneos. Simplemente debe rendir cuentas de lo que realmente pasó.
- No existe relación de interdependencia entre el sujeto historiador que conoce y el objeto de conocimiento que es el hecho histórico.
- La historia tiene existencia por sí misma. Objetivamente posee una determinada forma que la hace directamente accesible al conocimiento.
- El historiador como sujeto cognoscente es totalmente pasivo, es como el espejo que refleja la imagen del objeto.
- No es necesaria la reflexión teórica que incluso puede ser inútil o perjudicial, lo que importa es acopiar un número suficiente de documentos que sean seguros y partiendo de los hechos que allí aparecen, organizar, interpretando el relato histórico.

Al tratar a los personajes procura penetrar hasta el fondo de su personalidad —historia psicológica—. Tal es el caso de su análisis sobre los papas al estudiar la Contrarreforma, lo cual es, sin duda, un atributo en la obra de Ranke. Considera el significado del Renacimiento, la Reforma y las guerras de religión para la formación de las nacionalidades europeas, cada una con la conciencia de su destino histórico particular, la fundación de iglesias y estados adecuados permitió canalizar sus energías de manera ordenada (Rodríguez 1998: 69-70 y Corcuera 2000: 134).

En cuanto al uso de las fuentes, no solo se contentó con acceder a las originales o primarias, sino que analizó el trabajo de los historiadores anteriores tratando de descubrir sus intenciones, y cuando cree descubrir que redactaron sus obras a partir de una consideración emanada de su personalidad, busca las alteraciones inconscientes, pues su propuesta fue hacer una crítica interna y juzgar a cada obra en su integridad. Sin embargo, se inclinó más por el empleo de fuentes derivadas de situaciones polémicas, lo mismo que de material primario y resultó

poco crítico, y ya que se dejó llevar por la información sin aplicar los criterios que solía emplear al usar el material bibliográfico. Otra cuestión relacionada con los testimonios es que usa muy bien fuentes de cortes y cancillerías relacionadas con cuestiones políticas y no sabe utilizar documentos que ofrezcan solo información sobre asuntos materiales, como cuentas, registros, etcétera.

Al estar de acuerdo con la noción de que gobernantes y diplomáticos obraban en concordancia con las tendencias —o ideas— dominantes en su tiempo, Ranke vuelve a la historia política de cortes y gobernantes. A pesar de que le interesa captar las ideas directrices y calar en la personalidad de los actores de la historia, dejó siempre en claro que su propósito era sujetarse a los hechos, puesto que la verdad era más interesante que la ficción.

En una primera etapa, iniciada en 1824 (Rodríguez 1998: 50), escribió *Historia de las naciones latinas y teutónicas*. Utilizando archivos austríacos y las llamadas «relaciones venecianas» —de los embajadores de Venecia—, publicó entre 1834 y 1836 *Historia de los Papas*. Parece indudable que a raíz de su permanencia de más de dos años en Italia y la consulta de los archivos venecianos Ranke pudo escribir *Venecia y el fin del siglo XVI*, obra que sin embargo apareció en 1878 (Gooch 1965: 79). De su pluma salieron también *Alemania en tiempos de la Reforma*, producida entre 1839 y 1847; *Príncipes y pueblos de la Europa del Sur*, en 1827; así como también *Pueblos y estados en la Edad Moderna*, en donde aparece delineada su idea acerca de la disciplina histórica afirmada en los criterios positivistas establecidos por Comte (Vidal Jiménez 1997-2000: 3). Más adelante, utilizando archivos franceses, ingleses y alemanes escribió varias obras: *Historia de Francia*, *Historia de Inglaterra*, *Nueve libros de historia prusiana* y *Aportaciones a la historia de Alemania*, además de otros trabajos más pequeños. A partir de 1880, tomando como base su ensayo «Grandes poderes» se empezó a publicar la última gran obra de Ranke titulada *Historia Universal*, que no llegó a terminar pero que comprendió siete volúmenes¹.

Se ha dicho que entre los servicios ofrecidos por Ranke a la disciplina histórica estuvo separar cuanto pudo —o creyó poder— el estudio del pasado de las pasiones del presente para tratar de describir las cosas tal como fueron. En segundo lugar, haber establecido la necesidad de construir el conocimiento histórico en base a fuentes contemporáneas a los hechos: «no fue el primero en consultar los archivos pero sí el primero en usarlos bien» y finalmente porque sentó las bases para el estudio científico de las fuentes históricas. La confianza de Ranke

¹ Ranke alcanzó a ver la publicación de seis de ellos antes de morir. El séptimo lo había dictado, pues padecía de ceguera a causa de su avanzada edad. De cualquier manera, vale la pena mencionar que su amplia producción se debió en parte a su lúcida longevidad, que le permitió seguir produciendo hasta el final de sus días.

para distinguir los datos significativos lo separa del enfoque de los historiadores de otras corrientes del siglo XIX. Es decir, de la tendencia de los positivistas a la abstracción cuando procuraban explicar la historia mediante la búsqueda de leyes universales de causalidad. De los marxistas, que estudiaban la historia para hallar las leyes de su desenvolvimiento. De los románticos, que explicaban los acontecimientos destacando la victoria final del héroe y de los idealistas que daban importancia a una historia bien tramada por medio de una argumentación dialéctica que promueve un tipo más elevado de conciencia (Gooch 1965: 96-97 y Corcuera 2000: 130-131). Su estilo es pulcro y muy claro en su expresión. Se inicia con un estilo contencioso y preciso pero al que intercala lo pictórico a través del relato de anécdotas.

7.2. LA ESCUELA PRUSIANA: DROYSEN, MOMSEN Y SYBEL

Considerada historicista, característica que compartió con otras corrientes del siglo XIX, esta escuela tuvo en Johann G. Droysen y Henrich von Sybel a sus mejores representantes. El primero se planteó las relaciones entre la moral, la historia y la política y tomó como modelo al Estado prusiano de aquella época. El segundo insistió en la misión del Estado y en la realidad de un progreso general de la humanidad. Consideró la preeminencia de la llamada razón de Estado. Esta escuela también ha sido considerada una de las mejores manifestaciones de la erudición historiográfica en la decimonovena centuria (Le Goff 1991: 90-91).

J. G. Droysen es considerado el fundador y la figura más destacada de la llamada Escuela Prusiana². Inicialmente se dedicó al estudio del helenismo y escribió *Historia de Alejandro y el helenismo*³. Pero, producido el enfrentamiento bélico entre Prusia y Dinamarca, dejó ver su simpatía por la causa prusiana escribiendo *Historia de la política prusiana*, que fue un elogio de la dinastía Hohenzollern (Rama 1989: 52). En general, todos sus planteamientos y sus obras en particular manifiestan el fundamento filosófico y filológico de sus trabajos. Consideró que tanto la Revolución Francesa como la americana debían entenderse ligadas a la insurrección prusiana, pues los tres movimientos constituyeron pasos y expresión de libertad y nacionalismo. Cabe destacar entonces que rasgos importantes del

² No todos los miembros de esta Escuela fueron prusianos por nacimiento o residencia y, se considera, que el «padre espiritual» de la misma fue F. C. Dahlmann, quien colaboró en Monumenta. Escribió un tratado sobre Ciencia Política lo mismo que historias sobre las revoluciones inglesa y francesa (Gooch 1965: 122).

³ En 1836 se desempeñaba como profesor de Historia antigua y filología clásica en la Universidad de Berlín. Con frecuencia, se destaca que este autor acuñó la noción helenismo para referirse al período comprendido entre la muerte de Alejandro y la expansión de Roma y que marcó la difusión de la cultura griega.

para distinguir los datos significativos lo separa del enfoque de los historiadores de otras corrientes del siglo XIX. Es decir, de la tendencia de los positivistas a la abstracción cuando procuraban explicar la historia mediante la búsqueda de leyes universales de causalidad. De los marxistas, que estudiaban la historia para hallar las leyes de su desenvolvimiento. De los románticos, que explicaban los acontecimientos destacando la victoria final del héroe y de los idealistas que daban importancia a una historia bien tramada por medio de una argumentación dialéctica que promueve un tipo más elevado de conciencia (Gooch 1965: 96-97 y Corcuera 2000: 130-131). Su estilo es pulcro y muy claro en su expresión. Se inicia con un estilo contencioso y preciso pero al que intercala lo pictórico a través del relato de anécdotas.

7.2. LA ESCUELA PRUSIANA: DROYSEN, MOMSEN Y SYBEL

Considerada historicista, característica que compartió con otras corrientes del siglo XIX, esta escuela tuvo en Johann G. Droysen y Henrich von Sybel a sus mejores representantes. El primero se planteó las relaciones entre la moral, la historia y la política y tomó como modelo al Estado prusiano de aquella época. El segundo insistió en la misión del Estado y en la realidad de un progreso general de la humanidad. Consideró la preeminencia de la llamada razón de Estado. Esta escuela también ha sido considerada una de las mejores manifestaciones de la erudición historiográfica en la decimonovena centuria (Le Goff 1991: 90-91).

J. G. Droysen es considerado el fundador y la figura más destacada de la llamada Escuela Prusiana². Inicialmente se dedicó al estudio del helenismo y escribió *Historia de Alejandro y el helenismo*³. Pero, producido el enfrentamiento bélico entre Prusia y Dinamarca, dejó ver su simpatía por la causa prusiana escribiendo *Historia de la política prusiana*, que fue un elogio de la dinastía Hohenzollern (Rama 1989: 52). En general, todos sus planteamientos y sus obras en particular manifiestan el fundamento filosófico y filológico de sus trabajos. Consideró que tanto la Revolución Francesa como la americana debían entenderse ligadas a la insurrección prusiana, pues los tres movimientos constituyeron pasos y expresión de libertad y nacionalismo. Cabe destacar entonces que rasgos importantes del

² No todos los miembros de esta Escuela fueron prusianos por nacimiento o residencia y, se considera, que el «padre espiritual» de la misma fue F. C. Dahlmann, quien colaboró en Monumenta. Escribió un tratado sobre Ciencia Política lo mismo que historias sobre las revoluciones inglesa y francesa (Gooch 1965: 122).

³ En 1836 se desempeñaba como profesor de Historia antigua y filología clásica en la Universidad de Berlín. Con frecuencia, se destaca que este autor acuñó la noción helenismo para referirse al periodo comprendido entre la muerte de Alejandro y la expansión de Roma y que marcó la difusión de la cultura griega.

pensamiento de este historiador y teórico de la historia fueron su entusiasmo acerca de la unión alemana bajo el liderazgo de Prusia, el convencimiento de que la historia se desarrolla conforme a un plan, que las sociedades humanas debían cerrar filas alrededor del Estado, única institución capaz de dirimir los conflictos éticos y políticos y que, en tales condiciones, los conflictos entre los derechos individuales y los intereses sociales debían ser cada vez menores (Corcuera 2000: 321).

Concedió poca importancia a los asuntos económicos y, por el contrario, otorgó peso a la fuerza militar y al poder. Preocupado por la política contemporánea buscó servir con la historia a su desenvolvimiento, creyendo además en la existencia de un plan divino al respecto. Tal es el caso de su interpretación del rol histórico de Alejandro Magno, pues planteó que fue una figura de la que se valió la Providencia para que se alcanzara primero la unificación del mundo pagano, lo que a la postre facilitaría la difusión del cristianismo.

En cuanto a sus ideas acerca del progreso, debe decirse que tenía por cierto que el progreso de la humanidad no sigue el mismo ritmo que el progreso natural, sino que avanza a saltos, admite retrocesos y aun cuando parece detenerse, siempre seguiría su curso hacia delante (Corcuera 2000: 324).

En cuanto a lo concerniente a la crítica, inicialmente la obra de Droysen se queda en la etapa previa a la Ilustración, ya que no hace una crítica sustantiva de las fuentes. Sin embargo, en *Historia de la política prusiana* utiliza abundantes fuentes originales, empleando documentos que no solía emplear Ranke. Este trabajo significa una exposición científica de la historia de la fundación de un Estado territorial. No se ocupa sino de lo más importante y deja de lado la anécdota.

Droysen discrepó con Ranke respecto a la pretendida objetividad histórica y por eso justamente destaca como uno de los teóricos de la historia más influyentes dentro de la tradición hermenéutica de las humanidades. Las lecciones impartidas a sus alumnos aparecieron resumidas en 1868, pero su mayor difusión se produjo a partir de 1936, cuando se publicaron bajo el título de *Histórica, lecciones sobre la Enciclopedia y metodología de la historia*. Esa fue la obra en la que señaló sus observaciones al modelo rankeano, es decir que además de cuestionar la pretensión de objetividad plena se alzó contra el paradigma de las ciencias naturales y el empirismo aplicados a la historia. Droysen no considera aceptable la aplicación del modelo positivista a la historia, puesto que el Estado, la nación y la familia quedarían reducidos a fenómenos naturales despojados de objetivos y cualidades morales, ya que la historia debería contemplar el universo ético en tanto su objeto de estudio es el hombre. Consideraba que la investigación histórica no supone experimentación, sino que debe verse como un esfuerzo creativo personal encaminado a comprender y reunir información; es el procedimiento para interpretarla —analizarla críticamente—. Sin embargo, aunque el historiador no pueda

realizar experimentos debe contar con información empírica, es decir, datos. Esta idea tiene como sustento la convicción de que es posible constatar que, en cada una de sus manifestaciones, el hombre deja una expresión de sí mismo, de sus pensamientos y valores. Entonces, de la misma forma la investigación histórica requiere de lo empírico. El historiador no podrá ser objetivo según el patrón metodológico de las ciencias naturales puesto que pesan sobre él las improntas del pasado que se mantiene en el presente y, por consiguiente, el historiador debería obligarse a tomarlas en cuenta para enfrentarlas a los testimonios que estudia. De esta forma se entiende también que Droysen combine la idea de progreso con las de libertad individual y subjetividad, ya que en su época se admite la continuidad progresiva del devenir histórico, aunque el presente dependa de un nosotros (Corcuera 2000: 324-326 y Pugliesi 1984: 187).

Puede decirse entonces que para Droysen en la investigación histórica pesa tanto el texto como sus circunstancias —contexto— y que la historia no tiene como propósito establecer leyes, por tratarse justamente de una disciplina humana. Postuló, asimismo, la vinculación entre narración, investigación y conocimiento. De todas maneras, la propuesta de Droysen, aunque se diferencia del positivismo vigente en su época, supone la elaboración de un metadiscurso basado en el paradigma constituido en base a las nociones de universalismo, racionalismo y progreso.

El estilo que emplea es adornado, su historia es política y de personajes. El ideal que plantea es la libre creación no un desarrollo inconsciente y proclama que su propósito es promover entre los jóvenes el amor y la confianza por la tierra de sus antepasados.

Dentro de este cuadro debemos colocar a Theodore Mommsen, quien siguió el camino señalado por Niebhur en cuanto fue especialista en historia antigua. Escribió *Historia Romana*, que abarcaba hasta la muerte de César. En 1849 hizo su *Historia del Imperio* y siguió con otros trabajos. Mommsen destacó como editor de fuentes y textos antiguos, fue un jurista liberal cuyo ingreso a la historia fue a través del Derecho y las disciplinas auxiliares como la epigrafía. Se dedicó al estudio de las instituciones, aunque interesado fundamentalmente en los temas políticos, buscó ubicarlas y valorarlas en su propio contexto. Basó su trabajo en obras de todo tipo: literarias, jurídicas, históricas, económicas, políticas y científicas, como también en el estudio de monumentos e inscripciones entonces no tomados demasiado en cuenta por los estudiosos. Tuvo el reconocimiento de los eruditos alemanes, franceses e italianos. Con el apoyo de la Academia de Berlín tuvo a su cargo la enorme tarea de hacer el *Corpus inscriptionum*, que completó luego de cuarenta años como del fruto de un trabajo científico combinado e ininterrumpido realizado por un equipo de investigadores provenientes de distintos países. Esta obra, concebida y dirigida por Mommsen, versó sobre las inscripciones romanas.

Se encargó de la parte correspondiente a la colección de las obras conservadas referentes a la historia antigua de Alemania y pueblos afines en la *Monumenta Germaniae* y también el *Corpus iuris*, el estudio sobre los dialectos del sur de Italia. Poco a poco se adentró y concentró en el estudio de los últimos siglos del Estado romano y los reinados de Diocleciano y Constantino, la transmigración y las invasiones germánicas (Meyer 1982: 403 y ss.).

Su estilo ha sido caracterizado como cortante, sobre todo cuando reflejaba su aversión por lo que considerara falso, oscuro o mediocre. Por ello sus obras resultaban polémicas, pero finalmente abrían horizontes para la comprensión histórica. Los ideales de 1848 son los que predominan en la obra de Mommsen. Además, dibuja con vivos trazos las situaciones y los caracteres y el autor no se queda atrás en sus juicios.

En su *Historia romana*, obra que fue traducida a varios idiomas, hay bastante lugar para el relato de los acontecimientos exteriores y temas globalizadores como religión, arte o comercio tienen un lugar secundario. Su pregunta clave es qué servicios políticos prestó al país un personaje. Sin embargo, Mommsen cambió su postura bastante pronto y el último volumen significa una evidente transformación en el papel que concede al hecho o historia política. Asimismo, se muestra opuesto al uso exclusivo del método filosófico y da valor primario a los testimonios para hacer una historia política, por ejemplo. Sus trabajos, y en particular la *Historia de Roma*, han sido alabados hasta nuestros días, como lo ha hecho Meyer cuando dice:

La política, la cultura, los estadistas y escritores de la Roma antigua aparecen ante nosotros envueltos en una luz que hasta ahora solo se había visto en los libros de historia que versan sobre los tiempos modernos, y el autor no se recata para trazar en las páginas de esta obra [*Historia de Roma*] paralelos con todas las épocas de la historia universal y hasta con los sucesos de nuestros propios días, sustituyendo las expresiones latinas y los términos usuales de la ciencia de la Antigüedad por las palabras y los giros más modernos, con objeto de que cobren claridad y plástico relieve ante el lector las realidades y los modos de pensar del remoto pasado (Meyer 1982: 408).

Sin embargo, hay que llamar la atención acerca de que no se ha puesto reparos al anacronismo que denotaba su afán de modernizar las expresiones y giros latinos. Sus trabajos se inscriben en las reacciones realistas contra el Romanticismo, siendo además un activo periodista y, como se esperaba de un historiador en aquel entonces, un gran erudito. Su estilo revela un cambio respecto a usos anteriores, ya que abandona el tono solemne y heroico con que se solía tratar a la historia antigua. En su afán por hacer ágil su obra no cita a sus fuentes. Al escribir se

muestra agudo y directo y no da señales de su erudición ni llena de «cientifismo» o «academicismo» su narración. Es también iconoclasta con los grandes personajes de la historia romana, como por ejemplo con Cicerón.

Heinrich von Sybel fue discípulo de Ranke y Savigny y destacó por sus estudios críticos acerca de la Edad Media. En 1841 publicó *Historia sobre las Cruzadas*, trabajo en el que se advierte la aplicación del método crítico rankeano y que le permitió a su autor corregir la que, a su juicio, era la vaguedad con la que el Romanticismo aplicado a la historia trató al medioevo. *Die Entstehung des deutschen Königtums*, un estudio de la realeza alemana, fue publicado en 1844 en Frankfurt y se reimprimió cerca de cuarenta años después. En *Historia del periodo revolucionario 1789-1800* realizó un estudio de la historia interna y externa de Francia y, sobre todo, como resultado del análisis riguroso de fuentes de archivos franceses y europeos. Allí ofreció una nueva visión de la época revolucionaria derribando algunos «mitos históricos», como la autenticidad de unas cartas atribuidas a María Antonieta. En 1858 se publicó en inglés bajo el título de *Historia y literatura de las Cruzadas* una parte de su publicación de 1841 junto con conferencias dictadas por el autor sobre la materia. Entre 1889 y 1894 aparecieron los volúmenes de su trabajo, acaso el más importante de toda su obra, *La fundación del Imperio alemán bajo Guillermo I*, fruto de la consulta de documentos oficiales a los que tuvo acceso lo que posibilitó que ofreciera una versión bastante completa de la historia política prusiana entre 1860 y 1870.

7.3. DOS CASOS ESPECIALES: BURCKHARDT Y NIETZSCHE

El primero reintroduce la explicación del pasado a través del estudio del cambio y de la crisis utilizando una perspectiva nueva, la del arte y la arquitectura. El segundo, influenciado por aquel, marcará de manera significativa a la historiografía por su rechazo al providencialismo y su menosprecio al positivismo, pero sobre todo por su crítica radical a la idea de progreso, la principal noción del paradigma instalado en el siglo XVIII.

Respecto a Carl Jacob Burckhardt se suele decir que el ambiente de Basilea, su ciudad natal, lo inspiró para elaborar su idea acerca de los cambios en la historia representados en los diferentes estilos arquitectónicos que en dicha urbe marcaban, así como una progresión gradual a pesar de las transformaciones bruscas y los rasgos distintivos apreciables en las construcciones y monumentos. En consecuencia, explica la historia a partir de las nociones de cambio y continuidad. Destaca también su enfoque antropocéntrico, es decir, que coloca al hombre al centro de la historia, considerando que esta situación debe ser tenida como inmutable.

En *La Civilización del Renacimiento en Italia* fue el primero en postular la idea de que el Renacimiento debía ser entendido como un salto cualitativo en el curso de la historia. Luego, en 1868, publicó su ensayo, *Crisis de la Historia*. En este texto, Jacobo Burckhardt percibió la dirección totalitaria que podía seguir la historia y sostiene que bajo la influencia de Schopenhauer proyecta una visión pesimista de la misma⁴. De otro lado, su libro, publicado primero en inglés en 1943 bajo el título de *Fuerza y libertad*, es considerado una guía para el estudio y comprensión de los procesos históricos.

Es innovador cuando considera que cualquier método de estudio del pasado debe estar sometido a crítica y ninguno tiene validez universal y que cada individuo se aproxima a su objeto de estudio desde una perspectiva particular que depende del camino que ha escogido para vivir. Considera que la primera decadencia europea fue la de Roma y produjo el retorno de la barbarie. En efecto, el estudio del mundo clásico, su crisis y caída lo hicieron pensar que se podría repetir. Así pues, siguiendo la voz de Schopenhauer, su noción de continuidad es pesimista y la guerra franco-prusiana de 1870 confirmó su percepción de la crisis inminente de la cultura occidental. Veía la posibilidad de un retroceso general del espíritu debido a la acción de las masas y sus líderes en Europa y llega incluso a comentar que en el siglo XX podría surgir un Estado militar poderoso y centralizado. Su sensibilidad artística lo lleva a publicar en 1855 en Basilea *Cicerone*, una historia del arte que debía guiar el recorrido por la historia suiza a fin de descubrir sus tesoros artísticos de la arquitectura, pintura y escultura, que abarcaba desde la Antigüedad hasta el siglo XVIII, época en la que el autor sitúa al Barroco.

Advierte un curso que lleva ascendentemente hasta el Renacimiento, a partir del cual se va produciendo la decadencia. También escribió *Del paganismo al cristianismo. La época de Constantino el Grande*, donde examina la decadencia del Imperio romano como manifestación del envejecimiento de la cultura antigua. Establece una clara distinción entre el Estado y la actividad voluntaria de la sociedad y se concentra en su recíproca y natural interacción con la religión y la cultura⁵. Al ir definiendo las características de las sucesivas crisis históricas señalando como ejemplos los casos de Alejandro y la conquista de Persia, alrededor del 330 a. C., la unificación del Imperio romano por Augusto en el año 30 a. C., las acciones de Constantino y la creación del Imperio bizantino en el 300 d. C.,

⁴ Arthur Schopenhauer (1788-1860). Fue un filósofo alemán cuya principal obra fue *El mundo como voluntad y representación*, publicada en 1818. Subrayó que, históricamente hablando, lo que prima es el conflicto y la imposibilidad del cambio por lo que al ser humano le conviene concentrarse en el tiempo presente.

⁵ La editorial norteamericana Liberty Fund, Inc. publicó este libro en 1979 con el título de *Reflections on History* con introducción de Gottfried Dietze.

la figura de Mahoma y la explosión del Islam después del 600 y el Renacimiento italiano en 1430.

Como un historiador del arte y la arquitectura inspeccionó las crisis que había significado el reinado de Constantino y el movimiento cultural del Renacimiento, desde la perspectiva de estilos históricos del arte que le permiten ver la dinámica de la sociedad subyacente, cuyos saltos cuantitativos se manifiestan en cambios súbitos en estilos. En la parte siguiente inspeccionaremos estas crisis desde la perspectiva de la «teoría dinámica de sistemas», como sucesos matemáticos o bifurcaciones.

También considera al contexto, pues entiende que los diversos hechos se identifican con el marco histórico donde ocurren. El pasado es visto como un transcurrir secuencial y su explicación se puede hacer advirtiendo la interacción de tres fuerzas: Estado, Iglesia y cultura. Mientras que los dos primeros suponen estabilidad, la tercera expresa el aspecto creador del espíritu. Asimismo, considera que los estudios históricos permiten observar en la naturaleza humana, por un lado, la voluntad de poder, base de la actividad política que explica la presencia del Estado y, de otro, el deseo de redención que obra como sustento del compromiso religioso. Se ha dicho de él que cultivó una ironía culta y melancólica, y que su tono escéptico tuvo el propósito de relativizar los hechos y de transmitir a los lectores sus preocupaciones y dudas. En suma, la obra de Burckhardt, que es manifiestamente esteticista en su espíritu, escéptica en su punto de vista, cínica en su tono y pesimista ante cualquier esfuerzo por conocer la verdad «real» de las cosas, deja ver la pérdida de confianza en la objetividad y científicidad historicista (White 1992: 49 y Corcuera 2000: 70 y ss.).

En esta línea, pero caminando más firmemente hacia la ruptura del paradigma moderno, tenemos el trabajo notable de Friedrich Nietzsche, filólogo y filósofo, destacado en la historia del pensamiento occidental. Este agudo crítico expresó sus observaciones, cuestionamientos y propuestas apelando constantemente a la ironía y al empleo de un lenguaje metafórico, con el cual la profundidad de su pensamiento queda puesta también de manifiesto.

En su prólogo a *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*, que data de 1874, señala:

Me he esforzado por describir aquí una sensación que, con frecuencia, me ha atormentado; me vengo del mismo dándole a la publicidad. Puede que algún lector, por mi descripción, se sienta impulsado a declarar que él también sabe de este sentimiento, pero que yo no lo he experimentado de una manera suficientemente pura y original y no lo he expresado con la debida seguridad y madurez de experiencia. Así puede pensar uno u otro, pero la mayor parte de mis lectores me dirán que mi sentimiento es absolutamente falso, abominable, antinatural e

ilícito y que, además, al manifestarlo, me he mostrado indigno de la portentosa corriente historicista que, como nadie ignora, se ha desarrollado, en las dos últimas generaciones, sobre todo en Alemania-. En todo caso, el hecho de que me atreva a exponer al natural mi sentimiento promueve, más bien que daña, el interés general, pues con ello doy a muchos la oportunidad de ensalzar esta corriente de la época, que acabo de mencionar. Por mi parte, gano algo que, a mi entender, es más importante que esas conveniencias: el ser públicamente instruido y aleccionado sobre nuestra época.

Intempestiva es también esta consideración, puesto que trato de interpretar como un mal, una enfermedad, un defecto, algo de lo que nuestra época está, con razón, orgullosa: su cultura histórica, pues creo que todos nosotros sufrimos de una fiebre histórica devorante y, al menos, deberíamos reconocer que es así⁶.

No solo hace una crítica a las ideas imperantes en su época sino que fue más allá al rechazar a la tradición filosófica occidental al invertirla de manera tal que, por ejemplo, identifica al mundo real con la naturaleza y al mundo ilusorio con la razón. Por eso se ha dicho que coincide con Burckhart al sostener que existen tantas verdades acerca del pasado como perspectivas individuales capaces de expresar su sentir. Como se ha dicho líneas arriba, Nietzsche proyecta una mirada cuestionadora sobre las propuestas de «comprensión del pasado» de su época y, sin intentar desvirtuar la creencia acerca de la existencia de un pasado del que se pueda aprender algo, añade un criterio relativista. En *Fatum e historia* afirma lo siguiente:

[...] es una manera de actuar muy obtusa pretender la imposición a la humanidad entera de alguna forma especial de estado o de sociedad, sometiéndola a tales o cuales estereotipos. Todas las ideas sociales y comunitaristas padecen este error. Y es que el hombre nunca es otra vez el mismo; pero si fuera posible revolucionar, por obra de una voluntad fortísima, el pasado entero del mundo, de inmediato entraríamos a formar parte de las filas de los dioses libres, y la historia universal no sería ya para nosotros otra cosa que un autoembriagarnos en brazos del ensueño; cae el telón, y el hombre se encuentra de nuevo, como un niño que juega con mundos, como un niño que se despierta con la luz de la mañana y sonriendo, borra los sueños terribles de su cabeza⁷.

Su primera obra, publicada en 1872, fue *El nacimiento de la tragedia*, cuyo tema central era el espíritu trágico griego. *El ocaso de los ídolos* es un trabajo breve escrito en 1888 donde puede encontrarse resumida su visión de la historia.

⁶ Véase Nietzsche ([1874] 2003).

⁷ Véase Nietzsche ([1862] 1997).

En este texto el capítulo «Historia de un error» busca demostrar cómo el verdadero mundo devino en una fábula.

En la ya mencionada obra *De la utilidad y de los perjuicios de la historia para la vida*⁸, sostiene que el hombre necesita de la historia para vivir y obrar analizando la dinámica de la memoria y el olvido. Parte de la observación de que lo que diferencia al hombre del animal es que recuerda demasiado bien, pues vive con la conciencia permanente del paso del tiempo. Vive angustiado consigo mismo porque ese pasado le trae la imagen de cosas hechas que no pueden ser modificadas. Por eso es bueno recordar un poco y también olvidar un poco. El hombre se ubica entre la contradicción de la memoria y el olvido, pero lo importante es que tiene historia porque tiene memoria. El recuerdo y el olvido son necesarios para el individuo y para la sociedad, puesto que si un hombre careciera de la facultad de olvido vería todo disolverse en una multitud de puntos móviles. Por eso, Nietzsche consideraba que toda acción requiere olvido y así es posible vivir casi sin recordar pero es imposible poder vivir sin olvidar.

Señala, además, que las distintas inquietudes humanas generan tres tipos diferentes de historia: monumental, ya que es la que se propone imitar el pasado, depende de la cultura erudita y está hecha a la medida de los individuos destacados y brillantes, de esta manera tiende a romantizar lo que ya sucedió; anticuaria, puesto que se somete al pasado y ayuda a los hombres ordinarios a persistir en lo habitual y venerable de la tradición, así se limita el campo histórico y se exagera el valor de lo antiguo solo por ser antiguo; y crítica, en tanto que enjuicia al pasado, lo juzga, condena y aniquila. Sin embargo, este esfuerzo resulta en vano porque el hombre no puede eliminar sus recuerdos, ya que la memoria no permite que prevalezca el olvido, lo que marca la fatalidad del destino humano. También resulta importante su distinción de dos actitudes frente a la historia: conservadora, puesto que se manifiesta apegada a la tradición y tiende a ser estática —actitud prehistórica—; y dinámica, porque a diferencia de la anterior, rompe con la tradición, mira al futuro y siente afán de crear —actitud histórica—.

Como se ha mencionado, para este autor es imposible vivir sin olvidar. Proclamó el «epigonismo» como la enfermedad de un hombre que experimenta una fiebre histórica devoradora. La saturación de saberes y de la conciencia del tiempo privó a este hombre de una cualidad clave: hacer la verdadera historia como creación (*res gestae*), mientras que el exceso de historicidad le impidió tener un estilo propio, obligándolo a buscarlo en el pasado. En consecuencia, Nietzsche aspiraba a un olvido creador. La creación requiere olvido, un horizonte cerrado

⁸ Conocido también como *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*.

en cuyo interior el ser pudiera consagrarse a una tarea asumida en cierto sentido como absoluta (Corcuera 2000: 88-101 y Cassigoli 1999: 6).

Evidentemente, las ideas de Nietzsche debieron parecer extrañas sino también altamente provocadoras en su tiempo y, a la luz de nuestra época, se muestran como verdaderamente vanguardistas, anunciando perspectivas y temas que hoy ocupan nuestra atención y forman parte de la discusión historiográfica actual.

7.4. ENTRE EL POSITIVISMO CIENTÍFICO Y EL EMPIRISMO

Como hemos adelantado en las páginas anteriores, al promediar el siglo XIX las ideas de Augusto Comte y de John Stuart Mill, formuladas a principios de esa centuria, habían alcanzado una interesante y notable recepción y produjeron una epistemología que se manifestaba en un monismo metodológico, tomando como referente las metodologías de las ciencias naturales para aplicarlas a las ciencias sociales, desde donde fueron trasladadas a la historia. El sociólogo francés Comte afirmaba que todo avance del conocimiento dependía de la postulación de leyes generales y a la vez era fruto de la observación directa de los fenómenos. Acuñó el término «positivismo» para designar su visión acerca de la situación científica de las leyes históricas, ya que consideraba que la crónica humana pasó por diferentes etapas a saber, teológica, metafísica hasta alcanzar el nivel positivo en el cual los acontecimientos podrán ser explicados a través de leyes científicas. Los historiadores positivistas del XIX dejaron de lado la parte especulativa de la propuesta comtiana y se concentraron en su metodología, de allí que insistirán en la consulta documental y el establecimiento de los hechos y su análisis para luego hacer generalizaciones siguiendo así un modelo científico (Appleby, Hunt y Jacob 1998: 72). J. S Mill propuso que la base para los nuevos métodos de investigación científica estaba en la integración de la lógica inductiva con la deductiva tradicional y que en el caso de las ciencias humanas debía apelarse a lógica basada en las relaciones de causalidad.

De esta manera, dentro de los predios de la disciplina histórica se buscará establecer, según un criterio mecanicista, las leyes universales que permitieran alcanzar una explicación causal de los fenómenos sociales e históricos, aunque es pertinente mencionar que hubo convicción acerca de que esta aspiración era prácticamente inaplicable para el estudio del pasado y por eso hubo que contentarse con el establecimiento de una causación directa, dejando la cuestión de la explicación del discurrir universal a la filosofía de la historia. Todo ello significó que no se pudiese alcanzar homogeneidad plena de criterios al respecto y que por eso no se pueda hablar de una sola forma de asumir la condición de historiador positivista. En lo que se logró mayor consenso fue en lo relacionado a la búsqueda

de un conocimiento objetivo y racional, que pasaba por el necesario distanciamiento del historiador respecto a su objeto de estudio, lo que, paulatinamente, fue marcando el hecho de que se considerara que le estaba vedado el estudio del pasado inmediato. Se contemplaba también que el pasado estaba conformado por hechos encadenados entre sí a los que podía accederse directamente a través de las fuentes.

La historiografía positivista se volvió cada vez más rígida con respecto a ofrecer conocimientos adquiridos a costa de una severa crítica de las fuentes documentales. También es preciso mencionar que los historiadores positivistas se orientaron en este momento a la realización de una historiografía pragmática, que de por sí justificara la existencia de la disciplina, basándose en su utilidad para organizar la acción⁹.

Finalmente, se planteó una tensión entre el positivismo y el historicismo en su variante idealista, pues reaccionando en contra de la propuesta de establecer leyes para intentar comprender la variedad de formas históricas, de la asepsia y el empirismo metodológico que proponían los historiadores positivistas, se desarrolló la posición idealista del historicismo, aunque coincidiendo con la historiografía positivista en el culto al detalle y la monografía. Por eso es que cuando se habla de historicismo positivista el establecimiento de esta relación puede ser impertinente si no se tiene en mente que, además de las semejanzas, se produjo cada vez con mayor intensidad una confrontación, ya que, ante la propuesta de encontrar en el pasado modelos para entender el presente, los historicistas subrayaron la imposibilidad de hacer comparaciones significativas entre épocas históricas y aceptaron como válidas tantas historias como puntos de vista existieran. A la postre el positivismo se mantuvo, pero fue despojado de la concepción del estudio de la historia —necesaria para definir las leyes reguladoras de la evolución social— y se redujo a un empirismo tradicional y erudito (Guerra 2000: 99).

7.4.1. Siguiendo la tradición

Si bien hemos dicho que al centro de la historiografía decimonónica puede ubicarse a la historiografía alemana, no puede negarse el importante desarrollo de las historiografías francesa e inglesa. En el primer caso tenemos que tomar en cuenta que su desarrollo, a esas alturas, tenía como hitos a la historia producida bajo el aliento del pensamiento ilustrado y el surgimiento de la sociología moderna. Si bien durante el siglo XIX se produjo en Francia una historia señalada por el modelo de las ciencias positivas, puede decirse que ello, a diferencia del caso alemán,

⁹ Entre numerosos trabajos sobre este asunto podría consultarse, por ejemplo, Kirn (1961: 87-88).

no produjo su ruptura total con la filosofía y más bien mantuvo cierto interés por referirse a lo general y a pensar la historia en términos de universalidad, a la par que se comienza a dibujar una suerte de historia social. Este derrotero hará comprensible el curso posterior de la historiografía francesa cuando en el siglo siguiente promueva cambios sustantivos en el quehacer historiográfico.

7.4.2. Historiografía francesa: Michelet, Taine, Tocqueville y Fustel de Coulanges

Bajo la influencia de los movimientos políticos de 1830 y 1848 surgió en Francia una historiografía liberal más preocupada por las cuestiones de índole social. Recogen muy bien la herencia de la historiografía nacional del siglo XVIII, a la vez que mantienen su admiración por la Revolución Francesa conservando sus postulados, en particular en lo referente a su actitud antiaristocrática y a su liberalismo. Científistas, estos historiadores siguen creyendo en el progreso, pero admiten la religión a partir de una postura deísta (Rama 1989: 53 y Corcuera 2000: 258 y ss.).

Jules Michelet, considerado una de las figuras más destacadas de la historiografía decimonónica, representa los cambios de su época, en particular en el plano ideológico. Su trabajo lo hace de difícil caracterización. Ha sido catalogado como un historiador liberal y romántico, aunque hay que añadir que, finalmente, en términos de ideología llegó a convertirse en un partidario de la democracia.

Su temprana experiencia docente le permitió publicar en 1827 *Resumen de historia moderna*; como lector de Vico tradujo al francés *La ciencia nueva* obra que, sin duda, tuvo influencia en él y otros autores de su época. Más tarde viajará a Alemania y a Italia y reunirá la información que le permitió escribir *Historia de la república romana*. Entre 1833 y 1843 salen a luz los primeros seis volúmenes de su *Historia de Francia*. Al quedar separado de la docencia por razones políticas durante el gobierno de Napoleón III pudo dedicarse de lleno a escribir, añadiendo otros cuatro volúmenes a la última obra mencionada y escribiendo también otra titulada *Historia de la Revolución*. Concedió mucha importancia a las fuentes documentales y propuso tomar en consideración no solo los acontecimientos políticos, como era usual en su época, sino la historia de las ideas y otros aspectos de la realidad pasada, bajo el entendimiento de que de esa forma el historiador alcanzaría a forjar una visión más auténtica y armoniosa del pasado, aunque no es menos cierto que creyó firmemente en que la aspiración debería ser ofrecer una visión total del pasado —revivir la vida en su totalidad—. Muestra ideas claras acerca de las posibilidades ofrecidas por la geografía para ampliar el panorama de la historia, lo que le permite también ir de lo particular a lo general.

Los protagonistas de su historia son los personajes importantes pero también el pueblo. No oculta sus puntos de vista pretendiendo una gran objetividad pues no parece conceder importancia al hecho de manifestar sus sentimientos y las preocupaciones personales que responden, asimismo, a su propia época.

Manifiesta un marcado interés por rescatar del olvido las voces del pasado. En este sentido tiene el mismo propósito que los primeros historiadores, es decir, los autores de la Antigüedad. Se trasluce de su trabajo una noción de continuidad y homogeneidad que se ha considerado inclusive relacionada con el evolucionismo vigente en el XIX, aunque también se tiene a Michelet como un precursor de la historia de las mentalidades. En *Historia del siglo XIX*, trabajo que constaba de tres volúmenes que fueron publicados entre 1872 y 1873, expresa una visión desencantada y apocalíptica de aquella centuria (Corcuera 2000: 258).

En cuanto al estilo que empleó destacan sus analogías y se advierte una tendencia a dispersarse, aunque se ha calificado a su prosa como muy buena. En su trabajo final, *Historia de los Bonaparte*, se expresan ideas que pueden permitir considerar una postura calificable como democrática.

Se debe reconocer a Michelet como uno de los cultores de la que se puede llamar historiografía social. En efecto, este autor supo advertir, por ejemplo, que en la Revolución Francesa el gran personaje era el pueblo, con sus ideales colectivos y, en ese sentido, no responde de manera ajustada al modelo positivista, sin que ello signifique que no participe de esa forma de encarar el quehacer histórico. Parece evidente que se adelantó a su época compartiendo los intereses de los historiadores que produjeron cambios importantes en la historiografía, desde la tercera década del siglo XX, ya que introdujo nuevos temas, como el cuerpo y la psicología colectiva, renovando, asimismo, el interés por la geografía y la naturaleza¹⁰.

Sin lugar a dudas, Hippolyte Taine es una figura a destacar dentro de la historiografía occidental, tanto en la época que estamos tratando como posteriormente, pues en torno a sus planteamientos se produjo más de una polémica, a la vez que sus ideas orientaron a muchos historiadores ulteriores. Su obra comprende *Ensayo sobre Tito Livio* (1856); *Ensayo sobre crítica e historia* en tres volúmenes publicados en 1858; *Historia de la literatura inglesa*, en cuatro volúmenes publicados en 1864; *Orígenes de la Francia contemporánea —Antiguo Régimen, la revolución y régimen moderno, esta última sin concluir—*, obra que salió a la luz en seis volúmenes entre 1876 y 1894 y que escribiera con un propósito pedagógico. Es decir, educar a los franceses respecto a su pasado para que tuvieran posibilidad

¹⁰ Como información aparte hay que mencionar que Michelet escribió, entre 1856 y 1868, una serie de libros destinados al gran público sobre temas concernientes a la naturaleza como *La montaña*; *El pájaro*; *El insecto* y *La mar*.

de evitar errores. También fue autor de *Filosofía del Arte y Ensayo sobre las fábulas de La Fontaine*, además de otra producción literaria.

Taine se comprometerá con la historia política de Francia después de la derrota sufrida en 1870-1871 frente a Alemania. Josefina Z. Vásquez nos dice que su patriotismo intelectual lo llevó a ayudar a través de su obra a la reconstrucción de su patria, a pesar de que también se ha dicho que Taine sintió un gran amor por Inglaterra y admiración por Alemania. Por ello, tal vez su pensamiento muestra rasgos del espíritu experimental inglés y la tendencia alemana a la abstracción. Lo cierto es que aparentemente fue fundamental la influencia de Auguste Comte y el positivismo en su formación y aventura intelectual, aunque debe decirse que si bien adopta a dicha corriente, no participó en su configuración. Es común considerar a Taine como el más característico representante de la historiografía positivista, sobre todo por las consideraciones metodológicas que plantea en su *Introducción a la Historia de la Literatura Inglesa*.

La metodología positivista de Taine está formulada en la introducción a la *Historia de la Literatura Inglesa*, publicada en 1864, pues considera que hay tres fuerzas primordiales que regulan el movimiento total de toda civilización: la raza, el medio y el momento, constituyendo «las causas primeras» de los hechos y obras humanos. Existe pues una postura apriorística, ya que conocidas «las causas fundamentales», la investigación de los hechos llevará a una selección sesgada de los mismos, en el afán de demostrar la acción de estas tres fuerzas o causas primeras. Fue un historiador de la cultura y más específicamente diríamos nosotros, un historiador del arte y la literatura. Esto se debe a que Taine considerará como fuente histórica de gran valor a la literatura y dentro de ella a las grandes obras literarias de los pueblos.

Se ha descubierto que una obra literaria no es un simple juego de la imaginación [...] sino que es una copia de las costumbres circundantes y un signo de cierto estado de espíritu. Se ha llegado a la conclusión de que, a través de los monumentos literarios, se podría descubrir la forma en que los hombres sintieron y pensaron hace varios siglos [...] se ha visto que estaban relacionadas (las formas de sentir y pensar) con los más grandes acontecimientos [...] desde entonces se ve cambiar todo en la historia: su objetivo, su método, sus instrumentos, la concepción de sus leyes y sus causas (Taine 1955: 23-24).

Explicó los criterios que tuvo para seleccionar como tema de estudio e investigación a la historia de la literatura inglesa y no otra historia literaria. En primer lugar, porque el pueblo inglés poseía una literatura de muy alta calidad y que se había conservado íntegramente a través del tiempo pudiendo, por lo tanto, ser observada directamente. En segundo término, porque las tres fuerzas o potencias

del desarrollo histórico: la raza, el medio y el momento pueden ser percibidos en los monumentos literarios con mucha precisión.

Hacía falta encontrar un pueblo que tuviera una gran literatura completa [...] He elegido Inglaterra porque estando viva aún y abierta a la observación directa puede ser estudiada mejor [...] Por otra parte esta civilización presenta [...] los tres elementos de los que ha salido, la raza, el clima, la invasión normanda, [que] pueden ser observados en los monumentos con una precisión perfecta [...] (Taine 1955: 67).

Define cada una de estas tres: la raza, relacionada con lo innato, hereditario, con el cuerpo y temperamento y que varía según los pueblos. El medio, constituido por las circunstancias físicas y sociales que cambian y completan el ser natural o la raza de los individuos y pueblos.

Una vez comprobada así la estructura interior de una raza, debemos considerar el medio en que ella vive. Pues el hombre no está solo en el mundo; la naturaleza le envuelve y otros hombres le rodean; sobre la huella primitiva y permanente vienen a marcarse las accidentales y secundarias y las circunstancias físicas y sociales cambian y completan el natural que les fue dado (Taine 1955: 46).

Mientras que el momento hace referencia al tiempo, a los tiempos diferentes que imprimen su sello particular y dejan su huella en los modos de pensar y actuar de los pueblos, en el carácter de las naciones y en sus obras. «Cuando el carácter nacional y las circunstancias en torno actúan no operan nunca sobre una tabla rasa, sino en una tabla donde ya han sido hechas señales. Según se toma la tabla en un momento o en otro, la señal es diferente, y esto es suficiente para que el efecto total sea también diferente» (Taine 1955: 49).

Para Taine la historia de los pueblos es un problema de mecánica psicológica, de relación entre fuerzas de diferentes dimensiones y de direcciones divergentes y convergentes. Si estas fuerzas se ayudan y convergen, siguen una misma dirección, puesto que se produce una concordancia y se logran éxitos. Si por el contrario las fuerzas son divergentes se anulan mutuamente y se producen contrariedades en la vida de los pueblos. «Se trata de un problema de mecánica, tanto en un caso como en los demás: el efecto total es un compuesto determinado todo él por las dimensiones y la dirección de las fuerzas que lo producen [...]» (Taine 1955).

Este efecto es grande o pequeño, según que las fuerzas fundamentales sean grandes o pequeñas y tiren más o menos exactamente en la misma dirección; o según los efectos distintos de la raza, del medio y del momento se combinen para ayudarse el uno al otro o para anularse mutuamente. Es así como se explican las largas incapacidades y los deslumbrantes éxitos que aparecen irregularmente

y sin razón aparente en la vida de un pueblo; tienen por causa concordancias o contrariedades interiores.

En la búsqueda de un sentido al conjunto del acontecer histórico Taine llega a elaborar una «filosofía de la historia». Nos dirá que partiendo de las tres fuerzas primordiales y del conocimiento que de ellas tengamos podremos deducir las características de la futura civilización y hasta del futuro de la humanidad. «Podemos afirmar, sin vacilaciones, que las creaciones desconocidas hacia las que nos lleva la corriente de los siglos, serán suscitadas y reguladas enteramente por las tres fuerzas primordiales; que si estas fuerzas pudieran ser medidas y anotadas, se deducirían, como en una formula, las propiedades de la civilización futura» (Taine 1955: 51).

En su trabajo *Filosofía del Arte* señala la importancia de tomar en cuenta lo que denomina clima moral análogo a las condiciones climáticas o naturales para explicar la aparición de las obras de arte y las producciones del espíritu humano.

Cada zona tiene su cultivo propio y su especial vegetación; ambos comienzan donde la zona da principio y terminan con ella, estándoles completamente subordinados. Esa zona es la condición de la vida de esas plantas, y según que exista o no exista, las plantas aparecen o desaparecen. Pero ¿qué es la zona sino una cierta temperatura, tal grado de calor y humedad, en una palabra, cierto número de circunstancias ambientes [sic], análogas en su género a lo que llamábamos hace poco el estado general del espíritu y de las costumbres? [...] Y así como se estudia la temperatura física para comprender la aparición de tal o cual especie de plantas, el maíz o la avena, el álamo o el abeto, se debe estudiar la temperatura moral para comprender el por qué de la aparición de cualquier especie de arte, la escultura pagana o la pintura realista, la arquitectura gótica o la literatura clásica, la música voluptuosa o la poesía idealista. Las producciones del espíritu humano, como las de la Naturaleza, solo pueden explicarse por el medio que las produce (Taine [1865-1869] 2000, tomo I: 13).

A la claridad, sobriedad y elegancia de su estilo Taine integra un modo muy razonado y lógico de exponer por escrito sus ideas. En la introducción de la obra analizada podemos apreciar estas características de su estilo.

Fue multifacético pero más independiente que Buckle, ya que su obra, si bien está hondamente marcada por el positivismo, no se cerró completamente a la herencia del romanticismo, pues es fácil advertir que Taine cree, por ejemplo, en la existencia de un «espíritu nacional» conformado por vicios y virtudes que a la vez son entendidos como una suerte de productos naturales, pudiéndose de esa manera establecer las diferencias entre un «espíritu» francés y otro germánico o inglés. Otro postulado interesante en la obra de Taine se refiere a la noción de que ciertos fenómenos, como las revoluciones, no solo fueron fruto de fuerzas sociales

y políticas, sino de un conjunto de ideas y creencias a despecho de la voluntad de los sujetos. Pero a pesar de que conserva esta idea, que fue noción principal del movimiento romántico, Taine la reviste de positivismo de la manera siguiente:

Los sentimientos y los pensamientos humanos forman, pues, un sistema, y ese sistema tiene por primer motor ciertos rasgos generales, ciertos caracteres de la inteligencia y del corazón, comunes a los hombres de una raza, de un siglo o de un país. Así como, en minerología, los cristales, por diversos que sean derivan de algunas formas corporales simples, así también en historia, las civilizaciones, por diversas que sean, derivan de formas espirituales simples (Taine 1955: 16, citado por Wagner 1958: 282).

No hay que olvidar que a pesar de que su obra aparece en medio del panorama de la historiografía romántica y se ve marcada por su influencia, Taine marca un avance, pues hace gala de los datos para argumentar sus hipótesis y análisis, planteando, asimismo, que el logro de una mayor objetividad es el propósito básico del historiador y que para alcanzarlo debe «distanciarse de su objeto de estudio». Quizá lo más representativo de su positivismo son sus consideraciones acerca de que los hechos históricos tienen dependencias y condiciones que surgen de su clasificación en grandes conjuntos y su posterior subclasificación en grupos menores. Planteando, además, que debía procederse a la búsqueda de leyes luego de haber expuesto y clasificado a los hechos.

Al acusar de imprecisos a los románticos Taine plantea precisiones metodológicas para el manejo de las fuentes jerarquizándolas en orden de importancia:

- Testimonios contemporáneos
- Fuentes privadas
- Fuentes públicas

Al pensamiento de la Ilustración deberíamos asociar su noción de que el factor clima hablaba del carácter de las naciones, siguiendo en este caso las huellas de Montesquieu, pero de las ciencias naturales adopta el método de la verificación y la observación exacta. En efecto, plantea que de la observación de lo preciso o particular se debía llegar a la consideración general o global. Sin embargo, cayó en generalizaciones precipitadas, descuidó la crítica de las fuentes y no alcanzó la exactitud del método filológico.

El pensamiento histórico de Hippolyte Taine es básica y centralmente positivista, porque nos dirá que «la causa de los hechos está en los hechos mismos» y que estas causas se reducen a leyes, tipos o cualidades dominantes que aparecen regular y repetidamente en los acontecimientos históricos. Quienes han estudiado

a profundidad su obra sostienen que el espíritu experimental inglés y la tendencia a la abstracción alemana dieron matices singulares a su positivismo. Sus estudios de anatomía y medicina, así como su conocimiento de la obra de Darwin, darán a sus explicaciones históricas un sesgo naturalista.

La producción de este historiador fue bastante amplia y como se mencionó abarcó también la historia y crítica del arte y la crítica literaria¹¹, aunque sus obras mayores estarán en el campo de la historia. Sus primeros estudios le permitieron desarrollar cualidades intelectuales muy importantes que se han de manifestar de manera creciente: avidez de conocimientos, laboriosidad, mentalidad caracterizada por la rapidez para concebir ideas finura, agudeza y fuerza de pensamiento. Su pensamiento tendía al análisis riguroso, lógico y a la observación detallada y selección de hechos para formular sus leyes. Fueron estos los fundamentos de su destacada labor como pensador y científico productivo y creador. Fue esencialmente un «hombre de letras» y un «filósofo», y como tal una persona ocupada y preocupada por distintos aspectos del pensamiento y la vida de la humanidad.

Su estilo muestra una narración llena de términos tomados de las ciencias naturales, como raza y medio ambiente, en lugar de nacionalidad o país, por ejemplo, pero para algunos es un artista de la exposición. Lo que dicho por el propio autor, resulta de esta manera: «En el historiador se encuentra el crítico, que comprueba los hechos, el sabio que los reúne, el filósofo que los explica; pero todas estas personalidades se esconden detrás del poeta que relata» (en *Ensayos sobre Tito Livio*, citado por Wagner 1958: 282).

En lo que se refiere a Alexis Tocqueville hay que decir, en primer lugar, que su trabajo *Sobre la democracia en América* es una historia institucional, pero con mayor profundidad que la alcanzada por la escuela francesa ilustrada. Escribió esta obra después de permanecer en Estados Unidos, país al que acudió por encargo del gobierno de Francia para estudiar su sistema carcelario. Emplea un método comparativo estableciendo las características que distinguen a la libertad ejercida en Francia y en los Estados Unidos. En el primer tomo, publicado en 1835, manifiesta temor a la tiranía que podría llegar a ejercer la mayoría, mientras que en el segundo, publicado en 1849, su preocupación se refiere a la posibilidad de una apatía generada por la reducción de la libertad a un mero uso instrumental. También se muestra inquieto respecto al peligro que para la democracia podría suponer el abandono del comportamiento cívico (Díaz la Serna 2006: 238).

¹¹ Fueron trabajos suyos *Ensayos sobre las Fábulas de La Fontaine* que data de 1854; *Viajes a los Pirineos, historia de la Literatura Inglesa* escrita en 1864; *Filosofía del Arte* en 1865; *Filosofía del Arte en Italia* en 1866; *Del Ideal en el Arte* en 1867; *Filosofía del Arte en los Países Bajos* en 1868; *Filosofía del Arte en Grecia* en 1869 y *Del Sufragio Universal y la manera de votar* en 1871 y *Notas del Sur de Inglaterra*, escrita en 1872.

Al tratar el asunto constitucional estudió a la sociedad y a los principios constitucionales mismos y a la administración; indaga sobre las clases sociales y su peso real más que sobre sus derechos formales. Se ha dicho que su trabajo representa un esfuerzo por introducir en el ámbito de la democracia el repertorio de valores de origen aristocrático tales como el anhelo de excelencia, el respeto mutuo y la afirmación de la independencia personal.

En *El Antiguo régimen y la revolución*, obra inconclusa de la que se publicó un volumen en 1856, estudia lo esencial bajo la forma exterior y ve a la Revolución Francesa de manera muy singular: no como la ruptura con el pasado sino como la culminación de un proceso iniciado antes de 1789. No hace una narración sino que compone un análisis histórico, pues dado que piensa a la Historia como una continuidad, cree que nuestra disciplina no solo debe ocuparse de las etapas de los grandes cambios sino también de los periodos de aparente estancamiento.

No es retórico ni excesivamente ágil. Es objetivo, claro y profundo pero no quiere persuadir ni divertir, en este sentido se advierte con claridad el carácter positivista de su obra.

En cuanto a Numa Denys Fustel de Coulanges debemos decir que este historiador vivió entre 1839 y 1889 y escribió *La Ciudad antigua*, así como *Las instituciones políticas de la antigua Francia*. Siguiendo la huella de Tocqueville rompe con la anterior historiografía de manera plena, ya que piensa, por ejemplo, que un estudio histórico debe hacerse partiendo de las ideas y condiciones sociales. No cree que el Estado sea la fuerza motriz de la historia, sino más bien las ideas y condiciones sociales. El interés por lo institucional se denota en sus trabajos, aunque en el mismo subyace un cierto criterio que hoy llamaríamos evolucionista.

Se coloca abiertamente en contra de todo axioma histórico o noción preconcebida y hace reposar su reflexión en lo que exclusivamente le ofrecían los testimonios. Niega, incluso, una filosofía de la historia. Fue un gran lector y muy riguroso al buscar en cada expresión de las fuentes su sentido real. Su postura significa una reacción realista que, sin embargo, peca de cierto simplismo. Persigue la verdad histórica por encima de todo considerando a las hipótesis como un asunto de segundo orden.

7.4.2.1 *La Escuela Metódica: Langlois y Seignobos*

Entre 1896 y 1897 un curso de historia en la Universidad de La Sorbona se hizo famoso hasta nuestros días. Los encargados de impartirlo fueron Langlois y Seignobos, quienes, además, al año siguiente plasmaron las ideas desarrolladas en esa actividad académica en un libro que titularon *Introducción a los estudios históricos* (*Introduction aux études historiques*). En realidad, se trataba de una suerte

de manual y ensayo metodológico que, justamente, debido a esas características, significaba un abierto alejamiento respecto a una historia de carácter más bien especulativo, como la que por entonces practicaba Taine, por ejemplo.

La importancia adquirida por la Escuela Metódica debe medirse no solo por el peso que adquirió en su propia época, orientando desde Francia la manera de cómo emprender la investigación histórica, sino porque frente a las propuestas de sus dos principales mentores se levantaron, a lo largo del tiempo, distintas críticas que a la vez señalaron cambios significativos en la historiografía francesa en particular y en la occidental, en general, sobre todo a partir de la tercera década del siglo XX.

En esa línea se han distinguido tres oleadas críticas: la correspondiente al debate de 1903 entre Simiand y Seignobos —que comprometió también al pensamiento de Durkheim—, la efectuada por Charles Péguy y, finalmente, la iniciada por Lucien Febvre (Pons y Serna 2005: 131 citando a Madeleine Rebérioux). En realidad, esta corriente se caracteriza, como lo indica su nombre, en su insistencia en los aspectos «técnicos» o metodológicos para la investigación y la escritura de una historia dotada de ingredientes empiristas y positivistas.

Francoise Simiand, discípulo de Durkheim, efectuó duras críticas en contra del positivismo y la llamada historiografía tradicional, que a su juicio caracterizaban a la obra de Seignobos. Mencionemos de paso que Durkheim postulaba que una sociedad se mantiene unida gracias al conjunto de creencias y sentimientos comunes de sus miembros y como la historia se encargaba de los hechos individuales esa disciplina debería tener el rol de auxiliar de la ciencia que estudiaba a la sociedad. Inspirado en tales ideas, Simiand se referirá a la «tribu de los historiadores», señalando que sus integrantes siguen gregariamente a tres ídolos a saber: ídolo político: se refiere a la preeminencia dada a ese tema en los estudios históricos; ídolo individual: la historia que se deleita con las biografías de individuos ilustres; e ídolo cronológico factual: cuando los historiadores solo se quedan en los estudios de los orígenes. Para combatirlos propone pasar de lo singular a lo regular y de lo individual a lo social.

Debido a la manera cómo sus críticos describieron y evaluaron la obra de los autores positivistas se los ha considerado como el mejor ejemplo de una historiografía, cuyas características estarían definidas por sus propósitos concretos e inclusive por la forma de su estilo narrativo, apegado claramente a una ordenación cronológica de los hechos. Los pasos a seguir por el historiador lo debían llevar desde el acopio de información documental —que suponía su minucioso estudio a fin de determinar su autenticidad y veracidad—, al análisis de la información obtenida para establecer los hechos de la manera más precisa y objetiva posible. Esta segunda operación tenía que ver con la agrupación de los hechos considerando

las condiciones materiales, el medio geográfico, la cultura y costumbres, lo mismo que la economía y las instituciones sociales. La redacción que adoptaba la forma de un relato no debía reñir con el propósito de hacer a la historia más científica, debía seguir la tendencia literaria y reciente del Romanticismo (Corcuera 2000: 145 y ss.), aun cuando al pretender pintar objetivamente a la realidad siempre se corría el riesgo de dibujar vivos cuadros que remitieran al pasado pero sin ánimo de conmover o deleitar. En todo caso se imponía la búsqueda del correcto orden expositivo que encerraba tanto la búsqueda como la exposición de las causas de los hechos.

Ernest Lavisse es otro historiador de esta línea, también llamada «metódica», y ferviente propulsor de la enseñanza de la historia como base de la formación cívica de los ciudadanos. No hay que dejar de mencionar que por entonces, y de manera oficial, en Francia se llegó a considerar a la historia como un pilar de la educación pública, ejemplo de lo cual puede ser el hecho de que en 1886 la III República creó en La Sorbona la cátedra de Historia de la Revolución Francesa.

Preocupado por conseguir para la historia y según su perspectiva el rigor científico necesario, Lavisse proclamó la idea de que era imprescindible la especialización y, asimismo, participó con Monod, Seignobos y Laglois en la fundación de la *Revue Historique* en 1876. Escribió *Études sur l'histoire de Prusse* (1879); *Essais sur l'Allemagne Impériale* (1887); *La jeunesse du Grand Frédéric* (1891); *Trois empereurs d'Allemagne* (1888). La historia francesa fue abordada en *La Première année, Nouvelle, d'histoire de France: leçons, récits, réflexions*, publicada en 1889; en coautoría con Alfred Rambaud publicó *Histoire générale du IV^e siècle jusqu'à nos jours* (1893-1901).

Pese a todo lo dicho, la imagen acerca de esta historiografía considerada tradicional o conservadora ha sido si no cuestionada del todo, por lo menos matizada según recientes propuestas que han incidido en que los historiadores metódicos consideraban, con criterio más bien historicista, que la disciplina histórica estudia a la vez hechos generales e individuales, que no era posible establecer regularidades y hacer abstracciones del pasado y obviamente al no poder realizar una observación directa del tiempo pretérito, la metodología histórica no era para nada semejante a la de otras ciencias, incluso las llamadas sociales, puesto que, además, los documentos expresan imágenes subjetivas acerca de los hechos. Ello también relacionado con la escritura de la historia, a la que incluso podía presentarse como una mezcla de relato científico y ficcional (Pons y Serna 2005: 133 y ss.).

7.4.3. Historiografía inglesa: Lord Acton, Macaulay, Buckle y Carlyle

Ha sido dicho que sin alcanzar la repercusión internacional lograda por los alemanes, los trabajos de los historiadores ingleses siguen la tendencia de sostener sus trabajos en amplias bases documentales. La creación en 1818 del archivo público Record Office antecede al esfuerzo hecho en 1869 por la Comisión de Manuscritos Históricos para realizar el inventario de los repositorios documentales provinciales, que como vemos muestra un retraso respecto al manejo amplio de fuentes escritas, conforme se había dado con anterioridad en Alemania¹². Es de tomar en cuenta también que las cátedras de Historia de Oxford y Cambridge se renovaron y en 1886 apareció la *English Historical Review*.

En las Universidades de Oxford y Cambridge se comenzó a seguir la tendencia erudita conforme lo habían hecho los alemanes, destacando en la primera de las universidades mencionadas los profesores: William Stubbs, Edgard Freeman y Samuel Gardiner, entre otros y, en la segunda de las citadas, J. Bury, George Trevelyan y Lord Acton. Todos ellos estaban interesados en hacer una historia científica y rigurosa, pero también se mostraban convencidos de la historicidad del hombre y de la cultura. Por lo demás, hay que considerar que los trabajos históricos eran bien aceptados como lectura fuera de los medios académicos a través de la obra de escritores divulgadores del conocimiento histórico como Scott, Chesterton o H. G. Wells, lo que sin duda facilitó el desarrollo de la historiografía inglesa.

Lord Acton no solo fue un historiador destacado, sino uno de los personajes más ilustrados del siglo XIX. Hombre de gran erudición, expresó siempre alta estima a la libertad individual y reveló una gran comprensión de la historia. Escribió dos ensayos que se han hecho famosos acerca de la libertad: *Historia de la libertad en la antigüedad* e *Historia de la libertad en la cristiandad*. Resultó también muy afamada su lección inaugural en la Universidad de Cambridge, que versó sobre «El estudio de la Historia». En esa ocasión Acton argumentó que la historia es la demostración del progreso y la unidad de la historia de la libertad. Asimismo, señalaba entonces que el estudio de la historia podría ser imparcial si se basaba en la investigación en archivos y se sustentaba en juicios morales.

Otros de sus ensayos han sido *Sacrificio Humano*, *Vida de George Eliot* y *Filosofía de la historia de Buckle*, donde entrecruza asuntos religiosos, morales y políticos. Pese a que Lord Acton realmente nunca escribió un libro, sus ensayos y artículos conforman una obra historiográfica muy representativa de su época.

¹² Recién en 1878 se establece la *Royal Historical Society* (Rama 1989: 67).

Thomas Babington Macaulay fue también un historiador inglés de postura liberal que alcanzó reputación. Su tendencia partidaria *Whig*¹³, dio a sus trabajos un sello particular bajo el entendido de que una «interpretación *whig*» de la historia supone una valoración desmesurada del presente y, asimismo, que será desde allí que se analizará al pasado y se le dará validez, cuestiones que hoy nos parecerían obvias pero que enunciadas entonces resultaban propuestas originales.

Su labor de historiador y ensayista permitió que destaque su capacidad narrativa. Escribió en 1848 *Historia de Inglaterra hasta el reinado de Jacobo II y Ensayos de crítica histórica*. En la primera de las obras mencionadas Macaulay se propuso —según propia confesión— realizar un trabajo que le permitiese mostrar la historia del pueblo y del gobierno, estudiar las revoluciones y los cambios producidos por ellas en todos los órdenes. Entendió que debía también referirse al desenvolvimiento de las bellas artes, la literatura y las industrias; relatar la formación de las sectas religiosas pero también encarar los gustos, las modas y las costumbres de cada época. En los *Ensayos* da la impresión de que considera a la historia como una rama de la literatura y es seguramente por esa razón que su estilo es muy cuidado y colorido (Rama 1989: 68). Ello parece estar en relación con el hecho de que se le haya catalogado frecuentemente como uno de los mejores representantes de la historiografía romántica inglesa. Sin embargo, debe también tomarse en cuenta que su estilo estaba vinculado a su afán por retratar, de la mejor manera posible, a las sociedades y épocas estudiadas.

En el caso de Henry Thomas Buckle puede decirse que fue un verdadero historiador de la cultura y un erudito. Se dedicó más bien tarde a los estudios científicos, siendo su trabajo principal *Historia de la Civilización en Inglaterra*, de la que solo publicó dos volúmenes, que en realidad constituían la introducción de la obra, el primero en 1857 y el segundo en 1861 (Thurston 1996: 545).

Se presenta como un crítico de la investigación histórica tal como se había desarrollado y propone una metodología que acentúe la investigación inductiva, con el propósito de que los historiadores se pongan realmente a la par de los investigadores en ciencias naturales. Buckle es un seguidor abierto del positivismo y lo aplicará a la historia:

Afortunadamente, quien crea en la posibilidad de una ciencia de la historia, no tiene que compartir la concepción de la predestinación, ni la del libre albedrío ; y todas las concesiones que espero aquí de él, son : cuando llevamos a cabo una actuación, ésta suceda por una o varias causas ; que estas sean a su vez

¹³ *Whig* era el nombre con el que se designaba en Inglaterra, hacia 1660, a un grupo político liberal que a la postre se convertiría en el Partido Liberal y que, en oposición al partido conservador o Tory, propugnaba mayores poderes para el Parlamento.

las consecuencias de algo que las precedió ; y que, por lo tanto, si conociéramos todo lo que ha sucedido y todas las leyes que lo rigen, podríamos predecir todos los resultados inmediatos con seguridad infalible (Buckle 1859: 6).

Su confianza en el método positivo para desentrañar las leyes de la historia lo lleva a establecer cuatro planteamientos —que entiende capitales— para llevar a cabo una historia de la civilización:

- El progreso del género humano se basa en el éxito con el que se investiguen las leyes de los fenómenos y en la amplitud con que se divulgue el conocimiento de estas leyes;
- Para hacer tal investigación debe adoptarse una actitud escéptica que primero impulse la indagación y que a su vez sea impulsado por ella, lo que supone la actuación de un espíritu libre y sin tutela;
- Los descubrimientos hechos de este modo reforzarán la influencia de las verdades o certezas racionales y debilitarán el predominio de las verdades de carácter más bien subjetivo; y,
- En el caso de la investigación histórica esta tiene solo dos caminos posibles: la inducción y la deducción.

En cuanto a Thomas Carlyle, llama la atención el sesgo y compromiso políticos que caracterizaron a su obra. En 1837, cuando se encontraba establecido en Londres, escribió *Revolución francesa*, trabajo en el cual este autor plantea un punto de vista contrarrevolucionario y uno de cuyos asuntos centrales es la situación de los indigentes. A través de numerosas conferencias y escritos Carlyle sostuvo sus ideas principales acerca de la historia y en *Los héroes y el culto de los héroes*, obra constituida por un conjunto de semblanzas de personajes de la historia, señala que el avance de la civilización se debe a la acción de los héroes. La publicación, que recogió siete conferencias pronunciadas un año antes de su publicación, se refiere a diferentes héroes a lo largo de la historia y relacionados al desarrollo de las creencias religiosas, el pensamiento y la vida política, social y cultural. Así, se aludirá al héroe como divinidad tomando a Odín y al paganismo; como profeta considerará a Mahoma y el islamismo; como poetas tomará en cuenta a Dante y Shakespeare; como sacerdotes mencionará a Lucero y Knox; como literato se referirá a Rosseau; y, finalmente, como rey, considerará a Napoleón, aunque también hará referencia a Cronwell.

Escribió entre 1858 y 1865 en diez volúmenes *Historia de Federico II de Prusia y Cartas y discursos de Oliver Cromwell*, obra que data de 1845. En ellas quedó reflejado su concepto de la historia, el cual contiene la idea del papel sustantivo

de los grandes personajes y también refleja su aceptación del idealismo alemán como base intelectual para rebatir al utilitarismo y al materialismo. Una muestra de sus ideas puede verse en el fragmento siguiente de *Culto a los héroes* cuando se refiere al héroe como rey:

Lo que precisamos no es únicamente el héroe, sino un mundo apropiado para él, mundo no poblado de Ayudas de Cámara, porque entonces el Héroe surgirá en vano. Si, está lejos de nosotros, pero debe llegar; a Dios gracias se le ve avanzar. ¿Con qué contamos hasta que llegue? Con Urnas electorales, votos, Revoluciones francesas; pero, para ser Ayudas de Cámara, que no reconocen al Héroe cuando lo ven, ¿de qué nos sirve todo eso? Surge el heroico Cromwell; pasa siglo y medio sin que le concedamos un solo voto. El mundo hipócrita e incrédulo es propiedad natural de la Superchería, del Padre de los charlatanes y las ficciones. Lo único posible es la miseria, la confusión, la mentira. Las urnas electorales alteran la figura del charlatán, mas su sustancia es la misma. El Mundo de estúpidos Lacayos tiene que ser gobernado por el Héroe Fingido, por el Rey que solo tiene de rey sus galas. Ése es su mundo; él es su rey. En resumen, o aprendemos a conocer al Héroe, al verdadero Gobernante y Caudillo cuando le tenemos ante los ojos, o continuarán gobernándonos los que nada tienen de héroes, aunque pongamos urnas electorales en cada esquina, porque nada remedian (tomado de Carlyle [1841] 2006).

Manifestó su admiración por el sistema feudal, al que relaciona con una etapa de vigencia de una sociedad religiosa a la que se refiere de manera idealizada y tuvo comentarios irónicos respecto a la democracia.

7.5. CONCLUSIONES

Debe enfatizarse una vez más que la inconformidad respecto al pensamiento ilustrado produjo también una revisión del pensamiento histórico. Se parte de una situación de perplejidad y de duda respecto al papel de los individuos y de las comunidades en la marcha de la historia y finalmente se adquieren la convicción de que los historiadores pueden realizar un trabajo realmente científico. Las naciones adquieren un carácter protagónico y serán entendidas como sujetos sociales e históricos, sin embargo, a lo largo del siglo se volverán a buscar a los personajes protagónicos que encarnen y conduzcan esos espíritus nacionales. Se muestran a las naciones según sus individualidades y se busca para cada una de aquellas el protagonismo correspondiente, es decir, su preponderancia política y cultural, lo mismo que los fundamentos de su poder e identidad en la historia dentro de una Europa que, una vez más, se miraba a sí misma como el centro de la historia de Occidente.

Al pensarse lo histórico en términos de la participación común, pero a la vez individual en los términos anteriormente dichos de identidades nacionales se irán dando los primeros pasos para admitir el peso de la subjetividad. Ello a pesar de que el mayor acento se pone en el campo de la historiografía, en la búsqueda de verdades objetivas, y que el modelo empirista hace lo suyo al respecto en los predios de la teoría y metodología de la disciplina histórica.

Se persigue el perfeccionamiento de los métodos y técnicas y la erudición, conocida y practicada por los historiadores desde por lo menos dos siglos atrás, se orienta a la adaptación del empirismo para uso de la metodología histórica. Afirmándose en las fuentes documentales se presenta al pasado como una suerte de gran espectáculo donde se mezclan las biografías, los grandes personajes y acontecimientos políticos y militares tomados como los más importantes. Si bien se busca que la historiografía se aleje de la especulación filosófica y adquiera características empiristas, lo que supone una renovación de la erudición, no es menos cierto que se manifiestan esfuerzos claros, especialmente en el campo teórico, para afirmar el carácter científicamente particular de la historia, alejándose del rigor positivista y más bien acentuando una perspectiva historicista y abriendo paso en el campo de la historia a una hermenéutica diferente. Sin embargo, se siguen desarrollando nociones que dan cuenta de la vigencia del paradigma que en Occidente había adquirido sólidas características en el siglo anterior.

Acogiendo algunos de los planteamientos de Hayden White respecto a la conciencia histórica forjada en Occidente durante el siglo XIX, podemos decir que se representa en nociones como las siguientes:

- No puede haber historia propiamente dicha que no sea al mismo tiempo filosofía de la historia;
- Los modos posibles de la historiografía son los mismos modos posibles de la filosofía especulativa de la historia; y,
- La exigencia de cientifización de la historia no representa más que la afirmación de una preferencia por una modalidad específica de conceptualización histórica, cuya base es moral o bien estética, pero cuya justificación epistemológica todavía está por establecerse (White 1992: 10-11).

Destaca en esta época el desarrollo y el papel desempeñado no solo por la historiografía alemana sino también la francesa e inglesa.

CAPÍTULO VIII

LA HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XX

«Aunque el pasado no cambie, la historia debe escribirse de nuevo en cada generación para que el pasado siga siendo inteligible en un presente cambiante».

Peter Burke

Tomando en cuenta el curso seguido por la historiografía occidental durante el siglo XIX y principios del XX puede decirse que en ese lapso de tiempo se produjo una suerte de tránsito, tanto en lo concerniente al desarrollo del pensamiento histórico cuanto a la teoría y la práctica historiográfica y ese trayecto, que estuvo señalado por discusiones y propuestas innovadoras, también se vio marcado por una cierta continuidad, es decir, por el desarrollo inmediatamente anterior de la propia disciplina pero también de las demás ciencias, y es así que se dará curso a revisiones y actualizaciones de las tendencias y cánones vigentes.

También es mencionada con frecuencia, como una manifestación de los cambios que se estaban operando, la publicación de la *Cambridge Modern History* que más bien fue una muestra de la reacción adversa contra el empirismo excesivamente cientifista. No hay que olvidar que por entonces la visión predominante entre los historiadores se mostraba poco propicia para la elaboración de una historia de síntesis total y explicación integrada de todos los niveles de la actividad humana y además tenían una preocupación obsesiva por los hechos político-institucionales y por la psicología de los «grandes hombres» y las ideas de los grupos dominantes¹.

¹ Véanse Stone (1986) y Cardoso y Pérez Brignoli (1976). En cuanto a la *Cambridge Modern History* podemos anotar que abarcó 16 volúmenes publicados entre 1902 y 1912 bajo la dirección

Ya sabemos que con Comte había penetrado la idea de una metafísica suprahistórica en la ciencia empírica y los sistemas materialistas podían plantear finalidades de verdadera salvación del mundo, postura que adquiere mayor sustento también gracias al idealismo de Hegel, quien añadió una visión dialéctica al devenir histórico. De esta manera, las concepciones de Marx y Engels estarán marcadas por el dominio de la imagen del mundo de las ciencias naturales. El hombre se encuentra encerrado en la cadena causal de la estructura del medio (Wagner 1958: 284).

Pero a diferencia del siglo anterior, en la vigésima centuria y dentro del proceso de la llamada postmodernidad la ciencia logra finalmente adquirir una capacidad de auto-observación, junto con la revisión tanto de sus límites como de sus posibilidades. Aunque de manera paralela se seguirá cultivando una historiografía que debe llamarse «tradicional», ya que desplegada desde el siglo XIX y buena parte de la siguiente centuria tenía como propósito producir una historiografía científica con un sustento metodológico empirista y un positivismo en el orden de lo teórico.

Por mencionar a uno de los representantes de esta historiografía tradicional diremos que en Alemania en el último tercio de la decimonovena centuria Eduard Meyer² fue un exponente destacado de la Escuela Científica alemana. Se trata de un positivista histórico cuyo método contemplaba la comparación de diversas fuentes de primera mano, procedentes de la numismática, la arqueología o la filología. Inicialmente se interesó en la historia antigua de Babilonia, Egipto e Israel y luego orientó sus estudios a la Antigüedad clásica. Sus estudios filológicos y el conocimiento de lenguas como el hebreo, latín y griego facilitaron su consulta de fuentes primarias. Uno de sus primeros trabajos fue sobre Troya y otro sobre el reino de Ponto. Pero su esfuerzo se orientaría a realizar una historia sincrónica de la Antigüedad —*Geschichte des Altertums*—, cuyo primer volumen apareció en 1884 hasta llegar al volumen quinto que, publicado en 1902, abarcaba hasta el año 362 a. C. Meyer arranca su obra con elementos de Etnología y revisa la historia de los pueblos más antiguos hasta fines del XVI a. C., pasa luego a estudiar a egipcios, hititas y griegos. En el segundo volumen estudia a los pueblos de Oriente, mientras que en el tercero se dedica a Persia y Grecia. Escribió también, en 1887, una *Historia del antiguo Egipto* y también publicó sendas historias del

de Lord Acton. Su propósito era tratar importantes temas de la historia y realizar una revisión bibliográfica que no solo sintetizara el estado de la cuestión sobre los mismos sino que dejara abiertas las posibilidades para continuar su estudio y emprender el tratamiento de nuevos asuntos.

² Nació en Hamburgo en 1855 y murió en Berlín en 1930. Estudió en Bonn Filología y en Leipzig Arqueología. Fue profesor de Historia en las universidades de Halle y Berlín llegando a ser rector de esta última.

judaísmo (1906), lo mismo que sobre los orígenes del cristianismo (1912), que hizo en tres volúmenes. Destaca su obra sobre César y Pompeyo (*Caesars Monarchie und das Prinzipat Pompeius*), que vio la luz en Berlín en 1918. También publicó un libro dedicado a la economía y otro sobre la esclavitud en la Antigüedad en 1895 y 1898, respectivamente. Un viaje a Norteamérica lo condujo a publicar en 1912 un ensayo acerca de la historia de los mormones. Las principales críticas a su obra han sido las siguientes:

- Su concepción cíclica de la historia que lo lleva a anacronismos, proyectando sobre el pasado antiguo nociones modernas;
- Insiste en manejar una teoría de la inmigración que lo arrastró a buscar el eje de los acontecimientos en los factores foráneos aportados por inmigrantes o invasores y a desdeñar o ignorar el propio desarrollo histórico de los pueblos; y,
- Inclinación hacia la interpretación del acontecer histórico basado en consideraciones raciales³.

Es interesante el papel jugado por el llamado Círculo de Viena y a la manera cómo desarrolla el empirismo hasta plantear un neopositivismo. En efecto, surgido en 1921 aglutinó hasta promediar la década de 1930 a prominentes científicos de distintas disciplinas siendo en conjunto uno de sus propósitos principales discutir los estatutos del conocimiento científico y desarrollar una teoría del conocimiento. Es más, acuñan el término epistemología para referirse a esto último. Propusieron una unificación de las ciencias con reglas y métodos más o menos comunes y entre sus tesis principales deben contarse a las siguientes:

- Todo conocimiento nace del contacto con la realidad lo que significa una experiencia alcanzada a través de los sentidos, que son completados y, en algunos casos, sustituidos por los instrumentos.
- El conocimiento está formado por patrones regulares de experiencia.
- El científico debe estar dotado de un lenguaje adecuado —proposiciones simples— para transmitir experiencias y conocimiento.
- El valor de verdad de las proposiciones científicas guarda relación con la posibilidad de su verificación.

Al revisar sus planteamientos iniciales se produjo un reajuste de los mismos de manera tal que entre otras plantearon las nociones de contexto de descubrimiento, que se refiere básicamente a las condiciones de investigación y contexto

³ Véase la introducción de Carlos Silva en Meyer (1982).

de justificación que contempla la lógica interna, métodos y procesos lógicos de un descubrimiento (léase generación de conocimiento).

La historiografía española de la década de los años cuarenta fue tradicional y se centró en el estudio de las épocas consideradas de apogeo de la historia de España. Es conocido que tras la Guerra Civil una de las consecuencias del conflicto que se había vivido fue el conservadurismo social e ideológico que primó entonces. Otro fenómeno fue que un nutrido grupo de historiadores se desplazara fuera de España. Así, la historia social resultó escasa y los trabajos que tocaban ese tópico se hacían desde la historia política prevaleciendo una metodología tradicional con abundancia de estudios descriptivos a partir de la información tomada de las fuentes. En los años siguientes se producen algunas transformaciones en lo relativo a los métodos, el tratamiento y los temas que se diversifican surgiendo el cultivo de la historia social y económica aunque coexistiendo con la historiografía tradicional. Pero finalmente y avanzado el siglo, el inicio de la apertura historiográfica española será tributario en cuanto a temas, técnicas de trabajo y orientaciones intelectuales y epistemológicas de las influencias provenientes de las escuelas francesa, anglosajona y alemana.

A la par de las renovaciones sigue haciéndose en Occidente una historiografía que conserva la perspectiva fundada en la decimonovena centuria, puede afirmarse que los cambios pueden rastrearse desde el pensamiento de Wilhem Dilthey⁴ quien, entre el final del siglo XIX y comienzos del XX, se propuso completar el esfuerzo comenzado por Kant, asistimos a un cambio de perspectiva pese a que durante la primera década del siglo XX las concepciones del mundo fueron reducidas fundamentalmente a una visión naturalista que, como su nombre lo indica, consideraba a la naturaleza como la última razón del ser y la norma más elevada del deber ser y que aplicada al campo de la historiografía marcaba una predilección por descubrir las leyes de la historia. En segundo término está el idealismo subjetivo según el cual el proceso universal era una lucha trágica que podría dar lugar a que lo bueno y noble sucumbiera. Por eso la importancia que presta a la irrupción de lo nuevo o a las revoluciones y desde esa perspectiva resultaba muy importante la causalidad. Y, finalmente, el idealismo objetivo, concepción que veía al proceso universal como un desarrollo no exento de lucha pero incontenible cuya culminación debería estar en armonía con el triunfo de todo esfuerzo inteligente. Dentro de un proceso general de tal naturaleza el fenómeno particular era visto como una expresión del todo (Kirn 1961: 91-93).

⁴ Filósofo que nació en 1833 en Biebrich (Alemania) y falleció en Austria en 1911. Estudió Teología en Heidelberg, y ocupó la cátedra de Filosofía de la Universidad de Berlín entre 1882 y 1905.

En *El mundo histórico*, cuya traducción al español es de 1978, Dilthey se preguntaba acerca de las posibilidades de un saber universalmente válido del mundo histórico y cómo se podía fijar en conceptos estáticos y recurrentes lo que por esencia parecía ser móvil y en cambio permanente. Su respuesta será que los conceptos de la historia y demás «ciencias del espíritu» son representaciones de algo en marcha y que, a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, en las del espíritu el dato puro no se refiere a ningún objeto externo al sujeto sino más bien a objetos ideales, inmanentes a la esfera de la cultura. Objeto y sujeto resultan así indisociables en la esfera de la vivencia produciéndose una conexión estructural en la que se combinan conocer, sentir y querer. Por consiguiente, las ideas de Dilthey se ubican en el ámbito fenomenológico trascendental que, como bien saben los filósofos, precede a la ruptura entre sujeto y objeto y permite que ambos se constituyan como tales.

El tipo de historicidad que surge de la interconexión de las vivencias desplegadas en el tiempo no seguirá ningún diseño ni se orientará a la realización de ningún fin definible *a priori*. No se trata de un transcurso lógicamente integrado sino vitalmente —inmanentemente— articulado. Para Dilthey, en la historia nadie puede fijarse como un fin aquello que no ha experimentado primero como un valor, pero tampoco puede establecerse como valor aquello que no forma ya parte de su universo axiológico. De esta manera se va forjando una continuidad de la conexión a través de los cambios, lo que define la temporalidad del ser. Sin embargo, todavía se encuentra en Dilthey la idea de que, en última instancia, el conocimiento científico implica la disolución de ataduras vitales, la obtención de una distancia respecto a la propia historia que haga posible convertirla en objeto y por eso la historia y las llamadas «ciencias del espíritu» son un tipo de saber diferente aunque no por eso menos importantes. Mucho antes que Husserl se refirió al carácter creativo de la historia que supone ganancias pero también pérdidas. Dilthey señaló la posibilidad del olvido, de quiebres en la memoria colectiva, es decir, que los contenidos ideales de la conciencia no se encuentran siempre disponibles a los sujetos. Añade, sin embargo, que tales contenidos podrían reconstruirse a partir de los vestigios materiales de una cultura. De ahí que considerará el carácter objetivo de los sentidos en tanto se cristalizan en objetos culturales.

También debe subrayarse el hecho de que las influencias ejercidas por Marx, Weber y Durkheim inspiraron a las tres grandes escuelas históricas de Occidente en el siglo XX: el marxismo en primer lugar; la llamada escuela francesa de los *Annales* que reflejó el énfasis que Durkheim dio a los procesos sociales entendidos a largo plazo, en segundo lugar; y en tercer término está la propuesta desarrollada entre 1950 y 1960 que se conoce como la *modernization theory*, que manifestando el impacto de los estudios comparativos de Weber acerca de los

orígenes de la modernidad fue la respuesta norteamericana al marxismo. Surgida de la sociología y ciencia política de los Estados Unidos dicha formulación no alcanzó, sin embargo, el relieve y difusión internacional de aquellas que buscó contrastar. Se dice que *modernization theory* surgió de los tumultos posteriores a la descolonización y los del Tercer Mundo pero se agotó al empezar la guerra de Vietnam. El modelo que proponía acentuaba el desarrollo de nuevas redes de inversión y comunicación dándoles validez universal. Se basaba en la idea de que las sociedades en desarrollo, a pesar de sus diferencias, deben recorrer una serie similar de cambios. Se dio énfasis al papel protagónico de los cambios intelectuales y psicológicos necesarios para que surja un individuo racional y autónomo, a su vez pieza imprescindible en el proceso general de modernización. El trabajo de W. W. Rostow sobre el modelo de despegue industrial fue el más influyente.

En el campo concreto de la historia esta corriente pretendía unificar a las diversas investigaciones dentro de un modelo de desarrollo no marxista. En cuanto al método se consideraba que la recolección sistemática de documentos cuantificables y la aplicación de mediciones cuantitativas garantizaban el carácter científico de la historia y que tal metodología podía aplicarse al estudio de cualquier cultura, época o problema histórico. En el mismo Estados Unidos esta corriente fue objeto de críticas: se la tildó de ahistórica por basarse en teorizaciones sociológicas y etnocentrista al emplear como parámetro el desarrollo de Occidente para juzgar a sociedades y culturas no occidentales⁵.

Sin lugar a dudas, a partir de la segunda mitad del siglo XX se advierte la fructífera relación entre la historia y otras disciplinas. Así, por ejemplo, la demografía se amparará en la historia para probar sus teorías y ampliar su base de datos. En el caso de la antropología una visión estática se fue sustituyendo por «trabajos más refinados de raigambre histórica», como fue el caso de Edward Evans-Pritchard o la antropología simbólica de Mary Douglas, Víctor Turner y Clifford Geertz. A su vez dicha disciplina ejerció influencia sobre la historia en relación a temas como religión y culturas populares, por citar algunos ejemplos (Stone 1986: 27).

En el análisis realizado por Gadamer de la situación de las ciencias y de la historia al iniciarse la década de los años sesenta, reconocía que los signos que anunciaban una nueva ola de hostilidad tecnológica contra la historia se multiplicaban y que a esto respondía también la creciente recepción de la teoría de la ciencia y de la filosofía analítica anglosajona, y el nuevo auge que tomaron las ciencias sociales, sobre todo la psicología social y la socio-lingüística. Añadía, sin embargo, que dentro de las humanidades se había hecho ya innegable un cambio

⁵ Sobre la modernización véase Rodríguez (1998: 38-39); Palti (2005: 11-14) y Appleby, Hunt y Jacob (1998: 82 y ss.), entre otros.

de estilo en la orientación general, pasando a primer plano los nuevos medios metodológicos de la estadística y la formalización lo mismo que la urgencia de planear científicamente y organizar técnicamente la investigación. Se estaba abriendo camino una nueva autocomprensión «positivista», estimulada por la recepción de los métodos y planteamientos americanos e ingleses (Gadamer 1991: 641).

Pero no hay que olvidar que por entonces cobró fuerza la discusión epistemológica y se cuestiona la noción que colocaba al centro la relación entre objeto-sujeto para más bien introducir la idea de prejuicio poniendo en jaque a la idea tradicional de objetividad y dando espacio a la presencia de la subjetividad. De esta forma se llegará hasta el desarrollo de un nuevo concepto de interpretación. A todo ello se agregará la teoría de la percepción y la noción de paradigma. El dilema entre una filosofía de la historia epistemológica y otra narrativista ha permitido una revisión fructífera e interesante de los criterios básicos que orientan ambas tendencias señalando sus puntos fuertes sus inconsistencias y —como menciona Ankersmit— han sido los planteamientos de White los que han permitido concretar una suerte de dilucidación del problema filosófico anglosajón en dicha materia⁶.

Se había entrado en el periodo que se ha dado en llamar postmodernidad. En todo caso, conviene indicar que el concepto postmodernidad forma parte del pensamiento social y es también una manera de aludir a cambios sociales y culturales de la segunda parte del siglo XX y una referencia sobre el agotamiento del pensamiento moderno. Mientras que la noción postmodernismo acentúa los aspectos cultural e intelectual del proceso al que nos estamos refiriendo, el concepto postmodernidad se refiere primordialmente al agotamiento de la modernidad y enfatiza lo social, sus cambios y a la vez la generación de una sociedad nueva⁷.

El pensamiento y la actitud postmoderno constituyen un estilo de pensamiento que desconfía de las nociones clásicas de verdad, razón, identidad y objetividad, de la idea de progreso universal, de la emancipación de las estructuras aisladas, de los grandes relatos y de los sistemas definitivos de explicación. En cambio se considera al mundo contingente, inexplicado, diverso, inestable, e indeterminado. Todo esto bajo el entendido de que nuestra época está orientada más que por el inmenso progreso de la ciencia natural, por la racionalización creciente de la

⁶ Para Ankermit «filosofía de la historia epistemológica» es aquella que contempla los criterios de la verdad y validez de las explicaciones y descripciones históricas, mientras que «filosofía de la historia narrativista» es la que se concentra en la naturaleza de los instrumentos lingüísticos que desarrollan los historiadores para avanzar en el conocimiento del pasado (Ankersmit 1998). Para una mayor explicación de estos asuntos véase el capítulo II de la obra mencionada.

⁷ Sobre estos temas puede consultarse a muchos autores. Entre otros véase Eagleton (1997); Gadamer (1991) y Lyon (1996).

sociedad y por la técnica científica de su dirección. Pero que si bien el espíritu metodológico de la ciencia se impone en todo, lo que tenemos ante nosotros no es una diferencia de métodos sino una diferencia de objetivos de conocimiento.

En el campo de ciencias como la física, la astrofísica y las matemáticas se llevan a cabo grandes cambios desde la teoría de la relatividad de Einstein pasando por Friedmann, quien señaló la movilidad del universo, hasta los planteamientos de Hubble acerca de la forma de separación de las galaxias, lo que lleva a tener claras las ideas sobre la expansión del universo y una teoría general que dará lugar a la idea de descentramiento que se terminará aplicando en el campo de las ciencias humanas y sociales.

En efecto, en los predios de Clío fue enfatizándose algo que siempre debió ser evidente: si bien el objeto de estudio de los historiadores era en conjunto o en particular el pasado, sus tareas de selección, investigación e interpretación se realizan en el presente pero todavía más, están orientadas por él aunque incluso de cara al futuro.

El metodologismo ingenuo de la investigación histórica ya no domina solo el campo. El progreso de la investigación ya no se entiende en todas partes únicamente como expansión y penetración en nuevos ámbitos o materiales, sino que en vez de esto se atiende más bien a la configuración de etapas de reflexión más depuradas dentro de los correspondientes planteamientos [...] Pero junto a ello empieza a entrecerse una conciencia hermenéutica que se vuelve hacia la investigación con un interés más autorreflexivo (Gadamer 1991: 354).

Las transformaciones más significativas que producen una nueva situación respecto a la historiografía del siglo anterior se observan hacia la tercera década de la vigésima centuria y puede decirse que en la séptima década los nuevos historiadores constituían en Francia y, en alguna medida en Estados Unidos, una elite muy influyente en las universidades más tradicionales y de antigua trayectoria.

En cuanto a la historiografía inglesa, si bien durante la década de los años sesenta se seguía haciendo una historia política, debido a que los historiadores ingleses no mostraban demasiado interés por una historia con alcances teóricos o que se ocupara de las ideas y de la cultura y primaba una vocación empirista en el ambiente, surgió una revista como *Past & Present*, cuyos objetivos eran similares a los de *Annales* pero de signo marxista. Esta publicación alcanzó gran importancia —aunque su mayor peso se dejó sentir en Estados Unidos— y mostró las posibilidades para el cambio. También *Economic History Review* jugó un papel importante por el hecho de que se tradujeran obras de historiadores franceses, como Braudel y Foucault. Ambas publicaciones periódicas marcaron cambios

importantes que finalmente se alzaron como pautas del trabajo historiográfico inglés, que así rindió tributo a la influencia del marxismo y a los *Annales*.

En opinión de Nolte, la variada y amplia producción historiográfica del siglo XX puede ser entendida dentro del marco ideológico marcado por varios paradigmas coexistentes⁸. En primer lugar hay que señalar que el autor citado maneja el concepto de que las potencias son entes individualizados que poseen cohesión interna aspirando a ejercer influencia sobre otros. A partir de ahí, señala que la lucha entre diversas potencias —situación heredada del siglo anterior— devino en el estallido y desarrollo de las conflagraciones mundiales, lo que significa que en realidad disminuye la responsabilidad de Alemania y su régimen en tales contiendas y en la manera cómo actuaron ambos en ellas. A partir de ahí sostuvo que un paradigma histórico en el siglo XX es la importancia conferida a los procesos revolucionarios y, finalmente, la amenaza de guerra o la contienda misma (Nolte 1995: 131 y ss.). Pero si de paradigmas o modelos interpretativos hablamos debemos decir que por su parte Forster menciona un aceleramiento de la historia, desde la perspectiva de un cambio radical, profundo de una época que involucra no solo el discurso filosófico sino transformaciones en la realidad política, social y económica. Así como cambios profundos en la dimensión estética y transformaciones radicales en los paradigmas científicos de la modernidad. «Un tiempo de derrumbe, de disolución, de crisis, y al mismo tiempo, una época que comienza a plantearse nuevas perspectivas y nuevos horizontes» (Forster 1999: 166).

La década de los años sesenta resulta crucial pues en ese periodo son visibles cambios importantes en el contexto social, político e ideológico en Occidente. Dichas transformaciones expresaron el agotamiento de los modelos e instrumentos con los cuales las dos superpotencias —Estados Unidos y la Unión Soviética— habían operado para desarrollar, sostener y ampliar su hegemonía. Al finalizar la década se pasa de la amenaza nuclear al establecimiento del ideal de la coexistencia pacífica y de la hegemonía bipolar —política, económica e ideológica— se llegó a la multipolaridad y al llamado descentramiento. Emergen entonces nuevos sujetos sociales que remarcarán como signo de su identidad la disensión y la diferenciación. En las décadas siguientes un fenómeno como la globalización económica tendrá su símil en el ámbito de las comunicaciones sobre la base de un nuevo desarrollo científico que se había expresado inicialmente en relación a la que se dio en denominar la carrera espacial. Al finalizar el siglo, Occidente y el resto del mundo asistirá, aunque de manera desigual, a una aceleración de

⁸ Entre los trabajos de Ernst Nolte, historiador quien ha llamado la atención por su inclinación a favor del nacionalsocialismo, se cuenta *Lebrstück oder Tragödie (Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX)*.

la historia, al desenvolvimiento de la era de las comunicaciones y al desarrollo tecnológico a través de medios variados: «informáticos» y «digitales», entre otros.

Las corrientes de análisis centradas en lo factual son abandonadas y desde la tercera década de la vigésima centuria se irá dando paso a una historia que presta atención preponderante a lo económico, que pretendía buscar en el estudio de la dinámica económica coyuntural, la explicación no solo del presente sino del pasado a partir de la confrontación con un mundo a la sazón afectado por crisis económicas (Bazán Díaz 1995: 85). Se produce el surgimiento de pensamientos filosóficos que dieron la base teórica a algunas de las nuevas maneras de emprender el trabajo histórico, sobresaliendo una nueva hermenéutica que ampliará los horizontes interpretativos que en el siglo anterior había enunciado a su manera Droysen, e irá mucho más lejos y también de manera bastante distinta de la mano de las nuevas reflexiones surgidas en los campos de la lingüística, la psicología y el psicoanálisis.

Además de las críticas y coincidencias formuladas respecto al historicismo durante en las primeras décadas por dos historiadores alemanes como Ernst Troeltsch en *El triunfo del historicismo* (1924) y Fredrich Meinecke en *Los orígenes del historicismo* (1936) se expresarán nuevas críticas al historicismo como las hechas hacia 1971 por Mandelbaum, quien no solo se refirió a las variadas acepciones de la mencionada noción sino que propuso una definición genérica, es decir, la creencia de que un modo adecuado de entender la naturaleza de un fenómeno consiste en la comprensión de su posición y función dentro del desarrollo de un proceso. Por su parte, Popper enfatizaba el núcleo positivista del historicismo al definirlo como: «[...] un punto de vista sobre las ciencias sociales que supone que la *predicción histórica* es el fin principal de éstas, y que supone que este fin es alcanzable por medio del descubrimiento de los “ritmos” o los «modelos», de las “leyes” o las “tendencias” que yacen bajo la evolución de la historia» (Popper 1981:17). Este autor resumió su refutación al historicismo de la manera siguiente:

- El curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento de los conocimientos humanos;
- No podemos predecir, por métodos racionales o científicos, el crecimiento futuro de nuestros conocimientos científicos;
- No podemos, por tanto, predecir el curso futuro de la historia humana;
- Por consiguiente, se ha de rechazar la posibilidad de una *historia teórica*; es decir, de una ciencia histórica y social de la misma naturaleza que la *física teórica*. No puede haber una teoría científica del desarrollo histórico que sirva de base para la predicción histórica; y,

- La meta fundamental de los métodos historicistas está, por lo tanto, mal concebida; y el historicismo cae por su base (Popper 1981:12).

Es interesante advertir cómo este autor recusa los objetivos de las posturas del positivismo historicista y su método, además de desacreditar la forma cómo se le confiere sentido al curso de lo histórico. Pero no nos confundamos, Popper fue un pensador crítico del posmodernismo y sus propuestas y opiniones son más bien asociables al neopositivismo.

En general, puede decirse que en lo que a la teoría de la historia se refiere, el llamado narrativismo tradicional que plantea la integración del conocimiento histórico en una narración o síntesis histórica se ha mantenido enfrentado a las propuestas derivadas de la denominada neo-hermenéutica, entre las que se puede mencionar, a manera de ejemplo, la «experiencia histórica» de Ankersmit o la «teoría de la interpretación» de Gadamer, por citar dos casos, sin lugar a dudas de manera reductiva, ya que los planteamientos de estos dos autores son, de suyo, complejos e interesantes.

De otro lado, no se puede negar que la revolución historiográfica del siglo XX está asociada a la influencia ejercida por el marxismo, a través del materialismo histórico, y también a los planteamientos surgidos en la llamada Escuela de los *Annales*. Ambos cuestionaron el concepto positivista de la historia que la había llevado a adquirir el carácter de narrativa, factual, política y biográfica. Se reivindica una historia diferente, una historiografía que formulara hipótesis y estableciese regularidades, una disciplina orientada a la comprensión del pasado que no se satisfacía ya con la acumulación de información.

Otro caso similar es el de la llamada Escuela de Frankfurt⁹, pues en Alemania, al finalizar la Primera Guerra Mundial, los estudios sobre el marxismo habían despertado bastante interés, pues aunque recordamos que Marx era nativo de ese país y en él había estudiado, su producción filosófica la llevó adelante en Inglaterra.

En Inglaterra la historiografía sigue un curso inicialmente al margen de la gran influencia del marxismo y más adelante de la también notable ascendente de los Anales y vinculándose más bien a Norteamérica y a la Europa del norte siendo la influencia de ambas corrientes más bien tardía en la isla; es decir: marxismo

⁹ La producción intelectual que este grupo se plasmó en la Teoría crítica de la sociedad. Fue una respuesta a unas situación histórica concreta, la derrota de los movimientos obreros en Alemania que hizo que se replantearan las ideas de Marx, tratando de aportarle un perfil cultural y psicoanalítico en la circunstancia histórica caracterizada por los problemas de socialización que debía enfrentar la familia burguesa ante las condiciones impuestas por un capitalismo avanzado. Con el paso del tiempo se dejaron de lado los puntos de referencia histórica propios de Alemania para proponer un discurso de corte generalizador, pero lo cierto es que la Escuela se caracterizó por el enfrentamiento constante con el positivismo (Rodríguez 1998: 42-43).

hacia los años 50's y la postura 'analítica' hacia los 70's aproximadamente. En Francia se notará más bien la influencia de los planteamientos socialistas, siendo un tanto similar el caso de Italia donde son más bien singulares los casos de los intelectuales que cultiven con fuerza un marxismo puro, mientras que en Alemania el debate intelectual tendrá como animador importante al marxismo manejado e interpretado de forma variada (Aguirre 1993: 21).

Podemos mencionar, a estas alturas, al eminente historiador italiano Arnaldo Momigliano, un especialista en la historia y la historiografía antiguas que bebió de las corrientes del pensamiento de su época y cuya obra, compuesta por casi un millar de ensayos, se fue recopilando desde 1955 en los llamados *Contributi* editados en Roma en la serie *Storia e Letteratura*, además de publicaciones hechas por importantes editoriales. Entre sus trabajos se cuentan: *La sabiduría de los bárbaros: los límites de la helenización* (*Alien Wisdom: the limits of Hellenism*), publicada en 1975, trató acerca de los límites de la helenización, la interacción de griegos, romanos, celtas, judíos y persas dentro y fuera del Imperio romano ocurrida durante los siglos IV-I a. C y las condiciones en las que se produjo. Allí buscó demostrar que cuando los «bárbaros» invadieron el Imperio se produjo un proceso de interacción cultural que significó la romanización de los invasores, pero también la gotización de los romanos. *De paganos, judíos y cristianos* fue la obra en la que estudió la ideología particular de los antiguos griegos, romanos, judíos y cristianos, explicando principalmente las causas por las cuales un pueblo como el romano fue cambiando su religión conforme lo exigía su proyecto de expansión imperial. *Ensayos de historiografía antigua y moderna* es una obra que reúne un conjunto importante de sus escritos acerca de la historia y de la civilización clásica. Allí, reflexiona no solo sobre la historia antigua sino también acerca de la interpretación histórica en general. Su interés por la historia y la historiografía de la Antigüedad se dejó notar desde el inicio de su carrera, pues su tesis de licenciatura (1929) abordó el tema de la composición de la obra de Tucídides. Poco tiempo después, en 1932, publicó en Florencia *La obra del Emperador Claudio* (*L'opera dell'Imperatore Claudio*), que fue traducida al inglés dos años más tarde, lo que da cuenta de que se apreció la calidad de ese trabajo juvenil del autor. Allí se preocupó por desentrañar la recíproca relación de influencia entre Claudio y su época, proyectando una imagen de su personaje como representativo de lo que Momigliano llama *humanitatis romana*. Pero es a partir de 1940, ya instalado en Inglaterra, cuando se concentra en el estudio de los historiadores griegos y su relación con la moderna historiografía, apelando a los aportes de los estudios arqueológicos y filológicos. Durante las décadas de 1960 y 1970 desarrollará una producción todavía más prolífica en la medida de que sumará a su obra estudios sobre religión romana, cristianismo y paganismo, sirviéndose de

los nuevos hallazgos arqueológicos y documentales que se fueron produciendo en aquella época, como por ejemplo, los textos religiosos de la comunidad de Qumram. No hay que olvidar que Momigliano consideraba que hacer historia no es tanto el estudio de los hechos en sí, sino el análisis de las formas cómo los hechos se dan en las fuentes, apreciación que da cuenta del carácter renovador de su historiografía¹⁰.

Lo cierto es que desde 1930, hechos singulares como los recurrentes, las realidades conscientes e inconscientes, los ciclos, así como las coyunturas fueron interés de la historia y se mantuvo el contacto entre la historia y las ciencias humanas y sociales. Irrumpe primero la Historia serial, ligada a la Escuela de los *Annales*, hecha por sus historiadores economistas Labrousse, Menvret, Imbert. Luego lo hará la Historia económica, hecha por economistas historiadores (a partir de 1940), más adelante vendrá el turno de la Historia cuantitativa con Kutnets, Marciewski o Toutaín (1950), más ligada a la historia social¹¹, siendo la historiografía anglosajona la que desempeñe un papel importante, de manera tal que aparece la *New Economic History* con Engerman Fishlow, Fogel o Conrad Meyer (1957), ligada a una historia cuantitativa para la que se apela a una economía retrospectiva. Una limitación importante que se achacó a la historia cuantitativa fue el empleo de instrumentos inadecuados, es decir, que se usó un instrumental interpretativo que no estaba hecho para el análisis del pasado. Tal el caso del marxismo o el abuso en la utilización de los planteamientos de Adam Smith (Romano 1999: 22-24).

Después la cuantificación se proyectará a la demografía histórica y la historia social, pero lo cierto es que a partir de la Segunda Guerra Mundial la historia fue entendida como ciencia y sus frutos fueron la historia económico-social, estructural y objetivista. Además, el tema de la narrativa histórica se torna en un asunto interesante para los historiadores a partir de la década de 1960, o sea después de que el pensamiento de orientación estructuralista embistió contra el «historicismo». Denuncióse entonces una apropiación de los mecanismos inherentes a la narrativa por la tradición historiográfica occidental (Barros 1999: 95 y Lacerda 1993: 21-23).

Puede decirse que desde entonces la historiografía occidental pasa por un nuevo proceso de la expansión de sus propias fronteras, además de una suerte de explosión temática bajo la influencia de diferentes corrientes de pensamiento.

¹⁰ Puede verse Perea (1997).

¹¹ Esta historiografía nace en Estados Unidos y luego pasa a Francia en la década de 1960.

[...] a pesar de las divergencias actuales en la manera de abordar la investigación histórica, a pesar de la pulverización de la historia, existen ciertos puntos de convergencia: un mayor interés por la historia del mundo no europeo, así como una preocupación por segmentos de la población y áreas del comportamiento humano hasta hace poco desatendidas (Corcuera 2000: 9-10).

Podría decirse que una nueva perspectiva, alternativa a la historia pensada a partir de «los grandes» realmente no se concretó sino hacia 1966, cuando Edward Thompson publicó un artículo sobre «la historia desde abajo» (Thompson 1966: 279-280). Desde entonces el concepto se hizo conocido y se utilizó con frecuencia entre los historiadores. Sin embargo, en los últimos veinte años del siglo XX la noción ha sido asociada a la perspectiva ofrecida por la publicación de las cartas de William Wheeler (Lidell Hart 1951), alcanzando éxito entre aquellos historiadores que pugnaban por ampliar las fronteras de su disciplina, abrirse a nuevos temas de investigación y, sobre todo, explorar las experiencias históricas de aquellos hombres y mujeres cuya existencia no había sido tomada en cuenta. Thompson abogó no solo por lograr la reconstrucción de la experiencia de la gente común en el pasado, sino para que el historiador a partir de sus propias experiencias avanzase lo más lejos que le fuera posible en la comprensión de aquellas que por haberse producido en otras épocas no eran lógicamente las suyas (Sharpe 1998: 25 y 36). Como vemos, se trataba de una formulación que explicitaba más lo que habían señalado en su momento los historiadores asociados a los *Annales* y esta vez, en medio del ambiente postmoderno, lo subjetivo era admitido de manera evidentemente protagónica.

En efecto, ubicados ya en la llamada por algunos época postmoderna, el descentramiento aplicado a la historiografía aparece como un hecho evidente. En efecto, el esfuerzo por dejar el centro es a su vez el rechazo a cualquier verdad dominante y significa fijar la atención en áreas marginales. En el terreno práctico se trata de un relativismo que permite reconocer diferencias: de raza, género, clase, orientación sexual, etcétera. Una expresión de este fenómeno puede ser la historiografía latinoamericana sobre la que es preciso mencionar que desde la influencia del positivismo historicista hasta el intento de crear una corriente historiográfica de subalternidad; desde la llamada teoría postcolonial, pasando por el marxismo, la teoría de la dependencia y la nueva historia, encontraremos una amplia gama de perspectivas y tendencias marcadas por la mayoría de las veces retrasada influencia de los debates y orientaciones que tenían lugar en Europa, Norteamérica o la India. La teoría postcolonial, a pesar de sus aristas, no ha encontrado demasiada aceptación en Latinoamérica, particularmente, en la región andina, aunque en los últimos tiempos se suele citar más a los autores promotores de la misma y también del denominado posoccidentalismo, entre los

que se cuentan intelectuales como Fernando Coronil, Aníbal Quijano, Walter Dignolo y Rossana Barragán, entre otros¹².

El peso del llamado posmodernismo, que se originó como una corriente de teoría literaria asociada al posestructuralismo —particularmente en su vertiente lingüística—, alcanzó a otras disciplinas. Sin embargo, no hay que olvidar la importancia que también han tenido en el desarrollo de esa crítica radical a la modernidad las filosofías que arrancan con Nietzsche y Heidegger. Entiéndase en este caso a la modernidad como el proceso de racionalización histórica producido en Occidente, que sintetiza y culmina el desencantamiento de aquel mundo instituido por las imágenes religiosas, míticas y sagradas, en tanto que la llamada postmodernidad muestra los límites de las diversas formas de racionalidad y supone la vigencia de una racionalización a partir de saberes autónomos que solo van a dar cuenta de su propia esfera en lo que vayan logrando en términos de conocimiento y reflexión. En 1979, Lyotard se planteó, entre otras cosas, la idea de que no debía seguirse dando crédito a los metarelatos del denominado Siglo de las Luces, del idealismo y del historicismo (Regalado 2007: 11-12).

Aplicado a la historia, el posmodernismo ha sido criticado casi por las mismas razones por las cuales se ha cuestionado al pensamiento posmoderno, pero podría decirse, en una suerte de descargo, que:

[...] se trata de un movimiento que no entiende a la historia como una disciplina aislada [...] Los simpatizantes del posmodernismo están de acuerdo en que la historia no puede separarse de una serie de supuestos culturales y sociales. Esta posición es ante todo una actitud que problematiza la cultura y nunca ofrece respuestas, a menos que sean provisionales y contextualmente determinadas y limitadas. Todos los argumentos que ahora se utilizan apuntan hacia algo más amplio que la historiografía, más general incluso que las ciencias humanas en su conjunto. La meta de esos esfuerzos es una condición cultural que viene a ser identificada con lo posmoderno (Corcuera 2000: 382).

De cualquier manera, como ya hemos insistido en las páginas anteriores, los componentes positivista e historicista han seguido impregnando a la historiografía a lo largo del siglo a través de sus distintos géneros. Y eso ha venido sucediendo pese a los numerosos cuestionamientos que se les hicieron y al mantenimiento de una viva discusión acerca de aspectos teóricos y metodológicos entablados entre los historiadores y con representantes del resto de las disciplinas humanas. También a despecho de que en los predios de la historia se haya transitado desde

¹² Véase al respecto Ríos (2000). Debemos aclarar que, en este caso, nos referimos a la historiografía latinoamericana a manera de ejemplo, pues en este libro no pretendemos hacer un estudio de la historiografía desarrollada en América Latina, ya que el tema que merece un esfuerzo aparte.

la convicción acerca de la necesidad de un cambio radical, que dejara de lado el narrativismo y el apego a la historia puntual y detallista, hasta la revalorización del sujeto y de la narrativa y el gusto por la prosopografía y la microhistoria. El propio Popper fustigó duramente al historicismo —y con él al positivismo— y mantuvo en el tapete el famoso asunto de los contextos, que fueron tan caros para muchos de los historiadores decimonónicos, claro está, orientando el asunto de las particularidades contextuales hacia una dirección diferente. En efecto, admite que hay cantidad de condiciones sociales típicas cuya recurrencia regular puede observarse, pero niega que las regularidades perceptibles de la vida social tengan el mismo carácter que las inmutables regularidades del mundo físico, pues dependen de la historia y de diferencias de cultura. Obedecen a una particular situación histórica (Popper 1981: 19).

A finales del siglo XX destacaban nítidamente dos concepciones de la historia surgidas de la relación del historiador con su objeto de estudio. Una es la llamada nominalista, que afirma que el hecho histórico como cualquier otro hecho científico se construye y esta construcción se hace desde los intereses del presente del historiador que investiga. Por lo tanto, la historia contiene en sí misma un conjunto de discursos sobre el pasado que no hacen sino poner en evidencia lo que desde su presente los propios historiadores concibieron. De esta manera, el discurso vigente sería uno más, no uno privilegiado ni el que imponga la verdad sobre los demás. La otra es la concepción realista, la cual concibe el pasado como una realidad que el historiador debe restaurar y construir como un saber positivo (Rodríguez 1998: 73-74).

También se reconoce la existencia de una nueva crisis de la disciplina histórica ocasionada por diferentes factores y que dan lugar a reacciones puntuales. Se considera, en primer lugar, un fracaso de las corrientes objetivistas en la historia que produjeron historiografías economicistas, cuantitativas y estructuralistas frente a las cuales se advierte el progresivo «retorno del sujeto», sea este social —historiografía marxista angloamericana—, mental —historiografía francesa de las mentalidades— o tradicional —historiografía que vuelve los ojos a la biografía y a la política—. En segundo término, el abandono, también paulatino pero traumático, de la idea de la «historia total» para más bien desembocar en una fragmentación, cada vez más abundante, de temas, géneros y métodos. Finalmente, la ideología llamada postmoderna con su severa crítica a la idea de progreso y a la episteme tradicional influyó en la historiografía a lo largo de la centuria, pero con mucho más fuerza en su tramo final. Es cierto que esa ideología, en su vertiente más radical, produjo un relativismo también extremo, por lo que hay que anotar que ese relativismo y esa fragmentación del saber, paradójicamente, pueden llevar por una senda semejante a la que se quería superar, es decir, a la intolerancia debido al

ensimismamiento que puede originar la existencia de innumerables y particulares visiones del mundo. El cuestionamiento de la racionalidad occidental puede producir desasosiego en los predios de Clío, particularmente cuando todo parecería indicar que no existen hechos sino eventos y mensajes ni verdades sino opiniones. Sin embargo, varios teóricos, sin dejar de admitir los importantes cambios derivados del pensamiento postmoderno, han ensayado respuestas que nos sacan del terreno de la absoluta relatividad, de la incertidumbre total y permanente y minimiza el riesgo de la trivialización del conocimiento histórico como fruto de su extrema fragmentación en medio de este mundo «globalizado» y de sociedades consumidoras voraces de información. De cualquier manera, con este legado reciente hacer historia significa ahora una manera de leer el pasado y un modo de darle sentido a la realidad pasada y presente. Para lograrlo los historiadores se han acercado a la teoría literaria y a la filosofía (Cfr.: Corcuera 2000: 10-11)¹³.

Desde la aparición del estructuralismo, que no debiéramos hacer arrancar en Levi-Straus sino en Jaurés, Lefebvre, Labrouse y Braudel, la historia, sin dejar de preocuparse por los episodios, los cambios y movimientos, se ocupa más bien de las estructuras y de sus diferentes ritmos. Paralelamente se trabajó con los criterios de modelo que expresaran lo específico de los sistemas sociales y económicos, como en el caso de Witolef Kula, quien en 1970 elaboró uno a partir del sistema feudal polaco en *Teoría Económica del Sistema Feudal*.

Según lo anota Corcuera, una de las figuras representativas de una historia neoconservadora y crítica del postmodernismo historiográfico es Gertrude Himelfarb, quien en 1992 publicó su ensayo «Postmodernistic history» planteando lo siguiente: la postmodernidad confronta al historiador con una forma de relativismo radical, pues establece el significado de las ideas y de los acontecimientos en función de su contexto histórico. Además, dos elementos negativos que se refuerzan mutuamente operan contra la historia: la arrogancia intelectual y la pobreza espiritual de algunos historiadores actuales y la negación generalizada de verdades suprahistóricas de carácter general o filosófico, lo mismo que de verdades históricas relativas a un tiempo y a un lugar determinado. Asimismo, llama la atención acerca de la prevalencia, en el postmodernismo histórico, de teorías que desestiman la racionalidad como un modo de explicación y, por consiguiente, resisten las demandas de la verdad, además de relativizar y dispersar el poder. Asimismo, en su opinión tienen la limitación de no poder determinar responsabilidades con claridad, ya que no dan preferencia a una norma moral o a una verdad sobre interpretaciones múltiples (Corcuera 2000: 391-393). También Terry Eagleton ha señalado duras críticas al pensamiento posmoderno

¹³ Sobre este tema puede revisarse Regalado (2002).

indicando que es un estilo de cultura que refleja algo del cambio de época y que rompe certezas y fronteras, puesto que todo habla de diferencias y pluralidad aunque en términos binarios interdependientes. Además, afirma que la historia de la postmodernidad tiende a ser vivida como unidimensional, exprimiendo ese estratificado concepto del tiempo en función del corto plazo, del contexto contemporáneo, de la coyuntura inmediata.

Pese a que estas críticas son solo una muestra de los numerosos cuestionamientos formulados al pensamiento postmoderno —más bien, pensamientos—, debe reconocerse que la época actual manifiesta cambios sustantivos en cuanto al paradigma científico anterior y por ende a la práctica científica y al entorno social, político y cultural de su desenvolvimiento. En el campo de la historiografía se observa la renovación de una discusión teórica y metodológica que se había adormecido, el surgimiento de nuevos temas y perspectivas, el diálogo interdisciplinario y nuevas maneras de relación entre el historiador y su obra, amén de la revisión de los criterios referidos al análisis y el empleo de las fuentes, entre otros asuntos.

8.1. TEORÍA Y PRAXIS: EL MARXISMO Y SU HISTORIOGRAFÍA

No puede negarse la relación entre socialismo y marxismo, dado que este último agregará al primero una teoría de la historia. En efecto, el materialismo histórico aludirá a la importancia de lo histórico en la vida social, pues desde esa perspectiva, la historia será en realidad el desenvolvimiento de la lucha de clases y las causas finales de todo cambio reposará en los distintos modos de producción en cada fase de la historia. Oponiéndose al idealismo, Marx consideró que la producción de las ideas y de la conciencia estaba directa e íntimamente ligada a la actividad material de los hombres. Todo esto quiere decir que la materia histórica está estructurada, puede ser pensada y científicamente penetrada como cualquier otra realidad. Los datos a partir de la observación —empírica— son la base que debe ser transformada para llegar a la explicación, recurriendo a la teoría. Aunque para algún historiador marxista resulta válido afirmar que Marx hace historia para establecer no certidumbres sino conjuntos de probabilidades, pero con la esperanza de reducir el campo de lo incierto, tanto en lo que se refiere al pasado como al del futuro, no puede negarse el fondo positivista del materialismo debido a la importancia que le concede a la base empírica y porque propuso leyes generales del desenvolvimiento histórico. También tenemos que tomar en cuenta que el marxismo considera que si de alguna determinación de ley histórica puede hablarse, llegar a ella requiere el empleo de un método comparativo. El materialismo histórico toma la herencia hegeliana, pues Ludwig Feuerbach, un discípulo de

Hegel, encabezará la llamada ala izquierda hegeliana y recogerá el método dialéctico puesto al servicio de una concepción epistemológicamente materialista, religiosamente atea, y que tendrá a su vez un extenso discipulado, entre los que destacan Karl Marx y Friederich Engels, entre otros. El materialismo histórico afirmará la importancia de las relaciones sociales en sus dos formas: materiales e ideológicas —estructura y superestructura— y privilegiará a las relaciones de producción como determinantes de la marcha de la historia, desde una forma comunitaria primitiva hasta una futura sociedad comunista.

Es bastante conocido que aunque todo lo que escribió Marx está impregnado de historia, no tuvo una producción historiográfica en el sentido estricto del término, a excepción de unos artículos polémicos antizaristas que después se publicaron bajo el título de *La historia secreta de la diplomacia en el siglo XVIII*. Pero fue en su importante trabajo sobre el capitalismo donde hizo uso de una nutrida cantidad de material histórico.

En todos los casos considera al desarrollo histórico dentro de un marco más o menos a largo plazo, que abarca todo el lapso de desarrollo humano. El análisis del proceso de constitución de las clases sociales permite a Marx observar que el desarrollo de las fuerzas políticas y la práctica política de un grupo social dado están determinadas por la interacción de múltiples factores de tipo muy diverso: económicos, políticos, ideológicos, etcétera. La historia gira alrededor de las relaciones de producción y las contradicciones que surgen entre las fuerzas productivas y los modos de producción son el motor de la historia. En el *18 Brumario de Luis Bonaparte* el objetivo del análisis no era lo general sino lo concreto, aunque reconocía, junto con Hegel, que no había forma de construir lo concreto sin categorías generales (Rama 1989: 40 y ss.; Vilar 1976:104-105; Cardoso y Pérez Brignoli 1976: 9; Corcuera 2000: 58 y ss.; Eagleton 1997: 84). El objeto teórico de Marx es el modo de producción como estructura determinada y determinante. Su originalidad está en el hecho de ser:

- El primer objeto teórico capaz de expresar un todo social;
- Una estructura de funcionamiento y desarrollo; y,
- Una estructura que implica el principio —económico— de la contradicción —social— que sustenta la necesidad de su propia destrucción como estructura —desestructuración—.

El dominio del historiador es el del cambio, no solo en los casos sino también de las estructuras, lo que se asocia en Marx a una concepción del tiempo que permite entender que las rotaciones, los ciclos y las revoluciones no llevarán nunca hacia atrás sino que más bien crearán situaciones nuevas en el orden de lo

económico y en el todo social. Desarrollada en el transcurso de la crítica que Marx y Engels hicieron de la filosofía e ideología alemanas, la concepción materialista de de historia apunta esencialmente contra la creencia de que las ideas, pensamientos y conceptos producen, determinan y dominan al hombre, sus condiciones materiales y su vida real. Esta concepción de la historia, por tanto, se basa en explicar el proceso real de producción, empezando por la producción material de la vida misma, y en comprender la forma de relación conectada con y creadas por este modo de producción (Vilar 1976: 118 y ss. y Hobsbawm 1998: 82-83).

En la aplicación del marxismo al estudio del pasado ha destacado la historiografía británica del siglo XX, pues sus principales representantes, Edward Palmer Thompson, Maurice Dobb, Rodney Hilton y Eric Hobsbawm, entre otros, aplicaron la teoría marxista a la historia, debiéndose recordar que la influencia del marxismo entre los historiadores ingleses se advierte a partir de la mitad del siglo.

Así pues, Maurice Dobb, George Rudé, E. P. Thompson, John Saville, Dorothy Thompson, Eric Hobsbawm y Víctor Kiernan, cuya formación política e intelectual comenzó en la década de los treinta, constituyeron en su juventud un grupo vinculado a la Universidad de Cambridge. Políticamente enfrentados al Partido Laborista, estos intelectuales se adhirieron al comunismo y después de la guerra, en 1945, formaron el Grupo de Historiadores en el Partido Comunista, incubando de esta manera a la historiografía marxista británica. En 1952 fundaron una revista que alcanzaría pronto gran prestigio *Past & Present*. En general, las contribuciones de la historiografía marxista británica se pueden resumir de la siguiente manera: combatieron al liberalismo prevaleciente en su época, al mismo tiempo que desarrollaron el análisis en base a la noción de lucha de clases. Con un nuevo equipamiento crítico procedieron a estudiar de nuevo a la historia, conforme lo había recomendado Marx. A través de sus investigaciones y publicaciones estos historiadores mostraron, por ejemplo, que hubo antagonismo y tensiones entre patricios y plebeyos, que el medievo no fue un mundo organizado consensualmente sino que hubo enfrentamientos entre señores y vasallos y también que los conflictos del siglo XVII en Inglaterra no representaron simplemente una guerra civil, sino una revolución burguesa. En lo que respecta al siglo XVIII señalaron que la Revolución Industrial comprendía no solo dramáticos cambios económicos y disturbios sociales, sino también la batalla entre capital y trabajo vista como un radical y heroico proceso de la formación de clase protagonizada por la gente trabajadora. En general, postularon la historia desde abajo, con una orientación más crítica de la aproximación hecha anteriormente por los *Annales*, lo que significó que estos historiadores apreciaran a la gente común dentro de la historia no como simples agentes económicos y políticos, sobre todo en su rol de insurgentes o rebeldes, sino también como agentes culturales. Por eso plantearon

no una historia de las ideas organizada en las cabezas de los intelectuales, sino más bien una historia de las ideologías populares. De esta manera establecieron una relación dialéctica con la tradicional historia de las ideas políticas. Los historiadores marxistas británicos efectivamente pudieron deconstruir las grandes narrativas tanto de derecha como de izquierda. Es decir, la visión liberal Whig y la marxista ortodoxa (Aguirre 1993: 48 y ss; Guerra 2000: 114-116 y Harvey 2000: 114 -119).

Por ejemplo, Maurice Dobb en su *Studies in the Development of Capitalism* (*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*), cuya primera edición data de 1945, enfrentó la concepción de Marx acerca del capitalismo a las ideas de Weber y Pirenne que entonces prevalecían y que, a entender de Dobb, reducían al capitalismo a un asunto empresarial de comercio o negocios. De esa manera trató al capitalismo como un modo de producción en cuyo núcleo prevalecía inherentemente el antagonismo social y relaciones de explotación (Guerra 2000: 115).

En el caso de Francia, salvo obras de enfoque más bien global, no se conoció en un primer momento un desarrollo creativo del marxismo y, al parecer, tuvo más importancia la visión socialista de Jean Jaures, quien escribió *Historia Socialista de la Revolución Francesa*, aunque más adelante surge un marxismo que ha sido llamado de corte mediterráneo.

La influencia del marxismo en la historiografía, que no solo se manifestó en las obras de los historiadores marxistas, tiene que ver con el peso que adquirió su teoría general, es decir, en el concepto materialista de la historia, con sus alusiones y esbozos de la configuración general del desarrollo histórico de la humanidad, desde el comunismo primitivo hasta el capitalismo, y también el valor que se otorgó a sus observaciones concretas en relación a aspectos particulares, problemas y periodos del pasado sin dejar de lado la difusión y uso de varias de sus categorías o nociones que entraron a formar parte del lenguaje especializado historiográfico.

La visión materialista de la historia ofrecida por el marxismo dio pie para el surgimiento y desarrollo de la historia económica y generó asimismo nuevos enfoques para la historia social. También desde el marxismo se critica a la historia de corte empirista, pero insistimos que el hecho mismo de considerar la cientificidad de la historia, la búsqueda de causas y constantes en el proceso histórico deben llevar a que admitamos que ni el marxismo ni la corriente de los *Annales* pudieron despojarse del todo de la influencia de la historiografía decimonónica y del positivismo. De la misma manera, debe tomarse en cuenta que a partir de 1968 —paralelamente al desarrollo de la tercera etapa o generación de los *Annales*— hubo un acercamiento entre el marxismo y la corriente de los *Annales*, retomando las líneas de investigación desplegadas por Bloch y Braudel, cultivando la historia económica y manteniendo la discusión metodológica y

epistemológica. Como ejemplo se suelen mencionar los nombres de Pierre Vilar o Michel Vovelle (Aguirre 1999: 52-53).

8.1.1. La Escuela de Frankfurt

Hay consenso al considerar que tres situaciones históricas: la Ilustración, el genocidio perpetrado por los nazis con Auschwitz como su referente y el movimiento de estudiantes en Francia, conocido como «mayo 68», obran como contexto y motivación para la reflexión desarrollada en diferentes momentos por la llamada Escuela de Frankfurt.

Si partimos considerando que la filosofía marxista y, por consiguiente, la historiografía inspirada en ella han estado sujetas a revisión permanente, dentro y fuera de sus propios predios, podremos entender mejor el papel e influencia de la Escuela de Frankfurt, pues en la década de 1930 sus miembros criticaban las simplificaciones del marxismo, a las que denominaban «marxismo vulgar» y además cuestionaban el desmedido énfasis puesto en los asuntos económicos. Por lo contrario, expresaban la necesidad de tomar en cuenta la diversidad de influencias que operan en la conducta humana.

La Escuela, entendida como corriente de pensamiento, estuvo relacionada directamente al Instituto de Investigación Social fundado en 1923 y a la Universidad de Frankfurt, por iniciativa de un inquieto grupo de intelectuales, quienes recibieron apoyo económico particular, lo que otorgó al naciente Instituto autonomía económica respecto a la universidad que los acogió. En el grupo promotor se contaba a Pollok, Gerlach y Horkheimer. Carl Grünberg, quien procedía de los ambientes académicos de Viena, fue en la etapa inicial un personaje importante, enfocándose en el estudio de dos asuntos centrales: la historia del socialismo y del movimiento obrero y planteándose un análisis del marxismo que revisara y actualizara las ideas de Marx bajo inspiración del pensamiento de Luckás y Korsch.

La identificación del centro de estudio e investigación con una tendencia reconocida como Escuela de Frankfurt debe asociarse al año 1932, fecha en la que Max Horkheimer se hace cargo de la dirección del Instituto, alrededor del cual se vincularon varios discípulos que trabajaron entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial e imprimieron un carácter interdisciplinario a sus estudios, otorgando cabida a los planteamientos de Sigmund Freud y pensando al marxismo como una teoría social. La Escuela de Frankfurt vio dispersarse a la mayoría de sus integrantes durante el periodo hitleriano, ya que tenían origen judío. En el exilio instalaron al Instituto como asociado a la Universidad de Columbia en Nueva York y se nutrieron del empirismo anglosajón, a la vez que ellos divulgaron el análisis marxista convencional (Gilderhus 2000: 115). Eminentemente intelectuales

como Theodor Adorno, el mencionado Horkheimer y Herbert Marcuse comienzan a desarrollar la llamada Teoría Crítica a partir de 1950, sin dejar de lado procedimientos empíricos. A este grupo le sigue otro, que a partir de la década de 1960 se encargará de dar fin a la Teoría Crítica Clásica. En la década siguiente, a través de los trabajos de Habermas, Friedburg y Apel, se introducen elementos nuevos a la Teoría Crítica, se cuestionará a la razón ilustrada y a su idea de progreso, pero también se prestará especial atención a cuestiones como el dominio sobre los otros y sobre la naturaleza y el contacto de las ciencias naturales con la hermenéutica histórica. La manera como la nueva sociedad de masas requería conciliar la teoría con la práctica y la conjunción de los planteamientos de Marx y Freud dieron lugar a la Teoría Crítica, lo que puede entenderse también como el empleo del psicoanálisis para estudiar la política en general y la psicología colectiva en particular.

Por lo que acabamos de enumerar se ha señalado la importancia de la Escuela de Frankfurt en el desarrollo del pensamiento postmoderno, lo que incluye tanto algunos de los planteamientos que le dieron forma, como la crítica a las posturas más extremas que dicho pensamiento llegó a alcanzar.

8.2. LA HISTORIOGRAFÍA PROGRESISTA NORTEAMERICANA

Se conoce con el nombre de historiografía progresista a la «nueva historia» desarrollada a principios del siglo XX en los Estados Unidos. Avanzando respecto a lo trabajado hasta entonces por sus colegas y compatriotas, a finales del siglo XIX Frederick Jackson Turner da inicio a una serie de cambios en la historiografía norteamericana y su principal aporte se da en el orden de lo interpretativo. Turner vio a la libertad, la democracia y el individualismo como un conjunto producto de la «experiencia de frontera», considerando que esta última podía entenderse como un espacio, un proceso o una actitud mental. Contempló, asimismo, la importancia de la geografía con el característico medio ambiente norteamericano de tierras libres, lo mismo que el peso de la expansión hacia el oeste para indicar que ellos habían contribuido de manera esencial a la configuración de las actitudes y las instituciones de dicho país. Naturalmente esta propuesta triunfalista y reduccionista provocó reacciones en contra, pero indudablemente abonó a favor de cambios en la historiografía practicada en los Estados Unidos.

Un historiador progresista fue Charles Austin Beard, quien desarrolló una interpretación económica de la historia americana cuando publicó en 1913 *Una interpretación económica de la Constitución*. Su obra de 1934, *La cumbre de la civilización americana*, dio especial importancia a las causas económicas. Por su parte, Carl L. Becker publicó en 1909 *Una historia de los partidos políticos en la*

provincia de Nueva York, 1768-1776, que era un estudio acerca de los orígenes de la revolución americana. Allí señalaba que la misma no fue solo una confrontación contra la autoridad inglesa sino también una pugna contra la oligarquía colonial.

Pero a partir de 1945 un sector de los historiadores norteamericanos inició una corriente contraria a la historiografía progresista criticando sus implicancias relativistas. Realizando un viraje de corte positivista propusieron desarrollar metodologías que fueran capaces de producir resultados verificables, pero dieron un paso a favor del cambio al admitir el uso de diferentes perspectivas de análisis. Tenemos así las publicaciones hechas por Arthur M. Schlesinger (1945) *La Era de Jackson*; Richard Hofstadter, *La tradición política americana y los hombres que la hicieron* (1948); entre otros. Más adelante se acercarán a las ciencias sociales y a las técnicas de cuantificación, ejemplo de ello fue el trabajo de Lee Benson, *El concepto de la democracia Jacksoniana*, publicado en 1961 y para el cual empleó análisis estadístico. A renglón seguido se empieza a desarrollar la Nueva Historia Económica, que otros denominan Cliometría, destacando Robert W. Fogel y Stanley L. Engerman (Gilderhus 2000: 113 y ss.).

8.3. LA ESCUELA DE LOS *Annales*

La corriente de los *Annales* incluye a una diversidad de autores, de líneas de investigación y perspectivas historiográficas, con diferencias pero con características comunes desarrolladas a partir de la tercera década del siglo XX hasta prácticamente ahora.

Como se ha señalado varias veces, al promediar el siglo XIX la historiografía europea estaba marcada por el positivismo, el peso dado a la crítica filosófica y la heurística. A pesar de ello va surgiendo desde el comienzo de la vigésima centuria una nueva orientación que, como acabamos de ver, se advertía en los trabajos de algunos historiadores franceses como Pirenne y Berr. En efecto, va adquiriendo cada vez más cuerpo la idea de que el verdadero objetivo de la historia es la vida del hombre en sociedad, en este sentido hay que destacar que el marxismo ejercerá influencia entre varios historiadores de esa época, lo que explica su vocación de interpretación universal, aunque algunos se colocan a cierta distancia de la doctrina marxista o la reinterpretan en la medida de que van elaborando sus trabajos.

Debe tomarse en cuenta que la revista francesa *Annales*, cuyo nombre se extendió a un movimiento historiográfico específico, aunque de índole variada, nació el mismo año en que se produjo el viernes negro, es decir, la caída de la bolsa con la consecuente crisis del capitalismo y que, bajo los efectos del llamado trauma de la Primera Guerra Mundial, los historiadores se cuestionaron el fracaso de la llamada «historia-batalla». Dichos estudiosos eran conscientes de

que a pesar de tantos años de historia y de su enseñanza no se habían superado los más bajos niveles de barbarie humana exhibidos en la contienda militar. El sentimiento pacifista de la primera postguerra hizo declinar a la historia que, fundamentalmente nacionalista, exacerbaba el patriotismo. También tiene que considerarse que a la sazón la ciencia había refutado teorías ya dadas por sentadas, por ejemplo, las originales propuestas de Einstein, y que en ese sentido algunos historiadores y científicos sociales se hallaran predispuestos a realizar sus propios cuestionamientos. También tiene que anotarse que los fundadores de la revista se opusieron al tipo de síntesis emanado de la filosofía de la historia al estilo Spengler o Toynbee y contra la acumulación positivista de monografías. Dicho de otra manera, sus historiadores procuraron alejarse de la filosofía y de los paradigmas del positivismo, lo que los lleva a criticar el narrativismo que con afán descriptivo caracterizaba entonces al quehacer historiográfico, ofreciendo a la vez interesantes aportes metodológicos y novedosas perspectivas que apuntan más bien a una historia social. Surgen también nuevas áreas temáticas, a la vez que la propuesta de interdisciplinariedad acompaña a los analistas desde el principio, además de proponerse como lo haría Febvre, el trabajo en equipo.

El método comparativo es propuesto como método de análisis más fructífero en vistas a una síntesis global (Rodríguez 1998: 208-209; Cardoso y Pérez: 1976). En el campo de la geografía tiene lugar en Francia una verdadera renovación entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, pues destaca el inicio de la publicación de los *Anales de Geografía* y las figuras de Vidal de la Blanche, quien recupera los planteamientos de Humboldt sobre la observación directa de la naturaleza, o de Ritter acerca de las relaciones entre naturaleza e historia (Cfr.: Romano 1997: 37).

Así pues, en el tiempo que transcurre entre las dos guerras mundiales y antes de la publicación de los *Annales* ya se advertían cambios en la historiografía occidental, como por ejemplo la declinación de la influencia de la historiografía germana y austriaca. En deuda con esa historiografía, pero a la vez en oposición a ella, surge la propuesta francesa¹⁴, pues en efecto se recogen básicamente planteamientos como los de Berr e ingresan temas referentes a la economía y la historia social, fundándose la revista *Anales de historia económica y social* (*Annales d'Histoire Économique et Sociale*), cuyo primer número apareció el 15 de enero de 1929, gracias a la iniciativa de Marc Bloch y Lucien Febvre. Figuraban en el comité de redacción Maurice Halbwachs, Albert Demangeon y Henri Pirenne¹⁵.

¹⁴No debe dejar de mencionarse que en la época de formación académica de Bloch y Febvre las ciencias sociales francesas estaban fuertemente marcadas por la escuela sociológica de Durkheim (Aguirre 1999: 61, 63 y 70).

¹⁵Bloch y Febvre han sido identificados como «el dúo de Estrasburgo», pues ambos pasaron a la universidad de esa ciudad hacia 1920. Hay que anotar que Estrasburgo, después de la Primera

Otro antecedente e influencia importante proviene del sociólogo y economista Françoise Simiand, especialmente en su trabajo de 1903 «Método histórico y ciencias sociales», en el cual denuncia a los tres ídolos de la tribu de los historiadores: el político, el individual y el cronológico (Romano 1997: 38)¹⁶.

Febvre y Bloch expresaron, con evidente ánimo combativo, crítico y polémico su intención de que fuera una revista de inteligencia y de combate, capaz de ofrecer nuevas perspectivas a la historia e iluminar con luz nueva el pasado. La línea editorial de la revista fue clara respecto al propósito de acoger en sus páginas fuentes y métodos recientes de la historiografía interesándose por el pasado y por el presente. Incluyen trabajos y métodos diversos no solo históricos para recoger los frutos de las disciplinas que se ocupaban del hombre en general: Demangeon (Geografía), Simiand (Economía), Mauss y Hallbwachs (Sociología). En fin, la sociología durkhemiana, los planteamientos de Berr y de la escuela geográfica francesa de Vidal de la Blache han sido reconocidos como soportes intelectuales de los *Annales* en el momento de su aparición. Sin embargo, es preciso indicar que dura crítica a la Escuela de los *Annales* ha sido hecha por Josep Fontana (1992), mientras que Vidal Jiménez considera que la historiografía de los integrantes de la corriente de los *Annales*, los seguidores del materialismo histórico, los que cultivaron la historia cuantitativa y hasta la historia social en el fondo nunca abandonaron los presupuestos ontológicos y epistemológicos fundamentales que dieron vida al positivismo. A pesar de que pretendieron ser una superación del empirismo historiográfico en el siglo XX (Vidal Jiménez 1999-2000: 3 y ss.).

La Primera Guerra Mundial, la crisis agrícola, el «crack del 29» impulsan los estudios de entonces, centrados en lo económico y social. La economía y los problemas sociales no solo alimentan con sus temas a la historia, sino que surge el interés por la psicología colectiva. De otro lado, el interés por la economía dio cabida al empleo de la estadística en la historiografía, junto con la penetración en sus predios de la economía política. La historia dará la base de conocimientos sólidos de la realidad para ayudar a encontrar las soluciones en el tiempo presente. Sin lugar a dudas, a partir de los *Annales* surgió una historiografía francesa que dio grandes aportes a la disciplina. El título de la revista fue variando: *Anales de la*

Guerra Mundial, había sido recuperada del dominio alemán, por lo que en ese momento había interés en contar con profesores que hicieran un buen papel frente a los alemanes que antes habían estado allí. Poseía una biblioteca modelo y contaba con presupuesto para la investigación y publicaciones. A la Universidad de Estrasburgo convergieron científicos de primer nivel de distintas especialidades. Bloch estuvo al frente del Instituto de Historia Medieval mientras que Febvre tuvo a su cargo el Instituto de Historia Moderna (Rodríguez 1998: 211).

¹⁶ Paul Vidal de la Blache (1845-1918) era también cartógrafo. Publicó *Introducción Geográfica a la Historia* y, a partir de una crítica a la estrechez del determinismo, propone las relaciones entre geografía e historia.

*historia económica y social, Anales de la historia social o Temas variados (Melanges) de historia social*¹⁷.

Historiadores como Bloch en *Apología de la Historia* plantean la función social de la historia, y en el caso de Lucien Febvre, destacan sus reflexiones acerca de esa nueva historia que el grupo proponía, como se advierte en el texto *Combates por la Historia*, en el que se recogió un interesante conjunto de sus planteamientos al respecto. El giro de la historiografía asociado a la figura de Febvre puede de alguna manera ejemplarizarse en su crítica a una de las obras de Charles Seignobos, la *Historia de Rusia*, publicada en tres volúmenes. En efecto, en 1934 en el número VII de la *Revista de Síntesis*, Febvre destaca la falta de equilibrio del citado trabajo, dado que a un periodo tan dilatado —desde los orígenes hasta Pedro el Grande—, es decir, desde el siglo VII al XII, el autor solo le había dedicado una sexta parte de las páginas de la obra, mientras que en el resto se había ocupado de los dos siglos y medio siguientes. En esa ocasión Febvre señaló que esa desproporción se debía a que para la primera parte Seignobos contó con pocas referencias y documentos, por lo que su crítica se enfiló a denotar la falta de disposición del autor para apelar a otras fuentes —incluso no escritas— y a otras disciplinas, y termina alegando que la *Historia de Rusia* resulta más bien un manual de historia política (Corcuera 2000: 164).

La importante renovación de la historiografía occidental tiene que ser vista en una perspectiva de cambios más amplia, pese a que generalmente se considera que la transformación fue promovida a partir de 1929 por el movimiento francés de los *Annales*. Es pertinente indicar entonces que esos cambios y la propia renovación historiográfica, si bien tuvieron en el mundo académico francés su principal escenario, no debe dejar de tomarse en cuenta otros hechos y circunstancias y también la inquietud que movía el campo de los historiadores en otros lugares en Occidente.

Lo cierto es que la llamada primera generación de los *Annales* produjo una revolución de la historiografía del siglo XX, no precisamente por la originalidad de su propuesta sino porque aquel grupo supo condensar y expresar el proceso de cambio que se venía operando con el consiguiente abandono del modelo decimonónico dominante, pese a que es legítimo reconocer que la mutación conservó, sobre todo en términos metodológicos, algo de la anterior manera de concebir y hacer el trabajo historiográfico.

A partir de aquí estaremos en el curso de una nueva historia —en el sentido que le otorga Romano al concepto—. Es decir, a un modo nuevo de hacer historia, distinguible por consiguiente de la *nouvelle histoire* que aparece después de

¹⁷ Se ha procedido a traducir los títulos del francés a nuestro idioma.

1972 y que en su momento fuera calificada por el mencionado autor como una «historia de última moda» que no aporta mayores transformaciones a la disciplina y tendría, a su criterio, frutos discutibles (Romano 1997: III).

8.3.1. Los antecedentes y el debate Simiand - Seignobos

Puede decirse que la concreción de la transformación historiográfica que se venía gestando tiempo atrás tuvo varios antecedentes, uno de los cuales fue la discusión que se llevó a cabo en Francia y que fuera iniciada por Françoise Simiand y Charles Seignobos. El debate, que tomó el nombre de sus principales animadores, fue una célebre polémica que se inició en 1903 donde también estuvieron comprometidos otros historiadores franceses como Lacombe y Langlois. La polémica se prolongó hasta más o menos 1908, debido a que los dos principales protagonistas de la controversia fueron agregando nuevos argumentos y réplicas a lo que inicialmente habían señalado.

En general, se trató de una dura crítica a la historiografía prevaleciente en aquella época, la de los acontecimientos y las grandes figuras y la propuesta de que la única posibilidad de cambio para la historia, a la vez que pudiera ofrecer un real conocimiento científico, tenía que ver con la adopción de métodos similares a los de las ciencias sociales¹⁸. Veamos cómo ocurrieron los hechos: en enero de 1903 Simiand presentó ante la Sociedad de Historia Moderna una comunicación titulada «Método histórico y Ciencias Sociales», que fue objeto de debate durante la misma sesión, a pesar de lo cual el trabajo fue publicado en *La revista de Síntesis Histórica*, recientemente fundada por Henri Berr. Los referentes inmediatos de las críticas formuladas por Simiand eran, sin duda, los trabajos publicados por historiadores como Paul Lacombe *De la Historia considerada como ciencia*, editada en 1894 y Charles Seignobos, *El método histórico aplicado a las Ciencias Sociales*, que había aparecido en 1901. Hay que anotar que algunos años antes Simiand había hecho ya fuertes críticas a la obra conjunta de Langlois y Seignobos en *Introducción a los estudios históricos*, publicada en 1898.

En el trabajo de Lacombe se proponía la reforma de las prácticas de los historiadores de manera tal que pudiesen identificar recurrencias y leyes en el curso de la historia, mientras que el trabajo de Seignobos constituía una defensa del punto de vista histórico frente a la ambición de las ciencias sociales de poder

¹⁸ Véase, entre otros, Revel (2000). Este autor califica duramente a Lacombe indicando que fue un erudito pero no un historiador universitario ni tampoco un epistemólogo, solo un cientista que soñó con identificar las leyes generales de la historia en base a un modelo rigurosamente determinista, estimando que hasta debería permitir formular predicciones. Revel ha indicado también que la confrontación entre Historia y Ciencias Sociales se renovó en la década de 1960 entre los *Annales* y el estructuralismo.

referirse al pasado o interpretarlo. La crítica de Simiand arranca desde una perspectiva metodológica, a partir de su convicción de que la disciplina se encontraba desde finales de 1870 en proceso de cambio y profesionalización. Afirma que el método histórico solo constituye un proceso para adquirir un conocimiento que es de suyo diferente al científico. Cuestiona la pretendida búsqueda de un conocimiento científico-objetivo por parte de los historiadores, ya que considera que la objetividad no es inherente a las cosas sino que se construye por etapas y también gracias a aproximaciones y elaboraciones. Tenía como válida la idea de que la abstracción es una operación que permite aislar al fenómeno que se quiere estudiar extrayéndolo de la indiferencia de lo real, a partir de lo cual se podrán establecer relaciones. En base a tales consideraciones sostenía que debe tomarse en cuenta que los objetos de estudio de los historiadores no se prestan a un conocimiento científico, puesto que refiriéndose a lo individual no pueden ser abstraídos.

Como se puede entender, el asunto de fondo del debate fue la científicidad de la historia. Al respecto hay que recordar que desde 1880 esta cuestión estuvo presente entre filósofos, historiadores y, finalmente, sociólogos, y que en Francia la preocupación partió de los propios historiadores en el marco de una suerte de refundación de su disciplina pero sin apartarse del modelo vigente. Un ejemplo lo tenemos cuando en 1876, en el primer número de la *Revista Histórica*, Gabriel Monod señalaba que el historiador debía enfrentar dos peligros: la síntesis prematura y la filosofía de la historia, que en este caso entendía como inútil y falaz respecto al propósito de alcanzar el saber histórico de estatura científica al que se aspiraba en el siglo XIX. Monod proponía que el historiador debería concentrarse en buscar críticamente la verdad, conforme a reglas rigurosas y aceptadas. Sabemos que este historiador escribió un pequeño libro de memorias sobre la guerra franco-prusiana *Gregoire de Tours et Marius d'Avenche* (1872); *Fredegaire*, una historia que publicó en 1885; una traducción del libro de W. Junghan, *Histoire critique des règnes de Childerich et de Chlodovech* (1879); *Etudes critiques sur les sources de l'Histoire carolingienne* (1898); y *Bibliographie de l'histoire de France* (1888).

Las reglas a las que se refería Monod fueron las que buscaron establecer Langlois y Seignobos en su trabajo de 1898, esfuerzo que puede resumirse en la idea de que la tarea del historiador consiste, esencialmente, en distinguir lo verdadero de lo falso y garantizar que todas las piezas de la construcción histórica hayan sido verificadas. Entonces, volviendo al debate Simiand-Seignobos, hay que señalar que aquella fue una discusión de carácter cerrado. Es decir, circunscrita a la historiografía francesa y ajena al debate que desde hacía ya un tiempo llevaban a cabo los alemanes, ya que en Francia, contrario a lo ocurrido en Alemania, se daba un rechazo de los historiadores y sociólogos hacia la filosofía, pese a que los

franceses no ignoraban que en esos años los científicos están discutiendo temas como causalidad, objetividad o las relaciones entre conocimiento y realidad, hipótesis y hecho, teoría y experiencia. Una discusión acerca de los fundamentos que no aparece tan explícitamente en el debate francés y que pareció derivar a una discusión de carácter metodológico, pese a que se advierte que la aproximación de Simiand fue epistemológica. Desde 1903 en adelante se ha destacado que este autor denunció el interés excesivo de los historiadores por lo político, atracción que no solo otorgaba a ese tipo de sucesos una importancia exagerada sino que se unía al hábito de concebir a la historia como el estudio de individualidades y de perderse en la cronología, es decir, en el estudio de los orígenes confundiendo antecedentes con causas.

Simiand también indicó entonces que para alcanzar una estatura de ciencia la historia debería dejar de lado el empirismo erudito y esa suerte de fascinación por lo único y singular que la caracterizaba, para buscar, más bien, tanto las regularidades como las variaciones. Siendo la descripción insuficiente debía procurar alcanzar explicaciones y, asimismo, abordar los hechos en función de una hipótesis para tratar de verificarla realizando un trabajo inductivo y sistemático. A la historia en primer lugar, pero también a la geografía, la economía y la psicología, les propone adquirir las modalidades particulares de una sola ciencia social unificada y administrada por las reglas del método sociológico. En la historia recae la responsabilidad de abrir a la comunidad de las ciencias sociales la dimensión temporal y, por lo tanto, una posibilidad de experimentación particular. La historia debería servir de ensayo para hipótesis que serían construidas fuera de ella. Es de destacar que pese al carácter contundente de las críticas formuladas a la historiografía positivista-historicista, en el fondo, la propuesta de Simiand no pasa de ser lo que podría ser llamado un neopositivismo, que eso sí, mostró en la práctica su capacidad para dar lugar a nuevos o mayores cambios en la historiografía.

En todo caso, reiteramos que hubo factores que obrando en distintos escenarios permitieron los cambios pero que, a partir del debate iniciado en 1903 en Francia, se llegará a la revolución de los *Annales* iniciada en 1929 y de ahí hasta nuestros días. Esos factores fueron el movimiento de profesionalización de la disciplina histórica, que significaba una reorganización de la historia académica que llevaba algo más de treinta años y que se prolonga hasta la Primera Guerra Mundial, asociado a la reforma de la educación superior. El deseo de construir una comunidad científica sobre bases rigurosas, transformar y organizar el oficio de historiador según criterios estrictos y generar una relación profesional de los historiadores entre sí y con la sociedad. Es así como, por ejemplo, se crea la Sociedad de Historia Moderna, que acogía a buena parte de historiadores prestigiosos, profesores de La Sorbona, comprometidos con la renovación universitaria

y con fuertes vínculos políticos. De otro lado, la reforma universitaria significaba la refundación y reorganización de las diversas disciplinas tradicionalmente impartidas en las facultades y tenía el propósito de introducir nuevas materias de estudio como geografía, economía política, psicología, etnología y sociología (Revel 2000: 25-27).

8.3.1.1. *La obra de Pirenne y Berr*

Antes de seguir tratando sobre el desarrollo de los *Annales*, revista asociada como ya dijimos a una importante corriente en la historiografía contemporánea, que aportó a la consecución de grandes cambios de la disciplina histórica, debemos también volver a mencionar que los antecedentes de esta nueva historiografía en Occidente se encuentran no solo en Francia sino también en las voces que desde Alemania, Inglaterra y Estados Unidos se levantaban contra la historia positivista vigente entonces y particularmente referida a los acontecimientos políticos.

En Alemania Karl Lamprecht (1856-1915) se quejaba de que los historiadores no daban respuesta a las demandas de la sociedad moderna, al mismo tiempo que postulaba una historia total que abarcara todas las acciones humanas. Por su parte, el belga Henri Pirenne (1862-1935), si bien reconocía algunas aportaciones del positivismo francés, ponía en tela de juicio sus logros científicos. En Francia, Henri Bergson (1859-1941), figura intelectual de enorme importancia antes de la Primera Guerra Mundial, criticó sistemáticamente al positivismo filosófico y también a la historia tradicional (Corcuera 2000: 158).

Como acabamos de mencionar, un valioso e influyente historiador fue Pirenne, vinculado al grupo de los analistas, cuya obra tiene valor propio, más allá de esa cierta comunidad de ideas e intereses con quienes fundaron y desarrollaron la revista quizá más importante del siglo XX en el campo de la historiografía. Vinculado a la llamada Escuela de los *Annales*, asimiló algo de la historiografía alemana y estuvo también relacionado con Karl Lamprecht (Aguirre 1999: 81). Influencia muy importante en su formación fue la que recibió del economista e historiador Gustav Schmoller en los años 1883 y 1884. Schmoller fue uno de los teóricos de la llamada Escuela Nacional, aquella que sujetaba los hechos económicos a la historia y también del historiador económico Georg Waitz, quien, como ya sabemos, tuvo a su cargo la *Monumenta Germaniae Historica* y elaboró una de las bibliografías históricas alemanas más completas. Se estima que los contactos académicos de Pirenne con los historiadores franceses habrían fortalecido su formación para el ejercicio de una historiografía científica sólida, lo que se complementará en La Sorbona con su acercamiento a historiadores medievalistas como Numa-Denis Fustel de Coulanges.

Será durante su actividad como profesor universitario en Gante que desarrolla sus trabajos *Historia de la Edad Media*, *La Enciclopedia de la Historia*, *Historia de Bélgica*, y también organizará seminarios muy conocidos y mundialmente famosos.

Sus primeras investigaciones denotan un interés por la historia local, pues se refieren a las aldeas medievales y los orígenes de la actividad textil en Bélgica, aunque progresivamente considerará a los Países Bajos y a toda Europa Occidental. De esta forma, sus propuestas de interpretación histórica gozarán de coherencia y se irán perfeccionando. Entre 1882 y 1889 publica varios artículos y monografías que, como ya dijimos, se centran en la Bélgica medieval, destacando la «Historia de la constitución de la villa de Dinant en la Edad Media», siendo muy valioso en este trabajo su análisis sobre el funcionamiento y estructuración institucional de las aldeas medievales, que además será la base de un método que perfeccionará y utilizará en su obra que data de 1893: *El origen de las constituciones urbanas en la Edad Media*. Durante esta época realiza también la ubicación, clasificación, crítica y publicación de fuentes históricas y bibliográficas. Destaca su *Bibliografía de la historia de Bélgica y los Países Bajos*, que se publicara en 1893 y que actualiza en 1932. Todos estos trabajos serán el cimiento de su tesis de graduación doctoral en 1899 y de su obra monumental *Historia de Bélgica*, que se inicia con la edición, en 1900, del primer volumen que trata sobre los «Orígenes hasta el siglo XIV» y termina con el séptimo volumen, que se edita en 1932, y trata los hechos de toda esa historia hasta 1914. En esta obra, que fue escrita por encargo, aboga por la unidad del país, afirmando que la vinculación de sus miembros se debe a antiguas tradiciones, lo mismo que a intereses económicos. Considera que el medioevo es la época desde donde se había venido formando y desarrollando progresivamente la historia de su patria. Por ello será considerado como un «historiador nacional», aunque su visión en cuanto a establecer los cimientos de las naciones en la época medieval resultó válida para el resto de Europa Occidental.

En 1927 publica *Las villas durante la Edad Media. Ensayo de historia económica y social*, obra en la que propondrá la vinculación entre el proceso de formación de las villas y ciudades medievales con los movimientos comerciales, enfatizando a la vez el rol de la clase capitalista primitiva. Otra de sus preocupaciones hacia 1933 fue explicar el fin de la Edad Media, planteando que la desintegración del mundo medieval y el establecimiento de un nuevo orden tuvo que ver con la creciente presencia islámica que afectó las relaciones comerciales con Oriente. Esta propuesta aparece en su obra *Historia de la Edad Media*, trabajo erudito y de análisis profundo, puesto que a pesar de que la variable económica es tenida como el meollo de la explicación, es posible advertir no solo las crisis y las

transformaciones en ese campo sino también alcanzar una visión general del mundo medieval¹⁹.

Durante la Primera Guerra Mundial se negó a impartir clases, por lo que será encarcelado alzándose entonces como un representante de la resistencia intelectual²⁰. Durante su cautiverio, sin libros y notas a su disposición, escribió *Historia de Europa desde las invasiones hasta el siglo XVI*, obra que en su momento no quiso imprimir y que recién vería la luz en 1936, tras su muerte. A Pirenne siempre le preocupó el problema del final de la Antigüedad y los comienzos de la Edad Media y cómo la aparición del Islam fue un fenómeno que influyó y resultó decisivo para la historia de la Edad Media Occidental. Idea que señaló por primera vez en este libro y que desarrolló íntegramente en *Mahoma y Carlomagno*.

Fue un historiador especialista en la Edad Media que se interrogó acerca del paso de la Antigüedad sobre dicho periodo, analizando el papel jugado por las ciudades, dando importancia al factor social y económico. Por eso, su obra en general, puede ser considerada pionera o fundadora de una nueva historia económica y social dentro del horizonte intelectual del mundo francoparlante, «[...] historia que distanciándose del mero recuento de hechos económicos y de la simple construcción de series estadísticas y de datos parciales, ha intentado construir amplios modelos explicativos [...]». También hay que agregar que destacó como estudioso de la teoría y el método comparativo en la historia, tal como se refleja en un ensayo que presentó en el Congreso de Ciencia Histórica de 1923.

Concluyó el texto de *Mahoma y Carlomagno* en mayo de 1935 estando en Uccle, poco antes de su muerte, por ese motivo la obra debió ser retocada ligeramente en la forma y Vercauteren, un discípulo suyo, fue el encargado de revisarla para su publicación²¹. Un propósito evidente en sus dos obras más importantes, a saber: *Historia de Bélgica y Mahoma y Carlomagno*, fue la elaboración de una hipótesis global que articulara a su vez a todo un conjunto de hipótesis menores para, finalmente, ordenar todos los hechos y datos históricos en un esquema

¹⁹ La aceptación de esta obra fue amplia e inmediata y el propio Marc Bloch la calificó como clásica. Siendo prontamente traducida al alemán, inglés y holandés. En 1939, se difundió la primera edición en español hecha en México, por el Fondo de Cultura Económica.

²⁰ En efecto, durante la invasión alemana a Bélgica en la Primera Guerra Mundial, destaca como un líder de la resistencia pasiva negándose a ser colaboracionista, razón por la cual, entre junio de 1917 y noviembre de 1918, fue internado en lugares como Holzminden, Jena y Kreuzburg al este de Alemania. Historiador nato, aún estando en prisión dictó cursos de historia económica de Europa a sus compañeros de reclusión.

²¹ Vercauteren tuvo que revisar fechas, hechos y citas para así poder comprobar la exactitud del material. En el caso de las notas y citas bibliográficas con frecuencia debieron ser redactadas y desarrolladas pues se hallaban en estado primario. La labor de edición fue más allá porque incluso, en determinados casos, fue preciso añadir textos o puntos de vista que sirvieran para apoyar alguna tesis de Pirenne lo mismo que para hacer más clara la exposición.

lógico y coherente capaz de revelar el sentido profundo de los asuntos abordados (Aguirre 1999: 83-84). Gracias al prefacio de *Mahoma y Carlomagno*, realizado por Jacques Pirenne, tenemos noticia de que la preparación de la obra fue fruto de una serie de trabajos conformada por artículos publicados, exposiciones en congresos, conferencias, etcétera. Es decir, de alguna manera la mencionada obra había sido esbozada en diversos trabajos hasta que finalmente el autor llegó a plasmar su tesis.

En el citado prefacio el hijo de Pirenne afirmó que el texto había sido escrito dos veces y que en ambas ocasiones fue introduciendo ideas, algunas de ellas entrecortadas, por lo que fue indispensable completar frases o párrafos que permitieran que el trabajo fuera publicable.

Lo que Pirenne se propuso explicar fue cómo la conquista árabe significó una gran ruptura en la historia de Occidente, por qué se quebró la antigua unidad económica del mundo romano a pesar de que había resistido incluso las invasiones germánicas. Sostuvo que la conquista llevada a cabo por el Islam durante los siglos VII y VIII interrumpió las relaciones tradicionales de intercambio y obligó al mundo carolingio a desarrollarse hacia el norte y a replegarse en el continente²². *Mahoma y Carlomagno* puede ser considerada una historia diferente, un considerable distanciamiento del positivismo, en tanto no apunta al acontecimiento como elemento principal, sino que centra su interés en el hombre, en los fenómenos colectivos y en la fuerza económica y social que da origen a las acciones de los hombres, a la política, etcétera.

La obra está dividida de la siguiente manera: en la primera parte, que tiene como subtítulo «Europa Occidental antes de Islam», señala que el periodo inaugurado por el establecimiento de los bárbaros en el Imperio no ha introducido nada nuevo, es más, se conservan las lenguas, moneda, escritura, medidas, etcétera. Si bien el aspecto exterior cambia, en el fondo permanece inmutable, sin rastros durante el siglo VII que podía acercarse el final de la civilización establecida por el Imperio romano.

Es en la segunda parte, denominada «El Islam y los Carolingios», donde propone y valida su tesis acerca de que las invasiones germánicas no pusieron fin a la unidad mediterránea del mundo antiguo ni a la cultura romana. Y que más bien fue el avance e influencia del Islam lo que ocasionó la ruptura del mundo antiguo, fin de la unidad mediterránea y la definitiva separación entre Occidente y Oriente.

²² Los investigadores comprometidos con los *Annales* invitaron en varias oportunidades a Pirenne a debatir —dirigidos por Bloch— esa propuesta.

En cuanto a la metodología usada podemos afirmar que se trata de un trabajo que conserva y afina los usos metodológicos tradicionales en tanto refleja una gran erudición y la consulta directa de las fuentes, resultado de años de investigación. Hará uso de diferentes tipos de fuentes como las crónicas, documentos de la época, historia específica —de cada región—, testimonios monumentales y bibliografía —las obras de Gregorio de Tours, Fustel de Coulanges, Mommsen, etcétera—, pero realizando un trabajo crítico y diferenciando la postura de cada uno de los autores consultados.

Su método es también comparativo y se vale de la estadística para poder contrastar las estimaciones demográficas, las cifras y variables económicas, porcentajes, entre otros. Acude a las entonces llamadas «ciencias auxiliares» para emprender una verdadera búsqueda de la exactitud, lo que muestra el mantenimiento de un criterio tradicional pese a su distanciamiento del positivismo. Su conocimiento de otras lenguas le permitirá saber por qué su desaparición o el significado de determinadas palabras y conceptos para entenderlos en su contexto y época.

El estilo usado por Henri Pirenne es narrativo pero, como hemos dicho, deja de lado el acontecimiento como cuestión principal o motivación de su relato. Su discurso se caracteriza por ser directo, conciso, claro y sencillo.

Otro personaje que ejerció influencia en los primeros *Annales* fue el francés Henri Berr, quien escribió su primera obra, *Vie et Science*. Su vocación por la historia se manifestó en 1893 cuando escribió su tesis *Esquisse d'une Synthèse des connaissances, fondée sur l'histoire* (*Esbozo de una síntesis de los conocimientos, basado en la historia*). La importancia que concedió a lo estudios históricos se refleja en *La Síntesis en historia publicada*, de 1911, que salió nuevamente a la luz en 1952. Editó la *Revue de Synthèse historique* (*Revista de Síntesis histórica*) y emprendió la publicación de dos grandes colecciones: *Les Régions de la France* (*Las regiones de Francia*) y *Evolution de l'humanité* (*Evolución de la humanidad*).

Junto con Paul Doumer fundó el Centro de Síntesis y en 1900 la *Revista de Síntesis Histórica*, que treinta años más tarde pasó a llamarse *Revista de Síntesis*. Posteriormente editó la colección titulada *La evolución de la Humanidad*. Desde su tesis doctoral hasta la publicación de su último trabajo, titulado *El ascenso del Espíritu*, se advierte en la obra de Berr una combinación de idealismo y positivismo, en ambos casos enmarcados por la idea de progreso y los parámetros del quehacer científico, de manera tal que la historia es entendida como la disciplina capaz de mostrar de forma científica y sintética la evolución y el ascenso del espíritu humano: «[...] se trataba, simultáneamente, de promover esa *síntesis*, que debía dar la auténtica explicación de las cosas, y seguir, en una Historia científica, sintética, el empuje de la vida, la evolución de la mentalidad humana, el ascenso del espíritu» (Berr 1962: 110).

Berr considera que la psicología y la biografía «conciernen al hombre» y que el desenvolvimiento de este en sociedad es «estudiado por la historia». De esta forma, la historia sería el estudio y análisis de la humanidad realizados científicamente, es decir, de lo que originó e impulsó a la civilización a lo largo del tiempo atravesando numerosas crisis. Para este autor la erudición histórica pierde el significado que hasta entonces se le otorgaba y que prácticamente señalaba el propósito de estudiar el pasado. Más bien, en su concepto de síntesis histórica se alberga también la idea de que nuestra disciplina debía ser la síntesis de las ciencias humanas.

La historia científica que propone se puede alcanzar —según su criterio— a través de una fórmula o procedimiento que permite pasar de la «síntesis erudita» a la «síntesis científica». Esta última es concebida partiendo de la idea de que solo hay esencia de lo general, siendo necesario descubrir el sesgo por el cual las generalidades hipotéticas podrán ser seleccionadas, confirmadas y coordinadas. Berr busca darle una nueva científicidad a la historia superando las abstracciones de una filosofía de la historia, los excesos de la erudición positivista y distanciándose de la sociología. Entiende la individualidad de las experiencias históricas pero considera que, sumadas, permiten alcanzar la visión sintética del pasado de la humanidad.

Crítica con dureza la historia de batallas y nombres, pero eso no significa que busque deshacerse de cualquier base erudita. A la vez mantiene su interés acerca de los avances en el manejo de fuentes. Entiende que la explicación auténtica del pasado no está simplemente en los datos sino en la síntesis científica lograda a partir de ellos. Piensa que en suma la síntesis permitirá penetrar en la mentalidad humana. Buscó concretar su idea de que la verdadera historia científica, que estudia lo general, es explicativa y comprensiva de los grandes procesos humanos. En ese sentido, llevó a cabo el proyecto editorial titulado *La evolución de la humanidad*, colección que en cien tomos trataba de dar cuenta «de la entera odisea humana de la historia universal». Aborda el complicado tema de la causalidad en *La Síntesis en la Historia* distinguiendo, entre causas contingentes, las causas condicionantes o necesarias y causas legales o lógicas tanto en los hechos como en los procesos históricos (Aguirre 1999: 79-80).

Se puede decir que con la propuesta y el trabajo de Berr culmina el proceso de desarrollo de la disciplina histórica que se venía produciendo por aquella época, aunque no se deja de lado los mejores aportes del positivismo. El análisis interpretativo, aunque sobre una base erudita, deja margen de acción al historiador, cuestionándose así su circunscripción a los acontecimientos y la búsqueda de una pretendida objetividad plena para dar paso a una verdad, fruto de la que se entendía era la síntesis interpretativa.

8.3.2. Las diferentes etapas de los *Annales* y su historiografía

De hecho, se ha distinguido en la corriente de los *Annales* tres generaciones o épocas que permiten establecer diferencias de orientación, temas y métodos, pero, naturalmente, conservando denominadores comunes (Aguirre 1999: 10-11)²³.

Los primeros *Annales* (entre 1929 y 1939) apuntan a una historia global o totalizante, pero que a la vez es capaz de enfocar un problema para investigarlo. Es una etapa y un lugar de encuentro de la intelectualidad francesa, tanto socialista y de izquierda, con el conjunto de historiadores y científicos sociales que buscaban renovar las ciencias humanas. Aunque debe aclararse que la primera generación tuvo una postura crítica frente al marxismo (Aguirre 1993: 43 y ss.)²⁴. Se ha planteado que a partir de la Segunda Guerra Mundial se produce un momento de transición al interior de la corriente de los *Annales*, que habría durado hasta 1956, año de la muerte de Lucien Febvre. Pero al tomar Fernand Braudel las riendas de la revista se inicia una nueva etapa (1956-1969), que denota una relación más estrecha con el marxismo, dentro de un ambiente intelectual francés donde se ha dicho que tiene lugar un marxismo «mediterráneo», más libre, creativo y especulativo (Aguirre 1993: 47 y ss.). La temática sigue siendo, de manera preponderante, económica y social, aunque con Braudel la revista se transforma cada vez más en una publicación de ciencias sociales²⁵.

Se abandona el tono combativo inicial pero el esfuerzo se concentra en culminar y completar los cambios historiográficos que se habían iniciado en la primera etapa. Es a finales de la década de 1960 que se produce en el movimiento de los *Annales* una renovación que trajo el advenimiento de la llamada «historia problema», signada esta vez por un relativismo cultural, ya que bajo la influencia de Foucault se manifiesta una inclinación a eliminar la distinción tradicional entre lo central y lo periférico en la historia.

Se entiende a la historia como una construcción cultural sometida a continuas variaciones en el tiempo y en el espacio. Las fuentes documentales se verán complementadas o sustituidas por una variedad de pruebas visuales, orales o estadísticas. Se renovará el valor otorgado al contexto histórico, particularmente notorio en la historia de las mentalidades, ya que se tiene

²³ Aguirre (1999) recuerda que los analistas de las diversas generaciones han estado de acuerdo al precisar de que no se trata en términos estrictos de una escuela, como mundialmente se reconoce a esta corriente.

²⁴ Debe recordarse que desde la perspectiva marxista una historia total radica en encontrar las claves de interpretación del discurrir histórico para advertir cómo se relacionan el todo y las partes.

²⁵ Esto último, según el comentario de Romano (1997: 53).

como cierto que la expresión de las ideas y las modalidades del comportamiento humano solo pueden ser entendidas en un contexto social. Ello se hace en función de otra noción no menos importante para los analistas, en el sentido de que las características de una época no dependen de un gran pensador ni de una obra, sino de un clima de opinión que marca los límites de su pensamiento. Aunque también se suele afirmar que la historiografía de las mentalidades surgió como una suerte de respuesta al énfasis que había adquirido por entonces la historia económica y social, y que historiadores como Vovelle, Duby, Mandrou y Aries empiezan a apostar por un trabajo histórico acerca del pensamiento, cosmovisiones y subjetividades visto sobre todo en las colectividades, de manera tal que se constituyan no solo en temas de dicha historiografía francesa sino en verdaderos instrumentos o medios para una mejor comprensión de hechos y procesos históricos.

La influencia del contacto con la geografía, que había sido muy importante en el origen de la corriente de los *Annales*, cobrará mayor fuerza en este segundo momento y se manifestará esta vez en la preocupación creciente por el tema sobre el medio ambiente, dando lugar a la ecohistoria o historia del medio ambiente. De otro lado, a pesar de que se puede advertir un sesgo hacia la historia cuantitativa y serial, no se puede negar que la valoración de la historia económica junto con el estudio de las bases materiales de la existencia no le negó espacio a la demografía histórica.

En líneas generales, el método practicado suponía un esfuerzo de análisis e identificación de las estructuras subyacentes bajo los fenómenos de la superficie, pero también el rescate de la vida cotidiana. Así se hace una historia «desde abajo» y en cuanto se atiende a lo cotidiano, la cultura popular y la participación del hombre común en el cambio social se privilegian fuentes que permitan dar cuenta de todo ello. Un nuevo enfoque desde la cultura lleva a realizar la distinción de varias categorías de la misma —de elite, popular, etcétera—, cada una con sus características propias. Interés en la cultura popular que abarca fenómenos diversos. De la misma manera, la historia política fue vista de forma diferente, pues ya no será el estudio de los acontecimientos ligados a los personajes descolantes y las guerras, sino de los centros de gobierno, del poder y el análisis de la historia política del hombre común. Sin dejar de tomar en cuenta el eje cronológico, la atención se centrará en las distintas maneras de delimitar los problemas que plantea un periodo. En suma, en este segundo momento los analistas abordan temas a escalas cada vez más amplias y se difunden la historia cuantitativa y serial, junto con la historia de las mentalidades. Estos fenómenos, que se ubican a finales de la década de 1960, han sido explicados como una reacción contra la historiografía dominante desde la aparición del *Mediterráneo...*, ya que por

entonces algunas críticas formuladas acerca de la obra de Braudel señalaban su carácter estático y aducían también que el esquema de las duraciones conducía hacia un determinismo histórico. Por eso es que una vez más se plantea la necesidad de construir una nueva historia: proponer nuevos problemas, enfoques y temas junto con una apertura de la historiografía francesa que permitirá la extensión de este movimiento historiográfico más allá de la propia Europa (Aguirre 1999: 43- 45 y Corcuera 2000: 232 y ss.). Pero no hay que negar que el aporte más importante de Braudel consistió en su manera de enfocar el tiempo para entender el curso de la historia.

En esta etapa se advierte con claridad que, más allá de las diferencias con el marxismo, uno de los más importantes rasgos comunes de ambas corrientes es la manera de emplear la noción de estructura. Ello quiere decir que se pretenderá que la estructura se convierta en una suerte de principio de causalidad interna entre los fenómenos históricos y naturalmente, de mayor alcance que la superficial narratividad de la historia-relato (Vidal 1999-2000: 6).

Debe tomarse en consideración que en 1947 estos renovadores de la historiografía habían fundado la Sexta Sección dentro de la *École des Hautes Études*, que inicialmente fue el espacio académico que el grupo se vio en la necesidad de abrir al no ser aceptados del todo por sus colegas de La Sorbona. Fueron incorporando a la misma estudiosos no necesariamente titulados, en acto abiertamente contestatario frente a la universidad. Asimismo, admitieron a extranjeros, hecho que sin duda contribuyó a que la institución se diese a conocer fuera de Francia. El propósito era promover las investigaciones y una enseñanza de avanzada en el campo de las ciencias económicas y sociales. El quehacer historiográfico en ella fue muy importante porque sus presidentes fueron historiadores prestigiados. De otro lado, no hay que olvidar que la tradición historiográfica francesa desde el Romanticismo hasta los sesentas se caracterizó por su contacto con otras disciplinas o corrientes de pensamiento, lo que fue un factor importante para que sus integrantes ponderaron para explicar su éxito. A ello se añaden otros aspectos positivos indicado por Le Roy Ladurie: su apertura al mundo, la profundidad de sus métodos y el uso de técnicas cuantitativas (Le Roy Ladurie 1976: 71 y ss.).

Bajo la presidencia de Braudel, de 1956 y 1972, aumentó notablemente el número de sus profesores y se desarrolló plenamente el proyecto de una apertura de la historia a las ciencias sociales y humanas, así como también al psicoanálisis, en base a la enseñanza y la investigación. De hecho, la *École* y la revista de los *Annales* constituyeron una feliz asociación renovadora de la historiografía. Hay que anotar que cuando Braudel tomó a su cargo, a la muerte de Febvre, la dirección de la Sexta Sección, había un consenso entre sus integrantes respecto

a la manera de escribir la historia. Sin embargo, cuando se retiró, en 1972, esa cohesión se había perdido (Corcuera 2000: 193)²⁶.

De esta manera, cuando en 1968 Braudel deja la dirección de la revista, esta queda en manos de un equipo conformado por E. Le Roy Ladurie, Jacques Le Goff y Marc Ferro. Entramos así al tercer momento del movimiento de los *Annales* y a estas alturas se había dejado de lado a la historia económica y social para concentrarse en la historia de las mentalidades, tomando también a su cargo el cultivo de una cierta variante de la entonces también en boga «antropología histórica». Se tocan entonces temas como historia de la familia, de la vida cotidiana, historia de la idea de la muerte y del purgatorio, de las mujeres, etcétera. Esta «nueva historia» no se ocupa del debate teórico ni tiene a la economía como su tema central, interesándose en la monografía más que en la historia global.

La fase epigonal de los *Annales* se inicia para algunos en 1989, al cumplirse los sesenta años de su fundación, pero lo cierto es que además de que se retoma el debate metodológico y epistemológico, se enfatiza la interdisciplinariedad y el rol de los actores dentro de los temas a investigar. En los años 1988 y 1989 en la revista se echó un vistazo acerca de la manera cómo se venía haciendo historia, admitiéndose que la disciplina se encontraba en una posición de encrucijada junto con la crisis de su relación con otras ciencias sociales. Se explicaba el auge de la microhistoria no solo como una respuesta a los procesos de globalización y a la existencia de grandes estructuras, sino a que en ese tiempo de incertidumbre se entendía también el surgimiento de nuevas tendencias. Poco tiempo después los editorialistas de la revista añadían que la historia social había extraviado al individuo y su autonomía en medio de explicaciones científicas basadas en procesos causales y se postulaba, por consiguiente, la necesidad de entablar nuevas alianzas con otras ciencias sociales para enmendar dicha pérdida. El argumento era que un proceso social remite a una multitud de experiencias existenciales, individuales e irreductibles (Piqueras 2000: 125).

Pero más allá de cualquier intento de dividir el desarrollo de la tendencia de los *Annales* por etapas, las características que parecen comunes a todas ellas serían las siguientes:

- Se trata de una historiografía de matriz cultural francesa en un primer momento y mediterránea en una segunda etapa, imprimiendo a la historia un sentido de «larga duración» desde la perspectiva occidental;

²⁶ Se critica a esta fase motejando a su historiografía de institucionalizada e integrada al *establishment*, además por haber prácticamente abandonado «el terreno de la discusión y la profundización de los paradigmas metodológicos del oficio de historiador» (Corcuera 2000: 55).

- Es una historiografía reacia a explicitar los presupuestos filosóficos de sus propias cosmovisiones históricas y reticentes a los debates excesivamente teóricos y abstractos, aunque ello no impedirá debatir y reflexionar en torno a los paradigmas metodológicos y a los modelos teóricos que animan sus distintos proyectos intelectuales;
- Los historiadores de los *Annales* harán gala de un excelente estilo, el cual ha facilitado la difusión de sus obras;
- Se busca y mantiene el diálogo con las diferentes ciencias sociales, lo que si bien no es un rasgo exclusivo de los analistas, tiene carácter distintivo;
- Posee trazos que la vinculan con el proyecto teórico-crítico del marxismo en la medida de que se trata de una historiografía radicalmente social, científica e interpretativa, que además busca nuevos modelos teóricos, métodos y temas, y porque existiría un paralelismo entre las ideas de estructura y coyuntura del marxismo con el tiempo largo y el tiempo corto de Braudel, respectivamente;
- Historia social opuesta a la historiografía tradicional —política y de acontecimientos— construida siempre a partir del desplazamiento recurrente de la perspectiva de análisis, desde los procesos individuales de elite, singulares y más superficiales a los procesos colectivos que corresponden a las estructuras básicas y profundas de la historia; y,
- Predilección y promoción permanente de la «innovación problemática» de la historia a través de la apertura constante de nuevas canteras de trabajo para los historiadores y la «conquista y colonización» de nuevos territorios para la investigación histórica.

Lo cierto es que a través de las páginas de la revista y en los trabajos realizados por sus principales animadores e integrantes de la sección respectiva de la *École* se articula una nueva historiografía, la cual logró contar con bastantes seguidores en Europa y América Latina después de la Segunda Guerra Mundial. Propusieron como objeto de estudio todos los hechos del hombre en el pasado, es decir, no solo los acontecimientos políticos. Plantearon como método la elaboración de hipótesis y su confrontación a partir de la investigación de los hechos para alcanzar una comprensión de los mismos, a partir de su integración en formulaciones globales, en modelos conceptuales que relacionaran los elementos políticos, sociales y culturales de la realidad histórica. Para conseguir tal propósito los historiadores de los *Annales* se abrieron a los métodos de las ciencias sociales y en cuanto a las fuentes consideraron no solo a las documentales sino a cualquier resto del pasado que pueda responder a las hipótesis o a las preguntas del historiador (Aguirre 1999: 24 y ss.; Vidal Jiménez 1999-2000: 6 y Núñez Pérez 1995: 163).

Muy destacable fue la figura de Marc Bloch, no solo como gestor y animador de los *Annales*, sino sobre todo por su propuesta historiográfica, ya que su mirada sobre el pasado muestra claramente los intereses de su tiempo y del movimiento historiográfico del que formó parte. En efecto, si tomamos en cuenta que durante las dos últimas décadas del siglo XIX y primera del siglo XX Europa y Francia padecieron una crisis agrícola entre otras situaciones de conflicto, se explica la preocupación de Bloch por los temas agrarios, en especial en *Los caracteres originales de la historia rural francesa*. Es cierto que los estudios medievales le interesaron sobre manera y que los inició con un trabajo vinculado al campo: *La isla de Francia (el país autor de París)*, donde examina la región alrededor de la capital francesa en cuanto a sus orígenes, extensión, componentes geográficos, riqueza arqueológica e historias locales²⁷. En esta obra se manifiesta su aspiración de lograr componer una historia integral en la que estuviese incluido el medio ambiente.

Su trabajo denota en lo intelectual cierta influencia del marxismo, pero hay que decir que colocados en el plano de sus experiencias vitales debemos suponer que seguramente pesaron los acontecimientos de su época, como habría sido el caso de la Primera Guerra Mundial, que se expresa en su obra *Recuerdos (Souvenirs) de la guerra 1914 - 1915*, una suerte de ensayo que se ha llamado también «block de apuntes».

En 1919, terminada la guerra, fue enviado junto con otros colegas a la Universidad de Estrasburgo, ya que por aquella época ese centro era un foco intelectual muy importante. Esto resultó sumamente motivador para Bloch, quien convertido en un conocedor de lenguas modernas y antiguas, se centra en el estudio del medioevo. Es así que durante esa permanencia en Estrasburgo publica sus principales obras: *Reyes y siervos, un capítulo de historia capetiana*, a la que seguirá *Los Reyes Taumaturgos* en el año 1924. *Los caracteres originales de la historia rural francesa* fue publicada en 1931 como resultado de una serie de conferencias pronunciadas en Oslo y años más tarde Bloch dio a conocer otro de sus importantes trabajos: *La Sociedad Feudal*, que formó parte de la colección *La evolución de la Humanidad* dirigida por Henry Berr.

En *Los Reyes Taumaturgos* hace un estudio de las mentalidades colectivas más allá de los límites de la Edad Media, que abarca, con fines comparativos, a Francia e Inglaterra.

En todos los países, los reyes eran considerados por entonces personajes sagrados; y en algunos cuando menos se los tenía por taumaturgos. Durante largos siglos, los reyes de Francia e Inglaterra “tocaron las escrófulas” para utilizar una expresión en su tiempo clásica; debiendo entenderse por tal que ellos pretendían curar a

²⁷ Publicada en 1912 con el auspicio de la Sociedad de la Historia de París.

los enfermos afectados por este mal, mediante el solo contacto de sus manos y la virtud curativa del soberano era creencia de carácter común (Bloch 2006: 25).

Se considera que este trabajo de Bloch es historiográficamente el más moderno y novedoso por el tema, las fuentes empleadas y su enfoque, ya que entre sus fuentes se cuenta, por ejemplo, a la iconografía; y el asunto corresponde a la que más adelante sería llamada una historia cultural de las mentalidades; y, el enfoque es, como hemos mencionado ya, el de una historia comparada de larga duración. En cuanto a las influencias que obran en este trabajo habría que considerar que fue contemporáneo a la obra de Maurice Halbwachs, preocupado por «los cuadros sociales de la memoria» y que debería considerarse que estuvo marcada por los estudios de Durkheim sobre las formas elementales de la vida religiosa, así como por las preocupaciones de los antropólogos Lévy-Bruhl y Frazer y sus estudios sobre la mentalidad primitiva. Asimismo, debió también haber pesado el contacto de Marc Bloch con los campesinos que formaban la mayoría de la infantería francesa durante la Primera Guerra Mundial, sobre todo por el interés que expresa su trabajo acerca de las creencias populares. Sin embargo, el propio autor reconoce la inspiración proveniente de su padre, historiador como él y de un hermano biólogo, quien lo había introducido en el tema.

En *Los caracteres originales de la historia rural francesa* reconoció lo extenso del asunto y del periodo abordado y por eso toma como referente a la Revolución Francesa para ver las continuidades. Esta vez ya no dialoga con la sociología sino con disciplinas como la arqueología, la lingüística, el derecho o la tecnología. Al método comparativo se suma esta vez una visión regresiva. Francia es comparada con Alemania e Inglaterra a fin de encontrar su originalidad (Corcuera 2000: 170-171 y Devoto 1996: 14-16).

En 1933 había escrito *El problema del oro en la Edad Media*, pues para Bloch los fenómenos relacionados con la moneda eran señales claras sobre los problemas más complejos y menos evidentes de la historia. Al ir colocando a la historia económica como uno de los temas centrales de su obra se acerca más al marxismo, pero eso no impide sus críticas a algunas obras de autores inspirados en esa doctrina. En 1940 publica varios artículos: «Las invenciones medievales», «Organización de los dominios reales carolingios», «Liberad y servidumbre personal en la Edad Media», «Problema del oro en la Edad Media», «Campos y villas», «La esclavitud en Europa medieval», entre otros.

En 1929 funda con Lucien Febvre *Los Anales de Historia Económica y Social*²⁸ y defiende las ideas de la nueva tendencia histórica mediante los numerosos artículos

²⁸ También se sabe que en 1941 se produce un distanciamiento entre Bloch y Febvre producto del curso inverso de sus trayectorias intelectuales (Cfr.: Aguirre 1993: 46, nota 13).

de su autoría que aparecen en las páginas de la mencionada revista. Pero cuando en 1936 consigue la cátedra de Historia Económica en La Sorbona, continúa investigando y publica varias obras a través de las cuales presenta el nuevo método histórico. Una muestra de lo que Bloch propuso e hizo la encontramos en *La Sociedad Feudal*, obra donde se ocupa del estudio de la Europa occidental y central durante el periodo que va desde mediados del siglo IX a las primeras décadas del siglo XVIII, con la intención de hacer el análisis y la explicación del feudalismo como una estructura social, advertir sus relaciones, lo que quiere decir que lo analiza como proceso social y considera sus implicancias en las demás formas de organización de la sociedad medieval.

Este trabajo está dividido en dos grandes partes: la primera corresponde a la fase de formación del feudalismo, por lo que se describe las condiciones generales del medio social y la constitución de las relaciones de dependencia de persona a persona, las que —según Bloch— conformarán la matriz característica de la estructura feudal. La segunda parte se ocupa de la etapa final del feudalismo y de las supervivencias de dicho régimen, por lo que analiza el desarrollo de las clases y la organización de gobiernos feudales. Entre las novedades que ofrece el libro se cuentan las siguientes: un capítulo sobre las formas de sentir y de pensar; una perspectiva comparativa, puesto que cuando analiza el panorama europeo feudal no solo toma la diversidad interna de Francia sino también la italiana, la alemana, la inglesa y la española, además de sugerir también un cotejo entre el feudalismo japonés y el europeo; y la intuición de que el legado de la sociedad feudal a la época moderna no fue ni el comercio ni la vida urbana sino la idea de pacto o contrato, que había sido central en las relaciones feudales.

Publicada en 1939 en esta obra Bloch:

[...] combina sus habilidades en el área del lenguaje, la literatura, la iconografía, la geografía y la psicología para producir una representación brillante de la estructura social europea desde mediados del siglo IX hasta inicios del siglo XIII. Deseaba presentar el feudalismo como parte de una estructura mental donde los modos de trabajo y de pensamiento, lo mismo que las relaciones de dominación y dependencia, de riqueza y de pobreza, estuvieran sólidamente entretrejidadas. Aspiraba a reconstruir un panorama integral de la sociedad francesa rural de la Edad Media (Corcuera 2000: 172).

En lo específico llama la atención que se mire a la estructura feudal como articulada por una compleja red de relaciones horizontales y verticales y, en lo general, destaca el propósito de hacer una historia total con base erudita y marcada por el análisis crítico, haciendo uso de otras disciplinas como la sociología, la geografía, la etnología y la lingüística, aunque subrayando la importancia de esta

última para el análisis histórico, en el entendido de que las palabras y conceptos tienen su propia historicidad. Debe mencionarse que el autor transparenta su método de trabajo y su concepción de la historia.

La bibliografía usada por Bloch revela el uso de diversidad de fuentes —que no fueron exclusivamente históricas—, lo mismo que la apelación a otras materias, tal como ya lo indicamos y también textos de época.

Se ha planteado que la filiación entre Bloch y Braudel radicaba en su común interés hacia temas de estudio amplios y problemas de larga duración, junto con el intento de establecer modelos. Pero Bloch se diferenciaría por haber procurado marcar de manera muy fuerte la tensión entre continuidad y cambio y porque su manejo de las comparaciones se orientó a establecer las diferencias y no a realizar generalizaciones.

La concepción que Bloch tiene de la relación del historiador con el pasado y el presente se manifiesta en la historia de larga duración. Considera que el historiador no debe abstraerse del presente sino que debe ir y venir, comparar, contrastar para conseguir una mejor comprensión de los fenómenos sociales, políticos y geográficos tanto de las sociedades del pasado como de las del presente. La historia de la sociedad que nos describe Bloch no es solo la historia de instituciones, hechos y personajes sino que, además, es una historia de las mentalidades, por ejemplo, cuando al referirse a la sociedad feudal explica las condiciones de vida y la atmósfera mental, abarcando desde la relación que el hombre tenía con la naturaleza, las relaciones personales, las expresiones culturales, la concepción religiosa hasta el derecho consuetudinario y el derecho escrito. En cuanto a la vida material desarrolla una forma moderna de estudiar lo cotidiano, incluyendo los utensilios, gestos, comida y bebida.

En *La Sociedad Feudal*, por ejemplo, ofrece una explicación de los fenómenos socioculturales en su dimensión total y en su evolución, ya que contempla que los fenómenos sociales y económicos no son estáticos y por ello la historia no es el estudio del pasado sino del devenir de los hombres en el tiempo y en el espacio.

Desde 1941, y se entiende que hasta su muerte a manos de los nazis, escribió *Apología de la historia o el oficio del historiador*, que no llegó a terminar pero que en 1949 fue publicada por su colega Lucien Febvre. Se trata de una reflexión acerca de la vocación y la tarea del historiador tocando cuestiones tanto teóricas como metodológicas.

En cuanto a su estilo se ha dicho lo siguiente: «[...] supo combinar en sus trabajos la erudición con un estilo que se puede calificar como vivo, ameno y con toques de ironía» (Corcuera 2000:161).

Como hemos podido ver, Lucien Febvre ocupa un lugar destacadísimo junto con Bloch en la renovación historiográfica promovida desde Francia a través de

la revista *Annales*. Gracias a su propia confesión se sabe que su base intelectual se nutrió con las lecturas de una pléyade de intelectuales cultores de diferentes disciplinas y también reconoció la influencia ejercida sobre su trabajo por el medio ambiente de Nancy, Lorena y el franco condado y la vida rural. Además, hay que tomar en cuenta que entre sus amigos se contaban lingüistas, psicólogos, médicos, geógrafos, germanistas y se reconocía alineado junto a Berr contra la vieja historia positivista²⁹. Declaró su afinidad con las ideas y criterios de Pirenne, lo mismo que su admiración por las obras del belga tales como *Mahoma y Carlomagno, Periodos de la historia social del capitalismo* y, sobre todo, *Las ciudades de la Edad Media*.

En 1912 publicó su tesis doctoral *Felipe II y el franco condado. Estudios de historia política, religiosa y social* en la cual, como su nombre lo indica, reunió observaciones, estudios, notas y reseñas sobre historia de la cultura, de la religión, económica y social, manifestando también sus primeras preocupaciones sobre los nexos entre historia y geografía (Romano 1997: 40). Escribió en 1930 *El problema histórico del Rhin*, trabajo que fue posteriormente recogido en *El Rhin problema de historia y de economía* (1935). También debemos contar *La historia del mundo en ruinas*, lección de apertura del curso de Historia Moderna en la Universidad de Estrasburgo publicado en 1920 en la revista de *Síntesis histórica*³⁰. Con Berr escribió *Historia de la enciclopedia de las ciencias sociales*.

Cuando pasó a Estrasburgo y participa en la publicación de la *Revista de Historia Moderna y Contemporánea* aparentemente cuaja su idea de relacionar a la historia con las otras disciplinas sociales (Corcuera 2000: 161-162)³¹. Para Febvre la tarea del historiador es volver a encontrar a los hombres que han vivido los hechos comprendidos en el marco de las sociedades de las que fueron miembros y para demostrarlo escribió *Las individualidades en la historia de los personajes históricos*. Cree en la relación entre el hombre y su medio ambiente pero no como algo fatal sino como una interacción que permite posibilidades que el hombre y la sociedad asumen de diferente manera, según sus propias decisiones orientadas por actitudes y modos de vida que son diversos, mentales, religiosos, etcétera. La

²⁹ En Estrasburgo tomó contacto con el filólogo Hoepffner, el arqueólogo Perdrizet, el sociólogo Le Bras, el historiador Geoges Lefebvre y con Hallbwachs y Blondel, quien estaba preparando su *Introducción a la Psicología colectiva*. Citado por Romano (1997: 41).

³⁰ Su encuentro con Bloch se produjo en Estrasburgo en 1920 y, el primer y fugaz encuentro entre Febvre y Braudel tuvo lugar en 1934 en el Centro de Síntesis Histórica que había sido fundado por Berr. Sin embargo, la amistad entre ambos historiadores surgió en 1937 en la travesía por mar que hicieran juntos cuando Braudel volvía de Brasil y Febvre retornaba de Argentina, lugar en el que había dictado una serie de conferencias sobre «El mediterráneo y Europa» (Romano 1997: 28 y 40).

³¹ Entre 1907 y 1909 fue simpatizante del socialismo pero cuando fundó la revista ya había dejado de lado esa opción política.

figura del héroe es importante porque supone un enfrentamiento con la sociedad de su tiempo. Considera que en la época de Felipe II se produce una crisis que se manifiesta como un conflicto político, una pugna religiosa y una confrontación social y económica. *Martín Lutero, un destino* (1928), lo mismo que *El problema de la incredulidad del siglo XVI: la religión de Rabelais* (1942), son obras que parten de una reflexión acerca de personajes ilustres, pero Febvre lleva al lector desde la biografía hasta las mentalidades colectivas.

El estudio sobre Rabelais es una historia de las mentalidades y del Renacimiento calificado como un intento atrevido y original para comprender el asunto y la época de manera apropiada, ya que su objeto de estudio no es solo Rabelais sino el hombre que representa a su época. Se basa fundamentalmente en fuentes literarias y llega a demostrar que estudios anteriores acerca de lo mismo habían pecado de hacer uso de anacronismos y que el pensamiento del personaje debía considerarse más bien cercano al de Erasmo. Es obvio que en este trabajo de Febvre se encuentra presente la influencia de Burkhardt, pero también es cierto que el primero de los mencionados coincidió con Bloch respecto a su interés en el abordaje de las mentalidades.

El pensamiento marxista y su influencia en la historia fue objeto de su reflexión en *Mi debate de método: Técnicas, ciencias y marxismo* que data de 1935. La postura de Lucien Febvre respecto al marxismo ha sido objeto de análisis por algunos autores,

Porque en nuestra opinión, parece ser claro que Febvre ha partido de una posición y de un medio en el que la influencia de Jean Jaures era muy importante, sosteniendo entonces en la primera década de este siglo posiciones de un cierto socialismo semiprouhonista, semijauresiano para avanzar progresivamente en una línea que abandonaba este punto de partida, y acentuaba sus críticas hacia las versiones entonces difundidas en Francia del "materialismo histórico" [...] (Aguirre Rojas 2000: 45-46).

Sus reflexiones acerca de las características de una disciplina histórica renovada y el quehacer del historiador aparecieron en 1953 con el sugestivo título de *Combates por la historia*, una obra que recoge conferencias dictadas por este historiador y que lo mismo que *Apología de la Historia* de Bloch es un texto programático de la corriente renovadora de los llamados analistas franceses.

[...] está claro que hay que utilizar los textos, pero no exclusivamente los textos. También los documentos, sea cual sea su naturaleza: los que hace tiempo que se utilizan y, principalmente, aquellos que proporciona el feliz esfuerzo de las nuevas disciplinas como la estadística, como la demografía que sustituye a la genealogía, en la misma medida, indudablemente, en que demos reemplaza en su

trono a los reyes y a los príncipes; como la lingüística que proclama con Meillet que todo hecho lingüístico pone de manifiesto un hecho de civilización; como la psicología que pasa del estudio del individuo al de los grupos y las masas. Y tantas otras disciplinas. Hace milenios que el polen de los árboles forestales cayó en los cenagosos pantanos del norte. Hoy, un Gradmann, examinándolo con el microscopio saca de ese hecho el fundamento de apasionantes estudios sobre el poblamiento antiguo que la ciencia del hábitat humanos debe confesarse impotente de realizar —aun añadiendo a los datos de los textos el estudio de los nombres de los lugares o el de los vestigios arqueológicos—. Ese polen milenario es un documento para la historia. La historia hace con él su miel, porque la historia se edifica, sin exclusión, con todo lo que el ingenio de los hombres pueda inventar y combinar para suplir el silencio de los textos, los estragos del olvido [...] Negociar perpetuamente nuevas alianzas entre disciplinas próximas o lejanas; concentrar en haces sobre un mismo tema la luz de varias ciencia heterogéneas: ésa es la tarea primordial, la más urgente y la más fecunda, sin duda, de las que se imponen a una historia que se impacienta ante las fronteras y los compartimientos estancos [...] (Febvre 1993: 31)³².

Si bien en apariencia se dejó sustraer por las prácticas de la historiografía tradicional al concebir el proyecto de una *Enciclopedia francesa*, ello no resulta cierto puesto que su propósito manifiesto fue hacer una obra no de referencias sino de problemas a cargo de especialistas de las más variadas disciplinas. Sobre Lucien Febvre se ha afirmado que da prueba de una curiosidad universal que va de la geografía histórica a la historia religiosa y que fue un excelente representante de la historiografía francesa contemporánea. En julio de 1956, pocos meses antes de su muerte, sostuvo que la ciencia es el conjunto de nociones consideradas como válidas en una época dada y transmitidas a los estudiantes a través de la enseñanza de las universidades y por medio de los libros de ciencia. La investigación precede a la ciencia puesto que constituyen su vanguardia; busca conquistar lo nuevo mientras que los eruditos organizan el terreno conquistado.

Sobre Fernand Braudel, su obra y liderazgo en los *Annales* se puede decir mucho. A manera de síntesis podemos recoger primero la idea de que su contacto con Oriente le permitió ver el mundo del Mediterráneo desde sus dos orillas, y su presencia en Sudamérica, a juicio de R. Romano, le procuró la posibilidad de la comprensión exacta de los espacios vacíos, de los movimientos de emigración, del nacimiento de las ciudades y de la puesta en cultivo de vastas zonas o el abandono de las áreas agrícolas. En 1930, durante un congreso de historia celebrado en Argel, Braudel tomó contacto con Henri Berr y Henri Hausser. Al año siguiente el encuentro con Pirenne tendrá enorme importancia, pues por aquel entonces ese historiador

³² Romano cita este párrafo de un texto inédito del autor (Romano 1997: 42).

trabajaba el tema del cierre del Mediterráneo para el mundo occidental. Sobre el particular Braudel afirmó alguna vez: «Las conferencias de Pirenne me parecieron prodigiosas: dentro de su mano que se abría o se cerraba, se clausuraba o se liberaba al mismo tiempo todo el mar» (Romano 1997: 25 y 62 y Braudel 1993: 90).

Estando cautivo en Alemania escribió de memoria su tesis y cuando recobró la libertad y regresó a Francia corrigió y anotó su trabajo y presentó su tesis doctoral, la misma que, dedicada a Febvre, publicó en 1949 con el título *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. En 1966 y 1972 se publicaron nuevas ediciones. El eje de esa obra no fue, como parece, Felipe II, sino que el mar Mediterráneo queda convertido en el protagonista de la historia. No en vano dijo Braudel lo siguiente: «Amo apasionadamente al Mediterráneo, tal vez porque, como tantos otros, y después de tantos otros he llegado a él desde las tierras del norte» (Braudel 1992: 12).

Así, realiza un diálogo fructífero entre historia y geografía y con este libro genera otra forma de historia —a decir de Ruggiero Romano—, ya que muestra una enorme capacidad para hacer síntesis, entrelazar hechos, situaciones e ideas y hacer derivar de todo ello una cosa completamente nueva. Quiere decir que el autor logra que emerja, a partir de «verdades» parciales, una «verdad» de conjunto. En efecto, cuando uno se pregunta acerca de la importancia de los *Annales* relacionada con la propuesta de Braudel resalta con bastante nitidez *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, pues además del manejo del tiempo se advierte una diferencia marcada respecto a la anterior historiografía, debido a que como acaba de mencionarse el mar Mediterráneo, en su dimensión geográfica y espacial, adquiere un carácter central como personaje de la historia. Pero de la misma manera el mundo mediterráneo, su cultura, pueblos e instituciones adquieren protagonismo y tampoco dejará de tenerlo la política y sus actores, en este caso Felipe II, quien aparece representando una época. Este libro de historia es considerado como el más importante del siglo XX debido al alto nivel de la reconstrucción histórica, la capacidad con la que se presentan nuevas tesis interpretativas, la valoración de nuevos tipos de fuentes y la «invención» de nuevos tipos de tiempo debidamente jerarquizados (Romano 1997: 46).

Destaca su idea del tiempo, vinculada al espacio, que adquiere también un nuevo carácter no solo porque tratará al Mediterráneo no como un accidente geográfico, sino como un verdadero sujeto de la historia. Además, dicho el territorio será visto a través de su connotación política: «el Mediterráneo en la época de Felipe II», es decir, en una época determinada, lo que no excluye que proyecte sobre él una mirada de más larga duración.

En 1974 asistió Braudel a simposios y cursos en la Universidad Johns Hopkins en Baltimore. Por ese entonces escribe en tres volúmenes *Historia de la civilización*

*material y el capitalismo. 1400 -1800*³³. Esta obra se desarrolla en tres niveles: la vida cotidiana, el mercado y el capitalismo.

Se puede decir que Braudel es un especialista del tiempo. Supo describir de manera magistral el paso del tiempo y su influencia sobre el hombre, como había demostrado ya en su artículo «Posiciones de la Historia», aparecido en 1950³⁴. Pero es en el artículo «Historia y Ciencias Sociales. La larga duración», donde verdaderamente marcó un hito en lo que se refiere a su tratamiento del tiempo histórico³⁵. La larga duración vincula el presente con el pasado «Una forma, por consiguiente, de organización formal de los hechos históricos en ámbitos abstractos en los que los aspectos económico-sociales, político-ideológicos y culturales quedan entrelazados mediante los mecanismos deductivos de la causalidad estructural; la "historia total"» (Vidal 1999-2000: 6). Toma en cuenta algunos fenómenos de la historia de Europa entre 1300 y 1750 tocando temas de demografía, actividad marítima y comercio exterior.

Estas propuestas acerca de la temporalidad dejan ver que si bien los trabajos de los sociólogos, filósofos, artistas y críticos literarios tuvieron durante el siglo XX un impacto considerable acerca de las nuevas concepciones del tiempo aceptadas por la disciplina histórica, habría sido la idea de la multiplicidad de los tiempos sociales, elaborada por Maurice Halbwachs (en 1925 y 1950), el punto de partida de la reflexión de Braudel sobre la larga duración expuesta en 1958 (Le Goff 1991: 57-58).

Para Braudel, entonces, el objeto de la historia no es el individuo sino el hecho social. En este punto también se advierte una comunidad de criterio entre Febvre y Braudel y el empleo de la noción de estructura de manera diferente al uso que le daba en la antropología Claude Lévi-Strauss. Para Braudel la estructura aplicada a la historia es un ensamblaje, una arquitectura, una realidad que el tiempo tarda mucho en desgastar y transportar. Para el historiador no existe la estructura sino las estructuras, es decir, fenómenos geográficos, ecológicos, técnicos, económicos, sociales, políticos, culturales, etcétera, que permanecen constantes durante un periodo largo o que evolucionan de manera imperceptible. De esta manera, la

³³ El primer volumen apareció en 1967, en una primera redacción y los tres volúmenes completos en 1979.

³⁴ Esa publicación recogió la lección inaugural que dio en el Colegio de Francia el 1 de diciembre de 1950.

³⁵ Como lo anota Aguirre (1995: 21, nota 1), este artículo fue publicado inicialmente en 1958 en la revista *Annales*, pero simultáneamente a su aparición en francés fue publicado, traducido al español, en México y también fue reeditado en adelante en diferentes idiomas. De cualquier manera, en abril de 1944 Braudel ya habría elaborado su idea acerca del tiempo, pues en una carta dirigida a su esposa dice lo siguiente: «Una historia inmóvil del marco geográfico; una historia profunda de los movimientos de conjunto; una historia de los acontecimientos» (Braudel 1993: 94).

estructura es una organización, una coherencia que está viva porque tiene una dimensión temporal. Está hecha de procesos dialécticos de diversas instancias de la realidad y es, por consiguiente, plural. Constituye una base sólida pero no inmutable del devenir histórico.

A pesar de que se le ha imputado escaso sustento teórico, Braudel también habla de los modelos interpretativos que son instrumentos de investigación y conocimiento contruidos por el historiador y son particularmente útiles para descubrir las relaciones estrechas y constantes entre los fenómenos. Los hechos históricos son entendidos más como individualidades que como elementos que conforman unidades complejas (Corcuera 2000: 180-189). Los modelos interpretativos le sirven al historiador para vincular realidades de distinta índole. De esta manera, dichos modelos incluyen la historia consciente e inconsciente, los acontecimientos y los fenómenos sociales que los envuelven y les confieren significado.

A partir de 1967 y hasta 1979 se embarcó con un grupo de alumnos, colegas y amigos en un proyecto que debía estudiar la historia económica de Europa preindustrial, pero que incluyó algunas reflexiones sobre África y muchas sobre Asia y América, otorgando valor a la demografía. Sin embargo, no se contenta solo con la distribución poblacional sino que analiza los avatares del hombre al enfrentar el hambre y las enfermedades mientras explica cómo aumenta la población, ya que Braudel entendió que no se podía hablar de cambios mayores sino en términos globales. La obra a la que nos referimos fue *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV a XVIII* y comprendía tres partes. En la primera, denominada «Las estructuras de lo cotidiano», el autor hizo el registro de la vida material antes de la Revolución Industrial, la actividad diaria del hombre, sus rutinas, logros y herencias, pese a la insuficiencia de información que se podía obtener de las fuentes escritas. En la segunda sección, «Los juegos del intercambio», se refirió a la vida económica en diversos lugares, es decir, ciudades, mercados, depósitos, ferias, etcétera. En la última parte, «El tiempo del mundo», realizó un examen del funcionamiento del capitalismo entendiéndolo no como un modo de producción sino como una actividad humana inteligente que aprovecha las desigualdades, siempre presentes en la sociedad, para canalizar y acumular los recursos que el hombre necesita para desarrollarse. Utiliza el método comparativo y un esquema tripartito sustentado en la larga duración y establece una relación dialéctica entre las partes (Corcuera 2000: 190-191). Este abordaje muestra su distancia con el marxismo al dejar de lado la noción básica de modo de producción para interpretar el desarrollo capitalista.

Se puede considerar a esta obra como la más elaborada de su autoría, probablemente porque fue escrita en la madurez de su producción historiográfica

y reúne sus puntos de vista sobre la historia³⁶. Se nota en Braudel la vigencia del paradigma de la historia global, pues no hay problema que quede fuera de su campo de observación, gracias a un esfuerzo de síntesis basado en el análisis.

Como ya hemos dicho, en el primer volumen se ocupa de la cultura material, los objetos, ambientes, gestos de la gente y su alimentación. Del seno de esta vida material surge la actividad económica pequeña, así como una más grande en el ámbito internacional, pero naturalmente abarca los tópicos de la larga duración. Titula al primer capítulo como «El Peso del Numero», diciendo que «[...] la vida material son los hombres y las cosas, las cosas y los hombres [...]». El capítulo segundo se denomina «El Pan de Cada Día» y es allí donde analiza el impacto de la alimentación en la población y va de lo particular a lo general. Siendo otro rasgo característico el hecho de que el arroz, el trigo o el maíz son considerados por Braudel como productos centrales para la alimentación. No escapa a este análisis la historia de los precios y su variación en el tiempo. En tanto que en el tercer capítulo plantea la oposición entre lo superfluo y lo necesario, la vida cotidiana del rico y la del pobre. El capítulo cuarto trata sobre las viviendas, el hábitat y la moda en Europa, Asia y África.

Desde sus inicios, Braudel es ecléctico al trabajar la historia, lo que lo hace un perfecto ejemplo de la llamada Escuela de los *Annales*; toma de la geografía, de la antropología y de la economía importantes conceptos para estudiar la historia. Fiel a la tradición de la tendencia señalada por Bloch y Febvre entra en diálogo con otros especialistas, se vale de sus conocimientos y perspectivas pero critica a los sociólogos y los antropólogos que no utilizan la perspectiva histórica. Como ya habíamos indicado, se ha advertido la influencia de la obra de Durkheim en la de Braudel, en especial el ensayo «Representaciones individuales y representaciones colectivas» publicado en 1898 y «Notas sobre la definición de civilización», que Durkheim publicó con Marcel Mauss en 1913 (Romano 1997: 36-37).

Está comprobado, gracias a su propio testimonio, el peso que tuvo en su idea acerca del tiempo todo lo relacionado con el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial. Y se ha entendido que sus postulados al respecto habrían sido una respuesta a las circunstancias y a los acontecimientos generados por la guerra, un rechazo intelectual desde la toma de distancia crítica, lo que le permite distinguir el «tiempo de los acontecimientos», ese tiempo corto y frenético del día a día, de un tiempo «menos corto» y aún de otro «mucho más largo» (Romano 1997: 24).

Para Braudel la gran meta del historiador es la globalidad entendida de una manera nueva: sobrepasar sistemáticamente los límites, puesto que no existe un

³⁶Se considera que es el resultado de treinta años de lecciones y conferencias del autor en el Colegio de Francia.

problema de historia que sea independiente y se nos presente circundado por muros. Evidentemente no plantea el autor la pretensión de escribir una historia total del mundo, se trata de otra cosa, de la búsqueda de una comprensión abierta y completa de los fenómenos históricos a partir del convencimiento de que los hechos no son aislados sino que tienen un carácter complejo que requiere de una perspectiva amplia de análisis. Acuña el término geohistoria, dado que los espacios geográficos y su estudio constituyen un medio para la observación del hombre y sus relaciones (Romano 1997: 62).

Su estilo es elegante, didáctico y sencillo, y se dirige al lector de varias maneras, en primera y en tercera persona y su aparato crítico suele contener numerosas citas y notas. Combina el empleo de metáforas para darse a entender mejor con el uso de conceptos de carácter estadístico o económico que también son explicados de manera simple.

A partir de 1948, cuando ocupó distintos cargos académicos, parte importante de su tiempo y de su obra se dirigen a desarrollar lo que se ha llamado «su política científica». Tomando en cuenta lo señalado por Aymard diremos que sus puntos fundamentales serán:

- El desarrollo sistemático y planificado de las investigaciones históricas, según las orientaciones abiertas por su obra *El Mediterráneo...* y la de Ernest Labrousse, *La crisis de la economía francesa al fin del antiguo régimen y al inicio de la revolución*. Significa la utilización sistemática de las fuentes seriales; el desarrollo de una historia cuantitativa capaz de ilustrar las estructuras profundas y los movimientos de conjunto de la economía y de las sociedades; y,
- La organización del diálogo y el trabajo común entre las disciplinas sociales, particularmente entre la antropología, la economía, la sociología y la historia, convirtiéndose esta última en el «lenguaje común» a todas. Prueba de ello son sus trabajos *Historia y ciencias sociales, la larga duración*, lo mismo que *Historia y sociología* (1958), *Unidad y diversidad de las ciencias humanas*, además de *La demografía y las dimensiones de las ciencias del hombre* (1960) (Aymard 1993: 99-101).

A través de su *Mediterráneo y el mundo mediterráneo...*³⁷ este historiador mostró que, más allá de la reconstrucción histórica, lo que interesa es la observación de los diferentes ritmos en la marcha de los elementos constitutivos de aquella porción del pasado que se convierte en su objeto de estudio y, asimismo, deja de

³⁷ Su tercer propósito consistente en realizar una reforma de la enseñanza de la historia para integrarla al estudio de las ciencias sociales en todos los niveles educativos. Esta no tuvo éxito.

considerar a los mares como espacios encerrados dentro de sus fajas costeras, sino más bien incorporados a los ámbitos terrestres, pues si para Labrousse la cultura estaba ligada a la política y a las ideologías, Braudel se abre a todas las preguntas y posibilidades y por eso va de lo material a lo intelectual, como una manera de comprender los obstáculos que se oponen a los cambios (Romano 1997: 68 y 83 y Roche 1999: 28).

Su última obra, que quedó inconclusa, fue *La identidad de Francia*. Allí retoma temas del *Mediterráneo...* y vuelve a evocar elementos geográficos y otros manifestados en *Civilización material*, afirmando su idea de una historia global³⁸. Como era de esperarse por la importancia y la repercusión de Braudel y su obra, este autor ha sido objeto no solo de alabanzas sino también de críticas, particularmente desde el marxismo, a partir de la década de los sesentas de su propio siglo. Corcuera resume los cuestionamientos que se le han hecho de la manera siguiente: «La importancia fundamental que concede a las estructuras impersonales de carácter geográfico, biológico, social y económico a expensas de la cultura dio a las explicaciones históricas de Braudel cierto carácter determinista» (Corcuera 2000: 193).

En 1986 se publicó en tres volúmenes y bajo el título *La identidad de Francia* una obra póstuma que Braudel había dejado inconclusa. Allí el autor buscaba los orígenes de la identidad francesa, desde la época de la Galia e intentaba también responder por qué permanentemente Francia había fallado en su esfuerzo de detentar la hegemonía económica en Europa y en Occidente. Braudel intenta una respuesta acudiendo a sus tesis clásicas y por ello alude a la construcción de una conexión entre el Mediterráneo y el Mar del Norte, la decadencia de las conexiones terrestres, el decaimiento del antiguo rol del «istmo francés», el nacimiento de una nueva fachada atlántica en Europa y la inferioridad marítima francesa. Asimismo, introdujo tesis nuevas como la existencia de un largo ciclo milenario de expansión de la economía y del mundo europeo que habría sucedido a otro ciclo depresivo (Aguirre Rojas 2000: 60 y ss.).

8.4. LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

En el caso específico de la historiografía en España los cambios deben relacionarse a la obra de algunos historiadores extranjeros que se ocupaban de temas españoles como Bartolomé Bennassar, Marcelin Defourneaux, Earl Hamilton o Pierre Vilar, entre otros y de nacionales como Jaime Vicens Vives, Antonio Domínguez Ortiz,

³⁸ Publicada en París en 1986 fue en realidad la primera parte de un proyecto mayor que consideraba además otros dos trabajos: el «Nacimiento de Francia» y «El destino de Francia». Véase Romano (1997: 11-12).

Juan Mercader Riba, Valentín Vázquez de Prada y Felipe Ruiz Martín, algunos de los cuales habían sido discípulos de Braudel. Hay que mencionar que la historiografía española estuvo y permanece todavía marcada por el interés acerca de los estudios americanistas. Cabe mencionar, entre muchos y a manera de ejemplo, la figura de Guillermo Céspedes del Castillo, reputado americanista a quien se puede considerar también como la manifestación de una historiografía en proceso de transformación que conservó su impronta tradicional, pero que se abrió prudentemente a nuevos temas debido en gran medida a su permanencia en Estados Unidos entre 1969 y 1974. Además de los temas americanistas y de la historia atlántica se interesó por temas de carácter historiográfico y suele mencionarse a este historiador como un pionero en España de la historia económica y social. Los títulos y características de sus trabajos así lo demuestran y hay que señalar dos cosas: que estuvieron basados en una minuciosa consulta documental y que denotan un agudo sentido interpretativo que, en su caso, giró en torno a asuntos culturales, políticos y socioculturales. Entre sus principales trabajos se cuentan: *Antología de Textos y documentos de la América Hispánica*, publicación con carácter específicamente didáctico; *La avería en el comercio de Indias* (1945); *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del virreinato del Río de la Plata* (1946); «Reorganización de la Hacienda virreinal peruana en el siglo XVIII» (1953), que fue su importante contribución a la *Historia social y económica de España y América*, a cargo del historiador catalán Jaime Vicens Vives y que se publicó en 1957; *Las Indias en los siglos XVI y XVII, América Hispánica (1492-1898)*, editado en 1983; *La exploración del Atlántico e Historia de la América virreinal* (1991), *Historia Atlántica* (2006), entre otras publicaciones.

En la primera mitad del siglo veinte destaca Claudio Sánchez-Albornoz, cuya obra se orientó a la búsqueda de una interpretación de la historia española alentado por sus convicciones y dudas políticas, la experiencia de la Guerra Civil y su exilio en América, a pesar de que se definía a sí mismo como «español, demócrata, liberal, católico y socializante», contrario a la intolerancia de los sectores tradicionales y a la intransigencia de los más radicalizados. Escribió *España, enigma histórico* (1957), al año siguiente *Españoles ante la historia* y en 1975, *Mi testamento histórico político*, trabajos más bien especulativos que manifiestan también su preocupación por descifrar el origen de la «herencia temperamental del *homo hispanicus*», a la que atribuía todos los males de su nación. Sin embargo, hay que anotar que fue un especialista en la historia de la Edad Media española publicando, entre otros, los siguientes títulos: *Estudios sobre las instituciones medievales españolas* (1965); *Investigaciones sobre historiografía hispana medieval (siglos VIII al XIII)* (1967); *El Islam de España y el Occidente* (1974); *Orígenes de la nación española. Estudios*

críticos sobre la Historia del reino de Asturias, obra publicada en tres tomos entre 1972 y 1975.

Al escribir en 1924 y 1927 sobre los señoríos de behetría, trabajos que fueron recopilados en 1976 bajo el título *Viejos y nuevos estudios sobre las instituciones medievales españolas*, respondió a las teorías del historiador alemán E. Mayer, quien creía que los campesinos de behetría eran dependientes territoriales y sostenía también que las tierras que cultivaban dichos campesinos provenían de las antiguas tercias romanas. En cambio, Sánchez-Albornoz pensaba que eran formas de encomienda, donde predominaban los campesinos libres, quienes podían elegir al señor. Para hacer la refutación analiza los preceptos ubicados en sus respectivos fueros y busca luego el sentido de los vocablos en juego en otros fueros de sociedades agrarias semejantes, donde encuentra disposiciones equivalentes, las cuales somete a examen filológico, coteja todo con información bibliográfica y con documentos posteriores para, finalmente, evaluar la evolución de la norma. Como corolario a la refutación de las teorías de Mayer, Sánchez-Albornoz reconstruye el proceso intelectual que aquel debió haber seguido —el orden de su lectura de las fuentes, evidencia descartada deliberadamente, ediciones documentales elegidas de acuerdo a su conveniencia, el proceso que llevó de una idea a otra, hipótesis creadas para superar contradicciones—, lo que da cuenta de la experiencia de este historiador español como investigador y de su dominio de la metodología de corte tradicional que cultivaba, pero obviamente también, de su agudeza para el análisis.

En el caso de José Antonio Maravall tenemos a un reconocido historiador español especialista en el periodo del Antiguo Régimen (siglos XVI y XVII) cuya formación tradicional no le impidió introducir en su país el cultivo de la historia de las ideas y de la cultura, gracias a su contacto en Francia con las corrientes renovadoras que arrancaron en la década de 1930 y que personalmente compartió durante su permanencia en París entre 1949 y 1954.

Se movió entre lo particular y lo general de la historia de España y el contexto general de Europa y Occidente. Se interesó tanto por las diferencias, como por los elementos de unidad a lo largo de esa historia pero en una postura antiesencialista. Por ello es que también debe considerársele como un exponente de la renovación historiográfica española contemporánea desarrollando el campo de la historia social en el aspecto cultural y de las mentalidades. Entre sus trabajos se cuentan: *Concepto de España en la Edad Media* (1954); *Poder, honor y elites en el s. XVII* (1979); *Utopía y reformismo en la España de los Austrias* (1982); *Estudios de Historia del pensamiento español* (1984) y *La literatura picaresca desde la historia social* (1986). Temas que reflejan sus intereses y perspectivas son, por ejemplo, las relaciones y discrepancias entre el intelectual y el poder, estudiado por este autor

a lo largo de la historia española y de Europa occidental. En *El mundo social de la Celestina* los asuntos centrales son el individualismo y el sentimiento de libertad. Sostiene que el peso cobrado por el primero de los mencionados coincide con la llamada crisis de la modernidad, época cuya primera fase se localiza en el siglo XV y que habría de desarrollarse en la época del Renacimiento, bajo la forma del llamado «descubrimiento del individuo», derivándose de allí la también denominada «libertad moderna». Uno de los textos más considerados de este autor ha sido, sin lugar a dudas, *La cultura del barroco. Análisis de una estructura histórica* (1975). Su tesis central en este trabajo es que la cultura del Barroco surge en un contexto de crisis social originada por cambios y fluctuaciones de la economía durante el siglo XVII y entiende que se trató de una suerte de respuesta ofrecida por los grupos más activos e influyentes de la sociedad en crisis debido a las graves fluctuaciones en la economía del siglo XVII. Pero en realidad va más allá, puesto que también discute la validez del mismo concepto barroco y ubica las tensiones sociales de la época —tanto las de carácter manifiesto como latente—. El Barroco es presentado como una estructura histórica en el entendido de que el conjunto de los hechos que la conforman poseyó una articulación interna característica de la época estudiada. Identifica a la cultura barroca como: dirigida, masiva, urbana pero conservadora. Profundiza en su tema de estudio al develar el modelo de pensamiento y percepción que dan lugar a los supuestos de la comunicación artística y literaria.

Por la década del sesenta en la historiografía española crece el interés por las estructuras sociales y la temática abarca grupos más amplios y diversos, como por ejemplo, gremios y moriscos. La historia social aspira a la totalidad y hace uso de un conjunto más amplio de fuentes. En este periodo se advertirá cierta gravitación de historiadores marxistas pese a que a estas alturas la ortodoxia marxista aplicada a la historia ya declinaba en otros lugares, permaneciendo la influencia de la historiografía francesa y anglosajona. A lo largo de las dos décadas siguientes se acentúa la preocupación por los aspectos sociales, demográficos, estructuras dominantes, modos de producción, mentalidades, sistemas de representación y actitudes colectivas. Por eso puede decirse que el interés se concentra en las relaciones entre sociedad y cultura. Ejemplo de esta historiografía serán los trabajos de Bannasir: *Los españoles* o de Manuel Espadas Burgos: *Aspectos sociológicos de la alimentación española*. También destaca el interés por aspectos de la religiosidad, historia de la mujer, historia política centrada en el estudio de las élites de poder, estructuras familiares y prosopografía. La historiografía española de los ochenta se preocupó por encontrar un modelo propio de interpretación global pero también una síntesis general.

Podría decirse que ya por la década de los ochenta se advierte no solo una eclosión historiográfica en España sino que ella parece caracterizarse por su interés por la historia reciente, lo mismo que por la historia local y regional, el surgimiento de una nueva historia social desprendiéndose de los estudios sobre el movimiento obrero para emprender más bien una historia de los movimientos sociales y la renovación de las historias política y económica. Al mismo tiempo se ha denunciado el hecho de que dentro de la abundancia de trabajos históricos, aquellos de reflexión teórica resultan muy escasos, a excepción de aportes como los de Fontana o Aróstegui y otros pocos especialistas en esa materia (González 1996: 81 y ss.)³⁹.

8.5. LA HISTORIA ECONÓMICA

De gran importancia, sobre todo en gran parte del siglo XX, una porción de esta historiografía estuvo fuertemente marcada por el marxismo, pese a que considerada en su conjunto llegó a ser cuestionada exigiéndose su renovación al finalizar la centuria. La principal crítica se enfiló a señalar que una de sus limitaciones importantes había sido el empleo de instrumentos inadecuados y creer en la existencia de leyes económicas absolutas, válidas para siempre y en cualquier lugar (Romano 1999: 22-24).

En realidad, hay que reconocer que el empirismo británico estuvo en la base del nacimiento de una historia económica sustentada también por el desarrollo adquirido por los estudios de Economía. Así, en 1907 y 1921 J. H. Clapham publicó dos trabajos sobre la industria textil y el desarrollo económico en Francia y Alemania entre 1815 y 1914, respectivamente. Por su parte R. H. Tawney, que a la sazón era profesor de Economía, publicó en 1912 un estudio en el que trataba problemas agrarios en la Inglaterra del siglo XVI. Puede considerarse como corolario de este aporte británico inicial al desarrollo de la historia económica la salida a la luz en 1926 de la *Economic History Review*.

Hacia la década del sesenta se produce su auge y hay que mencionar que en Estados Unidos sus cultores se vinculaban a los departamentos de Economía, ya que interesados en la macroeconomía basaban su trabajo en análisis estadísticos, en tanto que en Francia se ubicaban en los departamentos de Historia, dirigiendo su atención a la obtención de datos y abundante información de carácter cuantitativa que les permitiera, a través de su sistematización, visiones de largo alcance acerca de precios, salarios, producción, renta, etcétera. En el caso de Inglaterra se optó por la creación de unidades académicas especializadas cuya denominación

³⁹ Pueden consultarse Valdeón (1995) y De la Granja (1995).

era, justamente, historia económica. Y en España se puede ver el cultivo de una historia económica de corte más bien «tradicional», por decirlo de esa forma, diferente a la de corte marxista en el otro extremo. En el primer caso podría mencionarse como ejemplo los trabajos de García-Baquero y, en el segundo, la obra desarrollada por Josep Fontana.

Antonio García-Baquero publicó en 1975 su tesis de doctorado bajo el título de *Cádiz y el Atlántico*, cuyo impacto en la historiografía española de ese momento se debió al hecho de que se consideró que era un estudio modélico del monopolio comercial de Cádiz con las Indias. En *Andalucía y la Carrera de Indias (1492-1824)* se ocupó de manera específica del fenómeno de retorno: el impacto del negocio de Indias en el mercado andaluz y en la articulación de las redes económicas regionales. *Tres siglos del comercio sevillano* (1976) resultó un estudio bastante completo de la actividad mercantil de Sevilla. Esta línea de investigación lo llevó a fijarse en la dimensión social y familiar del comercio con Indias, tal como se dejó ver en su *Libro y Cultura burguesa en Cádiz* (1988) y también *Comercio y burguesía mercantil en el Cádiz de la Carrera de Indias*. Experto conocedor de las reformas borbónicas, participó en las principales síntesis de referencia sobre la España del siglo XVIII en los volúmenes tercero y cuarto de la *Historia de Andalucía*, dirigida por Antonio Domínguez Ortiz.

José Fontana fue discípulo de Vicens Vives, pero en su pensamiento se advierte la influencia de E. P. Thompson, Pierre Vilar, Gramsci y Walter Benjamin. Es reconocido como uno de los historiadores españoles contemporáneos más destacados y representante de una historiografía renovadora, pues introdujo en el mundo editorial hispánico a la tradición historiográfica marxista británica contemporánea. Los principales temas que ha abordado remiten a la historia económica y la España del siglo XIX y su encendida crítica a la corriente historiográfica de los *Annales*, además de trabajos de carácter metodológico e interpretación teórica. Por ejemplo, se ha mostrado crítico de la historia económica «cientifista», como ha sido el caso de la llamada Cliometría.

Su producción historiográfica es considerable, así que mencionaremos algunos de sus trabajos. *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*, publicado por primera vez en 1971, pero que tiene varias reediciones; *La crisis del Antiguo Régimen* y también *La historia después del fin de la historia* (ambos corresponden a 1992). En la segunda de las obras mencionadas analiza la situación de la historiografía como resultado del retorno de la narrativa y el decaimiento de la historiografía marxista, a estas alturas considerada tradicional y propone la necesidad de volver a intentar una historiografía crítica colocando al presente en el centro de sus preocupaciones. A este interés responden sus trabajos *Historia: análisis del pasado y proyecto social* (1993) y *Europa ante el espejo* (1994). Este último es

un libro en el que Fontana contesta a unas preguntas que le formulara Le Goff, como por ejemplo: cómo son los europeos, de dónde vienen y a dónde van. El ingenioso método utilizado por el autor es acudir a una serie de espejos en los que cree que se reflejan situaciones o individuos que los europeos consideraron ajenos, pero que a través de los cuales configuraron su identidad. También son de destacar *Introducción al estudio de la historia* (1999) y *La historia de los hombres* (2001), donde analiza los usos y abusos de la historia desde la Antigüedad hasta el presente. Critica la idea de progreso y su sentido de dirección única para el desarrollo de la humanidad; para mostrar la diversidad y la multilinealidad llama la atención acerca de las aportaciones de los pueblos no europeos y también la importancia de la cultura de las clases populares. *La construcción de la identidad*, publicado en 2006, tiene como tema central la construcción del Estado-nación y su problemática, junto con sus reflexiones respecto al nacionalismo y el socialismo.

8.6. LA INFLUENCIA ANTROPOLÓGICA

El abordaje del pasado en diálogo con otras disciplinas ha tenido no solo considerable aceptación, sino que el empleo de una perspectiva antropológica en manos de los historiadores ha rendido muchos y, a nuestro entender, buenos frutos. Se ha «exorcizado al pasado», en el sentido de acercarse a él de la manera como un antropólogo se aproxima a sociedades y culturas diferentes a las propias. También se ha prestado especial interés a los fenómenos culturales vistos en sus dimensiones materiales e inmateriales en relación con otro tipo de eventos del pasado. Un ejemplo de esta manera de estudiar al tiempo pretérito puede ser el caso del historiador, antropólogo y comunicador británico Alan Macfarlane, cuyos campos de estudio son el Himalaya y la historia japonesa y británica. Su obra está conformada por asuntos variados: desde la brujería en la Inglaterra isabelina, hasta los problemas demográficos de los gurungs de Nepal, pasando por los efectos fisiológicos económicos y políticos del uso del té, el impacto de la invención del vidrio y el pensamiento de la Ilustración. A dichos temas suele dar un tratamiento amplio y adquieren cierta unidad al contar con dos hilos conductores: en todos los casos busca explicar la naturaleza y los orígenes de las transformaciones que han abierto el paso a la sociedad moderna. Por otro lado, el carácter pragmático de sus investigaciones pretende la aplicabilidad a la vida cotidiana sus conocimientos históricos, antropológicos y filosóficos (Andrade 2005: 103). Su obra refleja gran interés por recoger una amplia y variada información —data—, analizarla y emplearla acudiendo casi permanentemente al método comparativo.

En su libro *El Imperio del Oro Verde* relata sus vivencias junto a su madre Iris —que figura como co-autora—, durante los años en que la familia vivió en la provincia india de Assam, centro mundial del cultivo de té. A partir de esa experiencia personal se ocupa de las principales «culturas del té», es decir, Japón, China, India, Francia y Reino Unido, entre otras, para mostrar cómo esta planta se convirtió en un poderoso motor, sobre todo en lo social y económico. Otro tanto se debe decir respecto a *La historia invisible: el vidrio, el material que cambió el mundo* escrito junto con Gerry Martin. En esta obra prima una visión antropológica a la hora de tratar a través de la historia el asunto del descubrimiento, la evolución y la utilización del vidrio, desde su descubrimiento en el Cercano Oriente hasta nuestros días, pasando por la antigua Roma, el Renacimiento europeo, la Ilustración y la Revolución Industrial. Sin embargo, no debe dejar de mencionarse que en la citada obra se analizan también a las culturas de China y Japón, pese a que en ellas no se expandió el uso del vidrio.

Aunque sin dejar de lado la impronta antropológica —o por lo menos «culturalista»—, un trabajo de perspectiva más fuertemente histórica que realizó junto con Keith Thomas ha sido *La caza de brujas en la Europa Moderna*, cuya versión en inglés corresponde a 1970. Allí se ensayó una explicación del asunto que incidía en las tensiones internas que caracterizaban a la aldea campesina tras la salida de la fuerte crisis del siglo XIV. Así pues, el temor a las brujas y las persecuciones que se producían expresaban el conflicto no resuelto entre las obligaciones de vecindad correspondientes el viejo código ético-comunal y las cada vez más influyentes formas de individualismo que aparecían como consecuencia del avance del capitalismo en el campo inglés.

En *The Family Life of Ralph Josselin: A seventeenth century clergyman. An essay in historical anthropology*, publicada en 1970, la impronta antropológica se hace evidente una vez más. Macfarlane se refiere, en primer lugar, a la política y economía del mundo eclesiástico para tratar más en detalle el ciclo vital, el mundo social y familiar y el universo mental del personaje central de su investigación, junto con sus parientes y allegados. En 1978 se editó su *The origins of English individualism: the family Property and Social Transition*, donde ensaya una explicación acerca de la naturaleza de la sociedad inglesa y de sus diferencias respecto a las demás naciones europeas. Al replantearse las teorías de sociólogos e historiadores acerca de la transición social hacia el capitalismo, el resultado es un conjunto de nuevos puntos de vista acerca de temas como la naturaleza de la propiedad, la producción y la movilidad geográfica y social.

Macfarlane también ha publicado *La Cultura del capitalismo*, cuya versión original en inglés corresponde a 1987. Argumenta que el capitalismo no solo es un sistema económico sino una cultura que afecta naturalmente a lo material,

pero también a las bases sociales, familiares y espirituales de la existencia. Por esa causa desfilan en su trabajo diversos temas, cuyo tratamiento se explica por dicho punto de vista: actitudes, violencia, cambios demográficos, revoluciones, etcétera. También en 1987 vio la luz *Marriage and Love in England: Modes of Reproduction 1300-1840*. Aquí el punto de partida fue un análisis del «sistema matrimonial Malthusiano», para seguir con el tratamiento de asuntos como el valor de los niños y los propósitos y roles matrimoniales, incluyéndose, entre otras cuestiones, quién controla la decisión matrimonial, el amor romántico y la duración del matrimonio⁴⁰.

En *The making of the modern world. Visions from the West and East*, obra publicada el año 2002, señala que al comienzo del tercer milenio el mundo muestra un conjunto grande de cambios políticos, económicos e ideológicos, los que a su vez condicionan cambios en lo relativo a las nociones de libertad, igualdad y equidad, por ejemplo. Para dar cuenta de ello Macfarlane estudia los puntos de vista de dos pensadores como F. W. Maitland (1850-1906) y Yukichi Fukuzawa (1835-1901) utilizando un método comparativo y haciendo su análisis en perspectiva histórica. El año 2005 publicó *Letters to Lily: On How the World Works*, un libro que tiene forma de epistolario, estilo que se explica debido a que este trabajo está dirigido a su nieta, con el propósito de que al leerlo más adelante pueda entender los fenómenos más importantes del mundo moderno y pueda adaptarse a vivir dentro de él. Los temas que aborda son de naturaleza muy variada, pero destaca las características y el rol, que a juicio del autor, ha tenido la civilización inglesa en la formación del mundo moderno. Considera que Inglaterra no desarrolló un proyecto moderno y atribuye a la condición geográfica de dicho país el punto de partida de su éxito, aunque llama la atención que el autor contemple que la casualidad ha tenido también un papel importante en el fenómeno estudiado (Andrade 2005: 103).

8.6.1. La Etnohistoria

Considerada inicialmente una parcela derivada de la Antropología, que debía ser entendida no como un verdadero género historiográfico, sino más bien como un método adoptado por aquellos historiadores que se ocupaban de las llamadas sociedades tradicionales a lo largo de la historia. En efecto, fue definida como la historia documentada de las culturas y movimientos de pueblos primitivos, con énfasis especial en los indios americanos. Pero, aproximadamente desde 1992 en

⁴⁰ Empleando la misma perspectiva malthusiana publicó en 1997 *The savage Wars of the Peace. England, Japan and the Malthusian Trap*. Según su propio testimonio este trabajo fue hecho a partir de diciembre de 1993 cuando escribió el que sería, finalmente, el capítulo dedicado a la demografía.

adelante, algunos han identificado la Etnohistoria con Antropología Histórica, caracterizándola como una confluencia interdisciplinaria que se ocupa del otro social, desde la perspectiva de la etnicidad y considerando sus transformaciones a través del tiempo.

En efecto, durante la década de los sesenta un crecido número de historiadores no solo privilegiaron temas y problemas tales como la dicotomía cultura docta y popular, sino que se constituyó la llamada Antropología Histórica. Así, en 1980 la *Encyclopaedia Universalis* ya le dedicaba un artículo a la «naciente disciplina», pero indicando que se trataba más bien de una suerte de redescubrimiento de una tradición historiográfica muy larga, desde Heródoto mismo, pasando por la historiografía francesa del XVI, el Romanticismo y el Iluminismo. Destinada a rastrear los progresos de la civilización se entendió que esta disciplina debía ser eminentemente analítica, interesada por las colectividades más que por los individuos, por la evolución de las sociedades mejor que por la de las instituciones, por las costumbres antes que por los acontecimientos. Ejemplo de lo cual sería el interés por un tema nuevo: la historia del cuerpo (Lorandi y Wilde 2000: 40-44 y Le Goff 1991: 129).

El contexto académico dentro del cual se produjo su mayor desarrollo debe ubicarse a mediados de la década de los sesenta, cuando muchos investigadores manifiestan su preocupación acerca de la «historia cultural de los pueblos del mundo». El punto de partida fueron los estudios antropológicos de los pueblos no occidentales, pero la etnohistoria se había institucionalizado, en realidad, una década antes, precisamente en Estados Unidos cuando se crea la *American Society for Ethnohistory* y comienza a aparecer la revista *Ethnohistory*.

De esta manera, los etnohistoriadores fueron precisando una visión de las sociedades tradicionales poniendo en tela de juicio su supuesta inmutabilidad, discutiéndose además la idea de que tales sociedades eran pueblos sin historia. Ya no se trataba solo de rescatar la llamada prehistoria no escrita, sino que también se busca resolver reclamos indígenas. A lo largo de la década de 1960 el empleo del concepto «primitivo» como calificativo aplicado a las sociedades tradicionales es criticado por antropólogos como etnocéntrico. También se cuestionó el privilegio casi exclusivo del que gozaba la fuente documental, tanto en la definición misma de lo histórico como en la tarea de investigación del pasado. En la década siguiente algunos historiadores angloamericanos respondieron a las críticas de etnocentrismo que les habían hecho algunos etnohistoriadores y es así que se escriben revisiones autocríticas de la historiografía eurocentrista, sobre el período colonial americano, buscando asignar un papel importante a las poblaciones indígenas antes sublimadas por lo historiografía tradicional. Es en este momento que se intenta redefinir a la etnohistoria como la historia de las múltiples y cambiantes fronteras entre culturas

diferentes. También se enfatizó que el método etnohistórico era principalmente de archivo, es decir, sobre documentación escrita (Turner 1998: 459-461). En 1976 Franklin Pease, historiador peruano y figura destacada en el campo de la etnohistoria en América, llamaba la atención acerca de una lectura diferente de la documentación que formaba parte de la propuesta de los etnohistoriadores:

Es necesario comprender una vez más que la información histórica está muchas veces al margen de los papeles, o tal vez entre líneas en ellos mismos por encima o por debajo del discurso. Cuánta documentación no utilizada porque no proporcionaba "datos" sobre personajes y sus actos, cuando en realidad la mayoría de los actores de la historia no son precisamente identificables, y cuando aquellos cuyos nombres nos quedan no serían tal vez los más importantes en los largos procesos de la historia del hombre (Pease 1996-1997: 207).

Además, si bien sostenía la provisionalidad e imprecisión del término «etnohistoria», reconocía que el mismo denotaba los contactos posibles entre los aportes y las tácticas de trabajo de disciplinas afines:

Conscientes de que la etnohistoria es un algo todavía magro y provisional, creemos que mientras no sea posible encauzar la historia del área andina bajo criterios elaborados a base de su propia realidad, será necesario mantenerla. No se trata entonces de pensar en la etnohistoria solamente como una antropología del pasado más remoto, previo a la invasión europea y a la existencia de materiales documentales, tampoco de entenderla como el estudio de la población sobreviviente a la invasión y a la dominación permanente hasta nuestro tiempo en el medio rural; no es la historia del buen salvaje a la que nos sentimos inclinados quienes hablamos de etnohistoria en los Andes (Pease 1996-1997: 217).

Si bien la etnohistoria usó la documentación colonial y la tradición oral recogida en dicho periodo para estudiar el pasado anterior al mismo de las poblaciones nativas, más adelante estudiará también a dichas sociedades en los contextos coloniales y avanzará a los periodos siguientes, conservando las fuentes pero diversificando los temas y los sujetos de análisis, ya que se ocupará de sectores y culturas tradicionales y marginales de todo tipo y no solo de las poblaciones aborígenes. Conservará la perspectiva inicial, ya que todos estos sujetos entrarán en el concepto de «sociedades tradicionales», aunque debe precisarse que hace más bien poco tiempo se ha empezado a tratar de manera específica la relación de las poblaciones aborígenes con otros grupos cambiando la perspectiva que tradicionalmente empleaba nociones como resistencia, resistencia-consensual y aculturación, para dar paso al criterio sustentado en la noción de etnogénesis. En efecto, solo ha sido en las dos últimas décadas del siglo XX cuando empleando la noción de etnogénesis —planteada en 1971 por Sturtevant— se va intentando

dar cuenta de procesos variados que mostrarían las transformaciones de un mismo grupo a través del tiempo gracias a la incorporación de elementos exógenos o redefiniendo y reconstruyendo su identidad a partir de relaciones con el/los otro/s. La noción se ha empleado también para estudiar los procesos de segmentación y etnificación (Jong y Rodríguez 2005: 10).

A pesar de los frutos proporcionados por la etnohistoria y de su popularidad en diferentes partes del mundo, particularmente en América, este género historiográfico, que más bien pudiera tenerse como un método surgido dentro de la historiografía contemporánea aplicable al estudio de las sociedades tradicionales, ha recibido algunas duras críticas como las de Ruggiero Romano:

¿Por qué se ha recurrido a esta cobertura antropológica cuando en el fondo el estatuto de la ciencia histórica funcionaba bien? Aparentemente, recurriendo a la Antropología, el territorio de la historia se ha ampliado. Pero, lo repito, solo en apariencia, pues los *modos* de tratamiento permanecieron bastante tradicionales (Romano 1997: 101).

Es a todas luces innegable que el método etnohistórico diversificó las fuentes documentales y abrió importantes vías para el uso de nuevas fuentes para la historia, pero sobre todo los préstamos y los contactos que se dieron y se dan todavía entre Antropología e Historia están relacionados con la factibilidad de la primera de proveer, a ciencia cierta, estrategias discursivas que hagan posible captar las múltiples voces que se manifiestan en la tarea de reconstrucción histórica. Estrategia plausible y desde hace tiempo parte inherente del trabajo del historiador (Marquiegui 2003: 226-227). Lo cierto es que en el último tercio del siglo XX la etnohistoria aún parecía confundirse o identificarse con la antropología cultural, tendencia que muchos de los etnohistoriadores siguen hasta ahora.

En suma, la aparición y cultivo de la llamada Etnohistoria significó la apertura hacia nuevas corrientes teóricas, especialmente las antropológicas, pero a la vez se trataba de una confluencia interdisciplinaria que se ocupaba del otro social, desde la perspectiva de la etnicidad, buscando observar sus transformaciones a través del tiempo. En efecto, como lo recuerda Viazzo, el tema de los otros adquiere nuevos bríos cuando obras hechas por economistas como André Gunder Frank e Immanuel Wallerstein sobre las sociedades subdesarrolladas de América Latina (1967) y la economía mundo (1974), respectivamente, llegaron a ejercer gran influencia entre antropólogos e historiadores. Será, sin embargo, el trabajo de Eric Wolf, un antropólogo comprometido con el diálogo entre Antropología e Historia, el que produjo un decisivo impacto respecto al enfoque desde «los otros». De hecho, la obra que estamos tomando en cuenta se tituló *Europe and the People without History*, que vio la luz en 1982, año en el que el antropólogo Marshall Sahlins en

Islands of History advertía la necesidad de una lectura antropológica de los textos históricos cuando se trataban asuntos referidos a poblaciones primitivas o sociedades tradicionales, sobre todo indígenas, y se llegó a llamar al etnohistoriador «antropólogo de archivo» (Viazzo 2002: 301 y ss.; Jiménez 1972:168). De cualquier manera, la adscripción más bien permanente de numerosos historiadores del área andina en el continente americano a esta tendencia dice mucho acerca de las ventajas de su aplicación a los estudios históricos y antropológicos.

8.6.2. El estructuralismo

El surgimiento del estructuralismo nos ubica en la década del sesenta, pues contemporáneamente al desarrollo de la genética molecular —dice Jorge Basadre— surgió esta corriente como un nuevo planteamiento del viejo conflicto epistemológico entre el materialismo y el idealismo. En efecto, materialistas e idealistas daban por descontado que toda la información recogida por nuestros sentidos llega a nuestra mente. Para los primeros, gracias a esos datos, la realidad se refleja en el pensamiento como en un espejo, mientras que para los segundos con el material de dicha información la realidad es construida dentro de nosotros mismos. Lo que aporta el estructuralismo es la noción de que el conocimiento acerca del mundo penetra en la psiquis no como materia cruda sino de un modo altamente abstracto y a través de las estructuras. Además, postula que en el proceso de transformar poco a poco en estructuras el fermento primario de nuestra existencia se depura la información. Lo que dicho de otra forma significa que el reconocimiento de modelos o creación de estructuras no es otra cosa que la elaboración selectiva de las informaciones. Para la mente la realidad se encuentra integrada por un conjunto de transformaciones estructurales de los atisbos primarios acerca del mundo y por eso todo acto de creación es simultáneamente:

- Un lugar común en el sentido de que existe una correspondencia determinada genéticamente o innata en las operaciones de transformación que las diferentes personas efectúan ante aquellos hallazgos primordiales; y,
- Algo especial en el sentido de que no hay dos individuos idénticos y, en consecuencia, jamás elaborarán exactamente las mismas operaciones transformativas en cada núcleo de datos primarios.

Al mismo tiempo, aunque las artes creativas y las ciencias son a la vez lugares comunes y casos especiales, determinados autores las volverán únicas.

El estructuralismo tuvo una fuerte aceptación en la Francia de la década de 1960, pues se entendía que permitiría alcanzar un saber liberado de los residuos del idealismo. Fue hacia 1968 cuando esta propuesta se constituyó en una suerte

de arma teórica de las izquierdas, ya que por aquel entonces confluyó con las propuestas interpretativas emanadas de la experiencia de la descolonización y del esfuerzo por dar la palabra a las otras culturas. Pero debido a que las ciencias reclamaban una pretendida posición neutral del observador, lo que en buena medida significaba una restauración positivista, las críticas sobre esa materia dieron lugar al surgimiento de la noción de «descentramiento», que implica la consideración de que no había centro o que en todo caso el centro no tenía que pensarse colocado en un lugar natural fijo y que más bien era una función. Así la visión estructuralista se modifica dando lugar al llamado postestructuralismo, acentuándose el interés por el establecimiento de las diferencias o diversidades, lo que se relaciona con el momento en que el lenguaje adquiere una notable importancia en la reflexión, y en ausencia del centro o del origen todo termina convirtiéndose en discurso (Basadre 1973: 40-43; Vattimo 1993: 59 y Derrida 1989: 385).

Sin lugar a dudas Claude Lévi-Strauss es el sustentador y mejor representante del estructuralismo. Partió de un conjunto de nociones teóricas importantes, por ejemplo aquellas que se referían a la relación entre Antropología (Etnología) e Historia, ya que dichas disciplinas estudian y buscan comprender otras sociedades —diferentes a aquella en que se vive— y son, por consiguiente, ciencias de la diversidad. En 1958 publicó *Antropología estructural* señalando que lo que marca las diferencias entre historia y antropología es que la primera se sitúa en el plano de lo dicho, de lo manifiesto, es decir, de los hechos, mientras que la etnología busca profundizar, inspirada en el método lingüístico. Desde su punto de vista la historia solo estudia la diversidad en el tiempo y además considerando *a priori*, desde un etnocentrismo occidental, que puede comprender a los demás, incorporándolos a la unidad de su propio devenir. Es a partir de estas ideas que Lévi-Strauss introduce entonces la idea de la desigualdad o diversidad de las culturas humanas.

Poco tiempo después, en 1962, publica *El pensamiento salvaje* y vuelve a cuestionar a la historia señalando que el relato histórico siempre ha perseguido la continuidad y que por ello resulta un complemento de la etnología, la cual está empeñada en las discontinuidades, los cambios y diversidades. Hay que decir a estas alturas que las críticas hechas por Lévi-Strauss desde el estructuralismo responden no solo a cierta permanencia del historicismo de la historiografía tradicional, sino incluso a la nueva historia como la de los *Annales*, que aun cuando criticó a la historia de los acontecimientos, no los había descartado sino más bien colocado en lo que Braudel llamó el tiempo corto. El cuestionamiento de Lévi-Strauss está dirigido también a una filosofía de la historia de base hegeliana (Corcuera 2000: 196 y ss.).

Pero no todo quedó en críticas. En materia de historia la propuesta del estructuralismo se basó en un diálogo interdisciplinario con la etnología, la lingüística, particularmente con la semiótica, para procurar alcanzar la comprensión profunda del pasado. Asumió que cada sociedad tiene en sí una relación lógica de coherencia, en otras palabras, una estructura. También debe contarse su denominada «visión térmica de la historia», ya que para Lévi-Strauss era posible distinguir entre dos tipos básicos de cultura, correspondientes a su vez a dos tipos de sociedades llamadas por él sociedades calientes y frías. En las primeras la historia es acumulativa y resultan por ello preponderantes las nociones de tiempo y de progreso, mientras que en las segundas son estacionarias y han aprendido a autorregularse. Estas son las comunidades primitivas que sobreviven y aquellas las occidentales modernas cuya historia transcurre bajo la idea de progreso. Esta visión encontró resistencia entre aquellos historiadores que defendían la libertad del sujeto y del carácter impredecible de los acontecimientos, así como a la crítica documental clásica y la necesidad de trabajar con hechos bien establecidos y fue denunciado el carácter esquemático de los modelos elaborados por el estructuralismo para dar cuenta de las sociedades pasadas (Corcuera 2000: 198-199 y 202-203). Lévi-Strauss afirmó, sin embargo, que el análisis estructural no recusaba a la historia sino que, por el contrario, le concedía un puesto de primer plano: el que corresponde a la contingencia irreductible. Y que pese a que el análisis estructural busca las propiedades fundamentales y comunes en las sociedades humanas, advierte y quiere explicar las diferencias particulares, justificándolas y especificando en cada contexto etnográfico las leyes invariables que presiden su engendramiento. Y añadía que «para ser viable, una indagación del todo enderezada hacia las estructuras comienza por inclinarse ante la potencia y la inanidad del acontecimiento» (Lévi-Strauss 1982: 395).

La polémica entre antropología e historia en torno al estructuralismo fue fuerte y resultó muy fructífera en la década de 1970, aunque hay que dejar señalado que el estructuralismo tuvo importantes seguidores en el campo de ambas disciplinas. Para los historiadores fue un desafío que obligó a la reflexión metodológica y epistemológica, lo mismo que acerca del concepto de estructura y sus modalidades; por su parte, algunos antropólogos orientaron sus trabajos apelando a una perspectiva histórica. Tal fue el caso de Marshall Sahlins, un antropólogo social estadounidense que dio una orientación original a la nueva historia por su énfasis en las diferencias. Entre sus obras se cuentan: *Historical metaphors and mythical realities* (1985) y también *Islands of history* (1985). Cercano a los *Annales*, fue influido por el estructuralismo, entre otros por Lévi-Strauss y Braudel. Sostiene la existencia de una relación dialéctica —enfrentamiento— entre acontecimientos y estructuras, pero ambos formando parte de un mismo proceso.

Un personaje importante dentro del movimiento estructuralista fue Michael Foucault, quien perteneció a una generación que cuestionó el existencialismo sartreano y revalorizó a Hegel, redescubriendo a Nietzsche y a Heidegger. Este autor escribió, entre otras, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las Ciencias Humanas*, obra que data de 1966, en la que afirma que el hombre vive enmarañado en historias que no le están subordinadas ni le son homogéneas.

En 1969 publica en París *Arqueología del saber*. Su manera de escribir lo muestra poco interesado en hacer proposiciones y más bien orientado a discutir y destruir aquellas que le parecen falsas. También se inclinó por la historia seria, lo que se deja ver en la obra citada, dado que intenta seguir lo hablado y lo escrito en sus cambios, transformaciones y cortes. Por eso se dice que este trabajo es un discurso sobre los discursos y, además, constituye una crítica a la historiografía «tradicional». Rechaza al historiador que buscaba establecer vínculos entre acontecimientos dispares; las conexiones necesarias entre los hechos; la forma de determinar las continuidades y la significación del conjunto que está en proceso de integrar; definir en qué consiste esa totalidad; y reconstruir los encadenamientos de hechos. Ateniéndonos a lo que acabamos de expresar, Foucault no va tras una historia inmóvil sino en busca de las discontinuidades. *La Arqueología del saber* contiene una propuesta teórico-metodológica para desestructurar a la historia y fraccionar su aparente simplicidad, además de renovar las críticas a las que había sido llamada la historiografía tradicional por el movimiento promovido desde los *Annales*, pues pese a su inicial visión estructuralista, al finalizar la década de los sesenta Foucault toma distancia respecto al mismo y denuncia el hecho de que los historiadores no han logrado deshacerse de los acontecimientos.

Su método tuvo el propósito de completar el estudio de las continuidades homogéneas —estructuras—, prestando también atención a las rupturas y a la vez ocuparse de las relaciones entre sistema y acontecimiento —estructura y cambio—. Asume esta situación para proponer estudiar los acontecimientos singulares —no los que expresan las continuidades dentro de las estructuras— que dan razón de las rupturas y discontinuidades. La observación de la que podríamos llamar una secuencia vertical de los acontecimientos resulta tan práctica como la visión horizontal de los procesos. En el primer caso se facilita también la decisión acerca de cuánto se quiere penetrar en el análisis.

Considera que cada periodo se caracteriza por una *episteme* a partir de la cual se construye un cuerpo de conocimientos. Los cambios o las transformaciones en las ciencias no surgen de la acumulación de esos conocimientos, sino que son provocados por repentinos cortes «epistemológicos» que señalan el final de cada periodo. La historia de la ciencia no avanza por la vía de la continuidad sino por el de las rupturas. En el campo historiográfico sucede algo similar, pues

la discontinuidad es producida por una operación deliberada del historiador; él provoca la discontinuidad cuando, en el proceso de escribir su texto, se ocupa de aislar los rangos de análisis que le interesa destacar.

Todos estos planteamientos suponen asimismo una relativa distancia del estructuralismo tradicional. Y en general, su postura es revisionista y pragmática. Examina las series, los cortes, los límites, los desfases, la cronología y los tipos posibles de relación. Procura separar a la historia de la filosofía de la historia: la preocupación por las causas primeras y los fines últimos, la búsqueda para dar un sentido a la tradición. Recusa la noción de una historia global que buscaba restituir la forma de conjunto a una civilización explorando un eje alrededor del cual se agruparan todos los fenómenos o periodos de una sociedad, puesto que se pensaba y escribía la historia como continuidad. En su defecto, sin desembocar en una pluralidad de historias yuxtapuestas e independientes postula una historia general que sea capaz de integrar varios sistemas de manera estratigráfica —a la manera de un arqueólogo—, desde la superficie hasta la profundidad, descubriendo que cada capa corresponde a diferentes grupos sociales. También define los juegos de correlaciones entre esas diversas capas o estratos de la realidad, pero en el entendido de que todas son diferentes. Asimismo, localiza y explica en qué conjuntos distintos pueden figurar simultáneamente algunos de los diferentes elementos que se trabaja; también construye cuadros dinámicos o series de series donde los componentes interactúan y manifiestan su dinamismo. Foucault reivindicó el protagonismo de la pregunta por el presente, ya que el discurso debe tener su propia actualidad para encontrar, por una parte, en ella su propio lugar y, por otra, para desvelar el sentido, para especificar el modo de acción que es capaz de ejercer en el interior de esta actualidad.

El efecto del giro lingüístico se denota en sus reflexiones cuando considera la necesidad de abolir el concepto de autor, dado que plantea la idea de que la unidad no emana del autor sino de la estructura propia del texto. Para Foucault el conocimiento está histórica y socialmente situado y es un producto individual y socialmente construido. Cualquier texto, entendido como unidad básica cultural, remite a otros, vale decir a discursos asociados o relacionados entre sí, pero de origen diferente. Por lo tanto, el análisis historiográfico, entendido como una lectura de textos, debe ser abordado como una unidad cultural y social autónoma en lugar de identificarse con un autor particular, la proyección de la sensibilidad de una época, la actividad de un grupo, escuela que se le atribuyera. La relación entre documento e historiador cambia así de manera radical: antes los historiadores dependían de los documentos, ahora los documentos dependen del historiador que los maneja y los lee. Opina Foucault que el historiador no debe preguntarse más acerca de los sujetos que están detrás de los documentos,

pues lo que se maneja es un texto vivo que se teje y se trabaja desde dentro como parte de una estructura y en combinación con otros textos. Hay una estructura documental, es decir, diferentes discursos relacionados.

Otra de sus obras fue *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, que se publicó en 1975 y se trataba de un estudio sobre la sociedad carcelaria, que le permitió aplicar los principios metodológicos que presentó en su *Arqueología del saber*. Analiza los castigos desde la perspectiva del poder, la compleja función social del castigo y los lugares en donde, además de las cárceles, se lleva a cabo la represión que modela la conducta de los hombres. La obra fue motivo de debate con Jáques Leonard y otros historiadores, las principales observaciones —tal como las recogió Sonia Corcuera—, señalaban la rapidez o ligereza del análisis que dejaba de lado información, se denunciaba, además, la carencia de un sujeto en su historia, por lo que la misma se tornaba mecanicista, resultando, de esa manera, que el aparato disciplinario era el productor del poder. También se criticó su explicación acerca del cambio del sistema penal, puesto no estaba sustentada, ya que simplemente había afirmado que fue resultado del «peligro político» y la posibilidad de tumultos incontrollables, pero sin exhibir documentos probatorios al respecto. Pierre Vilar criticó duramente a la obra de Foucault al señalar que maneja hipótesis autoritarias tras las cuales las demostraciones están plagadas de errores y contrasentidos históricos, amén de una episteme que revela un juego propio de imágenes que con presteza es capaz de sustituir (Corcuera 2000: 208 y ss.; Vilar 1976: 130).

Surgen también las propuestas de Vattimo, quien hizo una crítica al estructuralismo desde una perspectiva hermenéutica:

No es, en efecto, verosímil que la crisis y la disolución de la hegemonía del estructuralismo se haya verificado como puro y simple efecto de “consumo” de una moda; esto es, por el hecho —innegable por otra parte— de que en cierto momento el método estructural se haya visto reducido a caricatura por la imposición en todos los campos de las ciencias humanas en esquemas rígidos de catalogación-descripción y de cadenas de oposiciones binarias, que tendían a privilegiar sobre toda consideración de contenido, la pura y simple posibilidad de repetir principios de orden; [...] (Vattimo 1993: 58).

Luego añade:

El método estructural, llevado a sus últimas consecuencias, reducía a inesencialidad los contenidos, porque colocaba en una situación de abstracta neutralidad, nunca tematizada, al sujeto “ausente” del método mismo. Los contenidos a los cuales el método se aplica (el fumar, el folletín, o la historia de los olores [...]) se tornan inesenciales en la medida en que el interés del observador se pretende como puramente cognitivo (Vattimo 1993: 58-59).

Pero fue Stone quien reconoció que el estructuralismo francés produjo cierta labor teórica brillante pero ningún trabajo histórico específico de importancia, a menos que se consideren los escritos de Michel de Foucault como trabajos primordialmente históricos, más bien que como una filosofía moral en la que se aluden ejemplos tomados de la historia (Stone 1986: 99).

Alrededor de todo esto hay que tomar en cuenta el cambio significativo de la discusión hermenéutica de los enfoques tradicionales y cómo ingresado el tema del discurso se escucharon novedosas propuestas. Todorov escribió en 1984 *La conquista de América la cuestión del otro*, un análisis lingüístico estructural para referirse a la comunicación y a las formas culturales como sistemas de significación. También resalta en su obra el énfasis dado al rol de las creencias y los sentimientos populares en la historia, diferenciándolos del acontecimiento y de la galería de personajes históricos. La propuesta de Todorov fue divulgada en 1984 cuando se publicó un conjunto de sus trabajos bajo el título *La invención de la tradición*.

De cualquier manera, hay que tomar en cuenta que al extender la lógica de la tecnocracia a la mente, el estructuralismo escandalizó al humanismo liberal. Pero siendo este una de las ideologías dominantes de la propia sociedad tecnocrática, el estructuralismo resultó ser a la vez una propuesta radical y conservadora (Eagleton 1997: 193). Asimismo, debe tomarse en consideración la influencia importante de aquel estructuralismo que encuentra una expresión moderada en Lacan, quien por mérito propio ha ejercido influencia en su propia disciplina y en otras, incluida la historia, de la misma manera como se advierte singularidad en un Foucault, quien representa al denominado postestructuralismo, asunto del que nos ocuparemos más adelante. Como acabamos de mencionar, el pensamiento de Lacan ha representado un estructuralismo moderado o intermedio respecto a las tendencias individualistas manifiestas ya en la década de 1960. En efecto, si se consideraba al conocimiento como un poder sobre los sujetos, con Lacan se empezó a propugnar el empleo del aporte freudiano respecto a que la sociedad se descubre más bien en el interior del individuo, de ahí que el hombre se hace social con la apropiación del lenguaje, constituyéndose así como sujeto.

En resumen, para Freud es inconcebible el sujeto aislado y, por consiguiente, reconoce la importancia del «otro», del semejante para la construcción del ser humano. Mientras que para Lacan el inconsciente es el discurso del «otro», es decir, que un sujeto estructura su inconsciente a partir de los significantes que recibe de los otros que lo rodean y, en consecuencia, cuando una historia incorpora al psicoanálisis, lo que hará será analizar tanto las formas discursivas del «otro» en una época determinada, como las maneras como esto configura a los sujetos que estudia. Freud habla de representaciones de cosas y representaciones de palabras que Lacan después aproximará a «significante», pero también usando

este último concepto para referirse al conjunto de representaciones culturales. Freud señala como un error el desconocimiento de otra realidad diferente a la de los acontecimientos y entonces hablará de la realidad psíquica en el entendido de que tiene para el sujeto tanta veracidad y existencia como la realidad exterior materialmente tangible (Berenzon 2000: 258-259).

8.7. CONCLUSIONES

La historiografía occidental del siglo XX está marcada en su inicio por el llamado debate Simiand-Seignobos, que marca asimismo el camino hacia un diálogo interdisciplinar de la disciplina histórica con otros saberes. Se advierten sin duda reacciones adversas contra el empirismo excesivamente cientísta y la renovación del pensamiento histórico tiene en el marxismo un claro representante. En materia metodológica es importante el esfuerzo renovador de la denominada Escuela de los *Anales*, aunque no es desestimable el rol jugado por el estructuralismo, que aporta no solo al método sino a la visión del devenir histórico. La historiografía norteamericana aparece con nitidez en el campo de la historiografía de Occidente y puede decirse que, en general, estamos frente a una explosión temática, pues las variadas y nuevas perspectivas suponen, asimismo, la presencia de nuevos temas. Es en esta etapa que la discusión de la racionalidad empieza a manifestarse también en el campo de la disciplina histórica y esto abrirá nuevas perspectivas y características para su desenvolvimiento.

CAPÍTULO IX HACIA EL NUEVO MILENIO

«Nuestra época es demasiado rica en catástrofes, en revoluciones, en imprevistos, en sorpresas. La realidad de lo social, la realidad fundamental del hombre, nos parece nueva; y, se quiera o no, el viejo oficio de historiador no cesa de retoñar y de reflorar en nuestras manos».

Fernand Braudel

9.1. LA HISTORIOGRAFÍA FINISECULAR

Sobre todo en el último tercio del siglo XX se ha hablado de la crisis de la modernidad, considerándose que la misma obedece tanto a razones de orden teórico como práctico.

En el orden teórico, se cuestiona el sesgo instrumental de la racionalidad moderna, que somete a cosas y personas a la lógica de la rentabilidad. Se denuncia asimismo la voluntad de poder que sería subyacente a las pretensiones de legitimidad de la modernidad. Y se pone de manifiesto, en fin, la incapacidad de los instrumentos conceptuales modernos para comprender el insólito incremento de la complejidad que ha dado lugar al desarrollo tecnológico contemporáneo. En el orden práctico, indesligable por cierto del teórico, se evocan en primer lugar los trágicos efectos del etnocentrismo cultural potenciado por el ideal racional de la eficiencia, bajo el nacional socialismo por ejemplo; [...] Se llama la atención, por otro lado, sobre la permanente destrucción del equilibrio ecológico a que ha conducido y conduce aún el modelo de crecimiento económico de la racionalidad moderna (Giusti 1999: 275-276).

En general, para la ciencia actual, que se tiende a llamar postmoderna, el conocimiento depende de su imprevisibilidad, no existe un método científico único y tanto la ciencia como el conocimiento se legitiman por consensos temporales y locales dentro de sistemas abiertos que dan lugar a nuevas ideas, nuevos enunciados y reglas de juego (Núñez Pérez 1995: 161-162). Esta apertura facilita los préstamos y contactos tanto interdisciplinarios —al interior de un conjunto de disciplinas afines— como transdisciplinarios —entre ciencias disímiles.

9.1.1. Desde la transdisciplinariedad

Mención aparte, por su singularidad, merece la llamada Historiografía Dinámica, que sería aquella que se ocupa principalmente de los cambios y las crisis, inclinándose además por el tema de las transformaciones de carácter científico y tecnológico junto con sus repercusiones. Un trabajo representativo y precursor fue *La Crisis de la Historia* (1868), de Jacob Burckhardt. Obras posteriores fueron las de William Flinders Petrie, quien escribió *Las Revoluciones de la Civilización* (1911); Louis Frye Richardson, autor de *Politicometrias* (1917); y, Gregory Bateson, al publicar *Cismogenesis* (1935). Luego hay que mencionar a Ludwig Fleck, microbiólogo polaco autor de *La Génesis de un Hecho Científico: introducción a la teoría del estilo de pensamiento y del colectivo del pensamiento* (1935), aclarando que este trabajo, revalorizado en la década de 1970 por los historiadores culturales, ha sido considerado en el ámbito de la historia de las mentalidades. Mencionemos finalmente a Thomas Kuhn, quien escribiera *La Estructura de las Revoluciones Científicas* (1962). Todos estos trabajos tienen como común denominador a la aplicación de modelos matemáticos para el análisis histórico, a pesar de que los autores no sean en su gran mayoría historiadores. Ello refleja también una situación singular de la disciplina, dado que su campo de estudio resulta frecuentemente visitado por otros especialistas.

Nuevamente la Escuela de Frankfurt, en la época de la llamada su «segunda generación», realizará aportes importantes a través de las obras de Jürgen Habermas y Karl Otto Apel al poner en el tapete cuestiones como las siguientes: a las ciencias naturales les interesa el dominio y control de la naturaleza; existe interés práctico en el establecimiento de una buena comunicación entre estas ciencias y las hermenéuticas-históricas. En definitiva debe establecerse la comunidad de una ciencia social crítico-hermenéutica, donde se conviene por un lado la interpretación y por otro la explicación por causas. Otras escuelas posteriores como la de Erlängen y el pensamiento constructivo han hecho contribuciones a favor del abordaje de esta problemática, así como también lo hicieron los puntos de vista de Piaget y sus seguidores (Rodríguez 1998: 44-45).

Otra línea, esta vez de carácter más precisamente histórico, pero que no consiguió demasiado florecimiento y permanencia, estuvo representada en Francia por los trabajos de Raymond Aron y luego por los de H. Marrou y Paul Veyne. Ellos cultivaron una historiografía crítica sosteniendo el carácter único e irrepetible de los hechos históricos apelando, como en el caso del último de los mencionados, a una reflexión en diálogo con la filosofía.

9.1.1.1. La génesis del hecho científico y la diversidad de métodos

En este punto a través de dos ejemplos vamos a presentar de qué manera los cambios en el panorama del pensamiento científico en el siglo XX influyen finalmente en otras disciplinas. Vistas así las cosas no deberían llamarnos la atención el giro que ellas dan en su conjunto y, de manera particular, los cambios en el campo de la historiografía. Estamos hablando entonces de la influencia transdisciplinaria.

Ludwik Fleck¹ en su libro, *La génesis y desarrollo de un hecho científico*, presentó una teoría sobre cómo cambia la mentalidad de una sociedad. Su hipótesis se desarrolla dentro del contexto de un ejemplo particular, el cambio de un paradigma científico ocasionado por el descubrimiento de la prueba de Wasserman, un diagnóstico para la sífilis, lo que le permitió describir cómo se origina un hallazgo que cambia el modelo vigente dentro de una disciplina científica y que, en consecuencia, supone entonces un cambio en el pensamiento en vigor.

Habla de la investigación científica en un laboratorio y la interpretación de los datos que resultan de una experimentación. Está inspirado por el concepto hermenéutico de que la experimentación en sí misma se forma bajo la concepción general de una teoría y los resultados solo pueden percibirse dentro del marco de la misma. Por consiguiente, si hay una desigualdad, entonces se crea una tensión esencial y finalmente se producirá un cambio en la teoría y una transformación correspondiente en el diseño de la experimentación, en los datos obtenidos y en su percepción. Lo importante es que esa percepción es concebida por Fleck como un proceso del pensamiento. Sin duda estos criterios que vinculan teoría, datos e interpretación resultan aplicables al campo de la investigación histórica.

A partir de los planteamientos de Thomas S. Kuhn y Paul, que cuestionaron la mayoría de los aspectos del análisis lógico como único método de examen de las teorías científicas, puede decirse que la ciencia ya no está como en otros siglos tan diferenciada de otras labores que lleva a cabo el intelecto. Al mismo tiempo se admite que no existe la mentada unidad del método científico y el método

¹ Se sabe que Fleck (1896-1961) era un médico judío que fue prisionero en Auschwitz y que sobrevivió al resto de su familia porque fue enviado a trabajar en el laboratorio. Cuando el campo fue liberado por los aliados se reincorporó a la actividad académica.

hipotético-deductivo no es el único plausible. A finales de siglo, después de azarosas discusiones, estamos asistiendo a una especie de situación de equilibrio. Hay en suma una actitud más modesta frente al tema de proponer un único método científico y los científicos han hecho hincapié en la llamada complejidad, tanto en las ciencias que rodean a los seres inanimados y animados, como en las ciencias que se ocupan del hombre en sociedad.

En esta epistemología de la complejidad alcanza sentido el asunto de la interdisciplinariedad, lo mismo que la situación central del sujeto y la comprensión. Todo esto ha llevado a algunos a proponer una reformulación de las fronteras disciplinarias y otros más extremos a plantear la eliminación de dichas fronteras, lo que también permite la transdisciplinariedad. En el siglo XX se observa un fenómeno contradictorio: por un lado la ultra especialización y por otro intentos de buscar relaciones armoniosas y mutua cooperación entre las disciplinas (Rodríguez 1998: 46-49).

Thomas Kuhn, un físico que se transformó en «historiador de la ciencia», aplicó a su manera el método de la historia al devenir del conocimiento científico. Y aunque referido singularmente a las ciencias de la naturaleza puede decirse que ocasionó una revolución en la filosofía de la ciencia a partir de la década de 1960.

Era un seguidor de Fleck y popularizó la noción de «cambio del paradigma» dentro del contexto de la historia de la ciencia. Enfatizó dicho «cambio» como un fenómeno sociológico que ocurre dentro de una comunidad de eruditos. Una idea nueva es estimulada por datos que vienen desde el laboratorio y que no se adapta el paradigma vigente. La gente que apoya demasiado temprano la idea nueva es expulsada. Pero eventualmente hay un acelerado aumento de la población del grupo revolucionario, es decir, de gente interesada en el paradigma nuevo. Cada vez más personas, aunque prefieran establecer el consenso sobre el paradigma viejo, sucumben a la tensión esencial entre el paradigma viejo y los datos nuevos. (Uno de los libros de Kuhn se llama *La Tensión Esencial*). En esta tensión esencial, la pugna entre las nociones o el pensamiento del pasado y la apertura hacia una forma a una idea nueva para el futuro, eventualmente desemboca en un cambio real y el establecimiento de un nuevo paradigma.

En su libro *La estructura de las revoluciones científicas*, publicado en español en 1990, basándose en la teoría de sistemas señalaba que debía entenderse por paradigma a la matriz disciplinar de la ciencia, es decir, aquellas leyes, teorías, aplicaciones e instrumentos que son admitidos por una comunidad científica como definitorios de la disciplina, por lo que «cambio de paradigma» significa que en un momento dado dicha matriz resulta desafiada por un nuevo paradigma, lo que ocasiona una revolución científica. Este es un proceso psicológico de una bifurcación, una cismogénesis sociológica, una crisis en la historia de la

ciencia. Tales cambios son relativamente raros dentro del continuo de todas las veces posibles. No obstante, entre todos estos momentos hay un modelo común.

Aunque la noción «cambio de paradigma» es ahora de uso frecuente y se aplica más bien de manera general a la transformación radical en el ámbito del pensamiento occidental, el propio Kuhn se manifestaba en desacuerdo respecto a la aplicación de sus proposiciones fuera del campo de las ciencias naturales.

En relación al asunto del cambio de paradigma debemos mencionar, desde otra vertiente, al historiador inglés Herbert Butterfield², dentro de cuya obra destaca con nitidez *The Origins of Modern Science* (1949), que le permitió introducir el concepto de revolución científica, es decir, la transformación de la sociedad occidental del medioevo a la modernidad, situando el inicio del proceso a fines del siglo XVII. Su visión instala como elementos interpretativos principales a las nociones de transición y de cambio. Se refiere a los cambios de pensamiento y actitud hacia la naturaleza, lo que en buena cuenta significaría un nuevo pensamiento científico.

No menos interesantes son otros trabajos suyos anteriores como *The Whig Interpretation of History* (1931), una descripción e interpretación política de la historia donde critica la idea de una historia concebida en términos de progreso continuo y a la vez que hizo una seria reflexión acerca del trabajo del historiador: «El historiador no es simplemente un observador, porque si fuera solo eso sería un pobre observador. En un sentido especial él sale al encuentro del pasado y su trabajo no es simplemente una función de la mente sino una empresa de la personalidad». Si bien en *The Englishman and his History* (1944) mantuvo su idea acerca de que «a interpretación whig» era inaceptable reconoció su influencia fuerte y positiva en la política inglesa del siglo XIX.

9.1.1.2. Contactos sugerentes

Las posibilidades del contacto fructífero de la historia con disciplinas que no le resultan directamente afines parecía impensable durante casi todo el siglo XIX, salvo la idea de que existían ciencias auxiliares de la historia tales como la paleografía, la diplomática o la numismática, entre otras, lo que hacía de la historia una ciencia con aspiraciones hegemónicas. La práctica que ahora llamamos transdisciplinariedad, que se insinuó ya a fines de la decimonovena centuria y que cobró relieve a lo largo del siglo XX, ha producido interesantes frutos a favor de la historia, pero ha mostrado también cómo en los predios de nuestra disciplina

² Herbert Butterfield (1900-1979) fue profesor de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge durante medio siglo, miembro de su *College* más antiguo y conferencista invitado en la Universidad de Notre Dame (Indiana).

han transitado una y otra vez cultores de otros saberes sin que se produjera un movimiento similar a la inversa. Los resultados han sido en general variables en lo que a la calidad de lo alcanzado se refiere y en algunos casos el saldo no ha sido muy valioso.

9.1.1.2.1. La datación de las crisis de Petrie y la holística de Bateson

Un libro sobre la pirámide de Keops, escrito por el astrónomo británico Piazzi Smyth hacia 1860, había recogido el conocimiento popular de que las pirámides y otras construcciones religiosas de Egipto estaban orientadas a estrellas que tenían importancia en su panteón religioso y a partir de ello sus estudios lo llevaron a argumentar que la gran pirámide era un monumento científico, puesto que sus medidas y proporciones consignaban los datos más sobresalientes del sistema solar.

Fue Flinders Petrie (1853-1942), un agrimensor escocés afincado en Londres, quien se sintió llamado a probar esta teoría haciendo cuidadosos estudios de las pirámides. Excavó en numerosos lugares del antiguo Egipto y llegó a desarrollar muchos de los métodos que se usan todavía en la arqueología de campo. Exploró ciudades sepultadas y con los datos obtenidos obtuvo información detallada de las antiguas civilizaciones: encontró importantes cambios súbitos de estilo, tal como Jacob Burckhardt había hallado en sus observaciones iniciales de la arquitectura de Basilea. Así, considerando lo que Burckhardt había conjeturado sobre las crisis en la historia en 1868, Flinders Petrie consiguió tener una datación extensiva sobre la cual se podía probar dicha teoría aplicada en este caso al antiguo Egipto. Encontró que esas crisis mostraban transformaciones reales y que se podían establecer etapas, lo mismo que una secuencia general de fases o momentos dentro de las crisis mismas. Creyó encontrar un modelo universal conformado por tres periodos: primero, un cambio en el estilo de escultura, luego de pintura, literatura, matemáticas, ciencia, riqueza y aumento de la economía y, finalmente, la caída. Después de descubrir este patrón de cascada en el campo de los datos egipcios lo aplicó exitosamente a la vieja Europa. Este parece haber sido, por lo tanto, un modelo universal de crisis histórica³.

El antropólogo y científico social Gregory Bateson (1904-1980) observó en sociedades tradicionales, llamadas también primitivas, comportamientos que no pueden entenderse desde la perspectiva de nuestra propia cultura. Asimismo, desarrolló una teoría «totalitarista» —holística— de interpretación dentro de un

³ De paso, mencionaremos como curiosidad, al modelo matemático de Louis F. Richardson, físico y meteorologista, crítico severo de la Primera Guerra Mundial, quien vio a la guerra como «un gran negocio de la muerte» y con el propósito de prevenirla elaboró un modelo matemático para la carrera armamentista pero que no consiguió publicar.

ambiente intelectual, que después de la Segunda Guerra Mundial buscaba desarrollar modelos matemáticos para las ciencias sociales y a la vez intentar influir a la sociedad por intervenciones directas basadas en la comprensión matemática.

Una de las ideas principales de Bateson era que las cosas tienden a dividirse en dos, e inspirado en las teorías acerca de la cultura de Ruth Benedict y el modelo de Richardson sobre la carrera armamentista y las espirales de hostilidad, habló sobre lo que llamó el proceso de cismogénesis. Por consiguiente, para evitar las guerras sería indispensable detectar todo inicio de carrera armamentista. Lo que en buena cuenta significa que diseñó un modelo para entender y evitar —casi matemáticamente— una crisis histórica.

Sus planteamientos fueron elaborados en relación a su investigación sobre la cultura del Iatmul en poblaciones de Nueva Guinea, donde observó el comportamiento de hombres y mujeres buscando establecer y entender una tipología de los sexos para comprender las formas de relación y las tensiones surgidas entre ellos. Consideró dos modelos de relación: simétrico y complementario. En el primer caso la interacción resultaba estimulante para los dos tipos de actores, en el segundo las secuencias de interacción serían diferentes aunque mutuamente adaptadas la una a la otra, acarreando resultados diversos. Cabe resaltar que los dos tipos de relación podían mezclarse y también equilibrarse entre sí.

Así, Bateson estableció una tipología de los procesos y, a través de un análisis matemático, extendió su visión de esos procesos desde los individuos al grupo y desde ahí a la totalidad de la historia, a la evolución en general. En la actualidad unos pocos historiadores parecen haber adaptado esta teoría a las relaciones interétnicas y también la intentan proyectar a la hora de estudiar, por ejemplo, relaciones de tipo colonial. Es entonces que hablan de etnogénesis.

9.1.1.2.2. La probabilidad en la Historia

La teoría de los juegos o el cálculo de probabilidades estuvo a su vez basada en la teoría matemática del azar relacionada a Pascal y su obra *Traité du triangle*, que data de 1654. Sin embargo, desde el siglo XVI el tema de las probabilidades y de los juegos llegó a ser vislumbrado tanto por Cardano en Italia como por Kepler en Alemania. A partir del siglo XVI se produjo un desarrollo creciente de la especulación, a la que estuvo unida la presencia del juego o del azar en el centro mismo de una cantidad de negocios.

También en el siglo XVII aparecieron trabajos como *Consideración sobre el guoco dei dadi* de Galileo (1642) y *De ratiocinis en ludo aleae* de Huyghens (1642) en Holanda. En el siglo XVIII Jacques Bernouilli también se refirió al asunto en *Ars conjectandi* (1713).

La teoría de los juegos ejerció influencia en principio en las disciplinas sociales y humanas en el campo de la Economía. A través de la obra *Theory of Games and Economic Behaviour* (1943) de John Von Neumann y Oskar Morgenstern, matemático y economista, respectivamente, la teoría de los juegos ingresa en el campo de las humanidades bajo la influencia de la física teórica y la lógica matemática. Se genera así un nuevo planteamiento para encarar el conflicto de intereses que es denominado «teoría de los juegos». Su aporte fundamental estuvo en el «teorema minimex» o «comportamiento neumanniano», que alude al hecho de elegir lo mínimo entre un máximo de posibles pérdidas, lo que quiere decir que el tema básico de su obra era una nueva forma de pensar el asunto de la organización racional de la actividad humana. Con la teoría de los juegos se trató de buscar modelos generales capaces de describir adecuadamente el comportamiento humano, ya que supone siempre tanto elecciones como decisiones en medio de situaciones complejas.

Diez años después de publicada la obra de Neumann y Morgenstern apareció el libro de Duncan Luce y Howard Raiffa *Games and Decisions* (1957), quienes al estudiar el comportamiento del hombre racional ante el peligro, quisieron interesar no solo a economistas sino también a los administradores acerca de la teoría de la elección libre y la organización. Lo mismo que a los psicólogos experimentales en lo relativo al origen de las decisiones dentro de la psicología social, a politólogos y sociólogos, ya que tocaron asuntos esenciales a los conflictos de intereses, a los filósofos a quienes les interesaría la axiomatización de segmentos de la conducta humana, etcétera, llegando a ampliar el campo de su pensamiento hasta los conflictos militares y la logística. ¿A qué alude la teoría de los juegos o de las probabilidades en el campo de la economía y en la esfera de los negocios? Según lo anotara Basadre:

[...] entra en los difíciles problemas que el individuo, sumido en las diferentes contexturas ambientales, afronta cuando se ve obligado a tomar decisiones, cuando se le plantean conflictos con otro o con otros individuos y cuando hay peligro o riesgo precisamente en el resultado de esas decisiones. Intenta establecer el vínculo entre un cierto objeto, que económicamente es el beneficio, y un esquema de acciones humanas que permiten lograrlo. Por lo tanto, entra en la teoría de la utilidad, o sea en la moderna teoría de las decisiones individuales o de grupo frente a situaciones claras, situaciones inciertas, o situaciones peligrosas [...] (Basadre 1973: 13-14).

Debe tomarse en cuenta que de lo que se trata en el fondo es de poner límites acerca de una teoría positiva del elegir al hacer intervenir el azar o lo aleatorio y plantear el principio de incertidumbre.

Será Elie Hálevy, en su obra *La era de las tiranías: estudios sobre el socialismo y la guerra*, explicó las variaciones de su propio pensamiento, debido al ambiente y los encuentros con determinados personajes en diferentes momentos de su vida, para de manera contundente considerar, aunque sin mencionarlos, lo aleatorio o circunstancial.

Y así, aplicando a nosotros mismos los métodos de la investigación histórica, podemos descubrir los motivos de nuestras creencias y nos es dable encontrar que ellas, en buena parte, son accidentales, es decir que provienen de circunstancias por nosotros no gobernadas. Y, quizá, de esto, surge una lección de tolerancia. En un intento de llegar a comprender todo, uno puede preguntarse si vale la pena que los unos maten a los otros o viceversa, por convicciones cuyo origen es tan frágil (Hálevy 1938: 216-217).

Finalmente, la teoría de las probabilidades fue abordada y utilizada por Pierre Vendryés en su libro *De la probabilité en histoire. L'exemple de l'expédition d'Egypte* (1952)⁴. El caso de la expedición napoleónica de 1798 resultó solo el andamiaje con el que Vandryés sustentó sus puntos de vista sobre la teoría de la historia. El citado autor cree que los hechos en el acontecer humano no están ligados por relaciones de tipo racional y que, por el contrario, son independientes y aleatorios. Aplica a largo de su obra conceptos probabilistas, mecanismos intelectuales que pueden ser utilizados por los teóricos de la historia ante cualquier fenómeno del pasado.

Cree que no es lógico decir: porque este hecho ocurrió, aquel hecho resultó. Estima que deben ser tomados en cuenta los *diversos* hechos posibles: si este acontecimiento hubiese ocurrido, si es que [...] si es que [...]. En su momento, abriéronse vías diversas. Siempre será más que una; a veces se limitarán a dos; y así sucesivamente hasta llegar al azar que implica la imposibilidad de prever, una multiplicación de casos latentes (Basadre 1973: 17-18).

La probabilidad en la historia sería, según Vendryés, de diferentes tipos: elementales, continuas, discontinuas e inconmensurables, pero también están aquellas cuyo carácter es objetivo, vale decir las concernientes a las relaciones de los sistemas independientes entre ellos mismos; las de tipo subjetivo, puesto que atañen a los pensamientos, sentimientos o actitudes del individuo o del grupo social dentro del que pueden influir determinados sujetos en torno al mundo exterior; y, finalmente, las de carácter moral.

⁴ Debemos mencionar que en 1957 Raymond Aron ya abordaba el tema de lo aleatorio o el azar en la historia, que entendía más o menos como un fenómeno extraño a toda ley, que no emerge todos los días, ni es muy seguido. Implica la coincidencia inesperada de dos series independientes de un fenómeno, o la coincidencia entre un sistema y un accidente (Aron 1957: 177-182).

Los planteamientos de Vendryés aluden también a la relación entre historia, tiempo y contingencia, dado que la historia en su esencia es imperfectamente racional. Y cuando habla de contingencia entiende que un acontecimiento pueda realizarse o no. La historia pertenece entonces a un tiempo contingente y no necesario, discontinuo y no continuo, es decir, un transcurso ajeno a las características del tiempo racional que es lineal y homogéneo.

Entiende que la historia se orienta hacia el porvenir pero este, muy rico en casos posibles, obviamente aún no ha diseñado sus formas exactas, en consecuencia, el tiempo en la historia está compuesto no solo por aquello que se produjo o concretó sino por momentos llenos de «lo posible no realizado». De esta manera, sería válido considerar que el momento presente, en el que el acontecimiento tiene lugar en una forma única, es el pasado del porvenir.

Opina que la historia de los hombres es una creación de ellos mismos, una sucesión de fenómenos dentro de la cual el individuo como tal, o grupos diversos de individuos pueden, en cierta medida, pensar, intuir y, sobre todo, escoger sus acciones. Por esta circunstancia el acontecer humano es fundamentalmente energético. Pero no cambia en zigzag, de tumbo en tumbo, sino que en él hay una serie de equilibrios inestables, así como un caudal de equilibrios más o menos inestables y de reservas contra-aleatorias.

9.1.1.2.3. La demografía histórica

Puede decirse que, en cierta forma, la demografía histórica fue inicialmente considerada como una suerte de subgénero de los estudios de historia social y económica. Un campo al que ingresaban quienes, familiarizados con las matemáticas, las estadísticas y los censos, se preocupaban por los temas de población por razones de interés en asuntos sociales más amplios o en aquellos más bien propios de la economía o la sociología, en cuyo caso se les concedía perspectiva histórica. En la actualidad, desde los trabajos de la llamada Escuela de California o Escuela de Berkeley, la demografía histórica viene acentuando su tratamiento de asuntos relacionados no solo con movimientos migratorios, crecimiento o caída poblacional y fecundidad, natalidad o mortalidad, sino también con los patrones de la conducta social en el pasado. Por consiguiente, en base a series documentales se ocupa de temas como el divorcio, formas de asentamiento, salubridad, medicina e incidencia de las enfermedades relacionadas con diversos aspectos de la sociedad, como por ejemplo la economía, la salud, entre otros.

Aunque de ellos prometemos ocuparnos en un futuro, debemos mencionar, por ahora, la importancia de los trabajos realizados desde 1957 por Woodrow Borah y Sherburne F. Cook, lo mismo que por Angel Rosenblat y Nicolás Sánchez-Albornoz,

quienes han tratado sobre los diversos aspectos de la historia demográfica, especialmente de Hispanoamérica, centrandos sus estudios en el impacto de la colonización, pero también el mestizaje y los patrones de migración aborigen. No menos importantes han sido y son las obras y artículos del historiador estadounidense Noble David Cook, quien se ha enfocado en el caso peruano, aún cuando tiene algunos trabajos referidos de manera más general a la demografía del Nuevo Mundo.

Para los estudiosos de Europa meridional la demografía histórica es uno de los ámbitos de investigación más jóvenes basados en una larga práctica de estudios acerca de la población y el uso de la estadística histórica. En Italia este tipo de intereses significa el encuentro de los historiadores con la estadística, la sociología y la antropología, primero de manera tímida a partir de un seminario que tuvo lugar en 1971 sobre fuentes para la demografía histórica y la creación de un Comité para el Estudio de la Demografía Histórica en 1974. Esta fase preparatoria culminó con la fundación de la SIDES (Sociedad Italiana de Demografía Histórica) y está caracterizada por la identificación y valorización de las fuentes. Diez años más tarde, en 1983, se funda la ADEH (Asociación de Demografía Histórica), que agrupará a estudiosos españoles y portugueses, lo que facilitará que, reuniendo esfuerzos con sus pares italianos, realicen un foro sobre el tema en 1987. Los principales temas que se abordaron fueron: matrimonios y sistemas de formación de las familias; factores y condiciones de la mortalidad durante el siglo XIX y la primera mitad del XX; declinación de la fecundidad durante el periodo mencionado; migración, especialmente la orientada hacia América; y, la gran crisis demográfica en el Mediterráneo occidental debido a la mortalidad producida alrededor del siglo XVII (Anatra 1996: 19-21).

De cualquier manera, a pesar de que los trabajos de demografía histórica tienen valor por sí mismos para acercarnos al pasado, puesto que sus cultores están, como hemos dicho, cada vez más interesados en relacionar sus estimaciones con las instituciones, los valores y los comportamientos de diversos grupos que forman parte del todo social en el pasado, los historiadores que no desarrollan este tipo de trabajos se sirven de ellos para lograr una perspectiva y una profundidad mayor de análisis cuando el asunto que tratan así lo requiere.

En 1969 apareció, en versión traducida al español, el libro de Edward Wrigley *Historia y población. Introducción a la demografía histórica* y en 1976 el historiador brasileño Ciro Cardoso publica en español *Los métodos de la historia: Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica*; en 1983 apareció, traducida a nuestro idioma, la obra de T. H. Hollingsworth *Demografía histórica: cómo utilizar las fuentes de la historia para construirla*. Es evidente que estos títulos dan la impresión de que por entonces la demografía histórica se hallaba en

construcción y en proceso de difusión, pero ciertamente se habían ya realizado importantísimos trabajos relacionados, por ejemplo, a las poblaciones aborígenes de América y el impacto demográfico de la expansión colonial de Europa sobre nuestro continente, haciéndose no solo cálculos de índices de densidad poblacional precolombina sino sobre la magnitud del declive demográfico posterior a la presencia de la expedición colombina en el llamado Nuevo Mundo.

9.1.2. Desde la interdisciplinariedad

En la década de 1990 en adelante nuevas inquietudes se advierten en los predios de Clío, desde la discusión acerca de la función social de la historia y el papel que le corresponde en este aspecto al historiador, lo mismo que la aceptación o el rechazo al retorno de la narrativa, que, como sabemos, no solo había sido considerada como un modo de exposición propia de la historiografía positivista-historicista, sino capital en dicha manera de concebir y desarrollar al quehacer historiográfico, ya que se tenía por real el hecho de que la forma narrativa era manifestación de una estructuración tradicional del discurso histórico. Asimismo, la exigencia de una reflexión teórico-metodológica aparece una vez más y con un aspecto bastante renovado, que debería asociarse a los llamados giros: lingüístico, filosófico e historiográfico. La fragmentación denotada en diversas tendencias, distinciones metodológicas y variedades temáticas, casi innumerables también se ha manifestado dentro de la historiografía.

Pero destaca el interés y la práctica de un diálogo interdisciplinario. Un intercambio de signo un tanto diferente al de aquel proclamado a comienzos del siglo XX, cuando, por ejemplo, Braudel le daba a la historia un papel de preponderancia y centralidad en ese diálogo respecto a las disciplinas hermanas. Ahora, si bien parece que hemos renunciado a ese lugar hegemónico, esa pérdida no debe entenderse como la renuncia a nuestra identidad disciplinaria sino que más bien ella resulta imprescindible para cualquier intercambio.

9.1.2.1. Aportes de la Filosofía

El fenómeno conocido como «giro lingüístico» en realidad compromete los cambios y podría decirse mejor, consiguientes modificaciones realmente radicales ocurridas en el seno de disciplinas como la lingüística, la filosofía y la historiografía, alcanzando sin duda también a la crítica literaria y al análisis textual. Ha supuesto modificaciones en la perspectiva hermenéutica y producido el desarrollo de la filosofía del lenguaje, por lo que adquiere centralidad el estudio de este último y todo lo que ello conlleva, por ejemplo, su importancia como medio del acto mismo de filosofar. También se puso en el tapete un tema como la relectura

retrospectiva de una narración y sus consecuencias para la hermenéutica, cuestión sintetizable en la frase «el paso del tiempo todo lo cambia hasta el pasado mismo» (García Landa [1996] 2004: 1).

Estamos hablando entonces de teorías sobre el significado, el peso otorgado a los actos comunicacionales como encuentro de intersubjetividades, el análisis de la narrativa desde lecturas estructuralistas, lo mismo que deconstructivistas habiéndose hecho hincapié, por ejemplo, en las temporalidades distinguibles en la narración histórica, a saber: la del acontecimiento, la de sus consecuencias y la del historiador. Todo ello significó un quiebre de los anteriores criterios acerca de la verdad o de la relación realidad-objetividad, en el marco de la que ha sido llamada por algunos «nueva filosofía de la historia», la que declaraba abandonar la pretensión de ofrecer una visión panorámica del conjunto humano para optar, más bien, por la comprensión de la historia y la reflexión sobre el presente, como lo hiciera en 1938 Raymond Aron, por ejemplo, pasando por la distinción entre filosofía especulativa o metafísica interesada por el curso general de los hechos humanos, su sentido y tendencias y filosofía crítica, empeñada en el estudio de las cuestiones lógicas, epistemológicas y teóricas que plantea el conocimiento histórico. De la misma manera lo hizo W. H. Walsh, para finalmente intentar ocuparse solo de las representaciones, constituyéndose así la llamada nueva filosofía de la historia, caracterizada por la hibridación de teoría literaria, crítica cultural, historia intelectual y deconstructivismo. Se llega a postular entonces el carácter autorreferencial del lenguaje narrativo y la indeterminabilidad de su conexión con estados de cosas extratextuales (Sazbón 2004: 2 y ss.). Pero sobre todo, sobresale el hecho de que el historiador se ubica todavía con mayor derecho y arraigo al centro de esos actos interpretativos, los cuales que confieren sentido a los mensajes que emanan de las fuentes, en el entendido de que dichas informaciones son interpretables debido a que no son portadoras de verdades plenas.

Notable influencia ha ejercido la obra del filósofo francés Paul Ricoeur quien, inspirado inicialmente en el existencialismo cristiano de Mounier y Marcel, lo mismo que del existencialismo de Karl Jaspers, discutió los planteamientos de Husserl, cuya obra tradujo y, a partir de ello, se inscribió en la gran tendencia neo-hermenéutica de la última etapa del siglo XX. Desde finales de la década de 1960 trabajó los temas de las relaciones entre la narración y el mundo real, apelando a una teoría global el lenguaje y relacionando el discurso narrativo con la temporalidad. En *Tiempo y narración*, obra publicada en 1985, realizó una importante síntesis de teoría histórica y literaria de nuestra época. Lo suyo tiene que ver con la interpretación o hermenéutica subrayando en su estudio las intenciones del autor y el análisis discursivo del texto, en tanto que este último estará finalmente dotado de una unidad de sentido y tendrá identidad singular.

Se refirió a las diferencias narrativas —e interpretativas— expresadas en la crónica y la historia, puesto que en la primera los acontecimientos simplemente se suceden siguiendo un orden regular, generalmente de corte cronológico, mientras que en la segunda los acontecimientos más allá de cualquier ordenamiento al que sean sometidos sirven para marcar inicios, transiciones o finalizaciones de procesos significativos, puesto que, además, suelen cobrar sentido dentro de una o varias tramas narrativas.

De los planteamientos de este autor se desprende que los hechos históricos poseen por lo menos dos estructuras: de temporalidad y de narratividad. Y también que el discurso narrativo histórico tiene como característica su capacidad de mostrar historicidad en tanto permite diferenciar pasado, presente y futuro. Sobre *Tiempo y narrativa* dice su propio autor:

En *Tiempo y narrativa* efectué una suerte de cortocircuito que ponía en relación directa las formas estructuradas del relato con la experiencia del tiempo; así dejaba de mencionar la mediación de la memoria y del olvido, donde la dialéctica del actuar y del sufrir encuentra un lugar privilegiado para manifestarse. Además, la memoria y el olvido están relacionados con las modalidades del relato de nivel preliterario, que yo había sacrificado en beneficio de la ficción sofisticada y del relato historiográfico; el lugar y el papel de lo que llamaré relato de conversación apenas se esbozan como mimesis. Pero es en el nivel del relato preliterario donde se expresan las heridas, los abusos, las fallas de la memoria individual y colectiva. No solo es la etapa de “prefiguración” del relato la que se puede enriquecer al tomar en cuenta la memoria, sino también la etapa de “re-figuración” (Ricoeur 1999: 2-3).

Si bien los aportes más importantes de Ricoeur están entonces relacionados con el desarrollo de la hermenéutica, en debate con el psicoanálisis, la teoría crítica social y la filosofía del lenguaje ordinario, también ha aportado al tratamiento de temas como la alteridad, la memoria y el olvido, los cuales ingresaron con fuerza a la historiografía y siguen en vigencia.

Escribió *Histoire, Oubli* (2000), acerca de la representación del pasado desde varias perspectivas y en sus planteamientos acerca de la memoria destaca el empleo de la noción de «atribución», tomada de la filosofía analítica, pero indicando que la atribución de un fenómeno a sí mismo reviste la forma particular de apropiación y que la atribución a otro está sujeta a la atribución de indicios (Ricoeur [2000] 2007: 9). Cuestiones ambas importantes también en el trabajo historiográfico.

9.1.2.2. *El giro lingüístico y la perspectiva de la crítica textual y discursiva*

Como parte del fenómeno llamado «giro lingüístico» se ha venido considerando a diversas contribuciones cuya coincidencia ha radicado en sostener el carácter

sustantivo del lenguaje y su capacidad para constituirse no en un simple medio o instrumento de transmisión del pensamiento o referente de la realidad, sino más bien como algo capaz de imponerse y modelar —o de alguna forma, determinar— a ambos. Precisamente, un impacto de estos planteamientos en la disciplina histórica ha sido una reorientación que reactualiza el estudio de casos y que hace del acontecimiento y de la biografía objetos historiográficos. Todo ello induce al uso de un lenguaje más descriptivo y pictórico, orientado a captar las sutilezas de sentido y a la reconstrucción de lo particular. De ahí la rehabilitación de la narrativa como reacción contra el discurso conceptual y analítico de la historia construida según los procedimientos del raciocinio causal y deductivo que responde, por cierto, a una episteme diferente (Lacerda 1993: 18).

A través del llamado postestructuralismo francés, con Derrida o Foucault, el giro lingüístico se instala en las ciencias sociales y humanísticas. Como podemos darnos cuenta, en realidad se trata de un cambio o un viraje que tiene que ver con nuevas perspectivas hermenéuticas y, por consiguiente, aglutina diversos puntos de vista que coinciden en considerar la centralidad del lenguaje, en general, y de los textos, en particular, como objetos de reflexión epistemológica. Como ya dijimos, renovando el debate acerca de la correspondencia entre la realidad y el lenguaje se llega a sostener que el segundo no es un mediador entre la realidad externa y el sujeto cognoscente, sino que construye a los dos.

Asimismo, se ha ido produciendo un cambio desde la lingüística de Saussure —la lingüística de la lengua— a una lingüística a la manera de Austin —la lingüística de la enunciación—, que se centra en el sujeto enunciador y en el contexto del habla, y también la exigencia de tomar al lenguaje como acción y no solo como código, lo que quiere decir que se ha ido del enunciado al acto de enunciación. Otros cambios en la lingüística moderna han sido la llamada teoría del signo, la cual desvía la atención de las palabras al signo, así como la teoría de los tropos, que permite hacer un análisis retórico del texto contemplando sus componentes formales —orientados a persuadir— pero, a la vez, abordándolo como una estructura de relaciones figurativas. También hay que considerar en todos estos cambios al llamado «textualismo», que significa el intento de permanecer lo más cerca posible del texto a través de un análisis practicado en diferentes niveles: lingüístico, gramatical, retórico y argumentativo antes de caracterizar al texto como una totalidad y, particularmente, antes de analizar su contenido⁵. En historiografía entonces ha cobrado cada vez mayor importancia el cotejo de diferentes copias o versiones de un texto, incluso con la intención de establecer un texto base o «maestro» y sus derivados.

⁵ Véase entrevista a Wilde publicada en *Historia y Grafía*, enero-junio de 1999.

Se atribuye responsabilidad en el «giro lingüístico» a la llamada Escuela de Cambridge, organizada inicialmente en Inglaterra en torno a los planteamientos de Quentin Skinner, J. G. A. Pocock y otros autores, quienes a su vez contaron con la base proporcionada por las ideas de Peter Laslett. Este, al estudiar a Locke, sostuvo que resultaba un error pensar en una historia de las ideas políticas como una suerte de diálogo entre figuras canónicas, cuando más bien ellas solo fueron consideradas como tales no en su momento, sino posteriormente y, por lo tanto, sus ideas tuvieron un despliegue que alcanzó a autores y personajes menos conocidos. De esta manera, Skinner proveerá de una teoría a esos planteamientos y señalará que aquello que particulariza y hace específico el contenido de las diversas doctrinas solo es asequible en el marco amplio del contexto histórico en el que se inscriben. Ese contexto es el conjunto de convenciones que delimitan el rango de las afirmaciones disponibles a un autor determinado —las condiciones semánticas de producción de un texto dado—. El objetivo último de una historia intelectual sería para Skinner comprender no qué dijo cada autor, sino cómo fue posible decirlo dentro de un contexto determinado (Palti 2005: 64 -70). En este punto el tratamiento del tema va más allá de la historia de las ideas entendida como lo formulado por determinados pensadores y abarca más bien a lo que pudiera llamarse una historia del pensamiento.

En buena cuenta todos los planteamientos relacionados con el «giro lingüístico» reflejan el quiebre de los criterios tradicionales de verdad y objetividad, pues no debe olvidarse que el mencionado giro no puede entenderse desconectado de otro fenómeno importante: el «giro filosófico o hermenéutico» ocasionado por la importancia cobrada por el pensamiento de diversos filósofos, entre los que se pueden contar a Heidegger y Wittgenstein, entre otros. El segundo de los mencionados propuso que en ocasiones diferentes empleamos distintos lenguajes, pero que se requiere que en cada caso exista consenso acerca de las reglas que los rigen, por lo que la lengua quedó así entendida como una práctica social.

Lo cierto es que el «giro lingüístico», así como los cambios que determinaron la aparición de la llamada neolingüística, fueron adquiriendo interés entre los historiadores a principios de la década de 1980, naturalmente en diferente grado o proporción y solo se convirtieron en objeto de discusión al final de la siguiente década debido a la influencia de la historiografía francesa. Tampoco debe dejarse de lado que desde mediados del siglo XX, cuando la filosofía de la historia comienza a prestar atención a la narración, en tanto ella es la forma más característica de la escritura histórica, paralelamente se dejan señaladas las críticas a la historia narrativa. W. H. Walsh en *Introducción a la Filosofía de la Historia*, publicada en inglés en 1951, retoma el asunto de la diferenciación entre crónica e historia que en el pasado fuera tratado por Croce. Lo propio hizo William H. Drayen en un

trabajo con el mismo título que el anterior cuando procuraba ampliar el concepto de *explicación* y destacaba que cuando se le pide una explicación acerca de un acontecimiento o un asunto particular, el historiador frecuentemente responde contando una historia. Dicha narración algunas veces explica *cómo* suceden las cosas, en lugar de decir *por qué* hacen sentido (Lorandi y Wilde 2000: 48-49; Corcuera 2000: 298). Finalmente, poniendo el acento en la narración y en los aspectos semánticos, Paul Ricoeur ha destacado cómo el historiador configura un argumento narrativo para entender los sucesos del pasado, es decir, alcanzar una síntesis inteligible a partir de elementos discordantes y por ello la historia en realidad se ocupa de las realizaciones humanas, que no se miden en función de los hechos, sino de los sentidos de ellos; en ese sentido lo que el historiador estudia son significados⁶.

Para ver cómo todos estos planteamientos han representado cambios en la historiografía revisemos, en primer lugar, el caso de Michel de Certeau, cuyos principales trabajos han sido: *Por una nueva cultura* (1971); *Lo extranjero o la unión de la diferencia* (1969); *La ausencia de la Historia* (1973); *El estallido del Cristianismo* (1974); *La escritura de la Historia* (1975); *La invención de lo cotidiano* (1980); *La fábula mística* (1982) e *Historia y psicoanálisis; entre la ciencia y la ficción* (1987). Su obra se clasifica según tres temas: historia del cristianismo (siglos XVI-XVII), historia de la escritura de la historia y constitución de las prácticas del hombre ordinario —la cotidianidad—.

Su obra, que siempre denotó su múltiple formación —teológica, antropológica, psicoanalítica, histórica y lingüística—, se nos muestra enfocada en temas como la historia europea y su misticismo, teoría de la historia, etcétera. Su obra va desde la reflexión sobre la manera de escribir historia hasta la investigación histórica. En lo que refiere a la reflexión sobre su propio quehacer nos recuerda a Bloch.

El carácter multidisciplinario de sus trabajos debe ser ubicado en el contexto de los movimientos estudiantiles, la renovación de las ciencias sociales y las críticas al orden social e ideológico vigente de la década que se cuenta entre 1960 y 1970.

Su interés e interpretación sobre el cristianismo de los siglos XVI y XVII viene del presente debido a que entiende que el pensamiento cristiano está excluido de una sociedad moderna y secularizada, constituyéndose en lo extraño o extranjero dentro del mundo moderno. Certeau piensa que la modernidad es una época que está constituida por rupturas o escisiones y que una gran ruptura es justamente la que se produce entre escritura y realidad y ello afecta a la historiografía. La historia es un oficio y estudiarlo es reflexionar sobre el quehacer que produce el

⁶ Véanse García Landa ([1996] 2004); Regalado (2007); y, naturalmente, Ricoeur (2004).

texto de historia. La historiografía consiste en remitir una escritura a un lugar—institución—. Entiende el pasado dentro del presente, no uno al lado del otro.

Con el auxilio de la lingüística replantea la interpretación de las fuentes, ya que para este autor cada una de ellas debe situarse en el sistema comunicativo dentro del cual funciona, para de esa forma determinar el tipo de interpelación que le corresponde. Usa el psicoanálisis o más bien la escritura freudiana para criticar el concepto de tiempo de la historia positivista—el tiempo cronológico—. Piensa también que la historia revela la simultaneidad del deseo y satisfacción, pues ambos no son nunca contemporáneos. De esta forma, el tiempo es entendido como alteridad.

De otro lado, la institución es la mediación con lo «real». Un análisis de la escritura supone reinscribirla en la institución que la autoriza o legitima. Para Certeau el enunciado no existe sin enunciador, por tanto importa más el modo de decir que lo dicho. Por eso otorga gran importancia al análisis retórico y le interesa entender las metáforas. De su actividad docente en el Instituto Católico de París, de Teología, Historia y Antropología, entre 1964 y 1971, nace su obra *La invención de lo cotidiano*. Para este autor, el divorcio entre ficción y ciencia o letras y ciencias fue patente desde el XVII, legalizado en el XVIII e institucionalizado por la organización universitaria en el XIX. Tal divorcio se basa en la frontera que las ciencias positivas establecieron entre lo objetivo y lo imaginario. Del siglo XVIII hasta hoy en día la ciencia pasó de un estudio de la subjetividad al estudio de los procesos de comunicación. Certeau considera que existen diferentes juegos del lenguaje y uno de ellos es el discurso histórico.

Considera que el historiador alcanza de alguna forma y en alguna medida al pasado utilizando la estructura narrativa de la literatura. Desde una perspectiva contemporánea, cuando estudia a la historiografía examina la producción de textos como producto de una sociedad. Llama la atención sobre la confusión entre lo que el historiador—que está en el presente— dice del otro—ubicado en el pasado— y lo que aquel otro dice de sí mismo. No existe entonces una sola razón sino diferentes discursos cargados de sentido—diferentes ciencias— y, como ya lo señalamos, las ciencias están inscritas en instituciones, es decir, que el conocimiento válido en cada disciplina es fruto de un consenso académico.

En tanto proclama su compromiso con lo verídico, la historiografía enfrenta un problema, puesto que no puede justificarse ni como verdad poética ni como simple fabulación lúdica. Le quedaría entonces calificarse a sí misma como ciencia, mediante un purismo analítico o adoptando una discursiva retórica identificarse con el mito. Certeau busca resolver este dilema clasificando a la historia como «ficción científica». Es decir, una mixtura de procedimientos lógicos y arreglos narrativos. Es más, para ese autor la narrativa no pasa de ser

un artificio de ensoñación mediante el cual la escritura histórica está destinada a destilar ideología.

La historiografía (es decir, "historia" y "escritura") trae inscrita en su nombre propio la paradoja —y casi el oxímoron— de la relación entre dos términos antinómicos: el real y el discurso. Ella tiene por tarea articularlos y, allí donde este vínculo no es pensable, hacer como si los articulara (Certeau 1985: 13).

En *La toma de la palabra* opina sobre los sucesos que se conocen como «mayo del 68» y considera que fueron nuevos sujetos sociales los que cuestionaron con firmeza al viejo orden social y que tales críticas abrazaron también al sistema de saber anterior. Siguiendo esta línea contradujo propuestas estructuralistas concernientes a la forma en que se producían las transformaciones en el orden de dichos sistemas de conocimiento.

La influencia lacaniana en Certeau fue muy importante, justamente porque la propuesta de Lacan resultó ser una suerte de punto intermedio entre el estructuralismo y el pensamiento individualista que había alimentado a los movimientos de «mayo del 68». Por eso Certeau piensa que el conocimiento supone un intercambio entre sujetos y entonces la lingüística y el psicoanálisis resultan fundamentales, debido a que se produce un intercambio permanente entre lo consciente individual y autónomo y el inconsciente social (Lacerda 1993: 36 y Le Goff 1991: 108).

Volviendo al asunto historiográfico, consideraba que la operación historiográfica remitirá a un lugar —institucional, científico—, a una disciplina —procedimientos— y a la escritura —construcción de un texto—, y que lo real debería verse en dos posiciones muy diferentes en el proceso historiográfico: lo real como conocido, es decir, lo que el historiador estudia, comprende o «resucita» en una sociedad pasada; y lo real como implicado por la operación científica, la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y, finalmente, una práctica del sentido. De esa forma lo real será por una parte el resultado del análisis, y por otra, su postulado. La ciencia histórica se apoya en la mutua relación de estas dos formas de realidad y su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso (Cfr.: Certeau 1985: 53).

Se conoce que Certeau corregía siempre sus trabajos, lo que dio lugar a diferentes versiones de un mismo texto —por ejemplo, se cuenta con seis versiones de la *Fábula mística, XVI–XVII*—; sin embargo, escribía con facilidad, rapidez y buen estilo.

Las corrientes llamadas postmodernas que fueron dando lugar a la revisión, discusión de las propuestas inmediatamente anteriores no hicieron sino profundizar sobre temas asociados a la teoría y práctica de la historia abordando problemas

hermenéuticos y metodológicos, pero incorporando reflexiones acerca del sujeto, los autores y textos y, naturalmente, el lenguaje y la narrativa.

Un caso interesante es el del filósofo de la historia de origen holandés Frank Ankersmit, considerado un teórico postmoderno. Autor, entre otras, de las siguientes publicaciones: *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language* (1983); *History and Tropology: The Rise and Fall of Metaphor* (1988); *Historical Representation* (2001), además de importantes artículos publicados en compilaciones. Hay que destacar entre ellos el trabajo *A New Philosophy of History* (1995) que editó con Hans Kellner.

En *Sublime Experiencia Histórica* (2005) parte del convencimiento de Huizinga acerca de nuestra capacidad para conectarnos —de manera subjetiva y personal— con épocas anteriores. Ankersmit defiende entonces el papel de la experiencia en la filosofía precisando que el mundo pierde significado si nosotros no somos tocados por lo que en el siglo XVIII se llamó lo sublime⁷. Entonces el historiador solo puede ver al pasado como realmente verdadero cuando lo mira como si fuera parte de él y a partir de su experiencia diríamos que se apropia del pasado y lo representa. Considera que en trabajos como los de un Huizinga o Burckhardt se advierte que sus autores estuvieron inspirados por una experiencia directa que los encaró con el pasado. Propone entonces una «escritura poética de la historia» que permita que experimentemos al pasado como parte de nosotros y que pueda provocarnos un sentido de reconocimiento. Toma como ejemplos al mencionado Huizinga y a Michelet, quien en su opinión empleó explícitamente su propia experiencia histórica para representar a la Revolución Francesa. Tomando en cuenta lo que acabamos de reseñar de la obra de este autor podría decirse que estaríamos ante una propuesta que bien podríamos llamar «anacronismo productivo».

Para entender lo que queremos decir consideremos, en primer lugar, su noción de prejuicio, que en principio toma en el sentido de opinión y cuyo carácter es más bien subjetivo. Pero, además, tiene por verdadero que en general al enfrentarnos a la realidad y, en particular, al mirar al pasado, lo hacemos en base a presupuestos o creencias racionales, lo que plantea una suerte de tensión entre opinión y presupuestos racionales y por esa causa contempla que el punto

⁷ Sublime, en español, quiere decir excelso, eminente, de elevación extraordinaria. En sentido figurado se aplica a cosas morales o intelectuales y, especialmente, a las concepciones mentales y producciones literarias y artísticas que poseen caracteres distintivos de grandeza y sencillez. Originalmente, a partir de los planteamientos de Edmund Burke, se consideraba que experimentamos lo sublime con abrumadora inmediatez y de forma directa y que esa experiencia es una combinación paradójica de sensaciones de embrujamiento y de pasmo: una especie de «horror encantador» o una surte de «tranquilidad con un toque de horror». Ver Ankersmit ([1993] 1998).

medio estaría en lo que llama «negociación». En segundo término, revisemos su idea de representación, cuya función tiene que ver con la llamada «aestética», ya que precisa que es necesario liberar a ambas de una exclusiva asociación con las artes para proyectarlas a muchos dominios de la condición humana, ya que la operación de representación es omnipresente en nuestras vidas. Además, Ankersmit considera que la representación es un complemento indispensable de la epistemología. Afirma también que la historia nos ofrece una representación del pasado, idea que ha sido central —según él mismo lo ha declarado— en su obra. La representación remite a «algo», pero nunca será ese «algo», solo lo representa; de la misma forma que una pintura que retrata a Napoleón no será jamás Napoleón mismo. Por eso la representación está esencialmente marcada por la indeterminación⁸.

Con la noción de «experiencia histórica» alude a una situación específica, es decir, aquella cuando el historiador se enfrenta —o más bien es capaz de percibir de manera personal y subjetiva— a un aspecto del pasado que se ha aislado y desprendido de un contexto más amplio del tiempo pretérito. Ello le significa al historiador su repentina ruptura con el contexto de su propia existencia. Es decir, una descontextualización simultánea del objeto y del sujeto que permite al historiador tomar contacto directo e inmediato con el pasado, como si toda distancia temporal entre presente y pasado desapareciera por un breve instante. Así entendida, la experiencia histórica, que no debe confundirse con un momento de inspiración, no es repetible a voluntad⁹.

En su artículo «Historiografía y posmodernismo» revisa la función y el significado de la historiografía en tanto expresión cultural y, en abierta posición postmoderna, señala que tanto el novelista como el historiador proporcionan la ilusión de una realidad, pero ficticia la una y genuina la otra.

Como ya hemos adelantado, desde una postura crítica a los postulados de la llamada posmodernidad Kart R. Popper destacó oportunamente la relación entre lenguaje, cuerpo y mente partiendo del reconocimiento de la relación entre conocimiento objetivo y subjetivo y de la importancia del primero:

Vivimos en un mundo de cuerpos físicos y nosotros mismos tenemos un cuerpo físico. Sin embargo, cuando hablo con ustedes, no me dirijo a sus cuerpos, sino a sus mentes. Así, pues, además del *primer mundo*, del mundo de los cuerpos físicos y de sus estados fisiológicos, que designaré como "mundo 1", parece que existe

⁸ Véase su artículo «Ensayo Autobiográfico» publicado en *Rethinking History* N° 7, vol. 3, 2003, pp. 413-437.

⁹ Véase su discurso pronunciado en marzo de 1993 al hacerse cargo de la cátedra de Teoría de la Historia en la Universidad de Groningen (Ankersmit [1993] 1998).

un *segundo mundo*, el mundo de los estados mentales que denominaré “mundo 2”. De este modo se plantea una cuestión concerniente a la relación entre estos dos mundos: el mundo 1 de los estados o procesos físicos y el mundo 2 de los estados o procesos mentales. Esta cuestión constituye el problema cuerpo-mente [...] Con la denominación “mundo 3” me refiero, en líneas generales al mundo de los productos de la mente humana. Estos productos son en ocasiones objetos físicos tales como las esculturas, cuadros, dibujos y construcciones de Miguel Ángel. Son objetos físicos, pero son una clase muy peculiar de objetos físicos: según mi terminología pertenecen tanto al mundo 1 como al mundo 3. Otros productos de nuestras mentes no son exactamente objetos físicos. Consideremos una obra de teatro de Shakespeare. Se puede decir que el libro escrito o impreso es un objeto físico como lo es, digamos, un dibujo. Pero evidentemente la representación de la obra no es un objeto físico, aunque tal vez se pueda decir que es una secuencia muy compleja de acontecimientos físicos. Pero ahora recuerden, por favor, que no hay una sola representación de *Hamlet* de la que se pueda decir que sea idéntica a la obra de Shakespeare, *Hamlet*, en sí. La obra de Shakespeare tampoco es la clase o conjunto de todas sus representaciones. Se puede decir que estas representaciones *representan* o *reproducen* esta obra, del mismo modo que se puede decir que una o varias fotografías representan un edificio o una escultura, o que grabados de diversa calidad reproducen un cuadro o un dibujo. Pero el mismo cuadro original es distinto a su reproducción (Popper [1994] 1997: 35-36).

El historiador británico Lawrence Stone al inicio de su actividad intelectual abordó extensamente la historia inglesa desde el siglo XVI al XVIII, ocupándose de temas como la Guerra de las Rosas, el régimen de los Tudor y la revolución de Cromwell, así como de asuntos diversos propios de la historia social, en trabajos publicados a partir de 1965. En efecto, *Social Change and Revolution in England: 1540-1640*, publicada en 1965, da cuenta de tales inquietudes, lo mismo que de su interés por la historia de la familia, que fue definida como aquella que abarcaba los lazos de parentesco, las estructuras domésticas y familiares, arreglos y convenios matrimoniales, los cambios en los roles y prácticas sexuales, etcétera. En fin, las causas y consecuencias sociales de todo ello¹⁰.

En 1981, publicó *The Past and Present*, obra que comprendía un conjunto de artículos y ensayos aparecidos en distintas publicaciones y que fuera editado en español cinco años más tarde¹¹. Entre otras cosas señalaba allí el retorno del

¹⁰ Véase Colomines y Olmos (2000).

¹¹ El capítulo primero apareció inicialmente en el libro *The Future of the History* compilado por C. Delzell, Vanderbilt University Press, 1976; el tercer capítulo apareció en 1979 en *The Past and Present: a Journal of Historical Studies*, num. 85 noviembre de 1979 de la Past and Present Society, Corpus Christi College, Oxford, Inglaterra y la mayoría de los otros ensayos se publicaron en *The New York Review of Books* entre 1965 y 1980.

análisis basado en la descripción narrativa y, por ende, el privilegio de lo particular sobre lo colectivo, circunstancial y estructural, a su vez soportado por la estadística. Aclaraba que la narrativa parecía entonces ineludible para la ordenación cronológica del material histórico, puesto que, además, suponía un relato dotado de coherencia y unidad, ya que el contenido quedaba dispuesto dentro de un relato único y coherente.

Cabe aclarar que todo ello no quería decir que el narrativismo histórico hubiese vuelto junto a una erudición considerada como fin en sí misma, o medio para «recuperar» plenamente el pasado. El mismo autor sostuvo que algunos de los capítulos del trabajo antes mencionado mostraban su intento por describir y dar opiniones acerca de los cambios radicales en las preguntas que los historiadores habían estado formulando con respecto al pasado y acerca de los datos recientes, lo mismo que de las herramientas y la metodología por ellos desarrolladas para responderlas¹². Resulta muy interesante que Stone haya observado que los trabajos escritos entre las décadas del sesenta y setenta del siglo XX reflejaban un cambio de interés, que se movió desde las transformaciones sociales, económicas y políticas hasta mutaciones de valores, creencias religiosas, costumbres y normas de conducta personal. Variación de intereses que a su juicio expresaba no solo la modificación de sus propios puntos de vista sino también un cambio general operado en aquella época en otros predios, como los de la sociología y la antropología, a la vez que dichas transformaciones fueron la fuente principal de nuevas ideas en la profesión histórica en general. Por ejemplo, señaló que la divulgación, durante la década del sesenta de la obra de Weber permitió que frente al determinismo económico, lo mismo que ante las teorías sobre las clases sociales de índole marxista, los historiadores advirtieran que los factores ideológicos, culturales e institucionales no eran simples superestructuras (Stone 1986: 26).

Al ocuparse del asunto del retorno de la narrativa consideró que dicho fenómeno podía ser manifestación de un extendido desencanto respecto al modelo económico determinista para la explicación histórica. Además de aceptar que existe un flujo recíproco extraordinariamente complejo de interacciones entre los hechos referentes a la población, suministro de alimentos, clima, precios, etcétera, por una parte, y los valores, ideas y costumbres por la otra, sostenía que, conjuntamente con las relaciones sociales de clase o posición, todo lo anterior

¹² El otro grupo de trabajos recogidos en ese libro fueron originalmente —dice el autor— reseñas reflexivas acerca de libros de reciente publicación y todos tienen que ver con un único tema que preocupó tanto a Marx como a Weber: de qué manera y por qué Europa Occidental se transformó entre los siglos XVI a XVIII para poner los cimientos sociales, económicos, científicos, políticos, ideológicos y éticos de la sociedad racionalista, democrática, individualista, tecnológica e industrializada actual.

conforma una única red de significado y que no hay una razón teórica suficiente para admitir que los primeros factores determinen a los segundos. Otro factor que a su juicio explicaba el retorno de la narrativa era el reconocimiento de la importancia del poder de las decisiones políticas personales por parte de los individuos, lo que habría obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa. A ello se sumaría la declinación del compromiso ideológico —actitud militante partidaria o políticamente comprometida a la hora de escribir— de los intelectuales occidentales. No deja de tomar en cuenta el esfuerzo cada vez mayor por descubrir qué ocurría en las mentes de los hombres del pasado y cómo era vivir en él, preguntas que inevitablemente —dice Stone— conducen de regreso al empleo de la narrativa. Pero añade que debido al derrumbamiento de la historia intelectual tradicional esa era la manera cómo los historiadores habrían decidido referirse a las estructuras mentales. Contempla también otro elemento de orden estrictamente práctico: la necesidad de divulgación del conocimiento histórico más allá del círculo de los especialistas¹³. De paso indicaba que la intensificación del interés por los sentimientos, las emociones, las normas de comportamiento, los valores y los estados mentales marcaba la sustitución de la sociología y la economía como disciplinas influyentes en la historiografía, para dar más bien paso a la influencia de la antropología.

Insistió en que el retorno de la narrativa estaba produciendo una historiografía con características diferentes a la tradicional debido al interés de los historiadores por las vidas, los sentimientos y la conducta de los hombres comunes en lugar de los grandes y poderosos¹⁴.

Por eso es que para este tipo de historiografía, metodológicamente hablando, el análisis resulta tan importante como la descripción. También se distingue por el empleo creciente de documentación, en donde aparecen testimonios resultados de interpelaciones e interrogatorios. Asimismo, gracias a la influencia de la novela moderna y las ideas freudianas, se explora cuidadosamente el inconsciente en lugar de apegarse a los hechos desnudos. Los relatos acerca de una persona, un juicio o un episodio dramático, cuentan no por lo que representan por sí mismos, sino porque arrojan luz sobre los mecanismos internos de una cultura o una sociedad del pasado. Asimismo, Stone fue enfático al señalar sus reparos ante la influencia

¹³ Lacerda (1993: 17) sostiene que acerca de estas ideas existe una coincidencia entre Stone y Furet, historiador francés autor de *Penser la Révolution française* (edit. Gallimard, Paris, 1978) y *Le Passé d'une illusion* (edit. Robert Laffont & Calmann-Lévy, Paris, 1995).

¹⁴ Entiéndase en este caso que en la llamada historiografía tradicional el uso de la narración no era solamente una forma privilegiada de exposición sino que se trataba de un relato meramente factualístico y la manifestación de una epistemología empirista y realista (Stone 1986: 11 y 99 y ss.). Véase Colomines y Olmos (2000: 156).

Otra línea, esta vez de carácter más precisamente histórico, pero que no consiguió demasiado florecimiento y permanencia, estuvo representada en Francia por los trabajos de Raymond Aron y luego por los de H. Marrou y Paul Veyne. Ellos cultivaron una historiografía crítica sosteniendo el carácter único e irrepetible de los hechos históricos apelando, como en el caso del último de los mencionados, a una reflexión en diálogo con la filosofía.

9.1.1.1. La génesis del hecho científico y la diversidad de métodos

En este punto a través de dos ejemplos vamos a presentar de qué manera los cambios en el panorama del pensamiento científico en el siglo XX influyen finalmente en otras disciplinas. Vistas así las cosas no deberían llamarnos la atención el giro que ellas dan en su conjunto y, de manera particular, los cambios en el campo de la historiografía. Estamos hablando entonces de la influencia transdisciplinaria.

Ludwik Fleck¹ en su libro, *La génesis y desarrollo de un hecho científico*, presentó una teoría sobre cómo cambia la mentalidad de una sociedad. Su hipótesis se desarrolla dentro del contexto de un ejemplo particular, el cambio de un paradigma científico ocasionado por el descubrimiento de la prueba de Wasserman, un diagnóstico para la sífilis, lo que le permitió describir cómo se origina un hallazgo que cambia el modelo vigente dentro de una disciplina científica y que, en consecuencia, supone entonces un cambio en el pensamiento en vigor.

Habla de la investigación científica en un laboratorio y la interpretación de los datos que resultan de una experimentación. Está inspirado por el concepto hermenéutico de que la experimentación en sí misma se forma bajo la concepción general de una teoría y los resultados solo pueden percibirse dentro del marco de la misma. Por consiguiente, si hay una desigualdad, entonces se crea una tensión esencial y finalmente se producirá un cambio en la teoría y una transformación correspondiente en el diseño de la experimentación, en los datos obtenidos y en su percepción. Lo importante es que esa percepción es concebida por Fleck como un proceso del pensamiento. Sin duda estos criterios que vinculan teoría, datos e interpretación resultan aplicables al campo de la investigación histórica.

A partir de los planteamientos de Thomas S. Kuhn y Paul, que cuestionaron la mayoría de los aspectos del análisis lógico como único método de examen de las teorías científicas, puede decirse que la ciencia ya no está como en otros siglos tan diferenciada de otras labores que lleva a cabo el intelecto. Al mismo tiempo se admite que no existe la mentada unidad del método científico y el método

¹ Se sabe que Fleck (1896-1961) era un médico judío que fue prisionero en Auschwitz y que sobrevivió al resto de su familia porque fue enviado a trabajar en el laboratorio. Cuando el campo fue liberado por los aliados se reincorporó a la actividad académica.

hipotético-deductivo no es el único plausible. A finales de siglo, después de azarosas discusiones, estamos asistiendo a una especie de situación de equilibrio. Hay en suma una actitud más modesta frente al tema de proponer un único método científico y los científicos han hecho hincapié en la llamada complejidad, tanto en las ciencias que rodean a los seres inanimados y animados, como en las ciencias que se ocupan del hombre en sociedad.

En esta epistemología de la complejidad alcanza sentido el asunto de la interdisciplinariedad, lo mismo que la situación central del sujeto y la comprensión. Todo esto ha llevado a algunos a proponer una reformulación de las fronteras disciplinarias y otros más extremos a plantear la eliminación de dichas fronteras, lo que también permite la transdisciplinariedad. En el siglo XX se observa un fenómeno contradictorio: por un lado la ultra especialización y por otro intentos de buscar relaciones armoniosas y mutua cooperación entre las disciplinas (Rodríguez 1998: 46-49).

Thomas Kuhn, un físico que se transformó en «historiador de la ciencia», aplicó a su manera el método de la historia al devenir del conocimiento científico. Y aunque referido singularmente a las ciencias de la naturaleza puede decirse que ocasionó una revolución en la filosofía de la ciencia a partir de la década de 1960.

Era un seguidor de Fleck y popularizó la noción de «cambio del paradigma» dentro del contexto de la historia de la ciencia. Enfatizó dicho «cambio» como un fenómeno sociológico que ocurre dentro de una comunidad de eruditos. Una idea nueva es estimulada por datos que vienen desde el laboratorio y que no se adapta el paradigma vigente. La gente que apoya demasiado temprano la idea nueva es expulsada. Pero eventualmente hay un acelerado aumento de la población del grupo revolucionario, es decir, de gente interesada en el paradigma nuevo. Cada vez más personas, aunque prefieran establecer el consenso sobre el paradigma viejo, sucumben a la tensión esencial entre el paradigma viejo y los datos nuevos. (Uno de los libros de Kuhn se llama *La Tensión Esencial*). En esta tensión esencial, la pugna entre las nociones o el pensamiento del pasado y la apertura hacia una forma a una idea nueva para el futuro, eventualmente desemboca en un cambio real y el establecimiento de un nuevo paradigma.

En su libro *La estructura de las revoluciones científicas*, publicado en español en 1990, basándose en la teoría de sistemas señalaba que debía entenderse por paradigma a la matriz disciplinar de la ciencia, es decir, aquellas leyes, teorías, aplicaciones e instrumentos que son admitidos por una comunidad científica como definitorios de la disciplina, por lo que «cambio de paradigma» significa que en un momento dado dicha matriz resulta desafiada por un nuevo paradigma, lo que ocasiona una revolución científica. Este es un proceso psicológico de una bifurcación, una cismogénesis sociológica, una crisis en la historia de la

ciencia. Tales cambios son relativamente raros dentro del continuo de todas las veces posibles. No obstante, entre todos estos momentos hay un modelo común.

Aunque la noción «cambio de paradigma» es ahora de uso frecuente y se aplica más bien de manera general a la transformación radical en el ámbito del pensamiento occidental, el propio Kuhn se manifestaba en desacuerdo respecto a la aplicación de sus proposiciones fuera del campo de las ciencias naturales.

En relación al asunto del cambio de paradigma debemos mencionar, desde otra vertiente, al historiador inglés Herbert Butterfield², dentro de cuya obra destaca con nitidez *The Origins of Modern Science* (1949), que le permitió introducir el concepto de revolución científica, es decir, la transformación de la sociedad occidental del medioevo a la modernidad, situando el inicio del proceso a fines del siglo XVII. Su visión instala como elementos interpretativos principales a las nociones de transición y de cambio. Se refiere a los cambios de pensamiento y actitud hacia la naturaleza, lo que en buena cuenta significaría un nuevo pensamiento científico.

No menos interesantes son otros trabajos suyos anteriores como *The Whig Interpretation of History* (1931), una descripción e interpretación política de la historia donde critica la idea de una historia concebida en términos de progreso continuo y a la vez que hizo una seria reflexión acerca del trabajo del historiador: «El historiador no es simplemente un observador, porque si fuera solo eso sería un pobre observador. En un sentido especial él sale al encuentro del pasado y su trabajo no es simplemente una función de la mente sino una empresa de la personalidad». Si bien en *The Englishman and his History* (1944) mantuvo su idea acerca de que «a interpretación whig» era inaceptable reconoció su influencia fuerte y positiva en la política inglesa del siglo XIX.

9.1.1.2. Contactos sugerentes

Las posibilidades del contacto fructífero de la historia con disciplinas que no le resultan directamente afines parecía impensable durante casi todo el siglo XIX, salvo la idea de que existían ciencias auxiliares de la historia tales como la paleografía, la diplomática o la numismática, entre otras, lo que hacía de la historia una ciencia con aspiraciones hegemónicas. La práctica que ahora llamamos transdisciplinariedad, que se insinuó ya a fines de la decimonovena centuria y que cobró relieve a lo largo del siglo XX, ha producido interesantes frutos a favor de la historia, pero ha mostrado también cómo en los predios de nuestra disciplina

² Herbert Butterfield (1900-1979) fue profesor de Historia Moderna en la Universidad de Cambridge durante medio siglo, miembro de su *College* más antiguo y conferencista invitado en la Universidad de Notre Dame (Indiana).

han transitado una y otra vez cultores de otros saberes sin que se produjera un movimiento similar a la inversa. Los resultados han sido en general variables en lo que a la calidad de lo alcanzado se refiere y en algunos casos el saldo no ha sido muy valioso.

9.1.1.2.1. La datación de las crisis de Petrie y la holística de Bateson

Un libro sobre la pirámide de Keops, escrito por el astrónomo británico Piazzi Smyth hacia 1860, había recogido el conocimiento popular de que las pirámides y otras construcciones religiosas de Egipto estaban orientadas a estrellas que tenían importancia en su panteón religioso y a partir de ello sus estudios lo llevaron a argumentar que la gran pirámide era un monumento científico, puesto que sus medidas y proporciones consignaban los datos más sobresalientes del sistema solar.

Fue Flinders Petrie (1853-1942), un agrimensor escocés afincado en Londres, quien se sintió llamado a probar esta teoría haciendo cuidadosos estudios de las pirámides. Excavó en numerosos lugares del antiguo Egipto y llegó a desarrollar muchos de los métodos que se usan todavía en la arqueología de campo. Exploró ciudades sepultadas y con los datos obtenidos obtuvo información detallada de las antiguas civilizaciones: encontró importantes cambios súbitos de estilo, tal como Jacob Burckhardt había hallado en sus observaciones iniciales de la arquitectura de Basilea. Así, considerando lo que Burckhardt había conjeturado sobre las crisis en la historia en 1868, Flinders Petrie consiguió tener una datación extensiva sobre la cual se podía probar dicha teoría aplicada en este caso al antiguo Egipto. Encontró que esas crisis mostraban transformaciones reales y que se podían establecer etapas, lo mismo que una secuencia general de fases o momentos dentro de las crisis mismas. Creyó encontrar un modelo universal conformado por tres periodos: primero, un cambio en el estilo de escultura, luego de pintura, literatura, matemáticas, ciencia, riqueza y aumento de la economía y, finalmente, la caída. Después de descubrir este patrón de cascada en el campo de los datos egipcios lo aplicó exitosamente a la vieja Europa. Este parece haber sido, por lo tanto, un modelo universal de crisis histórica³.

El antropólogo y científico social Gregory Bateson (1904-1980) observó en sociedades tradicionales, llamadas también primitivas, comportamientos que no pueden entenderse desde la perspectiva de nuestra propia cultura. Asimismo, desarrolló una teoría «totalitarista» —holística— de interpretación dentro de un

³ De paso, mencionaremos como curiosidad, al modelo matemático de Louis F. Richardson, físico y meteorologista, crítico severo de la Primera Guerra Mundial, quien vio a la guerra como «un gran negocio de la muerte» y con el propósito de prevenirla elaboró un modelo matemático para la carrera armamentista pero que no consiguió publicar.

ambiente intelectual, que después de la Segunda Guerra Mundial buscaba desarrollar modelos matemáticos para las ciencias sociales y a la vez intentar influir a la sociedad por intervenciones directas basadas en la comprensión matemática.

Una de las ideas principales de Bateson era que las cosas tienden a dividirse en dos, e inspirado en las teorías acerca de la cultura de Ruth Benedict y el modelo de Richardson sobre la carrera armamentista y las espirales de hostilidad, habló sobre lo que llamó el proceso de cismogénesis. Por consiguiente, para evitar las guerras sería indispensable detectar todo inicio de carrera armamentista. Lo que en buena cuenta significa que diseñó un modelo para entender y evitar —casi matemáticamente— una crisis histórica.

Sus planteamientos fueron elaborados en relación a su investigación sobre la cultura del Iatmul en poblaciones de Nueva Guinea, donde observó el comportamiento de hombres y mujeres buscando establecer y entender una tipología de los sexos para comprender las formas de relación y las tensiones surgidas entre ellos. Consideró dos modelos de relación: simétrico y complementario. En el primer caso la interacción resultaba estimulante para los dos tipos de actores, en el segundo las secuencias de interacción serían diferentes aunque mutuamente adaptadas la una a la otra, acarreando resultados diversos. Cabe resaltar que los dos tipos de relación podían mezclarse y también equilibrarse entre sí.

Así, Bateson estableció una tipología de los procesos y, a través de un análisis matemático, extendió su visión de esos procesos desde los individuos al grupo y desde ahí a la totalidad de la historia, a la evolución en general. En la actualidad unos pocos historiadores parecen haber adaptado esta teoría a las relaciones interétnicas y también la intentan proyectar a la hora de estudiar, por ejemplo, relaciones de tipo colonial. Es entonces que hablan de etnogénesis.

9.1.1.2.2. La probabilidad en la Historia

La teoría de los juegos o el cálculo de probabilidades estuvo a su vez basada en la teoría matemática del azar relacionada a Pascal y su obra *Traité du triangle*, que data de 1654. Sin embargo, desde el siglo XVI el tema de las probabilidades y de los juegos llegó a ser vislumbrado tanto por Cardano en Italia como por Kepler en Alemania. A partir del siglo XVI se produjo un desarrollo creciente de la especulación, a la que estuvo unida la presencia del juego o del azar en el centro mismo de una cantidad de negocios.

También en el siglo XVII aparecieron trabajos como *Consideración sobre el guoco dei dadi* de Galileo (1642) y *De ratiocinis en ludo aleae* de Huyghens (1642) en Holanda. En el siglo XVIII Jacques Bernouilli también se refirió al asunto en *Ars conjectandi* (1713).

La teoría de los juegos ejerció influencia en principio en las disciplinas sociales y humanas en el campo de la Economía. A través de la obra *Theory of Games and Economic Behaviour* (1943) de John Von Neumann y Oskar Morgenstern, matemático y economista, respectivamente, la teoría de los juegos ingresa en el campo de las humanidades bajo la influencia de la física teórica y la lógica matemática. Se genera así un nuevo planteamiento para encarar el conflicto de intereses que es denominado «teoría de los juegos». Su aporte fundamental estuvo en el «teorema minimex» o «comportamiento neumanniano», que alude al hecho de elegir lo mínimo entre un máximo de posibles pérdidas, lo que quiere decir que el tema básico de su obra era una nueva forma de pensar el asunto de la organización racional de la actividad humana. Con la teoría de los juegos se trató de buscar modelos generales capaces de describir adecuadamente el comportamiento humano, ya que supone siempre tanto elecciones como decisiones en medio de situaciones complejas.

Diez años después de publicada la obra de Neumann y Morgenstern apareció el libro de Duncan Luce y Howard Raiffa *Games and Decisions* (1957), quienes al estudiar el comportamiento del hombre racional ante el peligro, quisieron interesar no solo a economistas sino también a los administradores acerca de la teoría de la elección libre y la organización. Lo mismo que a los psicólogos experimentales en lo relativo al origen de las decisiones dentro de la psicología social, a politólogos y sociólogos, ya que tocaron asuntos esenciales a los conflictos de intereses, a los filósofos a quienes les interesaría la axiomatización de segmentos de la conducta humana, etcétera, llegando a ampliar el campo de su pensamiento hasta los conflictos militares y la logística. ¿A qué alude la teoría de los juegos o de las probabilidades en el campo de la economía y en la esfera de los negocios? Según lo anotara Basadre:

[...] entra en los difíciles problemas que el individuo, sumido en las diferentes contexturas ambientales, afronta cuando se ve obligado a tomar decisiones, cuando se le plantean conflictos con otro o con otros individuos y cuando hay peligro o riesgo precisamente en el resultado de esas decisiones. Intenta establecer el vínculo entre un cierto objeto, que económicamente es el beneficio, y un esquema de acciones humanas que permiten lograrlo. Por lo tanto, entra en la teoría de la utilidad, o sea en la moderna teoría de las decisiones individuales o de grupo frente a situaciones claras, situaciones inciertas, o situaciones peligrosas [...] (Basadre 1973: 13-14).

Debe tomarse en cuenta que de lo que se trata en el fondo es de poner límites acerca de una teoría positiva del elegir al hacer intervenir el azar o lo aleatorio y plantear el principio de incertidumbre.

Será Elie Hálevy, en su obra *La era de las tiranías: estudios sobre el socialismo y la guerra*, explicó las variaciones de su propio pensamiento, debido al ambiente y los encuentros con determinados personajes en diferentes momentos de su vida, para de manera contundente considerar, aunque sin mencionarlos, lo aleatorio o circunstancial.

Y así, aplicando a nosotros mismos los métodos de la investigación histórica, podemos descubrir los motivos de nuestras creencias y nos es dable encontrar que ellas, en buena parte, son accidentales, es decir que provienen de circunstancias por nosotros no gobernadas. Y, quizá, de esto, surge una lección de tolerancia. En un intento de llegar a comprender todo, uno puede preguntarse si vale la pena que los unos maten a los otros o viceversa, por convicciones cuyo origen es tan frágil (Hálevy 1938: 216-217).

Finalmente, la teoría de las probabilidades fue abordada y utilizada por Pierre Vendryés en su libro *De la probabilité en histoire. L'exemple de l'expédition d'Egypte* (1952)⁴. El caso de la expedición napoleónica de 1798 resultó solo el andamiaje con el que Vandryés sustentó sus puntos de vista sobre la teoría de la historia. El citado autor cree que los hechos en el acontecer humano no están ligados por relaciones de tipo racional y que, por el contrario, son independientes y aleatorios. Aplica a largo de su obra conceptos probabilistas, mecanismos intelectuales que pueden ser utilizados por los teóricos de la historia ante cualquier fenómeno del pasado.

Cree que no es lógico decir: porque este hecho ocurrió, aquel hecho resultó. Estima que deben ser tomados en cuenta los *diversos* hechos posibles: si este acontecimiento hubiese ocurrido, si es que [...] si es que [...]. En su momento, abriéronse vías diversas. Siempre será más que una; a veces se limitarán a dos; y así sucesivamente hasta llegar al azar que implica la imposibilidad de prever, una multiplicación de casos latentes (Basadre 1973: 17-18).

La probabilidad en la historia sería, según Vendryés, de diferentes tipos: elementales, continuas, discontinuas e inconmensurables, pero también están aquellas cuyo carácter es objetivo, vale decir las concernientes a las relaciones de los sistemas independientes entre ellos mismos; las de tipo subjetivo, puesto que atañen a los pensamientos, sentimientos o actitudes del individuo o del grupo social dentro del que pueden influir determinados sujetos en torno al mundo exterior; y, finalmente, las de carácter moral.

⁴ Debemos mencionar que en 1957 Raymond Aron ya abordaba el tema de lo aleatorio o el azar en la historia, que entendía más o menos como un fenómeno extraño a toda ley, que no emerge todos los días, ni es muy seguido. Implica la coincidencia inesperada de dos series independientes de un fenómeno, o la coincidencia entre un sistema y un accidente (Aron 1957: 177-182).

Los planteamientos de Vendryés aluden también a la relación entre historia, tiempo y contingencia, dado que la historia en su esencia es imperfectamente racional. Y cuando habla de contingencia entiende que un acontecimiento pueda realizarse o no. La historia pertenece entonces a un tiempo contingente y no necesario, discontinuo y no continuo, es decir, un transcurso ajeno a las características del tiempo racional que es lineal y homogéneo.

Entiende que la historia se orienta hacia el porvenir pero este, muy rico en casos posibles, obviamente aún no ha diseñado sus formas exactas, en consecuencia, el tiempo en la historia está compuesto no solo por aquello que se produjo o concretó sino por momentos llenos de «lo posible no realizado». De esta manera, sería válido considerar que el momento presente, en el que el acontecimiento tiene lugar en una forma única, es el pasado del porvenir.

Opina que la historia de los hombres es una creación de ellos mismos, una sucesión de fenómenos dentro de la cual el individuo como tal, o grupos diversos de individuos pueden, en cierta medida, pensar, intuir y, sobre todo, escoger sus acciones. Por esta circunstancia el acontecer humano es fundamentalmente energético. Pero no cambia en zigzag, de tumbo en tumbo, sino que en él hay una serie de equilibrios inestables, así como un caudal de equilibrios más o menos inestables y de reservas contra-aleatorias.

9.1.1.2.3. La demografía histórica

Puede decirse que, en cierta forma, la demografía histórica fue inicialmente considerada como una suerte de subgénero de los estudios de historia social y económica. Un campo al que ingresaban quienes, familiarizados con las matemáticas, las estadísticas y los censos, se preocupaban por los temas de población por razones de interés en asuntos sociales más amplios o en aquellos más bien propios de la economía o la sociología, en cuyo caso se les concedía perspectiva histórica. En la actualidad, desde los trabajos de la llamada Escuela de California o Escuela de Berkeley, la demografía histórica viene acentuando su tratamiento de asuntos relacionados no solo con movimientos migratorios, crecimiento o caída poblacional y fecundidad, natalidad o mortalidad, sino también con los patrones de la conducta social en el pasado. Por consiguiente, en base a series documentales se ocupa de temas como el divorcio, formas de asentamiento, salubridad, medicina e incidencia de las enfermedades relacionadas con diversos aspectos de la sociedad, como por ejemplo la economía, la salud, entre otros.

Aunque de ellos prometemos ocuparnos en un futuro, debemos mencionar, por ahora, la importancia de los trabajos realizados desde 1957 por Woodrow Borah y Sherburne F. Cook, lo mismo que por Angel Rosenblat y Nicolás Sánchez-Albornoz,

quienes han tratado sobre los diversos aspectos de la historia demográfica, especialmente de Hispanoamérica, centrando sus estudios en el impacto de la colonización, pero también el mestizaje y los patrones de migración aborigen. No menos importantes han sido y son las obras y artículos del historiador estadounidense Noble David Cook, quien se ha enfocado en el caso peruano, aún cuando tiene algunos trabajos referidos de manera más general a la demografía del Nuevo Mundo.

Para los estudiosos de Europa meridional la demografía histórica es uno de los ámbitos de investigación más jóvenes basados en una larga práctica de estudios acerca de la población y el uso de la estadística histórica. En Italia este tipo de intereses significa el encuentro de los historiadores con la estadística, la sociología y la antropología, primero de manera tímida a partir de un seminario que tuvo lugar en 1971 sobre fuentes para la demografía histórica y la creación de un Comité para el Estudio de la Demografía Histórica en 1974. Esta fase preparatoria culminó con la fundación de la SIDES (Sociedad Italiana de Demografía Histórica) y está caracterizada por la identificación y valorización de las fuentes. Diez años más tarde, en 1983, se funda la ADEH (Asociación de Demografía Histórica), que agrupará a estudiosos españoles y portugueses, lo que facilitará que, reuniendo esfuerzos con sus pares italianos, realicen un foro sobre el tema en 1987. Los principales temas que se abordaron fueron: matrimonios y sistemas de formación de las familias; factores y condiciones de la mortalidad durante el siglo XIX y la primera mitad del XX; declinación de la fecundidad durante el periodo mencionado; migración, especialmente la orientada hacia América; y, la gran crisis demográfica en el Mediterráneo occidental debido a la mortalidad producida alrededor del siglo XVII (Anatra 1996: 19-21).

De cualquier manera, a pesar de que los trabajos de demografía histórica tienen valor por sí mismos para acercarnos al pasado, puesto que sus cultores están, como hemos dicho, cada vez más interesados en relacionar sus estimaciones con las instituciones, los valores y los comportamientos de diversos grupos que forman parte del todo social en el pasado, los historiadores que no desarrollan este tipo de trabajos se sirven de ellos para lograr una perspectiva y una profundidad mayor de análisis cuando el asunto que tratan así lo requiere.

En 1969 apareció, en versión traducida al español, el libro de Edward Wrigley *Historia y población. Introducción a la demografía histórica* y en 1976 el historiador brasileño Ciro Cardoso publica en español *Los métodos de la historia: Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica*; en 1983 aparecía, traducida a nuestro idioma, la obra de T. H. Hollingsworth *Demografía histórica: cómo utilizar las fuentes de la historia para construirla*. Es evidente que estos títulos dan la impresión de que por entonces la demografía histórica se hallaba en

construcción y en proceso de difusión, pero ciertamente se habían ya realizado importantísimos trabajos relacionados, por ejemplo, a las poblaciones aborígenes de América y el impacto demográfico de la expansión colonial de Europa sobre nuestro continente, haciéndose no solo cálculos de índices de densidad poblacional precolombina sino sobre la magnitud del declive demográfico posterior a la presencia de la expedición colombina en el llamado Nuevo Mundo.

9.1.2. Desde la interdisciplinariedad

En la década de 1990 en adelante nuevas inquietudes se advierten en los predios de Clío, desde la discusión acerca de la función social de la historia y el papel que le corresponde en este aspecto al historiador, lo mismo que la aceptación o el rechazo al retorno de la narrativa, que, como sabemos, no solo había sido considerada como un modo de exposición propia de la historiografía positivista-historicista, sino capital en dicha manera de concebir y desarrollar al quehacer historiográfico, ya que se tenía por real el hecho de que la forma narrativa era manifestación de una estructuración tradicional del discurso histórico. Asimismo, la exigencia de una reflexión teórico-metodológica aparece una vez más y con un aspecto bastante renovado, que debería asociarse a los llamados giros: lingüístico, filosófico e historiográfico. La fragmentación denotada en diversas tendencias, distinciones metodológicas y variedades temáticas, casi innumerables también se ha manifestado dentro de la historiografía.

Pero destaca el interés y la práctica de un diálogo interdisciplinario. Un intercambio de signo un tanto diferente al de aquel proclamado a comienzos del siglo XX, cuando, por ejemplo, Braudel le daba a la historia un papel de preponderancia y centralidad en ese diálogo respecto a las disciplinas hermanas. Ahora, si bien parece que hemos renunciado a ese lugar hegemónico, esa pérdida no debe entenderse como la renuncia a nuestra identidad disciplinaria sino que más bien ella resulta imprescindible para cualquier intercambio.

9.1.2.1. Aportes de la Filosofía

El fenómeno conocido como «giro lingüístico» en realidad compromete los cambios y podría decirse mejor, consiguientes modificaciones realmente radicales ocurridas en el seno de disciplinas como la lingüística, la filosofía y la historiografía, alcanzando sin duda también a la crítica literaria y al análisis textual. Ha supuesto modificaciones en la perspectiva hermenéutica y producido el desarrollo de la filosofía del lenguaje, por lo que adquiere centralidad el estudio de este último y todo lo que ello conlleva, por ejemplo, su importancia como medio del acto mismo de filosofar. También se puso en el tapete un tema como la relectura

retrospectiva de una narración y sus consecuencias para la hermenéutica, cuestión sintetizable en la frase «el paso del tiempo todo lo cambia hasta el pasado mismo» (García Landa [1996] 2004: 1).

Estamos hablando entonces de teorías sobre el significado, el peso otorgado a los actos comunicacionales como encuentro de intersubjetividades, el análisis de la narrativa desde lecturas estructuralistas, lo mismo que deconstructivistas habiéndose hecho hincapié, por ejemplo, en las temporalidades distinguibles en la narración histórica, a saber: la del acontecimiento, la de sus consecuencias y la del historiador. Todo ello significó un quiebre de los anteriores criterios acerca de la verdad o de la relación realidad-objetividad, en el marco de la que ha sido llamada por algunos «nueva filosofía de la historia», la que declaraba abandonar la pretensión de ofrecer una visión panorámica del conjunto humano para optar, más bien, por la comprensión de la historia y la reflexión sobre el presente, como lo hiciera en 1938 Raymond Aron, por ejemplo, pasando por la distinción entre filosofía especulativa o metafísica interesada por el curso general de los hechos humanos, su sentido y tendencias y filosofía crítica, empeñada en el estudio de las cuestiones lógicas, epistemológicas y teóricas que plantea el conocimiento histórico. De la misma manera lo hizo W. H. Walsh, para finalmente intentar ocuparse solo de las representaciones, constituyéndose así la llamada nueva filosofía de la historia, caracterizada por la hibridación de teoría literaria, crítica cultural, historia intelectual y deconstructivismo. Se llega a postular entonces el carácter autorreferencial del lenguaje narrativo y la indeterminabilidad de su conexión con estados de cosas extratextuales (Sazbón 2004: 2 y ss.). Pero sobre todo, sobresale el hecho de que el historiador se ubica todavía con mayor derecho y arraigo al centro de esos actos interpretativos, los cuales que confieren sentido a los mensajes que emanan de las fuentes, en el entendido de que dichas informaciones son interpretables debido a que no son portadoras de verdades plenas.

Notable influencia ha ejercido la obra del filósofo francés Paul Ricoeur quien, inspirado inicialmente en el existencialismo cristiano de Mounier y Marcel, lo mismo que del existencialismo de Karl Jaspers, discutió los planteamientos de Husserl, cuya obra tradujo y, a partir de ello, se inscribió en la gran tendencia neo-hermenéutica de la última etapa del siglo XX. Desde finales de la década de 1960 trabajó los temas de las relaciones entre la narración y el mundo real, apelando a una teoría global el lenguaje y relacionando el discurso narrativo con la temporalidad. En *Tiempo y narración*, obra publicada en 1985, realizó una importante síntesis de teoría histórica y literaria de nuestra época. Lo suyo tiene que ver con la interpretación o hermenéutica subrayando en su estudio las intenciones del autor y el análisis discursivo del texto, en tanto que este último estará finalmente dotado de una unidad de sentido y tendrá identidad singular.

Se refirió a las diferencias narrativas —e interpretativas— expresadas en la crónica y la historia, puesto que en la primera los acontecimientos simplemente se suceden siguiendo un orden regular, generalmente de corte cronológico, mientras que en la segunda los acontecimientos más allá de cualquier ordenamiento al que sean sometidos sirven para marcar inicios, transiciones o finalizaciones de procesos significativos, puesto que, además, suelen cobrar sentido dentro de una o varias tramas narrativas.

De los planteamientos de este autor se desprende que los hechos históricos poseen por lo menos dos estructuras: de temporalidad y de narratividad. Y también que el discurso narrativo histórico tiene como característica su capacidad de mostrar historicidad en tanto permite diferenciar pasado, presente y futuro. Sobre *Tiempo y narrativa* dice su propio autor:

En *Tiempo y narrativa* efectué una suerte de cortocircuito que ponía en relación directa las formas estructuradas del relato con la experiencia del tiempo; así dejaba de mencionar la mediación de la memoria y del olvido, donde la dialéctica del actuar y del sufrir encuentra un lugar privilegiado para manifestarse. Además, la memoria y el olvido están relacionados con las modalidades del relato de nivel preliterario, que yo había sacrificado en beneficio de la ficción sofisticada y del relato historiográfico; el lugar y el papel de lo que llamaré relato de conversación apenas se esbozan como mimesis. Pero es en el nivel del relato preliterario donde se expresan las heridas, los abusos, las fallas de la memoria individual y colectiva. No solo es la etapa de “prefiguración” del relato la que se puede enriquecer al tomar en cuenta la memoria, sino también la etapa de “re-figuración” (Ricoeur 1999: 2-3).

Si bien los aportes más importantes de Ricoeur están entonces relacionados con el desarrollo de la hermenéutica, en debate con el psicoanálisis, la teoría crítica social y la filosofía del lenguaje ordinario, también ha aportado al tratamiento de temas como la alteridad, la memoria y el olvido, los cuales ingresaron con fuerza a la historiografía y siguen en vigencia.

Escribió *Histoire, Oubli* (2000), acerca de la representación del pasado desde varias perspectivas y en sus planteamientos acerca de la memoria destaca el empleo de la noción de «atribución», tomada de la filosofía analítica, pero indicando que la atribución de un fenómeno a sí mismo reviste la forma particular de apropiación y que la atribución a otro está sujeta a la atribución de indicios (Ricoeur [2000] 2007: 9). Cuestiones ambas importantes también en el trabajo historiográfico.

9.1.2.2. *El giro lingüístico y la perspectiva de la crítica textual y discursiva*

Como parte del fenómeno llamado «giro lingüístico» se ha venido considerando a diversas contribuciones cuya coincidencia ha radicado en sostener el carácter

sustantivo del lenguaje y su capacidad para constituirse no en un simple medio o instrumento de transmisión del pensamiento o referente de la realidad, sino más bien como algo capaz de imponerse y modelar —o de alguna forma, determinar— a ambos. Precisamente, un impacto de estos planteamientos en la disciplina histórica ha sido una reorientación que reactualiza el estudio de casos y que hace del acontecimiento y de la biografía objetos historiográficos. Todo ello induce al uso de un lenguaje más descriptivo y pictórico, orientado a captar las sutilezas de sentido y a la reconstrucción de lo particular. De ahí la rehabilitación de la narrativa como reacción contra el discurso conceptual y analítico de la historia construida según los procedimientos del raciocinio causal y deductivo que responde, por cierto, a una episteme diferente (Lacerda 1993: 18).

A través del llamado postestructuralismo francés, con Derrida o Foucault, el giro lingüístico se instala en las ciencias sociales y humanísticas. Como podemos darnos cuenta, en realidad se trata de un cambio o un viraje que tiene que ver con nuevas perspectivas hermenéuticas y, por consiguiente, aglutina diversos puntos de vista que coinciden en considerar la centralidad del lenguaje, en general, y de los textos, en particular, como objetos de reflexión epistemológica. Como ya dijimos, renovando el debate acerca de la correspondencia entre la realidad y el lenguaje se llega a sostener que el segundo no es un mediador entre la realidad externa y el sujeto cognoscente, sino que construye a los dos.

Asimismo, se ha ido produciendo un cambio desde la lingüística de Saussure —la lingüística de la lengua— a una lingüística a la manera de Austin —la lingüística de la enunciación—, que se centra en el sujeto enunciador y en el contexto del habla, y también la exigencia de tomar al lenguaje como acción y no solo como código, lo que quiere decir que se ha ido del enunciado al acto de enunciación. Otros cambios en la lingüística moderna han sido la llamada teoría del signo, la cual desvía la atención de las palabras al signo, así como la teoría de los tropos, que permite hacer un análisis retórico del texto contemplando sus componentes formales —orientados a persuadir— pero, a la vez, abordándolo como una estructura de relaciones figurativas. También hay que considerar en todos estos cambios al llamado «textualismo», que significa el intento de permanecer lo más cerca posible del texto a través de un análisis practicado en diferentes niveles: lingüístico, gramatical, retórico y argumentativo antes de caracterizar al texto como una totalidad y, particularmente, antes de analizar su contenido⁵. En historiografía entonces ha cobrado cada vez mayor importancia el cotejo de diferentes copias o versiones de un texto, incluso con la intención de establecer un texto base o «maestro» y sus derivados.

⁵ Véase entrevista a Wilde publicada en *Historia y Grafía*, enero-junio de 1999.

Se atribuye responsabilidad en el «giro lingüístico» a la llamada Escuela de Cambridge, organizada inicialmente en Inglaterra en torno a los planteamientos de Quentin Skinner, J. G. A. Pocock y otros autores, quienes a su vez contaron con la base proporcionada por las ideas de Peter Laslett. Este, al estudiar a Locke, sostuvo que resultaba un error pensar en una historia de las ideas políticas como una suerte de diálogo entre figuras canónicas, cuando más bien ellas solo fueron consideradas como tales no en su momento, sino posteriormente y, por lo tanto, sus ideas tuvieron un despliegue que alcanzó a autores y personajes menos conocidos. De esta manera, Skinner proveerá de una teoría a esos planteamientos y señalará que aquello que particulariza y hace específico el contenido de las diversas doctrinas solo es asequible en el marco amplio del contexto histórico en el que se inscriben. Ese contexto es el conjunto de convenciones que delimitan el rango de las afirmaciones disponibles a un autor determinado —las condiciones semánticas de producción de un texto dado—. El objetivo último de una historia intelectual sería para Skinner comprender no qué dijo cada autor, sino cómo fue posible decirlo dentro de un contexto determinado (Palti 2005: 64 -70). En este punto el tratamiento del tema va más allá de la historia de las ideas entendida como lo formulado por determinados pensadores y abarca más bien a lo que pudiera llamarse una historia del pensamiento.

En buena cuenta todos los planteamientos relacionados con el «giro lingüístico» reflejan el quiebre de los criterios tradicionales de verdad y objetividad, pues no debe olvidarse que el mencionado giro no puede entenderse desconectado de otro fenómeno importante: el «giro filosófico o hermenéutico» ocasionado por la importancia cobrada por el pensamiento de diversos filósofos, entre los que se pueden contar a Heidegger y Wittgenstein, entre otros. El segundo de los mencionados propuso que en ocasiones diferentes empleamos distintos lenguajes, pero que se requiere que en cada caso exista consenso acerca de las reglas que los rigen, por lo que la lengua quedó así entendida como una práctica social.

Lo cierto es que el «giro lingüístico», así como los cambios que determinaron la aparición de la llamada neolingüística, fueron adquiriendo interés entre los historiadores a principios de la década de 1980, naturalmente en diferente grado o proporción y solo se convirtieron en objeto de discusión al final de la siguiente década debido a la influencia de la historiografía francesa. Tampoco debe dejarse de lado que desde mediados del siglo XX, cuando la filosofía de la historia comienza a prestar atención a la narración, en tanto ella es la forma más característica de la escritura histórica, paralelamente se dejan señaladas las críticas a la historia narrativa. W. H. Walsh en *Introducción a la Filosofía de la Historia*, publicada en inglés en 1951, retoma el asunto de la diferenciación entre crónica e historia que en el pasado fuera tratado por Croce. Lo propio hizo William H. Drayen en un

trabajo con el mismo título que el anterior cuando procuraba ampliar el concepto de *explicación* y destacaba que cuando se le pide una explicación acerca de un acontecimiento o un asunto particular, el historiador frecuentemente responde contando una historia. Dicha narración algunas veces explica *cómo* suceden las cosas, en lugar de decir *por qué* hacen sentido (Lorandi y Wilde 2000: 48-49; Corcuera 2000: 298). Finalmente, poniendo el acento en la narración y en los aspectos semánticos, Paul Ricoeur ha destacado cómo el historiador configura un argumento narrativo para entender los sucesos del pasado, es decir, alcanzar una síntesis inteligible a partir de elementos discordantes y por ello la historia en realidad se ocupa de las realizaciones humanas, que no se miden en función de los hechos, sino de los sentidos de ellos; en ese sentido lo que el historiador estudia son significados⁶.

Para ver cómo todos estos planteamientos han representado cambios en la historiografía revisemos, en primer lugar, el caso de Michel de Certeau, cuyos principales trabajos han sido: *Por una nueva cultura* (1971); *Lo extranjero o la unión de la diferencia* (1969); *La ausencia de la Historia* (1973); *El estallido del Cristianismo* (1974); *La escritura de la Historia* (1975); *La invención de lo cotidiano* (1980); *La fábula mística* (1982) e *Historia y psicoanálisis; entre la ciencia y la ficción* (1987). Su obra se clasifica según tres temas: historia del cristianismo (siglos XVI-XVII), historia de la escritura de la historia y constitución de las prácticas del hombre ordinario —la cotidianidad—.

Su obra, que siempre denotó su múltiple formación —teológica, antropológica, psicoanalítica, histórica y lingüística—, se nos muestra enfocada en temas como la historia europea y su misticismo, teoría de la historia, etcétera. Su obra va desde la reflexión sobre la manera de escribir historia hasta la investigación histórica. En lo que refiere a la reflexión sobre su propio quehacer nos recuerda a Bloch.

El carácter multidisciplinario de sus trabajos debe ser ubicado en el contexto de los movimientos estudiantiles, la renovación de las ciencias sociales y las críticas al orden social e ideológico vigente de la década que se cuenta entre 1960 y 1970.

Su interés e interpretación sobre el cristianismo de los siglos XVI y XVII viene del presente debido a que entiende que el pensamiento cristiano está excluido de una sociedad moderna y secularizada, constituyéndose en lo extraño o extranjero dentro del mundo moderno. Certeau piensa que la modernidad es una época que está constituida por rupturas o escisiones y que una gran ruptura es justamente la que se produce entre escritura y realidad y ello afecta a la historiografía. La historia es un oficio y estudiarlo es reflexionar sobre el quehacer que produce el

⁶ Véanse García Landa ([1996] 2004); Regalado (2007); y, naturalmente, Ricoeur (2004).

texto de historia. La historiografía consiste en remitir una escritura a un lugar—institución—. Entiende el pasado dentro del presente, no uno al lado del otro.

Con el auxilio de la lingüística replantea la interpretación de las fuentes, ya que para este autor cada una de ellas debe situarse en el sistema comunicativo dentro del cual funciona, para de esa forma determinar el tipo de interpelación que le corresponde. Usa el psicoanálisis o más bien la escritura freudiana para criticar el concepto de tiempo de la historia positivista—el tiempo cronológico—. Piensa también que la historia revela la simultaneidad del deseo y satisfacción, pues ambos no son nunca contemporáneos. De esta forma, el tiempo es entendido como alteridad.

De otro lado, la institución es la mediación con lo «real». Un análisis de la escritura supone reinscribirla en la institución que la autoriza o legitima. Para Certeau el enunciado no existe sin enunciador, por tanto importa más el modo de decir que lo dicho. Por eso otorga gran importancia al análisis retórico y le interesa entender las metáforas. De su actividad docente en el Instituto Católico de París, de Teología, Historia y Antropología, entre 1964 y 1971, nace su obra *La invención de lo cotidiano*. Para este autor, el divorcio entre ficción y ciencia o letras y ciencias fue patente desde el XVII, legalizado en el XVIII e institucionalizado por la organización universitaria en el XIX. Tal divorcio se basa en la frontera que las ciencias positivas establecieron entre lo objetivo y lo imaginario. Del siglo XVIII hasta hoy en día la ciencia pasó de un estudio de la subjetividad al estudio de los procesos de comunicación. Certeau considera que existen diferentes juegos del lenguaje y uno de ellos es el discurso histórico.

Considera que el historiador alcanza de alguna forma y en alguna medida al pasado utilizando la estructura narrativa de la literatura. Desde una perspectiva contemporánea, cuando estudia a la historiografía examina la producción de textos como producto de una sociedad. Llama la atención sobre la confusión entre lo que el historiador—que está en el presente— dice del otro—ubicado en el pasado— y lo que aquel otro dice de sí mismo. No existe entonces una sola razón sino diferentes discursos cargados de sentido—diferentes ciencias— y, como ya lo señalamos, las ciencias están inscritas en instituciones, es decir, que el conocimiento válido en cada disciplina es fruto de un consenso académico.

En tanto proclama su compromiso con lo verídico, la historiografía enfrenta un problema, puesto que no puede justificarse ni como verdad poética ni como simple fabulación lúdica. Le quedaría entonces calificarse a sí misma como ciencia, mediante un purismo analítico o adoptando una discursiva retórica identificarse con el mito. Certeau busca resolver este dilema clasificando a la historia como «ficción científica». Es decir, una mixtura de procedimientos lógicos y arreglos narrativos. Es más, para ese autor la narrativa no pasa de ser

un artificio de ensoñación mediante el cual la escritura histórica está destinada a destilar ideología.

La historiografía (es decir, "historia" y "escritura") trae inscrita en su nombre propio la paradoja —y casi el oxímoron— de la relación entre dos términos antinómicos: el real y el discurso. Ella tiene por tarea articularlos y, allí donde este vínculo no es pensable, hacer como si los articulara (Certeau 1985: 13).

En *La toma de la palabra* opina sobre los sucesos que se conocen como «mayo del 68» y considera que fueron nuevos sujetos sociales los que cuestionaron con firmeza al viejo orden social y que tales críticas abrazaron también al sistema de saber anterior. Siguiendo esta línea contradujo propuestas estructuralistas concernientes a la forma en que se producían las transformaciones en el orden de dichos sistemas de conocimiento.

La influencia lacaniana en Certeau fue muy importante, justamente porque la propuesta de Lacan resultó ser una suerte de punto intermedio entre el estructuralismo y el pensamiento individualista que había alimentado a los movimientos de «mayo del 68». Por eso Certeau piensa que el conocimiento supone un intercambio entre sujetos y entonces la lingüística y el psicoanálisis resultan fundamentales, debido a que se produce un intercambio permanente entre lo consciente individual y autónomo y el inconsciente social (Lacerda 1993: 36 y Le Goff 1991: 108).

Volviendo al asunto historiográfico, consideraba que la operación historiográfica remitirá a un lugar —institucional, científico—, a una disciplina —procedimientos— y a la escritura —construcción de un texto—, y que lo real debería verse en dos posiciones muy diferentes en el proceso historiográfico: lo real como conocido, es decir, lo que el historiador estudia, comprende o «resucita» en una sociedad pasada; y lo real como implicado por la operación científica, la sociedad actual a la que se refieren la problemática del historiador, sus procedimientos, sus modos de comprensión y, finalmente, una práctica del sentido. De esa forma lo real será por una parte el resultado del análisis, y por otra, su postulado. La ciencia histórica se apoya en la mutua relación de estas dos formas de realidad y su objetivo propio es el desarrollo de esta relación en un discurso (Cfr.: Certeau 1985: 53).

Se conoce que Certeau corregía siempre sus trabajos, lo que dio lugar a diferentes versiones de un mismo texto —por ejemplo, se cuenta con seis versiones de la *Fábula mística, XVI–XVII*—; sin embargo, escribía con facilidad, rapidez y buen estilo.

Las corrientes llamadas postmodernas que fueron dando lugar a la revisión, discusión de las propuestas inmediatamente anteriores no hicieron sino profundizar sobre temas asociados a la teoría y práctica de la historia abordando problemas

hermenéuticos y metodológicos, pero incorporando reflexiones acerca del sujeto, los autores y textos y, naturalmente, el lenguaje y la narrativa.

Un caso interesante es el del filósofo de la historia de origen holandés Frank Ankersmit, considerado un teórico postmoderno. Autor, entre otras, de las siguientes publicaciones: *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language* (1983); *History and Tropology: The Rise and Fall of Metaphor* (1988); *Historical Representation* (2001), además de importantes artículos publicados en compilaciones. Hay que destacar entre ellos el trabajo *A New Philosophy of History* (1995) que editó con Hans Kellner.

En *Sublime Experiencia Histórica* (2005) parte del convencimiento de Huizinga acerca de nuestra capacidad para conectarnos —de manera subjetiva y personal— con épocas anteriores. Ankersmit defiende entonces el papel de la experiencia en la filosofía precisando que el mundo pierde significado si nosotros no somos tocados por lo que en el siglo XVIII se llamó lo sublime⁷. Entonces el historiador solo puede ver al pasado como realmente verdadero cuando lo mira como si fuera parte de él y a partir de su experiencia diríamos que se apropia del pasado y lo representa. Considera que en trabajos como los de un Huizinga o Burckhardt se advierte que sus autores estuvieron inspirados por una experiencia directa que los encaró con el pasado. Propone entonces una «escritura poética de la historia» que permita que experimentemos al pasado como parte de nosotros y que pueda provocarnos un sentido de reconocimiento. Toma como ejemplos al mencionado Huizinga y a Michelet, quien en su opinión empleó explícitamente su propia experiencia histórica para representar a la Revolución Francesa. Tomando en cuenta lo que acabamos de reseñar de la obra de este autor podría decirse que estaríamos ante una propuesta que bien podríamos llamar «anacronismo productivo».

Para entender lo que queremos decir consideremos, en primer lugar, su noción de prejuicio, que en principio toma en el sentido de opinión y cuyo carácter es más bien subjetivo. Pero, además, tiene por verdadero que en general al enfrentarnos a la realidad y, en particular, al mirar al pasado, lo hacemos en base a presupuestos o creencias racionales, lo que plantea una suerte de tensión entre opinión y presupuestos racionales y por esa causa contempla que el punto

⁷ Sublime, en español, quiere decir excelso, eminente, de elevación extraordinaria. En sentido figurado se aplica a cosas morales o intelectuales y, especialmente, a las concepciones mentales y producciones literarias y artísticas que poseen caracteres distintivos de grandeza y sencillez. Originalmente, a partir de los planteamientos de Edmund Burke, se consideraba que experimentamos lo sublime con abrumadora inmediatez y de forma directa y que esa experiencia es una combinación paradójica de sensaciones de embrujamiento y de pasmo: una especie de «horror encantador» o una surte de «tranquilidad con un toque de horror». Ver Ankersmit ([1993] 1998).

medio estaría en lo que llama «negociación». En segundo término, revisemos su idea de representación, cuya función tiene que ver con la llamada «aestética», ya que precisa que es necesario liberar a ambas de una exclusiva asociación con las artes para proyectarlas a muchos dominios de la condición humana, ya que la operación de representación es omnipresente en nuestras vidas. Además, Ankersmit considera que la representación es un complemento indispensable de la epistemología. Afirma también que la historia nos ofrece una representación del pasado, idea que ha sido central —según él mismo lo ha declarado— en su obra. La representación remite a «algo», pero nunca será ese «algo», solo lo representa; de la misma forma que una pintura que retrata a Napoleón no será jamás Napoleón mismo. Por eso la representación está esencialmente marcada por la indeterminación⁸.

Con la noción de «experiencia histórica» alude a una situación específica, es decir, aquella cuando el historiador se enfrenta —o más bien es capaz de percibir de manera personal y subjetiva— a un aspecto del pasado que se ha aislado y desprendido de un contexto más amplio del tiempo pretérito. Ello le significa al historiador su repentina ruptura con el contexto de su propia existencia. Es decir, una descontextualización simultánea del objeto y del sujeto que permite al historiador tomar contacto directo e inmediato con el pasado, como si toda distancia temporal entre presente y pasado desapareciera por un breve instante. Así entendida, la experiencia histórica, que no debe confundirse con un momento de inspiración, no es repetible a voluntad⁹.

En su artículo «Historiografía y posmodernismo» revisa la función y el significado de la historiografía en tanto expresión cultural y, en abierta posición postmoderna, señala que tanto el novelista como el historiador proporcionan la ilusión de una realidad, pero ficticia la una y genuina la otra.

Como ya hemos adelantado, desde una postura crítica a los postulados de la llamada posmodernidad Kart R. Popper destacó oportunamente la relación entre lenguaje, cuerpo y mente partiendo del reconocimiento de la relación entre conocimiento objetivo y subjetivo y de la importancia del primero:

Vivimos en un mundo de cuerpos físicos y nosotros mismos tenemos un cuerpo físico. Sin embargo, cuando hablo con ustedes, no me dirijo a sus cuerpos, sino a sus mentes. Así, pues, además del *primer mundo*, del mundo de los cuerpos físicos y de sus estados fisiológicos, que designaré como "mundo 1", parece que existe

⁸ Véase su artículo «Ensayo Autobiográfico» publicado en *Rethinking History* N° 7, vol. 3, 2003, pp. 413-437.

⁹ Véase su discurso pronunciado en marzo de 1993 al hacerse cargo de la cátedra de Teoría de la Historia en la Universidad de Groningen (Ankersmit [1993] 1998).

un *segundo mundo*, el mundo de los estados mentales que denominaré “mundo 2”. De este modo se plantea una cuestión concerniente a la relación entre estos dos mundos: el mundo 1 de los estados o procesos físicos y el mundo 2 de los estados o procesos mentales. Esta cuestión constituye el problema cuerpo-mente [...] Con la denominación “mundo 3” me refiero, en líneas generales al mundo de los productos de la mente humana. Estos productos son en ocasiones objetos físicos tales como las esculturas, cuadros, dibujos y construcciones de Miguel Ángel. Son objetos físicos, pero son una clase muy peculiar de objetos físicos: según mi terminología pertenecen tanto al mundo 1 como al mundo 3. Otros productos de nuestras mentes no son exactamente objetos físicos. Consideremos una obra de teatro de Shakespeare. Se puede decir que el libro escrito o impreso es un objeto físico como lo es, digamos, un dibujo. Pero evidentemente la representación de la obra no es un objeto físico, aunque tal vez se pueda decir que es una secuencia muy compleja de acontecimientos físicos. Pero ahora recuerden, por favor, que no hay una sola representación de *Hamlet* de la que se pueda decir que sea idéntica a la obra de Shakespeare, *Hamlet*, en sí. La obra de Shakespeare tampoco es la clase o conjunto de todas sus representaciones. Se puede decir que estas representaciones *representan* o *reproducen* esta obra, del mismo modo que se puede decir que una o varias fotografías representan un edificio o una escultura, o que grabados de diversa calidad reproducen un cuadro o un dibujo. Pero el mismo cuadro original es distinto a su reproducción (Popper [1994] 1997: 35-36).

El historiador británico Lawrence Stone al inicio de su actividad intelectual abordó extensamente la historia inglesa desde el siglo XVI al XVIII, ocupándose de temas como la Guerra de las Rosas, el régimen de los Tudor y la revolución de Cromwell, así como de asuntos diversos propios de la historia social, en trabajos publicados a partir de 1965. En efecto, *Social Change and Revolution in England: 1540-1640*, publicada en 1965, da cuenta de tales inquietudes, lo mismo que de su interés por la historia de la familia, que fue definida como aquella que abarcaba los lazos de parentesco, las estructuras domésticas y familiares, arreglos y convenios matrimoniales, los cambios en los roles y prácticas sexuales, etcétera. En fin, las causas y consecuencias sociales de todo ello¹⁰.

En 1981, publicó *The Past and Present*, obra que comprendía un conjunto de artículos y ensayos aparecidos en distintas publicaciones y que fuera editado en español cinco años más tarde¹¹. Entre otras cosas señalaba allí el retorno del

¹⁰ Véase Colomines y Olmos (2000).

¹¹ El capítulo primero apareció inicialmente en el libro *The Future of the History* compilado por C. Delzell, Vanderbilt University Press, 1976; el tercer capítulo apareció en 1979 en *The Past and Present: a Journal of Historical Studies*, num. 85 noviembre de 1979 de la Past and Present Society, Corpus Christi College, Oxford, Inglaterra y la mayoría de los otros ensayos se publicaron en *The New York Review of Books* entre 1965 y 1980.

análisis basado en la descripción narrativa y, por ende, el privilegio de lo particular sobre lo colectivo, circunstancial y estructural, a su vez soportado por la estadística. Aclaraba que la narrativa parecía entonces ineludible para la ordenación cronológica del material histórico, puesto que, además, suponía un relato dotado de coherencia y unidad, ya que el contenido quedaba dispuesto dentro de un relato único y coherente.

Cabe aclarar que todo ello no quería decir que el narrativismo histórico hubiese vuelto junto a una erudición considerada como fin en sí misma, o medio para «recuperar» plenamente el pasado. El mismo autor sostuvo que algunos de los capítulos del trabajo antes mencionado mostraban su intento por describir y dar opiniones acerca de los cambios radicales en las preguntas que los historiadores habían estado formulando con respecto al pasado y acerca de los datos recientes, lo mismo que de las herramientas y la metodología por ellos desarrolladas para responderlas¹². Resulta muy interesante que Stone haya observado que los trabajos escritos entre las décadas del sesenta y setenta del siglo XX reflejaban un cambio de interés, que se movió desde las transformaciones sociales, económicas y políticas hasta mutaciones de valores, creencias religiosas, costumbres y normas de conducta personal. Variación de intereses que a su juicio expresaba no solo la modificación de sus propios puntos de vista sino también un cambio general operado en aquella época en otros predios, como los de la sociología y la antropología, a la vez que dichas transformaciones fueron la fuente principal de nuevas ideas en la profesión histórica en general. Por ejemplo, señaló que la divulgación, durante la década del sesenta de la obra de Weber permitió que frente al determinismo económico, lo mismo que ante las teorías sobre las clases sociales de índole marxista, los historiadores advirtieran que los factores ideológicos, culturales e institucionales no eran simples superestructuras (Stone 1986: 26).

Al ocuparse del asunto del retorno de la narrativa consideró que dicho fenómeno podía ser manifestación de un extendido desencanto respecto al modelo económico determinista para la explicación histórica. Además de aceptar que existe un flujo recíproco extraordinariamente complejo de interacciones entre los hechos referentes a la población, suministro de alimentos, clima, precios, etcétera, por una parte, y los valores, ideas y costumbres por la otra, sostenía que, conjuntamente con las relaciones sociales de clase o posición, todo lo anterior

¹² El otro grupo de trabajos recogidos en ese libro fueron originalmente —dice el autor— reseñas reflexivas acerca de libros de reciente publicación y todos tienen que ver con un único tema que preocupó tanto a Marx como a Weber: de qué manera y por qué Europa Occidental se transformó entre los siglos XVI a XVIII para poner los cimientos sociales, económicos, científicos, políticos, ideológicos y éticos de la sociedad racionalista, democrática, individualista, tecnológica e industrializada actual.

conforma una única red de significado y que no hay una razón teórica suficiente para admitir que los primeros factores determinen a los segundos. Otro factor que a su juicio explicaba el retorno de la narrativa era el reconocimiento de la importancia del poder de las decisiones políticas personales por parte de los individuos, lo que habría obligado a algunos historiadores a volver a la modalidad narrativa. A ello se sumaría la declinación del compromiso ideológico —actitud militante partidaria o políticamente comprometida a la hora de escribir— de los intelectuales occidentales. No deja de tomar en cuenta el esfuerzo cada vez mayor por descubrir qué ocurría en las mentes de los hombres del pasado y cómo era vivir en él, preguntas que inevitablemente —dice Stone— conducen de regreso al empleo de la narrativa. Pero añade que debido al derrumbamiento de la historia intelectual tradicional esa era la manera cómo los historiadores habrían decidido referirse a las estructuras mentales. Contempla también otro elemento de orden estrictamente práctico: la necesidad de divulgación del conocimiento histórico más allá del círculo de los especialistas¹³. De paso indicaba que la intensificación del interés por los sentimientos, las emociones, las normas de comportamiento, los valores y los estados mentales marcaba la sustitución de la sociología y la economía como disciplinas influyentes en la historiografía, para dar más bien paso a la influencia de la antropología.

Insistió en que el retorno de la narrativa estaba produciendo una historiografía con características diferentes a la tradicional debido al interés de los historiadores por las vidas, los sentimientos y la conducta de los hombres comunes en lugar de los grandes y poderosos¹⁴.

Por eso es que para este tipo de historiografía, metodológicamente hablando, el análisis resulta tan importante como la descripción. También se distingue por el empleo creciente de documentación, en donde aparecen testimonios resultados de interpelaciones e interrogatorios. Asimismo, gracias a la influencia de la novela moderna y las ideas freudianas, se explora cuidadosamente el inconsciente en lugar de apegarse a los hechos desnudos. Los relatos acerca de una persona, un juicio o un episodio dramático, cuentan no por lo que representan por sí mismos, sino porque arrojan luz sobre los mecanismos internos de una cultura o una sociedad del pasado. Asimismo, Stone fue enfático al señalar sus reparos ante la influencia

¹³ Lacerda (1993: 17) sostiene que acerca de estas ideas existe una coincidencia entre Stone y Furet, historiador francés autor de *Penser la Révolution française* (edit. Gallimard, Paris, 1978) y *Le Passé d'une illusion* (edit. Robert Laffont & Calmann-Lévy, Paris, 1995).

¹⁴ Entiéndase en este caso que en la llamada historiografía tradicional el uso de la narración no era solamente una forma privilegiada de exposición sino que se trataba de un relato meramente factualístico y la manifestación de una epistemología empirista y realista (Stone 1986: 11 y 99 y ss.). Véase Colomines y Olmos (2000: 156).

del denominado «giro lingüístico» de carácter constructivista-estructuralista sobre la historia, puesto que los textos quedaban convertidos en reflejos de sí mismos y porque la ficción y la realidad no eran diferenciables, lo real y lo imaginario son iguales, a la vez que advertía sobre la noción de contexto y su importancia para el neohistoricismo, de manera que la realidad histórica de lo narrado importaba menos que la construcción del discurso sobre el pasado.

También sobre la escritura de la historia reflexionó Philippe Carrard en 1992 en su trabajo titulado *Poetics of the New History*. Encuentra que los historiadores siguen buscando los orígenes, describiendo cambios y estableciendo cronologías, dándose cuenta de la dificultad de lograrlo sin recurrir a la narración, tan venida a menos a partir de los cambios y críticas a la historiografía positivo-historicista y la identificación de narración con dicha historiografía, peyorativamente llamada tradicional. Sin embargo, sostiene que no se puede hablar de un retorno de la narrativa en la medida en que esa forma de exposición nunca fue realmente dejada del lado por los historiadores (Corcuera 2000: 238).

A partir del giro filosófico y lingüístico o, en todo caso, coincidiendo con ambos, vemos una verdadera vuelta de tuerca a la historiografía, lo que nos da pie para referirnos a la obra de Hayden White, pese a que este autor ha señalado que su concepto de la historia tiene más en común con la «estética de lo sublime», que a su entender proviene del Romanticismo más que del postmodernismo. Se califica a sí mismo como un historiador cultural e interesado en la filosofía de la cultura que se ocupa de la historia intelectual desde una perspectiva modernista, formalista y estructuralista y afirma que la historia tiene una doble faz: una cara es científica y la otra artística.

Otra de sus aseveraciones es que en un nivel profundo de conciencia, cuando el historiador escoge estrategias conceptuales por medio de las cuales explica o representa sus datos, lo que en realidad está haciendo es un acto poético, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual podría aplicar teorías específicas. Y si los «hechos» históricos son construidos a partir de los documentos junto con los comentarios realizados por las partes interesadas acerca de los acontecimientos o los mencionados documentos, todos ellos —incluyendo los textos producidos por los historiadores—, deberían ser entendidos como entidades lingüísticas inestables, es decir, sujetas a revisión y a interpretaciones sucesivas que incluso pueden ser descartadas por considerarlas ilusorias.

Entiende que el desarrollo de la noción de tropos es un *continuum* de lógica, dialéctica y poética y, siguiendo la tesis de Jakobson, considera que no se puede distinguir entre lenguaje poético y no poético, lo que no quita que en algunos discursos la función poética sea la dominante y en otros no. Volviendo al acto

del denominado «giro lingüístico» de carácter constructivista-estructuralista sobre la historia, puesto que los textos quedaban convertidos en reflejos de sí mismos y porque la ficción y la realidad no eran diferenciables, lo real y lo imaginario son iguales, a la vez que advertía sobre la noción de contexto y su importancia para el neohistoricismo, de manera que la realidad histórica de lo narrado importaba menos que la construcción del discurso sobre el pasado.

También sobre la escritura de la historia reflexionó Philippe Carrard en 1992 en su trabajo titulado *Poetics of the New History*. Encuentra que los historiadores siguen buscando los orígenes, describiendo cambios y estableciendo cronologías, dándose cuenta de la dificultad de lograrlo sin recurrir a la narración, tan venida a menos a partir de los cambios y críticas a la historiografía positivo-historicista y la identificación de narración con dicha historiografía, peyorativamente llamada tradicional. Sin embargo, sostiene que no se puede hablar de un retorno de la narrativa en la medida en que esa forma de exposición nunca fue realmente dejada del lado por los historiadores (Corcuera 2000: 238).

A partir del giro filosófico y lingüístico o, en todo caso, coincidiendo con ambos, vemos una verdadera vuelta de tuerca a la historiografía, lo que nos da pie para referirnos a la obra de Hayden White, pese a que este autor ha señalado que su concepto de la historia tiene más en común con la «estética de lo sublime», que a su entender proviene del Romanticismo más que del postmodernismo. Se califica a sí mismo como un historiador cultural e interesado en la filosofía de la cultura que se ocupa de la historia intelectual desde una perspectiva modernista, formalista y estructuralista y afirma que la historia tiene una doble faz: una cara es científica y la otra artística.

Otra de sus aseveraciones es que en un nivel profundo de conciencia, cuando el historiador escoge estrategias conceptuales por medio de las cuales explica o representa sus datos, lo que en realidad está haciendo es un acto poético, en el cual prefigura el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual podría aplicar teorías específicas. Y si los «hechos» históricos son construidos a partir de los documentos junto con los comentarios realizados por las partes interesadas acerca de los acontecimientos o los mencionados documentos, todos ellos —incluyendo los textos producidos por los historiadores—, deberían ser entendidos como entidades lingüísticas inestables, es decir, sujetas a revisión y a interpretaciones sucesivas que incluso pueden ser descartadas por considerarlas ilusorias.

Entiende que el desarrollo de la noción de tropos es un *continuum* de lógica, dialéctica y poética y, siguiendo la tesis de Jakobson, considera que no se puede distinguir entre lenguaje poético y no poético, lo que no quita que en algunos discursos la función poética sea la dominante y en otros no. Volviendo al acto

de prefiguración debemos indicar que White ha dicho que puede adoptar una serie de formas, cuyos tipos pueden caracterizarse por los modos lingüísticos en que se presentan. Así, existen a su juicio cuatro modos principales de conciencia histórica basados en la estrategia prefigurativa —tropología—, adoptando la forma de metáfora, sinécdoque, metonimia e ironía. Por consiguiente, cada uno de ellos proporciona la base para un protocolo lingüístico diferente por el cual prefigurar el campo histórico y sobre el cual es posible utilizar estrategias específicas de interpretación histórica para «explicarlo». En consecuencia, el modo tropológico dominante y su correspondiente protocolo lingüístico forman la base irreductiblemente «metahistórica» de cualquier obra histórica. Y ese elemento metahistórico, en el caso de los historiadores del siglo XIX que White estudió, constituye la «filosofía de la historia» que sostiene implícitamente sus obras y sin la cual no podrían haber producido el tipo de trabajos que produjeron. White ha indicado que empleó la tropología —teoría acerca de los tropos— porque consideró que la escritura narrativa no está formada por la lógica, puesto que no hay narrativa que exprese siempre la consistencia de una deducción lógica. Además, estaría el hecho de que la sociedad crea situaciones dentro de las cuales muchos actos individuales entran en contradicción y por eso se hace necesaria una teoría de representación de la vida vivida en contradicción (White 1992: 10)¹⁵.

En consecuencia, existiría una importante relación entre lo referido y la forma empleada para hacerlo, ya que la misma es generadora de significado y por eso afirmó: «yo creo que el análisis retórico del texto nos permite identificar sus contenidos ideológicos, según sus efectos»¹⁶. Así, por ejemplo, el mito tiene una forma y estructura narrativa particular que sería de alguna forma intransferible y cuando se emplea para narrar algo los acontecimientos o procesos referidos adquieren el significado de relatos mitológicos. Los componentes de la narrativa no son las proposiciones vistas de manera simple sino que además de haber componentes extraposicionales existe una sintaxis del uso del lenguaje, por lo que un análisis de la perspectiva de la retórica resulta importante.

Este libro [*Metahistoria...*] es una *historia* de la conciencia histórica en la Europa del siglo XIX, pero también se propone contribuir a la actual discusión del *problema* del conocimiento histórico. Como tal, representa a la vez un relato del desarrollo del pensamiento histórico durante un periodo específico de su evolución y una teoría general de la estructura de ese modo de pensamiento que se llama "histórico" [...] Mi propio análisis de la estructura profunda de la imaginación histórica de

¹⁵ Véase la entrevista que publicó la revista *Diacritics* en 1994, vol. 24, n° 1.

¹⁶ Véase la entrevista que le hizo Alfonso Mendiola y que se publicó en la Revista *Historia y Grafía*, enero-junio de 1999.

la Europa del siglo XIX intenta aportar un punto de vista nuevo sobre el actual debate acerca de la naturaleza y la función del conocimiento histórico (White 1992: 13-14).

La obra citada analiza las obras de los historiadores reconocidos y de los filósofos de la historia del siglo XIX con el objeto de determinar las características discursivas de las diferentes concepciones del proceso histórico que aparecen en las obras de aquellos narradores clásicos. «En el texto se reúnen diferentes discursos: el de la ciencia, el del arte, el de la literatura o el de la política; todo esto se condensa ahí para formar una entidad heteronómica. Yo trataba de ordenar esto y preguntar cómo se relacionan en el texto terminado; de esta manera decidí abordar los de los historiadores considerados como los “clásicos” por los profesionales en la actualidad». Realizó un tratamiento estructuralista de la escritura histórica sobre la base que le proporcionaba la idea de que se debía considerar a la historiografía como una forma de escritura, más que como el reporte de una investigación realizada, por lo que el estructuralismo le proporcionaba la manera más útil y práctica de analizar los textos de los historiadores. Otro propósito suyo fue establecer las distintas teorías posibles con las que los filósofos de la historia decimonónica justificaban el pensamiento histórico de aquella época. Para alcanzar esos objetivos White considera a la obra histórica como lo que más manifiestamente es: una estructura verbal en forma de discurso de prosa narrativa que dice ser un modelo, o imagen, de estructuras y procesos pasados, con el fin de representarlos y explicar lo que fueron.

Su método es denominado formalista, es decir, que no trata de decidir si la obra de un determinado historiador es un relato mejor o más correcto acerca de determinado conjunto de acontecimientos o segmento histórico que el de algún otro historiador, siendo más bien su preocupación tratar de identificar los componentes estructurales de esos relatos. La pregunta que White se formula es ¿cuáles son los elementos «artísticos» de una historiografía «realista»? Avanzando en esa línea se ocupa de los aspectos ficcionales de los relatos y de la construcción del conocimiento histórico cuando toca el asunto de la invención que, en buena cuenta, compromete un asunto más de fondo y de carácter teórico relacionado a la forma de «conocer» del historiador. White dice entonces que la invención también desempeña un papel en las operaciones realizadas por dicho especialista, ya que, por ejemplo, el mismo hecho puede servir como un elemento de distinto tipo en muchos relatos históricos diferentes, dependiendo del papel que se le asigne en una caracterización de motivos específica dentro del conjunto al que pertenece. Así, la muerte de un rey podría ser un suceso inicial, final o de transición, por citar un caso (White 1992: 18).

Lo cierto es que en la obra mencionada los discursos —narraciones históricas— son para White las fuentes y su análisis el procedimiento para estudiar al pensamiento histórico del siglo XIX. Al respecto nos aclara lo siguiente:

La teoría de los tropos proporciona un modo de caracterizar los modos dominantes del pensamiento histórico que tomaron forma en Europa en el siglo XIX. Y como base para una teoría general del lenguaje poético, me permite caracterizar la estructura profunda de la imaginación histórica de ese periodo considerado como un proceso de ciclo cerrado. Porque cada uno de los modos puede ser visto como una fase, o momento, dentro de una tradición de discurso que evoluciona a partir de lo metafórico, pasando por comprensiones metonímica y sinedócica del mundo histórico, hasta una aprehensión irónica del irreductible relativismo de todo conocimiento (White 1992: 47-48).

Las críticas formuladas a los planteamientos de White han apuntado a señalar que ha reducido el conocimiento histórico a un mero discurso, relativizándolo y friccionándolo al máximo, lo que haría difícil abordar, por ejemplo, ciertos asuntos como el Holocausto y la historia del nazismo. La respuesta del autor se orientó, en primer lugar, a exigir que se haga primero una contextualización de la producción del citado libro. En más de una oportunidad dijo lo siguiente:

El libro apareció en 1973 y, en mi respuesta a Chartier, sugerí que tal vez, en su juicio crítico él debió contextualizarlo y analizarlo como producción de un momento particular en el desarrollo del origen de la discusión (en filosofía de la historia e historiografía): el momento de *Metahistoria* era el momento del estructuralismo. Éste es un trabajo estructuralista, es decir, hace un tratamiento estructuralista de la escritura histórica. Si goza de alguna originalidad es porque considera a la historiografía más como forma de escritura que como reporte de una investigación realizada. Lo que a mí me permitió hacer el estructuralismo fue tratar a la escritura histórica como discurso; a la investigación histórica, a la cultura histórica, a la cultura o a la conciencia histórica más como un tipo de discurso que como un tipo de ciencia (entrevista de 1999)¹⁷.

En resumen, propone que las historias, lo mismo que las filosofías de la historia, combinan datos, conceptos teóricos para explicar dichos datos y una estructura narrativa para presentarlos. Sostiene, además, que tales discursos tienen un contenido estructural profundo, que es en general de naturaleza poética y lingüística que obra como paradigma, pues resulta aceptado en lo relacionado

¹⁷ Hay que mencionar que en su libro *El texto histórico como artefacto literario* recogió cinco artículos representativos de sus desarrollos teóricos y un prefacio escrito especialmente para la ocasión en el que responde a algunas de las críticas que frecuentemente se le han hecho. Entre sus críticos se cuenta, además del francés Chartier, al italiano Carlo Ginzburg. Véase Corcuera (2000: 350).

a una interpretación histórica. Por consiguiente, este paradigma funciona como elemento metahistórico (White 1992: 9).

La obra *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* está formada por ocho ensayos que siguen las ideas del filósofo húngaro Lukacs y el modelo de las críticas de Frederic Jameson para enfatizar que la ideología tiene que hacer con la forma de la cosa mucho más que con el contenido de una representación dada. White trabaja el asunto de que cuando se elige una forma de discurso se está finalmente optando por todo un dominio semántico. Considera que en la historiografía se suelen usar tres estrategias conceptuales y cuatro modelos posibles de articulación, cada una de las cuales producen, en conjunto, un efecto explicatorio específico:

- Argumentación formal —explícita o discursiva— que permite ofrecer una explicación de lo que ocurre en el relato invocando principios de combinación que sirven como presuntas leyes de explicación histórica. El historiador explica los hechos del relato por medio de la construcción de una argumentación nomológico-deductiva. La explicación por argumentación formal puede ser: formismo; organicismo; mecanicismo; y contextualismo.
- La trama es la que da el «significado» de un relato mediante la identificación del tipo de relato que se ha narrado. El tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular, a saber: romántico/novela; cómico/comedia; tragedia; y, sátira.
- La implicación ideológica, ya que las dimensiones ideológicas de un relato histórico reflejan el elemento ético en la asunción por el historiador de una posición particular sobre el problema de la naturaleza del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes.
- Finalmente, considera que una combinación específica de modos forma el estilo historiográfico de un historiador o filósofo de la historia en particular¹⁸. De todas maneras, hay que señalar que White entiende que ideología es un conjunto de prescripciones para tomar posición en el mundo presente —en la práctica social— y actuar sobre él ya sea para cambiarlo o para mantenerlo en su estado actual. Las posiciones ideológicas básicas recogidas por White son: anarquismo, conservadurismo, radicalismo y liberalismo.

¹⁸ White se apoyó en el trabajo de Northrop Frye *The Anatomy of Criticism: Four Essays*. Princeton (Princeton University Press: 1957) (White 1992: 9 y ss.).

El reconocido historiador Le Goff afirmó que con su *Metahistoria* White contribuyó a aclarar la crisis del historicismo a finales del siglo XIX y planteó —sobre un ejemplo histórico— el problema de las relaciones entre la historia como ciencia, como arte y como filosofía. Pero estas relaciones se definen ante todo históricamente, y donde White ve una especie de naturaleza intrínseca, está la situación histórica de la disciplina cuando la historia íntimamente mezclada hasta finales del XIX con el arte y la filosofía se esfuerza y logra parcialmente ser cada vez más específica, técnica, científica y menos literaria y filosófica. Señala Le Goff que un relato, histórico o no, es una construcción que procede de una serie de elecciones no explícitas y no debe identificarse a la historia con el relato. El empleo del relato en la historia no debe llevar a la negación de su carácter científico, pues es solo la necesidad en historia de exponer el cómo antes de investigar el por qué es lo que coloca al relato en la base de la lógica del trabajo histórico (Le Goff 1991: 37 y ss.).

Los planteamientos del filósofo Richard Rorty, quien escribió, entre otros, *Objetividad, relativismo y verdad* (1991) y *Giro lingüístico e Historia Intelectual* (1998), ha aportado elementos para la teoría de la historia contemporánea y para el análisis historiográfico. Rorty, quien articuló el post-estructuralismo con el pragmatismo norteamericano manifestando además vinculaciones con el relativismo lingüístico, sugirió abandonar la preocupación por el lenguaje como representación para, de manera pragmática, analizar su utilidad para la comunicación y resolución de problemas. Considera que las creencias y las palabras son más bien hábitos de acción y herramientas de comunicación que representaciones. Aplicado al conocimiento científico, la perspectiva relativista de Rorty lleva a considerar que las explicaciones y análisis de cualquier nivel serían aceptados o rechazados conforme a su utilidad (Lorandi y Wilde 2000: 49). En todo caso, vivimos en un «mundo interpretado» y esas interpretaciones están sujetas a cambio o relecturas.

Para Rorty la verdad es una propiedad de los enunciados y hay verdades porque hay lenguajes y si bien los léxicos son construcciones humanas todos estamos inclinados a emplear el lenguaje de nuestros ancestros. Propone pensar a la cultura como un conjunto y, por consiguiente, eliminar la distinción entre disciplinas —tanto en las humanidades como en las ciencias positivas—, salvo, por ejemplo, necesidades de carácter pedagógico o institucional, ya que a los respectivos discursos de cada una de ellas debería otorgárseles el mismo valor.

CAPÍTULO X

SE DIBUJA UNA NUEVA HISTORIA

«En consecuencia, solo se puede obtener un punto máximo de claridad en la historiografía gracias a una *proliferación* de interpretaciones históricas y no al intentar *reducir* su cantidad. La historiografía, por tanto, nunca puede darse el lujo de desatender su pasado; incluso las interpretaciones del pasado que rechazamos en el presente deben ser recordadas para definir la identidad de las interpretaciones que ahora preferimos».

F. R. Ankersmit

El uso más temprano de la frase «nueva historia» parece datar del inicio de la segunda década del siglo XX, cuando el norteamericano James H. Robinson (1863-1936) publicó una obra con dicho título y afirmaba que la historia incluye todo rasgo y vestigio de cualquier cosa hecha o pensada por el hombre desde su aparición. Robinson se manifestaba a favor de una historia total que incluyera al hombre común y demandaba dejar de lado a las dinastías y a las guerras. Lo interesante es que planteaba que historia se refería a todo lo hecho y pensado por los hombres desde su aparición en la Tierra, dando crédito de esa manera a una historia total. Sin embargo, en su momento esa propuesta no alcanzó eco en los Estados Unidos.

Si bien se asocia a la nueva historia con la Escuela de los *Annales* es sabido que una reacción contra la historiografía tradicional también se produjo en Gran Bretaña hacia la década de 1930, a través de las propuestas de Lewis Namier y R. H. Tawney para substituir a la narración de acontecimientos por la ubicación de las estructuras históricas. Recordemos que se considera que el segundo de los mencionados formó parte de la renovación historiográfica en

Inglaterra al introducirse de manera más específica los temas que dieron lugar a la historia económica. En cuanto a Lewis Namier¹, su actuación desde la cátedra en Manchester y el desarrollo de la prosopografía como método para hacer una historia social dio a la historiografía británica un giro semejante al producido por el grupo de los *Annales* en Francia². Este autor, especialista en la Inglaterra del siglo XVIII, escribió entre otros *The Structure of Politics at the Accession of George II* (1929) y allí estudió, de manera prosopográfica, a los miembros de la Cámara de los Comunes de aquella época. Tanto Tawney como Namier también criticaron a la historia política y de los acontecimientos para propugnar una historia de las estructuras.

No se debe dejar de mencionar tampoco que hacia 1900 en Alemania, Karl Lamprecht ya introducía cambios por lo que se ganó cierto rechazo entre sus colegas. Vale decir que la identificación de una historia centrada en acontecimientos era materia corriente por aquella época y aparece vinculada, una generación antes a la aparición de los *Annales*, al sociólogo Durkheim y a su revista *Annales Sociológicos* (Stone 1972: 7).

La propuesta de la «nueva historia», si bien tuvo un carácter renovador en la historiografía occidental, no apareció de la noche a la mañana sin mayores antecedentes, pues no hay que olvidar que dentro del movimiento iluminista Voltaire, Gibbon, Robertson, Vico, Möser, entre otros, participan de una corriente internacional para que los escritos históricos no se circunscriban a hechos militares y políticos, y más bien alcancen a referirse a leyes, comercio, la manera de pensar de la sociedad, sus costumbres y el espíritu de la época. Más adelante se promueve en la Universidad de Göttingen el cultivo de una historia social y en el último tercio del siglo XIX, una historia económica ya tenía su existencia en Alemania, Inglaterra y otros lugares, como una reciente alternativa a la historiografía política. Tampoco hay que olvidar que en 1860 el suizo Jacob Burckhard, al publicar *La civilización del renacimiento en Italia*, se concentró más en una historia cultural y de descripción de procesos que en la narración de eventos (Burke 1998: 8).

¹ Historiador nacido en Polonia de origen judío y nacionalizado inglés (1888-1960). Se estableció en Oxford a partir de 1908 y fue catedrático en Manchester. Su verdadero nombre era Ludwik Niemerowski.

² Se entiende que la biografía pretende presentar a un individuo, su personalidad e historia de vida dentro de su propio contexto social y que la prosopografía aborda al individuo dentro de un todo, aunque sin dejar de lado sus características personales supone que se lo considera dentro de un grupo y, en cierta medida, en comparación con aquellos otros que lo conforman. Por consiguiente, más que detenerse en el individuo en particular se busca construir una idea del conjunto. Sobre este asunto véase Stone (1972).

10.1. UNA VARIEDAD DE TEMAS, CRITERIOS Y TENDENCIAS

En las décadas comprendidas entre 1970 y 1990 la denominación nueva historia se empleó con mayor frecuencia. En esa época la reacción contra el paradigma tradicional se extendió en todo el mundo y alcanzó naturalmente a los historiadores. La idea de una «nueva historia» tuvo gran recepción en Francia, tan es así que *La nouvelle histoire* fue el título de la colección de ensayos editados por el medievalista Jacques Le Goff (1978), quien junto con P. Nora había editado tres volúmenes de ensayos históricos *Faire de l'histoire* (1974) referidos a «nuevos problemas», «nuevas aproximaciones» y «nuevos objetos»³. Esta nueva historia organiza su material de manera diferente y, por ejemplo, los libros se escriben siguiendo un orden analítico y no necesariamente narrativo, por lo menos al principio, ya que posteriormente se dará paso a lo que se ha dado en llamar el retorno de la narrativa. Además, se plantea nuevas preguntas. «Por qué y con qué consecuencias» son las cuestiones que si bien no suprimen a las antiguas interrogantes «quién, qué y cómo», tienden a colocarlas en un segundo lugar. Los asuntos que más interesan tendrán que ver con las relaciones entre el hombre y la sociedad en el pasado, tales como: la base material de la existencia humana, el campo de lo social y lo sociocultural. Particularmente destaca la inclusión en su temática del estudio de las masas más bien que de las elites (Corcuera 2000: 232; Stone 1986: 34-36).

La nueva historia se basará filosóficamente en la idea de que la realidad está social y culturalmente constituida y esta noción asumida por muchos historiadores y antropólogos permite que se entienda la convergencia de intereses de ambas disciplinas. Si bien la unidad de la llamada nueva historia se definía sobre todo por oposición y comprendió una variedad de formas y posturas, puede ser caracterizada de la siguiente manera:

- Hecha en Francia y asociada con la llamada Escuela de los *Annales*;
- Es una historia total y estructural,
- Admite variedad de perspectivas,
- Fue escrita deliberadamente como una reacción en contra de la anterior historiografía basada en el paradigma tradicional de la llamada historia de corte «rankeano», que Peter Burke llama el paradigma de la visión histórica

³ Como se mencionó en páginas anteriores, Romano estableció una distinción entre *neuve* y *nouvelle histoire*. En el primer caso el término remite a un modo nuevo y en el segundo se refiere a algo que no pasa de ser novedoso o de moda pero que, sin embargo, no deja de ser recurrente o, en resumidas cuentas, lo mismo y no necesariamente de buena calidad (Romano 1997: 111, *Infra*).

del sentido común y que contrasta a la vieja con la nueva historia en base a siete puntos.

La historia tradicional, concebida como la narradora y reconstructora de eventos, era política e institucional, mientras que a la nueva historia le interesaba el análisis de las estructuras y le concernía virtualmente cada actividad humana. Los vientos que empiezan a correr sobre los predios de Clío convierten en predilectos a los temas que antes fueron tenidos como marginales o complementarios, como historia del arte o historia de la ciencia, etcétera, aunque no hay que dejar de tomar en cuenta que la influencia de cierto relativismo cultural lleva a borrar la distinción entre lo que es central para la historia y lo que es marginal, ocasionando muchas veces que se confunda lo sustantivo con lo anecdótico, además de que llegan a darse casos de deficiencias en la síntesis.

La vieja historia ofrecía una visión desde arriba, en el sentido de que siempre se refería a los grandes acontecimientos y a los personajes importantes: estadistas, generales y ocasionalmente eclesiásticos, mientras que la nueva historia toma en cuenta al resto, a aquellos a quienes se había asignado un rol menor en el curso de la historia. Numerosos historiadores se mostrarán interesados en hacer una historia desde abajo, es decir, desde el punto de vista de la gente corriente y su experiencia del cambio social.

De acuerdo con el paradigma tradicional, la historia debería basarse en documentos, e incluso el periodo anterior a la aparición de la escritura fue denominado «prehistoria». El nuevo punto de vista enfatizará las limitaciones de una historia basada en documentos y registros oficiales y, en la medida de que le interesa una mayor variedad de hechos, hará uso de una mayor y más variada cantidad de testimonios: visuales, orales, cuantitativos, entre otros.

La nueva historia criticó también la explicación tradicional para la cual existe una causa directa e individual de los hechos y propuso tomar en cuenta la variedad de condiciones y causas individuales y colectivas. Frente a la idea de que la historia era o debía ser objetiva, para la nueva historia existen diferentes lecturas de los hechos. Si antes se pretendía que la versión de un hecho debería resultar aceptable para todos, incluidos quienes tuvieran intereses y puntos de vista diferentes, la nueva historia consideró que había poco realismo en dicha aspiración.

De otro lado, al existir ya la figura del historiador profesional no solo en el sentido de alguien dedicado casi exclusivamente al estudio del pasado, sino poseedor de conocimientos y métodos precisos para el desarrollo de su trabajo, la nueva historia no elimina totalmente esta idea, pero sí admite la interdisciplinariedad y con ella también el hecho de que otros especialistas ingresen a los predios históricos (Burke 1998: 2-6).

Nuevas perspectivas para el estudio del tiempo pretérito se van barajando prácticamente de manera ininterrumpida y ello se relacionará tanto a la búsqueda de síntesis y visiones de los procesos históricos entendidos como conjuntos de eventos, como al enfoque sobre asuntos perfectamente acotados que mostrarán un alto grado de especialización de los historiadores sobre determinadas materias, lo mismo que a la fragmentación del saber histórico. Por ejemplo, para lograr el desarrollo de la historia social y su independencia Georges Duby propuso orientarla hacia la convergencia de una historia de la civilización material y de una historia de lo mental colectivo, considerando, además, que el hombre en sociedad constituye el objeto final de la investigación histórica. Atribuía un carácter hegemónicamente totalizador a la historia social al indicar que de hecho es toda la historia, por lo que su método exigía tomar en cuenta todo tipo de fuentes y a los fenómenos en distintos niveles de análisis, a la vez que debía penetrar en las articulaciones y resonancias de las estructuras materiales y las superestructuras ideológicas. Añadía también que convertir a la historia social a una suerte de apéndice de la historia económica era limitar el campo de la interrogación (Duby 1976: 92-93)⁴.

10.1.1. La historia social en todo su despliegue

En este apartado emplearemos, de manera genérica, la noción historia social para abarcar dentro de ella a diversos subgéneros como historia de las ideas, de las mentalidades, de la vejez, etcétera, no porque cada uno de ellos no merezca un tratamiento aparte y concienzudo sino porque todas son historias esencialmente sociales —incluso el pensamiento lo es y, con mayor razón, las mentalidades— y también en aras de una economía de espacio.

En todo caso debemos referirnos más específicamente al desarrollo de una historia social que llegó a adquirir connotaciones especiales por su carácter crítico o revisionista, tanto de la llamada historia tradicional de corte positivista e historicista, como lo hizo Norbert Elías, como de la ortodoxia marxista. En este segundo caso, porque de ocuparse casi exclusivamente del trabajo, las clases, los movimientos sociales, grupos de poder y estructuras amplió considerablemente su temática bajo la influencia de los cambios en el orden de lo epistemológico, particularmente en el último tercio del siglo XX.

Norbert Elias además de estar preocupado por el novedoso tema de la corporalidad ha sido el autor de importantes obras como *El proceso de la civilización*, publicado en 1939, pero difundido a partir de 1969 y *La sociedad cortesana*, ensayo

⁴ Las reflexiones indicadas fueron hechas por Duby en octubre de 1970 cuando pronunció una lección inaugural en el Colegio de Francia.

terminado en 1933 pero publicado en 1969. En estos trabajos pretendió explicar ciertos procesos históricos de las sociedades europeas entre los siglos XIV y XVIII y sentar las bases de un nuevo modelo de análisis sociológico. Su trabajo se enmarca en la peculiar configuración del espacio intelectual alemán de las décadas del veinte y treinta, lo que le permitió apropiarse de la rica herencia hegeliana y también de la de Marx, Freud y Weber y entablar diálogo con Simmel, Manheim y Adorno. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* muestra que el autor se ubica en oposición a la historiografía dominante en su época y asume una postura crítica de la modernidad europea. Desmitifica y deconstruye las anteriores explicaciones sobre el desarrollo, entre los siglos XIV y XVIII, de las sociedades europeas hechas por la historiografía francesa y europea y que a su juicio tenían un carácter lineal y descriptivo, ajenas a la problemática señalada por la sociología y la psicología que les eran contemporáneas. El tipo de investigación histórica elaborado por Elias se orienta a la restitución de la complejidad de las múltiples curvas evolutivas del desarrollo humano preñadas de retrocesos relativos, de saltos, de cambios de nivel y de aperturas de nuevos caminos para la evolución del hombre. Explora cuestiones tan diversas como los procesos de centralización política, la pacificación de la violencia en la conducta de los guerreros nobles y el refinamiento de la conducta cortesana, así como su alejamiento de la naturaleza junto con la progresiva individualización y el desarrollo de la modernidad burguesa. Explica a la vez la concentración desmesurada del poder y el monopolio por parte del Estado de una violencia que va adquiriendo nuevas magnitudes.

Propone una nueva forma de abordar o aprehender los hechos históricos, un nuevo tipo de historia interpretativa y comparativa, analizada desde la perspectiva de la larga duración, crítica e innovadora también por sus temas. Su preocupación es ir más allá de los individuos concretos y sus actos particulares para estudiar sus roles sociales y los efectos de sus actos dentro del entramado social buscando la lógica de sus conexiones.

[...] la estructura de las funciones psíquicas, los modos habituales de orientar el comportamiento, están relacionados con la estructura de las funciones sociales, con el cambio en las relaciones interhumanas [...] Como consecuencia de esa demostración, también queda evidenciado que nuestro entramado social no es definitivo y mucho menos un punto culminante de una civilización, como tampoco lo es nuestra forma de comportamiento, nuestro nivel de coacciones, mandatos y miedos (Elias 1987: 525).

Esta nueva historia interpretativa tendrá, como propósito explícito, la construcción de modelos generales y explicativos, es decir, «modelos de configuración» aplicables a la comprensión del pasado. Para Elias, la adecuada comprensión de la

especificidad de una sociedad, proceso o realidad histórica exige su comparación permanente y sistemática con otras sociedades, procesos o realidades. De esta manera, por ejemplo, coteja metódicamente al periodo medieval con la época moderna para hacer evidentes los cambios profundos y fundamentales que conlleva el proceso de la civilización de las costumbres y de las conductas (Aguirre 2000: 168 y ss.).

En Estados Unidos la «nueva historia social» se orientó a la reconstrucción de la vida de la gente ordinaria, introdujo nuevas teorías y métodos e incluso llegó a ocupar un lugar central entre los historiadores y en la disciplina misma. Por cierto, es evidente la relación entre la historia cultural y social, tal es el caso que algunas insatisfacciones respecto a la historia social practicada en Estados Unidos en los años que corrieron entre 1960 y 1970, lo que trajo consigo un nuevo énfasis acerca del papel de la cultura como un elemento muy importante pero no cuantificable para la comprensión de la historia social. Por esa razón entre 1970 y 1980 la cultura ocupará un lugar central en la historia social que se escribe en el país mencionado. Especial influencia tuvo la antropología cultural de Clifford Geertz ayudando a los historiadores sociales a pensar sus temas de manera diferente gracias a la sugerencia de una metodología más fresca, novedosa temática y fuentes para el análisis histórico. Se interesan ahora no solo por los documentos o registros sino también por los usos y patrones sociales y culturales, lo mismo que por la conducta entendiendo que todos ellos son importantes repositorios históricos. Si durante la década de los setenta el estudio de la clase obrera y de las comunidades industriales urbanas dominó el campo de la historia social, en la década siguiente trabajos como los de Mary Ryan, Nancy Hewitt, Christine Stansell y Nancy Grey reorientaron los estudios de género. En cuanto a los estudios históricos que consideraron juntos asuntos como cultura popular y de consumo como fuerzas poderosas en la historia de los Estados Unidos en el siglo XX, debe colocarse en lugar preferencial a la obra de Lizabeth Cohen, *Making a New Deal: Industrial Workers in Chicago 1919-1939* publicado en 1990. Llama la atención la manera cómo realiza la fusión de la historia social con la más tradicional narrativa de la historia política de la nación norteamericana (Barrón 2000: 52 y ss.).

Como se puede observar esta historiografía estuvo inicialmente animada por el clima político y cultural de la década de los sesenta, pero a la vez contribuyó a la formación de la «nueva sensibilidad» que se puso de manifiesto en aquella época. Por ejemplo, puede considerarse que la emergencia del movimiento de los derechos civiles estimuló la investigación de la historia afroamericana y, particularmente, la historia de la esclavitud. Sin embargo, ello formó parte de la declinación general del consenso liberal luego de la segunda conflagración mundial y que había dominado al pensamiento y las letras en Norteamérica. Como se recordará, la noción liberal

exaltaba la democracia y la realización material y económica de Estados Unidos en contraposición con la Unión Soviética, naturalmente, en medio de la llamada Guerra Fría. En medio de tales condiciones las nuevas investigaciones en historia social fueron mostrando diversidad de perspectiva y una historia «desde abajo».

Según H. S. Barron el trabajo más temprano vinculado a la revolución historiográfica en los Estados Unidos fue *Poverty and Progress: Social Mobility in a Nineteenth-Century City* de Stephen Thernstrom, publicado en 1964, en el que trató acerca de los trabajadores pobres irlandeses en el siglo XIX. Haciendo uso de teorías y metodologías de los sociólogos y sirviéndose de una computadora para hacer análisis estadístico de abundante data reconstruyó patrones de movilidad social durante varias décadas trazando las carreras de los miembros más pobres de la comunidad trabajadora irlandesa. Sin embargo, se considera que su segundo libro, publicado en 1973, *The Others Bostonians: Poverty and Progress in the American Metropolis, 1880-1970*, marcó el comienzo del fin de la tendencia historiográfica que este autor había empezado. En este texto se manifiesta un proyecto mucho más ambicioso en cuanto al estudio de la movilidad social, pues se refiere a una población más numerosa. Ello exigió que desplegara una cuantificación más rigurosamente crítica y por consiguiente el resultado muestra una exclusión de otros aspectos, vías y perspectivas.

En adición a los estudios de clase y género y de las similitudes y diferencias entre la ciudad y el campo, raza y etnicidad también fueron comprendidos en la historia social realizada en Estados Unidos e incluso se han trabajado tópicos como la interacción entre lo antiguo y lo nuevo y la creación de un nuevo sentido de identidad étnica entre los distintos grupos. Por ejemplo, John Bodnar hizo una síntesis de la historia de la inmigración en su obra *The transplanted: A History of Immigrants in Urban America* (1985). El concepto de agente, ligado a la exploración de los fenómenos de cambio y continuidad, se empleó al abordar temas vinculados a la historia de la población afroamericana, tal como lo hiciera Lawrence W. Levine en *Black Culture and Black Consciousness: Afro-American Folk Thought from Slavery to Freedom*, obra editada en 1978 (Barrón 2000: 55-56 y 251-252).

Un ejemplo de este tipo de historiografía es la que desarrolló Edward P. Thompson, a quien sin duda puede llamarse un cultor de la historia social. Además de crítico severo del marxismo estructuralista de Louis Althusser, el importante estudioso de la cultura, su producción historiográfica se enfocó en el estudio del movimiento obrero de la Inglaterra de la época de la Revolución Industrial. En su trabajo titulado *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, que se publicó en 1963, se puede ver que si bien su interpretación es marxista a la hora de aplicar el materialismo histórico no lo hizo con dogmatismo. Autor prolífico, del conjunto

de su obra también es destacable *La economía moral de la multitud en Inglaterra*, editada en 1979, donde señala que la historia debería tomar como ejemplo, a la hora de estudiar a las sociedades modernas, el rigor y acuciosidad metodológica con el que la antropología cultural realizaba el estudio de las sociedades primitivas. En lugar de emplear simplemente la noción de clase prefiere referirse a ella como un fenómeno histórico en el entendido de que es capaz de unificar acontecimientos heterogéneos cuyas conexiones no siempre se advierten fácilmente. Deja de lado la tradicional caracterización de base y superestructura que había elaborado el marxismo, al mismo tiempo que rompe con su determinismo economicista y se aleja de la idea de someter al comportamiento histórico a leyes generales.

Lo cierto es que la historia social no se limita solo al enfoque de temas como los mencionados y cuando en 1971 Eric Hobsbawm publicó en la revista *Daedalus* un artículo titulado «De la historia social a la historia de la sociedad», identificaba historia social con historia de la sociedad. Por esa causa postuló la influencia de la historia sobre las ciencias sociales indicando que toda historia es social. También repasaba la historia social producida desde el inicio de la segunda mitad del siglo XX y llamaba la atención acerca de que su buena acogida había incrementado los estudios de esa índole, aunque de manera poco sistemática. Pero hay que aclarar que posteriormente se propuso que la historia social podía ser definida de dos maneras más bien excluyentes: como una disciplina autónoma empeñada por renovar de manera incesante y profunda los temas considerados de interés humano; y como una perspectiva determinada de análisis histórico que adopta las interacciones sociales como núcleo de observación con el propósito de explicar una sociedad determinada y los factores de cambio en un momento dado (Piqueras 2000: 121). Hay que subrayar que la primera definición resulta muy amplia y peca de imprecisión que no define nada y que la segunda precisa más bien el método.

El propio Eric Hobsbawm es un excelente representante de una historia social de sello marxista que se sustenta en propuestas interpretativas específicas. «Barbarie: guía del usuario» es el título de un artículo publicado en *New Left Review* en 1994, cuya idea central era que la barbarie ha ido en aumento durante la mayor parte del siglo XX, sin que haya indicios de que tal aumento se detenga. Esta noción volvió a ser la tesis principal de su libro *Historia del siglo XX*.

Respecto a este autor debe decirse que la riqueza de su propia experiencia y su inmensa curiosidad intelectual se han traducido en una obra diversa y siempre innovadora. A su claridad teórica se añade su capacidad generalizadora a partir de detalles sucesos y aspectos aparentemente intrascendentes para construir síntesis que son consideradas como muy imaginativas. Entre sus numerosos libros debe destacarse, sobre todo, la serie formada por *La era de la revolución, 1789-1848*

(1997, 2003) *La era del capital, 1848-1875* (1998), *La era del imperio, 1875-1914* (1998, 2003) y *Sobre la Historia* (1998).

Historia del siglo XX (The Age of Extremes) es una historia inmediata de Occidente. Inicia este trabajo con una vista panorámica del siglo objeto de su estudio para luego abordar diversos temas en tres grandes partes:

- La era de las catástrofes, donde se ocupa de la Primera Guerra Mundial, la caída del liberalismo y el fin de los imperios, entre otros asuntos;
- La edad de oro, que va desde la Guerra Fría al «socialismo real»; y,
- El derrumbamiento, en donde se ocupa de las revoluciones tercermundistas, el fin de las vanguardias, el término del socialismo y el fin del milenio.

Como se puede apreciar, se trata de un logrado esfuerzo de construcción de una historia general, evidentemente necesaria para el manejo de su perspectiva marxista orientada a explicar, desde lo fáctico, el proceso histórico de Occidente.

Por eso mismo también se ha interesado tanto en la Revolución Francesa como en la Revolución Industrial, puesto que considera que ambos procesos están en la base del impulso que ha culminado con la vigencia actual del capitalismo liberal. Otro asunto importante en su obra ha sido el de los bandidos sociales, que desarrolló a partir de 1965 para referirse a las formas populares de resistencia y que completó en *Los Bandidos*, cuya edición en inglés corresponde a 1968. Señala Hobsbawm que los bandidos sociales son personajes que se mueven al margen de lo establecido pero que son vistos por el común de la gente como una suerte de héroes, dado que encarnan sus rebeldías y deseos de reivindicación.

En *La Era del Imperio 1875-1914* explica cómo a lo largo de cuarenta años en Europa se crearon y mantuvieron imperios mundiales y cómo entró en crisis el liberalismo burgués, cuyos fundamentos morales tradicionales se hundieron bajo el peso de su propia acumulación de riqueza y confort.

Años interesantes es más bien una obra autobiográfica en la que Hobsbawm lleva al lector a emprender un recorrido desde Europa a Estados Unidos, Latinoamérica, India y Lejano Oriente para, desde su compromiso con el socialismo, realizar una aproximación a la historia del siglo XX con sus guerras, batallas ideológicas, éxitos y fracasos. Toma en cuenta para mirar e interpretar la historia de la vigésima centuria, tanto a los grupos de poder como a los subordinados, a los personajes importantes lo mismo que al hombre común.

El Optimismo de la Voluntad es un libro en el que caracteriza a la época actual por su gran eclosión económica y crecimiento mundializado. Allí encuentra que tal proceso puede ser considerado semejante al ocurrido en Europa en la época

que denomina Edad de Oro. Sin embargo, considera que se llegó al fin del siglo y del milenio en medio de un mundo de contrastes, pues si bien algunos problemas como la guerra nuclear mundial han sido eliminados, existe una gran cantidad de refugiados, decenas de millones de personas desplazadas y de expulsados en el mundo y cuya mayor parte se encuentra en África, Asia, e incluso en los Balcanes.

La Era de la Revolución 1789-1848 es una obra en la que brinda una visión global de las transformaciones que tuvieron lugar en el periodo objeto de su estudio. Se refiere por eso a lo que ocurre desde la Revolución Francesa y el despegue de la industrialización británica hasta la revolución de 1848 y el Manifiesto comunista. Lo interesante es que no se limita a los acontecimientos políticos y a los avances económicos, sino que abarca temas tan diversos como los nacionalismos, las luchas campesinas, el movimiento obrero, las ideas religiosas, la ciencia o las artes. En suma, pretende esclarecer los orígenes y los fundamentos del mundo contemporáneo.

De la coexistencia del marxismo, estructuralismo y funcionalismo con el positivismo, hasta la historia social fragmentaria, todas estas tendencias tuvieron en común su concepción de la sociedad como un todo articulado en el que las partes encuentran su sentido en su referencia al conjunto. Por eso las nociones de totalidad, marxista; sistema, funcionalista; y estructura, estructuralismo, se corresponden. El marxismo, el estructuralismo y el funcionalismo coexistieron promoviendo cada uno de los cambios en la historiografía de lo social, pero también se mantuvo vigente una manera de investigar y escribir sobre el pasado de corte positivista basado en el acontecimiento y los hechos singulares. En todo caso, la historiografía que se abre paso en la década del ochenta deja de plantearse a la sociedad como un todo y opta por fragmentar el objeto de conocimiento, recuperando al individuo para colocarlo al centro de su análisis. La comprensión de los actos humanos se impone a la interpretación de los procesos sociales. Esta historia social fragmentaria da cuenta de lo que se le escapaba anteriormente entre las rendijas de las estructuras y recobraba la densidad que le proporcionaban los acontecimientos, de la misma manera que prestaba atención a las relaciones no económicas entre sujetos, cuya caracterización se admitía bajo criterios variables: género, parentesco, raza, interés, edad, redes de identidad y creencias, afinidades por el lenguaje y prácticas sociales, etcétera. También esta historia social de fines del siglo XX prestaba atención tanto a los hechos intencionales como a los símbolos, interrogándose por los significados y buscando la lógica de las motivaciones. Puede decirse entonces que esta historia social fragmentaria ha hecho de la

indeterminación causal uno de sus más precisos símbolos de identidad (Piquerías 2000: 125-126)⁵.

De cualquier manera, pese a que la historia social ha visto un largo desarrollo, incluida su propia renovación, ha tenido relevancia la opinión de Le Goff en el sentido de que toda historia es social:

Una explicación histórica eficaz tiene que reconocer la existencia de lo simbólico en el seno de toda realidad histórica (incluida la económica) pero también confrontar las representaciones históricas con las realidades que representan y que el historiador aprende a través de otros documentos y métodos: por ejemplo, confrontar la ideología política con la praxis y los acontecimientos políticos. Y toda historia debe ser *una historia social* (Le Goff 1991: 14).

Pero ya hemos dicho que el panorama historiográfico se muestra entonces como un conjunto variado de temas y perspectivas, aunque mostrando una tendencia hacia la especialización en su manejo, a pesar de que el asunto que se había venido discutiendo era justamente el del peso de una historia social que debía enfocar los distintos aspectos de las experiencias individuales y colectivas en el pasado. En ese sentido, reseñaremos brevemente algunos de los prácticamente innumerables subgéneros historiográficos originados por los diversos temas que son objeto de su tratamiento.

La historia de las religiones tuvo en Mircea Eliade a uno de sus más importantes representantes, cuyo trabajo más completo fue *Historia de las ideas y las creencias religiosas*. Su producción intelectual fue muy importante desde el inicio de su carrera y su trabajo puede ser calificado como extenso y variado, dado que realizó sofisticadas investigaciones y publicó desde artículos de divulgación hasta libros eruditos, además de comentarios sobre asuntos casuales. Abordó temas como los mitos, la crisis del hombre occidental, lo sagrado y lo profano, los sentimientos cósmicos de la condición humana y el rol de los rituales, entre otros. Sus tesis acerca de los fenómenos religiosos y la idea de un *homo religiosus* están naturalmente relacionadas con la importancia que concedió al estudio y análisis

⁵ El funcionalismo es más bien una teoría antropológica que tuvo dos principales mentores: Malinowski con su obra *Scientific Theory of Culture* y a Parsons, cuyas propuestas alcanzaron larga vigencia. Bajo la influencia de la sociología de Durkheim, para la cual los hechos sociales determinan los hechos culturales, a mediados de 1930 surgió la Escuela Antropológica Funcionalista, debido a las obras de Bronislaw Malinowski, Evans-Pritchard y Radcliffe-Brown. Estudian a la sociedad como un todo intentando comprender la articulación de cada uno de sus elementos con los demás y en la medida de que cumplen una función. En cuanto a Talcott Parsons hay que recordar que propuso primero la llamada teoría de la acción a partir de la noción de que debía entenderse por actividad a toda respuesta de los individuos frente a los estímulos que fuera creativa y consciente, es decir, no mecánica. Luego este autor se orientó hacia el estructural funcionalismo entendiendo que una función es un complejo de actividades cuyo propósito es satisfacer necesidades de un sistema.

del mito, lo que ha llevado a que se considere que su enfoque principal fue el estudio de la estructura del hecho religioso. Pese a que su posición fue criticada por haber enfatizado el carácter ahistórico de las creencias y prácticas religiosas de los hombres de las sociedades tradicionales, para Eliade, en realidad, no puede estudiarse a ningún fenómeno religioso fuera del marco de la historia. Además, puntualiza que las creencias religiosas y las visiones del mundo que las acompañan sobrepasan su propia historicidad, tal como se desprende de sus trabajos *El mito del eterno retorno* y *Lo Sagrado y lo Profano*. Destacan en ambos trabajos su noción de arquetipo equivalente a modelo ejemplar o paradigma que se encuentra presente en todo relato mítico y el énfasis que pone en la visión cíclica del tiempo.

Pero vemos ahora cómo antes que Eliade y también en su propio tiempo el tema de la historia de las religiones ya había sido tratado. Es conocido que en el último tramo del siglo XIX y en las primeras décadas de la centuria siguiente varios estudios de carácter antropológico, entre los que destaca la obra de los británicos Edward Taylor (1832-1917) con su *Primitive Culture* (1871) y James Frazer (1854-1941) con *La Rama Dorada*, editada en 1890, pusieron en primer plano el estudio de los fenómenos religiosos, lo que sirvió de base al trabajo de los historiadores contemporáneos de las religiones.

El historiador alemán Julius Wellhausen (1844-1918) de la Universidad de Gotingen se empeñó en hacer un estudio acerca de la autoría y cronología de los textos bíblicos del Pentateuco y sus diferentes reelaboraciones, es decir, su historicidad. Algo similar fue hecho por el historiador escocés William Robertson Smith (1846-1894), pero en su caso aplicándose al análisis del Deuteronomio.

El italiano Raffaele Petazzoni⁶ ha sido uno de los principales estudiosos del hecho religioso en la historia y la cultura desde una perspectiva que puede ser llamada historicismo moderado. En efecto, en primer lugar considera que la religión está sometida al devenir histórico o es producto de él y, por consiguiente, el fenómeno religioso forma un todo orgánico con la cultura en la que se inscribe de manera tal que no existen modelos que de forma constante o invariable sean repetidos por el *homo religiosus*. Pero en segundo término, reconoce la autonomía de lo religioso, aún cuando no opere separado de la historia. Petazzoni acentuó la idea de que la historia ejercía una suerte de fuerza vital que daba sentido al fenómeno religioso, lo que no le impidió considerar que el estudio de la estructura del mismo tenía importancia para su comprensión.

Fundador de la llamada Escuela Italiana de Historia de las Religiones, sus principales obras fueron: *La religione di Zarathustra*, que vio la luz en 1920;

⁶ Historiador italiano que nació en 1883 en San Giovanni in Persiceto (Bologna) y murió en Roma en 1959. Fue presidente de Sociedad Internacional de Historia de las Religiones desde 1950.

La religione nella Grecia antica, editada en 1921; así como *Dio: formazione e sviluppo del monoteismo*, que apareció al año siguiente; y, *Miti e leggende*, trabajo que se publicó entre 1948 y 1953 en cuatro volúmenes. En 1954 apareció *Essays on the History of Religions*, obra que fue seguida por *Lonniscienza di Dio* en 1955 y, finalmente, *Lessere supremo nelle religioni primitive*, publicada en 1957.

Lugar importante también lo ocupa la influyente obra, en el campo de la cultura y de la historia de las religiones, de Georges Dumézil, antropólogo e historiador francés estudioso de las culturas indoeuropeas, quien efectuó trabajos de mitología comparada. Fue autor, entre otras obras, de *El nacimiento de los arcángeles*, editada en 1945, y de *Mito y epopeya*, trabajo que se publicó entre 1968 y 1973. Su tesis más conocida se refiere al modelo ideológico trifuncional que impregna los aspectos más significativos del pensamiento y la vida social y religiosa de los indoeuropeos, pero que, a su juicio, no se circunscribe a ellos. Basado en las primeras investigaciones de su maestro Meillet, respecto a la semejanza de palabras de diversas lenguas indoeuropeas cuyo contenido era religioso o mítico, Dumézil prosigue la tarea. Su tesis se sostenía en la idea de que en la India antigua había una bebida a la que se atribuía la inmortalidad. Esta era llamada *amrtā* (amrita) y en Grecia antigua el alimento de inmortalidad se denominaba *ambrosiā*. Dumézil estudió entonces el conjunto de los mitos que hablan de la conquista de un brebaje de inmortalidad en el mundo indoeuropeo y en 1924 publica el libro *Le Festin d'immortalité. Étude de mythologie indo-européenne*. Entre 1954 y 1957, después de un viaje al Perú, escribió una serie de artículos acerca de la lengua quechua, advirtiendo la semejanza entre los nombres de los seis primeros números en aquella lengua y sus equivalentes en turco. Ese planteamiento debe contemplarse en el contexto de la época puesto que ahora se tiene por cierto que, si bien ambas lenguas son tipológicamente muy parecidas, ello no significa que deba sacarse implicancias genéticas relativas a ambas.

Ha de llamarse la atención acerca de una gran tendencia sustentada en una nueva perspectiva y conocida como la «historia desde abajo», la que nos muestra cómo se buscó concretar el desarrollo de una historiografía muy variada pero que ha tenido en común el empleo de un punto de vista alternativo respecto a la historia pensada a partir de «los grandes». Este tipo de historiografía realmente no se concretó sino hacia 1966, cuando Edward Thompson publicó un artículo sobre «la historia desde abajo», a partir del cual se hizo conocido el concepto entre los historiadores. Luego de ello la noción se ha relacionado con la perspectiva ofrecida por la publicación de las «Cartas de William Wheele», un sargento inglés del batallón 51º Ligero que participó en la batalla de Waterloo. La recepción de este material facilitó la difusión de los criterios de que con el uso de ese tipo de fuentes se ampliaban las fronteras de la disciplina histórica al explorar las experiencias

de aquellos hombres y mujeres cuya existencia había sido ignorada y que junto con ello también se instauraban nuevos temas de investigación (Sharpe 1998: 25 y 36). Carlo Ginzburg, Emmanuel Le Roy Ladurie, entre otros, pueden ser considerados en esta línea que forma parte del gran conjunto de la historia social. Debe aclararse que no debe establecerse sin más una sinonimia perfecta entre historia desde abajo y microhistoria, como podremos darnos cuenta más adelante.

En cuanto a las ventajas y desventajas del enfoque sobre el que nos estamos ocupando se ha señalado que si bien sirve para corregir —o completar— aquella historia hecha a partir de los grandes personajes, grupos de poder o la llamada historia oficial, abre la posibilidad de enriquecer la síntesis para la comprensión histórica. Esto solo se concretará si es que se realiza la fusión de la historia cotidiana de la gente común con el sujeto materia de la historiografía tradicional, a fin de no caer en el extremo opuesto. No resulta menos cierto que la historia desde abajo ofrece dificultades, pues es necesario determinar dónde están ubicados específicamente los de abajo y, conseguido este objetivo, hay que tomar en cuenta que el término resulta genérico, ya que ellos forman un conjunto constituido por grupos variados según la época. Metodológicamente hablando, para hacer viable el empleo de esta perspectiva se requiere un material rico y numeroso que efectivamente provenga de la gente común, lo cual ofrece evidentes dificultades respecto al registro de esas fuentes y del acceso que se pueda tener a ellas. Finalmente, está otra cuestión fundamental: ¿qué puede darnos este tipo de historia respecto a aquella que ya ha sido escrita? (Sharpe 1998: 27 y ss.). Lo anterior no significa una descalificación de esta perspectiva, pues la última observación que hemos consignado estaría salvada si se toma en cuenta que una historia desde abajo, al estar hecha desde otra perspectiva, completará o entrará en diálogo con visiones diferentes o maneras distintas de acercarse al pasado.

La historia de las ideas alude a una historia del pensamiento, al estudio histórico de las ideas formuladas por los grandes pensadores⁷ y en ese sentido se refiere a las elites, mientras que la historia de las mentalidades se centra en el pensamiento común y generalizado en una época y espacio determinado y que constituye por eso una mentalidad. Es decir, el pensamiento compartido tanto por las elites como por el resto de los grupos que conforman la sociedad aunque entendido, manejado y divulgado probablemente a su manera, por cada uno de ellos. También debe establecerse la diferencia entre historia de las ideas e historia

⁷ Como lo anota Burke (2000: 26) se suele atribuir el uso del concepto historia de las ideas al filósofo norteamericano Arthur Lovejoy, cuando en los años veinte fundó el *History of Ideas Club* en la Universidad Johns Hopkins. Lo cierto es que fue empleado doscientos años antes por Jacob Brucker, quien se refirió a la *historia d'ideis*, lo mismo que por Gianbattista Vico, quien abogó por «una storia dell'umane idee».

conceptual y así lo ha hecho Reinhart Koselleck, para quien dado que el mundo está interpretado por el lenguaje en primer lugar, las ideas son «eternas» por definición, ya que su aparición o desaparición es eventual y marca una característica externa a ellas. Por consiguiente, el análisis histórico de las mismas solo verifica su presencia o no en un contexto particular, pero no informa acerca de su significado y de las alteraciones operadas en el mismo. En cambio, cuando una palabra o idea se carga de connotaciones particulares diversas se convierte en un «concepto», en la medida que condensa una experiencia histórica y articulará redes semánticas (Palti 2001: 14). Pero sobre la historia conceptual nos ocuparemos luego con más detenimiento.

Señalar diferencias marcadas entre una historiografía de las ideas, de las mentalidades o de la cultura pareciera ser una empresa fácil, pero es, justamente, todo lo contrario y de hecho se trata de un asunto bastante complejo debido a que alguna de estas historiografías tendrían un origen común. Se conoce que en la década de 1920 Arthur Lovejoy (1873- 1962), filósofo alemán afincado en Estados Unidos, empezó a hablar de la historia de las ideas en la Universidad John Hopkins y que tres años más tarde le confirió estatuto de institucionalidad cuando en la mencionada casa de estudios agrupó a varios estudiosos de la materia en el *History of Ideas Club*. Casi veinte años más tarde, a través de un artículo en el primer número de la revista *Journal of the History of Ideas* y de su libro *History of Ideas* (1940), hizo las especificaciones del caso más o menos de la manera siguiente: las ideas tienen la capacidad de trasladarse de una época, de una cultura o de una disciplina a otra y de esa manera adquieren sentidos diversos, por lo que el estudio de la historia de las ideas es fundamental para la comprensión de la historia en general. Pero, añadía que la naturaleza de esa labor debería ser de carácter interdisciplinario. Otra noción señalada por este autor era que en última instancia las ideas suelen ser racionalizaciones de impulsos subjetivos, pero también de determinaciones objetivas, colocándolas en la base del accionar humano.

Así concebida, esta historia de las ideas alcanzó fuerza en el medio anglosajón a lo largo de los años cuarenta, hasta que en la década siguiente su avance se vio frenado por el progreso de una nueva historia social metodológicamente basada en la cuantificación. Hay que mencionar que en 1955 apareció el artículo de Lewis Namier «Human Nature in Politics», en el que cuestionó el supuesto antropológico de la propuesta de Lovejoy, advirtiendo que con frecuencia los hombres han sido capaces de contradecir sin problemas sus propias ideas, por lo que no puede decirse que las ideas están siempre en la base de sus acciones (Palti 2005: 64-66).

Si bien, como ya lo hemos indicado, se puede decir que la historia de las ideas tiene como tema el pensamiento y las doctrinas, y que por ello se remite a las elites, mientras que la historia de las mentalidades se focaliza en el pensamiento

colectivo, imaginarios, etcétera, y remite a los sectores populares. También hay que tomar en cuenta que ideas y mentalidades suelen entretenerse e influenciarse con más frecuencia de lo que suele reconocerse y que, en las historiografías que se refieren a ambas podrían también ser consideradas formando parte de la denominada historia cultural, aunque esta última surgió como respuesta a las limitaciones de las dos anteriores.

Pero dado que se sigue hablando con insistencia de una «historia de las mentalidades», vamos a referirnos a ella sin que eso signifique dejar de tomar en consideración las observaciones hechas en los párrafos anteriores. En primer lugar, hay que indicar que historiadores franceses, italianos ingleses, y, con cierto retraso, también españoles, han contribuido a rescatar aspectos mentales e ideológicos de las sociedades del pasado. Como ya hemos mencionado, en sentido amplio, la historia de las mentalidades ha estado, antes de adquirir un estatuto propio, incluida en la historia social y cultural⁸. Hacia 1960 se difundió el término «historia de las mentalidades» entre algunos historiadores franceses de la Escuela de los *Annales*. El nombre designaba a una forma historiográfica conocida anteriormente, pero revitalizada por aquel entonces, resultando bien acogida en diferentes círculos académicos, particularmente en países como Alemania, Inglaterra, Italia, España y Estados Unidos. Se suele considerar que un antecedente de este tipo de historiografía sería la obra del alemán Max Weber, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

En cuanto a su desarrollo teórico puede indicarse que tiene que ver con la manera como se define el concepto de «mentalidades» a partir de la filosofía cognitiva y la historia de las ideas guardando, asimismo, relación con aproximaciones que reubican a la historia de las mentalidades en consideración a dos criterios que la legitiman, pero que limitan su definición: uno que se orienta a una historia de la marginalidad y el otro dirigido a las visiones del mundo, es decir, un gran cuadro que abarca la noción de cultura.

Las «mentalidades» se identifican con las visiones o imágenes del mundo, iconografía y el imaginario de la memoria fundado en sistemas artificiales de la esta, tomados en la época pre-moderna pero también con las manifestaciones conscientes e inconscientes del pensamiento colectivo. Asimismo, se dice que las «mentalidades» son algo más que ideas, sentimientos y concepciones ideológicas. Tienen que ver más bien cómo un grupo social responde ante circunstancias cambiantes en sus vidas, puesto que estos grupos están hechos de un entramado

⁸ Para Aguirre (2000: 138), la llamada historia de las mentalidades solo alcanza a ser un nuevo campo problemático, susceptible de ser abordado desde diferentes perspectivas, enfoques, paradigmas o aproximaciones intelectuales. Véase también García Fernández (1995: 143).

interrelacionado de conciencia individual y necesidades, afectos y deseos inconscientes.

De acuerdo a las líneas de trabajo que acabamos de mencionar, sin lugar a dudas el historiador holandés Johan Huizinga puede ser considerado un excelente historiador de las mentalidades. Investigó y reconstruyó las formas de vida y las pautas culturales del pasado destacando por su penetrante análisis crítico y fiel reconstrucción de los hechos históricos, así como por su calidad literaria. La mayor parte de sus trabajos se centran en la historia de Francia y los Países Bajos en los siglos XIV y XV, la baja Edad Media, la Reforma y el Renacimiento, a los que hay que añadir sus estudios sobre la literatura y la cultura de la India y la biografía *Erasmus* (1925), entre otras obras y estudios de tema histórico. Su estilo ha sido considerado casi poético⁹.

En *El Otoño en la Edad Media* (1919), obra que se considera pionera en el campo de la historia de las mentalidades, mostró la decadencia de dicho periodo histórico, a la vez que describió las características y las manifestaciones de todo el conjunto social analizando ideas, sueños, emociones, imágenes y formas. En efecto, el periodo de esplendor del ducado de Borgoña (desde mediados del siglo XIV hasta la mitad del siglo XVI) le sirve de marco para realizar un análisis del final de la Edad Media, la decadencia de un mundo u orden vigente y la entrada en otro nuevo: el del Renacimiento europeo, el cual habría de dar paso a la Edad Moderna. En *Homo Ludens* ([1938] 1954) exploró el asunto del juego, al que consideró como una función humana esencial y génesis y desarrollo de la cultura. En la introducción de este trabajo señala el autor lo siguiente: «Porque no se trata, para mí, del lugar que al juego corresponda entre las demás manifestaciones de la cultura, sino en qué grado la cultura misma ofrece un carácter de juego».

Pero además de Huizinga, la historiografía francesa ha sido una de las que más ha desarrollado una historia de las mentalidades: Marc Bloch con *Los reyes taumaturgos*; Bartolomé Bennasar con su *Europa del siglo XVI* y George Lefebvre con *El gran pánico de 1789. La Revolución Francesa y los campesinos*. En consecuencia, una historia de las mentalidades fue resultado de estos orígenes para luego expresarse más claramente a través, por ejemplo, de los trabajos de Philippe Aries, *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen. Actitudes acerca*

⁹ Es de mencionar que Aguirre (2000: 134 y ss.) considera que Huizinga, lo mismo que Lucien Levy-Bruhl, M. Bloch, Febvre o Georges Lefebvre no deberían ser considerados historiadores de las mentalidades, ya que sus obras constituyen acercamientos intelectuales y modelos de análisis muy distintos entre sí y bastante alejados de los diversos modelos de historia de las mentalidades —correspondientes a los años setentas en adelante—, los que reivindican el estudio de las dimensiones colectivas de las concepciones y aborda las creencias populares y las dimensiones inconscientes de la cultura y las creencias de una sociedad, etcétera. De todas formas, no nos convence su argumentación.

de la muerte en Occidente; Georges Duby, *El caballero, la mujer y el cura; El año mil; El amor en la Edad Media*; el trabajo de Duby con Aries, *Historia de la vida privada* u obras como las de Michel Vovelle, *Piedad barroca y descristianización* y *La mentalidad revolucionaria*.

Delumeau ha dicho que el término historia de las mentalidades es cómodo porque tiene la ventaja de designar con una sola palabra todo lo que se relaciona con los sentimientos y comportamientos colectivos (Delumeau 1997: 266-267). Pero, en todo caso, su desarrollo no puede considerarse homogéneo, sino que por el contrario abarca diferentes tendencias y ha estado en el centro de discusiones teóricas y metodológicas. Es innegable su vinculación con la llamada Escuela de los *Annales* en su primera etapa, aunque —como hemos afirmado en páginas anteriores— a partir de 1970 la historia de las mentalidades se afianzó con la tercera generación de los *Annales*, a costa de la historia económica y social, hasta que en la década siguiente resultó ser el género de mayor peso de dicha historiografía que corrió paralelo al desenvolvimiento de la tendencia analista¹⁰. La tercera generación de historiadores de la corriente de los *Annales* hizo de la historia de las mentalidades su tema central de estudio y lo popularizaron en el todo el mundo.

[...] aunque justo en el momento en el que todas las historiografías occidentales se ocupan de este mismo campo problemático de la cultura, bajo los términos de psichistoria, historia cultural, historia intelectual, historia del discurso y de las prácticas discursivas, historia de las ideologías, historia del imaginario, historia de las tradiciones culturales o historia de las prácticas culturales, entre otros (Aguirre Rojas 1999: 51).

También es preciso mencionar que varios de los que son considerados representantes de la historia de las mentalidades estuvieron interesados en hacer una historia de la cultura, como por ejemplo Delumeau y Vovelle, puesto que lo que ha caracterizado a ambas historiografías ha sido la imprecisión de un objeto específico de estudio.

En síntesis, el propósito de una historia de las mentalidades sería caracterizar los rasgos de la mentalidad del hombre que vivió el hecho histórico. Se orienta a la penetración de los acontecimientos buscando las motivaciones del comportamiento individual, así como de las ideas y pensamientos que operaban en las sociedades en el pasado. Tratándose de una historia que tiene que ver con la manera cómo el hombre percibe y reacciona frente al mundo y cómo crea, los temas de la historia de las mentalidades se abren hacia la historia de lo público

¹⁰ Así lo reconoció el propio Michel Vovelle en una entrevista hecha por Jorge Paredes y publicada en el Suplemento Dominical del diario *El Comercio*, año 52, n° 444, domingo 9/09/2007, pp. 2-3. Véase también Vaquero (1995: 25).

y lo privado —en este caso la vida cotidiana—. Llama la atención también otra dicotomía: lo individual y lo colectivo, todo lo cual exige nuevas fuentes y supone un análisis extremadamente cauto del historiador. El propósito es penetrar en la interioridad de los sujetos de cada época pero al intentar ingresar en lo privado o cotidiano se pretende, asimismo, ir a lo más directo y esencial de los hechos humanos de manera más precisa. En este sentido puede considerarse que la historia de las mentalidades supone una de las tantas formas de reacción frente a las llamadas «historias oficiales». El objeto del estudio es un trinomio: representación mental, comportamiento y relación entre ambos y puede decirse también que es una modalidad de la historia social y a la vez una historia de la cultura. Es una historia social, pues el estudio de la historia de las mentalidades se referirá a un grupo social concreto en el cual el trinomio pueda ser advertido (Ortega 1992: 89). Este mismo autor señala que no debe confundirse representaciones mentales con ideologías, ya que estas últimas son pensamientos muy elaborados, organizados lógicamente en una sólida estructura racional, en tanto que las primeras admiten creencias y opiniones. Por eso, «[...] en historia de las mentalidades además de conocer los hechos, interesa saber algo más sobre los actores de los hechos; se pretende conocer de qué manera los actores percibieron lo que hicieron; de qué manera entendieron su mundo, y cómo esa preocupación influyó sobre sus comportamientos, ya estimulándolos, ya inhibiéndolos» (Ortega 1992: 89). El concepto «inconsciente colectivo» utilizado por Aries la relaciona con la psicohistoria y por eso otros historiadores de las mentalidades como Vovelle y Duby prefirieron emplear dicho término.

Es de notar que algunas de las obras de Phillippe Aries han sido fuertemente cuestionadas, en lo que más bien parece una crítica más a la denominada historia de las mentalidades. Así, se ha dicho acerca de su obra *El hombre ante la muerte* que, en general, su trabajo es una historia de las mentalidades del tipo de historia autónoma, autosuficiente y que la evolución y transformaciones de las diferentes actitudes de los hombres frente a la muerte son remitidas a los cambios de un indefinido «inconsciente colectivo», haciendo abstracción del contexto social general y de los cambios reales y materiales de las sociedades que han desarrollado y elaborado esas formas de encarar la muerte, para intentar una explicación solo por factores psicológicos (Aguirre 2000: 138).

La llamada historia de las mentalidades se mostró indiferente a la jerarquía de lo importante y lo no importante, al mismo tiempo que enriqueció el conocimiento de los hechos históricos al poner en relieve la parte humana de los procesos sociales en los aspectos comunes y ordinarios o cotidianos de sus vidas y, evidentemente, analiza el comportamiento, lo mismo que el discurso alrededor de él. Si bien su ámbito es la mediana y larga duración, cuando el caso lo amerita

se emprende un abordaje dentro de un lapso de tiempo breve. Se trata, en suma, de un género específico dentro de la historia social, ya que llega a calar en las subjetividades colectivas a partir de las individuales. Las notas que definen a la historia de las mentalidades, sobre todo a partir de 1970, serían las siguientes:

El método empleado de manera preferente es el serial e incorpora también las categorías y planteamientos metodológicos de otras disciplinas sociales como la antropología histórica, psicología, lingüística y sociología. Las fuentes que se privilegian son los corpus documentales los registros parroquiales y notariales, fuentes judiciales, etcétera, para efectuar un análisis comparativo de dichas series con el fin de descubrir la relación entre una representación mental y el comportamiento práctico, lo que quiere decir que se busca analizar no solo lo que se dice sino de lo que en alguna forma se expresa pero, en todo caso, destacando los fenómenos de larga duración.

La historia de las mentalidades ha sido objeto de las críticas de Carlo Ginzburg, quien en 1976 señalaba que esta historiografía era ambigua, en exceso genérica y que desatendía el hecho de que no pueden obviarse los fenómenos complejos de préstamos, idas y venidas entre grupos o entre sectores aparentemente tan opuestos como élites y sectores populares. Como ya se dijo, la historia de las mentalidades estuvo implícita en la propuesta historiográfica inicial de los *Annales* y décadas más tarde ha respondido al avance de las ciencias sociales en el campo de lo mental y cultural, privilegiándose el análisis estático sobre el de las transformaciones, marcando una tendencia a la fragmentación de los objetos de estudio, como se ve, diferente a la postura original de los *Annales* que propiciaba una historia total.

Pero para Duby, el trabajo del historiador de las mentalidades no se limita a reconstruir un sistema ideológico en su coherencia y en sus organizaciones formales sino que, además, debe seguir las huellas de ese sistema, remontarse hasta su origen para observar cómo se han superpuesto otros sistemas y, cuando sea el caso, determinar cómo sobrevivió y cómo se ajustó a nuevas situaciones. Opina lo mismo que Braudel, en el sentido de que las ideologías tienen un ritmo que debe ser estudiado para conocerlo en sus particularidades y también para situarlo en el contexto de las transformaciones de la sociedad como un todo. Pese a la renovación de la historia de las mentalidades de los años setenta y ochenta se ha producido gracias a la apropiación e incorporación de conceptos tomados de otras tradiciones —incluso en Francia— un decaimiento de la misma. En 1990 Geoffrey Lloyd publicó *Desmystifying Mentalities*, una severa crítica a este enfoque, de manera tal que cuando se tradujo la obra al francés se apeló a un título más severo: *Pour en finir avec les mentalités*, que evidentemente sugería el fin de dicha tendencia (Vaquero 1995: 25-26; Corcuera 2000: 272-273 y 294 y Aguirre 2000: 56)

Como se ha mencionado, Max Weber es considerado un representante e inspirador de los historiadores de las mentalidades. En efecto, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* estudia a la ética protestante y al espíritu del capitalismo como dos hechos históricos referidos a un grupo social, conformado por los burgueses calvinistas de los Países Bajos, Francia e Inglaterra durante los siglos XVI y XVII. El autor entiende por «ética protestante» la concepción religiosa de la vida del citado grupo en base al credo calvinista. En la mayor parte del libro se ocupa de cómo se formó esta visión del mundo y analiza su relación con el que llama «espíritu del capitalismo», manifestado en un comportamiento económico de los burgueses (Ortega 1992: 87-89). Para Weber, la percepción religiosa y la actuación económica constituyeron en conjunto un elemento propio de la cultura burguesa, vale decir su mentalidad.

Quando un hijo de la moderna civilización europea se dispone a investigar un problema cualquiera de la historia universal, es inevitable y lógico que se lo plantee desde el siguiente punto de vista: ¿qué serie de circunstancias han determinado que precisamente solo en Occidente hayan nacido ciertos fenómenos culturales, que (al menos, tal como solemos representárnoslos) parecen marcar una dirección evolutiva de universal alcance y validez? (Weber 1990: 5).

Dice Weber que en una historia universal de la cultura, y desde el punto de vista puramente económico, el problema central no es, en definitiva, el desarrollo de la actividad capitalista —solo cambiante en la forma—, sino más bien el origen del capitalismo industrial burgués con su organización racional del trabajo libre o, en otros términos, el origen de la burguesía occidental con sus propias características (Weber 1990: 13).

Por consiguiente, la importancia de su obra radica en situar a la mentalidad de un grupo en la base de un tipo de modelo económico, en este caso, el capitalismo, sin dejar en ningún momento la perspectiva del universo mental, pues asociará capitalismo con racionalismo occidental al sostener que su propósito era «[...] determinar la influencia de ciertos ideales religiosos en la formación de una “mentalidad económica”, de un *ethos* económico, fijándonos en el caso concreto de las conexiones de la ética económica moderna con la ética racional del protestantismo ascético». De todas maneras no debe soslayarse que es fácil descubrir un componente racista en la propuesta de Weber, puesto que si se considera el aspecto antropológico del problema y si es que solo en Occidente —incluso en aquellas esferas de la conducta que se desenvuelven con aparente independencia recíproca— encontramos determinados tipos de racionalización, habría que suponer que el fundamento de hecho se encuentra en determinadas cualidades hereditarias. El autor se declara dispuesto a justipreciar muy alto el valor de la

herencia biológica pero aclara que aun reconociendo las importantes aportaciones realizadas por la investigación antropológica, no ha visto ningún camino que le permita comprender ni aun indicar aproximadamente el cómo, el cuánto y el dónde de su participación en el proceso investigado (Weber 1990: 15 y ss.)¹¹.

En el caso de la llamada historia cultural debe apuntarse que ha resultado tan amplia como la historia social, imprecisa en sus límites y muy variada en cuanto a los temas y subtemas que ha podido llegar a comprender. Un ejemplo de esta variedad es que se ha planteado una historia cultural de los sueños. Se reconoce a E. R. Dodds como pionero en este campo, pues se ocupó de la interpretación los sueños en la Grecia antigua y analizó los sueños estereotipados culturalmente, lo mismo que la práctica cultural de la llamada «incubación», que consistía en dormir en un lugar sagrado a fin de tener un sueño premonitorio. Se debe mencionar que también Le Goff prestó también atención a los sueños (Burke 2000: 48).

Fue bien aceptada en Europa y cuestionada en los Estados Unidos alegándose en este caso que adolecía no solo de imprecisión temática sino de rigor, en comparación con la historia social tradicional. La emancipación de la historia cultural de la historia social parece haberse debido a que la epistemología más reciente ha permitido considerar a lo social como creación de un complejo mundo de interacciones culturales (Piqueras 2000: 126). De todas formas, hay que aclarar que historia cultural e historia de la cultura no son lo mismo necesariamente, pues la primera es el resultado de un desarrollo más bien reciente y está relacionada con una corriente general de interés contemporáneo por los asuntos culturales, pero vistos cada uno de ellos de manera separada: ideas, mentalidades, imaginarios y manifestaciones culturales diversas, mientras que la segunda es más antigua y es el producto del interés de los historiadores por el desenvolvimiento del arte, la literatura, las ciencias, etcétera, estudiados de manera conjunta. Así pues, la noción historia de la cultura se remonta a finales del XVIII —para el caso alemán—, cuando en 1782 Johann Christoph Adelung publicó *Versuch einer Geschichte der Kultur der menschlichen Geschlechts* (*Ensayo de una historia de la Cultura Humana*). Por su parte, Johann Gottfried Eichhorn escribió, aproximadamente una década después, *Historia General de la cultura* entre 1796 y 1799, como una introducción a *Spezialgeschichte*, que fue una historia de las diferentes artes y ciencias.

Kultur empezó a emplearse de manera general en Alemania en la década de 1780, lo mismo que *Geist* y es probable que conllevara una conciencia más clara

¹¹ Historiadores como Le Goff o Roger Chartier han hablado de representaciones o imaginario social. Hay que saber en primer lugar que «representaciones» es un término antiguo, pues fue empleado por Durkheim, aunque ahora está asociado al nuevo historicismo americano y a la revista *Representations* publicada en California. En segundo término, el concepto imaginario social podría considerarse sinónimo de imaginario colectivo.

de los vínculos entre los cambios en el lenguaje, las leyes, la religión, las artes y las ciencias entre autores como J. G. Herder, Adelung y Eichhorn, lo mismo que el francés Guizot. Pese a todo, en el siglo XIX la historia cultural quedó prácticamente en manos de aficionados, distanciándose de la historia positivista, entonces muy popular entre los historiadores y cada vez más preocupada por temas políticos (Burke 2000: 15 y ss.).

Según Peter Burke la historia cultural denominada «clásica» tiene como base el concepto de cultura del siglo XIX y primeras décadas del XX, siendo su foco de atención las grandes obras o canon, que fue lo que inspiró obras como las de Burckhardt y Huizinga. Esta historia cultural evoca el pasado mostrando la relación entre distintas actividades. Entiende Burke que hoy el enfoque ha variado, por lo que la diferencia entre la historia cultural clásica y los estudios especializados de historia del arte, de la literatura, etcétera, radica, en general, en el interés de sus autores por referirse a todas las artes y su relación recíproca con el llamado «espíritu de la época». En cuanto a las objeciones interpuestas por Burke a la historiografía cultural «clásica» podemos mencionar las siguientes:

- Ignora o le presta escasa atención a la sociedad —infraestructura económica, estructura política y social, etcétera—. Los primeros en hacer observaciones a esta historia cultural fueron los marxistas que se interesaron por este tema. Entre los años cuarenta y cincuenta Frederick Antal, Francis Klingender y Arnold Hauser ofrecieron como alternativa una historia social de la literatura y el arte. Debe mencionarse, entre los cincuenta y sesenta, los estudios sobre la cultura y la sociedad de Raymond Williams y Edward Thompson.
- Presupone una unidad o consenso cultural —entendiendo implícita o explícitamente la existencia de un «espíritu de la época»—, como se percibe en los trabajos de Burckhardt, Paul Hazard, Toynbee o Spengler.
- Utiliza los criterios de «tradición», es decir, el legado de objetos, prácticas y valores de generación en generación y de «recepción», opuesto complementario del anterior, bajo la suposición de que lo que se recibía era lo mismo que lo que se legaba, mejor dicho, una «herencia» cultural. Este supuesto fue desmentido por el alemán Aby Warburg y sus discípulos, quienes a través de un esfuerzo de carácter interdisciplinario hicieron una serie de monografías sobre la tradición clásica en la Edad Media y el Renacimiento, demostrando que la misma había sufrido transformaciones significativas. Y lo mismo hizo Eric Hobsbawm, quien ha sostenido que muchas prácticas que consideramos antiguas en realidad tienen origen más reciente. Hobsbawm peca, según Burke, al ofrecer una distinción demasiado nítida entre tradiciones auténticas e inventadas.

- Maneja de manera implícita una idea de cultura equivalente a cultura erudita.
- La historia cultural en su forma clásica no resulta ya adecuada en nuestra época cuando se admite el multiculturalismo (Burke 2000: 234 y ss.)

Partiendo de ideas que señalan que la historia cultural es ahora más necesaria debido a la fragmentación, especialización y relativismo actuales, que a la vez se ha experimentado un redescubrimiento de la importancia de los símbolos en la historia y que las críticas a la historia cultural clásica exigen practicar otra diferente, Peter Burke admite que ha surgido una «nueva historia cultural» o modelo antropológico de historia cultural gracias a cierta influencia de la antropología en la historia y del trabajo de historiadores otrora marxistas o que de alguna forma se acercaron a la cultura bajo influencia del marxismo.

Añade que la historia cultural es ahora también una traducción cultural del lenguaje del pasado al presente, de los conceptos de los contemporáneos a los de los historiadores y sus lectores. Plantea que su objetivo es hacer la «otredad» del pasado visible e inteligible. Esto no significa que los historiadores deban tratar el pasado como si fuera completamente ajeno, pues más que pensar en una oposición binaria —«yo» y el «otro»— deberían establecerse grados de distancia cultural y, por consiguiente, adquirir una doble visión:

- Ver a los individuos del pasado diferentes de nosotros (para evitar imputarles anacrónicamente nuestros valores); y,
- Al mismo tiempo, verlos como nosotros en su humanidad fundamental.

Indica también Burke que se ha abandonado el contraste tradicional entre sociedades con cultura y sin cultura; se ha definido a la cultura, en la línea de Malinowski, como artefactos, artículos, procesos técnicos, ideas, hábitos y valores heredados o, en la línea de Geertz, como las dimensiones simbólicas de la acción social. Es decir que el significado del término se ha ampliado para abarcar una gama mucho más amplia de actividades que antes: arte y cultura material; lo oral y lo escrito; el drama y el ritual; la filosofía pero también las mentalidades de la gente común. En este sentido amplio se recurre a la cultura para comprender los cambios económicos o políticos que anteriormente se analizaban de una forma más reductora y refiriéndose a espacios sociales más restringidos.

Pone énfasis al hecho de que a la idea de tradición se han sumado distintas alternativas como:

- El concepto de reproducción cultural que en la década del setenta fue usado por los teóricos sociales franceses como Louis Althusser y Pierre Bourdieu

y que sugiere que las tradiciones no continúan automáticamente, por inercia y que, por el contrario, las sociedades deben desplegar esfuerzos para transmitir las de generación en generación.

- La noción de adaptación creativa que ha sustituido a la idea de recepción pasiva, que quiere decir que aquello que se transmite cambia. Un representante de esta línea sería Michel de Certeau. El acento ha pasado del que da al que recibe, bajo la consideración de que lo que se recibe siempre es distinto de lo que se transmite originalmente, puesto que los receptores, consciente o inconscientemente, interpretan y adaptan las ideas, costumbres, imágenes, entre otros, que les son dadas.

Burke también considera que se ha rechazado la idea marxista de superestructura utilizando el criterio de que la cultura es capaz de resistir las presiones sociales e incluso de conformar la realidad social. De ahí se desprende el creciente interés por la historia de las «representaciones» o «construcción» de los que han sido denominados «hechos sociales», ya que lo que antes era visto o colocado como marginal ahora ha ocupado una posición central de manera tal que se ha vuelto a estudiar una serie de temas que se habían dejado de lado. También se ha trazado una nueva frontera entre cultura y sociedad extendiéndose el ámbito de la cultura y de la libertad individual (Burke 2000: 244 y ss.).

El desenvolvimiento de la historiografía de las ideas, de las mentalidades y de la cultura muestra cómo, aproximadamente desde la década de 1970, el interés se desplazó desde el «ser social» hacia la cultura. Las bases teóricas de esa nueva orientación estarían expresadas en nociones como las siguientes:

- Los significados tienen un origen social pero los mismos no se hacen explícitos sino a través de la práctica y los esquemas culturales de percepción de los sujetos;
- Los sujetos no son meros receptores pasivos de los significados contenidos en la estructura social, por lo que se produce una interacción dialéctica o mediación simbólica; y,
- La relación entre estructura y acción genera siempre un espacio de indeterminación y contingencia que permite, entonces, la intervención creadora de los individuos.

Dicho de otra manera, la modificación de la historia social «clásica» dio espacio a nuevas posturas, que fueron enfatizando la instancia cultural y subjetiva y cuestionaron la relación causal, es decir, su dependencia de la dimensión objetiva o de la estructura socioeconómica para considerar más bien que la instancia subjetiva

o cultural era coproductora de las relaciones sociales y recreadora constante de las condiciones estructurales en una relación dialéctica. Asimismo, al captarse la importancia de lo subjetivo y cultural, se deja de considerarlos como simples reflejos mentales de lo material. En consecuencia, se propone el estudio de las formas de representación del mundo dentro de un grupo humano, de naturaleza variable: nacional o regional, social o política analizándose la gestación, expresión y transmisión de dichas representaciones. Dicho mundo se manifiesta figurado o sublimado por las artes plásticas o la literatura, codificado en los valores, el lugar de trabajo y el esparcimiento, lo mismo que en la relación con los otros. Resulta además pensado por las grandes construcciones intelectuales, explicado por la ciencia y parcialmente dominado por las técnicas. Aparece dotado de un sentido por las creencias y los sistemas religiosos o profanos, pero también como resultado de las transmisiones debidas al medio, la educación y la instrucción.

Los temas preferidos serán entonces las políticas e instituciones culturales, las mediaciones y mediadores —en el sentido estricto de una difusión instituida de saberes y de informaciones y, en el sentido amplio de un inventario de los transmisores, de los medios y flujos de circulación de conceptos, ideales y objetos culturales—, las prácticas culturales y también los signos y símbolos¹². En suma, una historia cultural, debido al carácter genérico al que parece remitir su propia denominación y a lo impreciso y ambiguo de la noción misma de cultura, es lo que obliga al historiador a precisar y concentrarse en una temática o aspecto específico o a relacionar esa historia con algo también muy bien acotado o perfilado.

Un destacado estudioso de los asuntos culturales ha sido el mencionado Louis Althusser, quien sostuvo, entre otras cosas, que debía reconocerse en el curso de lo histórico una vinculación o enlace entre los tiempos de la coyuntura social, de la economía y de las mentalidades. Pero ha sido el historiador inglés Peter Burke, a quien hemos citado varias veces, el encargado de elaborar estudios específicos, reflexiones teóricas y análisis historiográficos de historia cultural. Este autor desarrolló su interesante trabajo hacia la década de 1960 interesado por escribir una historia cuyo sujeto no fuera exclusivamente la elite. Es en el contexto proporcionado por la presencia en Inglaterra del grupo denominado *Culture Studies* y el proyecto de Aby Warburg, que puede apreciarse en la obra de Burke su interés por una historia cultural que hiciera posible tratar históricamente a las culturas —popular o de elite y todas sus diversidades—, incluyendo sus relaciones con la política, en lo que parece ha sido un esfuerzo por actualizar a la historia política al integrarla con la historia cultural. Pero Peter Burke también estudia a la cultura a través de sus manifestaciones formales y sus símbolos y prueba de ello, lo mismo

¹² Acerca de este asunto puede consultarse Rioux (1999b).

que de su personalidad y espíritu innovador, puede ser el hecho de que llegado a Cambridge se puso a tomar notas acerca de las maneras y costumbres de sus colegas que, evidentemente, hacían al ambiente académico de dicha universidad muy diferente al de Sussex, en donde se había desempeñado antes como profesor. Publicó entonces, usando el seudónimo de William Dell, el simpático artículo titulado «Notas para una etnografía de un College de Cambridge»¹³.

Ha escrito también *La fabricación de Luis XIV* y *El Renacimiento italiano: cultura y sociedad en Italia* y varios de sus trabajos han sido traducidos al español, como *La cultura popular en la Europa moderna* (1978). Los libros en los que describe y analizan el estado de la disciplina de la historia en las últimas décadas son: *Sociología e Historia*, *La revolución historiográfica francesa* (1990) *Formas de hacer Historia* (1991) y *Visto y no visto: el uso de la imagen como documento histórico*.

Su contribución a la historiografía inglesa es importante de igual forma si se la mide por la manera cómo introdujo perspectivas nuevas fruto de su vocación de diálogo interdisciplinario y su particular interés por la historiografía francesa, italiana y alemana del siglo XX. En su libro *Hablar y callar* se advierte que el objetivo perseguido era integrar tanto al lenguaje en la historia social como el aspecto social en la historia del lenguaje. Se combinan así aportes tomados de la sociolingüística, de la antropología, de la comunicación, para hacer una historia que mostrara la mutua influencia entre sociedad y lenguaje. Parte de las siguientes ideas: diferentes grupos sociales usan diferentes variedades de lengua; los mismos individuos emplean diferentes variedades de lengua en diferentes situaciones; la lengua refleja la sociedad o la cultura en la que se usa; y, la lengua modela la sociedad en la que se usa. En ese trabajo llama la atención el tratamiento de tópicos tales como el arte de la conversación en la Europa moderna temprana y ofrece anotaciones para una historia social del silencio en la Europa moderna temprana.

En *Varieties of Cultural History*, publicada originalmente en 1997 y traducida y editada por primera vez al español en 1999 bajo el título *Formas de historia cultural*, compila nueve ensayos escritos y publicados entre 1973 y 1997, cuyo objetivo —dice el autor— es analizar e ilustrar algunas de las principales variedades de historia cultural surgidas desde la aparición de las obras de Burckhardt y Huizinga.

Burke aborda los orígenes de la historia cultural y también, de manera comparativa, problemas generales en la práctica de la historia cultural. Luego, a través de su estudio de cinco casos de la Italia de comienzos de la era moderna —llevados a cabo por el autor desde mediados de los sesenta hasta mediados de

¹³ Véase la entrevista a este autor que se publicó en la Revista *Proyecto Clío*, n° 17, octubre, 2000. Disponible en línea en: <<http://clio.reiris.es/numero017.htm>>.

los ochenta— se sitúa en las fronteras de la historia cultural, por ser áreas que se habían empezado a estudiar, y también se ubica en las fronteras culturales, como las esferas de lo público y lo privado o lo serio y lo cómico. Toca asuntos como la historia de los artistas, el arte, la música; la doctrina religiosa y el desarrollo de disciplinas como filosofía, historia, medicina, derecho, etcétera. Pero, además, procura hacer la historia cultural de los sueños; el lenguaje de los gestos, lo mismo que la historia de lo cómico —la risa— en la Italia moderna. Se ocupa de las visiones de los viajeros —Milán en el siglo XVII— y de las esferas pública y privada en Génova a finales del Renacimiento, entre otros asuntos. También contempla cuestiones como la historia como memoria colectiva y la «traducción» cultural en el sentido etimológico, literal y metafórico del término en dos estudios sobre el Nuevo Mundo, particularmente Brasil, enfatizando las consecuencias de los contactos culturales, ya sean mezcla, sincretismo o síntesis. Finalmente, se aboca al análisis teórico sobre las mentalidades presentando la crítica sobre ese concepto y la defensa del enfoque que lleva asociado y también un examen general de las variedades de la historia cultural, comparando el estilo clásico con el nuevo, también llamado antropológico, intentando responder a la cuestión si la denominada historia cultural está condenada a la fragmentación. Todos estos ensayos fueron el fruto de lo que el propio Burke llama una suerte de diálogo entre fuentes de los siglos XVI y XVII, historiadores anteriores como Burckhardt, Warburg, Bloch o Huizinga y los teóricos modernos de la cultura, desde Freud, Norbert Elias, Bajtin hasta Foucault, Certau y Bourdieu. Por último, el autor se declara contrario al positivismo entendido como un empirismo seguro de que los «documentos» revelarán «los hechos».

De hecho, puede ser mencionada también una pléyade de historiadores culturales cuyos trabajos más bien se refieren a asuntos puntuales del gran universo de la cultura en sus diferentes manifestaciones, algunos de ellos empleando métodos originales. Ciertos autores han identificado al menos tres manifestaciones de esta tendencia: el marxismo culturalista inglés representado por ejemplo por E. P. Thompson, cuyos trabajos expresarían el acercamiento entre Historia y Antropología y la revitalización de la noción de cultura a favor de una mejor comprensión de la manera cómo operan las clases y se forma la llamada «conciencia de clase», discutiendo así las definiciones estructuralistas y marxistas tradicionales; la microhistoria, en tanto ha utilizado las técnicas del microanálisis antropológico interpretativo para llegar a comprender dinámicas generales de una sociedad y una época; y, la historia cultural norteamericana representada, por ejemplo, por Robert Darnton, quien propuso hacer una historia cultural con espíritu etnográfico, es decir, tratando a nuestra civilización de la misma manera como los antropólogos estudian a las culturas extranjeras

o dicho de otra forma: representando como exótico lo que en apariencia nos es familiar (Lorandi y Wilde 2000: 60-62).

Pero la nueva historia cultural no está exenta de problemas y así, de forma bastante lúcida, el propio Burke ha llamado la atención sobre ese particular. Para ello acudió al análisis de dos obras: *The Embarrassment of Riches*, publicada en 1987 por Simon Schama y *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, publicada en 1980 por Carl E. Schorske. La primera nos refiere que se trata de un estudio de la República holandesa en el siglo XVII y que su autor, basado en Durkheim, Halbwachs y Mary Douglas, se centra en los valores sociales y su personificación en la vida cotidiana. A Schama —dice— le interesa la formación o invención de una nueva identidad entre los holandeses. Burke sostiene que la debilidad de este libro está en su énfasis en la unidad cultural. Se centra en lo que los holandeses tenían en común y apenas se refiere a los contrastes culturales o los conflictos entre regiones o grupos sociales y religiosos. Y en lo que se refiere a la segunda, es decir, a la obra de Schorske que trata sobre Viena a finales del XIX, Burke señala el problema de la tensión entre unidad y variedad. Dice que Schorske es consciente de la importancia de las subculturas en Viena, una capital imperial políglota, poniendo de relieve la segregación de los diferentes grupos de intelectuales y la fragmentación que trata de mantener el equilibrio entre las explicaciones «internalista» y «externalista» del cambio cultural pero en la práctica. Por eso presta especial atención a la política, la pintura o la música y le interesa la cohesión de los distintos elementos culturales descritos y su relación con una experiencia política compartida: la crisis de un sistema político liberal. De allí que el subtítulo de su libro haya sido «política y cultura». Las observaciones de Burke sobre este trabajo se refieren a que las conexiones entre las distintas actividades culturales no siempre se hacen explícitas y en ningún caso son desarrolladas por Schorske, quien tampoco escribió un capítulo de conclusión en el que podría haber intentado reunir los hilos de su argumento.

Burke aprovecha entonces para significar que la responsabilidad de un historiador cultural es revelar las conexiones entre las distintas actividades que se refieren a su tema. Dice que, en todo caso, la solución a esta problemática podría estar en evitar la fragmentación sin volver al engañoso supuesto de la homogeneidad de una sociedad o de un periodo dado. Afirma que en suma hay un nuevo interés sobre de la forma en que cada parte percibía, comprendía o no comprendía a la otra. Por eso, por ejemplo, se ha intentado reconstruir la «visión de los vencidos».

Para enfrentar el riesgo de la fragmentación considera necesario revelar la unidad subyacente, o al menos las conexiones subyacentes, sin negar la diversidad del pasado. Apela al modelo del encuentro que ha concitado el interés de los historiadores intelectuales en los últimos tiempos, lo mismo que respecto al

choque, conflicto, competencia o la invasión cultural, sin olvidar ni minimizar los aspectos destructivos de estos contactos. Sostiene que el encuentro y la interacción deberían integrarse en las prácticas y representaciones que Chartier ha descrito como los principales objetos de la historia cultural.

Por consiguiente, se debe estudiar la historia cultural como un proceso de interacción entre diferentes culturas, entre hombre y mujer, la ciudad y el campo, católico y protestante, musulmán e hindú, entre otros, ya que cada grupo se define en contraste con los demás, pero crea su propio estilo cultural apropiándose de formas de un fondo común y reuniéndolas en un sistema con un nuevo significado. Los historiadores culturales deben prestar más atención a los conceptos sociológicos de «subcultura», diversidad dentro de un marco común, y de «contracultura», intento de invertir los valores de la cultura dominante (Burke 2000: 252-257).

Georges Minois, profesor en la Universidad de Saint Briec, es uno de los autores contemporáneos más importantes siendo un historiador de las mentalidades. Dentro de esa temática ha realizado el estudio de la historia de la vejez.

Jean Delameau ha señalado que en los tiempos actuales existe mucho interés en abordar el estudio de la vejez, sobre todo en Francia, donde según cálculos estadísticos, la población anciana conformará una parte considerable en la sociedad de ese país en el próximo siglo. Así pues, la inquietud sobre el papel de las personas ancianas en el pasado era algo previsible y, como señala el mismo Minois, ya Philippe Aries había adelantado estos intereses al percatarse de que las nuevas generaciones tratan ya temas diversos: medicina, infancia, vida conyugal, etcétera.

Es en este contexto donde, en los años setenta, Simone de Beauvoir trató sobre la vejez en su libro *La Vieillesse*, llegando a la conclusión de que los ancianos eran pocos en la Edad Media y por tal motivo no desempeñaron un papel importante. Consecuentemente, realizar una historia de la vejez no sería posible, por lo menos para ese periodo. Georges Minois trató —con éxito— de rebatir esta tesis, mediante un estudio del papel desempeñado por los ancianos no solo en la Edad Media, sino también en la Antigüedad y en el Renacimiento. Abordando distintos aspectos, temas y fuentes logró concluir que los ancianos, si bien no eran un número considerable en dichas sociedades, su importancia, tanto en pensamiento, economía como también en política, podía ser resaltada y, por lo tanto, resultaba válido empeñarse en hacer una historia de la vejez.

El método que utiliza Minois para abordar su estudio fue recurrir a diversas fuentes, ya sean históricas, literarias, registros de medicina, estudios históricos contemporáneos, entre otros, fundamentalmente para constatar las ideas o pensamientos subyacentes en ellas. Una dificultad señalada por el propio autor es que habiendo en las sociedades una ambigüedad en torno a la vejez, sobre todo

se suelen registrar y relatar hazañas o grandes hechos, lo que obliga al historiador a recurrir a otros tipos de fuentes como las literarias o la tradición oral, que por lo general carecen de objetividad. Este convencimiento del autor mencionado muestra que todavía está regido por el paradigma moderno, aquel que proclama su afán por alcanzar la verdad y la objetividad en más o menos un elevado nivel.

Respecto al empleo de fuentes diversas hay que tomar en cuenta que Minois, al referirse a una historia de las mentalidades, había sostenido que las categorías mentales que habían llevado a los hombres a actuar de determinada forma estaban depositadas en testimonios tan poco convencionales para el historiador como, por ejemplo, el fragmento de una poesía o una leyenda, pues aun cuando en tales textos refirieran cosas inverosímiles, ellos eran capaces de dar cuenta acerca de cómo se pensaba en relación a determinado aspecto de la realidad. Un caso concreto de lo expuesto se ve en el análisis del autor referente a la ancianidad en los tiempos de los imperios orientales antiguos, ya que los registros consultados hablan de reyes que vivieron una longevidad extraordinaria, de tal manera que una lista de reyes sumerios revela una media de veinticinco mil años por vida de gobernante, hecho naturalmente inverosímil. Esta información en todo caso daría cuenta de una idea de superioridad de un pueblo en relación a otros y de la creencia vigente de que cuanto mayor logre una sociedad hacer vivir a su población mayor sería su prestigio.

El estilo de Minois es el narrativo, pero utiliza también el estilo discursivo para abordar sus temas y para sistematizar su análisis hace una división de su obra en épocas —se dijo anteriormente que su estudio abarca desde la Antigüedad hasta el Renacimiento—, que a su vez subdivide en etapas que son en general imperios antiguos y sociedades tribales, africanas, incas, etcétera.

El fin que se propone, como ya se mencionó, es demostrar que los ancianos sí fueron de importancia en las sociedades pasadas, lógicamente con matices y especificidades en cada etapa o sociedad. Llama la atención que cada sociedad estudiada tendrá respecto a la vejez una idea, si puede decirse teórica, así como una relación más en contacto con la realidad. Esta dualidad de pensamiento y desenvolvimiento será la línea directriz de las distintas posturas frente a los ancianos en concreto y, en general, para la configuración de la vejez como una categoría social. Especifica entonces que en sociedades antiguas como Egipto, Persia, Sumeria, la vejez es considerada una bendición divina, el prolongar los días es el premio a una vida buena, aunque también se registran indicios concretos de la oposición de los jóvenes a los poderes otorgados a los mayores, lo que se refleja, por ejemplo, en la epopeya de Gilgamesh, donde se exalta a la juventud.

La historia de la sociedad hebrea es de importancia para nuestro autor, pues advierte que a partir del periodo del exilio del pueblo hebreo se constata una

decadencia del poder de los ancianos, tanto en los cargos como en el pensamiento de la sociedad, al dejar atrás su organización tribal en donde los ancianos representaban la continuidad de tradiciones y costumbres. Ahora las instituciones serán las que fijarán las costumbres y los ancianos perderán prestigio. Tal deterioro de la figura de los adultos mayores continuará y se asentará en la cultura griega, debido a que los ideales serán la juventud y la belleza. Sin embargo, pese a que los ancianos serán relegados, mantendrán alguna representación en los cargos públicos, pero con una significación más bien simbólica que real.

La época helenística favoreció, por el contrario, a los ancianos, ya que el contacto de los griegos con culturas diversas habría posibilitado que se perdiera el temor a la vejez, aunque esto no elimine del todo cierta postura de desdén hacia el anciano. En Roma se criticó más a individuos ancianos en particular que a la vejez en general. Esto se debe a que las leyes latinas daban poder a las personas mayores: el caso del *pater familias* y su amplia potestad sobre los que lo rodeaban: hijos, criados, mujer, etcétera, es un ejemplo. Las reacciones provocadas se manifestarán en discursos y en la literatura, pero no hacia la vejez como categoría o símbolo, la que llevaba aparejada una carga de sabiduría.

En la Edad Media esta doble concepción de la vejez se mantendrá hasta que ocurra un hecho histórico: la peste negra de los siglos XIII y XIV. Minois nos refiere que esta plaga afectó principalmente a los jóvenes y el consecuente desequilibrio demográfico habría facilitado que los ancianos cobraran importancia y detentaran los principales cargos. Ello explica, en opinión de Minois, los conflictos generacionales y los brotes de manifestaciones críticas hacia los ancianos, de manera tal que la literatura de la época los presenta como feos, débiles y como obstáculos. En el Humanismo y el Renacimiento la vuelta hacia los ideales de las épocas clásicas hace que el culto hacia la juventud desplace a la vejez presentándola como una decadencia comparable a la enfermedad, la miseria, la locura, etcétera.

El texto de Georges Minois resulta entonces importante para analizar pensamientos de determinadas épocas con relación al tema de la vejez, además que marca la tendencia contemporánea que propugna por una interdisciplinariedad.

Si bien la lista de historiadores de la cultura y de las mentalidades es realmente grande añadiremos a los autores mencionados a Georges Duby, un discípulo de Bloch y Febvre reconocido como uno de los grandes historiadores del siglo XX. A pesar de que decía no tener demasiada afición a las teorías sus importantes trabajos sobre la Edad Media europea denotan su revisión del andamiaje teórico y conceptual del marxismo (García Leduc 1997: 6). Destaca también su contribución para realizar una historia de las mujeres que no debemos identificar, sin más, con la que originalmente fue llamada historiografía de género. Escribió *La historia continua*, cuya primera edición en lengua francesa corresponde a 1991 y

en español al año siguiente. El mismo autor la considera una egohistoria, pero es evidente de que se trata de la evolución de la investigación histórica. *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* apareció en 1978 en francés y en 1992 en español. En 1984 apareció *Guillermo, el mariscal*, que se tradujo al español en 1988.

Su trabajo *El domingo de Bouvines* describe, bajo la forma de un relato lineal y cronológico, un combate que ocurrió un domingo del siglo XIII en Bélgica. Lo novedoso de su planteamiento es demostrar que los sucesos particulares pueden revelar lo que solía suceder en una época en términos más generales: la guerra, la violencia o la victoria. El suceso que da título a este trabajo es tratado por Duby como un catalizador, un elemento que permite explicar mejor un sistema. Las preguntas claves que se hace el autor son acerca de la naturaleza de la guerra en el siglo XIII y qué significaban el honor, el combate, la victoria, la derrota o la paz. Da razón acerca de cómo fue interpretado entonces el ahora llamado Domingo de Bouvines y de los cambios políticos europeos que se produjeron alrededor de aquel hecho. No le importa el hecho en sí, más bien le interesan sus repercusiones políticas. Se propone conocer también la manera cómo fue abordado el suceso en y a partir de los primeros testimonios, es decir, observar cómo actúan la memoria y el olvido. Del relato de una batalla en particular y de su interpretación y análisis pasa a lo general, es decir, a las batallas ocurridas en los siglos XII y XIII.

En *Guillermo, el mariscal* comienza con el relato de la muerte del personaje para luego proceder a narrar los hechos de esa biografía de manera cronológica. Duby sostuvo este procedimiento sobre la base de la idea de que para construir algo más allá que un simple inventario de hechos el historiador debe permitir que aflore su sensibilidad y creatividad asumiendo el riesgo de una interpretación personal.

En *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* estudia los puntos de contacto entre los cambios intelectuales, mentales y sociales en la Europa feudal. El trabajo está enmarcado en el tiempo largo y por eso se considera que es un modelo de historia estructural. Manifiesta una atracción por algunos aspectos de la teoría social neomarxista, lo que significó su distancia respecto a los *Annales* de la primera época. Efectivamente, su esfuerzo parece haberse dirigido a conciliar a la historia social con las preocupaciones por las mentalidades colectivas y avanza buscando un acercamiento con la historia marxista que se preocupaba por las ideologías. Considerando que el feudalismo era el sistema ideológico imperante establece una estructura jerárquica que representa, a su juicio, a toda la sociedad que estudia y que está compuesta por tres órdenes: sacerdotes, caballeros y campesinos. Añade que esa estructura es también una representación mental, un sistema intelectual que se encontraba en la mentalidad de la época (entre 1025 y 1214) como una herencia del pasado, pero que la monarquía rescata y maneja como ideología

para sostener y favorecer sus fines políticos. Por consiguiente, el autor da a la ideología un sentido eminentemente pragmático. Contempla Duby las formas de reproducción cultural y las variantes de la imaginación social que denomina «lo imaginario» para que formen parte de la historia de las mentalidades. Concibe a la sociedad como un sistema compuesto por diversos factores que determinan su estructura y su evolución. Las relaciones entre los mismos no serán causales sino de correlación e interferencia (Corcuera 2000: 250 y ss.). Duby se ocupó en su trabajo *Año 1000, Año 2000 la huella de nuestros miedos* de los miedos que durante la Edad Media ocasionaban la miseria, las epidemias, la violencia, el otro y el más allá, comparándolos con los miedos que actualmente padece la sociedad. Lo hace en diálogo con los periodistas Michael Faure y François Clauss, contestando a sus preguntas, ya que se trató de una serie de entrevistas efectuadas por los personajes citados que se publicaron en *L'Express* y se difundieron por *Europe 1* en marzo de 1994¹⁴. La premisa del autor en esta obra es que quienes vivieron hace ocho o diez siglos no eran ni más ni menos inquietos que nosotros y que discernir las diferencias, pero también las concordancias, entre lo que les infundía miedo y lo que nos ocasiona ahora temor nos puede permitir encarar con mayor lucidez los peligros actuales.

Nuestra sociedad está inquieta. Lo prueba el hecho mismo de que se vuelva decididamente hacia su memoria. Nunca hemos conmemorado tantas cosas. Todas las semanas se festeja aquí y allá el aniversario de algo. Este apego al recuerdo de los acontecimientos o de los grandes hombres de nuestra historia también ocurre para recuperar confianza. Hay una inquietud, una angustia, crispada al fondo de nosotros (Duby 1995: 13).

También está Jean Delumeau, quien inicialmente se ocupó de la historia económica y social y luego abordó la historia de la cultura al estudiar a la reforma protestante y la situación de la Iglesia en el siglo XVI. Realizó sus investigaciones en torno a los aspectos sociales de la cultura popular, creencias y fenómenos relacionados con la religiosidad, para pasar a la psicología orientada hacia los grupos, en la historia. Maneja la vida cotidiana, hecha de repeticiones junto a los acontecimientos excepcionales que rompen la continuidad. Desarrolló sus temas en el marco de una cátedra de Historia de las Mentalidades Religiosas en Occidente Moderno. Señala que al comenzar a escribir *El miedo en Occidente* tenía como proyecto general:

¹⁴ La edición francesa del libro se hizo en París el año 1995 y, al mismo tiempo, apareció la traducción al español que se publicó en Chile.

[...] equilibrar en el desarrollo de mis trabajos el estudio del miedo y de los miedos con el del sentimiento de seguridad y los sueños de felicidad. Deseaba, pues, desde el comienzo no ser catalogado como un historiador únicamente del miedo. [...] Y por eso me siento tan irritado cuando no se retiene de mi obra sino lo que concierne al miedo, porque desde hace veinte años mis libros se encadenan unos con otros por un lazo lógico. Sin embargo, por simple sentido común, no podía comenzar por la noción de seguridad y los sueños de felicidad y continuar con la evocación de las danzas macabras y las llamas del infierno. Así pues, deseo que mi producción sea considerada en su globalidad, en el interior de la cual figura *Ce que je crois*, que es, entre mis libros, el que más aprecio (Delumeau 1997: 265-266).

Asimismo, considera que sus investigaciones sobre ese tema lo han llevado a las siguientes conclusiones principales: un miedo está raramente aislado, arrastra a otros con él, ya que juntos forman un «tren de miedos». En Europa, a inicios de la modernidad, ciertos miedos sentidos por los dirigentes fueron paradójicamente más grandes que los de las masas. Afirmaba que una relectura del Renacimiento a partir de este tema le permitió considerar que ese movimiento cultural no fue, forzosamente, sinónimo de alegría y optimismo y, por último, que tenía por cierto que una pujante creatividad cohabitó con mucha inquietud, constatándose por ejemplo que la obsesión por la muerte se volvió omnipresente (Delumeau 1997: 267: 268).

De la obra publicada en 1983, *El pecado y el miedo (Le péché et la peur)*, surgió de la convicción de su autor, al concluir *El miedo en Occidente*, de que su investigación no estaba terminada, ya que de todos los miedos no podía dejar de referirse al miedo a uno mismo como pecador¹⁵. Este resultó ser no solo el más voluminoso de sus libros sino que le permitió revelar el peso del agustinismo en la historia religiosa occidental. Se trató de un estudio de larga duración que abarca desde el siglo XIII hasta el XVIII, a pesar de lo cual no organizó el trabajo de manera cronológica, pues el propósito no era hacer una evolución histórica de la confesión sino dar a conocer un estado de cosas en torno a ese sacramento, considerando los cambios o cortes más significativos. A decir del propio autor: «[...] constituye un puente entre la indagación sobre el miedo y aquella otra sobre el sentimiento de seguridad». Este trabajo busca respuesta a las preguntas: ¿cómo se tranquilizaban nuestros ancestros?, ¿cómo dominaban sus miedos? La última parte de su libro *Rassurer et protéger* está dedicado al retroceso de la inseguridad en el siglo XVIII sosteniendo que ello se debió a la secularización del sentimiento de protección a medida de que las seguridades se multiplicaban y debido a lo que llama

¹⁵ En «La confesión y el perdón» —ensayo publicado en francés en 1990 y en español en 1992— el asunto central remite a los miedos, sentido de culpabilidad, sentimientos de inseguridad, etcétera.

«la rehabilitación de Dios en el siglo XVIII», vale decir, la importancia de la idea al interior de la Iglesia católica de una posibilidad universal de salvación en contra de la fórmula mal comprendida de «muchos son los llamados y pocos los escogidos».

En 1992 publicó *Una historia del paraíso*, cuyo primer tomo se llamó «El jardín de las delicias», que cuenta la historia de la noción del paraíso terrenal y está ligado a su estudio acerca de la felicidad. El segundo tomo fue escrito en 1992 dentro de sus lecciones acerca del milenarismo y apareció en 1995 con el título de «Mille ans de bonheur», a partir de la pregunta: ¿cómo se ha pasado de la nostalgia del jardín del Edén a la esperanza de un nuevo paraíso terrenal y cómo esta esperanza se ha secularizado para dar nacimiento a la noción de progreso? También son suyos los siguientes trabajos: *La Reforma* (1967 edición en español); *Le catholicisme entre Luther et Voltaire* (1971); *Rome au XVI siecle* (1975); *Rassurer et proteger: le sentiment de securite dans l'autrefois* (1989); *Un chemin d'histoire, chrétienté et christianisation* (1981); *Ce que je crois (Esto que yo creo)* fue publicada en 1985 y *Mentalidades religiosas en el Occidente moderno*, cuya versión en español es de 1997 (Delumeau 1997: 273 y ss.).

Michel Vovelle aplicó métodos cuantitativos a la historia de la cultura y, particularmente, a la percepción del hombre frente a la muerte. Se considera que su principal libro: *Piedad barroca y descristianización en Provenza durante el siglo XVII: las actitudes ante la muerte a partir de las cláusulas de los testamentos* (1973) es una de las más importantes contribuciones de la historiografía francesa sobre esta temática. Se entiende que para elaborar su trabajo consultó unos treinta mil testamentos, en lo que constituye una muestra del método serial del que hemos hablado en otro apartado de este libro. Se pregunta acerca de la evolución y los cambios de las prácticas religiosas y actitudes culturales vinculadas con la muerte. Es de destacar que el análisis documental lo llevó a identificar una tendencia social hacia la secularización (Corcuera 2000: 279-280).

En *La mentalidad revolucionaria* Vovelle dio un giro a la historia de las mentalidades al incorporar a su abordaje las dimensiones económica, social y demográfica, así como también al superar su identificación con la larga duración y, por el contrario, valorizar al acontecimiento fundador de un tipo de pensamiento, en este caso, la revolución vista como instancia de creatividad en el dominio de lo mental. De esta manera el concepto de mentalidad deja de tener la exclusiva connotación de colectiva, ya que está denotando el cambio, la tensión y la oposición. Asimismo, coloca como asunto de la mayor importancia a la cultura popular desde una perspectiva también novedosa, pues no la mira solo como representante o depositaria de lo tradicional sino también como instancia creadora y renovadora. Si bien contempla la importancia de las herencias culturales de larga duración, su análisis se concentra en la creación de actitudes, valores y conceptos nuevos y

aborda el estudio de las manifestaciones de la mentalidad revolucionaria como, por ejemplo, el miedo y su transformación política en el mito del complot, las formas que adquiere la violencia, entre otras. Parte importante de este trabajo es el que corresponde a la presentación de su marco historiográfico y el análisis respectivo que realiza acerca del mismo¹⁶. Llama la atención aquí la apelación a un abultado y variado conjunto de fuentes que son sometidas a un manejo seriado, lo mismo que a un minucioso estudio que incluye nuevas lecturas del material ya conocido y consultado. Es también autor de *Ideología y mentalidades* (1985), lo mismo que de *Introducción a la Historia de la Revolución Francesa* (1989).

Interesante e igualmente importante el aporte de Roger Chartier, quien manifestó estar desencantado por la historia serial tal como se la conocía, y propuso una perspectiva diferente, con lo cual se convirtió también en un historiador de las mentalidades y de la cultura. Su primer trabajo estuvo dedicado a la Academia de Lyon en el siglo XVIII: a la masonería, a las sociedades literarias y a las bibliotecas y fue publicado en 1969. Su formación intelectual lo relaciona con los *Annales* en el momento en que surgieron nuevas formas de entender la historia cultural que intentaban comprender las discrepancias socioculturales a partir de indicadores medibles estadísticamente. Se ocupa de los grupos sociales a través de la mirada del otro, del que no pertenece al mismo grupo. Su campo de investigación fue en un inicio la historia de las formas de sociabilidad y de la educación, pero focalizó luego su atención en la relación entre los textos y los lectores, en una forma de historia del libro. Sus estudios sobre el libro siguen líneas similares y se basa en una manera diferente de ver a los documentos, le interesa poco saber lo que lee la gente y se preocupa más por entender cómo el lector se apropia del texto, preguntándose cómo cambia el texto cuando es interpretado por el lector, lo que dependerá de numerosos factores y prácticas sociales. Dice Corcuera que Chartier «Quiere comprender y hacer comprender que la fuerza y la inteligibilidad misma de los textos dependen de la manera como los libros transforman las costumbres y las inquietudes de la sociedad que los produce» (Corcuera 2000: 281-282). Sus obras principales fueron las siguientes: *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural* (1992); *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1993); *Espacio público, crítica y descentralización en el siglo XVIII: los orígenes culturales de la Revolución Francesa* (1995); *El príncipe, la biblioteca y la dedicatoria en los siglos XVI y XVII* (1996).

Para Chartier no solo la escritura sino también la lectura son actividades creadoras en la medida de que producen significaciones. Ello hace indispensable considerar la tensión entre las intenciones del autor y sus lectores, en tanto el

¹⁶ Consúltese Clemente (1989).

primero supone una comprensión o sentido único para su escrito y lo ha formulado para orientar por dicho rumbo a sus lectores, quienes buscan encontrar el sentido de la lectura de manera más bien libre. Estamos hablando entonces de la lectura como un hecho cultural y social y aquí es donde entra a tallar el concepto de representación que marca un vínculo entre lo individual y colectivo y marcan el proceso de la construcción de los lazos sociales.

Aportes importantes de Chartier serán la distinción entre cultura popular y de elite, la discusión acerca de las mismas dentro de procesos históricos específicos y la caracterización de la primera como un sistema simbólico coherente y autónomo, que además es definible en oposición a otro, en este caso a la llamada cultura de elite. En suma, la historia cultural de Chartier está basada en el estudio de las prácticas sociales y simbólicas, las apropiaciones, interpretaciones y usos de las mismas. Se puede decir que su historia cultural está hecha a partir de un método que empieza con el estudio de los objetos culturales: prácticas, imágenes o textos, por ejemplo. En el plano de lo teórico puede decirse que reconoce que si bien tales objetos culturales pueden parecer asociados a determinados grupos sociales, no debe ignorarse que se producen migraciones —o apropiaciones— que no solo los llevan de uno hacia otro u otros sectores de la sociedad, sino que ello tendrá que ver con el empleo y significación que los objetos culturales adquieran en cada caso.

A este grupo de historiadores preocupados por temas de historia cultural hay que agregar al inglés Robert Darnton, vinculado a la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* y, por consiguiente, a la corriente de los *Annales*, lo mismo que a la antropología simbólica norteamericana desarrollada por Clifford Geertz, Ruth Benedict, Víctor Turner y Mary Douglas aunque, según lo indicado el propio autor:

A pesar de que le debo mucho a la Antropología, rara vez he intentado aplicar un método o concepto derivado de algún antropólogo en particular. Para mí la Antropología ofrece una orientación general, una que concierne a la forma en que los símbolos operan dentro de sistemas de comunicación y la manera en que la gente común comprende el mundo (Monsalve y Guibovich 2005: 157).

Amigo de Chartier y Pierre Bourdieu, ha recibido alguna influencia de ellos, lo mismo que de su colega Lawrence Stone de Princeton, en este caso en lo concerniente al respeto por la investigación empírica. Es uno de los historiadores de la cultura cuya obra ha contado hasta ahora con bastante difusión. Al promediar la década de los setenta, Darnton publicó el ensayo «Writing News and Telling Stories» y hay que destacar que habiendo trabajado inicialmente en el campo del periodismo, su obra histórica denota esa experiencia no solo por su estilo, que ha

permitido la divulgación de su obra más allá de la esfera estrictamente académica, sino porque sus ideas centrales han sido realmente sugerentes y renovadoras para entender la historia cultural y las mentalidades. Así, ha señalado que las novedades diarias son repeticiones cíclicas de antiguos argumentos literarios que en otro tiempo fueron noticias y que tales ideas o argumentos suelen llegar hasta nosotros a través de la pluma de un escritor como un argumento literario.

Darnton es autor de *Mesmerism and the End of the Enlightenment* (1968); *The Business of Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopedia, 1775-1800* (1979); *The Literary Underground of the Old Regime* (1982); *Berlin Journal, 1989-1990* (1991) y también ha publicado una colección de ensayos bajo el título de *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*; así como: *La gran matanza los gatos y otros episodios de historia cultural francesa* (1979); *Edición y subversión: literatura clandestina en el Antiguo Régimen* y también *El coloquio de los lectores: ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores*, ambas ediciones en español aparecieron en 2003. Se le considera como uno de los mejor informados estudiosos acerca de la Ilustración y la cultura libresca y las prácticas de comunicación, particularmente del siglo XVIII en Francia. Sus trabajos han confirmado la gran demanda de libros de autores ilustrados, lo mismo que la de otros, quienes con sus publicaciones contribuyeron a popularizar el pensamiento de la Ilustración.

Una historia del arte y de las imágenes también ha sido realizada y se suele atribuir el inicio de la primera de las mencionadas a varios autores. Por ejemplo, a Giorgio Vasari¹⁷, de quien se dice que no solo dio nacimiento a la historia del arte, sino que además «al definir el concepto de *rinascita* de la cultura europea en la Italia urbana de fines del Medioevo, acuñó la primera gran categoría historiográfica genérica de Occidente» (Burucúa 1996: 29); Joachim Winckelmann, quien en el siglo XVIII escribió *Historia del Arte de la antigüedad*; y, Jacobo Burckhardt, historiador del siglo XIX de quien ya nos hemos ocupado en páginas anteriores.

En el siglo XX, dentro de un número significativo de historiadores del arte podemos mencionar algunos nombres como Arnold Hauser¹⁸, particularmente porque no solo se ocupó de temas específicos de la materia, sino que elaboró una teoría del arte basándose en la doctrina marxista de Lukács y analizó los fenómenos artísticos en relación a sus contextos, sosteniendo que cada sociedad es poseedora de un estilo artístico propio. Su énfasis en los fenómenos económicos

¹⁷ Vasari fue arquitecto, pintor y teórico del arte, así como biógrafo de las principales figuras del Renacimiento italiano. En 1550 publicó la primera edición de sus *Vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos*.

¹⁸ Historiador del arte de nacionalidad inglesa pero de origen húngaro. Nació en Temesvár en 1892 y falleció en Budapest en 1978. Estudió en Alemania pero residió en Inglaterra hasta un año antes de su muerte.

y sociales lo llevó a especificar que las artes están formadas por factores materiales interdependientes. Fue autor de *Historia social de la literatura y el arte* (1951), *El manierismo* (1965) y *Sociología del Arte* (1975).

Otro autor en este campo es el historiador italiano Roberto Longhi (1890-1970), un estudioso del arte pictórico. Colaborador en revistas italianas, fue también docente de historia del arte en algunos liceos romanos. Varios de sus trabajos, como los que se refieren a Piero de la Francesca y Caravaggio, entre otros, aparecieron recopilados en *Opere Complete*, obra editada en 1963. En español tenemos su obra titulada *Breve pero auténtica historia de la pintura italiana*.

Aby Warburg, fue un historiador del arte, célebre por sus estudios acerca del resurgimiento del paganismo en el Renacimiento italiano. Su principal obra es *El renacimiento del paganismo*. Aunque trató el asunto de la transmisión de la iconografía antigua a la cultura europea moderna, «la vuelta a la vida de lo antiguo», destacan su estudio acerca del Renacimiento italiano, junto con su tesis de que el paganismo dionisiaco aplicado al arte había renacido en aquella época. Asimismo, se interesó por las relaciones entre el pensamiento mágico y el pensamiento racional. Es importante señalar su interés y aportes a los estudios de la llamada memoria histórica. En efecto, en *Atlas Mnemosyne* recogió una colección de imágenes para narrar la historia de la memoria de la civilización europea. Su pensamiento estuvo ampliamente influenciado por Friedrich Nietzsche, y a su vez, Warburg influenció sobre la obra de Erwin Panofsky, Ernst Gombrich, Frances Yates, Edgar Wind, Walter Benjamin y Ernst Robert Curtius, entre muchos otros. En el instituto que lleva su nombre sus discípulos y otros investigadores asociados a dicha institución han prestado atención especial a temas como la historia de las imágenes y los símbolos, así como el desarrollo y el papel social de la magia en la cultura europea, especialmente durante la Edad Media y el Renacimiento.

Warburg elaboró nociones como *pathosformel*, modelo visual apto para la transmisión, conocimiento y dominio de las pasiones; y, *denkraum*, distancia necesaria entre el objeto y el sujeto analítico y contemplador que rige tanto para la imagen artística como para la descripción científica del mundo. Asimismo, planteó una teoría integral para explicar cómo existen esquemas elementales de comportamiento que con el propósito de conjurar el desborde destructivo de los afectos van siendo creadas y ensambladas por las civilizaciones, constituyéndose en una suerte de memoria social colectiva, transmisible de persona a persona y desde la educación más temprana.

Además de los aportes de Warburg y de los estudiosos vinculados al Instituto que lleva su nombre, debe mencionarse la contribución que a partir de 1950 hizo la historiografía italiana a través de Eugenio Garín, Paolo Rossi, Paola Zampelli y Andrea Vasoli, entre otros, aunque desde 1990 se ha venido abordando el asunto

del poder de las imágenes gracias a varios trabajos, entre los que destacan los de David Freedberg, quien publicó *El poder de las imágenes. Estudio sobre la historia y la teoría de la respuesta* (1992). Freedberg ha sostenido que la contemplación de las imágenes no deja de asimilarse, incluso en nuestros días, a un procedimiento creativo que asigna invariablemente a las estatuas, pinturas o edificios el carácter de *empsychoi*, es decir, que son portadores de una vida arrolladora e intensa que solo puede ser atrapada por el artista (Burucúa 1996: 29-30).

Lo cierto es que así como se ha ido fragmentando la historiografía también lo ha hecho la historia del arte y ahora se ocupa del mercado de las obras, historia de las teorías artísticas y de las ideas estéticas, simbolismo, arte académico y arte popular, vida de los artistas, técnicas y grandes estilos. Entre todas ellas hacia el final del siglo XX destacó la historia de las imágenes y su aproximación a la historia de las ideas, ya que considera que las imágenes son «vectores de ideas» y merecen ser estudiadas en lo concerniente a sus perduraciones y resurrecciones dentro de la historia de la cultura (Burucúa 1996: 29-30).

Otro historiador importante del arte y de las imágenes es, en nuestro tiempo, Ernst H. Gombrich, gracias a sus contribuciones a la teoría de la percepción y la gnoseología de lo visual. Pero no debe dejar de señalarse también que dentro de su obra destaca un trabajo de divulgación titulado *Historia del Arte*, publicado por primera vez en 1950 y que cuenta, por lo menos hasta la fecha, con dieciséis ediciones en inglés, además de traducciones en diferentes idiomas. Otras obras de su autoría son *Arte e ilusión* (1960) —quizá su trabajo de mayor importancia—; *Meditaciones sobre un caballo de juguete* (1963), que recoge artículos diversos; *El sentido del orden* (1979); *La imagen y el ojo* (1981); *El legado de Apeles, Norma y forma* (2000); *Temas de nuestro tiempo*; *Los usos de las imágenes* (2003); *Ideales e ídolos* (2004), entre otras.

Asociados de alguna forma a la temática propia de la historia del arte, pero también de la corporalidad, debemos considerar a los trabajos de Umberto Eco *Historia de la belleza* (publicada en español el 2004) e *Historia de la fealdad* (2007). En la primera de las obras mencionadas Eco tuvo como coautor a Girolamo de Michele y en ella hicieron un repaso del concepto de lo bello a lo largo de un dilatado espacio de tiempo. Tomaron como referentes, entre otros, al calendario Pirelli —que contiene a Venus primitivas—, los caballeros de la Edad Media o las imágenes del Cristo crucificado. Para estos autores, la historia de la belleza debería desligarse de la historia del arte por cuanto belleza y deseo o sensaciones de disfrute se hayan asociados, suponiendo a la vez una perspectiva personal, cultural y subjetiva, y también porque en muchas ocasiones se ha vinculado o identificado lo bello con la naturaleza. Sin embargo, buena parte de su obra se refiere a obras de arte, además de desarrollar el tópico de la belleza del cuerpo humano, por lo

que decíamos que esta historiografía puede considerarse relacionada a la historia del cuerpo y a la historia del arte en general. Se trata, en suma, de un intento de reconstrucción de las visiones de lo bello —de los ideales estéticos— y de los diversos modelos a los que dieron lugar en Occidente a lo largo de aproximadamente unos dos mil quinientos años. Finalmente, llaman la atención acerca de la tensión contemporánea generada por las llamadas vanguardias.

El complemento natural de la obra que acabamos de reseñar ha sido la *Historia de la fealdad* realizada también por Eco. En efecto, retomó el tema de la evolución de las ideas estéticas para desarrollar en quince capítulos una historia de lo feo en Occidente, abordando temas como los diferentes tipos de fealdad: en sí misma —todo lo que nos parece horrendo y nos produce un rechazo frontal—, formal —producto del desequilibrio entre las partes de un conjunto— y, finalmente, las representaciones artísticas de las dos anteriores. Sin embargo, hay que aclarar que para Eco estas últimas serán los referentes a partir de los cuales se podrá inferir cuáles son los dos primeros tipos de fealdad en un contexto cultural dado. También debemos indicar que hace un repaso de todo el conjunto de nociones que en Occidente sirven para aludir a lo feo, las reacciones que provocaba la fealdad y con qué o quiénes se solía asociar en diferentes épocas.

La historia del cine ha sido estudiada por autores como Georges Sadoul, quien publicó *Historia del cine mundial desde los orígenes hasta nuestros días*, cuya versión en español corresponde a 1979 y *Le cinéma français 1890/1962*; Román Gubern, con su voluminosa *Historia del cine* (1973); y otros autores dedicados a historiar a esta industria cultural y analizar sus géneros y herramientas de expresión en la que ha sido llamada por alguno «historia cinéfila». Otra ha sido la perspectiva manifiesta en trabajos como el del historiador Marc Ferro, especialista en la historia del siglo XX, para quien las obras cinematográficas constituyen una fuente para la historia, lo que expresó en *Historia contemporánea y cine* (1995) y de Michele Lagny, quien en *Cine e historia. Problemas y métodos en la investigación cinematográfica*, publicada originalmente en 1992, se ocupó más bien de cuestiones de carácter teórico y metódico. Por su parte, José María Caparrós en *100 películas sobre historia contemporánea* (1997) se concentró en la crítica e interpretación del cine histórico y, por la misma época, Emilio García Fernández dio a la luz su trabajo *Cine e historia: las imágenes de la historia reciente*.

Tal parece entonces que una historia del cine en la misma dirección que una historia del arte o como tema de la que podría ser tenida como expresión de cultura popular no ha tenido un decidido abordaje y una clara aceptación entre los historiadores, sino de manera más bien hasta ahora excepcional. En general, la historiografía que toma al cine como asunto central, si bien mantiene siempre su inclinación a ocuparse del inventario, la descripción y la clasificación

por obras, géneros, autores y nacionalidades, avanza poco a poco desde la simple consideración de su temática hasta la convicción de que los eventos históricos llevados a la cinematografía deben ser vistos como la expresión de las diversas formas cómo una sociedad mira e interpreta su pasado, por lo que se comienza a poner atención a las maneras cómo el cine se relaciona con diversos públicos y con otras manifestaciones artísticas e instituciones sociales. En este caso, en perspectiva histórica.

Han sido los norteamericanos Robert Allen y Douglas Gomery, autores de *Film History. Theory and Practice* (1985), quienes propusieron la que se ha denominado la *New Film History*, que consiste en hacer una historia del cine modificando los enfoques tradicionales. En primer lugar, considerando que debe verse al cine como una institución inscrita en las estructuras generales de la sociedad. En segundo término, estudiar a esta industria cultural en sus relaciones con otras instituciones —económicas, políticas, sociales, etcétera—, además de abordarla como parte de las distracciones populares. Por lo que en consecuencia, las fuentes para una historia del cine no deberían ser únicamente los productos fílmicos (Lagny 1997: 125-126). Hay que anotar que, por cierto, es bastante discutible colocar al cine en el ámbito exclusivo de las distracciones y la cultura popular, en tanto que los distintos géneros cinematográficos naturalmente son consumidos también por las elites e incluso se advierte que, en materia de la producción de las películas, el llamado «cine independiente» se manifiesta como un fenómeno cultural y una propuesta intelectual alternativa a la tradicional industria cinematográfica, la cual realiza producciones destinadas a una gran difusión y «consumo mercantil».

También se ha venido cultivando una historia del medio ambiente o historia ecológica. En efecto, el historiador alemán Karl Wittfogel, años antes de emigrar a Estados Unidos, había publicado en 1929 el artículo «Geopolitics, Geographical Materialism, and Marxism», trabajo en el que enfatizaba la importancia de los factores naturales en la modelación del modo de producción de una sociedad, bajo la consideración de que debajo de todas las estructuras sociales subyace la relación entre los hombres y la naturaleza. En 1931 apareció su libro *Economía y sociedad en China* que resultó polémico desde la perspectiva del movimiento comunista al cual pertenecía, lo que significó su apartamiento del mismo y la oposición que posteriormente librara Wittfogel en su contra. Más adelante, en 1957, publicó *Oriental Despotism: A Study in Total Power*¹⁹, obra en la que presentó de manera más elaborada una respuesta desde el marxismo a su preocupación inicial acerca

¹⁹ Traducida al español en 1966 con el título *Despotismo Oriental. Estudio comparativo del poder totalitario*.

de cómo se produce el proceso a través del cual la interacción de una sociedad con la naturaleza conduce a su propia reestructuración. En este libro el autor identificó en algunas civilizaciones y pueblos antiguos enclavados en entornos geográficos de aridez total, semiáridos y húmedos, el establecimiento de sistemas de poder despótico, que si bien revitalizaron el potencial geográfico de sus respectivos territorios, para efectos de irrigación y comunicación, sometieron a sus poblaciones a una situación de servilismo. Se puede inferir del análisis de Wittfogel que la «ideología del poder» en las sociedades hidráulicas monocéntricas aparece como el resultado de una eficaz irradiación psíquica de los centros de poder al agregado social, y de este a sus componentes a través de diversos mecanismos que provocaron su la sumisión. Hay que destacar que su propuesta conocida como «hipótesis hidráulica» fue elaborada en base a la consulta de una abundante documentación y revisando análisis que anteriormente se habían referido de alguna manera al asunto. Destacan no solo la temática seleccionada sino también su método. Asumió una de las dos fórmulas contempladas por Engels para explicar la formación de los estados; la que considera que la formación estatal está ligada a la extensión del poder político de la clase dirigente que conduce al despotismo estatal y consideró también el pensamiento de Marx sobre la organización de los trabajos hidráulicos de envergadura.

De esta manera, para Wittfogel un Estado hidráulico es aquel que está condicionado, en cuanto a su origen y permanencia, por los trabajos hidráulicos y en cuyo desenvolvimiento se produce un control y orientación del trabajo colectivo forzoso hacia la hidráulica y la agricultura. El Estado dirige la organización social y regula el trabajo forzoso.

[...] desde una base comparativa respecto de los sistemas de poder otrora imperantes en Grecia, Roma, Europa Medieval e Industrial, demuestra finalmente, tal como lo inteligieron algunos de los economistas clásicos, que el Despotismo Oriental fue a todas luces más duro que su contraparte occidental, como también que el régimen de la ex Unión Soviética, con diferencias de fondo y forma, fue una continuación de la variante administrativa totalitaria y dura del poder total de Antiguo Oriente, India, China, Egipto y Mesopotamia, lugares en donde, al igual que en la desaparecida URSS, el Estado llegó a absorber a la sociedad (Harris 1999: 375).

Así las cosas, en 1972 la *Pacific Historical Review* dedicó su número XLI al tema de la historia relacionada al medio ambiente y tres años después se formó la American Society for Environmental History, con el propósito de promover los estudios correspondientes a esa nueva área temática. Pero lo cierto es que se ha considerado a los norteamericanos James Malin y Walter P. Webb como los que, en fecha temprana, encaminaron ese tipo de estudios. El primero, un darwinista

social, publicó en 1954 *On the Nature of History. Essays about History and Dissidence* y el segundo, un determinista mecanicista, fue el autor de un interesante artículo publicado en 1960 bajo el título de «Geographical Historical Concepts in American History». Malin introdujo parte de la teoría ecológica vigente en las décadas de 1930 y 1940 al estudio de los pastizales americanos y Webb se ocupó de cómo la cultura en sus aspectos materiales cambia para enfrentar las condiciones impuestas por la naturaleza (Worster 2006: 53 y ss.).

W. Cronon escribió *Changes in the Land*, obra publicada en Nueva York en 1983, en la que considerando una relación dinámica entre ecología e historia realizó un estudio que se concentró en los efectos del arribo de los europeos sobre las comunidades, los animales y las plantas de la región materia de su trabajo, dando cuenta de la desaparición de especies nativas pero también del incremento de los rebaños de animales en la Nueva Inglaterra colonial. En una escala mucho más amplia, Alfred W. Crosby en *Ecological Imperialism*, trabajo editado en 1986, discutió el fenómeno que denominó «expansión biológica europea» entre el 900 y 1900, buscando esclarecer las condiciones que permitieron su asentamiento desde Nueva Inglaterra a Nueva Zelandia (Burke 1998: 9).

Vale la pena señalar que las historias del medio ambiente, la geohistoria y la historia ecológica todavía requieren una mejor especificación de sus alcances, más que en el orden de lo temático, en lo interpretativo. No en vano Le Goff mostraba su escepticismo al comentar que si bien ya se ha desarrollado una «historia del clima», la misma solo presenta cierto interés para la historia en la medida en que esclarece ciertos fenómenos de la historia de las sociedades humanas —modificación de las culturas, del hábitat, etcétera—, y que si se piensa en una historia de la naturaleza ella deberá valorar el carácter cultural y, por consiguiente histórico, de la propia noción de naturaleza (Le Goff 1991: 17).

Pero yendo del entorno humano a la subjetividad de los individuos y la psicología de los grupos, debemos mencionar a la llamada Psicohistoria, una historiografía cuyo tópico central es la conducta individual humana. Como su nombre lo indica, resulta de la amalgama de la teoría psicoanalítica con la historia debido a que la mayoría de los cultivadores de este género historiográfico han sido oriundos o residentes en Estados Unidos, lugar donde el psicoanálisis tuvo de manera consistente una gran penetración. Sus cultores han tratado de introducir la visión de Freud en la práctica histórica partiendo del trabajo del psicoanalista Erik Erikson, autor de *El joven Lutero* (1958), un estudio que identificaba los problemas del reformador en su época juvenil. Uno de los argumentos que orientaron los trabajos de la psicohistoria fue que el estudio del rol de lo irracional o inconsciente de la conducta humana puede permitir la elaboración de una mejor historiografía. Además de Erikson deben mencionarse a David H. Donald, autor

de *Charles Sumner y el inicio de la Guerra Civil* (1960); Fawn M. Brodie, autor de *Richard Nixon: el Shaping de su carácter* (1981); y Peter Gay, quien escribió *Freud para historiadores* (1985).

Respecto a la metodología empleada se ha dicho que «[...] cuando un historiador, apoyado por el psicoanálisis, atribuye un tal deseo a su personaje, un movimiento de su humor, tendrá que buscar el inconsciente colectivo en el tiempo y el espacio a partir de la literatura, el arte, la iconografía y todas las fuentes posibles» (Berenzon 2000: 255). En el aspecto metodológico, los aportes ofrecidos por el psicoanálisis a la historia serían los siguientes:

- Un aparato conceptual y herramientas para la interpretación de los testimonios en lo que ellos revelan del inconsciente;
- La ampliación de la interpretación de la lógica del mito, el rito, de la creencia y la ceremonia que facilitará el estudio de sus aspectos desconocidos; y,
- Proporcionará un abanico de ritmos, relaciones entre sujetos, situaciones, grupos y las interrelaciones del sujeto con el «otro» al abordar el imaginario como un tejido de lo simbólico y lo real.

De lo que se concluye que las ventajas que se han señalado para el uso de la perspectiva psicoanalítica en la historiografía y, por ende, la importancia de este género serían las siguientes: el psicoanálisis puede intervenir en el campo de la historia como un elemento explicativo que aporta una interpretación de los componentes subjetivos que participan en la trama histórica, en grupos o individuos que realizan una acción, un comportamiento, un sentir, un pensar. El interés para un historiador en el psicoanálisis radica en las conjeturas que puede ofrecerle respecto de los deseos y resortes subjetivos que subyacen en los hombres del pasado que estudia. El psicoanálisis puede servir para interrogar tanto al historiador como a su objeto acerca de los contenidos latentes que se encuentran debajo de la mirada del investigador y del material que interpreta. Quienes abogan a favor de la psicohistoria afirman que no se trata de hacer un psicoanálisis a ultranza de personajes muertos, sino de afinar la interpretación de los datos históricos: es decir de su discurso (Berenzon 2000: 255 y ss.).

Pero la crítica a la psicohistoria se ha centrado en el hecho de que reduce las complejidades de un adulto —o un conflicto entre adultos— a las relaciones de un infante con sus padres, aunque pueden mencionarse otros argumentos en contra, los que de alguna manera se resumen en el texto de Jacques Barzun: *Clío entre los doctores: Psicohistoria, Cuantohistoria e Historia* (1974). Así, se ha dicho que para conseguir buenos resultados con el empleo de esta fusión se requiere competencia en dos disciplinas bastante diferentes y muy demandantes a la vez.

También se ha denunciado que el método de este género tiende a reducir la historia a biografías individuales con el riesgo de que se regrese a esa historiografía ya superada que se concentraba en los grandes personajes y, finalmente, se destaca la gran dificultad para realizar algún grado de verificación junto con el peligro de proyectarse en demasía en el intento de ingresar a la mente de los actores de los hechos históricos (Burke 1998: 16-17 y Gilderhus 2000: 121-122). Lo cierto es que el enfoque psichistórico no es identificable con esfuerzos anteriores por penetrar en la psicología de los actores de la historia ni en las motivaciones más profundas de los grupos en el pasado. Asimismo, es fácil advertir cómo esta tendencia perdió vigencia bastante pronto, pese a que en su momento se consideró que era la forma más adecuada para penetrar los aspectos menos tangibles del pasado, como por ejemplo, el imaginario.

La historia oral está focalizada en la subjetividad y la memoria, se ocupa de los recuerdos, de la asimilación personal de las experiencias vividas, del comportamiento individual y de sus explicaciones, de la responsabilidad personal en los procesos históricos y de su interpretación, lo mismo que de las construcciones y las biografías en la historia. Hay que anotar que ha sido considerada como una suerte de «ciencia empírica» dentro de la historiografía, ya que supone el contacto directo del historiador con sus informantes. La historia oral tiene como premisa la certeza de que la subjetividad forma parte de la historia, tal como los «hechos» más visibles forman parte de ella.

La historia oral permitió la irrupción de la experiencia «en bruto». Fortificó una historia de grupos humanos que no eran tomados en cuenta por la tradición escrita, confinados a sus recuerdos, en desacuerdo con una visión demasiado lineal y oficial del curso del tiempo, a menudo residuales. Fue criticada porque parecía reducir sus fuentes solo a los testimonios orales, pero se reconoce que su riqueza estriba en un cambio de perspectiva al hacer de la subjetividad y de las experiencias de los individuos el objeto primordial de la historiografía y supone la aplicación e incluso la composición de distintos enfoques metodológicos (Burke 1998: 7).

En sentido amplio, la historia oral puede ser entendida como la «historia de las experiencias» (Burke 1998: 15; Vattimo 1993: 58), debido a que el uso privilegiado que la historia oral hace de los testimonios personales determina ese carácter subjetivo que remite a recuerdos, símbolos y representaciones individuales o de grupo acerca de los hechos, puesto que las fuentes orales hablan no únicamente de lo que la gente hizo, sino de lo que quisieron hacer, de lo que creyeron que estaban haciendo, de lo que ahora creen que hicieron (Portelli 1984: 24).

Sin embargo, esto requiere sofisticados procedimientos para seleccionar a los informantes, recoger los testimonios, decodificar sus discursos, comparar las

versiones, etcétera, y aun así el resultado no parece mucho más consistente que el obtenido de otras fuentes. En todo caso, la virtud de la información oral estribaría en que nos permite escuchar versiones y perspectivas nuevas, alternativas o diversas justamente porque provienen de personas directamente implicadas con los sucesos de un pasado inmediato que nos interesa escudriñar. Entonces, más que hablar de una historia oral deberíamos referirnos al empleo de la memoria y a las narraciones de experiencias vividas o conocidas directamente por transmisión oral como fuentes privilegiadas para este tipo de historiografía desde abajo. Cuando se habla de la utilidad de la historia oral se apela a especificar los beneficios del uso de la memoria y de los discursos orales como fuentes, pues se afirma que permiten avanzar en la comprensión de lo estudiado, matizando o contradiciendo muchas de las informaciones ofrecidas por las fuentes escritas, amén de facilitar el estudio de lo cotidiano, suplir a la documentación escrita cuando no es posible contar con ella por su destrucción o desaparición, permitiendo hacer historia local o retomar las tradiciones (Corcuera 2000: 314-315).

La historia oral busca generalmente enfocar, a través de los testimonios que dan cuenta de experiencias personales, temas históricos de interés general. Es decir, asuntos que muestran una evidente importancia contemporánea porque afectaron a grupos o a la sociedad en su conjunto, como en el caso del Holocausto, por citar un ejemplo. La diferencia de las ahora llamadas historias de vida que no pasan, en muchos casos, de ser hojas de vida ampliadas.

Por lo tanto, la primera cosa que hace diferente a la historia oral es que nos dice menos de acontecimientos en sí mismos que de sus significados. Esto no implica que la historia oral no contiene intereses fácticos; frecuentemente las entrevistas revelan eventos desconocidos o aspectos desconocidos de eventos conocidos [...] (Portelli 1984: 24).

La historia de la familia fue inicialmente desarrollada empleando el método de «reconstrucción de familias» surgido en Francia en la década del cincuenta, pero este tema fue también trabajado por investigadores de Cambridge hacia 1970. Las obras de Philippe Aries y Lawrence Stone dieron carta de ciudadanía a esta historiografía gracias también al soporte proporcionado por la antropología social, cuando la historia coincidió con aquella disciplina en el interés por lo local y por las unidades familiares (García González 1995: 330). Esto quiere decir que más allá de la historia social, entendida globalmente, la historia de la familia busca un acercamiento que permita una visión más detallada de dicha unidad social en el pasado.

De otro lado, hay que llamar la atención acerca de que esta historiografía revela un interés por trabajar más empíricamente su asunto, por encima de las

grandes categorías o presupuestos teóricos de la historia social y económica, formando así parte de la gran tendencia del último tercio del siglo XX que algunos han llamado «el retorno del sujeto», que acompaña además a cierta recuperación del narrativismo dentro de la disciplina histórica.

[...] asistimos a una revalorización de lo subjetivo, a una atención creciente a la fragmentariedad y a la discontinuidad en detrimento de la totalidad y a una primacía de la variación y la contingencia frente a la determinación estructural. En cuanto a la teoría del conocimiento, se ha emprendido la revisión del concepto de verdad y del referente real como criterio de científicidad y se ha dado paso al protagonismo epistemológico del lenguaje y de la retórica narrativa; al mismo tiempo, la explicación analítica ha perdido terreno frente a la comprensión descriptiva. En esto consiste, me parece, en apretada síntesis, lo esencial de la concepción posmoderna de la historia (Cabrera 1995: 210).

En esta misma línea puede considerarse el empleo de la prosopografía como método de trabajo en la historiografía contemporánea, concebida como una manera de sumergirse en el estudio de la enorme diversidad de la base social misma, «es decir, el valor de la historia desde la multitud de los sujetos, vale decir, la búsqueda de protagonistas con variadas formas de vida cotidiana» (Navarro *et al.* 1995: 189).

En cuanto a la historia de la corporalidad puede decirse que tiene su inicio en la repercusión que nuevamente, gracias al interés de la antropología histórica, alcanzó recién en la década de 1970 la obra del historiador alemán Norbert Elias, quien en 1939 había ofrecido una hipótesis acerca de la evolución de las relaciones con el cuerpo en la civilización europea en su libro *Über den Prozess der Zivilisation: sociogenetische und psychogenetische Untersuchungen*.

Una historia de la corporalidad ha sido trabajada en nuestros días a partir de la consideración de que el cuerpo ha sido experimentado y expresado dentro de sistemas culturales particulares, tanto públicos como privados, los cuales han cambiado a lo largo del tiempo. Por esa razón, la historia del cuerpo está más bien incorporada a la historia de las percepciones de la corporalidad y, en ese sentido, se podría argumentar que la historia del cuerpo formaría parte de la historia de las ideas o de las mentalidades (Le Goff 1991: 129; Porter 1998: 208).

Debemos indicar que dentro de las críticas formuladas al postmodernismo, particularmente en el campo de la historiografía, se ha dicho: «De hablar materialmente de la cultura se pasó a hablar culturalmente de la materia, no menos que sobre nuestra parte más material, el cuerpo. Es irónico, desde esta perspectiva, que el posmodernismo al mismo tiempo desconfíe del cuerpo como material y sea devoto de la especificidad» (Eagleton 1997: 81).

Pero lo cierto es que, a mediados del siglo XVIII, Laurence Sterne logró modificar algo esta visión al decir que los hombres estaban «cubiertos por sus cuerpos» (Sterne 1984), fórmula que, sin embargo, conserva el dualismo y establece que el cuerpo es algo secundario y más bien accidental. Por lo tanto, si bien Sterne no dice que los hombres son sus cuerpos, su planteamiento se colocaba casi en el umbral de la transgresión de la tradicional jerarquización que privilegiaba al espíritu sobre el cuerpo.

La desmitificación de esa visión todavía ocurre, lo que es más fácil advertir en la última generación. El contexto está dado por la revolución sexual, la general permisividad, el capitalismo consumista, las críticas provenientes de la contracultura de los años sesenta y el feminismo de la década siguiente. La revolución cultural ha reorientado la atención de los investigadores de los temas o subespecialidades idealistas, como la historia de las ideas, a la exploración de la «cultura material» una de cuyas ramas es la historia del cuerpo.

Gracias a su materialismo intrínseco el marxismo proveyó a esta historiografía una substanciosa matriz y trabajos que siguieron esa tradición, como la obra de Mijail Bajtin *Rabelais and his World*, que ofrecieron un modelo influyente para ver al cuerpo como un foco de resistencia popular y criticismo frente al pensamiento oficial. La Escuela de los *Annales*, con el propósito de construir una historia total, se orientó a investigar en toda su dimensión en el interior de la vida material relacionada con el ciclo vital humano. La antropología cultural, tanto en lo teórico como en lo práctico, brindó a los historiadores el lenguaje para discutir el pensamiento simbólico acerca del cuerpo, en particular contextualizándolo dentro de los sistemas de intercambio social. De manera similar, la sociología y la sociología médica, sobre todo, han dado aliento a los historiadores para tratar al cuerpo como la intersección entre individuo y sociedad (Porter 1998: 206-208).

Roy Porter, en tanto profesor de historia social de la medicina, se ocupó del cuerpo y la corporalidad y de la historia de la ciencia. Escribió *The Making of Geology* (1977), uno de sus libros más conocidos; *A Social History of Madness (Historia social de la locura)*, que data de 1987; uno de sus últimos libros fue *Gout: the Patrician Malady (Gota: la dolencia patricia)*; *Enlightenment: Britain and the Creation of the Modern World*.

La historia del cuerpo abarca, entre otras, la historia del vestuario, de los gestos, la risa, etcétera. Le Goff estuvo entre los primeros en realizar este tipo de historiografía a través de trabajos como «Les gestes de St. Louis» en *Mélanges Jacques Stiennon* (1982) y «Gestures in Purgatory» en su libro *The Medieval Imagination*. Peter Burke ha defendido a esta historiografía argumentando que aun cuando los gestos se consideren triviales hay que recordar que lo trivial a

menudo aporta claves sobre lo que es más importante y que en suma, los historiadores lo mismo que los antropólogos y los psicólogos pueden estudiar los gestos como un subsistema dentro del más amplio sistema de comunicación que se denomina «cultura» (Burke 2000: 89). En cuanto a una historia de la risa y de las bromas habría que citar a Keith Thomas, quien trató el asunto de la risa en Inglaterra a comienzos de la etapa moderna en «The Place of Laughter in Tudor and Stuart England», un artículo publicado a principios de 1977 en *Times Literary Supplement* y también a Robert Darnton con su conocido trabajo *La gran matanza de los gatos*.

También se ha venido haciendo una historia de la ciencia, cuyo nacimiento debe vincularse a la aparición de la revista *Isis* en 1913 y a la fundación de la International Society for the History of Science en 1929. Desde entonces, el desarrollo fue continuado, constituyendo un campo de interés propio que ofrecía numerosas oportunidades. Destaca George Sarton, fundador de la mencionada revista y autor de numerosas obras dedicadas a la historia de la ciencia, entre las que podemos mencionar *Introduction to the History of Science* en tres volúmenes aparecidos a partir de 1927. En ellos se ocupó del desarrollo científico tanto en Oriente como en Occidente, utilizando hábilmente las aproximaciones biográficas para componer una historia de la ciencia en términos de su continuidad a partir de las experiencias y conocimientos mágicos antiguos. Lector de Comte y Henri Poincaré, Sarton pensaba que la base científica de la filosofía debería buscarse en la historia de la ciencia. También escribió: *The History Science and the problems of today* (1936); *An History of Science: Ancient Science through the Golden Age of Greece* (1952); *The Appreciation of Ancient and Medieval Science during the Renaissance (1450-1600)* (publicada en 1953); y, por último, *History of Science* (1959), entre otros trabajos.

A partir de 1962 la obra de Peter Khun puso de manifiesto la necesidad de estudiar a los procesos científicos considerando todo tipo de factores, incluyendo aquellos de carácter histórico. Sin embargo, fue el biólogo François Jacob, quien al proponer una historia de la ciencia pensando en su disciplina, ofreció criterios válidos para hacerla en términos más generales. Escribió en 1970 *La logique du vivant. Une histoire de l'hérédité* tomando en cuenta las condiciones —materiales, sociales, mentales— de su producción que permitiera individualizar en toda su complejidad las etapas del saber. Su trabajo fue en cierta forma una contribución a la historia cultural, pues supuso investigar cómo los objetos de una ciencia se han vuelto accesibles al análisis y cómo se abrieron nuevos campos de investigación. Se propuso precisar la naturaleza de esos objetos, la actitud de quienes los estudian, su modo de observarlos y los obstáculos que la tradición cultural opone al investigador (Le Goff 1991: 130-131).

Historiadoras de la ciencia son Martha Ornstein (1878-1915), quien en 1913 publicó *Rôle of Scientific Societies in the Seventeenth Century* y una segunda edición corregida en 1928. En ese trabajo se ocupó de las más importantes sociedades científicas italianas e inglesas, lo mismo que de las principales revistas de ciencias a lo largo del tiempo pero, en realidad, su trabajo es un estudio acerca del desarrollo general de los conocimientos y los métodos científicos del siglo XVII, a la vez que una descripción del nacimiento de la ciencia moderna. También se puede mencionar a Marie Boas, autora de *The Scientific Renaissance* (1962).

10.1.2. La historia cuantitativa y la cliometría. La nueva historia económica

Aunque hemos hablado algo acerca de la historia cuantitativa en párrafos anteriores, parece interesante añadir algunas ideas más sobre este género, el cual le debe mucho a la primera generación de la corriente de los *Annales* para su desarrollo, entre los años 1933 y 1945, pero que aproximadamente quince años más tarde volvió a cobrar importancia con nuevos cultores debido al peso que por ese entonces adquirieron los primeros trabajos de Labrousse como *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle* y *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancient Régime et au début de la Revolution*. Sin embargo, se suele sostener que la historia cuantitativa tuvo sus antecedentes más directos en las obras de Took, Rogers y d'Avenel, en las que se estudiaron los precios en Inglaterra y Francia. Se trata de una historiografía tributaria del pensamiento de Simiand.

En 1960 Pierre Goubert planteó en *Beauvais et le Beauvaisis au XVIIIe siècle* la idea de que era necesario aplicar el método cuantitativo a los registros parroquiales y no solo a los precios, aportando con ello una novedosa visión para el estudio de la familia popular del Antiguo Régimen. También se abordó las tendencias del comercio, como lo hizo Pierre Chaunu, quien reconstruyó el movimiento de la navegación española en el Atlántico para el periodo 1500-1650 y en el Pacífico, a la vez que marcaba los límites del auge del siglo XVI y de la crisis del XVII dentro del área de influencia ibérica (Cardoso y Pérez 1976: 75-78).

Por entonces se hablaba ya de una nueva historia económica que Wright definía como un corpus bibliográfico, que hace uso exhaustivo de la cuantificación, la teoría económica y los instrumentos estadísticos y que aparentemente tuvo sus orígenes durante la década iniciada en 1940, cuando se dieron a conocer las reflexiones e investigaciones de filósofos de la ciencia como Carl Gustav Hempel, historiadores como Rostow y Gerschenkron y economistas con intereses históricos como Simon Kuznets, con vistas a un programa de unificación de disciplinas hasta entonces separadas. Puede decirse también que habría sido la idea neopositivista

de unificación de la ciencia la que sugirió el empleo de criterios de investigación y validación que nunca habían entrado en el campo de la historiografía.

Hay que recordar, por un lado, que la historia económica y social fue la columna vertebral de los *Annales* desde su fundación hasta 1971 y de otro, que se debe distinguir tres tipos de historia económica: aquella que se constituye a partir de un cúmulo de información acerca de precios, comercio, moneda, salarios, etcétera, para alcanzar conclusiones sintéticas, a la manera de un Labrousse. Una historia económica que expresa la apertura a la gran historia o historia total propugnada, por ejemplo, por Braudel y la historia económica a la manera de la *nouvelle histoire*, que acusó a la historia económica de imperialismo y quiso introducir cambios al introducir ideas como las siguientes: el estudio de la coyuntura en un periodo dado no implicaba solo basarse en ciertos signos —los precios—, sino comparar entre sí las tendencias de diversas variables —población, producción, precios, salarios— y construir, a partir de ello, un modelo dinámico. Por eso, en el marco de las investigaciones realizadas en la Sexta Sección, la historia cuantitativa rebasó los marcos de la vida material y se proyectó más a una historia social (Banccini y Gianetti 1997: 13 y 47; Romano 1997: 113-114 y Le Roy Ladurie 1976: 79 y ss.).

De todas formas, las fuentes principales para esta historiografía son de varios tipos, es decir, las organizadas expresa y originalmente de manera numérica y aquellas que son susceptibles de tal organización, aunque ese no haya sido su formato original. Para este tipo de historiografía lo valioso es el dato de naturaleza repetitiva. El resultado es una construcción científica estructurada sobre una teoría, un problema, hipótesis y demostraciones rigurosas y no la «resurrección del pasado» (Crespo 1992:109-110). Ciertamente, hasta finales del cincuenta la historia cuantitativa se desarrolló en función de necesidades de la reflexión metodológica en general y de la investigación aplicada.

Si tomamos en consideración estos aspectos tendremos una idea acerca de la diferencia entre historia económica e historia cuantitativa. El empleo de cuadros matemáticos llevó a quienes integraban la llamada Escuela Norteamericana de Econometría a intentar acercarse a una teoría general del comportamiento humano racional y ello ejerció influencia en la historia económica, ya que la econometría fue muy apreciada por varios autores que han sido clasificados como representantes de la *New Economic History*. Surge entonces la Cliometría, como una suerte de variante dentro de la llamada historia cuantitativa, jugando un papel importante en esa trayectoria los trabajos de Gavin Wright, P. R. Sutch y D. McCloskey, a quienes se les criticó que su método apuntaba a crear cuidadosamente un mundo histórico irreal, en cuanto estaba basado en «conjeturas controladas» (Basadre 1973: 16).

La Cliometría puede definirse como la aplicación de la teoría económica y de la econometría a problemas económicos del pasado en interés de la historia, ya que dichas teorías constituyen una guía para explicar los sucesos económicos del pasado. Esta tendencia se orientó a construir modelos cuya validez se prueba mediante fórmulas matemáticas y algebraicas refinadas aplicadas a ingente cantidad de datos procesados electrónicamente. Su campo específico es la historia económica, pero también sus cultores han incursionado en la historia política, como por ejemplo los comportamientos electorales. Se pueden distinguir dos variantes: la cliometría tradicional, para la cual el historiador tiene que explicar y para explicar tiene que usar leyes generales, tomando en cuenta además que para la historia económica las leyes generales proceden de la teoría económica. En el caso de la segunda variante, es decir, de la Cliometría narrativa, se parte por el contrario, no de la teoría sino de los acontecimientos históricos. En ambos casos las huellas que interesan son las series históricas, es decir, datos observados referentes a ciertos fenómenos. Pero el dato es entendido como la realización de un proceso casual generador de datos que es sumamente complejo y por eso solo se limita a dejar huellas medibles que son las series históricas.

El desarrollo de la historia cuantitativa muestra que se hizo evidente que más allá del estudio de los intercambios comerciales era necesario llegar hasta a los fundamentos, es decir, a la producción misma y también que el estudio de la coyuntura en un periodo no implicaba solo basarse en ciertos signos —los precios—, sino comparar entre sí las tendencias de diversas variables —población, producción, precios, salarios— y construir a partir de ello un modelo dinámico (Banccini y Gianetti 1997: 51; Cardoso y Pérez B. 1976: 78 y ss.).

Llegados a este punto tomemos en cuenta que de la combinación del antiguo interés en Francia por la geografía y la demografía históricas, al que se suma la metodología de la cuantificación, surgió una historiografía basada en la noción de que la variable fundamental en la historia son los cambios en el equilibrio ecológico —entre el suministro de alimentos y la población—, equilibrio que deberá determinarse a través de análisis cuantitativos a largo plazo sobre la productividad agrícola, cambios demográficos y precios de los alimentos. Además, se desarrolló una clasificación jerárquica por posición e importancia que contemplaba a los hechos económicos y demográficos, la estructura social y los acontecimientos intelectuales, religiosos, etcétera.

Gavin Wright perteneció a la llamada «ola neopositivista» de la década del setenta, que se dice revolucionó a la historia económica partiendo metodológicamente de un criterio unificador y acuñó el concepto de convergencia tecnológica. En 1977 publicó «Increasing Returns and the Genesis of American Resource

Abundance». Allí manifestó que los sectores asociados a la explotación de recursos naturales han sido siempre capaces de desarrollar tecnología y han sido portadores de conocimiento tecnológico a lo largo del tiempo. Ha llamado la atención, sin embargo, el ensayo que publicó junto a Richard R. Nelson en 1992, «The Rise and Fall of American Technological Leadership: the Postwar Era in Historical Perspective». Pese al título, este trabajo tiene un propósito más bien coyuntural, pues apunta a dar consistencia, mediante el empleo de una perspectiva histórica, a las medidas orientadas al incremento de la competitividad empresarial para el desarrollo económico unidas a la apertura y políticas nacionales de inversión en educación ciencia y tecnología.

Peter D. McClelland se planteó, por esa misma época, la cuestión de la contextualización de los modelos y la localización de su ámbito de validez en la reflexión historiográfica. Como tantos otros historiadores fue cauteloso frente al neopositivismo de la llamada «nueva historia económica» a causa de la aplicación sin restricciones de las leyes económicas al material histórico. Fue así como P. McClelland respondió volviendo otra vez la mirada hacia el «método unificador» y señalando que el historiador debe aventurar hipótesis, construir modelos y verificar la adopción de los mismos. Trató de hacer una nueva sistematización metodológica de la teoría de la explicación causal y de la utilización de los modelos no solo en el campo de la historia económica, sino también en el de la historia general y la economía. Al tratar de fundir metodología y análisis empírico en la evolución de los instrumentos y resultados obtenidos por la «Nueva historia económica» sostuvo:

- Reconocimiento del carácter incompleto —finito— del conocimiento que hace posible las explicaciones de tipo deductivo. Por lo tanto, sugiere que las ciencias sociales tienen que contentarse con explicaciones inductivo-probabilísticas.
- Mantenimiento de la noción de unidad del método en las explicaciones causales de todas las disciplinas.
- Formulación de un modelo psicológico conductivista con el que se puedan incorporar a los modelos los comportamientos de los sujetos.

Por el contrario, D. McCloskey propuso la que puede denominarse una «retórica de la Cliometría», señalando que todas las aportaciones tienen igual derecho a estar presentes en la «conversación» de los historiadores económicos, siendo el consenso entre los especialistas el criterio de validación (Bancchini y Gianetti 1997: 3 y ss.).

Pese a que pareció que tuvo un sólido respaldo por quienes buscaban sustentar sus análisis en un abundante material que podría servir, sobre todo, para un análisis estadístico, las observaciones que se formularon a la historia cuantitativa y sus variantes pueden sintetizarse en lo siguiente: los historiadores cuantitativos, que basan su trabajo en el empleo de cantidad considerable de información, no están en condiciones de registrar la totalidad de los datos no elaborados en los que se basa su análisis, como tampoco les es posible proporcionar otra cosa que no sea un informe sucinto sobre el material primario que han manejado, salvo proporcionar descripciones concisas acerca de las fuentes y los métodos en un artículo o apéndice —que por lo general puede ser muy extenso y aburrido—, las ambigüedades y matices de los datos no elaborados suelen quedar ocultos u obviados, ya que fueron objeto de una condensación simplificada (Stone 1989: 48 y ss.).

Pero más allá de las especificaciones metodológicas que permiten rotular a la historiografía que toma como asunto central a la economía, debe decirse que también ha aparecido otra nueva historia económica, para la cual el estudio de las estructuras económicas —de producción, de distribución, de relación— constituye ya no un fin sino más bien un presupuesto para la observación de los aspectos económicos de las estructuras sociales, políticas, religiosas, jurídicas y culturales, modificando de esta manera la perspectiva de la anterior historia económica, marxista y no marxista, que creía en la preponderancia de la estructura económica (Romano 1999: 18).

10.1.3. La historia contrafáctica o imaginada

Llamada también historia virtual, puede decirse que esta tendencia nació tras el fin de la Segunda Guerra Mundial²⁰. De manera equivocada se considera como antecedente el hecho de que E. H. Carr en su libro *What is History?*, editado en 1961 y que fuera la recopilación de una serie de conferencias pronunciadas en la Universidad de Cambridge, se refiriera al papel desempeñado por el pronóstico en la historia respondiendo, de esta manera, a la observación acerca del carácter científico de la historia, puesto que de ella no era posible aprender lección alguna y que para Carr el asunto del pronóstico histórico debería encararse distinguiendo entre lo general y lo específico o entre lo universal y lo singular. Además, se tuvo en cuenta que para el autor mencionado la imposibilidad de la historia para prever lo particular no niega que, por el contrario, las inferencias que se puedan hacer

²⁰Entre los apuntes de Marc Bloch de su *Aplología de la Historia* se encontró la referencia al proyecto de otro capítulo titulado «El problema de la previsión». Sin embargo, ello no prueba que el mentor de los *Annales* hubiese suscrito una historia contrafáctica.

desde la historia sirvan para orientar el futuro (Navajas 2000: 339). Sin embargo, considerar que los planteamientos de Carr en realidad postulaban una historia contrafáctica no sería correcto, puesto que no solo el citado autor la criticó, sino que se está confundiendo la idea acerca de la posibilidad de la historia de permitir avisorar horizontes y diseñar escenarios posibles en el futuro, con el hecho de asumir que se puede revisar el pasado especulando sobre la base de un cambio de situaciones o hechos. Es decir, que la famosa pregunta o argumento «si no hubiese sucedido tal [...] entonces lo ocurrido sería [...]» reposa en un criterio tradicional diacrónico y causal bastante estrecho realmente insostenible ahora.

Si bien a mediados del setenta Pierre Chaunu publicó su libro *De l'histoire a la prospective* (1975) denunciando una ignorancia recíproca entre la historia y la prospectiva y añadiendo que era preciso vencer dicho desconocimiento, entendía que la historia no podía pretender constituirse por sí misma en proyección y a *fortiori* en prospectiva. Planteaba en cambio una prospectiva global, de tal índole, que sirviera para rectificar o reducir los proyectos infantiles, prisioneros del tiempo corto. A finales de los setentas, R. Koselleck rescató el planteamiento de Lorenz von Stein, un autor del siglo XIX, quien en 1850 había sostenido que a la historia le era posible predecir el porvenir siempre y cuando no se pretendiera profetizar lo particular. Koselleck aborda el asunto del tiempo histórico haciendo distinciones interesantes dentro de él como para abarcar el horizonte de expectativas. En 1991, Le Goff afirmaba que el pasado es una construcción y una reinterpretación constante, y tiene un futuro que forma parte integrante y significativa de la historia. Indicaba que a la relación esencial presente-pasado hay que añadir el horizonte de futuro, pues una de las funciones de la ciencia histórica es la de introducir, de modo no ideológico y respetando lo impredecible del porvenir, el horizonte de futuro en su reflexión (Le Goff 1991: 28). Por lo tanto, como hemos dicho antes, no puede confundirse esta historia prospectiva con los planteamientos de la llamada historia contrafáctica, virtual o imaginada. La historia contrafáctica es otra cosa, no solo supone imaginar para el pasado escenarios plausibles pero diferentes a los que conocemos diseñados por la historiografía, sino, en el fondo, considerar que la historia se mueve indefectiblemente a través de una línea recta de causalidad.

Al buscarse los posibles antecedentes de la historia contrafactual se le reconoce a Gibbon haber escrito siguiendo esta modalidad, aunque de manera ocasional, como cuando especuló acerca de lo que habría sucedido de no haberse dado la victoria de Carlos Martel el año 733 contra los sarracenos. También estaría el caso de Charles Renouvier en su obra *Ucronía*, publicada en París en 1876, donde decía soñar el pasado mezclando hechos pretéritos con acontecimientos imaginarios. Tenemos, asimismo, el caso del historiador G. M Trevelyan, quien en 1907 publicó su ensayo «Si Napoleón hubiera ganado la batalla de Waterloo».

Cuando en 1932 J. C. Squire sacó a la luz una obra titulada *Si hubiera ocurrido de otro modo. Lapsos en historia imaginaria* estaba apareciendo un conjunto de trabajos de historia contrafactual propiamente dicha. La edición reunía artículos de autores de formación muy diversa, aunque primaban los novelistas y periodistas y, sorprendentemente, Squire reconocía en su estudio introductorio que dado que la historia contrafactual no podía ser contrastada no servía de nada. Otro ejercicio de historia imaginada adquirió la forma de una argumentación de orden cuantitativo y correspondió a R. W. Fogel, puesto que este autor construyó en la década de 1950 un modelo de desarrollo económico de Estados Unidos imaginando la ausencia de los ferrocarriles. Casi treinta años más tarde Snowman publicó un trabajo titulado *Si yo hubiera sido... diez fantasías históricas*.

Hay que significar que a diferencia de Fogel en los trabajos de Squire y Snowman se atribuye consecuencias decisivas a un cambio trivial y único. Dos serán las clases contrafactuales empleadas por los historiadores: una será el producto de la imaginación y carente —por lo general— de base empírica y la otra, la que pone a prueba hipótesis con medios —supuestamente— empíricos, que precinden de la imaginación a favor del cómputo. En el primer caso, su falta de plausibilidad reposa en su tendencia a buscar inspiración en la mirada retrospectiva o a postular explicaciones reductivas. En el segundo, la tendencia a emplear supuestos anacrónicos le quitan la plausibilidad mencionada.

Efectivamente, la plausibilidad en la formulación de las preguntas y respuestas contrafactuales ha sido señalada como requisito para este tipo de historiografía y a ello se refirió Isaiah Berlin en su libro *Historical Inevitability (Inevitabilidad histórica)*, publicado en 1954. Aunque en realidad su trabajo estaba orientado a criticar al determinismo aplicado a la historia, basándose en Namier estableció la distinción entre lo que ocurrió, lo que podría haber ocurrido y lo que no podría haber ocurrido²¹. Entiéndase por plausible o probable solo aquellas alternativas que se pueden demostrar, sobre la base de evidencia contemporánea, que en efecto tomaron en consideración los coetáneos. Por lo tanto, solo se pueden considerar legítimamente aquellos escenarios hipotéticos que los coetáneos no solo contemplaron, sino que también registraron por escrito en papel —o alguna otra forma de documentación—, que se han conservado y han sido clasificados como fuente válida por los historiadores. Además de lo dicho, tomando en cuenta a la teoría del caos y la del cálculo de probabilidades, Ferguson sustenta el análisis contrafactual apelando, en primer lugar, a una necesidad lógica. Es decir, que cuando se consideran cuestiones de causación, intentar imaginar lo que habría ocurrido si nuestra presunta causa no hubiera existido nos obliga a construir pasados

²¹ Para mayor información y ejemplos véase Ferguson (1998).

plausibles alternativos fundándonos en juicios de probabilidad que solo pueden diseñarse sobre la base de la evidencia histórica. En segundo término, considera que se trata de una necesidad cuando queremos entender cómo «fue realmente» el pasado, en el sentido rankeano de la expresión, dado que debemos conceder igual importancia a todas las posibilidades que los coetáneos contemplaron. Su justificación más general se expresa de la siguiente manera: «Dado que las decisiones sobre el futuro están —por lo general— basadas en una ponderación de las consecuencias potenciales de diversos cursos de acción, es sensato comparar los resultados de lo que en efecto hicimos en el pasado con resultados concebibles de lo que podríamos haber hecho» (Ferguson 1998: 81 y ss.).

En cuanto a las críticas que se han formulado a la historia contrafáctica hay que decir que la mayoría han provenido de historiadores como E. H. Carr y de E. P. Thompson y Benedetto Croce, lo mismo que del filósofo Michael Oakeshott. Este último —citado por Ferguson— decía en su libro *Experience and its Modes* (1933) lo siguiente:

Cuando los acontecimientos se tratan de esta manera, dejan de inmediato de ser acontecimientos históricos. El resultado no es solamente un tipo de historia dudosa y de mala calidad, sino una negación total de la historia [...] La distinción [...] entre sucesos esenciales e incidentales no pertenece en modo alguno al pensamiento histórico; es una incursión monstruosa de la ciencia en el mundo de la historia (Ferguson 1998: 17-18).

Como se ha podido advertir, tanto la justificación como las críticas realizadas a la llamada historia virtual, imaginativa o contrafactual tienen su asidero en el modelo de la llamada historia científica tradicional de corte rankeano. Después de lo revisado, así como no resulta para nada convincente esta propuesta, es más bien interesante el hecho de considerarla solo en la perspectiva que de ella se desprende para el proceso de dibujo de escenarios plausibles, como procedimiento para sustentar presupuestos de hipótesis, sobre todo explicativas y, particularmente, en el campo de la historia económica.

10.1.4. La «nueva historia total»

Parece conveniente que en este punto intentemos una suerte de primera recapitulación que nos permita apreciar el panorama general de la historiografía de nuestra época. Lo primero que habría que señalar para realizar el cometido mencionado es que los cambios más recientes en la «nueva historia» —casi devenida ahora también en tradicional— remiten a la noción que bien podríamos señalar con el membrete de «la nueva historia total».

Se estima que las crisis de crecimiento por las que atravesó la historiografía mundial en la década de 1980 provocaron una fragmentación, la pérdida de la necesidad de seguir grandes tendencias, así como el decaimiento de las «escuelas», generándose en suma:

- Individualismo historiográfico;
- Identificación de los historiadores más bien por áreas temáticas o por países (historiografías nacionales) y;
- Tendencia a la mundialización de la historiografía por la intensificación de los contactos internacionales (Barros 1995: 115).

Este panorama puede ser descrito también con exageración y por lo tanto caricaturizar la realidad, como lo hizo Elliot de manera deliberada con el propósito de tener un punto de partida para realizar un análisis que finalmente lo llevó a reconocer que, por el contrario, la historiografía finisecular se caracteriza por el profesionalismo de las nuevas generaciones de historiadores —en cuanto al manejo de técnicas y su control en el empleo de las evidencias—, más allá de lo alcanzado por los llamados maestros del siglo XIX. El citado autor encuentra que en algunos de los trabajos más recientes destaca la «brillantez de la creatividad» para hallar vías de penetración en los mundos privados del género o la familia, por ejemplo (Elliot 1995: 9)²².

Según Stone, en los últimos treinta años del siglo XX se cultivaban tres clases diferentes de historia científica, basadas todas ellas no en nuevos datos, sino en nuevos modelos y nuevos métodos:

- Modelo económico marxista
- Modelo ecológico demográfico francés
- Metodología cliométrica americana

Respecto al primer modelo, indica que en los años treinta la utilización del marxismo desembocó en un determinismo económico social muy simplista que propugnaba, hasta los años cincuenta, una historia científica. Identifica al segundo modelo con el utilizado desde 1945 por la Escuela Francesa de los *Annales* y en cuanto al tercero dice que a partir de la década del sesenta se identifica a los historiadores científicos con los historiadores cliometras americanos, quienes operan con una propia y especial metodología cuantitativa (Lozano 1994: 159-160).

²² Más radical resulta la visión de Juliá (1995: 143), quien dice lo siguiente: «Donde antes existía una concepción de la historia, un paradigma científico que unificaba la investigación y un claro objetivo del trabajo histórico, hoy reina la dispersión de concepciones. El desmigajamiento de temas, la pluralidad de métodos y caminos y la falta de un claro propósito».

De cualquier manera, debe enfatizarse que ha continuado el impacto del marxismo en la historiografía, naturalmente de manera diferente a cómo influyó en los dos primeros tercios del siglo XX. El marxismo ha dejado bien plantado un conjunto de categorías que han devenido en el uso corriente de los historiadores de diverso cuño, incluyendo a los más tradicionalistas y también su reclamo por el empleo de teorías explicativas necesarias para la pesquisa histórica, a pesar de la existencia de un movimiento bastante generalizado de alejamiento o revisión del marxismo entre los intelectuales, especialmente en Francia y en Italia. Se reconoce, indudablemente, que el marxismo ha ejercido una gran influencia en la modernización de la escritura contemporánea de la historia.

La historia marxista no está aislada del resto del pensamiento y de la investigación histórica, dado que por una parte los marxistas ya no rechazan los escritos de historiadores que no pretenden ser marxistas o que se declaran antimarxistas y, de otro lado, el marxismo ha transformado la corriente fundamental de la historia, a tal grado que a menudo resulta imposible decir si un trabajo está escrito por un marxista o no marxista (Hobsbawm 1998: 88-89).

Hacia 1989 es factible observar la valoración de la historiografía surgidas en la década anterior, pero con una dosis de interés político buscando relacionar aquellas perspectivas y propuestas con el panorama político internacional de la época, cuando fenómenos como la disolución de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín resultaban el símbolo de lo que entonces se dio en llamar la «caída de las ideologías», junto con el celebrado surgimiento del neoliberalismo. Otra cuestión digna de mencionar es que existe variedad de géneros históricos y se ha llegado a una revaloración de la narrativa, aunque dichas cuestiones resultan más bien formales detrás de las cuales están presentes cuestiones de fondo de carácter filosófico, hermenéutico, epistemológico y también político.

Podemos afirmar que existe hoy una enorme diversidad de formas de hacer historia en lo que atañe a aspectos tales como la manipulación concreta de la dimensión temporal donde se sitúan los fenómenos estudiados; el manejo específico de las categorías de verdad y objetividad; la utilización de diversas escalas de observación de los hechos investigados; el problema de la relación teórico-metodológica entre acción individual y estructuras sociales; y las técnicas de exposición, con el relato en el centro de la discusión, en suma (Vidal Jiménez 1999-2000: 2).

El entusiasmo que produjo la historia estructural —dice Burke— estuvo a punto de echar por la borda a toda historia de acontecimientos y de manera similar el descubrimiento de la historia social fue asociado algunas veces al desprecio por la historia política. Nuevos campos como los de la historia de la mujer o la historia de la cultura popular fueron tratados muchas veces como si ellos fueran

independientes o estuvieran opuestos a la historia de la cultura o a la historia del hombre; mientras que la microhistoria y la historia de la vida cotidiana fueron reacciones frente al estudio de los grandes acontecimientos sociales, es decir, de una sociedad sin rostro humano.

El autor citado añade que ahora es posible advertir una reacción contra estas reacciones y una búsqueda del centro. Así, por ejemplo, se ha ido incrementando el número de los historiadores que, interesados en la cultura popular, describen y analizan las cambiantes relaciones entre los sectores altos y bajos, la intersección de la cultura popular con aquella de la gente educada. De la misma manera, quienes inicialmente se preocuparon por el asunto de la mujer en la historia o de hacer una historiografía en clave femenina han ido desarrollando, cada vez con mayor fuerza, una historiografía que contempla las relaciones de género en general y la construcción histórica de la masculinidad tanto como de la femineidad. De otro lado, la tradicional oposición entre eventos y estructuras comienza a ser reemplazada por el estudio de sus interrelaciones. Asimismo, varios historiadores están experimentando el uso de formas narrativas de análisis o analíticas formas de narrativa. La oposición establecida entre historia política y no política se está disolviendo para advertir los aspectos sociales en la política y los elementos políticos en la sociedad.

Pero esta nueva historiografía adolecería de varios problemas a saber: en cuanto a la definición se dice que las dificultades han surgido porque los historiadores arrojados dentro de un territorio que no les era familiar investigaban desde perspectivas y conceptos propios y, en el curso de su trabajo, la mayoría de las veces advertían que tales perspectivas y definiciones no se ajustaban al material estudiado. Por ejemplo, la gente común u ordinaria ¿es la que carece de educación o tiene más bien otro tipo de educación, una cultura diferente a la de las elites? En relación a los problemas de origen o fundamento debe decirse que ellos tienen que ver con el nuevo tipo de preguntas que los historiadores se hacen acerca del pasado, lo que los lleva a elegir nuevos objetos de investigación y nuevas fuentes. En cuanto a la problemática de la explicación tenemos, por ejemplo, que los nuevos temas ya no puedan ser analizados de la misma manera que aquellos hechos políticos de la historiografía tradicional, lo que requerirá del empleo de nuevos tipos de abordajes y explicaciones.

También están las dificultades relacionadas con la síntesis, debido a la expansión del ámbito de desenvolvimiento de los historiadores y de su contacto con diversas materias, desde la geografía hasta la teoría literaria. Ellos han marcado la fragmentación dentro de la disciplina y la adopción de nomenclaturas y categorías de otras ciencias.

En las décadas de los años cincuenta y sesenta la historiografía económica y social fue atraída por modelos más o menos deterministas de explicación, clima en el que se dio primacía a los factores económicos, como lo hicieron los marxistas, a la geografía a la manera de Braudel o a los movimientos demográficos y de la población, como en el caso del llamado modelo malthusiano del cambio social (Burke 1998: 9-19).

Hay que destacar que, sin lugar a dudas, en el nuevo panorama no solo historiográfico, sino según la época casi nada resultaba insólito. En esa línea puede mencionarse lo formulado por Francis Fukuyama, quien en 1989, en el artículo «The End of History?», realizó una controversial propuesta interpretativa del curso de la historia sosteniendo la tesis del triunfo universal de la democracia y el sistema económico neoliberal. En *El fin de la Historia y el último hombre*, que apareció en versión en español en 1992, este autor revisa y amplía su idea²³ y explicará de la siguiente manera su propuesta contenida en el ensayo que había suscitado un gran revuelo:

En él argumentaba que un notable consenso respecto a la legitimidad de la democracia liberal como sistema de gobierno había surgido en el mundo, durante los años anteriores, al ir venciendo las ideologías rivales, como la monarquía hereditaria, el fascismo y, más recientemente, el comunismo.

Más que esto, sin embargo, argüía que la democracia liberal podía constituir “el punto final de gobierno”, y que como tal marcaría “el fin de la historia”. Es decir, que mientras las anteriores formas de gobierno se caracterizaron por graves defectos e irracionalidades que condujeron a su posible colapso, la democracia liberal estaba libre de estas contradicciones fundamentales (Fukuyama 1992: 11).

Pese a las aclaraciones hechas, siguieron a esta publicación numerosos comentarios y discusiones en Estados Unidos y luego en Inglaterra, Francia, Italia, la Unión Soviética, Brasil, Sudáfrica, Japón y Corea del Sur, por lo que el autor respondió los cuestionamientos con el artículo «Respuesta a mis críticos», publicado en la misma revista donde apareció el primero²⁴, renovando las explicaciones en el libro de 1992:

Muchos quedaron confundidos, ante todo, por mi utilización de la palabra “historia”. Entendiendo la historia en el sentido convencional de sucesión de acontecimientos, hubo quienes señalaron la caída del muro de Berlín, la represión

²³ El artículo en cuestión se publicó en la revista *The National Interest*, 16, verano de 1989, pp. 3-18 y tuvo su origen en una conferencia pronunciada por el autor en el Centro John Olin para la Investigación de la Teoría y la Práctica de la Democracia de la Universidad de Chicago.

²⁴ Es decir, en *The National Interest*, 18, invierno de 1989-1990, pp. 21-28.

de los comunistas chinos en la Plaza de Tiananmen y la invasión iraquí de Kuwait como pruebas de que la “historia continúa” y consideraron que esto demostraba ipso facto mi equivocación. Pero lo que yo sugería que había llegado a su fin no era la sucesión de acontecimientos, incluso de grandes y graves acontecimientos, sino la “historia”, es decir, la historia entendida —tomando en consideración la experiencia de de todos los pueblos en todos los tiempos— como un proceso único, evolutivo, coherente (Fukuyama 1992: 11-12).

En general, en el libro de 1992 Fukuyama desarrolla y modifica su planteamiento inicial señalando que existirían dos fuerzas que marcan el ritmo de la historia de la humanidad. Una recibe la denominación de «la lógica de la ciencia moderna», mientras que la otra es la llamada «lucha por el reconocimiento». La acción de la primera lleva a los seres humanos hacia un horizonte cada vez más amplio de deseos y la segunda se constituye en el motor mismo de la historia. Dicho de otra manera, el proceso histórico reposa sobre dos columnas: el deseo racional y el reconocimiento racional. Añade que si el último estadio del proceso histórico fuera el de la creación de democracias capitalistas liberales en sociedades socialmente diversas, los deseos de reconocimiento —y dominación— quedarían satisfechos en sociedades estables. Fukuyama cuestiona el supuesto fin de la historia postulando la ampliación permanente de aquel horizonte de expectativas o deseos —«las inmensas guerras del espíritu»—, gracias a la existencia de reservas de idealismo en los hombres, al aburrimiento en medio de la paz y la prosperidad, la búsqueda permanente de la demostración de la propia libertad, el imperio del relativismo y también porque ningún régimen, ningún sistema socioeconómico, puede satisfacer a todos en todas partes.

Para señalar la evolución ideológica de la humanidad toma como referentes planteamientos de Marx, Hegel y Kojève, quien escribió *Introducción a la lectura de Hegel*. Aplicando un criterio etnocentrista occidental, y dando importancia fundamental a los Estados Unidos plantea dos momentos en el desarrollo de la historia universal antes de llegar a la etapa posthistórica, época en la que no habrá arte ni filosofía y los ciudadanos solo se dedicarán a las necesidades de consumo. Esas etapas serían:

- Una historia universal de base científico tecnológica. Entiende que la ciencia que el autor concibe como acumulativa y a la que reconoce un papel orientador provocaría la homogenización de las sociedades humanas, llevando a la creación de un estado centralizado y al fomento de una educación universal.
- Una historia universal que trata de recuperar al hombre integralmente y no solo en su aspecto económico. Fukuyama intenta así recuperar la

interpretación no materialista de la historia de Hegel a través de la noción de la lucha por el reconocimiento (Sanmartín 2000: 200-201)²⁵.

Opina que las condiciones para que un sistema de gobierno pueda ser catalogado como democracia liberal debe poseer una economía de mercado, un gobierno representativo y mantener un estado de derecho, es decir, que impere la ley y el orden. Considera que en países como Estados Unidos y Japón y, en general, los de Europa Occidental, donde se han logrado democracias estables, se advierte la correlación entre el desarrollo económico y la capacidad de sostener sistemas representativos. Cree que los nacionalismos no constituyen un peligro para las democracias liberales, salvo en aquellos casos donde ellas sean imperfectas. Esto supone que el autor está admitiendo que existen democracias que han alcanzado la perfección y otras no.

En su libro *Trust: the social virtues and the creation the prosperity*, cuya versión original es de 1995 y que fuera publicado en español en 1998 bajo el título de *La confianza*, Fukuyama profundiza en el tema de las relaciones entre cultura y economía. Escribía entonces en un contexto diferente a aquel otro en el que concibió su «Fin de la Historia» y entonces vuelve a matizar su propuesta original. Es así como constata una convergencia de las instituciones políticas y económicas y enfatiza que dentro del sistema liberal las mismas dependen de una sociedad civil sana y dinámica, ya que la economía es uno de los campos fundamentales y más dinámicos de la sociabilidad humana. Por estas razones, la lucha por el reconocimiento se había desplazado del campo militar al económico, donde el único objetivo es generar riqueza. Además, cambió también respecto a otras cuestiones, como la aprobación de una cierta intervención estatal; asimismo, le concede alguna importancia a la cultura y a las tradiciones.

Fukuyama también se ha referido a las mujeres y a su rol dentro de la sociedad y así, en el artículo «Women and the evolution of world politics», publicado en 1978 en la revista *Foreign Affairs*, abordó, reflejando un pensamiento en extremo conservador, el tema del papel desempeñado por las mujeres en este campo y en los cambios sociales, centrándose en el comportamiento familiar²⁶. En resumen, plantea que si bien un mundo matriarcal sería más cooperativo y menos propenso a conflictos, las políticas masculinas serán esenciales, puesto que cada persona debe

²⁵ Recordemos que Hegel sostuvo que el devenir histórico se debía a la lucha del hombre por obtener reconocimiento y que Kojève al revisar las ideas hegelianas señaló la noción del fin de la historia. Sin embargo, reconoce en ella una dinámica de conflictos o contradicciones que finalmente cesarán para dar paso a un estado homogéneo universal dentro del que quedarán resueltas todas las necesidades humanas.

²⁶ Sobre esto último se refirió también en tres conferencias dictadas en 1997 en Oxford, que luego se convirtieron, ese mismo año, en el libro *The end of order. The social market Foundation*.

aceptar lo que es biológicamente hablando y no intentar esquemas utópicos de transformación. Analiza la ruptura de la familia nuclear debido, principalmente, al control de la natalidad y la incorporación femenina al mercado de trabajo y también considera el alcoholismo, consumo de drogas, criminalidad, entre otros (Cfr.: Sanmartín 2000: 202-203).

10.1.5. La microhistoria italiana

Surge hacia la década de 1970 desde la historia social italiana de influencia marxista. Esta propuesta, metodológicamente muy innovadora, está definida por quienes la promovieron y cultivaron como una «práctica historiográfica», lo que, evidentemente, explicita las limitaciones de la microhistoria en el orden de lo teórico. La microhistoria se constituyó en respuesta a las limitaciones de la llamada historia total, por entonces demasiado centrada en lo social y señalada por su inclinación a dejar de lado o minimizar lo individual. Significó también una postura confrontacional frente al marxismo y al estructuralismo, pese a los vínculos iniciales de los mentores de la microhistoria con esas tendencias. A lo largo del tiempo sus principales mentores han ido haciendo precisiones, tal es el caso de lo señalado por Levi, quien ha afirmado que muchas de las ideas de la microhistoria nacen de la crítica a la aplicación simplista de la llamada historia oral, dado que la misma supone una comunicación inmediata, pero falsa, en tanto trabaja con una transmisión muy emotiva del sentido de la historia (Levi 2002: 69).

Quienes articularon el inicio y empuje de la llamada microhistoria fueron los italianos Carlo Ginzburg, Giovanni Levi y Carlo Poni, entre otros historiadores asociados a la revista *Quaderni Storici*. Solo Ginzburg y Levi fueron los que manejaron un proyecto editorial denominado *Microstorie*.

Hablamos de microhistoria italiana para diferenciarla de «otras microhistorias», puesto que, como es ampliamente conocido, el término se empezó a usar en la Universidad de Berkeley a partir de 1959, en relación a las propuestas de George R. Stewart, quien sugería análisis minuciosos y detallados de los eventos históricos importantes. Así, publicó *Pickett's Charge. A Microhistory of the final Attack at Gettysburg, July 3, 186*. Casi diez años más tarde Luis González y González publicaba su libro *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, abordando aproximadamente cuatrocientos años de la historia de un pequeño pueblo mexicano. A este trabajo se sumaron por lo menos tres reflexiones de carácter teórico en las que diferenciaba entre la microhistoria y la característica historia de los acontecimientos de la historiografía tradicional. Nos referimos a *El arte de la microhistoria* y *Teoría de la microhistoria* (1973), lo mismo que *Nueva invitación a la microhistoria* (1982).

Pero en la práctica microhistórica deben diferenciarse los trabajos de Ginzburg y Levi del denominado microanálisis radical realizado por otros microhistoriadores italianos, como Edoardo Grendi o Mauricio Gribaudi y sus colaboradores, cuya matriz teórica estaría en el constructivismo radical y el pensamiento complejo. Es decir, que a partir del supuesto de que no existe una relación de determinación teórica entre las estructuras y los actores se introduce el principio de incertidumbre en el trabajo del historiador y el sociólogo: «Podría decirse que analiza grandes cosas siguiendo recorridos pequeños (debe decirse, minuciosa y constructivamente) y no necesariamente que analiza pequeñas cosas» (Barreira 2002: 36).

Tal como surge de la práctica de los historiadores italianos, la microhistoria se concentra en el estudio de casos particulares para contrastarlos, posteriormente, con las hipótesis generales. Dicho en otras palabras, su método consiste en poner a las hipótesis frente a la realidad histórica, siempre más rica que las interpretaciones generales. Se trata, finalmente, de relacionar el ámbito de lo particular con el de lo macrohistórico. Su punto de partida es el señalamiento de los límites de los modelos macrohistóricos no para descartarlos, sino para enriquecerlos y replantearlos a partir de un análisis minucioso. Lo cierto es que la práctica microhistórica ha discurrido por las vertientes de la historia económica y social sujeta a un análisis muy exhaustivo y también de la historia cultural en el ámbito de los sectores populares (Cervantes y Marín 1995: 224 y Aguirre 2000: 122-123)

Si bien esta nueva «práctica historiográfica» ha tenido seguidores dentro y fuera de Italia, también ha provocado importantes cuestionamientos. En efecto, Vattimo critica a la microhistoria desde una perspectiva hermenéutica de la manera siguiente: «[...] ciertas exageraciones de la microhistoria, de las cuales se es cada vez más consciente, reflejan ese clima cultural exageradamente formalista, en el que todo parece resultar ser digno de estudio con tal de que se presente como manifestación de algún principio estructurante» (Vattimo 1993: 58). Otras observaciones que se han formulado señalan que la reducida escala en la que se mueve la observación propuesta por la microhistoria trae como resultado una historia local «desproblematizada»; el uso de la narrativa remite a una forma historiográfica tradicional y ensayística; la microhistoria tiene predilección por las figuras tenidas como marginales en sus propias sociedades, sin ser necesariamente representativas, lo que entraña el peligro de acudir a extrapolaciones y a una trivialización de su objeto de estudio (Vattimo 1993: 308). En conclusión, una debilidad de la microhistoria estaría en que no parece admitir que lo microhistórico es naturalmente variado y que entonces ello confabula en contra de sus posibilidades de aclarar de forma bastante plena lo macrohistórico.

Sin embargo, hay que recordar que, por ejemplo, Giovanni Levi ha señalado que la microhistoria nació, entre otras cosas, como «[...] una propuesta para

complicar la conceptualización, describir la realidad como más complicada de lo que las ideologías dominantes la consideraban» y que el principio metodológico de la microhistoria es uno solo: mirar en un punto específico pequeño, pero proponerse problemas generales. Se trata de la variación de la óptica del historiador, por lo que este resulta muy importante y no el documento.

Los que se adhieren a la microhistoria encuentran ventajas por los resultados que se obtienen debido a que:

- La escala reducida de análisis permite advertir mejor y más de cerca el objeto de estudio;
- Al focalizar su atención en lo singular recobra lo singular y específico que, excepcional o no, constituye una oposición a la macrohistoria, especialmente aquella de exagerado carácter cuantitativo; y,
- Su enfoque social tiende a centrarse en los sectores populares, en manifiesta simpatía con una historia entendida «desde abajo», revelándose con mayor intensidad la real naturaleza de lo social (Levi 2002: 62-63 y 310).

De cualquier manera, no puede negarse que la microhistoria es una historia social que responde a un interés por lo individual y subjetivo, colocándose a medio camino entre los extremos planteados entre la tradicional historiografía de corte positivista y la llamada nueva historia, que buscaba las categorías universales y síntesis globalizadoras al estudiar al pasado. Además, como ya hemos dicho, constituye una manera nueva de relacionar los ámbitos macro y micro en el estudio del tiempo pretérito.

Carlo Ginzburg, quien se identifica claramente con la microhistoria, ha escrito, entre otros, los siguientes trabajos: *El enigma de Piero* (1980), a partir de un análisis iconográfico entorno a los cuadros de *La Flagelación* y *El Bautismo de Arezzo* de Piero della Francesca; e *Historia Nocturna* (1991), donde se interesa por profundizar más acerca del Aquelarre y de los mecanismos ideológicos utilizados en la persecución de las brujas. *El juez y el Historiador* (1993) es una obra en la que trabaja sobre un tema contemporáneo: un caso judicial en el que se internó por razones personales, a través del cual se puede advertir el manejo de toda su metodología de investigación.

Sin lugar a dudas, su trabajo más famoso es *El queso y los gusanos* (1986). Una redacción provisional de este libro fue sometida a discusión primero durante un cursillo sobre religión popular impartido en 1973 en el Davis Center for Historical Studies de la Universidad de Princeton y luego en otro cursillo coordinado por el autor en la Universidad de Bolonia.

El tema central se refiere a un hecho ocurrido alrededor de 1580 cuando el molinero Domenico Scandella, más conocido como Menocchio, fue acusado por haber pronunciado frases «heréticas e impías». Llevado ante la Inquisición y luego de un largo proceso e interrogatorios fue declarado culpable y sentenciado a morir en la hoguera. En esta obra, Ginzburg no pretende tan solo relatarnos el caso de Menocchio o un proceso inquisitorial del siglo XVI. Va más allá, ya que profundiza su análisis en la persona del molinero, de la gente que lo rodea, el pueblo en que vivió, la sociedad y la institución que lo censuró, la religiosidad popular y también el asunto de los textos y su recepción en una sociedad en la que los sectores populares mantenían la vigencia de una comunicación y tradición oral.

En realidad la crítica que hay que hacer a las investigaciones cuantitativas es de otra índole: no que sean demasiado poco verticalistas, sino que todavía lo son demasiado. Parten del supuesto de que no solo los textos sino más aún los títulos dan una orientación inequívoca, hecho que pierde cada vez más verosimilitud, conforme desciende el nivel social del lector. Almanagues, coplas, libros piadosos, vidas de santos, todo el variopinto opusculario que constituía la masa de producción libresca de antaño, nos parece actualmente estático, inerte, siempre igual a sí mismo: ¿pero cómo lo leía el público entonces? ¿En qué medida la cultura primordialmente oral de aquellos lectores interfería en el disfrute del texto, modificándolo, reconfigurándolo hasta casi descuartizarlo? (Ginzburg 2001: 12).

Las principales preguntas que se hace el autor son las siguientes: ¿cómo es que un simple molinero pudo tener acceso a una literatura poco cristiana?, ¿cómo si apenas sabía leer y escribir había llegado a conclusiones poco ortodoxas en materia de religión? Ginzburg busca en los interrogatorios respuestas a sus preguntas acercándose a la mentalidad de la época a través de los personajes, las ideas, la literatura disponible para un hombre común, etcétera.

El modo de pensar de Menocchio surge por deducción y comparación, ya que Ginzburg desmenuza las probables ideas que pudieron influenciarlo y luego las coteja con las respuestas de Menocchio a los interrogatorios. Esboza su personalidad y nos acerca a sus sentimientos. Las fuentes utilizadas son el proceso inquisitorial, la lectura de los mismos libros que leyó Menocchio o referencias acerca del contenido de esa literatura conforme aparecían en el propio proceso inquisitorial. El autor arriba a conclusiones pero deja abierta la posibilidad para que el lector saque las suyas.

Se ha dicho que en *Guillermo el Mariscal* o en *El queso y los gusanos* cobra sentido la singularidad gracias a que conocemos la sociedad feudal y su evolución renacentista, es decir, que en la medida que tenemos una idea de la sociedad en la que los personajes centrales actúan comprendemos la mentalidad caballeresca

y la heterodoxia. Y debido a que estamos informados por obras de naturaleza socioeconómica del valor de la jerarquía social en la sociedad feudal del siglo XIII y de la relevancia de la ortodoxia como factor de legitimación de sus administradores eclesiásticos y del mismo orden social es que estamos en condiciones de «intentar ver el mundo como lo veían estos caballeros» y a comprender el alcance del desafío del molinero friuliano. Si prescindiéramos del sistema de referencias de la sociedad en que se inscriben Guillermo o Menocchio solo nos quedarían narraciones más o menos atractivas o más o menos pintorescas acerca de sus vidas (Cfr.: Piqueras 2000: 127-128).

En cuanto a su forma de exposición debe decirse que su tipo de trabajo exige naturalmente el empleo de un estilo narrativo, que incluye diálogos y descripciones, pero que no deja de lado el análisis y la reflexión. En cuanto a la estructura de *El queso y los gusanos* debemos decir que es poco convencional, ya que está dividida en párrafos. Todo ello no elimina la presencia de su marco teórico explicitado en el prefacio, mientras que las referencias a las fuentes aparecen en citas al final.

Giovanni Levi ha sido considerado con justicia uno de los «padres de la microhistoria», ya que uno de sus principales méritos estriba en sus esfuerzos para aclarar el método propuesto por los seguidores de esa tendencia y dotarla de una conceptualización que la defina apropiadamente. Su principal trabajo es *La herencia inmaterial*. Allí se denota su interés por lo individual como agente activo en el curso histórico pero marcado por lo social. También ha escrito *Centro e periferia di uno stato assoluto* (1985) y ha co-dirigido, junto a Jean-Claude Schmitt, la obra *Storia dei giovani* (1994), que fue publicada en castellano en 1996 en dos volúmenes.

La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piomontés del siglo XVII tiene como asunto central los avatares de Juan Bautista Chiesa, un sacerdote piomontés, párroco de Santena, localidad en Turín, en su relación con la jerarquía eclesiástica debido a la realización de actividades de exorcismo. Se trata de una historia social que permite entender las redes sociales locales —que es la herencia inmaterial que Chiesa recibió de su padre—, costumbres y mentalidad local respecto, por ejemplo, a las enfermedades, sus causas y la forma efectiva de curación. Levi busca una historia social más completa ante la insuficiencia, por ejemplo, mostrada por el análisis de lo económico para entender y expresar la compleja trama que supone el universo mental en su correlato social. Así, se propone mostrar las estrategias familiares a través de las cuales el campesinado busca vivir el presente y organizar su futuro en medio de múltiples amenazas y crisis de subsistencia «¿cómo sobrevivirá un viejo incapaz ya de trabajar o un campesino pobre en un año sin cosecha? [...] una red intangible de amistades, vínculos y protecciones, debían

ser la base de la supervivencia, aunque los datos económicos solo las representan de una forma distorsionada y parcial» (Levi 1990: 54).

Se considera en la línea microhistórica española a Jaime Contreras, autor de *Sotos contra Riquelmes* (1992), quien se inspiró en la obra de Giovanni Levi. También debemos contar a Tomás Mantecón, autor de un trabajo abiertamente inspirado en las obras de los microhistoriadores italianos con el largo título de *La muerte de Antonia Isabel Sánchez, tiranía y escándalo en una sociedad rural del Norte español en el Antiguo Régimen* (1997), lo mismo que a Ángel Rodríguez, quien al año siguiente dio a conocer su *Hacerse nadie, sometimiento, sexo y silencio en la España del siglo XVI*. También está la obra de José Javier Ibáñez, *Felipe II y Cambrai: el consenso del pueblo. La soberanía en la práctica y la teoría política, 1595-1677*, publicada en 1999²⁷.

La obra de Contreras muestra el dominio del autor sobre el manejo de las fuentes inquisitoriales, así como el resultado de la práctica microhistórica aplicada a la confección del trabajo le permite observar, más en detalle, las estrategias empleadas por los judíos conversos en su enfrentamiento con la Inquisición. Mantecón, por su parte, pone al descubierto los juegos de poder y lo que se teje alrededor de él en un pueblo de Santander, lo mismo que las facetas de la violencia a nivel de una familia común y un personaje prominente. El escándalo inherente a un asesinato ocurrido en el ámbito pueblerino le permite ver «los comportamientos y los procesos de regulación de una comunidad aldeana ejemplar de la España del noroeste» (Cfr.: Vincent 2002: 154). En el caso de Rodríguez, cuyo trabajo se inspira en la obra de Contreras, el escenario es una pequeña localidad de Extremadura, donde el obispo emprendió una encuesta en el año 1591. La revisión del material que la investigación produjo le sirve al autor para mostrar las relaciones entre los lugareños, los mecanismos del clientelismo y la presencia y actuación de mediadores sociales. Sin embargo, no parecen suficientes para ubicar a este trabajo en el campo de la microhistoria.

En cuanto a la obra de Ruiz Ibáñez, su esfuerzo para hacer un análisis microhistórico es proyectado al ámbito sociopolítico, ya que se acerca al ejercicio de la soberanía de una pequeña ciudad, pero también a sus corrientes de pensamiento político, lo mismo que a las figuras jurídicas a las que apeló el Estado español para contrarrestarlos.

Se considera que la microhistoria ha tenido receptores en Francia y, para el caso, se mencionan a Vovelle y a Bernard Lepetit.

²⁷ Las referencias y la mayor parte de los comentarios sobre la microhistoria en España han sido tomados de Vincent (2002).

10.1.6. La historia de las mujeres y la historiografía de género

La historia de las mujeres se ha constituido en un campo específico, principalmente en los últimos veinte años del siglo XX. Se considera a Mary Beard como una verdadera pionera en este campo, cuando en 1933 publicó *America Through Women's Eyes*²⁸. La conexión entre historia de las mujeres y la política, aunque es obvia, no deja de ser compleja. El punto de partida de esta historiografía fueron las políticas feministas cuando hacia 1960 las activistas del feminismo clamaron por una historia que fuera inspiración para la acción y que a la vez las proveyera de heroínas, pruebas de las obras de las mujeres y explicaciones acerca de su opresión. Es interesante subrayar la creación de centros e institutos dedicados de manera exclusiva al estudio de las cuestiones femeninas, junto con la promoción de políticas y actividades de defensa de los derechos femeninos. Entre muchos de los existentes podemos mencionar al Centre d'Investigació Històrica de la Dona de la Universidad de Barcelona.

Al final de los setentas ya se había llegado a una historiografía que buscaba documentar todos los aspectos de la vida de las mujeres en el pasado desde diversas perspectivas y métodos, como desde el pensamiento feminista, la nueva historia social, la renovada historia económica, la antropología cultural, hasta arribar, finalmente, a la historiografía de género a partir de la década del ochenta, lo que significó, al mismo tiempo, una ruptura con la política, ya que género es, en principio, un término neutral separado de propósitos ideológicos inmediatos. En suma, esta historiografía ha seguido un camino desde el feminismo, al tema de las mujeres y finalmente al género. Es decir, de una historia para la práctica política a un estudio histórico especializado y de perspectiva más amplia.

Al presentar su colección *Historia de las mujeres*, Georges Duby y Michelle Perrot dieron a conocer que la iniciativa correspondió a Vito y Giuseppe Laterza, quienes en la primavera de 1987 se les solicitaron preparar una historia de las mujeres —hay que mencionar que la Casa Laterza había hecho la edición italiana de *Historia de la Vida Privada*—. Aceptada la invitación, formaron un equipo de trabajo compuesto por seis especialistas, quienes tendrían la responsabilidad de los diferentes volúmenes, desde la elaboración del proyecto hasta su concreción. Finalmente, la *Historia de las mujeres*, bajo la dirección de Duby y Perrot, reunió alrededor de sesenta autores: hombres y mujeres de diferentes países. Todos se encontraron en junio de 1988 en París en el Centro Cultural Italiano, discutieron el proyecto en su conjunto, el plan y el contenido de cada volumen y compararon los distintos puntos de vista.

²⁸ En 1946 salió de la imprenta *Women as a Force in History. A Study in Traditions and Realities*.

Partiendo de la comprobación de que la relación entre los sexos deja su impronta en las fuentes de la historia y condiciona su densidad desigual como asunto para la historiografía, los directores de la edición indicaron que estudiar la historia de las mujeres supone enfrentar un problema muy específico referido a las fuentes, puesto que «en el teatro de la memoria, las mujeres son sombras ligeras. Apenas enturbian las radiaciones de los archivos públicos. Han zozobrado con la destrucción tan generalizada de los archivos privados». Sin embargo, también recuerdan que las feministas intentaron, a partir del siglo XIX, constituir colecciones cuyas vicisitudes ilustran su carácter marginal y que, tanto en Estados Unidos como en Francia, han salido a luz numerosas colecciones de documentos, existiendo preocupación por la elaboración de diccionarios biográficos, lo que a su juicio indica la toma de conciencia producida entre 1970 y 1990, aproximadamente. La historia de las mujeres es, en cierto modo, la de su acceso a la palabra mediaticada en un principio y aún hoy, por hombres que, a través del teatro y luego de la novela, se esfuerzan por hacerlas entrar en escena: de la tragedia antigua a la comedia moderna, donde por lo general las mujeres no son otra cosa que sus portavoces o el eco de sus obsesiones. En su introducción a la colección que dirigieron añaden que la audición directa de su voz depende del acceso de las mujeres a los medios de expresión: el gesto, la palabra, la escritura, pero reconocen que en el pasado hasta el siglo XVIII, por lo menos, hubo dominios casi vedados: la ciencia, cada vez más la historia y sobre todo la filosofía. Reconocen, eso sí, que desde el siglo XVII la poesía y la novela constituyeron el frente pionero de las mujeres, conscientes de la apuesta que representa el lenguaje y, de esta manera, a partir del siglo XIX la voz de las mujeres ha crecido con el paso del tiempo, principalmente debido al impulso feminista y también porque en nombre de la utilidad social se había invitado a las mujeres del siglo XIX, y sobre todo a las del XX, a salir de sus casas para extender su maternidad a la sociedad entera.

¿Cómo definen estos autores a la historia de las mujeres? «Escribir la historia de las mujeres supone tomarlas en serio, otorgar a las relaciones entre los sexos un peso en los acontecimientos o en la evolución de las sociedades». Definen su obra como hija de la revolución inacabada, pero profunda, que sacude las relaciones entre hombres y mujeres en las sociedades occidentales. Admiten la existencia de una dominación masculina y, por tanto, la existencia de una subordinación femenina en el horizonte visible de la historia. Están convencidos de la necesidad de «reflexionar acerca de la dialéctica de la influencia y de la decisión, de la potencia oculta y difusa, que se atribuye a las mujeres, y en el poder claro de los hombres». En cuanto a las características y propósitos de la *Historia de las mujeres*, los mismos Duby y Perrot afirmaron que dicho trabajo debía inscribirse en la larga duración, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Aclararon que buscaban

las continuidades fundamentales, las principales discontinuidades y los acontecimientos decisivos en la historia de las mujeres y las relaciones entre los sexos. También precisaron que se trataba de una historia cuyo marco espacial quedaba limitado al mundo occidental entre sus dos costas, mediterránea y atlántica, «Y ante todo, la Europa grecolatina, luego judeocristiana, apenas islámica; Europa y sus zonas de expansión y de poblamiento: América». Expresaron, asimismo, que a pesar de ser una historia europeocéntrica no trataba tanto de las mujeres en espacios nacionales como de su aportación original a una historia común. En consecuencia, la obra no tenía uno sino varios objetos de estudio, pues no se trata de la mujer en singular sino más bien en plural, ya que eran diversas en su condición social, creencia religiosa, pertenencia étnica y su itinerario individual.

La pretensión principal era hacer una historia de las relaciones entre los sexos, en el entendimiento de que las mismas constituyen el nudo del problema que define la alteridad y la identidad femeninas, con lo cual se trata de una historia con perspectiva de género. Cuestión importante es que los autores de este trabajo tenían claro que tratarían de plantear cuestiones más que llegar a conclusiones.

En cuanto al método utilizado hay que decir que toman la periodización habitual de la historia occidental admitiéndola como válida para el estudio de las relaciones entre sexos y buscan a lo largo de las centurias continuidades y discontinuidades en base al método comparativo. La obra recoge un conjunto de monografías y en cada una de ellas los distintos autores y autoras se apoyan en especificidades, integrándolas en sus conjuntos comparativos. Pese a que la intención era hacer una historia general se dejó lugar a estudios más específicos o restringidos y también más coherentes. Asimismo, se admitió una pluralidad de perspectivas que no buscan necesariamente una conclusión tajante y cuyo gran punto de encuentro fue tomar en serio la historia de las mujeres. En la medida de lo posible se intentó articular sexo y clase, sexo y raza hasta en sus divisiones y enfrentamientos (Duby y Perrot 1993: 13-15).

Así pues, desarrollada desde 1970 aproximadamente —en opinión de Duby y Perrot—, el advenimiento de la historia de las mujeres obedece a una serie de factores próximos y lejanos que podrían quedar abarcados en el redescubrimiento, a partir del siglo XIX, de la familia como célula fundamental y evolutiva de las sociedades, lo que se convirtió en el núcleo de una antropología histórica que puso en primer plano las estructuras del parentesco y la sexualidad y, en consecuencia, de lo femenino.

Se podría decir que bajo el impulso decisivo de la Escuela de los *Annales*, el progresivo ensanchamiento del campo histórico al estudio de lo cotidiano y de las mentalidades facilitó el desarrollo de la historiografía sobre las mujeres primero y más adelante de género. Aun cuando se reconoce que la relación entre los sexos no

fue la mayor preocupación de esta tendencia, su interés por las coyunturas económicas y las categorías sociales le ofrecieron una audición favorable. Fue decisivo, en la huella de la descolonización, reasumida por mayo de 1968, la resonancia de una reflexión política dirigida a los exiliados, las minorías, los silenciosos y las culturas oprimidas, y que considera a las periferias y los márgenes en sus relaciones con el centro del poder, lo que, sin duda, también creó las condiciones para el desenvolvimiento de la historiografía que nos ocupa en este momento.

La historia de las mujeres es el fruto del movimiento de estas, así como de todas las interrogantes a que han dado lugar. Ello alcanzó resonancia en las universidades e impulsó la enseñanza y las investigaciones. También debe mencionarse la importancia que adquirió en el contexto francés un texto como el de Simone de Beauvoir, quien en 1949 publicó *El segundo sexo*, obra en la que introdujo en el debate intelectual y político la idea de la construcción de la femineidad, entre otros aspectos ligados a la desigual condición de las mujeres en un universo machista.

La categoría de «mujer» no exclusivamente ligada a las políticas feministas ha permitido que se estudie más las peculiaridades de la cultura femenina; asimismo, se ha logrado contribuir al estudio de las identidades colectivas, sobre todo a partir de la década del setenta. No solo se ha introducido así la noción de la diferencia como un problema a ser analizado, sino que las mujeres se implantan como categoría separada y a la vez integrada en los estudios históricos también para corregir los relatos tradicionales de la historiografía (Scott 1998: 53 y 55). Desde 1968, aproximadamente, investigaciones llevadas a cabo en Inglaterra y en Estados Unidos desempeñaron un papel pionero. En Norteamérica se multiplicaron los estudios sobre mujeres y la publicación de revistas especializadas, lo que pronto sucedió en la mayor parte de países europeos, incluida Polonia, Francia, Alemania e Italia a partir de los años 1970-1975 y más adelante en otros. También han surgido asociaciones de historiadoras en distintos lugares ubicados en todos los continentes.

Como en otros lugares, en Italia la historia de las mujeres surgió dentro del movimiento feminista de la década de 1970. Es decir, esta es una historiografía marcada por la relación entre feminismo y conocimiento, donde destaca la labor pionera de Franca Pieroni²⁹, quien, sin ser una militante del movimiento reivindicatorio de las mujeres, estuvo interesada en ver, desde la Historia, la presencia de las mujeres en los partidos y en los movimientos políticos. Escribió *Alle origini del movimento femminile in Italia, 1848-1892*, obra publicada en 1963. Luego verían la luz: *Socialismo e questione femminile, 1892-1922* (1974); *Femminismo e partiti politici in Italia, 1919-1926* (1978); ese mismo año publicará *Le donne*

²⁹ Historiadora florentina nacida en la década de 1920.

nella resistenza antifascista e la questione femminile in Emilia Romagna, 1943-45. Como se puede apreciar, Pieroni abordaba en estos trabajos una historia que ahora llamaríamos inmediata.

Contextualizando la obra de la autora citada debemos anotar que a mediados de los años setenta se buscaba en Italia trasladar la práctica política feminista a una historiografía capaz de discutir de manera frontal a la historia contada en clave masculina y a sus pretensiones universalistas y generalizadoras, lo que llevó también a criticar tanto al paradigma historicista como al economicismo de corte marxista y a la historia político-factual. Se agrega en la década siguiente el interés por el estudio histórico de la corporalidad y al comienzos del siglo XXI ya se elaboraban estudios historiográficos como la edición de Anna Rossi *A che punto è la storia delle donne in Italia* (2003).

Una historiadora influyente por haber elaborado hipótesis feministas generales de interpretación histórica aplicada al estudio del mundo medieval ha sido Joan Kelly, cuyos trabajos realizados a partir de 1976 se publicaron reunidos en el libro *Women, History and Theory*. Entre otras cosas cuestiona la utilidad de los modelos tradicionales de periodización del pasado para el estudio de la historia de las mujeres. Partiendo de una crítica al viejo concepto de Edad Media elaboró la hipótesis que negaba que el Renacimiento italiano hubiese sido una etapa de progreso social para las mujeres, particularmente las pertenecientes a la burguesía urbana. De ahí pasó a una propuesta de interpretación general al señalar que los grandes movimientos de progreso social, que tradicionalmente identificamos con el progreso de la humanidad, en realidad afectaron de manera diferente a los hombres y las mujeres, pudiendo detectarse un modelo que sugiere que las etapas de progreso social masculino tendieron a provocar retrocesos en las mujeres de la clase que más se benefició de esa superación (Cfr.: Rivera 1989: 143-144).

Como hemos dicho, la historia de las mujeres se volvió cada vez más compleja, menos descriptiva y más relacional, lo que al parecer tuvo mucha importancia para que se desembocara en los estudios «de género», es decir, en el examen de las relaciones entre los sexos en el entendido de que dichas relaciones son resultado de construcciones sociales que es necesario «deconstruir».

En cuanto a la historiografía de género hay bastante que decir, puesto que ha logrado un importante desenvolvimiento en el mundo, partiendo de los Estados Unidos y alcanzando también a Europa y Latinoamérica. Desarrollada a partir de la década del setenta, su temática es variada pero la propuesta común inicial fue enfatizar el papel de la mujer como sujeto activo en la historia y su relación con la sociedad y el poder. Siendo el asunto central la condición femenina a lo largo de la historia, debe recordarse que inicialmente formó parte de las preocupaciones feministas y, por consiguiente, las publicaciones tenían un corte más bien

sociológico y evidente orientación de militancia y política. Pueden mencionarse los trabajos de Susan Rogers: *Formas del poder femenino y el mito de la dominación masculina*, publicado en 1975, o el de Michelle Perrot, *Los excluidos de la historia*. Esta última es también autora de *Las mujeres o el silencio de la Historia*, cuya edición en francés corresponde a 1998. Es en este trabajo donde emplea la metáfora del silencio para hablar de invisibilidad de las mujeres en la sociedad y en la historia, de su explotación y sus luchas por cambiar su situación.

Joan Scott ha llamado la atención al tratar el asunto de la categoría de género, que es una faceta de lo que podría llamarse la búsqueda de la legitimidad académica por parte de las estudiosas feministas y que alcanzó plenitud en la década del ochenta. La noción de «género» sonaba más neutral y objetiva que «mujeres», por lo que con su empleo se trataba de subrayar la seriedad académica de los trabajos emprendidos por las autoras empeñadas en desarrollar una historia en clave femenina, pero que abarcara las relaciones con el sexo opuesto y confrontara las características y construcción de la femineidad, lo mismo que la masculinidad. Además, hablar de género parecía ajustarse mejor a la terminología científica de las ciencias sociales y se desmarcaba así de la —supuestamente estridente— política del feminismo, puesto que «género» incluye a las mujeres sin nombrarlas y así parecía no plantear amenazas críticas. Debemos mencionar, sin embargo, que la aparición del término y el uso de la categoría género se produjo cuando ya existía en el campo de las ciencias sociales un conjunto de trabajos sobre la condición de la mujer y lo que se aporta entonces es un planteamiento teórico. De otro lado, hay que recordar que para Scott el término «historia de las mujeres» proclama más bien una dimensión política al afirmar que las mujeres son sujetos históricos válidos.

Para la autora citada, «género», como sustitución de «mujeres» se emplea también para sugerir que la información sobre las mujeres es necesariamente información sobre los hombres, que un estudio implica al otro. Este uso insiste en que el mundo de las mujeres es parte del mundo de los hombres, creado en él y por él. Este uso rechaza la utilidad interpretativa de la idea de las esferas separadas, manteniendo que el estudio de las mujeres por separado perpetúa la ficción de que una esfera, la experiencia de un sexo, tiene poco o nada que ver con la otra. Además, «género» se emplea también para designar las relaciones sociales entre sexos. Añade también que las historiadoras feministas han empleado diversos enfoques para el análisis del género, eligiendo entre tres posiciones teóricas: la primera, esfuerzo completamente feminista, intenta explicar los orígenes del patriarcado. La segunda se centra en la tradición marxista y busca en ella un compromiso con las críticas feministas. La tercera, compartida fundamentalmente por post-estructuralistas franceses y teóricos angloamericanos de las relaciones-objeto,

se basa en esas distintas escuelas del psicoanálisis para explicar la producción y reproducción de la identidad genérica del sujeto³⁰.

En síntesis, la historiografía de género parte del supuesto de que los criterios biológicos o naturales por sí solos, al establecer las diferencias de sexo —hombres y mujeres—, no permiten distinguir a la vez lo femenino y lo masculino —el género—, ya que estos últimos contemplan categorías sociales que definen las situaciones y los roles de ambos. Lo anotado en párrafos anteriores no significa que se haya roto todo vínculo entre historiografía de género y política, pues muchas investigadoras continúan teniendo una clara militancia política. Se entiende la palabra política en varios sentidos:

- En su uso tradicional vinculado a las actividades que tienen que ver con el gobierno, los asuntos públicos, identidades colectivas, estrategias, movilización de recursos, etcétera.
- Las relaciones de poder y sus estrategias para mantenerlo o enfrentarlo.
- Aplicado a las prácticas para reproducir o cambiar las ideologías (Scott 1998: 42-44).

La literatura feminista apeló a la construcción de grandes arquetipos femeninos en los que la mujer aparece como la principal encargada de transmitir la cultura. En esta línea estuvieron los estudios sobre el «marianismo», como el trabajo de Evelyn Stevens: *Marianismo, la otra cara del machismo en Latino América*, que mostraba, entre otras cosas, cómo al conferírsele a las mujeres el rol de transmisoras de la cultura se creaban mitos acerca de una superioridad especial. Otro tópico ha sido el referido a los derechos políticos en la mujer en América Latina, recurriéndose también al uso de la biografía para recoger experiencias individuales de mujeres con el propósito de «sacarlas de la esfera doméstica» y colocarlas en posiciones destacadas en la sociedad. Por ejemplo, *Diez mujeres notables de América Latina* de J. Henderson (De Barbieri 1997: 3).

Una de las críticas a la historiografía de género se basa en la idea de que la división entre una historia de hombres y mujeres está reñida con la noción de unidad científica y que la historia debería ser vista como un proyecto humano total. Pero, en todo caso, debemos recordar que inicialmente con el empleo de la categoría de género se hacía referencia a la distinción entre sexos para enfocarse en el conjunto de fenómenos —en el orden de lo corporal y los ordenamientos socioculturales diversos— construidos colectivamente en base a las diferencias corporales pero, como ya hemos mencionado anteriormente, finalmente se ha

³⁰ Véase Scott (1990).

llegado a utilizar la noción para aludir no solo a una perspectiva que contemplaba lo femenino, sino también a otras cuestiones, que aunque relacionadas con las mujeres, no se limitan a ellas o las tratan de forma aislada del resto de la sociedad. Un ejemplo de este tipo de historiografía lo tenemos en el trabajo de Nancy Cott, «On Men's History and Women's History» (1990), quien, además, discutió el hecho de que en los estudios históricos aquello que se había considerado válido sobre los hombres se había proyectado prácticamente sin más sobre las mujeres, sin aplicar antes exámenes y análisis más rigurosos y minuciosos. Pero si bien hubo preocupación por especificar las formas de relación hombre-mujer abordando temas como divorcio, matrimonio o la participación de las mujeres en la actividad económica, por lo general hubo inclinación a priorizar los estudios acerca de la mujer y su desenvolvimiento en el medio urbano.

En términos metodológicos, los procedimientos de «lectura entre líneas» y el acto de rescatar información «poco evidente» en los archivos se aplicó a los estudios de género. En Estados Unidos, en la década de los ochentas, trabajos como los de Mary P. Ryan, *Cradle of the Middle Class: The family in Oneida County. New York, 1790-1865*; Nancy Hewitt, *Women's Activism and Social Change: Rochester, New York, 1822-1872*; Christine Staansell, *City of Womemen: Sex and Class in New Yor, 1789-1860*; y Nancy Grey Osterud, *Bands of Community: the Lives of Farm Women in Nineteenth-Century* se orientaron al estudio de la historia de los roles sexuales e identidades de género incluyendo la construcción general de las nociones de masculinidad y homosexualidad, adicionalmente a la de femineidad (Barrón 2000: 54).

En una serie de trabajos de su autoría, Joan Scott ha relacionado asuntos como género, relaciones de poder y democracia en perspectiva histórica. Por ejemplo, en *Gender and the Politics of History* (1988) contempla que el género expresa la organización social de las diferencias sexuales y es un saber que media en las relaciones de poder —dominio y subordinación— con significados que se establecen según grupos, culturas, sociedades y periodos históricos. Ha escrito, entre otros trabajos, *The Glasworkers of Carmaux: French Craftsmen and Political Action in Nineteenth Century City* (1974); *Only Paradoxes to Offer: French Feminists and the Rights of Man* (1996); y *Parité: Sexual Difference and the Crisis of French Universalism* (2005).

En los últimos tiempos, desde la década de 1980, luego de que se tradujeran al español trabajos en habla inglesa, el uso de la categoría y el desarrollo de una historiografía de género ha cobrado notable importancia en España y los países de Latinoamérica. Así, entre otras, pueden mencionarse a la española Cristina Segura, quien ha destacado por su trabajo sobre las mujeres en el medioevo y su manejo de las fuentes provenientes de archivos municipales e instituciones de

salud. También está Asunción Lavrin, una historiadora cubana de nacimiento pero británica de nacionalidad, con aportes importantísimos para la historia centrada en las mujeres y referida a Hispanoamérica³¹.

Un ejemplo reciente de historiografía de género a la vez que interesante, y sobre todo sugerente, es la obra de Virginia M. Bouvier: *Women and the Conquest of California 1542-1840: Codes of Silence*, editado en 2001 en Estados Unidos³². En ese trabajo explora el significado de la ideología de género y la presencia de las mujeres en la colonización de la Alta California. Lo interesante es que incluye en su estudio tanto a las mujeres indígenas como a las españolas en un periodo bastante largo, puesto que abarca las exploraciones, evangelización y colonización. La autora se niega a aceptar el modelo tradicional, el cual plantea la relación entre las mujeres solo en términos del enfrentamiento entre población indígena y española, y más bien busca explorar la complejidad de la vinculación considerando raza, etnicidad y género en el desenvolvimiento de la vida en la frontera californiana.

Usando metodologías tomadas de distintas disciplinas, como estudios de género, antropología, crítica literaria e historia, examina fuentes también diversas. Como hemos dicho, entre otras cosas analiza los papeles que jugaron tanto las mujeres indígenas como las españolas y las ideologías de género de ambos grupos en cuestiones relacionadas a las formas de resistencia, como el desarrollo de una cultura popular. Bouvier ha editado los siguientes libros: *The War of 1898 and the Battles to Define the Nation* (2001) y *The Globalization of U.S.-Latin American Relations: Democracy, Intervention, and Human Rights* (2002), *Whose America?*

Anne Pérotin-Dumon es una historiadora francesa, que si bien es autora de numerosos trabajos de historia política y social de Latinoamérica y el Caribe, y ha publicado dos interesantes libros al respecto: *Êter patriote sous les tropiques* y *La ville aux îles, la ville dans l'île*, ha destacado también por la edición de dos voluminosos trabajos en formato digital: *El género en Historia* (2001) e *Historizar el pasado vivo* (2007), en los que además de sus propias aportaciones recoge fuentes y bibliografías especializadas junto con ensayos sobre aspectos específicos de la temática general y estudios de carácter teórico. En el primero de los mencionados aplica el concepto de género, por lo que además de recoger el enfoque tradicional de la historia de las mujeres, concentra su atención en el asunto de la masculinidad y las relaciones entre hombres y mujeres considerando referentes

³¹ Véanse: Henderson (1978); Segura (1984); Fernández y Segura (1988) y Rodríguez (2005).

³² Se integró al *U.S. Institute for Peace* en enero de 2003 como encargada del *Jennings Randolph Senior Fellowship Program*. Desde 1982 a 1989 fue *Senior Associate* en la Oficina para Asuntos Latinoamericanos en Washington (WOLA). Ha sido editora de numerosos libros y artículos de prensa y críticas de libros sobre las relaciones entre EE.UU. y Latinoamérica, derechos humanos, género y humor político.

cronológicos que le permiten señalar una historia de las mujeres en 1970, una historiografía de género hacia 1980 y la masculinidad en la historia a partir de 1990. Ofrece un panorama general del desarrollo de los enfoques de género en los últimos veinticinco años previos a la publicación y describe y define las herramientas analíticas disponibles para escribir una historia desde la perspectiva de género. La propuesta historiográfica consiste entonces en «Dar una mirada sobre el pasado que permita percibir en él a hombres y mujeres, los acuerdos establecidos entre ellos que entran en la organización de las sociedades pasadas e intervienen en sus cambios»³³.

10.1.7. La historia conceptual

La nueva historia social alemana (*Neue Sozial Geschichte*) recoge la herencia de la Escuela de Frankfurt, Simmel, Marx, Weber o Norbert Elias, pero está abierta al debate y la recuperación crítica de los aportes de los *Annales*, la microhistoria italiana, la historia de la vida cotidiana o la historiografía socialista británica. Entre sus principales representantes pueden contarse a Reinhart Koselleck y Jürgen Köcka, quien ha escrito *Nueva historia social y conciencia histórica*.

Inscrita dentro del ámbito más general de la historia intelectual, diferenciándose de la historia de las ideas, devenida a estas alturas en una corriente tradicional sujeta a crítica, la llamada Escuela Alemana de Historia Conceptual o de los Conceptos comparte con la Escuela de Cambridge inglesa la característica de haber marcado la transformación que llevó a la historiografía desde la historia de las ideas a la historia intelectual.

La denominada «historia conceptual» (*begriffsgeschichte*) forma parte de una nueva renovación historiográfica y es una propuesta que se materializó a partir de 1960, siendo su mentor principal Reinhart Koselleck³⁴, historiador cuyo trabajo se basa en los planteamientos del filósofo George Gadamer. En efecto, el primero de los nombrados considera que en un concepto se encuentran siempre sedimentados sentidos correspondientes a épocas y circunstancias de enunciación diversas que se ponen en juego en cada uno de sus usos efectivos, es decir, que vuelve sincrónico lo diacrónico. Por lo tanto, lo que define a un concepto es su capacidad de trascender su contexto originario y proyectarse en el tiempo.

En *Kritik und Krise (Crítica y crisis)*, su tesis doctoral, terminada en 1954 y publicada en 1959 en Friburgo³⁵, ofreció el marco para comprender el origen y el sentido de su proyecto de una historia de los conceptos, así como el carácter central

³³ Ver Pérotin-Dumon (2001, primera parte, introducción: s.n.p.

³⁴ Nacido en 1923 en Göelritz.

³⁵ En 1965 se publicó en español como *Crítica y crisis en el mundo burgués* (Madrid, Rialp).

que adquiere para él la etapa que considera formativa de la modernidad que llama *sattelzeit*. El objeto de ese trabajo fue analizar el tipo de dialéctica que se establece entre el proceso de surgimiento de las filosofías modernas de la historia —en las que se plasma la idea moderna de progreso— y la crisis del sistema absolutista que acompaña la progresiva afirmación del mundo burgués. Esa dialéctica es vista como una secuencia interrelacionada de fenómenos y para el autor las premisas de la crítica ilustrada que llevaría a la crisis y disolución del Estado absolutista se encuentran, paradójicamente, en la estructura misma del absolutismo.

Consideró que la idea de historia premoderna estaba compuesta por narrativas articuladas a partir del marco proporcionado por el modelo ciceroniano de la «historia como maestra de vida», fundadas en las premisas de que el ideal pedagógico de la historia suponía necesariamente su iterabilidad, es decir, la convicción de que se repiten las mismas situaciones básicas, hechos y fenómenos específicos que se reproducen en otros tiempos, lugares y circunstancias, pero conservando esencialmente su misma estructura y sentido. La noción moderna de la historia supone, en cambio, su constructibilidad, porque el futuro ya no será legible en las experiencias del pasado. Ese cambio puede considerarse resultado de los avances tecnológicos y las exploraciones pero, sobre todo, considera que la Revolución Francesa de 1789 mostró la constructibilidad mencionada. De esta forma Koselleck construyó desde la filosofía de la historia la base teórica para sus planteamientos historiográficos.

Hay que dejar constancia de que la obra de Koselleck responde al ámbito académico alemán neokantiano en el que se formó y retoma la preocupación de Wilhelm Dilthey, quien entre fines del XIX y comienzos del XX planteó una crítica de la razón histórica para completar el esfuerzo iniciado por Kant. Koselleck tamiza esta herencia con el llamado «giro lingüístico» adoptado por su maestro Gadamer y de esta forma considerará que el mundo está siempre interpretado por el lenguaje. Otra vertiente que le permitió cribar el pensamiento de Dilthey fue la tradición schmitteana-heideggeriana que todavía después de la Segunda Guerra Mundial —y antes de su redescubrimiento en el resto de Europa— siguió siendo influyente en el ámbito universitario alemán.

A través de la confección de tres grandes diccionarios: *Diccionario de Filosofía de principios históricos*; *Conceptos básicos de Historia. Un diccionario sobre los principios del lenguaje político social en Alemania*; y *Manual de conceptos político-sociales en Francia, 1680-1820* (publicados en Basilea, Stuttgart y Munich, respectivamente, entre 1971 y 1985), contando con el apoyo de Otto Brunner y Werner Conze, se analizó las alteraciones ocurridas en el uso y significado de los conceptos a fin de ofrecer luces acerca de las transformaciones históricas más vastas y de larga duración, enfatizando el sentido del cambio cultural ocurrido entre 1750

y 1850, periodo que para el autor marca el nacimiento de la modernidad y que denomina *sattelzeit*.

Koselleck es también el autor de *Futuro y Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (aparecida en 1979 y traducida al español en 1993). Allí sostiene que para el ámbito de la lengua alemana se puede mostrar que, desde 1970 aproximadamente, surgió una cantidad de nuevos significados para palabras antiguas y neologismos que modificaron, junto con la economía lingüística, todo el ámbito social y político de la experiencia y fijaron un nuevo horizonte de espera. Entiende, entonces, que los conceptos son registros de la realidad y, a la vez factores de cambio de la misma, ya que con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la experiencia pensable.

En la medida de que los conceptos sirven para articular significativamente las diversas experiencias sociales y forman redes discursivas que cruzan las épocas y trascienden las esferas de sociabilidad inmediata, son capaces de indicar las variaciones estructurales, siendo al mismo tiempo un factor para su constitución. Por esto, la historia de los conceptos puede proporcionar conocimientos que desde el análisis objetivo no se tomarían en consideración, particularmente porque Koselleck se muestra convencido de que no existe ninguna historia que no se haya constituido mediante las experiencias y esperanzas de personas concretas. Sin embargo, en la medida de que un concepto es la cristalización de experiencias históricas, puede eventualmente alterarse, frustrar las expectativas vivenciales en él sedimentadas, ganando así nuevos significados.

Pero en todo caso, la historia conceptual no agota el estudio de la historia social, ya que los hechos sociales y la trama extralingüística rebasan al lenguaje en la medida de que la realización de una acción excede siempre a su mera enunciación o representación simbólica.

No debemos confundir esta propuesta, que se conoce como historia conceptual, con el «conceptualismo» preconizado, por ejemplo, por Joan W. Scott, quien en su libro *Only Paradoxes to Offer. French Feminists and Rights of* (1966) postulaba que el feminismo es manifestación del discurso moderno liberal que lo produjo y la contradicción conceptual entre la proclamación de derechos y el desconocimiento práctico de los mismos. Afirma, por consiguiente, que el feminismo no surgió por la posición social subordinada de las mujeres, sino como resultado de la aparición de las categorías del discurso moderno y de la consiguiente creación de un marco conceptual que permitió pensar dicha subordinación femenina de una manera distinta, es decir, en términos de opresión, desigualdad, etcétera.

Volviendo a Koselleck, añadamos que entiende que la historia se desarrolla en la tensión entre experiencia —pasado «presentizado» en el que se funden racionalidad

y comportamiento inconsciente— y expectativas de futuro —donde se anticipa y «presentiza» el futuro— y todo ello dentro de un contexto social. Además, plantea la bilateralidad de la historia porque piensa que los acontecimientos que forman la experiencia histórica determinan los modos particulares de representación de la misma pero, inversamente, los conceptos a través de los cuales dichos modos se nos presentan en la conciencia no son ajenos a sus resultados. Es destacable su teoría general sobre las formas de la experiencia histórica, las mismas que no se relacionan con ninguna época en particular sino con condiciones *a priori* de la inteligibilidad histórica que remiten entonces al plano de las determinaciones antropológicas y, en última instancia, biológicas. Intenta además reconstruir los modos de enlace de los acontecimientos a partir de las formas de su representación e, inversamente, explicar las formas de la representación histórica a partir de los vínculos efectivos entre los acontecimientos, cuyo soporte último se encontraría en determinaciones antropológicas objetivas.

Este enfoque define tres metodologías históricas fundamentales encarnadas en Heródoto, Polibio y Tucídides, respectivamente, y que se repiten en los más diversos contextos históricos y conceptuales. Cada una de estas metodologías nace de las distintas formas humanas posibles de relacionarse con las estructuras de la temporalidad y que expresan, a su vez, tres maneras diferenciadas de adquisición y pérdida de conocimiento. Koselleck retoma la categorización braudeliana de corta, media y larga duración pero buscando sus fundamentos antropológicos últimos. Así, el *corto plazo* expresa un modo inmediato de experimentar la sucesión de los acontecimientos, propia de los contemporáneos, en su singularidad e irrepetibilidad. El método que le corresponde es el de «la historia que se registra», a la vez que constituye la forma básica y originaria de la conciencia histórica. El *mediano plazo* se liga a la experiencia generacional que permite descubrir patrones y recurrencias entre fenómenos diversos determinados por condiciones estructurales más o menos estables en el tiempo. Solo aquí se puede hablar de un proceso de aprendizaje o ganancia de experiencia. El método es el de «la historia que se desarrolla», que permite conjugar experiencias dispares a un nivel superior de agregación y descubrir reglas de sucesión diacrónica. El *largo plazo* remite más bien a las formas intergeneracionales de adquisición de conocimiento pero también de pérdida del mismo, lo que permite observar cómo las propias condiciones estructurales se modifican. El método es el de «la historia que se reescribe», que permite descubrir la yuxtaposición e imbricación de factores heterogéneos que dan lugar a transformaciones de época en las formas de la experiencia³⁶.

³⁶ Véanse Koselleck (1993); Palti (2001); Sánchez (2000) y Aguirre (2000).

Como puede apreciarse, destaca con claridad la influencia gadameriana a través del empleo de sus nociones de experiencia, horizonte de expectativas, cambio y tradición propios de la neohermenéutica del mencionado filósofo. Asimismo, vemos cómo la noción de contexto, característica del historicismo, reaparece ahora, pero adquiriendo un significado y una función diferente a los de antaño. Al determinismo de las tradiciones y nociones heredadas Koselleck se opone el carácter creativo de la acción subjetiva e inversamente, a la ilusión de una autodeterminación radical del sujeto, que conduce a otra forma de determinismo, enfrenta la existencia de estructuras objetivas de largo plazo que limitan el repertorio de actitudes y orientaciones históricamente disponibles a un sujeto dado. Solo la acción intencional quiebra la repetibilidad de la historia y da sentido a la expresión «hacer la historia». Este nuevo concepto de subjetividad se constituye en uno de los soportes del pensamiento de Koselleck. Además, sostiene la idea de que toda secuencia histórica contiene tanto elementos lineales, es decir, posee unicidad como elementos recurrentes o estructuras de repetición (Koselleck 2001: 35).

En 1967 publicó el manifiesto «*Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit*»³⁷ y define su proyecto metodológico de historia conceptual en base a las siguientes preguntas: ¿hasta qué punto era común el uso del término estudiado?, ¿su sentido era objeto de discusión?, ¿cuál era el espectro social de su uso?, ¿en qué contextos aparece?, ¿a qué otros términos aparece ligado, ya sea como su complemento o como su opuesto?, ¿quién emplea el término y para qué propósitos, a quién se dirige?, ¿por cuánto tiempo estuvo en uso?, ¿cuál era el valor del término dentro de la estructura del lenguaje político y social de la época?, ¿con qué otros términos se superpone? Y con el tiempo, ¿converge con otros términos?³⁸.

Como hemos podido apreciar, esta propuesta pronunciada en el medio académico de Alemania expresa muy bien la búsqueda más reciente de renovación historiográfica.

10.2. CASI LO ÚLTIMO

Se nos presenta tan amplia la variedad de temas y enfoques sobre la historiografía actual que quizá justamente porque nos encontramos en medio, formando parte de su discurrir, es que se hace difícil decantar con algún tipo de probabilidad de acierto dicha heterogeneidad y numerosa variedad, a pesar de que solo persigamos

³⁷ En *Archiv für Begriffsgeschichte* 11 (1967: 81-99).

³⁸ He considerado para estudiar la propuesta de Koselleck la lectura de sus trabajos publicados en español como la excelente introducción de Elías Palti en Koselleck (2001).

hacer un sencillo inventario de lo que ocurre ahora en los predios de Clío. Hecha así nuevamente la aclaración que planteábamos al inicio de este trabajo podremos mencionar, en primer lugar, la importancia adquirida y sostenida de la historia cultural y, dentro de ella, a la historia de las ideas, diferente para algunos, como ya sabemos, de la historia de las mentalidades, dado que la primera sería una suerte de historia del pensamiento formalizado en las propuestas de quienes dejaron establecidas ideas claves en la cultura, en este caso de Occidente, mientras que la segunda tendría como asunto central a las creencias o nociones generales dentro de una sociedad y cultura, incluso en un momento o periodo debidamente acotado. De todas maneras todavía no se advierte un pleno consenso al respecto y hay quienes afirman lo siguiente:

En la llamada historia intelectual se asume que las ideas producen cambios enfatizándose la influencia de las formas de pensar respecto a las condiciones o fuerzas materiales. Ello no quiere decir que las condiciones materiales no puedan ser consideradas en la causalidad histórica sino que las ideas son un más significativo motor del cambio. La historia intelectual tradicionalmente exploraba cómo los grandes libros ejercían influencia sobre otros y así esa 'historia de las ideas' se ha expandido y orientado más allá de los grandes pensadores y ahora incluye virtualmente cada aspecto del pensamiento humano inclusive las opiniones populares y las ideas "irracionales" (Wilson 1999: 73).

También está el nuevo giro adquirido por la otrora llamada historia oral, que más bien ha dado paso a una historia de la memoria o a la atención puesta en la llamada memoria histórica. Asimismo, es de destacar el interés por el abordaje de la historia inmediata debido, entre otras razones, a la ruptura de la valla anteriormente puesta por la infructuosa búsqueda de la «verdad objetiva» del pasado.

De otro lado, pese a que se ha proclamado casi hasta el cansancio el derrumbe de las ideologías, no deja de llamar la atención los esfuerzos puestos en la construcción de los estudios subalternos aplicados en este caso a la historiografía.

10.2.1. Los estudios subalternos

En plena «era de la globalización» algunas propuestas historiográficas difundidas desde Europa o Norteamérica pretenden tener en otros ámbitos sus orígenes, lo mismo que las respuestas que buscan ofrecer. Un ejemplo de ello serían los llamados Estudios Subalternos formulados por historiadores de la India.

En efecto, movimientos sociales y políticos, junto con el cultivo y desarrollo de las identidades, explican cómo relativamente hace poco tiempo se ha tratado de ubicar a la historiografía dentro de los llamados *estudios subalternos*, propuestos desde la llamada teoría postcolonial. También se ha acentuando la importancia

de la construcción y difusión de «memorias alternativas», es decir, desde las «periferias» y así, los llamados estudios subalternos están relacionados a la teoría postcolonial y a los estudios culturales (*Cultural Studies*).

Sobre la teoría postcolonial y su horizonte académico tendríamos que decir que sus nociones básicas son descentramiento y discontinuidad y que su centro de desarrollo ha sido el ámbito académico norteamericano. Puede decirse que se trata de una perspectiva postmoderna que utiliza la dimensión del colonialismo para proyectar una visión escéptica y por eso mismo crítica o abiertamente contradictoria sobre los relatos de razón y libertad propios del paradigma moderno heredado del Iluminismo. Ideas que antes habían sido planteadas por Theodor Adorno y Max Horkheimer en *Dialéctica del iluminismo* en 1944. Said, Bhabha y Spivak son sus principales cultores y, en realidad, se ocupan de las llamadas «culturas fronterizas». Han utilizado como base teórica diversas tesis: de Kant, la que tiene que ver con las mediaciones para la comprensión del objeto; de Hegel, la dialéctica aplicada a la relación del amo y el esclavo y del neomarxismo de corte gramsciano la tesis de la subalternidad.

Aunque hemos dicho que en este trabajo no vamos a referirnos a la historiografía latinoamericana, sino que haríamos alguna referencia en caso de necesidad, consideramos indispensable mencionar, aunque de paso, a la teoría postcolonial, de la cual se dice que no ha encontrado mucha aceptación en Latinoamérica. Pero cuando intelectuales como Fernando Coronil y Walter Mignolo hablan más bien de postoccidentalismo, es decir, una interpelación de la herencia colonial de América Latina, lo hacen inspirados, de alguna forma, en la teoría postcolonial. El libro de Edgardo Lander (compilador), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (2000), ha sido considerado como el manifiesto colectivo de esta perspectiva. El texto mencionado recoge artículos de Santiago Castro Gómez, Fernando Coronil, Enrique Dussel, Arturo Escobar, Edgardo Lander, Francisco López Segrera, Walter Mignolo, Alejandro Moreno y Aníbal Quijano. Se debe tomar en cuenta que Rivera Cusicanqui y Barragán en Bolivia siguen esta perspectiva y que en 1992 se crea en Estados Unidos un grupo de estudios subalternos latinoamericanos que al año siguiente se formaliza en el denominado Latin American Subaltern Studies Group, señalando su ideario en la revista *Boundary*³⁹.

Sin embargo, si bien postcolonialidad y subalternidad están relacionados no son lo mismo, puesto que el discurso postcolonial se entiende entonces como una modalidad académica del postmodernismo y en estrecha relación con otras corrientes de reflexión antihegemónicas, como los estudios culturales o el multiculturalismo.

³⁹ Véase para más detalles Follari y Lanz (1998).

Los estudios culturales surgieron del núcleo promovido por Richard Hoggart, primer director del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos de la Universidad de Birmingham, cuando en ese medio académico había simpatía por el socialismo pero sin base ideológica marxista. En su libro *The Uses of Literacy* (1958), Hoggart estudió la vida de la clase obrera en Inglaterra antes y después de la Segunda Guerra Mundial, para comparar su cultura con aquella general que pudo identificar «en las masas» inglesas durante la misma época.

Raymond Williams, en cambio, tuvo una postura marcada por la ideología marxista, aunque debe aclararse que en actitud crítica frente a la misma, lo que lo llevó a plantear una noción de cultura sustentada en la experiencia vivida por los grupos proletarios ingleses y que expresaba formas de vida y valores compartidos con carácter sustantivo propio. Además, consideraba que los estudios culturales debían tener como objeto a las culturas populares urbanas. Hay que recordar que Edward Thompson también consideraba importante estudiar a las formas culturales vivas de los sectores populares y, amparándose también en un socialismo de corte sarteano, enarbó la idea de darles protagonismo en los estudios acerca de los fenómenos culturales.

Luego, a partir de 1972, tendrá especial importancia la labor desarrollada por Stuart Hall y sus propósitos antisistémicos y contestatarios inspirados particularmente en la obra de los dos últimos autores mencionados, pero postulando nuevos derroteros, en este caso, tomando en cuenta al estructuralismo y también siguiendo los planteamientos del filósofo Louis Althusser y, por consiguiente, subrayando las cuestiones ideológicas y el papel de la cultura como medio de dominación o de resistencia y confrontación.

Los estudios culturales pasaron a Estados Unidos convirtiéndose en un campo transdisciplinario de indagación crítica de los fenómenos culturales, y no solo se institucionalizaron académicamente, sino que se renovó su primer carácter humanista inspirados en la obra de autores como Lyotard y Derrida. En tales condiciones el interés por los estudios culturales llegó a Latinoamérica.

En suma, es posible hablar, en relación a los estudios culturales, de un «giro cultural», en la medida de que se han multiplicado los trabajos sobre dicha materia, especialmente en el mundo de habla inglesa, y también porque una serie de estudiosos que otrora se hubieran considerado como críticos literarios, historiadores del arte o de la ciencia prefieren definirse como historiadores culturales, aunque dentro de sus respectivos campos: cultura visual, cultura científica, etcétera (Cfr.: Burke 2000: 231).

La noción «estudios subalternos» remite a los estudios culturales del grupo *Subaltern Studies*, efectuados en la India por Guha, Spivak, Amin, Chatterjee

y Bhabha, entre otros; tendencia que cuenta, como dijimos, con seguidores en Estados Unidos y algunos países de Latinoamérica.

El grupo mencionado se constituyó a fines de los años setenta alrededor de Ranajit Guha y lo conformaban jóvenes historiadores del sur de la India. Su intención era construir una nueva historiografía despojada de las herencias teóricas y culturales del colonialismo, a partir de la investigación de la experiencia histórica de la India. Se promovía la liberación epistemológica de la propia Historia —en tanto disciplina y conocimiento— respecto al peso y la influencia del colonialismo reflejado en categorías y metodologías que a la vez que no revelaban la acción de los «subalternos» como agentes de la historia reproducían la propia condición de subalternidad.

Se trataba entonces de una recusación abierta del eurocentrismo y Gyan Prakash proponía, hacia 1994, que los estudios de subalternidad debían ser contemplados como una forma de crítica postcolonial. Durante la década del ochenta esta perspectiva se dio a conocer en la publicación periódica *Subaltern Studies*. Allí, desde la historiografía, Guha y Partha Chatterjee revisaron temas como las insurrecciones campesinas, el nacionalismo, etcétera, y emplearon nociones como «diferencia» e «híbrido», las cuales facilitaron la construcción de una visión diferente acerca de la relación entre los imperios europeos y sus antiguas colonias. Asimismo, procedieron a hacer una deconstrucción de la manera cómo con características eurocéntricas se había elaborado una noción acerca de los pueblos y las culturas que habían sido objeto de dominio colonial. A partir de estos conceptos y posiciones se ha llegado a hablar del «intelectual solidario con el discurso de la subalternidad» y, naturalmente, se ha dado enorme importancia al testimonio del propio subalterno, lo que historiográficamente hablando se ha considerado como un cuestionamiento y una forma de subvertir a la metodología eurocéntrica moderna⁴⁰. Sus principales nociones serían las siguientes:

- Posición crítica frente al discurso nacionalista y anticolonialista de la clase política india y frente a la historiografía oficial del proceso independentista.
- Dichas narrativas deben ser vistas como un imaginario colonialista proyectado sobre el pueblo indio por los historiadores y las elites políticas. En consecuencia, se denuncia que la independencia de la India estaba presentada como un proceso anclado en una suerte de «ética universal», pero que, sin embargo, había sido traicionada por los colonizadores británicos, hasta que fue recuperada por Ghandi, Nehru y otros líderes nacionalistas.

⁴⁰ Véanse Bravo (1999); Pajuelo (2001); y Walia (2004).

- El relato del proceso independentista indio como la realización del proyecto cristiano-humanista de redención universal en la práctica significaba el empleo de las mismas figuras discursivas que sirvieron para legitimar al colonialismo europeo en ultramar. Ese discurso no hacía sino ocultar a las hibridaciones culturales, los espacios mixtos y las identidades transversas.

Se trataba también de una crítica o rompimiento con el esencialismo de las narrativas anticolonialistas de la izquierda de los años setenta. Además, el recurso a una supuesta «exterioridad moral» frente a Occidente conllevaba una retórica cristiana de la victimización, según la cual las masas, por el simple hecho de ser oprimidas, aparecían dotadas de una superioridad moral frente al colonizador⁴¹.

Como hemos dicho, alrededor del historiador indio Ranajit Guha surgió y se desarrolló el grupo de estudios subalternos. Guha utiliza el concepto subalterno en su sentido literal, es decir «de rango inferior», para aplicarlo a la denominación del atributo general de subordinación en la sociedad surasiática, ya sea que esté expresado en términos de clase, casta, edad, género, ocupación, o en cualquier otra forma. Considera que la subordinación no puede entenderse excepto como uno de los términos constitutivos de una relación binaria en el que el otro es la dominación, ya que los grupos subalternos están siempre sujetos a la actividad de los grupos que gobiernan, incluso cuando se revelan y sublevan. Su pensamiento está marcado por la influencia del marxismo de Gramsci, las tesis deconstructivistas y el feminismo. Asimismo, toma elementos del psicoanálisis⁴².

Homi Bhabha ha empleado la noción de subalternidad para procurar una comprensión de la cultura y de sus rasgos —imperiales o subalternos—, en vinculación con el poder. Partiendo de la relación «ser-espacio» de Heidegger, contempla que lo heterogéneo y lo híbrido caracterizan a las culturas subalternas. Por consiguiente, se interesa por temas como las relaciones interculturales y las formas de representación que generan, pero sobre todo se pregunta acerca de la representación fronteriza y la forma cómo da cuenta de la metrópoli y de los que habitan un espacio intermedio —que es de explotación y de resistencia—: inmigrantes, refugiados, indígenas, negros, homosexuales. Denuncia los objetivos del discurso colonial que serían construir al colonizado como un grupo inferior por diversas razones, particularmente de carácter racial y, a través de este instrumento, justificar, mantener y desarrollar su dominio. Esta noción del dominio colonial está imbricada en un sistema de representación, del que depende estrechamente, entendido como un aparato de poder: postula, por tanto, que el discurso colonial

⁴¹ Véanse Castro Gómez (1998) y Bermúdez-Gallegos (2002).

⁴² Véase Guha ([1982] 1992).

construye el «conocimiento» oficial de los pueblos sometidos, conocimiento que autoriza las intervenciones de poder y las formas de control imperial, que establece o subraya las diferencias raciales, y que produce, en fin, un colonizado plenamente representable y conceptualmente «utilizable». Luego de realizar numerosas publicaciones a lo largo de la década del ochenta, revisó y reunió sus trabajos más importantes en el voluminoso texto *The Location of Culture* (1994). Conceptos como ambivalencia, estereotipo, mimetismo e hibridación han sido utilizados, desarrollados y popularizados por Bhabha en las ciencias sociales.

En el caso de Gayatri Spivak, especialista en teoría y crítica literaria, hay que señalar que partió de las tesis formuladas por Derrida para indicar que el «sujeto colonial» fue creado por el imperio y que la violencia que supone dicha elaboración se expresa en una homogeneidad que oculta una dimensión de heterogeneidades⁴³. En 1999 publicó *A Critique of Postcolonial Reason: Towards a History of the Vanishing Present*.

Edward Said es uno de los representantes de estas tendencias, ya que en su libro *Orientalismo*, escrito en 1973, tomando como referente el caso concreto de la India, plantea que la idea de que Oriente está proyectada desde Occidente en condiciones de dominio y voluntad de control y gobierno de este sobre el primero. Es decir, se refiere a la construcción occidental del discurso orientalista y también plantea los temas de la identidad —obviamente, desde su experiencia personal de marginalidad— y el papel del intelectual. Las ideas de Said han sido vistas en el marco de la conciencia crítica moderna de Descartes y Kant, en tanto señalaron la centralidad de la intuición, la subjetividad o el lenguaje para efectos de la construcción y conocimiento de lo real. Luego serán Schopenhauer y Nietzsche, y después Heidegger y Wittgenstein, quienes llamarán la atención acerca de que es el lenguaje el que condiciona e impone las visiones del mundo. Entre las críticas que se le han formulado está aquella que señala que si bien parece convincente su denuncia de la poca autenticidad del «orientalismo», Said no ha ofrecido la visión que sustituya a dicha noción⁴⁴.

La propuesta de este autor que señala y cuestiona la representación imperial de la India fue hecha en el horizonte postcolonial, a partir del cese del dominio colonial británico en 1947. Cuando en 1993 publicó *Cultura e imperialismo* consideró la dialéctica hegeliana del amo y el esclavo y los estudios sobre subalternidad de Guha, Spivak, Amin y Chatterjee, desplazando la noción de construcción de

⁴³ Véanse Bravo (1999) y Said (1990).

⁴⁴ Como lo menciona Bravo (1989: 1-2) esta idea de la construcción occidental de un concepto sobre una realidad que es diferente a su cultura, obviamente sin el contexto de los «estudios subalternos», fue planteada por Alfonso Reyes en *La última Tulé* (1942) y Edmundo O'Gorman en *La Invención de América* (1958). Véanse Said (1990) y Durán (2003).

la representación por la de relato —toda forma de inteligibilidad es un relato que establece las determinaciones del sentido puesto que en realidad, se trata de un relato-representación que establece estructuras de dominio. Su noción de identidad está formulada en perspectiva histórica, ya que admite que está sujeta a transformaciones. Todas estas ideas fluyen en Said a partir de las teorías de Lyotard y Jameson—, pero su pensamiento también parece marcado por Foucault, a pesar de que le critica la falta de un compromiso político.

Pero hay que mencionar que se le ha criticado por no haber señalado de manera precisa y explícita una alternativa de representación. Sin embargo, no puede decirse que rechaza de manera radical al método empírico, sino que al acudir al lenguaje y a los símbolos permite ampliar la perspectiva del historiador (Walia 2004: 27-28). Escribió más de quince libros, que en su mayoría han sido traducidos a varias lenguas. Además de los mencionados líneas arriba, algunos de sus trabajos traducidos al castellano son: *El mundo, el texto y el crítico* (1983); *Cultura e imperialismo* (1993) *Representaciones del intelectual* (1994); *Gaza y Jericó: "pax americana"* (1995); *Palestina: paz sin territorios* (1996); *Política y Cultura* (2001); *Reflexiones en el exilio* (2001); *Crónicas palestinas* (2002); y *Fuera de lugar* (2002).

Deconstruyó y analizó el discurso colonialista acerca de Oriente y lo rastrea desde el siglo XVIII, tanto en los predio académicos, así como en el imaginario occidental y consideró, asimismo, que el binomio poder-conocimiento nunca es neutral y que las ciencias lo reflejan implícitamente. Las representaciones registradas en los textos hacen ver al oriental como primitivo, irracional y exótico frente a su opuesto el occidental (Duraán 2003: 239).

En líneas generales, debemos apuntar que se considera que la subalternidad, los estudios culturales y la teoría postcolonial son fruto de la postmodernidad que trajeron profundos cuestionamientos acerca de los fundamentos de su propio origen. Las principales observaciones fueron:

- Rechazo de los múltiples legados cognoscitivos y socioculturales del colonialismo: eurocentrismo, racialismo (como instrumento de segmentación y legitimación del colonialismo).
- Cuestionamiento de la pretensión de «objetividad» y «universalidad» de las formas de conocimiento institucionalizadas como ciencias en el transcurso del proceso de conquista y colonización del mundo no europeo.
- Cuestionamiento de las estrechas conexiones entre poder, conocimiento y distribución territorial del mundo con Europa como centro establecidos como parte del colonialismo.

- Búsqueda de ruptura y descentramiento geo-cultural del *locus* de enunciación del conocimiento desde Occidente a otras regiones postcoloniales del mundo.
- Búsqueda de formulación de un conocimiento capaz de dar cuenta de la *agencia* histórica de los sujetos y comunidades subalternizadas por la colonización (Pajuelo 2001: 7-8).

10.2.2. La historia inmediata

La historiografía de nuestro tiempo ha dado un importante giro renovador que está relacionado con el conjunto de transformaciones de la llamada postmodernidad. Allí se inscriben también los cambios hermenéuticos y epistemológicos que todavía están dando forma a la historiografía actual. En tales condiciones hablamos ahora de la historia inmediata, historia contemporánea o del tiempo presente, aunque debemos puntualizar que las denominaciones, identificaciones o las distinciones que supo en estos apelativos varían según países e investigadores. Por más de vanguardia que parezcan, estas historiografías también fueron practicadas en la Antigüedad clásica por los padres de nuestra disciplina y más de mil años después por los historiadores que trataron, por ejemplo, los procesos de emancipación en la segunda mitad del siglo XIX y primera parte del siglo siguiente, por citar lo ocurrido en América Latina. Debemos señalar que en la época actual la noción de «historia inmediata» fue popularizada por Jean Lacouture en la década de los sesenta⁴⁵.

Desde una perspectiva sociopolítica, las preocupaciones que han llevado en nuestro tiempo a desarrollar una historia inmediata, pese a que con ello se rompía el canon positivista y de la Escuela Metódica, tienen mucho que ver con el contexto marcado por el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y los cambios en la geopolítica europea de la posguerra cuando surgió la necesidad de comprender y encontrar el sentido a un conjunto de sucesos entre los que se cuentan los regímenes totalitarios, las resistencias y los colaboracionismos, el Holocausto, etcétera. En esta línea no hay que olvidar que también en la Antigüedad occidental Heródoto o Tucídides también escribieron historia inmediata para responder a situaciones de crisis derivadas del desarrollo de cruentas guerras, sin que lo dicho deba tomarse como una suerte de explicación determinista para el entendimiento de cierto quehacer historiográfico.

⁴⁵ Reportero del *Monde* y del *Nouvel Observateur*. Creó la colección *L'Histoire Immédiate* de la editorial Le Seuil.

Ha favorecido al desarrollo de la llamada historia inmediata la desclasificación de documentos oficiales, la formación de nuevos archivos como de repositorios de testimonios de índole no documental, unidos al interés de grupos particulares organizados para quienes un propósito, por lo general central, es el acceso a información y la configuración de narrativas históricas alternativas y eminentemente críticas frente a las llamadas historias oficiales, sobre todo en relación a sucesos traumáticos o particularmente espinosos para todo o parte del cuerpo social. Aunque también debe contemplarse la configuración o la reconfiguración de identidades ya no necesariamente nacionales sino de carácter regional que buscan elementos en los que asentarse apelando al pasado lejano o cercano.

En el siglo XIX en Francia, Ernest Lavisse es un hito en el largo camino del interés de la historiografía francesa por la historia inmediata. Fue el autor de *Histoire contemporaine depuis la Révolution jusqu'à la paix de 1919*, publicada entre 1920 y 1922, la cual ha sido señalada como su obra más importante. Como se sabe, este autor cultivó una historiografía tradicional, la de la Escuela Metódica, por lo que queda claro que la historia inmediata a la que nos referimos en este apartado no corresponde sino más bien al siglo XX.

Efectivamente, en las primeras décadas del siglo XX algunos trabajos como los de Marc Bloch y Pierre Renouvin acerca de la Primera Guerra Mundial no pueden si no ser calificados como antecesores de la historia inmediata de nuestros días y más adelante, cuando todavía no había terminado la Segunda Guerra, se comenzó a incentivar la investigación de temas como la historia de la resistencia. Así, en octubre de 1944 se creó una Comisión de Historia con el propósito de elaborarla y, al año siguiente, se instaló un Comité de Historia de la Guerra, base del posterior Comité de Historia de la Segunda Guerra Mundial.

En 1947 se creó en Munich un Instituto de Historia Inmediata y lo propio se hizo en 1986 en Inglaterra. En la década de 1950 se editaron las actas de los juicios de Nüremberg y otros documentos. En 1947, Friedrich Meinecke publicó *Die deutsche Katastrophe* y ese mismo año apareció *Europa und die deutsche Frage*, de Gerhard Ritter, pero estos deben considerarse trabajos pioneros, ya que una investigación más continua y sistemática sobre el periodo de Weimar, el Tercer Reich, el desarrollo de la Segunda Guerra y las políticas y características del régimen nazi debieron aguardar unos años más para iniciar su desarrollo en Alemania. Así se llega hasta las décadas de 1960 y 1970, cuando ya se harán estudios sobre el periodo posterior a la guerra y se tratarán problemas como la creación de la Alemania Oriental y Occidental, entre otros. Algo similar a lo descrito ocurrió en Holanda (1945) y, con bastante retraso, en Austria (1963 y 1966) y en Bélgica (1966).

En 1947 se celebró en París la Conferencia Europea de las Comisiones Históricas Judías. En la llamada Comisión Central, presidida por el historiador Philip Friedmann, se agrupaban los historiadores judíos procedentes de toda Europa y liberados de los campos de deportación, cuyos propósitos inmediatos si bien eran identificar a las víctimas y acopiar pruebas para identificar y procesar a los criminales de guerra nazis, también se proponían establecer las bases para hacer la historia de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial (Pérotin-Dumon 2007: 62-63). Pero, en realidad, todos estos fueron esfuerzos que pueden ser calificados como aislados, puesto que estaban directamente al propósito de ver en perspectiva histórica a los conflictos bélicos mencionados. Recién hacia 1978 la historia inmediata adquiere presencia de manera independiente de la necesidad de hacer un balance de asuntos tan inmediatos como específicos cuando en el *Centre National de la Recherche Scientifique* se crea en Francia el *Institut d'histoire du Temps Présent*.

En Italia recién a comienzos de la década de los años setenta se empezaron a publicar las revistas *Storia contemporanea*, publicada por Renzo De Felice y *Rivista di storia contemporanea* a cargo de Guido Quazza.

En España Julio Aróstegui ha hecho una importante reflexión teórica sobre la historia inmediata y sus posibilidades.

La historia empezó siendo un *relato*, el relato de quien puede decir "vi, senti". Este aspecto de la historia-relato, de la historia-testimonio, nunca dejó de existir en el desarrollo de la ciencia histórica. Paradójicamente, asistimos hoy a la crítica de este tipo de historia mediante la voluntad de sustituir la explicación de la narración, pero también al mismo tiempo al renacimiento de la historia testimonio a través del 'retorno del acontecimiento' vinculado con los nuevos medios con la aparición de periodistas entre los historiadores y con el desarrollo de la 'historia inmediata' (Le Goff 1991: 10-11).

Finalmente, valdría la pena hacer una aclaración: estamos de acuerdo con la idea de que la historia inmediata sería la de los procesos vividos «recientemente», mientras que historia del tiempo presente aludiría a la que se enfoca no solo en la dialéctica pasado-presente, sino en el abordaje de la historia del pasado vivido por los integrantes de nuestra generación⁴⁶. De todas formas ambas, pero sobre todo y en mayor medida la segunda de las mencionadas, otorgan preponderancia a las fuentes orales y a otro tipo de testimonios que no suelen estar simplemente a disposición del historiador, sino que requieren que primero se los organice y

⁴⁶ Véase Regalado (2007).

sistematicamente para alcanzar la condición de fuentes para dicho estudio del pasado inmediato, lo mismo que del más reciente —el pasado del tiempo presente—.

10.2.3. Historiografía de la memoria y del tiempo presente

Si bien Francis Yates con su *Arte de la Memoria (The Art of Memory)*, obra escrita en 1960, causó impacto en la historiografía al tomar a la memoria como tema de estudio y de alguna manera marcar el vínculo entre historia y memoria, debe considerarse la importancia de los trabajos publicados en 1975 de Pierre-Jakez Hélias: *Le Cheval d'orgueil. Mémoires d'un breton du pays bigoudenenn y Montaillou, village occitan de 1294 a 132*; de Emmanuel Le Roy Ladurie, junto con las obras de Jacques Le Goff, *Histoire et Mémoire* (1988) y *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* (1991)⁴⁷. Pero ha sido el historiador francés Henry Rousso quien ha desarrollado una consistente historiografía al respecto. Lo mismo puede decirse de otros connacionales suyos como Pierre Nora, Paul Ricoeur y Michel Vovelle, ya que todos ellos han ofrecido elementos importantes para el establecimiento de la base teórica correspondiente.

Como se puede entender mirando la lista antes mencionada, la historia de la memoria se trazó en Francia en la década de 1980 cuando el crecimiento de una historia oral con tintes antropológicos rehabilitaba la construcción de lo vivido y en el momento en que una sociología de la memoria inaugurada por Halbwachs planteaba la idea de que el recuerdo era un instrumento poderoso de integración social para un grupo o una nación⁴⁸. De esta forma, el historiador empezó a distinguir mejor el rastro y la evocación; la transmisión y la construcción; la tradición y el recuerdo.

Pero es imprescindible anotar que una historiografía basada en los recuerdos de individuos o grupos viene desarrollándose en los países en donde se han producido crisis y un conjunto de eventos traumáticos signados por la violencia, dictaduras, avasallamiento de los derechos humanos, etcétera. Por eso es válido decir que se puede hacer una historia de la memoria pero también tomarla como fuente. En el primer caso se tratará de una historia social de la memoria cuyos objetivos pueden ser: intentar responder a cuestiones como: cuáles son las formas de transmisión de los recuerdos públicos y cómo han cambiado en el tiempo; los usos de esos recuerdos y cómo han cambiado; y, los usos del olvido (Burke 2000: 69).

Paul Ricoeur abordó en *La memoria, la historia y el olvido* los temas contemplados en el título de ese trabajo y en el epílogo trató el asunto de «El perdón

⁴⁷ Puede verse Le Roy Ladurie (1981).

⁴⁸ Véanse Plato (1998); Portelli (1984); y Rioux (1999a).

difficil». En realidad, esta obra contempla una fenomenología de la memoria, una epistemología de la ciencia histórica y una hermenéutica de la conciencia histórica que culmina con una meditación sobre el olvido y el perdón. Las tres partes remiten a una problemática única que es el asunto central de la obra: la representación del pasado.

El autor manifiesta al comienzo las inquietudes que han dado lugar a este trabajo:

- Su convicción de que entre narratividad y temporalidad median la memoria y el olvido, así como el interés que tiene de encarar el problema del «corto circuito» que constituye la relación directa e inmediata entre narratividad y temporalidad (presentada en *Tiempo y Narración* y trabajada también en *Sí mismo como otro*, obra publicada en 1990);
- Su disposición de prolongar una serie de actividades de investigación, docencia y difusión sobre las relaciones entre la memoria y la historia que abarca la mayor parte de la década de los noventa; y,
- Contribuir a la construcción y discusión de la idea de la memoria justa.

En el trabajo al que nos estamos refiriendo, Ricoeur ratificó muchas de sus ideas acerca de la escritura de la historia, hizo también correcciones y amplió algunos conceptos. Inspirado en De Certau reestructuró su pensamiento y elaboró su propia concepción sobre la operación historiográfica considerando en la misma tres fases no consecutivas y solo separables analíticamente: documental, explicativa-comprensiva y representativa⁴⁹.

Es sabido que en la mayoría de las veces el estudio y empleo de la memoria por la disciplina histórica suele llevar a desarrollar la historia del tiempo presente que, a nuestro juicio comprende a la historia inmediata y a la historia del pasado reciente. Estas cuestiones han generado no solo un conjunto de reflexiones de carácter teórico en el seno de disciplinas como la historia y la filosofía, sea de manera separada o en diálogo interdisciplinario, sino que también en la práctica los historiadores vienen recobrando para sí los campos de trabajo de la historia inmediata, del pasado reciente y la memoria territorios en los que señoreaban antropólogos, sociólogos, politólogos, periodistas y literatos. Obviamente, esta historiografía ha sido y sigue siendo materia de debate y la crítica principal referida a la pérdida de objetividad de los historiadores al transitar en los terrenos del pasado reciente y de la memoria tiene que ver también con algo más fundamental: la colisión entre el antiguo y el nuevo paradigma científico. Asunto que

⁴⁹ Véase Vergara (2001).

no corresponde desarrollar aquí de forma puntual y sobre el que hemos tratado en otros trabajos. La salida más sensata para que una historia del tiempo presente no se limite a la mera subjetividad es que sea una elaboración intelectual que convierta lo vivido en discurso histórico —con todos los procedimientos que ello supone— y que la historia vivida pase a ser una «historia registrada», es decir, una historia contada por los historiadores⁵⁰.

La expresión «historia del tiempo presente», según el recuento de Koselleck, apareció en Alemania en el siglo XVII, se afianza en 1880 y la noción no ha dejado de modificarse desde entonces. Comienza con el uso que de él hace el poeta barroco Sigismund von Birken en un himno suyo escrito en 1657 al emperador Matthias y tiene que ver con sus consideraciones teóricas acerca de la relación entre poesía teología e historiografía. Esta historiografía contemporánea se refiere siempre a experiencias y métodos de procesamiento de acontecimientos contemporáneos, propios de una generación, es decir, a la sincronía. Pero también en el siglo XVII, con la misma expresión «historia del tiempo presente», se significó la diacronía. En efecto, en 1691, en su *Diccionario*, Stieler habla de la historia del tiempo como una sucesión. Los historiadores del siglo XIX se ocuparon «del tiempo presente», casi siempre en lecciones y, ocasionalmente, en publicaciones, como Ranke, Droysen o Sybel, para mencionar a historiadores alemanes. Por su parte, Niebuhr o Burckhardt desarrollaron una teoría del tiempo histórico que les permitía insertar a su propio tiempo en una perspectiva a largo plazo y enseñaron a distinguir ese tiempo propio como cualitativamente distinto de los demás.

Desde la Revolución Francesa, y también la aparición del concepto de «modernidad», la «historia del tiempo presente» se ha convertido en un concepto conectivo que se atiene al tiempo más reciente, a nuestro tiempo, que promete actualidad por antonomasia. Aplicado a la realidad sincrónica del pasado inmediato (Koselleck 2001: 129).

Una historiografía referida a la historia inmediata, al manejo de la memoria y a la historia del pasado reciente es la elaborada por Henry Rousso. Debemos mencionar que sus primeros trabajos fueron sobre la historia política y económica del régimen de Vichy, para de ahí emprender una historia de la memoria de la guerra y también la historia de la memoria colectiva. Su campo de investigación actual lo constituyen las relaciones entre historia, derecho y justicia, y la epistemología de la historia del tiempo presente. Entre sus numerosos libros, traducidos también a numerosas lenguas, se encuentran *El Síndrome de Vichy de 1944 hasta nuestros días* (primera edición, 1987); *Les Années noires. Vivre sous l'Occupation* (1992);

⁵⁰ Sobre este asunto véase Regalado (2007).

Vichy, un passé qui ne passe pas (con É. Conan, 1994); *La Hantise du passé. Entretien avec Philippe Peti* (1998), y, *Vichy. L'événement, la mémoire, l'histoire* (2001).

Otro historiador destacable en el abordaje de este tema es Yosef Hayim Yerushalmi, autor de *Zajor: la historia judía y la memoria judía*, obra que se publicó en español el año 2002. También escribió *From Spanish Court to Italian Ghetto*, una historia en torno a la carrera de un médico del siglo XVII, quien pese a su condición de judío converso al cristianismo destacó por su defensa del judaísmo. A través de las peripecias de Isaac Cardoso, Yerushalmi retrató el fenómeno de las masivas instalaciones de judíos en España durante el siglo XVII, el criptojudasmo y el antisemitismo en la península ibérica. Esta obra se tradujo al español en 1989. También está *The Lisbon Massacre of 1506*, trabajo en el que sostuvo que en el exilio —desde la época helenística hasta ahora— los judíos han buscado permanentemente aliarse con el poder, lo cual les ha acarreado el rechazo de las masas.

El mencionado libro *Zajor: la historia judía y la memoria judía* tiene su antecedente específico en un ensayo titulado «Clio and the Jews» y a partir de ambos trabajos es posible afirmar que Yerushalmi se manifiesta como un «ejemplar teorizador de la brecha turbadora y posiblemente irreconciliable entre la memoria judía y la historiografía judía», enfatizando la naturaleza exclusivamente selectiva de la memoria judía (Bloom [1988] 2002: XII). En general, sostiene que el significado en la historia, el recuerdo del pasado y escribir la historia no deben considerarse equivalentes.

Dividido en cuatro capítulos, este libro trata de los avatares de la memoria y la historia judía desde sus orígenes bíblicos y rabínicos hasta nuestra época, pasando por Edad Media y la etapa de la expulsión de España de la población judía.

En el espacio de estos ensayos, no me aventuraré a tratar las relaciones entre la memoria judía y la escritura de la historia judía en todas sus enredadas configuraciones. Y tampoco me propongo intentar una historia de la historiografía judía. Porque no es la escritura de la historia *per se* lo que aquí nos interesa sino la relación de los propios judíos con su pasado, y el lugar del historiador en esa relación. Lo que tengo que decir es, en último término, enteramente personal. Fluye de mi continua preocupación por la naturaleza de mi oficio, pero no pretendo hablar por el gremio. Confío en que, cuando haya terminado, la voluntad personal no parezca meramente arbitraria. Solo añadiría que, como historiador de los judíos aunque ante todo esté yo interesado por el pasado judío, no pienso que las cuestiones que se propondrán estén necesariamente confinadas a la historia judía. Aún así, quizás esta historia las resalte a veces más agudamente de lo que sería posible de otra manera. Y con esto podemos comenzar.

Para aquellos que han sido criados y educados en el Occidente moderno con frecuencia es difícil comprender el hecho de que el interés por la historia, y más

aún, el escribir historia no es un don innato de la civilización humana. Muchas culturas humanas pasadas y presentes no han encontrado una virtud particular en esta dimensión histórica, temporal, de la existencia humana (Yerushalmi 2002: 3).

Como ya hemos afirmado, la historia del tiempo presente, si bien parece hoy una propuesta nueva porque evidencia una ruptura radical con el modelo de la historiografía heredada del siglo XIX, en realidad es tan antigua como nuestra disciplina, pues lo inmediato y lo presente eran los temas de Heródoto, Tucídides y de ahí en adelante habría que añadir muchos nombres. También hay que mencionar que suele reconocerse que la frase de Croce —toda historia es una historia contemporánea—, ha sido la base del reconocimiento moderno de que la escritura de la historia y la percepción del devenir mismo están marcadas por el tiempo presente.

En el siglo XX es de destacar que los cambios ocasionados en el seno de diferentes disciplinas por las propuestas de la neo-hermenéutica en el contexto de los movimientos sociales y políticos ocurridos a partir de la década de 1960. También han tenido lugar en la disciplina histórica y es así que se buscará romper con la rigidez de la tradicional división del tiempo y, sobre todo, en lo concerniente a las relaciones entre sus distintos estratos. Como dijo Aguirre, la actualidad se instala de múltiples formas dentro de los objetos y temas pertinentes y habituales de los estudios históricos. La presentificación de la historia también ha significado una importante «migración» de los especialistas de las ciencias sociales —especialistas del presente— hacia la historia (Aguirre 2000: 36).

Jean-François Soulet⁵¹, aunque es un historiador especialista en historia contemporánea, debe ser considerado como uno de los principales mentores de la historia inmediata en nuestro tiempo. Sin embargo, a nuestro juicio, conforme a la distinción que hemos propuesto entre historia inmediata y del tiempo presente, lo ubicaremos dentro de esta segunda historiografía. Este autor ha señalado los riesgos de la historia inmediata consistentes en volver a reducir la noción de acontecimiento histórico solo a su dimensión política o confundirlo con la anécdota, lo superficial y efímero. Para salvar estos inconvenientes recomienda tomar en cuenta en los acontecimientos su dimensión factual, es decir, que pese a que se nos presenten como novedad en un momento y lugar dados, debemos fijarnos si son capaces de dar cuenta de manera representativa de una porción de historia. Considerar, asimismo, su dimensión sistémica que permitiría ver su funcionalidad o disfuncionalidad al ubicarlos en un sistema global. Advertir de qué manera los

⁵¹ Profesor de la Universidad de Toulouse-Le Mirail. Fundador de la revista semestral *Cahiers d'histoire immédiate* que se empezó a publicar en 1989 y del Grupo de Investigación de Historia Inmediata de la Universidad de Toulouse.

acontecimientos provocan reacciones y producir representaciones en función tanto del inconsciente colectivo como de realidades culturales específicas. Y, finalmente, tomar en cuenta si se los puede inscribir en regularidades que permitan asociar o identificar el acontecimiento con otros más lejanos (Soulet 1994: 78 y ss.).

También puede mencionarse a Raphael Samuel, fundador de *History Workshop Journal*, quien en su *Theatres of Memory*, publicado en dos volúmenes (1994 y 1998), cubre una multitud de tópicos para estudiar la forma cómo el pasado ha sido manipulado en el arte y la política y cómo ha sido consumido, de manera tal que se ha llegado al extremo de que el interés por la herencia o el patrimonio reflejan a veces, simplemente una nostalgia obsesiva.

10.3. CONCLUSIONES

El siglo XX ha sido para la historiografía una época en la que los cambios y transformaciones son de dos tipos: moderados y radicales. Resulta evidente que los nuevos problemas de la historia fueron lo cuantitativo, la historia conceptualizante, la historia antes de la escritura —la de los pueblos sin historia—, la aculturación, la historia ideológica, la historia marxista, etcétera. Las nuevas aproximaciones mostraron su relación con diversas disciplinas, como arqueología, economía, demografía, antropología religiosa y con los nuevos métodos aplicados en la historia de la literatura, el arte, las ciencias y la política. Los nuevos objetos fueron el clima, el inconsciente, la mentalidad, la lengua, el libro, el cuerpo, el cine, la opinión pública, la fiesta, entre otros (Le Goff 1991: 127). De otro lado, aproximadamente en el último tercio del siglo XX, la historiografía francesa, que había alcanzado cotas de gran importancia desde la tercera década, hasta ese momento dejará de cumplir un rol central en el desarrollo y los cambios en la historiografía de Occidente y deberá compartir importancia con perspectivas variadas provenientes de la propia disciplina y de otras formulados en ámbitos académicos diferentes.

Efectivamente, entre los parámetros constituidos por la influencia de la historiografía germánica, que va desde el último tercio del siglo XIX hasta concluir la tercera década del siglo siguiente, y la multifacética historiografía actual debemos situar el predominio de la historiografía francesa de los *Annales* en sus tres primeras etapas, si se sigue una periodización de la revista y el movimiento de los analistas que se suele emplear frecuentemente: el desenvolvimiento de la historiografía anglosajona fuertemente marcada por el marxismo (ortodoxo y heterodoxo), la microhistoria italiana en sus modalidades socioeconómica y cultural y la renovada historia social alemana.

De cualquier manera, al llegar al final del siglo y volver la mirada hacia atrás observamos, situados en un periodo que se entiende crítico tanto para las ciencias

en general cuanto para la historiografía, que el viejo positivismo ha seguido dejando su huella en nuestros trabajos, casi a lo largo de toda la centuria y que la persistencia del viejo paradigma historiográfico hace difícil establecer la medida de las transformaciones, sobre todo las ocurridas en el último tercio del siglo XX.

[...] en medio de las fracturas que operan de forma evidente en la disciplina, creo que sería posible establecer un principio separador de las distintas corrientes que subsisten y se desarrollan hoy día como correlato de la equivalente fragmentación en la línea del tiempo que padecen la ciencia y el pensamiento en su conjunto, de un lado, y las estructuras sociales modernas de otro. Una ruptura que tiene mucho que ver, pues, con la fisura que parece haberse abierto entre un pasado muy reciente y una actualidad que se aleja de los principios sobre los cuales se había asentado el mundo occidental hasta las décadas de los setenta y ochenta. En consecuencia, estimo factible la distinción entre, en un extremo, formas presentes de hacer historia, de tradición moderna, en constante alejamiento con respecto a la actualidad, y, en el otro, ciertos modelos historiográficos, situados entre la novedad y la moda, que sí son específicamente contemporáneos, nos guste o no, por cuanto responden de algún modo a las nuevas condiciones cognitivas y de sociabilidad impuestas por ese fenómeno general que denominamos postmodernidad (Vidal Jiménez 1999-2000: 3).

Se ha insistido en reflexionar sobre nuestro andamiaje teórico y metodológico, a la vez que se ha dotado a la noción de historicidad de un contenido más rico y, por cierto, a estas alturas, diferente al de sus orígenes, puesto que ahora se enfatiza la interpretación. Ciertamente, de haber sido entendida en Francia hacia 1872 como una categoría de lo real, la noción de historicidad se desprendió de su vínculo con el historicismo para, en la segunda mitad del siglo XX, alcanzar importancia en la renovación epistemológica, puesto que el plano teórico no solo permitió rechazar la idea de «sociedades sin historia», sino que obligaba a admitir que hay una historicidad de la historia que vincula una práctica interpretativa con una práctica social. Se requería entonces ejercitar una autorreflexión sobre el propio quehacer historiográfico y admitir que nuestra actividad comporta la proyección de nuestras categorías culturales sobre historias diversas por la naturaleza también diferente y variada de las sociedades y mentalidades que forman parte de Occidente y fuera de él.

Por consiguiente, el interés histórico no se orienta solo hacia los fenómenos históricos, sino que también se considera el efecto de las obras históricas y del conocimiento histórico en la historia misma. Por ejemplo en el pensamiento, la configuración de la tradición y la memoria, las identidades, etcétera, lo que implica la necesidad de un ejercicio constante de estudio y reflexión de la práctica historiográfica. Es lo que Gadamer llamaba «historia efectual», una relación

en la que la realidad de la historia persiste igual que la realidad del comprender histórico. En otras palabras, el efecto de los fenómenos históricos o las obras historiográficas en la historia. Lo que para este pensador constituía el verdadero objeto de la historia (Gadamer 1991:370).

La nueva historiografía se ha desarrollado considerando dos cuestiones. Una ha sido la relacionada con la materia del sujeto y la otra con el método. En el primer caso, la discusión se ha movido en torno a las nociones de identidad y memoria social. En el segundo han tenido que ver asuntos como la recepción y desarrollo de la historia oral y teorías de la construcción de la narrativa. Aún cuando ha permanecido la idea de que es posible hacer una historia científica, en la década de 1970, junto con la revaloración de la narrativa, bajo perspectivas diferentes a las del siglo XIX e inicios de la vigésima centuria, se demandó prestar especial atención a la actividad y la conciencia humanas y se hicieron observaciones a los determinismos de cualquier género y a las explicaciones fundadas solo en métodos cuantitativos para introducir temas, métodos y preguntas nuevas que permitieran referirse asuntos hasta entonces no tenidos demasiado en cuenta y que se centraban en el hombre o el grupo como sujetos de esa historiografía, por consiguiente, menos estructural (Le Goff 1991: 22; Bentley 2000: 151 y Colomines y Olmos 2000 : 149-150).

APÉNDICE

NOTAS BIOGRÁFICAS

ACOSTA, JOSÉ DE

Antonio de Acosta, vecino de Medina del Campo (España), fue el padre de este cronista que nació en dicha ciudad en 1540. Ingresó muy tierno a la Compañía de Jesús y luego de haber destacado por su elocuencia y piedad, lo que le valió cumplir varios encargos en la Orden en distintas ciudades de España, pasó a América a los 31 años de edad, permaneciendo en el Perú y Nueva España. Recorrió las principales ciudades del virreinato peruano y aprendió la lengua quechua. Junto con otros miembros del clero formó parte del grupo que estuvo en la asesoría y redacción de las ordenanzas toledanas y en 1576 fue nombrado Provincial de los jesuitas en el Perú. Intervino en la redacción y traducción de catecismos y confesionarios en lenguas nativas siguiendo disposiciones del III Concilio Limense.

AGATIAS

Historiador bizantino y hombre de letras, nació en Myrina en Asia Menor, alrededor del año 536 d. C. y muere en Constantinopla aproximadamente entre 582 y 594. Aunque se abrigan dudas respecto a su condición cristiana, también se considera que de haber sido pagano ese carácter no fuera en él tan genuino debido al ambiente que primaba en la época en la que le tocó vivir. También se ha dicho al respecto que había ganado de la cristiandad simplemente las nociones de Dios y religión sobre las que frecuentemente se expresa, pero que no había abrazado sus verdades más significativas. Se educó probablemente en Constantinopla pero vivió en Alejandría desde el año 554 y es allí donde tomó la profesión de Derecho que ejerció exitosamente como defensor.

AGUSTÍN DE HIPONA (SAN AGUSTÍN)

Este obispo de Hipona (África), vivió entre los siglos IV y V de nuestra era y por lo tanto fue contemporáneo de San Jerónimo. Nació en Tagasta (Numidia), aproximadamente en el año 354 y murió en Hipona el año 430. Fue maestro de retórica en África, Roma y Milán y se convirtió al cristianismo gracias a la intervención de San Ambrosio, recibiendo el bautismo en el año 387. Estudió primero a Maudara y luego a Cartago (África del Norte) para prepararse para actuar en el foro. En esa época tomó contacto con los principales textos clásicos, uno de los cuales será *Hortensio* de Cicerón. Queda así inclinado no al estudio de la literatura de la

Antigüedad sino a la revisión de las Sagradas Escrituras y durante unos nueve años se vinculará a la secta de los maniqueos. Pero, al comparar sus propuestas con los textos teológicos y filosóficos, cuando ya contaba con treinta años de edad y había permanecido un tiempo en Roma y en Milán, se sentirá atraído por la doctrina y la oratoria de San Ambrosio.

ANGLERÍA, PEDRO MÁRTIR DE

Considerado como el fundador de la etnografía. Este literato milanés nació en Arona en 1547 en el seno de una ilustre familia milanesa. Fue un humanista de la escuela de Erasmo Silvius y Poggio. En 1488 viaja a España acompañando a Diego Hurtado de Mendoza, Conde de Tendilla, embajador de ese país ante la Santa Sede. Llegó a la península cuando la guerra contra los musulmanes se encontraba en su etapa final e incluso formó parte de las tropas de los Reyes Católicos; poco tiempo después se hizo sacerdote y se convirtió en capellán y consejero de la reina. En 1518 es nombrado miembro del Consejo de Indias y dos años después se convierte en Cronista Mayor de Indias. Su obra cronística sobre América lo ocupó hasta su muerte, ocurrida en Granada en 1526.

ANKERSMIT, FRANKLIN R.

Historiador de origen holandés nacido en 1945. Fue profesor de Historia de las Ideas y Teoría de la Historia en la Universidad de Groninga. Formó parte del comité editorial de la revista *History and Theory* y autor de numerosos libros sobre filosofía y teoría de la historia. De sus numerosos escritos pueden citarse *Narrative Logic: A Semantic Analysis of the Historian's Language* (1983) y *De navel van de geschiedenis: Over interpretatie, representatie e historischede realiteit* (1990).

BHABHA, HOMI

Nació en Bombay en 1949 y estudió en las universidades de Bombay y en el Christ Church College de Oxford, en donde obtuvo su doctorado. Es profesor e investigador en varias universidades estadounidenses como Princeton, Pennsylvania y Chicago. Asimismo, fue profesor de Literatura inglesa y americana en la Universidad de Harvard, así como editor de la revista *October* y consultor de instituciones culturales de Inglaterra y Estados Unidos.

BARONIO, CÉSAR

Religioso italiano nacido en Nápoles, perteneció al Oratorio de San Felipe Neri, llegó a ser cardenal y fue nombrado venerable por la Iglesia. Descendía de una prominente familia napolitana apellidada Barono, pero fue el propio César quien cambió su nombre a la forma romana, es decir, Baronius. Recibió su temprana educación en el seno familiar y en la escuela de Veroli. A los dieciocho años, dada su manifiesta inclinación al trabajo intelectual, fue enviado por su padre a estudiar leyes en Nápoles. Sin embargo, al cabo de varios meses, debido a la guerra franco-española por los dominios en Italia, debió volver a Roma y a partir de 1557 se convirtió en discípulo de César Costa, un maestro en Derecho civil y canónico. Sus investigaciones históricas lo llevaron a la Biblioteca Vaticana, de la que llegó a ser su director.

BERR, HENRI

Nacido en Luneville (Francia) en 1863. Fue filósofo y profesor de Retórica en el Instituto de París. Siguió la carrera de Filosofía en la Escuela Normal Superior y poco después de graduarse obtuvo la cátedra de Letras. En 1898 fue profesor en el Liceo Henri IV y en 1910 propuso al

Colegio de Francia, sin éxito, la creación de una cátedra sobre Teoría e historia de la historia. En 1925 creó el Centre International de Synthèse. Falleció en el año 1954.

BLOCH, MARC

Nació en 1896 en Lyon (Francia). Tras haber participado como voluntario en la resistencia francesa y adquirir responsabilidades mayores en ese movimiento, murió fusilado en un campo de concentración, cerca de su ciudad natal, el 14 de junio de 1944. Hijo de otro historiador, Gustav Bloch, estudió en la Escuela Superior de Francia. A Marc Bloch le tocó vivir épocas cruciales para Francia: cuando ese país desarrolla su imperialismo buscando mercados para su comercio —conquista de Túnez, Ton Kin, Congo, Tchad, etcétera— y, naturalmente, las dos guerras mundiales.

Como Febvre, fue discípulo de Lévy-Bruhl y de Meillet, usó sus conocimientos lingüísticos para desarrollar su método comparativo y tuvo contacto con los escritos de los medievalistas alemanes de la escuela erudita germana, lo mismo que con la sociología de Durkheim y a la geografía de Vidal de la Blanché.

Terminada la Primera Guerra Mundial fue enviado en 1919 junto con otros colegas a la Universidad de Estrasburgo, donde practicará la docencia y la investigación hasta 1936. También dictó clases en colegios de Montpellier y Agelen y asumió la cátedra de Historia Económica en La Sorbona. Durante esa época siguió colaborando con los *Annales* utilizando el seudónimo de Marc Fougères. Fue invitado a dictar clases en Madrid, Gante y Oslo. Durante la gestión de Petain fue separado de la Universidad de Estrasburgo y emigró al sur para enseñar en las universidades de Montpellier y Clermont Ferrand. Su permanencia y trabajo en Francia durante el llamado régimen de Vichy, rechazando la oferta de la New School for Social Research de Nueva York se debió a que no consiguió poder llevar consigo a su familia completa, es decir, a sus hijos mayores.

BODIN, JEAN (JUAN BODINO)

Pensador y hombre de Derecho francés (nació en 1530 y murió en 1596) que estudió en Toulouse. Fue amigo y consejero de Enrique III, Procurador General de Justicia y abogado del Parlamento. En medio del enfrentamiento entre católicos y protestantes propuso la tolerancia religiosa y el fortalecimiento del Estado. Sustentando estas ideas publicó *Los seis libros de la República* (1576) y acuñó el concepto de *soberanía* como el poder único, perpetuo e indivisible capaz de poner orden en un Estado e impedir la guerra interna. Además de sus escritos sobre materia histórica destacan también sus apreciaciones referidas a la economía y los precios.

BOSSUET, JACQUES – BÉNIGNE

Teólogo católico y pensador francés, nació en Dijon en 1627 y murió en París en 1704. Se doctoró en Teología con estudios hechos en Navarra, fue obispo en Metz y llegó a ser preceptor del monarca Luis XV. Reconocido como excelente orador, siempre tuvo una postura intransigente contra los protestantes y también defendió el origen divino de la monarquía francesa y la autonomía de la Iglesia de Francia, lo que manifestó en sus discursos, sus escritos y acciones. En 1671 fue incorporado a la Academia francesa. Destacó por su participación en el debate acerca del quietismo, doctrina que plantea dejar la propia voluntad en manos de Dios. Después de su muerte se editó en 1709 una obra que había dejado inconclusa: *Politique tirée des propres paroles de l'Écriture Sainte*.

BRAUDEL, FERNAND

Nació en Francia en Ornois, región de Lorena, en 1902. Fue hijo de un profesor de escuela en París. Cuando era niño cada verano iba a vivir al campo, a casa de su abuela, lo que le permitió familiarizarse tempranamente con la vida agrícola y campesina. Estudió en el Liceo Voltaire y la carrera de Historia en La Sorbona. Al parecer esta fue una decisión de transacción con su padre, pues Braudel deseaba entonces abrazar la carrera de medicina. Lo cierto es que en 1922, a los veinte años, terminó su carrera y a partir de entonces se desempeñó como profesor durante nueve años, entre 1923 y 1932, en Constantine y Argel, en institutos de segunda enseñanza. Su actividad al norte de África le permitió un singular contacto no solo con otra cultura sino con un mar Mediterráneo «visto al revés», desde el África y el Sahara. En este periodo frecuente, durante sus vacaciones, el archivo de Simancas.

Luego se desempeñará como docente en dos liceos en París y en la Facultad de Letras de la Universidad de Sao Paulo (Brasil), pues junto con Lévi-Strauss y otros dos estudiosos formó parte en 1935 de la misión francesa que debía dar vida a dicho centro de estudios. Regresa a Francia en 1938 y ocupa un cargo en la dirección de estudios de la Escuela de Altos Estudios y traba amistad muy cercana con Lucien Febvre. Durante la Segunda Guerra Mundial fue capturado por los alemanes y confinado en un campo de prisioneros en Lübeck, al norte de Hamburgo. Estando prisionero entre 1939 y 1945 redactó su tesis doctoral. Colaboró muy activamente en la publicación de dos revistas: *Revue Historique* y *Revue Africaine* y desde 1946 fue uno de los directores de la revista *Anales*, que fundaran Bloch y Febvre. Falleció en 1985.

BRUNI, LEONARDO

Humanista italiano y canciller de Florencia. Fue llamado también Leonardo Aretino por haber nacido en Arezzo, en el año 1369. Sirvió al Papa Inocencio III y también participó en el Concilio de Constanza, al lado de un antipapa. En lengua vulgar escribió una *Vida de Dante* y una *Vida de Tetrarca*, además de otros trabajos. Promovió la traducción del griego de las obras de Platón y Aristóteles y ello le significó desarrollar entre 1436 y 1439 un intenso debate con el obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, en relación a la manera cómo debía traducirse la *Ética* de Aristóteles. Falleció en Florencia en 1444.

BUCKLE, HENRY THOMAS

Nació en Lee (Kent) en 1821 y murió en 1862 en Damasco. Historiador de la cultura y erudito. Historiador y sociólogo positivista a quien se debe considerar como representante del determinismo geográfico. Hay que destacar que resaltó la importancia de las estadísticas, sus leyes y regularidades en la sociedad. El libro *Investigaciones sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* de Adam Smith fue considerado por Buckle como el libro más importante escrito hasta ese momento.

BURCKHARDT, JACOBO

Nació en Basilea (1818-1897) en el seno de una familia calvinista pero, finalmente, hizo suyo al pensamiento liberal. Su perfil fue el de un viajero observador y estudioso del arte, la historia, la música y el dibujo. Entre 1839 y 1843 se instaló en Berlín y fue discípulo de Ranke. Más tarde pasó dos años en Italia. Desde 1858 hasta poco antes de su muerte enseñó en la Universidad de Basilea, dedicándose al estudio de la civilización griega y al Renacimiento italiano, habiendo sido profesor de Historia del Arte y Arquitectura.

BURKE, EDMUND

Uno de los grandes teóricos del conservadurismo político, pensador político y parlamentario. Nació en Dublín (Irlanda) en 1729. Estudió artes liberales en Dublín y Derecho en Londres. Su primer trabajo, *Una vindicación de la sociedad natural* (1756), fue considerada originalmente como una publicación anónima. En 1757 Burke produjo una versión revisada con un nuevo prefacio pero tampoco puso su firma en el trabajo. La *Vindicación* es una sátira política y social donde ridiculiza la noción del Iluminismo acerca de una «sociedad natural y precivilizada». En 1790 escribió *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*. Falleció en 1799.

BURKE, PETER

Historiador inglés de la cultura nacido en Brigs, Asa en 1921. Antes de realizar sus estudios universitarios hizo servicio militar en Singapur, lo que, según declaración propia, fue su primera experiencia de contacto intercultural. Estudió en el St. John College de Oxford a fines de la década de 1950 y en 1962 se incorporó al St. Anthony College de la Universidad de Sussex. Allí realizó actividad docente y compartió con estudiantes de posgrado latinoamericanos, uno de los cuales había sido discípulo de Chaunu y fue ese contacto el que le permitió profundizar su conocimiento acerca de la llamada corriente de los *Annales*. Con sus colegas profesores tuvo contacto interdisciplinar, y a través de *History Workshop* tuvo contacto con historiadores de izquierda. Invitado por Lawrence Stone, pasó en 1967 a Princeton y en su Instituto de Estudios Avanzados vivió nuevamente la experiencia de interdisciplinaria. Desde 1979 es miembro del Emmanuel Collage y profesor en la Universidad de Cambridge. Está casado con una historiadora brasileña.

CARLYLE, THOMAS

Ensayista e historiador escocés. Nació en Ecclefechan en 1795 y murió en Londres en 1881. Estudió Teología y Leyes en la Universidad de Edimburgo. Establecido en Londres tras de haber contraído matrimonio escribió su *Historia de la Revolución francesa* (1837). Entre otros trabajos se cuenta alguno de carácter ficcional y una autobiografía titulada *Recuerdos*, que fue publicada en 1881. Crítico social, fue amigo de John Stuart Mill y de Emerson.

CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS

Nació en Sevilla (España) en 1484. En 1502 llegó a América. Fue inicialmente colonizador (encomendero) y en 1510 se ordenó como sacerdote, siendo después Procurador de los Indios y obispo de Chiapas (México) en 1543. Defendió los derechos de los indígenas, y su pensamiento y actuación generó una corriente reconocida con el nombre de lascasiana. Murió en 1566.

CAYO SALUSTIO CRISPO

Este político romano habría nacido en el año 87 en Amiterno y muerto en Roma en el 34 a. C. Fue un plebeyo de origen sabino, amigo y partidario de Julio César. Al parecer, parte de su riqueza la obtuvo por el desempeño de cargos públicos, como la gobernación de Numidia en el norte de África. Se conoce además que en el año 50 a. C fue expulsado del Senado acusado de inmoralidad, sin embargo, al año siguiente fue repuesto por orden de César. Al morir su mentor se retiró de la vida pública y empezó a escribir.

CAYO SUETONIO TRANQUILIO

Perteneció a la clase alta de Roma, algunos calculan que vivió entre el 75 y 160 y otros entre el 69 y el 126 d. C. Era un gran erudito y un investigador minucioso; dominó la lengua griega y siempre estuvo muy interesado por dicha cultura. Realizó estudios en Roma bajo la protección de Plinio el Joven; trabajó como archivero y fue secretario del prefecto del pretorio del emperador Adriano hasta que cayó en desgracia y se dedicó a la literatura. Se desempeñó como abogado durante el reinado de Trajano. Realizó compendios de ciencias naturales y una serie de biografías que se han perdido.

CEREAU, MICHEL DE

Sacerdote jesuita e intelectual francés. Nació en Chambéry (Saboya) en 1925 y murió en París en 1986. Se le considera un viajero real e intelectual, pues no solo visitó varios países, sino que se movió entre diferentes disciplinas: antropología, lingüística, historia y filosofía. Tuvo una primera etapa de formación en Filosofía, Literatura Clásica, Historia y Teología, ingresa a la Compañía de Jesús en 1950, a la edad de 31 años y se ordenó como sacerdote seis años más tarde. Su deseo fue realizar actividad misionera en China, pero no tuvo oportunidad de cumplir ese propósito. Enseñó en Ginebra entre 1977 y 1978, y en la Universidad de San Diego (California) de 1978 a 1984. En julio de 1984 vuelve para enseñar en Francia. Visitó, además, Brasil, California, Chile, Argentina, México y Canadá. Realizó estudios en Lingüística, especialmente en los campos de semántica, psicoanálisis —fue miembro de la escuela freudiana de París, 1964—, antropología y sociología. Gran conocedor de la obra de Hegel, Heidegger y Wittgenstein y lector de Marx. Fue director de la revista *Christus* y miembro de la Academia Lacaniana de París, interactuando con Foucault y Lévi-Strauss.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, GUILLERMO

Historiador americanista español nacido en Teruel en 1920. Se doctoró en Filosofía y Letras (sección Historia) en 1944 por la Universidad de Madrid y se diplomó en Estudios Americanos por la Universidad de Sevilla en 1944. Diplomado en Estudios Americanos, sustentó su tesis doctoral en la Universidad de Madrid en 1946. Fue uno de los fundadores de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. Ejerció la docencia como catedrático en la Universidad de Sevilla desde 1949. Además de frecuentar la América hispana, desde 1951 hasta el año 2004, en 1959 viajó a Estados Unidos vinculándose a universidades e instituciones especializadas en estudios iberoamericanos, e investigó en la Biblioteca del Congreso en Washington. También fue profesor visitante en la State University Stony Brook de Nueva York y en la Universidad de California, en donde llegó a ser profesor emérito. En 1975 regresó a España y se hizo cargo de la cátedra de Historia de los Descubrimientos Geográficos en la Universidad Complutense de Madrid. Desde 1990 fue miembro de número de la Real Academia de la Historia. Falleció en el año 2006.

CIEZA DE LEÓN, PEDRO

Nació en Llerena (Badajoz) entre 1518 y 1522. Se calcula que salió de España hacia América a los trece años. Estuvo primero en la conquista de Nueva Granada y estuvo a las órdenes del visitador Vadillo, acompañando después a Jorge Robledo. Llegó al Perú durante la rebelión de Gonzalo Pizarro, acudiendo al llamamiento hecho por La Gasca. Se entiende que su familia estuvo involucrada en la actividad mercantil y que ello permitió que Cieza de León recibiera

una educación que le permitió emprender la tarea de escribir sobre América y la gesta de conquista. Empezó a escribir en Popayán en 1541 con lo que dio inicio a su actividad como cronista. Murió en España en 1554.

COMNENO, ANA

Princesa bizantina, hija mayor del Emperador de Constantinopla Alexius I Comneno y de la emperatriz Irene. Es, hasta donde sabemos, la primera mujer historiadora, allá entre los siglos XI y XII y representante del humanismo bizantino, pues colocó en torno suyo a un grupo de intelectuales. Nació en 1083 y, como correspondía a una princesa bizantina, recibió una excelente educación que incluyó a los clásicos griegos, mitología, historia, geografía y filosofía. Casada con Nicéforo Bryenne, Ana se unió en 1118 a una conspiración en la que también participó su esposo, que tenía por objeto colocarla en el trono en el lugar de su hermano. Al fracasar dicha empresa se retiró a un monasterio que había sido fundado por su madre y en dicho refugio escribió su historia. Murió en el año 1148.

CONSTANTINO VII

Emperador e historiador bizantino del siglo X (913-959), corresponde a la época de transición entre el primer y segundo periodo de la historiografía bizantina. Apodado Porfirogénita, que significa «nacido en la púrpura», fue hijo de León VI y Zoe Carbonopsina. Recibió la corona imperial a muy corta edad y cuando estuvo en condiciones de contraer matrimonio se casó con la hija de su regente romano Lecapeno. Dominado por su suegro, fue un continuador de su política en la protección a los pequeños hacendados de Anatolia y de agresión contra los estados musulmanes de Mesopotamia y Siria. Hombre de una cultura amplia, fue artista, científico, arqueólogo y coleccionista de manuscritos. Como parece natural, sus temas preferidos estuvieron relacionados con la marcha del Imperio bizantino, su administración, relaciones exteriores, etcétera. Falleció el 9 de noviembre de 959.

COMMINES, PHILIPPE

Historiógrafo, diplomático y cortesano francés que nació en Flandes en 1445 y murió en 1509 en Argenton. Estuvo primero al servicio de Carlos el Temerario en Borgoña y en 1472 pasó a depender del monarca francés Luis XI, actuando como consejero de ambos. Muerto su segundo mentor, Commines tuvo que padecer prisión durante dos años, pero después volvió a la actividad diplomática desempeñándose como embajador en Venecia.

CHARTIER, ROGER

Historiador francés, autor de numerosas obras sobre la historia cultural del Antiguo Régimen y la Modernidad temprana. Nació en Lyon en 1945. Fue formado intelectualmente en los años sesenta, en el ámbito de la llamada Escuela de los *Annales*. Un historiador importante para su formación fue Denis Richet, autor de un libro sobre las instituciones del Antiguo Régimen. Entre 1969 y 1976 fue asistente en La Sorbona. Es autor de numerosos libros, entre ellos: *El mundo como representación*, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* y *El orden de los libros*. En 1984 fue nombrado director de estudios en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. También es director del centro Alexandre Koyré.

DARNTON, ROBERT

Nació en los Estados Unidos en 1939. Hijo de un reportero del *New York Times* que murió en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial, inició también una carrera periodística desempeñándose como reportero policial de los diarios *The Newark Star Ledger* y *The New York Times*. Se formó como historiador en las universidades de Harvard y Oxford. Es profesor de Historia Moderna de Europa en la cátedra Shelby Cullom Davis, en la Universidad de Princeton. En colaboración con Daniel Roche preparó la edición de *Revolution in Print: The Press in France, 1775-1880*. Está vinculado a la École des Hautes Études en Sciences Sociales y, por consiguiente, a la corriente de los *Annales*, lo mismo que a la antropología simbólica norteamericana.

DELUMEAU, JEAN

Nació en Nantes en 1923. Fue alumno de la Escuela Normal Superior, catedrático de Historia, miembro de la Escuela Francesa de Roma y doctor en Letras. Ha ejercido la enseñanza de la historia en la Escuela Politécnica, en la Universidad de Rennes, en la École des Hautes Études en Sciences Sociales y en la Universidad Paris I de La Sorbona. Ejerció también la docencia en el Colegio de Francia entre 1975 y 1994 ocupando la cátedra de Historia de las Mentalidades Religiosas en el Occidente Moderno. Es miembro de la Académie des inscriptions et belles-lettres.

DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL

Cronista de Indias que nació en la ciudad castellana de Medina del Campo hacia 1495 o 1496, en el seno de una familia modesta. Pasó a América en 1514 y estuvo en el Darién, Yucatán y La Florida, siendo luego soldado de la hueste de Cortés en México. Se benefició con una encomienda en Guatemala y allí escribió su *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*.

DOBB, MAURICE

Nació en Londres el año 1900, en el seno de una familia de pequeños empresarios y por eso probablemente estudió Economía en Charterhouse y en la Universidad de Cambridge. Interesado en la política activa fue integrante del Partido Laborista Independiente, pero después se afilió al Partido Comunista. Formó parte de los consejos editoriales de las revistas *Labour Monthly*, *Modern Quarterly*, *Marxism Quarterly* y *Marxism Today* y fue investigador en la Escuela de Economía de Londres. Su actividad docente la desarrolló en la Universidad de Cambridge. Fue distinguido como miembro del Trinity College de la Universidad de Dublín en 1948, en donde impartió clases de Economía en la década siguiente. Falleció en 1976 en su país natal.

DROYSEN, JOHANN GUSTAV

Historiador, filólogo y político alemán, mentor en el campo de la Historia de la llamada Escuela Prusiana. Nació en Treptow an der Rega (Pomerania) en 1808 y falleció en Berlín en 1884. Político de centro derecha, en 1848 fue elegido miembro del Parlamento de Frankfurt y más tarde fue diputado en la Asamblea Nacional. También ejerció la docencia universitaria en Kiel, Jena y Berlín. Fue discípulo de Hegel y maestro de Dilthey.

DUBY, GEORGES

Nacido en París en 1919, en una familia de artesanos, cursó sus estudios en el instituto de Mâcon (Borgoña). Inició su vida académica en 1942 y algunos años más tarde se incorpora a la Universidad de Lyon. Establecido en Aix-en-Provence creó un centro de estudios medievales. Desde 1970 formó parte del Colegio de Francia, donde ocupó la cátedra de Historia de las Sociedades Medievales hasta 1992. En 1987 fue incorporado a la Academia Francesa. Falleció en Francia en 1996.

DUMÉZIL, GEORGES

Historiador y antropólogo nacido en París en 1898 y fallecido en 1986. En 1925, después de haber escrito su primer trabajo, recibió una propuesta para trasladarse a Turquía para ocupar la cátedra de Historia de las Religiones. Seis años más tarde consiguió el puesto de lector de francés de la Universidad de Upsala, en Suecia, lo que le permitió proseguir con sus estudios sobre la religión germánica antigua. De regreso a su país fue director de la Escuela Práctica de Altos Estudios desde 1935 y profesor del Colegio de Francia entre 1949 y 1968.

EICHHORN, KARL FRIEDRICH

Jurisconsulto y profesor alemán cuya vida transcurrió entre 1781-1854. Fue hijo de un orientalista y se crió en un ambiente intelectual. Estudió leyes en la Universidad de Göttingen y también Ciencias Políticas e Historia. Funda, junto con Con Karl Von Savigny, en 1815, la *Zeitschrift für geschichtliche Rechtswissenschaft*, publicación vocera de la Escuela histórica del Derecho. Entre su obras están *Grundsätze des Kirchenrechts* (1823), *Einleitung in das deutsche Privatrecht mit Einschluss des Lehnrechts* (1821-1823). Impartió cátedra en las Universidades de Frankfurt del Oder, Berlín y Göttingen. Fue un reconocido historiador del Derecho y al terminar su carrera de leyes visitó diversas ciudades como Viena, Wetzlar y Regensburg con el propósito de observar la organización imperial y trabajar en su investigación.

ELIADE, MIRCEA

Nació en Rumanía y murió en Chicago (Estados Unidos) en 1986. Renombrado investigador de las religiones, profesor en la Divinity School y en el Comité sobre Pensamiento Social de la Universidad de Chicago. Autor de numerosos trabajos no solo históricos, sino también literarios, como cuentos, novelas, ensayos, así como estudios sobre filosofía y religión y una incontable cantidad de artículos.

Tuvo pasión por el conocimiento, la lectura y escritura desde su época de estudiante en Bucarest, cuando probablemente escribió su primer artículo «How I Found the Philosopher's Stone!» en 1921 a la edad de catorce años. Obtuvo su grado de Maestría en Filosofía en 1928. Estuvo en la India durante tres años para estudiar su cultura y filosofía en la Universidad de Calcuta. Eliade consideraba que aquella había sido una para él una grandiosa experiencia espiritual. Se doctoró por la Universidad de Bucarest en 1933 con una disertación sobre el yoga y pasó a ser asistente de Nae Ionescu, famoso profesor de Lógica y Metafísica, un intelectual de ideas fascistas.

ELÍAS, NORBERT

Filósofo y sociólogo nacido en Breslau en 1897 y fallecido en Ámsterdam en 1990. Se formó en Alemania —Frankfurt, Heidelberg y Friburgo—. Hizo estudios de medicina, que abandonó

para doctorarse en Filosofía en 1924 y luego para seguir la carrera de Sociología. También fue soldado durante la Primera Guerra Mundial. De origen judío, en 1933 dejó Alemania y se trasladó a Francia para después instalarse en Inglaterra. Más tarde tuvo estancias de trabajo en Frankfurt, París, Londres, Leicester, Ghana y ciudades holandesas. Con conocimientos lingüísticos del alemán, francés, italiano e inglés, realizó comparación sistemática de los casos alemán, francés e inglés. Fue discípulo de Manheim, A. Weber y Husserl.

EUSEBIO

Este obispo de Samosata (Siria), en su tiempo fue también llamado Panfilio o Pánfilo. Este sobrenombre que lo singulariza lo tomó después de la muerte de su maestro y en homenaje a él, ya que hubo hasta cuarenta personas llamadas Eusebio en la historia de la Iglesia contemporáneos a nuestro historiador. Nacido hacia el 260 d. C., murió según algunos hacia el año 371. Otros calculan que falleció mucho antes, hacia el 340, a consecuencia de un ataque que le hizo una mujer «arrianista». En efecto, en momentos en que en la Iglesia de Oriente cundía la herejía que proclamaba que Cristo era solo hombre y no Dios, Eusebio destacó por su oposición a tales ideas, lo que le valió un destierro a Tracia por orden del Constancio. Sus trabajos dieron inicio a una historiografía de la Iglesia.

FEBVRE, LUCIEN

Historiador francés cuya vida transcurrió entre 1878 y 1956. Se sabe que cuatro maestros suyos le dejaron una huella profunda: Paul Vidal de la Blanché, geógrafo que insistía en la interacción e interdependencia entre el hombre y su medio ambiente; Lucien Lévy-Bruhl, filósofo y antropólogo dedicado al estudio de la llamada mentalidad primitiva; Emile Mále, quien estuvo interesado en el estudio de la historia de las imágenes; y el lingüista Antoine Meillet, quien estuvo interesado en los aspectos sociales del lenguaje. Además, y por propia declaración, influyeron en su trabajo: Durey con su *Historia de Grecia y Roma*; Michelet con *Historia de Francia*; Reclus, autor de *Geografía universal*; Burckhardt con *Renacimiento en Italia*; la obra de Stehendam *Historia del arte en Italia* y *Memorias de un turista*, que afirma lo invitaron a la historia psicológica y sentimental. También considera a la obra de Jaurés, *Historia del socialismo*.

Estudió en la Escuela Normal Superior entre 1898 y 1902 y estuvo ligado a las universidades de Dijon y Estrasburgo, lo mismo que a la Universidad Libre de Bruselas, donde dictó durante un año. Cuando pasó a Estrasburgo forma parte del comité de redacción de la *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*. En 1933, parte de dicha ciudad hacia París para integrarse al famoso Colegio de Francia. Más adelante, en 1935, las autoridades francesas le pidieron que dirigiera la *Enciclopedia Francesa*, lo que afianza su vocación interdisciplinaria.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, GONZALO

Este madrileño nació en 1478, en el seno de una familia hidalga. Desde pequeño estuvo al lado de la nobleza y realeza española, lo que más tarde lo llevó a Italia. Su presencia en la corte lo puso en contacto con las Indias, viajando por vez primera a América con la armada de Pedrarias Dávila, con el cargo de escribano de minas. Estuvo en total treinta años en América, intercalando su estancia con viajes a España, en 1513 estuvo en Santo Domingo, donde llegó a ser gobernador perpetuo y también fue gobernador de Cartagena. Desde 1532 fue Cronista Mayor de Indias.

FLAVIO ARRIANO

Historiador, militar y filósofo griego del siglo II. Nació en Asia Menor, en la ciudad de Nicomedia (Bitinia), entre el 85 y 92 d. C. Fue discípulo de Epicteto. Su obra es hasta hoy la mejor fuente para el estudio del reinado del conquistador Alejandro Magno. Estudió en Grecia al lado de Epicteto y producto de esa enseñanza escribirá *Diálogos* y *Manual*. Arriano era un ciudadano, pues aunque se supone que había nacido en el orden ecuestre o en el senatorial, se sabe que había obtenido la ciudadanía romana por su brillante hoja de servicios en la vida política y militar, llegando a destacar sobre todo durante el gobierno de Adriano.

FLAVIO JOSEFO

Este controversial historiador de origen judío nació aproximadamente en el 37-38 d. C., en el seno de una familia influyente, más precisamente de estirpe sacerdotal. Su vida puede ser resumida como la de un hombre de acción, guerrero, estadista y diplomático. Después de la victoria romana que sofocó la rebelión de los judíos en el 66-70 d. C., de haber sido uno de los jefes de la resistencia se transformó en aliado de los romanos, tomando el nombre de Titus Flavius Josephus, debido a que formó parte de la clientela de la familia Flavia. Tras la destrucción de Jerusalén se estableció en Roma, lugar en el que permaneció la mayor parte de su vida y donde escribió sus obras.

FONTANA, JOSEP

Nació en Barcelona en 1931. Catedrático de Historia y director del Instituto Universitario de Historia Jaume Vicens i Vives de la Universitat Pompeu-Fabra. Maestro e investigador de prestigio y una de las figuras de la resistencia democrática al franquismo desde su posición socialista. Se licenció en Historia en la Universidad de Barcelona en 1956 y se doctoró en Historia por la misma universidad en 1970. Ha enseñado Historia Económica y Contemporánea en las universidades de Barcelona, Valencia y en la Universidad Autónoma de Barcelona. En noviembre de 2007 recibió el Premio Nacional de Cultura entregado por la Generalitat.

FOUCAULT, MICHEL

Nació en Poitiers (Francia) el año 1926. Hijo de un médico, estudió en una escuela católica y en 1946 y realizó sus estudios superiores en la Escuela Normal Superior de París. Más tarde enseñó en el Colegio de Francia y también en la Universidad de Túnez. Discípulo de Althusser, ha sido identificado como integrante de un importante grupo de intelectuales franceses estructuralistas conocido como «la banda de los cuatro», junto con el psicoanalista Jaques Lacan, el crítico literario Roland Barthes y el antropólogo Claude Lévi-Strauss. En consecuencia, formó parte de la generación que cuestionó el existencialismo sarteano y revalorizó a Hegel redescubriendo a Nietzsche y a Heidegger. Fue militante del partido comunista, organización de la que se separó en 1951. Falleció en 1984.

FUKUYAMA, FRANCIS

Politólogo norteamericano nacido en Chicago en 1952. Fue un alto funcionario del Departamento de Estado de la administración de George Bush padre. Era además uno de los muchos especialistas dedicados al estudio de la llamada Guerra Fría, enfocado en el asunto de las relaciones de la ex Unión Soviética con las naciones del tercer mundo y Medio Oriente. Al concluir la Guerra Fría y deshacerse la U.R.S.S., Fukuyama optó por nuevas líneas de

investigación, en particular la Filosofía de la Historia, acercándose también a una línea más sociológica, pero desde una perspectiva neoconservadora. Es miembro del Consejo Presidencial sobre la Bioética y catedrático de Economía Política Internacional en la School of Advanced International Studies, Universidad Johns Hopkins.

GARCÍA-BAQUERO, ANTONIO

Historiador español, catedrático de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla, uno de los mayores especialistas en la historia del comercio americano. Nació en Asunción de Alcalá del Río (Sevilla) y falleció en mayo de 2007. Fue presidente de la Fundación de Estudios Taurinos, rector de la UIMP, presidente de la Fundación Española de Historia Moderna y director del Departamento de Historia Moderna de la Universidad de Sevilla. Su afición a la tauromaquia lo impulsó a estudiar el proceso de profesionalización del toreo y de codificación de las tauromaquias.

GIBBON, EDWARD

Nació en abril de 1737 en Putney, condado de Surrey, en el seno de una familia adinerada. Desde muy joven fue un erudito y ávido lector de los textos clásicos. También se interesó por la historia de Oriente. Tras una breve estancia en el *Magdalen College* de Oxford se convirtió al catolicismo, lo que determinó que su padre lo enviara a Lausana para que fuese «re-educado» en el calvinismo. Durante su permanencia en Suiza se concentró en el aprendizaje del griego y el francés, lo mismo que en la reseña de los clásicos y la lectura de textos griegos. En 1758 volvió a Inglaterra y escribió un breve trabajo: *Essai sur l'étude de la littérature*. En posteriores viajes a Lausana conoció a Voltaire e inició correspondencia con muchos ilustrados europeos, pero luego se relacionó más cercanamente con los círculos de Diderot y D'Alembert, sin que cambiara su posición política conservadora y defensora del autoritarismo imperial. Fue miembro del parlamento inglés pero, en realidad, no estaba interesado en la política; en efecto, desde 1774 experimentó una rápida incursión en la política de su país bajo el liderazgo de Lord North. Los últimos viajes que hizo Gibbon a Londres fueron en 1770 tras la muerte de su padre y cuando lo hicieron miembro del Club Londinense, reconocido socialmente como el círculo de los hombres de letras. Murió en dicha ciudad en enero de 1794.

GINZBURG, CARLO

Nació en Turín (Italia) en 1939. Es profesor de la Facultad de Letras de la Universidad de Bologna y también de la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), en la cátedra de Historia Moderna. Sus trabajos han sido traducidos a veintitrés idiomas. La Universidad Juárez Autónoma de Tabasco en México le otorgó un doctorado Honoris Causa en 2003.

GOMBRICH, ERNST HANS

Nació en Viena en 1909 y falleció en el año 2001 en Londres, lugar en donde pasó gran parte de su vida. De origen judío, no fue creyente y se educó en la escuela secundaria Theresianum de Viena. En 1933 se doctoró en Filosofía en la universidad de la mencionada ciudad. Debido a la presencia de los nazis en el poder en 1936 se trasladó a Gran Bretaña, donde ocupó el puesto de asistente de investigación en el Warburg Institute. Durante la Segunda Guerra Mundial fue corresponsal de la BBC. Más adelante, durante la década de los años cincuentas, trabajó en la Universidad de Londres y en el Warburg Institute. En este último no solo fue

investigador sino director. En 1960 fue incorporado a la Academia Británica y en los años siguientes recibió otras distinciones.

GUICCIARDINI, FRANCISCO

Diplomático florentino que nació en 1483 y murió en 1540. Fue estadista, jurista, historiador, profesor de Derecho y embajador de Florencia en la corte de Fernando de Aragón, entre 1512 y 1514, luego gobernador papal en Modena y Reggio, lo mismo que vicario papal. Su participación en la vida pública de Florencia y en la corte papal lo llevó a comandar las tropas de su ciudad y del pontífice de la Iglesia contra Carlos V en 1527.

GUAMAN POMA

Felipe Guaman Poma de Ayala fue el nombre cristiano completo de este cronista indígena, cuyo año de nacimiento resulta incierto —1534, 1535 o hacia 1550—, lo mismo que el lugar que podría haber sido en la región de Huánuco, como también de Lucanas, sitio que se tiene como más seguro. El propio cronista se reclama descendiente de los incas y de los curacas principales de los yarovilcas allauca. Su primera educación está marcada por la presencia de un religioso, el ermitaño Martín de Ayala, quien era su hermanastro. Más adelante trabajó como intérprete al lado del extirpador de idolatrías Cristóbal de Albornoz. En 1600 es desterrado de Huamanga por el corregidor de Lucanas, debido a sus denuncias acerca de las injusticias en dicho corregimiento.

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH

Nació en Stuttgart en 1770 y murió en Berlín en 1831. Filósofo que realizó estudios en las universidades de Tübinga y Jena. Gracias a los recursos económicos heredados de su padre pudo dedicarse de lleno a la labor intelectual. Durante su estadía en la Universidad de Jena escribió *La fenomenología de espíritu*. A partir de 1806 se estableció en Baviera, donde publicó artículos periodísticos. Años más tarde, cuando vivía en Nuremberg, dirigió una escuela de enseñanza secundaria. En 1816 asume la cátedra de Filosofía de la Universidad de Heidelberg. En 1818 se traslada definitivamente a Berlín e ingresa a su universidad, donde permanece enseñando hasta su fallecimiento. *La filosofía del Derecho* es la última obra que escribe. Los apuntes de sus alumnos, junto con sus propias notas de clases, fueron reunidos y publicados después de su muerte. Estos trabajos son los que se conocen como *Lecciones* o *Lecciones de Berlín* y abordan temas como Estética, Filosofía de la Religión, Historia de la Filosofía y Filosofía de la Historia.

HERDER, JOHANN GOTTFRIED VON

Prusiano oriental que vivió entre 1744 y 1803. Perteneció a una generación anterior a la de Rousseau, estudió en Königsberg, donde fue discípulo de Kant. Fue ministro luterano, cercano a Goethe, pero desarrolló su trabajo más bien en el campo de la Filosofía de la Historia. En el ejercicio de su ministerio religioso de tuvo oportunidad viajar y vivir en lugares como Riga, París, Estrasburgo, Hamburgo, Weimar y también estuvo en Italia.

HERÓDOTO

Habría nacido en Halicarnaso (Caria), Asia Menor, en una colonia griega funda por los dorios entre los años 480 o 484 a. C. Se estima la fecha de su muerte después del año 430, en Turio. Aunque se ha planteado que debió nacer alrededor del año 485 y muerto en el 420. También

se afirma que sus padres fueron Lijes y Drio y se conoce que su familia, aunque distinguida, no llegó a ser noble. Inclusive se considera probable que no fuera de origen griego. Tras unirse al grupo que se oponía al tirano Ligdamis, quien gobernaba en Halicarnaso como vasallo de Persia, se vio obligado a vivir un tiempo asilado en Samos, lo que generó su simpatía por dicha ciudad. En el año 443, junto con un grupo de griegos, funda la ciudad de Turio al sur de Italia, lugar donde habría terminado sus días redactado el final de su obra. Aunque se desconocen los motivos específicos de sus numerosos viajes, se sabe que estuvo en Egipto, Cirenaica, Fenicia, Babilonia y atravesó el Mar Negro. Naturalmente también visitó las colonias griegas del Bósforo Cimeriano y de la Cólquida, estuvo entre los escitas, viajó por Tracia y Macedonia. Según parece, dominaba la lengua de los jonios y fue en ella que escribió su obra. Aparentemente, Heródoto escribió por separado un libro sobre los *Hechos Libicos y de los Asirios*, pues así lo dejó anotado en sus *Indagaciones o Nueve Libros de la Historia*.

HERRERA Y TORDESILLAS, ANTONIO DE

Natural de Cuéllar (España), nació en 1549. Su familia estuvo vinculada a personajes de gobierno y alcurnia, y así Herrera pudo ir escribir diversas obras dedicadas a personajes influyentes, lo que finalmente le dio calificación suficiente como para ser nombrado Cronista Mayor de Indias en el año 1596, en la época de Felipe II.

HIMMELFARB, GERTRUDE

Nació en Nueva York en 1922, en el seno de una familia judía. Estudió en Chicago y fue discípula de Hanna Arendt y Leo Strauss. Es profesora emérita de Historia de la Escuela de Graduados de la CUNY (Universidad de la Ciudad de Nueva York). Con su esposo Irving Kristol y William, el hijo de ambos, forma un grupo de intelectuales neoconservadores, pese a que en su juventud Gertrude e Irving estuvieron vinculados a la izquierda radical. El año 2004 recibió la National Humanities Medal otorgada por la presidencia de los Estados Unidos.

HOBBSAWM, ERIC

Historiador británico de origen judío nacido en 1917 en Alejandría. Políglota y cosmopolita, pasó su niñez en Viena después de finalizada la Primera Guerra Mundial. Su adolescencia transcurrió en Berlín, por lo que fue testigo de la llegada de Hitler al poder. En su juventud vivió en Londres y en Cambridge. Fue profesor de la Universidad de Londres hasta su jubilación, y posteriormente de la New School Research de Nueva York. Fue nombrado profesor emérito de Historia Social y Económica del Birkbeck College, Universidad de Londres. Fue profesor visitante en Stanford durante la década de 1960. En 1978 entró a formar parte de la Academia Británica. Fue miembro del Partido Comunista y del grupo de historiadores de dicho partido en Gran Bretaña, hasta 1956, cuando se pronunció en contra de la invasión soviética de Hungría. Durante la Segunda Guerra Mundial sirvió en el ejército británico. Falleció el año 2007.

HUIZINGA, JOHAN

Nació en 1872. Catedrático en Groninga y Leiden, fue presidente de la sección de Humanidades de la Real Academia de Holanda. Inicialmente fue docente en Haarlem y Amsterdam. En 1905 ejerció como profesor de Historia en la Universidad de Groninga, y desde 1915 hasta 1942 en la Universidad de Leiden. Fue miembro de la Academia de Ciencias de Holanda. En

1942, cuando el ejército nazi ocupó Leiden, Huizinga fue hecho prisionero y posteriormente desterrado.

HUMBOLDT, GUILLERMO DE (WILHELM VON HUMBOLDT)

Hombre de letras y diplomático prusiano que nació en 1767 en Potsdam y murió en Berlín en 1835. Se le considera un intelectual muy influyente en diversos campos de la cultura y la política de la Alemania de su época. Hermano del también célebre naturalista y viajero Alexander von Humboldt, Wilhelm fue fundador de la Universidad de Berlín. Estudioso de las lenguas y la política, también se interesó por los temas vinculados a la educación y a la historia.

HUME, DAVID

Fue amigo de Rousseau y nació en 1711 en Edimburgo (Escocia) y murió en ese mismo lugar en 1776. Fue una de las figuras más importantes de la Ilustración. Procedente de una familia sin demasiados recursos, inició estudios de Derecho, pero muy pronto optó por la Filosofía. Escribió numerosos textos correspondientes a dicha materia, así como también de Literatura e Historia. Aunque se formó en el ambiente intelectual de Edimburgo, su paso por Francia fue crucial. Sus ideas controversiales sobre todo en materia religiosa impidieron su incorporación como catedrático en Glasgow y Edimburgo. De 1753 a 1765 se desempeñó como bibliotecario del Colegio de Abogados de Edimburgo.

INCA GARCILASO DE LA VEGA

El mestizo Gómez Suárez de Figueroa fue hijo del capitán Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas y de Isabel Chimpu Oello, mujer perteneciente a la elite incaica. Nació en el Cuzco el 12 de abril de 1539. Vivió veinte años en el Perú y el resto de su existencia transcurrió en España, afincado en Montilla y en Córdoba. Se crió asimilando sus dos tradiciones culturales y después de muerto su padre, quien le dejó algunos medios para que se educase en España, adoptó el nombre de Garcilaso de la Vega. Realizó infructuosas gestiones en la corte madrileña para que se le reconociesen derechos por su noble ascendencia indígena y española. Su vida en la península ibérica transcurre en medio de lecturas y tertulias intelectuales y, finalmente, se dedicará a escribir. Hay testimonios que indican que hacia 1597 era clérigo, aunque nunca llegó a ordenarse como sacerdote. Además se sabe que fue nombrado Mayordomo del Hospital de la Limpia Concepción (o Antón Cabrera) en Córdoba. Por los estudios que realizó y el ambiente de su época se puede afirmar que fue un hombre «del Siglo de Oro».

ISIDORO DE SEVILLA

Nacido en Cartagena, España, alrededor del año 560, murió el 4 de abril del 636. Isidoro era hijo de Severiano y Teodora. Su hermano mayor, Leandro, fue su predecesor inmediato en el Arzobispado de la Sede Metropolitana de Sevilla. Recibió su educación elemental en la escuela de la Catedral de Sevilla. En esta institución, que era la primera de su tipo en España, *el trivium* y *quadrivium* eran materias enseñadas por un cuerpo de hombres doctos. Isidoro se aplicó con tal diligencia a los estudios que en un tiempo notablemente corto dominó latín, griego y hebreo. Su larga permanencia en el Arzobispado de Sevilla se produjo durante un período de cambios y transición cuando las clásicas y antiguas instituciones tomadas del Imperio romano fueron desapareciendo en España y una nueva civilización comenzaba a evolucionar a partir de la mezcla de los diferentes elementos raciales y culturales. Se propuso la tarea de

unir en una nación homogénea a los diversos pueblos que constituían el reino, aprovechando todos los recursos que le ofrecían la religión y la educación.

Presidió las deliberaciones y fue el mentor de la mayoría de las promulgaciones del Cuarto Concilio Nacional de Toledo. A esta magna asamblea, iniciada el 5 diciembre del 633, acudieron todos los obispos de España y gracias a la influencia de Isidoro se promulgó un decreto mandando a todos los obispos a establecer seminarios en sus ciudades, siguiendo las líneas ya existentes de la escuela de Sevilla. Con el espíritu que animó el movimiento educativo de dicha ciudad, se prescribió el estudio de los idiomas griego y hebreo, así como también las artes liberales. También se fomentó el interés en las leyes y la medicina mucho antes de que los árabes despertaran una valoración de la filosofía griega.

JENOFONTE

Nació en Atenas, en el seno de una familia noble, por el año 354 a. C. Fue discípulo de Sócrates, luchó entre los persas y luego en las filas de los espartanos y llegó a ser general de los mercenarios griegos. Se estableció con su familia en Corintios. Debe considerársele un polígrafo, pues escribió diversas obras sobre política, filosofía, literatura, etcétera.

JULIO CÉSAR

Habría nacido en Roma hacia el año 101 a. C., en el seno de una familia aristocrática y murió asesinado en marzo del año 44. Su familia era patricia y recibió una educación completa. Fue educado en Roma, aunque también estudió en Atenas y Rodas, dominando el griego y el latín. Dirigente de la facción popular desarrolla una carrera política que lo coloca en diferentes cargos, hasta llegar a Cónsul y hacerse Dictador. En el año 58 a. C. inicia la campaña de la Guerra de las Galias. Su vida pública fue muy intensa, recibió la administración de Hispania y, después del primer Triunvirato con Pompeyo y Craso, consigue el gobierno de las Galias. En medio de las intrigas políticas de aquel momento se coloca en abierto desacato al Senado y se enfrenta a Pompeyo, vencéndolo en la batalla de Farsalia. Se conoce que fue poeta y orador y se le atribuye la escritura de un tratado de gramática.

KANT, IMMANUEL

Filósofo alemán que nació y vivió (1724-1804) en Königsberg, Prusia oriental, en el seno de una familia modesta. En 1740 ingresó en la Universidad de Königsberg para estudiar Teología y fue allí donde se introdujo en la filosofía racionalista y se interesó por la ciencias naturales, especialmente los planteamientos de Newton, lo que constituyó el periodo inicial de su pensamiento. Más adelante, entre 1770 y 1780, el contacto con el empirismo de Hume le abre nuevas perspectivas que marcan el inicio del desarrollo original de su pensamiento filosófico.

LANGLOIS, CHARLES-VICTOR

Historiador francés de la llamada Escuela Metódica. Nació en Ruán en 1863 y estudió en la École des Chartes. Obtuvo su doctorado en 1887, fue profesor en La Sorbona desde 1909 y a partir de 1913 dirigió el sistema de Archivos Nacionales de Francia. Reputado erudito, documentalista y medievalista, enseñó Paleografía, Bibliografía e Historia de la Edad Media. En 1917 fue incorporado a la Academia de Humanidades, considerando, sin duda, sus aportes a la archivística francesa. Murió en París en el año 1929.

LAVISSE, ERNEST

Historiador francés nacido en 1842 en Nouvion-en-Thiérache y fallecido en París en 1922. Profesor de La Sorbona (1888) y miembro de la Academia (1892), fue también director de la Escuela Normal Superior (1904-1919). Tuvo una breve incursión en la actividad política durante el Segundo Imperio. Varias de sus obras tratan sobre el Imperio germánico, al que estudió en su origen y desarrollo al finalizar la Guerra Franco-Prusiana.

LEVI, GIOVANNI

Nació en Milán en 1939, en el seno de una familia judía de intelectuales antifascistas. Actualmente es profesor en la Universidad Ca'Foscari de Venecia y ha ejercido como profesor en las universidades de Torino-Turín, Viterbo y Pablo de Olavide de España, entre otras. Participó en la dirección de la colección *Microstorie* de la editorial Einaudi y la revista *Quaderni Storici*.

LÉVI-STRAUSS, CLAUDE

Nació en Bruselas en 1908, en el seno de una familia francesa de origen judío, pero alejada de dicha fe y tradición. Estudió Derecho, se interesó por la Filosofía y estuvo en el grupo que colaboró en la fundación de la Facultad de Letras de la Universidad de Sao Paulo. Hacia 1938 inicia trabajos de campo entre los indígenas de Mato Grosso. De regreso a Europa, antes de la Segunda Guerra Mundial, tuvo tiempo de escapar de las manos de los nazis estableciéndose en Estados Unidos, donde frecuentó a Jakobson y a otros lingüistas estructuralistas. De vuelta a Francia, al final de la contienda, se dedicó a la Antropología. Influyeron en su pensamiento Durkheim y Marcel Mauss (Corcuera 2000: 193). Falleció en el año 2009.

LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO

Nacido en 1511 en Gómara, cerca de Soria, lugar en el que también murió hacia 1562. En el transcurso de su vida estuvo en Roma, Argel (participando en la guerra) y Amberes, además fue capellán de la familia de Hernán Cortés. Jamás estuvo en América.

LORD ACTON

Nació en Nápoles el 10 de enero de 1834, cuando su padre Sir Richard Acton se desempeñaba como diplomático, y murió en Bavaria el 10 de junio de 1902. Su madre descendía de los Dalberg, una ilustre y antigua familia católica bávara. Su nombre completo era John Emerich Edward Dalberg-Acton. El futuro historiador recibió una educación extraordinariamente cosmopolita debido a su entorno familiar, y también porque en 1843 fue enviado a estudiar al Colegio de Oscott Birmingham cuando era presidente de ese centro de estudios Nicholas Wiseman. Después de permanecer allí cinco años, Acton fue a completar sus estudios a Munich como discípulo del célebre historiador alemán Döllinger. En su compañía visitó Francia, frecuentando a los más eminentes historiadores de la época. Regresó a Inglaterra en 1859 e ingresó al Parlamento, donde permaneció durante seis años y aunque participó poco en los debates, votaba al lado de los liberales. En 1859 se hizo cargo de la edición del periódico católico *The Rambler*, que años más tarde, en 1862, cambió su nombre por *The Home and Foreign Review*. Fue profesor de Historia Moderna en Cambridge desde 1895 hasta su muerte.

MABILLION, JEAN

Este monje benedictino de la Congregación de Saint-Maur nació en Saint-Pierremont el 23 de noviembre de 1632 y murió en París el 27 de diciembre de 1707. Fue el quinto hijo de Estienne Mabillon y su esposa Jeanne Guérin. A la edad de nueve años fue enviado al lado de un tío que era párroco de Neufville, quien le dio una buena instrucción básica y solventó la continuación de sus estudios. Luego sirvió en la casa del comendador de la Abadía de Tenaiues. En 1650 ingresó al seminario diocesano y tres años más tarde cambió el sacerdocio secular por la Congregación Maurista reformada, donde profesó, después de un año de noviciado, en la Abadía de Saint-Remu de Reims. Se le encomendó la dirección y enseñanza de los novicios, pero debido al deterioro de su salud fue enviado a Nogent y dos años más tarde transferido a la Abadía de Corbie. Allí, como en Nogent, ocupó su tiempo en el estudio de antigüedades mientras realizaba otras tareas. En 1660 pasó a Amiens. En 1701 el rey lo distinguió incorporándolo a la Real Academia, pues pese a que su obra produjo controversias fue reconocido mayoritariamente por sus logros intelectuales. Falleció en París en 1707 y fue enterrado en la capilla de Saint-Germain.

MACAULAY, THOMAS BABINGTON

Historiador y político inglés. Nació en 1800 en Rothley Temple y murió en 1859 en Londres. De pensamiento liberal, incursionó en la política y llegó a ser diputado del partido Whig en la Cámara de los Comunes. Su brillante oratoria se destacó en su defensa de la postura antiesclavista. También fue miembro del Consejo Superior de la India (1834-1838) y ministro de Guerra (1839-1841).

MACFARLANE, ALAN D. J.

Antropólogo e historiador nacido en 1941 en la India, en el seno de una familia inglesa. Educado en Oxford, ha hecho su carrera en Cambridge. Desde su incorporación al King's College de dicha universidad desempeñó hasta 1999, diferentes cargos académico-administrativos. Ha sido director de los proyectos Historia y Computación, lo mismo que de Registros de la Inquisición Portuguesa en el Research Centre del King's College. Su presencia en la televisión y su vinculación a proyectos con empleo de recursos digitales y de Internet dan cuenta de sus inquietudes intelectuales diversas.

MAQUIAVELO, NICOLÁS

Nació en Florencia en 1469 y murió en dicha ciudad en 1527. Fue secretario de la Cancillería del Consejo de los Diez de Florencia entre 1488 y 1512. Al terminar esta gestión sufrió varias carcereras entre 1512 y 1553. Retirado de la corte y terminada su actividad política en su finca campestre de Percussina escribe sobre diversos géneros: novela (*La Mandrágora*), politología (*El Príncipe*, elaborado en 1513 e impreso en 1532), e historia.

MARAVALL, JOSÉ ANTONIO

Historiador español (1911-1986) que estudió Filosofía y Letras en la Universidad de Murcia. Fue catedrático de Pensamiento Político y Social de España en la Universidad Complutense de Madrid, miembro de la Real Academia de Historia, director de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* y parte del cuerpo de redacción de otras publicaciones periódicas. Fue también presidente de la Asociación Española de Ciencias Históricas, así como discípulo

de Ortega y Gasset cuando estudió Ciencias Políticas en la Universidad Central de Madrid. En París fue director del Colegio de España entre 1949 y 1954. Distinguido como ensayista, alcanzó renombre internacional en el campo de la disciplina histórica.

MARCO PORCIO CATÓN

Apodado «El Viejo», fue un romano nacido hacia el año 234 a. C., quien pese a no pertenecer a la aristocracia desempeñó altos cargos públicos. Tuvo además una producción literaria abundante. Aunque fue su intención latinizar a la cultura romana y combatir la influencia griega, no pudo alcanzar dicho propósito.

MARIÑO DE LOVERA, PEDRO

Nació en Pontevedra (Galicia, España) en 1528 y murió en el Perú en 1594. Sus padres fueron Hernán Rodríguez de Lovera y Rivera y Constanza Mariño Marinas de Sotomayor. Después de participar en la guerra contra Francia viajó a América en 1545, primero bajo las órdenes de La Gasca para conseguir la pacificación del Perú y, a partir de 1552, en Chile al lado de Pedro de Valdivia. Más adelante sirvió a García Hurtado de Mendoza y Rodrigo de Quiroga. Avecindado en Valdivia recibió una encomienda y se desempeñó también como corregidor.

MARX, KARL

Filósofo y economista, nació en Tréveris, perteneciente a la entonces Prusia renana. Estudió en Bonn y en Berlín y se doctoró en Jena, en 1841. Fue colaborador y más tarde director de la revista *Rheinische Zeitung*, hasta 1843, cuando se trasladó a París, en donde trabó amistad con Engels.

Conocedor de la filosofía hegeliana, en Francia tuvo más bien oportunidad de conocer el socialismo. Instalado desde 1845 en Bélgica, publicó la *Miseria de la Filosofía* dos años más tarde. Otra vez en París se dedicará a estudiar la economía política inglesa y la obra de Adam Smith y Ricardo. En colaboración con Engels escribió el *Manifiesto* del Partido Comunista. Pasó a Londres en 1849 y junto con Engels se concentró en el estudio de esa nación y familiarización con las condiciones de trabajo fruto de la llamada Revolución Industrial. Su intensa actividad intelectual de entonces lo llevaron a publicar en 1867 la primera edición del primer tomo de *El capital*. Los dos volúmenes restantes serán publicados póstumamente por Engels, en 1885 y 1894, respectivamente.

Más tarde, en 1871, tras los movimientos que llevan a la instalación de la Comuna de París, Marx, además de convertirse en activista, escribe *La guerra civil en Francia*, texto en el que interpreta a la Comuna como un esfuerzo inicial para instaurar la situación que llamaba la dictadura del proletariado. Murió en Inglaterra en 1883.

MICHELET, JULES

Nació en París en 1798. Fue hijo de impresores y se puede decir que su familia fue más bien modesta. Pese a su condición social recibió una instrucción adecuada, la que le permitió desempeñarse desde joven como profesor, aunque también trabajó durante algún tiempo como obrero gráfico. Tuvo a su cargo la cátedra de Historia en el Colegio de Francia, tras haber sido asistente de Guizot. Debido a su postura democrática el régimen de Napoleón III lo separó de la docencia y otros cargos públicos. Falleció en Hyères en 1874.

MOMIGLIANO, ARNALDO DANTE

Historiador italiano que nació en Caraglio y falleció en Londres en 1987. Provenía de una familia de intelectuales judíos de extracción burguesa y de origen piamontés. Realizó sus estudios en la Universidad de Turín, institución en la que se desempeñó como profesor de Griego e Historia de los Judíos, lo mismo que en Roma. Estuvo vinculado en su época juvenil a la *Revista Storica Italiana* y a la *Scuola Normale Superiore* de Pisa. Cuando en 1939 el gobierno italiano impuso leyes antisemitas, Momigliano abandonó su país y se exilió en Inglaterra, donde se dedicó a la investigación y a la enseñanza en las más prestigiosas universidades del Reino Unido —Londres, Oxford y Cambridge— y también de Estados Unidos.

MOMMSEN, THEODORE

Prolífico historiador que realizó más de un mil pequeños trabajos además de sus obras mayores. Obtuvo en 1902 el Premio Nobel de Literatura. Sus ideas políticas juveniles vinculadas al movimiento revolucionario —de 1848— determinaron que el gobierno lo separase de su cátedra en la Universidad de Leipzig junto a otros profesores. Más adelante, pese a su devoción al Estado prusiano, se situó en la oposición frente al gobierno de Bismark debido a que consideró que su política significaba una ruptura con el liberalismo.

MONOD, GABRIEL

Nació en Francia en 1844 y falleció en 1912. Realizó sus estudios en El Havre y luego fue enviado a París para completar su educación, durante esta época vivió en casa de una familia protestante. En 1865 viajó a Alemania y estudió en las universidades de Göttingen y Humboldt en Berlín. Después de especializarse en Historia Medieval regresó a Francia en 1868 y comenzó a enseñar en la *École des Hautes Études*. En 1875 fundó la *Revue Historique*.

MONTESQUIEU

Vivió entre 1689 y 1755. Su nombre completo era Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu. Nació en la Brède (Francia), estudió Derecho y más adelante se incorporó al Parlamento de Burdeos, donde ocupó el cargo de presidente. En el año 1727 ingresó a la Academia Francesa, siete años después de que publicara *Cartas Persas*. A partir de 1729 pasó tres años en Inglaterra, donde formó parte de la Royal Society.

MURATORI, LUDOVICO ANTONIO

Sacerdote ilustrado, natural de Vignola, lugar donde nació en 1672. Fue considerado un erudito y fue una figura intelectual destacada. Ingresó en la Compañía de Jesús y allí estudió Gramática. Se doctoró en Letras, Derecho y Filosofía. Fue un estudioso de la literatura, la historia y las artes. Falleció en Módena en 1750.

NIEBUHR, BARTHOLD GEORG

Fue un latinista que vivió entre 1776 y 1813. Procedente de una familia danesa de origen germánico, como su padre, estuvo al servicio del reino de Dinamarca y luego de Prusia. Inició su actividad docente a partir de 1810, primero en la Universidad de Berlín y más tarde en la Universidad de Bonn y permaneció un buen tiempo en Italia.

NIETZSCHE, FRIEDRICH

Nació en 1844 en Röcken (Sajonia prusiana). Fue hijo de un pastor luterano. A los veintiséis años, y pese a que todavía no había obtenido el doctorado, ya era profesor de Lengua y Literatura griegas en la Universidad de Basilea. Fue un hombre de gran sensibilidad artística, escribió poesía, compuso e interpretó música y fue admirador de la obra de Richard Wagner. Tuvo una salud precaria y padeció de alteraciones mentales. Falleció en 1890.

NOLTE, ERNST

Historiador alemán que nació en 1923. Estudió Filosofía con Martin Heidegger. En 1964 pasó a ocupar la cátedra de Historia Contemporánea en la Universidad de Marburgo. Fue profesor en las universidades de Yale, Cambridge, Jerusalén, así como en la Universidad Libre de Berlín. Entre sus obras más importantes destacan: *Deutschland und der Kalte Krieg (Alemania y la Guerra Fría)*; *Marxismus und Industrielle Revolution (El marxismo y la Revolución Industrial)*; *Der Europäische Bürgerkrieg 1917 - 1945 (La guerra civil europea 1917 - 1945)*; y *Lebrstück oder Tragödie (Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX)*.

OROSIO (PAULO)

Sacerdote español, historiador y teólogo, discípulo de San Agustín, con quien permaneció trabajando entre 414 y 416. Llegó a Hipona cuando fue perseguido por los suevos. Apoyó también el trabajo de San Jerónimo y por encargo suyo radicó un tiempo en Palestina. Se presume que nació hacia el 390 d. C., en Bracara Augusta (actual ciudad portuguesa de Braga), en la provincia romana de Gallaecia, pero también se señala que Tarragona pudo haber sido el lugar de su nacimiento. Falleció después del año 418.

PEASE GARCÍA-YRIGROYEN, FRANKLIN

Historiador peruano nacido en Lima en 1939, ciudad donde falleció en 1999. Fue decano y catedrático principal de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde se ha instituido un premio que lleva su nombre. Profesor visitante de varias universidades fuera de su país, fue también director del Museo Nacional de Historia y de la Biblioteca Nacional del Perú. Miembro de número de la Academia Nacional de la Historia, así como de numerosas instituciones académicas peruanas y extranjeras.

Fue autor de unos trescientos trabajos publicados sobre la historia andina del Perú, tanto especializados como de difusión, que le merecieron importantes becas y distinciones. Pease otorgó especial importancia a las fuentes bibliográficas y documentales y formó una biblioteca —constituida por unos dieciséis mil volúmenes— y un voluminoso archivo personal.

PÉROTIN-DUMON, ANNE

Historiadora francesa que ha realizado estudios y obtenido grados académicos en La Sorbona y la Escuela Nacional de Chartes. Ha gozado de becas otorgadas por el Instituto Francés de Estudios Hispánicos, el National Humanities Center y la John Carter Brown Library para la realización de sus estudios de postgrado e investigaciones. Profesora del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile es, desde el año 2001, Senior Research Fellow del Institute of Latin American Studies de la Universidad de Londres.

PIRENNE, HENRI

Nació en 1862 en Veviers, principal centro de la industria textil en Bélgica, situada en la provincia de Lieja y próxima a los grandes centros industriales bávaros y alsacianos. Murió en 1935 en la localidad de Uccle-Les (Bruselas). Gozó de gran reputación también como maestro. Fue hijo de una familia de ricos industriales y vivió en una época en la que los nacionalismos eran el común denominador. Hizo sus estudios en la Universidad de Lieja, graduándose en Historia Económica en 1879, bajo la orientación de profesores especialistas en Historia Medieval, como Godefroid Kurth y Paul Fredericq. También realizó estudios en Ingeniería y Matemáticas. Se doctoró en Lieja en 1883 y fue en esa etapa de su formación cuando adquirió conocimientos de Historia Medieval de los Países Bajos. Completó su formación en La Sorbona de París y luego en Leipzig y Berlín. En Alemania tomó contacto con destacados historiadores de la corriente historiográfica científica y de estudiosos del medievalismo alemán, como el historiador y paleógrafo Wilhelm F. Arndt, en Leipzig. En 1885 enseñará Paleografía y Diplomática en Lieja y en Gante desde 1886 hasta 1930.

POLIBIO

Noble griego nacido en Megalópolis hacia el año 198 a. C. Debido a que su padre estaba vinculado a la liga aquea, desde muy joven estuvo implicado en la política, desempeñándose como embajador y magistrado. Fue después de la batalla de Pidna, en el año 168, fue trasladado a Roma con otras mil personas, todos en calidad de rehenes en vez de prisioneros, como parte de la política expansionista romana. Estuvo vinculado privilegiadamente a la familia de los Escipiones, probablemente a causa de su personalidad y calidad intelectual.

PORTER, ROY

Historiador británico nacido en 1947 y fallecido en marzo de 2002 cerca de St. Leonard, East Sussex. Fue profesor de Historia Social de la Medicina en el Wellcome Institute. Sin embargo, fue bastante conocido por un numeroso público debido a sus veinte libros que fueron ampliamente divulgados. Fue incorporado a la Academia Británica en 1994 y también fue nombrado miembro honorario, tanto del Colegio Real de Físicos, como del Colegio Real de Psiquiatras. Una de sus últimas actividades fue su visita al Perú y a la Pontificia Universidad Católica del Perú, donde dictó una conferencia auspiciada por el Consejo Británico.

RANKE, LEOPOLD VON

Nace en Berlín en 1795 y muere en 1886. Representa la cumbre de la llamada historiografía científica alemana. Estudió Filología Clásica y Teología. Sus intereses se orientaron inicialmente más hacia la Filosofía, ya que fue un buen lector de Kant y un admirador de Fichte. Sin embargo, tras haber enseñado durante siete años en el Gymnasium de Frankfurt, optó por la Historia. Respaldo al nacionalismo de su época y fue el historiógrafo oficial del Estado prusiano hacia 1841.

RICCEUR, PAUL

Filósofo francés (1913-2005). Fue traductor de Husserl y profesor en la Universidad de París X y en la Universidad de Chicago. A su difusión en Francia del estructuralismo alemán se debe agregar su interés por la filosofía analítica y su difusión. Apelando a una hermenéutica crítica escribió *Histoire et vérité* (1964) y *Temps et Récit* (1983-1985). Colaboró en las revistas *Esprit*

y *Christianisme social*. Se manifestó a favor de diferentes causas como la denuncia y oposición a la tortura; apoyó a los intelectuales de Europa del Este. También se manifestó a favor de la paz en Bosnia, cuestiones estas que, sin duda, deberíamos ligar a su interés por asuntos como la alteridad y los problemas del mal y la culpa.

RITTER, KARL

Geógrafo y eventualmente historiador alemán que vivió entre 1779 y 1859. Su principal actividad fue la Geografía, campo en el que destacó al plantear las explicaciones de las relaciones entre el medio físico, la sociedad y los procesos históricos. Es considerado, junto a Alexander von Humboldt, como uno de los fundadores de la moderna geografía, particularmente la geografía humana y política. Inició sus estudios en la Escuela Schnepfenthal y más adelante, a partir de 1798, se desempeñó como tutor de los hijos de un banquero en Göttingen, quien actuó como su mecenas para que emprendiera estudios especializados en Geografía. En 1819 se convirtió en profesor de Historia en Frankfurt y al año siguiente, profesor extraordinario de Historia en la Universidad de Berlín. Fundó la Sociedad Geográfica de Berlín.

ROBERTSON, WILLIAM

Pastor protestante escocés y personaje destacado de la Ilustración de su país. Nació en Borwick en el año 1721 y falleció en Edimburgo en 1793. Hizo sus estudios en Dalkeith y en la Universidad de Edimburgo. Fue capellán de Jorge III y también ocupó la plaza de Historiador Real. En 1762 fue nombrado rector de la Universidad de Edimburgo. Fervoroso creyente, pero tolerante, su trabajo alcanzó reconocimiento en su propia época y fue incorporado a la Real Academia de Madrid y sus similares de Padua y San Petesburgo. Su último trabajo, publicado poco antes de su fallecimiento, fue *Investigaciones históricas sobre el conocimiento que tuvieron los antiguos de la India*.

ROUSSEAU, JEAN JACQUES

Nació en Ginebra en 1712 y falleció en 1778. Filósofo y pedagogo, vivió largo tiempo en Francia, lugar en donde contrajo matrimonio e impartió clases privadas. Entre 1743 y 1744 trabajó al lado del embajador francés en Venecia. Vivió una temporada en Inglaterra y murió en Ermenonville (Francia). Sus ideas acerca de la política y la sociedad le valieron en su momento destierro, aunque también notoriedad permanente.

ROUSSO, HENRY

Nació en El Cairo (Egipto) en 1954. Debido al exilio sufrido por su familia adquirió durante un tiempo identificación legal italiana. Estudió en la École Normale Supérieure de Saint-Cloud y en el Institut d'Études Politiques de París. Ha sido director de investigaciones en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), profesor en la Universidad de París X-Nanterre, director del Institut d'Histoire du Temps Présent entre 1994 y 2005 y secretario general del Comité Internacional de Historia de la Segunda Guerra Mundial desde 1990 hasta 2000. Sus primeros trabajos fueron sobre la historia política y económica del régimen de Vichy. Se orientó luego hacia una historia de la memoria de la guerra y llevó su reflexión hacia la historia de la memoria colectiva. Su campo de investigación actual lo constituyen las relaciones entre historia, derecho y justicia, y la epistemología de la historia del tiempo presente.

SAHAGÚN, BERNARDINO DE

Nace en León (España) en 1500 y muere en 1590. Realiza sus estudios en la Universidad de Salamanca. En 1529 arriba a la Nueva España junto con veinte frailes de la orden franciscana. Es considerado padre de la antropología en América por la creación del llamado *Códice Florentino*, basado en relatos indígenas. Trabajó en los conventos de Tlalmanalco y Xochimilco. Dedicó su vida al estudio de la lingüística de las lenguas indígenas y a partir de 1536 fue profesor y fundador en Tlatelolco del Colegio para indígenas de la Santa Cruz.

SAID, EDWARD

Nació en Talbiya, al oeste de Jerusalén, el año 1935, durante el protectorado británico. Formó parte de una acomodada familia palestina anglicana y, a partir de 1947, vivió con su familia refugiado en Líbano y Egipto, para luego trasladarse a Estados Unidos, donde hizo sus estudios superiores. En 1977 se incorporó al Consejo Nacional Palestino en el exilio y formó parte de este organismo hasta 1991. Estudió en las universidades de Princeton y Harvard y fue catedrático de Literatura Inglesa Comparada en la Universidad de Columbia desde 1963. El conjunto de su trabajo fue una contribución a la relación y el debate entre Política e Historia. Fue un importante representante de los seguidores de la llamada teoría postcolonial y cultor de los estudios subalternos su autobiografía tiene el sugerente título *Fuera de lugar*. El año 2002 recibió el premio Príncipe de Asturias a la Concordia junto al músico de origen judío Daniel Berenboim por su proyecto de diálogo e integración judío-palestina a través de una orquesta sinfónica juvenil. Falleció en Nueva York en setiembre de 2003.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, CLAUDIO

Nació en Madrid en 1893. Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, En 1921 obtuvo la cátedra de Historia de España de la Universidad de Barcelona y luego ejercerá también la docencia universitaria en Valladolid y Madrid. Combinó su trayectoria académica con la actividad política: fue rector de la Universidad Central de Madrid en 1932, se manifestó favorable a la causa de la II República española como integrante del Partido Acción Republicana y resultó elegido diputado en el primer parlamento de la II República. También fue consejero de Instrucción Pública, vicepresidente de las Cortes y, en 1933, ministro de Relaciones Exteriores y embajador en Portugal.

Al estallar la Guerra Civil se exilia en Burdeos (Francia) y obtiene una cátedra en su prestigiosa universidad. Ocurrida la ocupación alemana emigra a Argentina, donde es nombrado director del Instituto de Historia de España de la Universidad de Buenos Aires. Entre los años 1959-1970 ocupa la presidencia del gobierno republicano en el exilio y en 1976 volvió temporalmente a España. Un año antes de su fallecimiento, ocurrido en 1984, regresa definitivamente para instalarse en la ciudad de Ávila. Obtuvo numerosas distinciones y reconocimientos entre los que se cuenta su incorporación como miembro de la Real Academia de la Historia.

SARTON, GEORGE

Nació en Ghent (Bélgica) en 1884 y murió en Estados Unidos en 1956. Estudió Filosofía pero se doctoró en Matemáticas en 1911. Tras el estallido de la Primera Guerra Mundial se trasladó a Holanda, luego a Inglaterra, para a partir de 1915 establecerse en Estados Unidos, adquiriendo la nacionalidad americana. Fue fundador de *la Revista Isis* y miembro del Instituto Carnegie de Washington. Se dedicó a la docencia e investigación en la Universidad de Harvard

sobre Historia de la Ciencia y también hizo lo propio en la Universidad de Cambridge en las ocasiones en que regresó a Inglaterra.

SAVIGNY, FRIEDERICH CARL VON

Nació en Frankfurt del Meno en 1779 y falleció en Berlín en 1861. Este jurista, historiador y estadista prusiano fue profesor en Marburgo y en Landshut e hizo varios viajes de estudio por Francia y Alemania. A partir de 1810 dicta Derecho romano en la Universidad de Berlín, donde también encabezó a la Escuela Histórica del Derecho. Fundador de la *Revista de la Escuela Histórica de Derecho*, llegó también a desempeñar varios cargos públicos de importancia en el gobierno prusiano.

SCOTT, JOAN WALLACH

Nació en Brooklyn, Nueva York, en 1941. Estudió bachillerato en la Brandeis University y continuó su formación académica en la Universidad de Wisconsin obteniendo su doctorado en 1969. Inició su carrera docente como profesora asistente en la Universidad de Illinois y luego se incorporó a las universidades Northwestern y North Carolina. Profesora de la School of Social Science del Institute for Advanced Study de la Universidad de Princeton. Estuvo una temporada en el Pembroke Center for Teaching and Research on Women en la Universidad de Brown, donde se nutrió de las tesis del postestructuralismo.

SCHILLER, JOHANN FRIEDRICH VON

Nació en 1759 en Marbach del Neckar y murió en 1805 en Weimar. Filósofo, literato, poeta e historiador. Se considera que sus ideas se inspiraron en el pensamiento kantiano. En 1773 ingresó a la Academia Militar de Stuttgart donde estudió Derecho y Medicina. Lector de Plutarco, Rousseau, Voltaire, Shakespeare y Goethe, fue profesor de Historia en Jena. Fundó y editó, a partir de 1795, la revista *Die Horen (Las Horas)*, donde se recogieron trabajos de los más desatacados intelectuales de la Alemania de aquella época. Fue amigo de Goethe y conoció a Herder y Wilhem von Humboldt.

SEIGNOBOS, CHARLES

Historiador francés de la llamada Escuela Metódica. Nació en Lamastre en 1854. Hizo sus estudios en la École Normale Supérieure y fue profesor en La Sorbona. Falleció en Ploubazlanec en 1942. Especialista en la III República francesa escribió varias obras sobre la historia de Francia y la civilización europea. Fue miembro de la Liga de los derechos del hombre. Ejerció la docencia en la Universidad de París. Fue maestro de Marc Bloch.

SIMIAND, FRANÇOISE

Nació en 1873. Estudió en el Liceo de Grenoble e ingresó en 1892 a la Escuela Normal Superior, donde estudió Filosofía y se unió al grupo de estudiantes que seguía a Durkheim. El maestro y su grupo se proponían dar a la Sociología la estatura de disciplina científica y mostrar las posibilidades del conjunto que se empezaba a llamar Ciencias Sociales. Habiéndose fundado en 1898 la revista *Los Anales Sociológicos (L'Année sociologique)*, Simiand fue encargado de la sección de sociología económica. La revista era verdaderamente de combate y obra colectiva del grupo durkheimiano, una «irritantemente correctora de culpas epistemológicas», como afirmó Revel (2000: 16-18).

SOLÍS Y RIVADENEYRA, ANTONIO DE

Cronista de la Nueva España que nació en Alcalá de Henares en 1610, aunque también se afirma que fue natural de Solís (Plasencia). Estudió Humanidades y Jurisprudencia en Madrid y Salamanca, respectivamente. Fue poeta y dramaturgo, además de desempeñar los cargos de oficial de la Secretaría de Estado de la corte del monarca Felipe IV; secretario del Conde de Oropesa —virrey de Navarra y Valencia— y también Cronista Mayor de Indias, época en la se hizo sacerdote. Falleció en 1686.

STONE, LAWRENCE

Nació en Epsom (Inglaterra) en 1919 y falleció en Princeton (Estados Unidos) en 1999. Realizó sus estudios en Charterhouse School y en las universidades La Sorbona de París y Oxford en Inglaterra, en donde además inició su actividad docente y tuvo a su cargo la cátedra de Historia en el Wadham Collage. En 1960 tomó contacto con la Universidad de Princeton formando parte del Institute for Advanced Study. Tres años después se trasladó definitivamente a Estados Unidos para continuar su trabajo académico en Princeton, lugar en donde llegó a ser director del Departamento de Historia y del Shelby Cullon Davis Centre for Historical Studies. Fue miembro de la American Philosophical Society y de la American Academy of Arts and Sciences. Es de destacar que pese a no ser un historiador marxista fue fundador y miembro directivo de la revista *Past and Present*.

SYBEL, HEINRICH VON

Historiador alemán nacido en 1817 en Düsseldorf, en el seno de una familia protestante culta y amante de la literatura. Estudió con Ranke y Savigny en la Universidad de Berlín. A partir de 1841 ejerció la docencia en la Universidad de Bonn. Liberal moderado, incursionó en la política desde 1844. Tomó a su cargo el Seminario histórico de la Universidad de Munich a partir de 1856 y fundó el diario *Histórico*. Fue director de los archivos de Prusia desde 1875, lo que le permitió editar la correspondencia de Federico el Grande. Murió en la localidad de Marburg en 1895.

TÁCITO

Se presume que Cornelio Tácito nació hacia el año 54 y también se considera probable que murió pasados los setenta años, es decir, que vivió en el ambiente liberal de la época de los Antoninos. Provenía de una familia senatorial originaria de la Galia. Fue discípulo de Quintiliano y amigo de Plinio el Joven. Tácito fue un aristócrata, no de la antigua nobleza romana, sino de la nueva clase media, extraída de las provincias y las clases oficiales. Casado con la hija de Agrícola, se sabe que fue un abogado famoso, también se conoce por indicios que fue cuestor en la época de Vespasiano, edil o tribuno de la plebe durante el reinado de Tito y pretor bajo Domiciano y, a la muerte de este emperador, llegó a ser cónsul y hacia fines del reinado de Trajano, procónsul en Asia.

TAINÉ, HIPPOLYTE

Este historiador, filósofo, sociólogo y literato francés nació en Vouziers (Ardenas) en el año 1828 y falleció en París en 1893. Fue también crítico, maestro de filosofía, de retórica y de historia del arte. En 1878 fue incorporado a la Academia Francesa. Taine fue profesor de filosofía el año de 1851 en el Colegio de Nevers y profesor de retórica en Poitiers. Perseguido

por sus ideas filosóficas, debió renunciar e instalarse en París. La capital francesa y todo el país vivía el año de 1852 la proclamación del Imperio de Napoleón III y el ascenso y triunfo de la burguesía francesa después de las experiencias revolucionarias de 1830 y 1848. Taine, con su «nuevo modo de pensar», con su «filosofía positiva» y su gran capacidad «retórica» resultaba peligroso, aún sin haber participado directamente en los cambios políticos que habla vivido su patria. Considerado casi ateo por algunos grupos católicos tuvo también problemas políticos con el gobierno de Napoleón III. Sin embargo, su carrera docente continuó y en 1864 fue contratado como profesor de Historia del Arte en la Escuela de Bellas Artes.

THOMPSON, EDWARD PALMER

Historiador e intelectual británico nacido en Oxford, en 1924, en el seno de una familia metodista. Estudió en el Corpus Christi College de Cambridge, luchó en la Segunda Guerra Mundial en territorio italiano, posteriormente se unió al Partido Comunista y fue el líder, a partir de 1946, del llamado Grupo de Cambridge. Este grupo reunía a historiadores de la mencionada agrupación política y estuvo formado también por Christopher Hill y Eric Hobsbawn, entre otros, quienes fueron los principales colaboradores de la revista *Past and Present*. Thompson dejó del partido en 1956 como manifestación de su desacuerdo por la invasión soviética a Hungría. Cultivador de la historia social, también estuvo vinculado a los *Annales*. Murió en Worcester en 1993.

TITO LIVIO

Educado en Roma, este historiador nació en el 59 a. C en Patavium (Padua), ciudad situada al norte de Italia, en las riberas del río Po. Murió aproximadamente en el año 17. Pasó la mayor parte de su vida en Roma, ciudad a la que se trasladó en su juventud y fue tutor del futuro emperador Claudio. Trabajó patrocinado por el emperador Augusto y dedicó veintinueve años a escribir su obra, que fue publicada a medida que la redactaba y también leída en público.

TITU CUSI YUPANQUI

Penúltimo inca asentado en Vilcabamba durante la conquista y colonización del Perú. Descendiente de Huayna Cápac e hijo de Manco Inca, quien encabezó un movimiento armado en el Cuzco y asedió en dicha ciudad a los españoles. Cuando niño permaneció una temporada entre los conquistadores, pero la mayor parte de su vida la pasó en el reducto incaico de Vilcabamba, en donde murió en 1572. Recibió el bautismo y tomó el nombre cristiano de Diego de Castro. Destaca su actuación negociadora con las autoridades españolas para el reconocimiento de sus privilegios y autoridad, así como su conducta dilatoria en lo referente a abandonar Vilcabamba.

TOCQUEVILLE, ALEXIS

Este conde francés nació en Verneuil y murió en Cannes en 1859. Historiador, jurista y estadista fue diputado en 1839 y ministro del Exterior en 1849. Demócrata y liberal, su pensamiento estuvo marcado por su formación familiar y las lecturas de Pascal, Rousseau y Montesquieu. Desde 1841 fue miembro de la Academia Francesa (Wagner 1958: 584) y como en el caso de Michelet, el golpe de Estado napoleónico lo llevó a retirarse de la actividad pública para dedicarse a la Historia.

TUCÍDIDES

Descendía de una antigua familia de Tracia por el lado materno, pero Oloro, su padre, fue ateniense. Parece ser que Tucídides poseía fortuna familiar gracias a actividades mineras y estuvo emparentado con Milciades. Nació en Atenas aproximadamente entre los años 460 a 454 a. C. En esa ciudad discurrió la primera parte de su vida y se supone que entonces fue que recibió la influencia de los sofistas. Participó en la vida pública y militar; esta última le valió un exilio de veinte años en Tracia, pues siendo uno de los generales que debían salvar Anfípolis no pudo llegar oportunamente y fracasó en su cometido (Shotwell 1982: 211).

VALLA (DELLA VALLE), LORENZO

Humanista y filósofo, nacido en 1405, no se sabe a ciencia cierta si en Nápoles o Roma; pero su padre provenía de Placencia. Estudió latín con Leonardo Bruni y griego con Giovanni Aurispa. Intentó infructuosamente un puesto en la secretaría papal, pero obtuvo una cátedra de Oratoria en la Universidad de Pavia, donde en el año 1431 escribió su tratado *De voluptate* —una edición corregida apareció luego bajo el título *De vero bono*—. A causa de una carta abierta en la que atacó al jurista Bartolo (1433) y donde ridiculizaba a la jurisprudencia contemporánea se vio forzado a salir de Pavia. Fue a Milán y luego a Génova y, finalmente, radicó en Nápoles (1433). Llegó a ser secretario del rey Alfonso de Aragón (Alfonso V, el Magnánimo), cuya corte era frecuentada por escritores distinguidos. Sus elucubraciones filosóficas y teológicas ocasionaron que fuera juzgado por herejía por la Curia de Nápoles, pero el juicio se interrumpió mediante la intervención del rey Alfonso. Después de la elección del Papa Nicolás V obtuvo la posición de *scriptor* y luego de secretario apostólico y tradujo la obra de diversos autores griegos. Murió en Roma en 1457.

VERGIL (VERGILE O VERGILIO), POLIDORO

Nacido en Ubino, alrededor de 1470 y probablemente también murió allí en 1555. Estudió en Boloña y Padua, llegó a ser secretario del Duque de Urbino y ayuda de cámara a Alejandro VI. Se hizo famoso por dos trabajos tempranos, *Proverbiorum libellus* y *De inventoribus rerum*, el cual logró popularidad extraordinaria. En 1501 el Papa lo envió a Inglaterra como subrecolector de San Pedro. Llegó a ser íntimo con Enrique VII, quien en 1505 le dio el encargo de escribir la historia de Inglaterra y obtuvo muchas prebendas, incluyendo el arcedianato de Wells. Hacia octubre de 1510 se naturalizó inglés. En medio de los cambios religiosos permaneció fiel a su fe, aunque no actuara como un ferviente católico. Se mantuvo en contacto con Italia.

VICO, JUAN BAUTISTA

Filósofo italiano que nació y murió en Nápoles (1668-1744). Solitario y autodidacta debido a su precaria situación económica y de salud, pasó la mayor parte de su vida dedicado a la docencia. Realizó estudios de Derecho y de manera incompleta de Medicina. Casado con una mujer más bien inculta tuvo una numerosa prole. Fue nombrado historiador del virrey de Nápoles en 1734 y también llegó a ser profesor menor de Retórica en la universidad de su ciudad natal. En el curso de su trayectoria como profesor universitario elaboró su obra conformada por *Elementos de Retórica* y *Análisis de los estudios de nuestro tiempo*, siendo esta última una toma de posición original respecto a la cultura europea. También se cuentan *Sabiduría primitiva de los italianos*, obra en la que desarrolló las primeras líneas de su metafísica, *Derecho Universal* y *Autobiografía*.

VOVELLE, MICHEL

Historiador francés (1933-) nacido en Gallardon. Estudió en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud. Durante veinticinco años fue profesor de Historia en la Facultad de Letras de la Universidad de Provenza, ocupando también cargos directivos. Su obra suma más de trescientos trabajos, siendo su campo de estudio la historia de las mentalidades y también la memoria. Fue responsable de la Comisión del Bicentenario de la Revolución Francesa y director del Instituto Histórico de la Revolución Francesa. Profesor de la Universidad de La Sorbona y profesor emérito de la Universidad de París. Oficial de la Legión de Honor, oficial de la Orden del Mérito Nacional y oficial de la Orden de las Palmas Académicas.

VOLTAIRE

François Marie Arouet nació en París en 1694 y murió en dicha ciudad en 1778. Como se sabe fue filósofo, novelista, crítico e ilustrador. Hijo de un empleado judicial, se educó en un colegio jesuita parisino. Entre 1726 y 1729 permaneció en Inglaterra y más tarde en Francia (vivió en el castillo de Cirey de la marquesa de Chatelet), de 1750 a 1753. Estuvo al lado de Federico el Grande en Sansouci y en 1758 se trasladó a Ginebra.

WARBURG, ABY

Abraham Moritz Warburg nació en Hamburgo (Alemania) en 1866, en el seno de una acaudalada familia judía. Estudió Filosofía, Historia y Religión en universidades alemanas, francesas e italianas. En 1896 estuvo medio año haciendo investigación en las comunidades de los indios Pueblo y Navajo. En 1909, sobre la base de su colección privada, comenzó la organización de una biblioteca destinada al uso público, proyecto que solo pudo concretarse en 1926. Tras su muerte, ocurrida en Hamburgo en 1929, los sesenta mil volúmenes de la biblioteca de Warburg fueron trasladados a su actual sede en la Woburn Square de Londres. Hay dos institutos que llevan su nombre. Uno en Londres y otro en Hamburgo.

WEBER, MAX

Sociólogo nacido en Erfurt en 1864 y fallecido en Munich en 1920. Cursó estudios en la Universidad de Heidelberg, Munich y Göttingen. El prestigio obtenido gracias a sus primeros escritos le valió ser nombrado en 1893 catedrático en varias universidades alemanas, desempeñándose en la cátedra de Economía Política en la Universidad de Friburgo y luego en la de Heidelberg. Desde 1904 dirigió, junto a Sambort y Shumpeter, entre otros, la influyente revista llamada *Archiv für sozialwissenschaft und socialpolitil*, en la que se publicaron algunos de sus más celebres artículos y ensayos. Inmediatamente después de finalizada la Segunda Guerra Mundial participó en la elaboración de una nueva constitución para Alemania.

WHITE, HAYDEN

Nació en Estados Unidos en 1928. Fue profesor de Estudios Históricos de la Universidad de Santa Cruz (California), centro de estudios que también le otorgó la condición de profesor emérito. Estudió en la Wayne State University y obtuvo su maestría y doctorado por la Universidad de Michigan. Es profesor de Literatura Comparada en la Universidad de Stanford.

WITTFOGEL, KARL AUGUST

Historiador y sociólogo alemán que se asentó en los Estados Unidos a partir de 1934. Nació en Hannover en 1896 y falleció en Nueva York en el año 1988. Formó parte del movimiento comunista del que se alejó después de 1931 tras la publicación de un estudio sobre la economía y sociedad en China. Colaboró en el Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt entre 1928 y 1933 y trabajó en China entre 1935 y 1937.

YERUSHALMI, YOSEF HAYIM

Historiador, psicólogo y educador judío nacido en la ciudad de Nueva York en 1932. Doctorado en 1966 por la Universidad de Columbia. Profesor y doctor honorario en universidades como Haifa y Harvard, lo mismo que en la École Pratique des Hautes Études de La Sorbona. Profesor emérito de Historia judía, Cultura y Sociedad por la Universidad de Columbia. Sus estudios han sido publicados en inglés, francés, alemán y hebreo. A lo largo de su trayectoria académica ha recibido premios como el Leopold Lucas (Universidad de Tübingen) y becas de investigación.

OBRAS CITADAS DE LOS AUTORES TRATADOS

Acosta, Joseph (1940). *Historia Natural y Moral de las Indias*. Edición preparada por Edmundo O'Gorman. México: Fondo de Cultura Económica.

Ankersmit, F. R. ([1994] 2004). *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. Traducción de Ricardo Martín Rubio. México: Fondo de Cultura Económica.

Aries, Phillipe (1987). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.

Bahbba, Homi (1994). *The Location of Cultura*. Londres - Nueva York: Routledge.

Bajtín, Mijail (1990). *La cultura popular en la edad media y en el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Julio Forcat y César Conroy (traductores). Madrid: Alianza Editorial.

Berr, Henri (1962). *El ascenso del espíritu. Balance de una vida y una obra*. Primera edición en español. Traducción de José López Pérez. México: Editorial UTEHA.

Bloch, Marc (2006). *Los reyes taumaturgos*. Prólogo de Jacques Le Goff; traducción de Marcos Lara y Juan Carlos Rodríguez Aguilar. Segunda edición. México: Fondo de Cultura Económica.

Bodino, Jean (1650). *Methodus ad facilem historiarum cognitionem*. Ámsterdam: s/e.

Braudel, Fernand (1992). *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bossuet, Jacobo Benigno ([1568] 1852). *Historia de las variaciones de las Iglesias Protestantes*. Tomo II. Traducción de Juan de Dios Baeza. Barcelona: Librería Religiosa.

Buckle, H. T. (1861). *History of Civilitation of England*. Tercera edición. 2 volúmenes. Londres: Parker, Son, and Bourn, West Strand

Carlyle, Thomas (2006). *El culto a los héroes*. Biblioteca Virtual Antorcha. Edición electrónica. [consultada en setiembre de 2006]. Presentación de Chantal López y Omar Cortés. Disponible en <<http://www.antorcha.net/index/biblioteca.html>>.

Certeau, Michel de (1985). *La escritura de la historia*. Traducción de Jorge López Moczuma. México: Universidad Iberoamericana.

Cieza de León, Pedro (1984). *Crónica del Perú. Primera Parte*. Introducción de Franklin Pease y nota de Miguel Maticorena. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Academia Nacional de la Historia.

Comneno, Ana (1989). *La Alexiada*. Traducción de E. Díaz Rolando. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla.

Constantine, Porphyrogenitus ([1948] 1993). *De Administrando Imperio*. Volumen I. José Marín R. (traductor). Washington D.C.: Corpus Fontium Historiae Byzantinae, Trustees for Harvard University.

Delumeau, Jean (1997). Mentalidades religiosas en el Occidente moderno. Balance de una investigación. *Lienzo*, n° 18, pp. 265-283. Traducción de Cristina Flores.

Duby, Georges (1995). *Año 1000, Año 2000 La huella de nuestros miedos*. Traducción de Óscar Luis Molina. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.

Duby Georges y Michelle Perrot (1993). *Historia de las mujeres. La Antigüedad. Modelos femeninos*. Tomo 1. Madrid: Taurus ediciones.

Elías, Norbert (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. España: Fondo de Cultura Económica.

Eusebio de Cesarea ([c. 323-324 d. C.] 1973). *Historia Eclesiástica*. Edición de A. Velasco Delgado. Madrid: Biblioteca de Autores Católicos.

Febvre, Lucien (1993). *Combates por la historia*. Barcelona: Planeta Agostini.

Flavio Josefo (1952). *La Guerra de los Judíos*. Traducción y prólogo de Juan A. G. Larrara. Barcelona: José Janés.

Fukuyama, Francis (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Editorial Planeta.

Jenofonte (1993). *Anábasis*. Madrid: Biblioteca Edaf.

Jenofonte (2004). *Apología de Sócrates*. Buenos Aires: La Editorial Virtual. Edición electrónica. Disponible en: <<http://www.laeditorialvirtual.com.ar>>. [consultada el 7 de octubre de 2009].

Gadamer, Hans-Georg (1991). *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Cuarta edición. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Gadamer, Hans-Georg (1993). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Editorial Tecnos.

Ginzburg, Carlo (2001). *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*. Traducción de Francisco Martín; traducción de las citas latinas al cuidado de Francisco Cuartero. Barcelona: Península.

Guha, Ranajit (editor) ([1982] 1996). *Subaltern Studies 1. Writings on South Asian History and Society*. Delhi: Oxford University Press.

- Guicciardini, Francesco ([1509] 1990). *Historia de Florencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hálevy, Elie (1938). *L'ére des tyrannies: etudes sur le socialisme et la guerre*. Paris: M. C. Bouglé.
- Heródoto (1981), *Los nueve libros de la Historia*. Tercera edición, introducción de Edmundo O' Gorman. México: Editorial Porrúa S. A.
- Hume, David ([1751] 1995). *Investigación sobre el conocimiento humano*. Traducción de Jaime de Salas Ortueta. Madrid: Alianza.
- Gibbon, Edward ([1788] 1987). *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano*. Madrid: Hyspamérica.
- Inca Garcilaso de la Vega (1956). *La Florida del Inca. Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del reino de La Florida, y de otros heroicos caballeros e indios, escrita por el Inca Garcilaso de la Vega*. Prólogo de Aurelio Miró Quesada, estudio bibliográfico de José Durand, edición y notas de Emma Susana Speratti. Biblioteca Americana. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Koselleck, Reinhart (1993). *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona, Buenos Aires y México: Paidós.
- Koselleck, Reinhart (2001). *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Buenos Aires y México: Paidós, I. C. E., U. A. B.
- Levi, Giovanni (1990). *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*. Madrid: Nerea.
- Levi-Strauss, Claude (1982). *Mitológicas. De la miel a las cenizas II*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Levinas, Marcelo Leonardo (1996). *Las imágenes del universo. Una historia de las ideas del cosmos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Le Roy Ladurie, Emmanuel (1981). *Montaillon aldea occitana de 1294 a 1324*. Madrid: Taurus.
- Maquiavelo, Nicolás (1987). *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza Editorial.
- Montesquieu (1951). *Del Espíritu de las leyes*. Buenos Aires: Colección Clásicos inolvidables.
- Nietzsche, Friedrich (2003). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Nietzsche, Friedrich (1997). *De mi vida. Escritos autobiográficos de juventud*. Madrid: Valdemar.
- Nietzsche, Friedrich ([1862] 1997). *Fatum e historia*. En *De mi vida. Escritos autobiográficos de juventud*. Madrid: Valdemar.

- Perrot, Michelle (1988). *Los excluidos de la historia: obreros, mujeres y prisioneros*. Sao Paulo: Editorial Paz e Terra.
- Polibio (1914). *Historia Universal durante la República Romana*. Biblioteca Clásica. Traducción de Ambrosio Rui Bamba. Madrid: Librería del Perlado, Páez y Ca.
- Popper, Karl R. (1981). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Taurus.
- Popper, Karl R. (2002). *El cuerpo y la mente. Escritos inéditos acerca del conocimiento y el problema cuerpo mente*. Introducción de José Antonio Marina. Barcelona, Buenos Aires, México: Ediciones Paidós.
- Ricœur, Paul (2004). *La memoria, la historia y el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Robertson, William ([1792] 1840). *Obras escogidas de William Robertson. Historia de la América*. Tomo 1. Barcelona: Librería de Juan Olivares y Gavarró.
- Rousseau, Juan Jacobo (1985). *Emilio*. Traducido por Antonio Marchena. Madrid: Promoción y Ediciones
- Said, Edward (1990). *Orientalismo*. Madrid: Libertarias.
- San Isidoro de Sevilla (2000). *Etimologías*. Texto latino, versión española y notas por José Oroz Reta, Manuel A. Marcos Casquero; introducción general por Manuel C. Díaz Díaz. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, D. L.
- Santa Cruz Pachacuti, Juan de (1995). *Relación de Antigüedades de este Reino del Perú*. Edición, índice analítico y glosario de Carlos Aranibar. México-Lima: Fondo de Cultura Económica.
- Savigny, Friedrich Carl (1908). Sobre el fin de la Revista de la Escuela Histórica. En *La Escuela histórica del Derecho. Documentos para su estudio por Savigny, Eichhorn, Gierke, Stammler*. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, pp. 11-27.
- Spivak, Gayatri Ch. (1987). *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics*. Londres: Methuen.
- Stevens, Evelyn (1977). Marianismo: la otra cara del machismo en Latinoamérica. En *Hembra y macho en Latinoamérica: ensayos*. Ann Pescatello, compiladora. México: Diana, pp. 121-134.
- Stone, Lawrence (1986). *El pasado y el presente*. Traducción Lorenzo Aldrete. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tácito, Cayo Cornelio (1979). *Anales*. Libros 1-VI. Introducción, traducción y notas de José L. Moralejo. Madrid: Editorial Gredos.
- Taine, Hippolyte (1955). *Historia de la Literatura Inglesa*. Buenos Aires: Editorial Aguilar.
- Taine, Hippolyte ([1865-1869] 2000). *Filosofía del Arte*. IV Tomos. Traducción de A. Cebrián. Editado por el Aleph.com. Disponible en: <<http://www.educ.ar>>.
- Titu Cusi Yupanqui ([1570] 1992). *Instrucción al Licenciado Don Lope García de Castro*. Estudio preliminar y edición de Liliana Regalado de Hurtado; paleografía Deolinda

Villa Esteves; índices de Juan Dejo Bendezú. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Tucídides (1975). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Barcelona: Juventud

Vendryes, J. (1979). *El lenguaje: introducción lingüística a la historia*. Prólogo de H. Berr; traducción de Manuel de Montoliu, José M. Casas. México: UTEHA.

Vico, Giambattista ([1725] 2004). *Principios de una Ciencia Nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica.

Voltaire ([1764] 1901). *Diccionario Filosófico*. Tomo I. Valencia: Editorial Sempere.

Weber, Max (1990). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Lima: Ediciones Tiempos Nuevos.

White Hayden (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Yerushalmi, Josef H. (2002). *Zajor: la historia judía y la memoria judía. Profundo análisis de la relación entre historia y memoria es especialista en historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Editorial Anthropos.

BIBLIOGRAFÍA

- A. A. V. V. (1985). *Hacia una nueva historia*. Madrid: Akal.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (1993). *Construir la historia: entre el Materialismo Histórico y Anales*: México: USAC Escuela de Historia, UNAM Facultad de Economía.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (1995). La larga duración en el espejo (más allá del tiempo «vivido» y del tiempo «expropiado»). En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo III: Problemas de Historiografía. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 21-33.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (1999). *La Escuela de los Anales. Ayer, hoy y mañana*. Barcelona: Montesinos/Biblioteca de divulgación temática.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2000). *Pensamiento historiográfico e historiografía del siglo XX. Ensayos introductorios*. Rosario: Prohistoria y Manuel Suárez, editor.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2004). *La historiografía en el siglo XX. Historia e historiadores entre 1848 y ¿2025?* Barcelona: Montesinos Ensayos.
- Aguirre Rojas, Carlos A., et al. (1993). *Primeras Jornadas Braudelianas*. México: Instituto Mora. IFAL.
- Alarco Larrabure, Gerardo (1996). *Agustín de Hipona. Ensayos sobre su itinerario espiritual*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Amelang, James S. (1995). Microhistory and its discontents: the view from Spain. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo II: Retorno del sujeto. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 307-312.
- Amelang, James S. y Nash, Mary (editores) (1990). *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Traducción de Eugenio y Martha Portela. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.
- Anatra, Bruno (1996). Storia quantitativa e storia politica: nuove tendenze e orientamenti. En González, María Luz (editora), *Actas del I Coloquio Internacional. La Historiografía Europea: autores y métodos*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 19-28.

Andrade, Gabriel (2005). Letters to Lily: On How the World Works. En *Cielo*, vol. 23, n° 51, setiembre, pp. 101-103. Edición electrónica. [consultada el 29 de octubre de 2007]. Disponible en: <<http://www2.scielo.org.ve/scielo>>.

Ankersmit, Frank (1998). La experiencia histórica. *Historia y Grafía*, n° 10, pp. 209-266.

Appleby, Joyce; Hunt Lynn; Margaret Jacob (1998) *La verdad sobre la historia*. Barcelona: Editorial Andrés Bello. Traducción de Oscar Luis Molina

Araníbar, Carlos (1995). Presentación. En Santa Cruz Pachacuti, Juan de, *Relación de Antigüedades de este Reino del Perú*. México-Lima: Fondo de Cultura Económica.

Araya Espinoza, Alejandra (2005). Historia, memoria, escritura. Etnografía de una lectura: Methodus ad facilem Historiarum Cognitionem. *Revista de Estudios históricos*, vol. 2, n° 1, agosto, pp. 1-36.

Aron, Raymond (1957). *Introduction á la philosophie de l'histoire. Essai, sur les limites de l'objectivité historique*. París: Librairie Gallimand.

Ashcroft, Hill; Gereth, Griffiths; Helen Tiffin (editores) (1995). *The Post-Colonial Studies Readers*. Londres: Routledge.

Aymard, Maurice (1993). El itinerario intelectual de Braudel. En Aguirre Rojas, Carlos A., e. al., *Primeras Jornadas Braudelianas*. México: Instituto Mora. IFAL, pp. 97-106.

Bancchini, Alberto y Renato Gianetti (1997). *Cliometría*. Barcelona: Editorial Crítica. Nuevos Instrumentos Universitarios.

Barker, E. (1957). *Social and political thought in Byzantium from Justinian I to the last Palaeologus. Passages from Byzantine writers and documents*. Oxford: Clarendon Press.

Barreira, Darío G. (2002). Después de la microhistoria. Escalas de observación y principios de análisis: de la microhistoria al microanálisis radical. En Barreira, Darío G., *Ensayos sobre microhistoria*. México: Red Utopía, A. C., Jitanjáfora Morelia, prehistoria, pp. 7-38.

Barreira, Darío G. (compilador) (2002). *Ensayos sobre microhistoria*. México: Red Utopía, A. C., Jitanjáfora Morelia, prehistoria.

Barrón, Hal S. (2000). Recent Trends in U.S. Social History. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a Debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 51-59.

Barros, Carlos (1995). La historia que viene. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo I: Pasado y futuro. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 95-117.

Barros, Carlos (2000). El retorno de la historia. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 153-173.

Barros, Carlos (editor) (1995a). *Historia a debate*. Tomo I: Pasado y futuro, Tomo II: El retorno del sujeto, Tomo III: Problemas de historiografía. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

- Barros, Carlos (editor) (1995b). *Historia a debate. Medieval*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Barros, Carlos (editor) (2000). *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a Debate»*. Tomo 1: Cambio de siglo, Tomo II: Nuevos paradigmas. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Basadre, Jorge (1973). *El azar en la historia y sus límites con un apéndice: la serie de probabilidades dentro de la Emancipación peruana*. Lima: Ediciones P. L. Villanueva.
- Bazán Díaz, Iñaki (1995). La historia social de las mentalidades y la criminalidad. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo II: El retorno del sujeto. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp-85-101.
- Benigni, U. (1997). Lorenzo Valla. En *Catholic Encyclopedia*. New Advent Inc. Edición electrónica. Disponible en: <<http://www.knight.org/cathen/15257a.htm>>.
- Bentley, Michael (2000). *Modern Historiography. An Introduction*. Londres - Nueva York: Routledge, Taylor and Francis Group.
- Berchanski, Juan Carlos, Jaime L. Oliver y Oswaldo Piuuzzi (1980). Algunas concepciones de la historia vigentes en la historiografía indiana del siglo XVI. *Histórica*, vol. IV, n° 2, diciembre, pp. 137-174, Lima.
- Berenzon, Boris (2000). La demanda de la historia al psicoanálisis. Un paradigma entre dos siglos. En Barros, Carlos (editor). *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a Debate»*. Tomo 1: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 255-262.
- Bermúdez-Gallegos, Marta (2002). *Decir no al olvido. La construcción de la memoria en América Latina*. Lima: Gráficos S. R. I. Ediciones Santo Oficio.
- Bloom, Harold ([1988] 2002). Preámbulo. En Yerushalmi, Josef H., *Zajor: la historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Editorial Anthropos, pp. XI – XXV.
- Bolgar, R. R. (1983). El legado griego. En Finley, Moses I. (editor), *El legado de Grecia: una nueva valoración*. Barcelona: Crítica, pp. 435-475.
- Borja Gómez, Jaime Humberto (1998). La escritura de un texto de Indias. La alegoría como argumentación histórica. *Historia y Grafía*, UIA, n° 10, pp. 128-161.
- Braudel, Paule (1993). Braudel antes de Braudel. En Aguirre, Carlos (et al.). *Primeras Jornadas Braudelianas*. México: Instituto Mora. IFAL, pp. 84-96.
- Bravo, Víctor (1999). ¿Poscoloniales, nosotros? Límites y posibilidades de las Teorías poscoloniales. En *Terrores del fin del milenio*. Mérida: Ediciones El Libro de Arena, pp. 5-7. Trabajo descargado de *Cholonautas*. Sitio web para el desarrollo de las Ciencias Sociales [consultada el 23 de mayo de 2006]. Disponible en <<http://www.cholonautas.edu.pe>>.
- Burke, Peter (2000). *Formas de historia cultural*. Versión de Belén Urrutia. Madrid: Alianza Editorial.
- Burke, Peter (editor) (1998). *New perspectives on historical Writing*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press.

Burns, E. Bradford (1978). Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography, *Hispanic American Historical Review*, 58, (3), pp. 409-431.

Burton, Edwin (1999). Polydore Vergil. En *Catholic Encyclopedia*. New Advent Inc. Edición electrónica. Disponible en: <<http://www.knight.org/advent/cathen/15353c.htm>>.

Burucúa, José Emilio (1996). La Historia de las imágenes, entre Aby Warburg y David Freedberg. En González, María Luz (editora), *Actas del I Coloquio Internacional. La Historiografía Europea: autores y métodos*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 29-40.

Cabrera Acosta, Miguel Ángel (1995). La historia y las teorías del fin de la historia. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo I: Pasado y futuro. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp.210-221.

Campillo, Antonio (2000). Cuatro tesis para una teoría de la historia. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo II: Nuevos paradigmas. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 17- 30.

Carbonell, Charles-Olivier ([1988] 1993). Prólogo a la primera edición. En Sánchez, Marcos, *Invitación a la historia. La historiografía de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Barcelona: Editorial Labor.

Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli (1997). *Los métodos de la Historia*. México: Grijalbo.

Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli (compiladores) (1976). Perspectivas hacia una historia total. En *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México: Editorial SepTentas, pp. 7-22.

Carnes, Mark C. y Clyde Griffen (editores) (1990). *Meanings of Manhood: Constructions of Masculinity in Victorian America*. Chicago: University of Chicago Press.

Caro Baroja, Julio (1992). *Las falsificaciones en la historia (en relación con la de España)*. Barcelona: Seix Barral.

Carrera Damas, Germán (1999). Sobre el conocimiento histórico en la perspectiva del nuevo milenio. *Histórica*, vol. XXIII, n° 2, diciembre, pp. 463-473, Lima.

Cassani, Jorge L. y A. J., Amuchastegui (1986). *Del Epos a la Historia Científica*. Buenos Aires: Editorial Nova.

Cassigoli, Rossana (1999). La memoria y sus relatos. *Fractal*, vol. 4, n° 13, año 4, abril-junio.

Castañeda Delgado, Paulino (1996). *La teocracia pontifical en las controversias sobre el Nuevo Mundo*. México: UNAM.

Castro-Gómez, Santiago (1998). Geografías poscoloniales y translocalizaciones narrativas de «lo latinoamericano». La crítica al colonialismo en tiempos de la globalización. En Follari, Roberto y Rigoberto Lanz (compiladores), *Enfoques sobre postmodernidad en América Latina*. Caracas: Editorial Sentido, pp. 155-182.

Castillo Mattasoglio, Carlos (1993). *Libres para creer. La conversión según Bartolomé de las Casas en la Historia de las Indias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica.

- Casullo, Nicolás (1999a). La modernidad como autorreflexión. En Casullo, Nicolás, Ricardo Forster y Alejandro Kauffman (1999). *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la postmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 9- 22.
- Casullo, Nicolás (1999b). Historia, tiempo y sujeto: antiguas y nuevas imágenes. En Casullo, Nicolás, Ricardo Forster y Alejandro Kauffman (1999). *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la postmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 215-240.
- Casullo, Nicolás, Ricardo Forster y Alejandro Kauffman (1999). *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la postmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Cervantes, Francisco Javier y Vicent E. Marín (1995). Un proyecto de investigación microhistórica. Bengualil y la Pobra de Vallbona, dos comunidades campesinas del País Valenciano en la segunda mitad del siglo XV En: Barros (editor) (1995b), *Historia a debate. Medieval*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 223-232.
- Chapman, John (1997). Patrology. En *Catholic Encyclopedia*. Encyclopedia Press, Inc., 1913. New Advent Inc. Disponible en: <<http://www.knight.org/advent/cathen/11560a.htm>>.
- Clemente, Isabel (1989). La mentalidad revolucionaria. *Historia Crítica*, n° 2, julio-diciembre, pp. 127-129.
- Colomines, Agustí y Vicent S. Olmos (2000). A vueltas con la narrativa. Un homenaje a Lawrence Stone. *Historiar*, n° 4, enero, pp. 146-158, Barcelona.
- Corcuera de Mancera, Sonia (2000). *Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cott, Nancy F. (1990). On Men's History and Women's History. En Carnes, Mark C. y Clyde Griffen (editores), *Meanings of Manhood: Constructions of Masculinity in Victorian America*. Chicago: University of Chicago Press, pp. 205-211.
- Crespo, Horacio (1992). Historia cuantitativa. En Crespo, Horacio *et al.*, *Entre los historiadores (corrientes historiográficas actuales)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Crespo, Horacio, *et al.* (1992). *Entre los historiadores (corrientes historiográficas actuales)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Cuesta Domingo, Mariano (2007). Los cronistas oficiales de Indias. De López de Velasco a Céspedes del Castillo. En *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33. Madrid: Publicaciones Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Historia de América I, pp. 115-150.
- Da Graca, Laura (2005). Breves notas sobre la vida y la obra de Claudio Sánchez-Albornoz. *Revista electrónica: Actas y Comunicaciones*, vol. I, Buenos Aires. Edición electrónica [consultada en diciembre de 2007]. Disponible en: <<http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/historiaantiguaymedieval/actasycomunicacion>>.

- De Barbieri, M. Teresita (1997). Certezas y malos entendidos sobre la categoría de género. *Contextos*, n° 3, año 1, octubre, pp. 1-26, Lima.
- De Gortari, Hira y Guillermo Zermeño (editores) (1996). *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodologías recientes*. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto de investigaciones Históricas UNAM e Instituto Mora Universidad Iberoamericana.
- Dadson, Trevor J. (1994). Libros y lecturas sobre el Nuevo Mundo en la España del Siglo de Oro. *Histórica*, vol. XVIII, n° 1, pp. 1-26.
- Derrida, Jacques (1989). *La escritura y la diferencia*. Traducción de Patricio Peñalver. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Devoto, Fernando (1996). Marc Bloch historiador en la perspectiva de fin de siglo. En González, María Luz (editora), *Actas del I Coloquio Internacional La Historiografía Europea: autores y métodos*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 11-18.
- Díaz de la Serna, Ignacio (2006). Alexis de Tocqueville: contra el animal tímido e industrial (consideraciones en torno al individualismo desenfrenado). *Norteamérica*, n° 1, año 1, enero-junio, pp. 235-246. México.
- Dieterich, Karl (1997). Byzantine Literature. En *Catholic Encyclopedia*. New Advent Inc. Edición electrónica. Disponible en: <[http://www.knight.org/advent/\(cathen/03113a.htm\)](http://www.knight.org/advent/(cathen/03113a.htm)>.
- Duby, Georges (1976). La historia social como síntesis. En Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli (compiladores), *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México: Editorial SepTentas, pp. 91-102.
- Duby Georges y Michelle Perrot (1993). Escribir la historia de las mujeres. En Duby Georges y Michelle Perrot, *Historia de las mujeres. La Antigüedad. Modelos femeninos*. Tomo 1. Madrid: Taurus ediciones, pp. 7-17.
- Duch, Luis (1974). *Ciencia de la religión y mito. Estudios sobre la interpretación del mito*. Montserrat: Abadía de Montserrat.
- Duran, Norma (2003). Edward Said (1935-2003). En *Historia y Grafía. La función social de la historia*. México: Departamento de Historia. Universidad Iberoamericana, pp.237-241.
- Durand, José (1976). *El Inca Garcilaso, clásico de América*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Eagleton, Terry (1997). *Las ilusiones del posmodernismo*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós.
- Eco, Umberto (1994). Prólogo. En Lozano, Jorge, *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Editorial.
- Elliot, J. H. (1995). Comparative history. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo III: Problemas de historiografía. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 9-19.

Esteve Barba, Francisco (1992). *Historiografía indiana*. Segunda edición revisada y aumentada. Madrid: Editorial Gredos.

Ferguson, Niall (1998). Historia virtual: hacia una teoría caótica del pasado. En Ferguson, Niall (director), *Historia virtual ¿Qué hubiera pasado si...?* Madrid: Editorial Taurus, pp. 13-86.

Ferguson, Niall (director) (1998). *Historia virtual ¿Qué hubiera pasado si...?* Madrid: Editorial Taurus.

Fernández Muñoz, Ángela y Cristina, Segura (editoras) (1998). *El trabajo de las mujeres en la Edad Media hispana*. Madrid: Asociación Cultural Al-Mudayna, Instituto de la Mujer, Ministerio de Cultura.

Finley, Moses I. (editor) (1983). *El legado de Grecia: una nueva valoración*. Barcelona: Crítica.

Fish, Max H. ([1725] 2004). Introducción. En Vico, *Principios de una Ciencia Nueva en torno a la naturaleza común de las naciones*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 17-28.

Fiume, Giovanna (2006). Crítica de la política e historia política de las mujeres en Italia: un balance problemático. *Cuadernos de historia ccontemporánea*, vol. 28, pp. 57-81.

Follari, Roberto y Lanz, Rigoberto (compiladores) (1998). *Enfoques sobre postmodernidad en América Latina*. Caracas: Editorial Sentido Caracas.

Folz, R (1964). *Le Couronnement ent Impérial de Charlemagne*. Traducción del francés de José Marín R. París: Gallimard.

Fontana, Josep (1985). Ascenso y decadencia de la escuela de los «Annales». En A. A. V. V., *Hacia una nueva historia*. Madrid: Akal, pp. 109-127.

Forster, Ricardo (1999). La crisis de la racionalidad moderna. En Casullo, Nicolás, Ricardo Forster y Alejandro Kauffman (1999), *Itinerarios de la modernidad. Corrientes del pensamiento y tradiciones intelectuales desde la ilustración hasta la postmodernidad*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, pp. 143-163.

Friede, Juan (1974). *Bartolomé de las Casas: precursor del anticolonialismo*. México D.F.: Siglo XXI

Fueter, Eduard (1953). *Historia de la historiografía moderna*. Traducción de Ana María Ripullone. Buenos Aires: Editorial Nova.

García Fernández, Máximo (1995). Tendencias historiográficas recientes sobre religiosidad popular e historia de la muerte y de las mentalidades. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo II: El retorno del sujeto. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 143-157.

García González, Francisco (1995). La historia de la familia o la vitalidad de la historiografía española. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo II: El retorno del sujeto. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 331-340.

García Landa, José Ángel ([1996] 2004). Understanding Misreading: Hermenéutica de la lectura retrospectiva. Edición electrónica. [consultada el 24 de mayo de 2007, pp. 1-8]. Disponible en: <<http://www.unizar.es>>.

García Leduc, José M. (1997). *Dando vueltas al asunto: el historiador al desnudo*. Discurso pronunciado en la Universidad de Puerto Rico en Humaca el 28 de enero.

Garni, Eugenio (1984). Storicismo. En *Enciclopedia del Novecento*. Roma: Instituto della Enciclopedia Italiana. Fondata da Giovanni Trecanni.

Gilbert, Félix y Graubard, Stephen (editores) (1972). *Historical Studies Today*. Nueva York: W.W. Norton.

Gilderhus, Mark T. (2000). *History and Historians. A Historiographical Introduction*. Nueva Jersey: Prentice Hall.

Ginzburg, Carlo (2002). Una entrevista especial a Carlo Ginzburg (Carlo Ginzburg conversa con Adriano Sofri en febrero de 1982). En Barreira, Darío G. (compilador), *Ensayos sobre microhistoria*. México: Red Utopía, A. C., Jitanjáfora Morelia, prehistoria, pp. 211-262.

Giusti, Miguel (1999). *Alas y Raíces. Ensayos sobre ética y modernidad*: Lima. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Gooch, G. P. (1965). *History & Historians in the Nineteenth Century*. Boston: Beacon Press.

González, María Luz (1996). La nobleza española moderna: algunos problemas historiográficos. En González, María Luz (editora), *Actas del I Coloquio Internacional La Historiografía Europea: autores y métodos*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 81-90.

González, María Luz (editora) (1996). *Actas del I Coloquio Internacional La Historiografía Europea: autores y métodos*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata.

González Coll, María Mercedes (2000). Heródoto desde la etnografía una lectura crítica de sus páginas. *Cuadernos del Sur- Historia*, 29.

González Vigil, Ricardo (1989). *Comentemos al Inca Garcilaso*. Lima: Fondo Editorial del Banco Central de Reserva del Perú.

Granja Sainz, José Luis de la (1995). La historiografía española reciente: un balance. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo I: Pasado y futuro. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 299-307.

Guerra, Sergio (2000). Las grandes líneas en la producción historiográfica latinoamericana. En Barros, Carlos (editor) *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 95-106.

Gurevitch, A. Y. (1979). El tiempo como problema de historia cultural. En Ricoeur, P., *et al.*, *Las culturas y el tiempo*. Salamanca: Ediciones Sígueme, pp. 260-281.

Hampe Martínez, Teodoro (compilador) (1999). *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: Sociedad Peruana de Estudios Clásicos. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Harris Bucher, Gilberto (1999). Releyendo a Karl Wittfogel y su despotismo oriental. Estudio comparativo del poder totalitario. *Revista de Estudios histórico-jurídicos*, n° 21, pp. 375-379. Edición electrónica. [consultada el 8 de junio de 2007]. Disponible en línea en <<http://www.scielo.cl/scielo>>.

Harvey J. Kaye (2000). Fanning the Spark of Hope in the Past: The British Marxist Historians. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 113-119.

Henderson, James D. y L. R. Henderson (1978) *Ten Notable Women of Latin America*. Chicago: Nelson-Hall.

Henderson, James y Linda Roody (2003) *Diez mujeres notables en América Latina*. Bogotá: Editorial Aguilar. Versión castellana de Magdalena Holguín.

Herrera, H. y J. Marín (1998). *El imperio bizantino. Introducción Histórica y Selección de Documentos*. Cuadernos Byzantion Nea Hellás, Serie Byzantiní Istória I. Chile: Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos Fotios Malleros de la Universidad de Chile.

Hobsbawm, Eric (1998). Marx y la Historia. *Pasado y Presente*, n° 1, año 1, agosto, pp. 81-89, Lima.

Humpreys, Robin y Francisco Cuevas Cancino (1958). *William Robertson y su Historia de América*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Iglesia, Ramón (1986). *El hombre Colón y otros ensayos*. Primera edición. México: Fondo de Cultura Económica.

Iwasaki Cauti, Fernando (editor) (1996). *Jornadas contadas a Montilla. El Inca Garcilaso y el mestizaje en Indias*. Córdoba: Obra Docial y Cultural CAJASUR, Ayuntamiento de Montilla.

Jiménez Núñez, Alfredo (1972). El método etnohistórico y su contribución a la antropología americana. *Revista Española de Antropología Americana*, vol 7/1. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp.163-196.

Jong, Ingrid de y Rodríguez, Lorena (2005). Dossier Mestizaje, Etnogénesis y Frontera. Introducción. En *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria* 13. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras UBA, pp. 9-19.

Juliá, Santos (1995). ¿La historia en crisis? En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo I: Pasado y futuro. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 143- 145.

Kirn, Paul (1961). *Introducción a la ciencia de la historia*. Primera edición en español. México: Unión tipográfica Editorial Hispano Americana.

Kreck III, Shepard (1991). The state of Ethnohistory. *Abbual Review of Anthropology*, 20.

Lacerda, Sonia (1993). História, narrativa e imaginação histórica. En Navarro Swain, Tania, *História no plural*. Brasília: Universidade de Brasília.

Lagny, Michele (1997). *Cine e historia. Problemas y métodos en la investigación cinematográfica*. Traducción de J. Luis Fecé. Barcelona: Bosch Comunicación.

Le Goff, Jacques (1988). *Histoire et Mémoire*. París: Gallimard.

Le Goff, Jacques (1991a). *Pensar la historia. Modernidad, presente y progreso*. Primera edición en español. Traducción de Marta Vasallo. Barcelona, Buenos Aires y México: Paidós.

Le Goff, Jacques (1991b). *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario* Barcelona: Paidós.

Levi, Giovanni (2002). Crisis y resignificación de la microhistoria. Una entrevista a Giovanni Levi. En Barreira, Darío G. (compilador), *Ensayos sobre microhistoria*. México: Red Utopía, A. C., Jitanjáfora Morelia, prehistoria, pp. 61-72.

Le Roy Ladurie, Emmanuel (1976). Lo cuantitativo en historia: la Sexta Sección de la Ecole Pratique des Hautes Études. En Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli (compiladores). *Perspectivas de la historiografía contemporánea*. México: Editorial SepTentas, pp.71-90.

Lidell Hart, B. H. (editor) (1951). *The Letters of Private Wheeler 1809-1828* Londres: Michael Joseph Ltd.

Linage Conde, Antonio (2001). Hacia los dos siglos de los Monumenta Germaniae Historica. En *Signo Revista de la Historia de la Cultura Escrita*. Alcalá de Henares: Departamento de Historia 1 y Filosofía n° 8, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 9-34.

López Baralt, Mercedes (1988). *Icono y conquista: Guamán Poma de Ayala*. Madrid: Ediciones Hiperión, S. L.

Lorandi, Ana María y Guillermo Wilde (2000). Desafío a la isocronía del péndulo acerca de la teoría y de la práctica de la Antropología histórica. En *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria* N° 9. Buenos Aires: Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 37-78.

Lozano, Jorge (1994). *El discurso histórico*. Madrid: Alianza Editorial.

Lyon, David (1996). *Postmodernidad*. Traducción de Belén Urrutia. Madrid: Alianza Editorial Madrid.

Manea, Norman (1991). Happy Guilt. Mircea Eliade fascism, and the unhappy fate of Romania. *The New Republic*, agosto.

Marín Conesa, Rita (1995). Determinismo y contingencia en la obra historiográfica de Procopio cesariense: la significación de Tyche y Zeos. *Lengua e historia*, n° XII, pp. 143-162.

Marquiegui, Dedier Norberto (2003). Describiendo a Clifford Geertz. Sobre antropología, historia y otros temas. En *La función social de la historia*. Historia y grafía N° 21. México: Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia y Oak Editorial S. A. de C. V., pp. 197-236.

- Martínez Lacy, Ricardo (2004). *Historiadores e historiografía de la Antigüedad clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Matute, Álvaro (1986). Introducción. En Iglesia, Ramón, *El hombre Colón y otros ensayos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Meyer, Eduard (1982). *El historiador y la historia antigua. Estudios sobre la teoría de la historia y la historia económica y política de la Antigüedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Mignolo, Walter D. (1981). El Metatexto Historiográfico y la Historiografía Indiana. *MLN*, vol. 96, n° 2, marzo, pp. 358-402.
- Miró Quesada Sosa, Aurelio (1956). Prólogo. En Inca Garcilaso de la Vega, *La Florida del Inca. Historia del Adelantado Hernando de Soto, Gobernador y Capitán General del reino de La Florida, y de otros heroicos caballeros e indios, escrita por el Inca Garcilaso de la Vega*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Miró Quesada Sosa, Aurelio (1975). *El Inca Garcilaso y otros estudios garcilasistas*. Madrid: Eds. Cultura Hispánica.
- Monsalve Zanatti, Martín y Pedro M. Guibovich Pérez (2005). Acerca de la historia cultural y la historia del libro: entrevista a Robert Darnton. *Histórica*, vol. XXIX, n° 2, diciembre, pp. 155-162, Lima.
- Mosert de Flores, Beatriz, et al. (s/f). *Funciones de la crónica en la narrativa hispanoamericana: la lucha de los discursos en la obra de ficción de Manuel Ugarte*. San Juan, Argentina: Universidad Nacional de San Juan.
- Navajas, Carlos (2000). De la historia del pasado a la historia del tiempo. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a Debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 327-340.
- Navarro, Germán, David Igual, José Antonio Lliber, Ricardo Sixto y María Ángeles de Beltrán (1995b). Prosopografías y perfiles sociales. Proyectos de historia urbana sobre Valencia medieval. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Medieval*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 189-199.
- Nolte, Ernst (1995). *Después del comunismo. Aportaciones a la interpretación de la historia del siglo XX*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Núñez Pérez, María Julia (1995). Historia, ciencia y complejidad en los finales del siglo XX. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate*. Tomo I: Pasado y fu. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 159-168.
- O'Connor, J.B. (1910). St. Isidore of Seville. In *The Catholic Encyclopedia*. New York: Robert Appleton Company. [consultada en mayo de 2006] New Advent. Disponible en línea en: <<http://www.newadvent.org/cathen/08186a.htm>>.
- O'Gorman, Edmundo (1981). Introducción. En Heródoto, *Los nueve libros de la Historia*. México: Editorial Porrúa S. A.

O'Hara, Edgar (1990). Coto de caza: la escritura lascasiana. *Allpachis*, n° 35/36, año XXII, primer y segundo semestre.

Ortega Noriega, Sergio (1992). Introducción a la historia de las mentalidades. En Crespo, Horacio, *et al.*, *Entre los historiadores (corrientes historiográficas actuales)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Ortega y Gasset, José (1983). *Obras completas*. 11 volúmenes. Madrid: Revista de Occidente.

Pajuelo, Ramón (2001). Del «poscolonialismo» al «posoccidentalismo»: una lectura desde la historicidad latinoamericana y andina. En *Comentario Internacional*, n° 2, segundo semestre. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Palti, Elías (2001). Introducción. En Koselleck, R., *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Barcelona, Buenos Aires y México: Paidós, I. C. E., U. A. B.

Palti, Elías (2005). De la historia de «ideas» a la historia de los «lenguajes políticos» las escuelas recientes de análisis conceptual. El panorama latinoamericano. *Anales Nueva Época*, n° 7-8, pp. 63-81.

Pease G. Y, Franklin (1976-1977). Etnohistoria Andina: un estado de la cuestión. *Historia y Cultura. Revista del Museo Nacional de Historia*. Lima: Instituto Nacional de Cultura n° 10, pp. 207-228.

Pease G. Y, Franklin (1995). *Las Crónicas y los Andes*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero y Fondo de Cultura Económica.

Pease G. Y, Franklin (1999). Temas clásicos en las crónicas peruanas de los siglos XVI y XVII. En Hampe, Teodoro (compilador), *La tradición clásica en el Perú virreinal*. Lima: Sociedad Peruana de Estudios Clásicos. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, pp. 17-34.

Perea Yébenes, Sabino (1997). Semblanza de Arnaldo Momigliano (1908-1987) en el décimo aniversario de su muerte. En *Estudios Clásicos* 112. Murcia: Universidad de Murcia, pp. 87-95.

Pérotin-Dumon, Anne (2007). Liminar. Verdad y memoria: escribir la historia de nuestro tiempo. En Pérotin-Dumon, Anne (editora). *Historizar el pasado vivo*. Edición electrónica. Disponible en: <http://etica.uahurtado.cl/historizarel_pasadovivo/es>, pp. 1-149.

Pérotin-Dumon, Anne (editora) (2001). *El género en historia*. Londres-Santiago de Chile: Institute of Latin America Studies. Edición electrónica. [consultada en noviembre de 2007]. Disponible en: <<http://americas.sas.ac.uk/publications/genero>>.

Pérotin-Dumon, Anne (editora) (2007). *Historizar el pasado vivo*. Edición electrónica. [consultada en setiembre de 2007]. Disponible en: <http://etica.uahurtado.cl/historizarel_pasadovivo/es> contenido php>.

Perrot, Michelle (1988). *Los excluidos de la historia: obreros, mujeres, prisioneros*. Sao Paulo: Editorial Paz e Terra.

Peterson, John B. (1997). Venerable Cesare Baronius. En *Catholic Encyclopedia*. Edición electrónica. [consultada en enero de 2005]. New Advent. Disponible en: <<http://www.knight.org/advent/cathen/08186a.htm>>.

Pineda, Victoria (2007). La preceptiva historiográfica renacentista y la retórica de lo discursos: antología de textos. *Talia Dixit. Revista Interdisciplinaria de Retórica e Historiografía*, nº 2, pp. 95-219). Edición electrónica. [consulta en febrero de 2008]. Disponible en <<http://unex.es>>.

Piqueras, José A. (2000). Historia social y comprensión histórica de las sociedades. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a Debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 121-128.

Plato, Alexander von (1998). La historia oral en la historiografía alemana. *Historia, antropología y fuentes orales*, 2, 20.

Pocock, J. G. A. (2002). *Historia e ilustrados doce estudios*. Madrid: Marcial Pons, Ediciones de Historia.

Portelli, Alessandro (1984). Las peculiaridades de la historia oral. *Tarea. Revista de cultura*, nº 11, noviembre, pp. 21-30, Lima.

Porter, Roy (1998). History of the body. En Burke, Peter, *New perspectives on historical Writing*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press, pp. 206-227.

Pugliesi Carratelli, Giovanni (1984). Storia. En *Enciclopedia del Novecento*. Roma: Instituto della Enciclopedia Italiana. Fondata da Giovanni Trecanni.

Rama, Carlos M. (1989). *La historiografía como conciencia histórica*. Tercera edición. Barcelona: Montesinos, editor S. A.

Regalado de Hurtado, Liliana ([1570] 1992). Estudio preliminar. En Titu Cusi Yupanqui, *Instrucción al Licenciado Don Lope García de Castro*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Regalado de Hurtado, Liliana (1997). *El Inca Titu Cusi Yupanqui y su tiempo: los Incas de Vilcabamba y los primeros cuarenta años del dominio español*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Regalado de Hurtado, Liliana (2002). *El rostro actual de Clío. La historiografía contemporánea: desarrollo, cuestiones y perspectivas*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Regalado de Hurtado, Liliana (2007). *Clío y Mnemósine. Estudios sobre historia, memoria e historia del pasado reciente*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú y Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Revel, Jacques (2000). Historia y Ciencias Sociales: lecturas de un debate francés alrededor de 1900. *Memoria Americana. Cuadernos de etnohistoria*, nº 9, pp. 25-27, Buenos Aires.

Reyes Cano, José María (1996). El Inca Garcilaso, traductor de León el Hebreo: el placer del sincretismo. En Iwasaki Cauti, Fernando (editor), *Jornadas contadas a Montilla*.

El Inca Garcilaso y el mestizaje en Indias. Córdoba: Obra Docial y Cultural CAJASUR, Ayuntamiento de Montilla, pp.119-134.

Ricœur, Paul (1999). Paul Ricoeur. Respuesta a mis críticos. *Fractal*, vol. 4, n° 13, año 4, abril- junio.

Ricœur, Paul (2000). Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado. En Anne Pérotin-Dumon (directora), *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Edición electrónica. [consultada en agosto de 2007, pp. 1-27]. Disponible en: <[http://www.etica.uahurtado.cl/historizar el pasadop vivo/es contenido.php](http://www.etica.uahurtado.cl/historizar_el_pasadop_vivo/es_contenido.php)>.

Ricœur, P., et al. (1979). *Las culturas y el tiempo*. Traducción Antonio Sánchez Bravo. Salamanca: Ediciones Sígueme, pp. 11-36.

Ríos, Norma de los (2000). Nuevas tendencias historiográficas. *Ciclo de conferencias Revisión de la historiografía mexicana del siglo XX*. Michoacán: Colegio de Michoacán. Edición electrónica. [consultada el 29 agosto de 2002]. Disponible en <<http://www.colmich.edu.mx>>.

Rioux, Jean-Pierre (1999a). La memoria colectiva. En Rioux y Sirinelli (editores), *Para una historia cultural*. México: Taurus, pp. 341-371.

Rioux, Jean-Pierre (1999b). Un terreno y una mirada. En Rioux y Sirinelli (editores), *Para una historia cultural*. México: Taurus, pp. 9-26.

Rioux, Jean-Pierre y Jean François Sirinelli (editores) (1999). *Para una historia cultural*. México: Taurus.

Rivara de Tuesta, María Luisa (1970). *José de Acosta un humanista reformista*. Lima: Editorial Universo.

Rivera Garretas, Milagros (1989). La historiografía de mujeres en la Europa Medieval. *Historia Social*, n° 4, primavera-verano, pp.137-148, Valencia.

Rivera Garretas, Milagros (1995). *Textos y espacios de mujeres. Europa, siglo IV- XV*. Reimpresión de la primera edición de 1990. Barcelona: Icaria editorial, S. A.

Roche, Daniel (1999). Una declinación de las Luces. En Rioux, Jean-Pierre y Jean François Sirinelli (editores), *Para una historia cultural*. México: Taurus, pp. 27-56.

Rodríguez, Nora Inés (1998). *En torno al problema de la interdisciplinarietà: historia, geografía, geografía histórica*. San Juan, Argentina: Universidad Nacional de San Juan.

Rodríguez Ávila, Sandra Patricia (2005). Joan Wallach Scott Gender and the Politics of History. *Tabula Rasa*, n° 3, enero-diciembre, pp. 347-352, Bogotá.

Rogers, Susan (1975). Formas del poder femenino y el mito de la dominación masculina. *American Ethnologist*, vol. 2, n° 4.

Romano, Ruggiero (1993). 1949: nacimiento de un gran libro: El Mediterráneo... de Fernand Braudel. En Aguirre Rojas, Carlos A., et al., *Primeras Jornadas Braudelianas*. México: Instituto Mora. IFAL, pp. 35 -70.

- Romano, Ruggiero (1996). Historia cuantitativa, historia económica e historia: algunas consideraciones sobre la historiografía francesa de hoy. En De Gortari y Zermeño (editores), *Historiografía francesa. Corrientes temáticas y metodologías recientes*. México: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Instituto de investigaciones Históricas UNAM e Instituto Mora Universidad Iberoamericana, p.145-157.
- Romano, Ruggiero (1997). *Braudel y nosotros. Reflexiones sobre la cultura histórica de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Romano, Ruggiero (1999). La historia económica, ¿por qué? ¿cómo? *Relaciones Paris: Escuela de Altos Estudios Sociales*, vol. XX, n° 79, pp. 15-25.
- Rozat Dupeyron, Guy (1996). Fronteras semióticas, escritura y alteridad en las crónicas novohispanas. *Tiempo y Escritura. Revista Electrónica-Universidad Nacional*, n° 0, julio. [consultada en mayo de 2004]. Disponible en <<http://www.azc.uam/type/indice-es.html>>.
- Saen de Casas, Carmen (2007). El arte del retrato en los Annales del Emperador Carlos V de Francisco López de Gómara. *Talia Dixit. Revista Interdisciplinaria de Retórica e Historiografía*, n° 2, pp. 67-93. Edición electrónica. [consultada en febrero de 2008]. Disponible en <<http://unex.es>>.
- Sánchez Marcos, Fernando (1993). *Invitación a la historia. La historiografía de Heródoto a Voltaire, a través de sus textos*. Barcelona: Editorial Labor.
- Sánchez Marcos, Fernando (2000). La influencia de la historiografía germánica en España en el decenio de 1990-1999. En Barros, Carlos (editor), *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 129-138.
- Sanmartín, Israel (2000). «El fin de la Historia» mirando hacia atrás y pensando hacia delante. En Barros, Carlos (editor) *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 199-212.
- Saranyana, Josep-Ignasi (1996). La historia de la Iglesia entre el positivismo y el historicismo. *Anuario de Historia de la Iglesia*, vol. 5, pp. 127-150.
- Sazbón, José (2004). La «nueva» filosofía de la historia. Una sinopsis. Publicación electrónica de Ciudad Política. [consultada el 8 de junio de 2007]. Disponible en <<http://ciudadpolitica.com>>.
- Scott, Joan W. (1990). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En James S. Amelang y Mary Nash (editores), *Historia y género: las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*. Valencia: Edicions Alfons el Magnánim, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.
- Scott, Joan W. (1998). Women's History. En Peter Burke (editor), *New perspectives on historical Writing*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press, pp. 42-66.
- Schieder, Theodor (1970). *La Historia como ciencia*. Buenos Aires: De Sur.

Segura, Cristina (editora) (1984). *Las mujeres en las ciudades medievales: actas de las III Jornadas de Investigación Interdisciplinaria Seminario de Estudios de la Mujer*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Serna, Justo (2004). Norbert Elías y la caída de la civilización. *Prehistoria*, n° 8, pp.137-150.

Shahan, Thomas J. (1998). Agathias. En *Catholic Encyclopedia*. New Advent. Edición electrónica. Disponible en: <<http://www.knight.org/advent/cathen/01204b.htm>>.

Sharpe, Jim (1998). History from Below. En Burke, Peter (editor), *New perspectives on historical Writing*. Pennsylvania: Pennsylvania University Press, pp. 24-41.

Shotwell, J. T. (1982). *Historia de la historia en el mundo antiguo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Simms, Norman (2000). Using Psychohistory and the History of Mentalities to Understand the Un(der) recorded Past. En Barros, Carlos (editor) *Historia a debate. Actas del II Congreso Internacional «Historia a debate»*. Tomo I: Cambio de siglo. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 277-286.

Soulet, Jean-François (1994). *L'Histoire Immédiate*. París : Presses Universitaires de France.

Sterne, Laurence (1984). *Riddles and Mysteries*. London and Nueva York: Barnes & Noble Imports

Stone, Lawrence (1972). Prosopography. En Gilbert, Félix y Graubard, Stephen (editores), *Historical Studies Today*. Nueva York: W.W. Norton, pp. 107-140.

Stone, Lawrence (1979). *The family, Sex and Marriage in England 1500-1800*. Middlesex: Penguin Books.

Toke, Leslie (1996). Jean Mabillon. En *Catholic Encyclopedia*. New Advent. Edición electrónica. Disponible en: <<http://www.knight.org/advent/cathen/09479b.htm>>.

Thompson, Edward P. (1966). History from Below. *The Times Literary Supplement*, 7 de abril.

Thurston, Herbert (1996). *Catholic Encyclopedia*. New Advent, Inc. Edición electrónica. Disponible en: <<http://www.knight.org/advent/cathen>>.

Turner, Marc (1998). Después de la etnohistoria: Desencuentros y encuentros entre discursos antropológicos e históricos. En *Actas del IV Congreso Internacional de Etnohistoria*. Tomo II. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 459-488.

Valdeón Buruque, Julio (1995). La historiografía española de finales del siglo XX: Miseria de la teoría. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate. Tomo I: Pasado y futuro*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 309-317.

Vaquero Iglesias, Julio Antonio (1995). Mentalidades e ideologías. En Barros, Carlos (editor) (1995a), *Historia a debate. Tomo II: El retorno del sujeto*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 25- 35.

- Vattimo, Gianni (1993). *Ética de la interpretación*. Barcelona: Paidós.
- Vergara, Luis (2001). Paul Ricoeur y la escritura de la historia. *Fractal*, vol. VI, n° 23, año 6, octubre-diciembre.
- Viazzo, Pier Paolo (2002). *Introducción a la Antropología histórica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica e Instituto Italiano de Cultura.
- Vidal Jiménez, Rafael (1999-2000). La Historia y la Postmodernidad. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, año V, n° 13, noviembre-febrero. Edición electrónica. Disponible en <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero13/index.html>>.
- Vidal-Naquet Pierre (1990). *Ensayos de Historiografía. La historiografía griega bajo el Imperio Romano: Flavio Arriano y Flavio Josefo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Vilar, Pierre (1976). Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser. En Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli (compiladores). México: Editorial SepTentas, pp.103-159.
- Vincent, Bernard (2002). Microhistoria a la española. En Barreira, Darío, *Ensayos sobre microhistoria*. México: Red Utopía, A. C., Jitanjáfora Morelia, prehistoria, pp. 147-158.
- Wagner, Fritz (1958). *La ciencia de la historia*. México: U.A.M.
- Walia, Shelley (2004). *Edward Said y la historiografía*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Waters, K. H. (1996). *Heródoto el historiador. Sus problemas, métodos y originalidad*. Segunda edición en español. Traducción de Eduardo Guerrero Tapia. México: Fondo de Cultura Económica.
- Wilson, Norman J. (1999). *History in crisis? Recent Directions in historiography*. Nueva Jersey: Prentice Hall.
- Worster, Donald (2006). La historia como historia natural: un ensayo sobre teoría y método. *Interpretaciones. Revista de Historiografía Argentina*, n° 1, segundo semestre, pp. 53-67, Buenos Aires.
- Wright, Gavin y Richard R. Nelson (1992). The Rise and Fall of American Technological Leadership: the Postwar Era in Historical Perspective. *Journal of Economic Literature*, vol. XXX, diciembre, pp. 1931-1964.
- Zermeño Padilla, Guillermo (1996). El problema del pasado es el futuro: notas sobre teoría y metodología de la historia. *Tiempo y Escritura. Revista Electrónica*, n° 0, julio. Disponible en <<http://www.azc.uam/type/indice-es.html>>.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN
LOS TALLERES GRÁFICOS DE
TAREA ASOCIACIÓN GRÁFICA EDUCATIVA
PSJE. MARÍA AUXILIADORA 156, BREÑA
CORREO E.: TAREAGRAFICA@TAREAGRAFICA.COM
PÁGINA WEB: WWW.TAREAGRAFICA.COM
TELÉFONO: 332-3229 FAX: 424-1582
SE UTILIZARON CARACTERES
ADOBE GARAMOND PRO EN 11 PUNTOS
PARA EL CUERPO DEL TEXTO
SEPTIEMBRE 2010 LIMA – PERÚ

Otras publicaciones del Fondo Editorial

El futuro de las humanidades

Las humanidades del futuro

Miguel Giusti / Pepi Patrón, editores

Entre la espada y la pluma

El Inca Garcilaso y sus Comentarios Reales

Raquel Chang-Rodríguez, editora

Tras una lengua de papel

El español del Perú

Carlos Garatea Grau

Max Uhle (1856-1944)

Evaluaciones de sus investigaciones y obras

Peter Kaulicke / Manuela Fischer / Peter Masson /

Gregor Wolff, editores

Las cronologías del Formativo

50 años de investigaciones japonesas en perspectiva

Peter Kaulicke

En esta obra se hace una revisión del desarrollo de la historiografía occidental desde los orígenes de la disciplina histórica hasta nuestros días, enfatizando sus cambios y la formación de escuelas y tendencias historiográficas. Se trata de una revisión orientada a dar a conocer el desenvolvimiento de la historiografía occidental y también promover la reflexión y discusión acerca de las características de la disciplina histórica en sus diferentes escenarios a lo largo del tiempo.



9789972429385

ISBN: 978-9972-42-938-5